

Luiz Cláudio Cunha

OPERACIÓN CÓNDOR

El secuestro de los uruguayos

Un reportaje del tiempo de la dictadura

serpaj

Servicio Paz y Justicia – Uruguay

Luiz Cláudio Cunha

OPERACIÓN CÓNDOR

El secuestro de los uruguayos

Un reportaje del tiempo de la dictadura

serpaj

Servicio Paz y Justicia – Uruguay

©Edición: junio de 2017
Servicio Paz y Justicia – SERPAJ Uruguay
Joaquín Requena 1642
CP 11.200
Montevideo, Uruguay
Tel. (+598) 2408 5301
serpajuy@serpaj.org.uy
www.serpaj.org.uy

Foto de Tapa: Artigas Pessio
Traducción al español: Elga Perez Laborde
Adaptación y corrección de estilo para edición uruguaya: Ariel Silva Colomer
Diagramación: Patricia Carretto

Impreso en Uruguay

Operación Cóndor
El secuestro de los uruguayos
Montevideo – Uruguay, 2017

ISBN 978-9974-564-44-2

Esta publicación fue financiada por la Fundación Rosa Luxemburgo con fondos del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ).

El pasado 10 de diciembre, en la edición de nuestro "Derechos Humanos en el Uruguay. Informe 2016", decíamos en su introducción:

> *No imaginábamos cuanto nos costaría abordar el estudio de nuestro pasado reciente, como superar las indelebles y desgarradoras secuelas, para tener una dimensión integral e interdisciplinaria de lo que fue el terrorismo de Estado. A 43 años del golpe, 40 del Plan Cóndor y 31 de retorno a la democracia, contamos con múltiples investigaciones, análisis, narrativas y todo tipo de material que nos hace, aún al día de hoy, conmovernos con lo devastador se su accionar.*

El riguroso, profundo y sentido trabajo de Luiz Cláudio nos corrobora, una vez más, la dimensión de la barbarie que padecieron nuestros pueblos a lo largo y ancho del Cono Sur, bajo el perverso accionar del Cóndor.

Para que este material integre hoy, la imprescindible nómina de trabajos que nos van a permitir construir ese otro relato de nuestra historia, agradecemos a la Fundación Rosa Luxemburgo por su constante apoyo. Nuestra gratitud a Ariel Silva Colomer, por su incondicional compromiso por esta causa y a Jair Krischke, quien nunca dejó de mirar al Sur.

PRESENTACIÓN

Este es el reportaje de un gran reportaje –en el sentido más literal y menos arrogante del término.

El reportaje es una larga travesía que contraría las prácticas y los límites de tiempo siempre estrictos de la noticia. Si la noticia es el urgente relato de un hecho, el reportaje es la descripción ampliada y circunstancial de ese acontecimiento. Se trata de un juego de paciencia, donde la investigación vence la ancestral impaciencia de la redacción por el resultado diario, por la pesquisa cotidiana de un tema sujeto al maldito destino de terminar envoltorio de pescado con el periódico del día anterior.

El reportaje de la revista *Veja* sobre el secuestro de los uruguayos, que se extendió durante 86 semanas, comenzó con una pregunta hecha en la edición cerrada el 29 de noviembre de 1978, después del relato pionero del encuentro de dos reporteros con hombres armados en el departamento de la calle Botafogo, una semana antes. Terminó en el reconocimiento de la edición con fecha 30 de julio de 1980, que traía la valiente decisión del juez Moacir Danilo Rodrigues, de Porto Alegre, condenando por primera vez en el país agentes del intocable mecanismo de represión armado por la dictadura de 1964. Existe un enorme espacio de tiempo entre los dos títulos de la intrigante indagación inicial – "¿Dónde estarán?" – y de la consoladora afirmación final – "Verdad rescatada" – que demarcaron la obstinada, persistente cobertura dedicada al caso.

En el intervalo entre la duda del paradero de los secuestrados y la certeza de la verdad rescatada transcurrieron 630 días, casi 21 meses, cerca de dos años de ardua investigación – superando espinosas mentiras, cavando fuentes amedrentadas, respirando el polvo del encubrimiento, procurando atajos seguros para llegar a la cumbre de las responsabilidades y a la aclaración de los hechos.

No había una preocupación formal de hablar del asunto todas las semanas. Se hablaba cuando era necesario, cuando había novedades, cuando se lanzaban nuevas luces sobre el caso. No en toda edición de la revista había materia sobre el secuestro. Aún así, el espacio estaba garantizado cuando los hechos hacían obligatorio su registro. Fue lo que sucedió en los meses de diciembre de 1978 y de enero de 1979, con presencia del tema en cada una de las ocho ediciones semanales de *Veja*. Por otra parte, en el mes de agosto de 1979, no existe una única página sobre el secuestro.

Esa rara libertad en el abordaje de un tema tan extensivo se unía a otra condición poco común del periodismo: la dedicación de un reportero por tanto tiempo a un único tema. Liberado de la lista de rutina de otros asuntos, pasé a dedicarme de forma intensiva y casi exclusiva al secuestro. Esa opción se debía a la comprensión de los editores en São Paulo de que la pauta del secuestro exigía una permanente investigación.

La ausencia del secuestro en las páginas de la *Veja* daba eventualmente la impresión de que la sucursal y la revista habían abandonado el tema. Sin embargo, no pasaba de un eventual retroceso táctico para un avance estratégico seguro. Se resguardaba la publicación en una u otra semana para un salto evidente en la semana siguiente. En verdad, el trabajo nunca paraba – continuábamos averiguando, investigando, confiriendo, conversando y ganando la confianza de gente asustada, que no quería ni podía aparecer. Era una batalla semanal, diaria, para ganar confianza y avanzar en la historia. Exigía tiempo y paciencia. No permitía cualquier desvío para cubrir otros asuntos más amenos.

Los hechos del secuestro tienen un detalle curioso: la intervención decisiva de tres fotógrafos en momentos personales que no registran ni siquiera un simple clic, no tomaron ni una sola foto. João Baptista Scalco, el JB, que estaba a mi lado cuando fuimos recibidos con la pistola en la cara en el departamento de Lilián y Universindo, no pudo apuntar su cámara para los policías, pero reconoció con firmeza el rostro de los secuestrados, impreso con nitidez en su memoria fotográfica. Olivio Lamas tuvo la idea y dio el berrido poderoso que trajo a la luz el rostro de la agente del DOPS, que custodió los niños secuestrados. Ricardo Chaves tuvo una participación decisiva cuando, por el detalle y no por el retrato, rescató la pista ya descartada en la identificación de uno de los secuestradores.

La conclusión de esa triple experiencia sin fotos es que los tres, en momentos diferentes de la pesquisa, justificaron como nadie la condición de reporteros fotográficos. JB, Lamas y Kadão no precisaron de máquinas para ejercer su oficio. Se valieron apenas de la inteligencia, del coraje y del sentido periodístico para reafirmar la condición de reportero más que la de fotógrafo.

El secuestro de los uruguayos sucedió ayer, a fines de 1978, al apagarse el siglo XX. Parece ahora un pasado remoto, enterrado en el subsuelo del tiempo, bajo camadas sucesivas de novedades que cubren todo aquello como un fósil del periodismo, más atrayente para la lupa de un veterano arqueólogo que para el ojo de un joven reportero.

Se vivía una acompasada era predigital, en la cual los periodistas no disponían de celular, computador, correo electrónico, *laptop*, Internet, Google, Wikipedia...

No había *gadgets,* ninguna maravilla tecnológica de la realidad *on–line*, del paraíso *high–tech* y del universo *wireless* que pudiese facilitar la vida de un reportero.

Antes de la piedra filosofal de la electrónica, existía la química, hoy tan medieval como la alquimia. Las fotos no eran un milagro instantáneo. Pasaban antes por el papel, que era bañado en solución de ingredientes mágicos que hacían la foto emerger lentamente en un baño de revelación en el cuarto oscuro. La transmisión de imágenes no era un frenesí medido en *bytes* o segundos. Llevaba quince, veinte minutos para transmitir cada foto, vía teléfono, por una jerigonza barullenta llamada telefoto. De ahí salía a veces no una foto, sino un borrón impresentable que nos obligaba a repetir todo el proceso.

Las materias no eran digitadas en pantalla limpia e iluminada de computador, para transmisión fulminante vía satélite. Todo texto era dactilografiado en máquina de escribir, a lo máximo portátil, en carillas impresas que se acumulaban llenas de palabras cubiertas por la letra X – la tecla que se usaba para tapar los errores de digitación y gramática, ya que todavía no existía la milagrosa tecla "delete" de los computadores. Dactilografiada la materia, el texto era vuelto a digitar por un teletipista en la máquina de telex – un aparato punto a punto que trasmitía el texto de Porto Alegre para São Paulo, a través de una cinta picoteada que, con suerte, no se rompía. Era necesario tener suerte.

No existían cámaras ocultas, ni se usaba grabador. Pinchar era una hazaña tecnológica de alcance exclusivo de la represión. Las conversaciones eran ojo en el ojo, reportero y fuente, sin ningún grabador como intermediario. En aquellos tiempos inseguros, el micrófono de un grabador producía más inseguridad en la conversación que certeza en el texto. En más de 600 días de pesquisa, no existe una sola conversación grabada en la serie sobre el secuestro.

En tiempos asolados por la plaga que el periodista Alberto Dines apodó de "periodismo magnético", resulta difícil imaginar que una cobertura extensiva de 86 semanas haya sido hecha sólo con el soporte de escasa tecnología como bolígrafos y libretas de anotaciones – además de las pesadas cámaras Nikon convencionales armadas con teleobjetivos no siempre discretos. Nada además de eso. El resto – diría el periodista Ricardo Kotscho – era suela de zapato, nutrido de mucha conversación, obstinación y persistencia. Aunque mezcladas por el miedo endémico de aquellos tiempos.

Muchas de aquellas conversaciones hechas *off the record* (sin atribuición de fuente), en la investigación del secuestro, preservan el secreto de la fuente hasta hoy. Como ya dije en otra oportunidad, el *off* no es un valor absoluto, intangible, dogmático. El *off*, como un medicamento eficaz, debe ser parsimonioso y puntual. No

puede ser una droga que transforme el reportero y el periodismo en dependientes crónicos, con el cerebro bloqueado y la pulsación alterada por el vicio continuado de la información anónima – que sólo excita el periodismo irresponsable y hace tambalear la credibilidad de la información.

El *off* es un escudo necesario cuando está en juego la integridad de la información, la seguridad de la fuente, el interés de la sociedad. Adélio Dias de Souza, el boletero de la 'Rodoviária', la terminal de buses de Porto Alegre, que testimonió un momento decisivo del secuestro – la detención de la uruguaya Lilián Celiberti por el delegado del DOPS Pedro Seelig – no quiso hablar formalmente. Al ser localizado por el equipo de la revista, Adélio se recusó a declarar – para mi, como entrevistado, y para el promotor, como testigo de acusación. Él, como todos nosotros, tenía miedo.

Adélio merecía ser protegido, no condenado. El peligro de venganza era tan inmediato que no se podía ni describir la escena de la 'Rodoviaria'. La simple mención podría identificar la fuente a los policías, ya nerviosos por la investigación persistente de la prensa. En aquel momento delicado, sabíamos que más importante que la información era la protección física del informante y la seguridad de su familia. La vida es siempre mayor que el periodismo, que la tiene como misión. Aún así, la información en *off* del boletero fue crucial para confirmar detalles del inicio del secuestro en Porto Alegre, dando más seguridad a la investigación. Sustenté este *off* durante largos quince años, hasta que Adélio se sintiese seguro, en 1993, para mostrar la cara y contar su historia en un cuaderno especial del diario *Zero Hora* y en un documental para TV, que yo escribí y presenté como reportero y testigo del caso.

Tres décadas después del primer reportaje sobre el secuestro, descubrí animado, que algunas conversaciones difíciles en aquella época quedaron menos complicadas, desobstruidas por el tiempo, ponderadas por la distancia, depuradas en el filtro de la historia y lapidadas en la conciencia de todos. Militares y paisanos, policías y víctimas, gente del gobierno y de la oposición, personas ilustres y figuras modestas hablan hoy con más desenvoltura, aunque preservando la discreción, cuando no el anonimato.

Otras informaciones me llegaron a lo largo del tiempo, y ahondaron la pesquisa sobre el episodio desencadenado en noviembre de 1978. La investigación fue ahora más detallada y, para confirmación de datos, personajes inesperados, nuevas entrevistas fueron realizadas. Surgieron de ahí algunas de las piezas que faltaban en el montaje del rompecabezas de la investigación periodística de treinta años atrás. La necesidad de un espacio mayor para el reportaje ampliado por nuevas revelaciones hizo que yo retomase el antiguo proyecto de un libro reportaje.

En el cuerpo del libro, reconstituyo con detalles inéditos el secuestro de Lilián Celiberti y Universindo Rodríguez Díaz, yendo más allá, antes y después de aquel encuentro con los secuestradores armados de aquel viernes, 17 de noviembre. Hago un corte transversal en el tiempo, para no quedar confinado a las paredes del departamento de la calle Botafogo. Lo que sucedía allí dentro era sólo un reflejo de lo que pasaba afuera. No había comenzado aquella tarde, no acababa en aquel lugar, no se reducía a personajes secundarios de la policía local. La escena de violencia de la calle Botafogo era el reflejo de la gran política, de los grandes personajes y de las grandes tragedias que perfilaban el Brasil de fines de los años 70. Era sólo un retrato en blanco y negro de aquellos tiempos grises que el país procuraba vencer, dejando atrás el sofoco de la dictadura en busca del aire limpio de la democracia.

Nadie sabía el tiempo de esa jornada, ni si acaso sucedería. A partir de 1978, el país todavía iría a respirar el aire viciado de la Botafogo por largos siete años, hasta que el último general dejase el palacio de Planalto por la puerta del fondo, devolviendo el poder a los civiles.

Por eso, más que el relato de un secuestro, este es un reportaje de los tiempos de la dictadura. En primer lugar narro la secuencia de los eventos que victimaron a Universindo, Lilián y sus dos hijos, pero hago también una incursión al pasado y actualizo la historia del presente. Parto de mi testimonio de vida y de mi visión como reportero, pero también reconstruyo episodios y escenarios conforme me fueron contados y descritos por los personajes de la narrativa, que tuvieron voz, cara y coraje para ayudarme a reconstruir los acontecimientos.

Para no quebrar el flujo de esa narrativa, evité al máximo el uso de la nota al pie de página. Recurrí a ella, en dosis mínima, sólo cuando fue necesario una aclaración puntual o una referencia específica que reforzaría la credibilidad del relato sin perjudicar el ritmo de la lectura.

Adicioné además, dos anexos. En el primero, reconstituí el escenario histórico del Uruguay, que compartía los mismos dolores y tragedias con Brasil de la época de los secuestrados. En el segundo, resumí la trama de la creación de la Operación Cóndor, de la cual el secuestro de Porto Alegre es un raro ejemplo en el Cono Sur en que las víctimas sobreviven fuertes e íntegras como la dura verdad que describen a lo largo de este libro.

En este texto, la historia del secuestro se mezcla a la biografía de los personajes, no todos para ser encontrados en la calle Botafogo, ni todos contemporáneos de 1978. Ellos emergieron clandestinos en otros tiempos, en lugares distintos del Cono Sur del continente – en las vías del barrio del Menino Deus en Porto Alegre, en el sitio de violencia de la calle Tutóia en São Paulo, en la temida calle Barão de

Mesquita en Rio de Janeiro, en la siniestra Automotores Orletti de Buenos Aires, en las colonias de terror de la DINA en Santiago de Chile, en los centros de tortura de Montevideo. Es la biografía de cada uno la que traza el hilo minucioso de la historia.

Aparentemente, una que otra escena puede parecer repetitiva. Es la escena recontada por el testigo del secuestro, por los secuestrados y por los secuestradores. Un recurso deliberado de narrativa para contar la historia desde tres perspectivas distintas, que convergen para una verdad más completa. Al final, como repite siempre el reportero uruguayo Roger Rodríguez: "La verdad es, la historia puede ser".

Es la integración de esa triple visión que hace la junción de la historia con la verdad. La historia narrada en este libro es la verdad que puede ser –y es.

Creo también que la historia es construida por la biografía de cada uno de nosotros.

El secuestro de Porto Alegre destacó algunas, rebajó otras.

Recordé algunas de ellas, otras también.

Ellas están contadas en las páginas siguientes.

Luiz Cláudio Cunha

1
El llamado telefónico

Porto Alegre, noviembre de 1978

Las piernas tiemblan, como de lana.

No me derrumbo en el suelo porque estoy sentado en el asiento delantero del Chevette. El cañón oscuro de la pistola auna cuarta de mi frente es la imagen que todavía gira suelta dentro de mi cabeza. No tengo una idea mejor.

–¡Vámonos, Scalco!

Debilitado como yo, Scalco intenta disculparse mientras enciende el motor.

–Mi pierna está débil. Voy a tener que hacer fuerza para poner primera y salir de aquí.

–Arranca, salgamos de aquí –insisto–. Mi pierna también está trabada. Por suerte no estoy manejando, Scalco. No tengo el hábito de enfrentar una pistola así, tan de cerca...

–Ni yo, jefe!

El auto arranca lenta, suavemente, intentando preservar el silencio de la calle llena de árboles, vacía de gente. La lluvia mansa que cae en aquella tarde gris de primavera en Porto Alegre deja el día más soñoliento. Del otro lado de la calle, un Passat crema sin patente continúa estacionado con un hombre al volante. Él nos sigue con los ojos. Cuatro cuadras adelante, antes de doblar a la derecha en la avenida Praia de Belas, Scalco comprueba por el espejo retrovisor antes de responder mi pregunta.

–El Passat continúa parado, nadie nos sigue.

La calle Botafogo queda atrás, soñolienta y monótona. Nada parecía perturbar su tranquilidad de final de tarde, víspera de fin de semana. Aún así el temblequeo no pasa.

Llego a pensar en preguntar a Scalco como es que él consigue imprimir fuerza suficiente en la pierna para presionar el acelerador. No hago la pregunta, con miedo de parecer todavía más ridículo en aquella circunstancia.

Diablos, ¿qué estaba sucediendo? En el corto trayecto de regreso para la sucursal, yo procuraba organizar el caos dentro de mi cabeza. Intentaba cavar respuestas, pero sólo brotaban nuevas preguntas.

¿Por qué la visita al departamento de Botafogo, los dedos nerviosos en las armas engatilladas, el miedo en los ojos, los minutos de terror?

¿Por qué la libertad inesperada, la sensación de alivio, la impresión de culpa y la tentación de huir?

¿Huir de qué? ¿Huir para qué?

Yo sabía que tendría un viernes agitado, normalmente agitado, pero nada parecido a aquello. ´

Diablos, yo estaba con miedo, temblaba.

¿Por qué?

* * *

Ese viernes, 17 de noviembre de 1978, amaneció con agua cayendo sobre Porto Alegre y llenando las urnas.

Dos días antes, el país hacía cola para votar en las elecciones que renovaron la Cámara de Diputados y un tercio del Senado. Los diarios de la mañana exhibían la sonrisa plástica del presidente del partido de gobierno, Francelino Pereira, enmarcando su anuncio de que "la ARENA[1] está venciendo en el país entero, en términos generales".

La matemática oficial, en términos generales, estaba correcta. El gobierno ganaba en 12 de los 22 Estados brasileños, pero el partido de oposición, el MDB[2], superaba la ARENA, en los grandes centros urbanos y en las regiones de mayor concentración electoral. Los números permitían que uno y otro, usando raciocinios diferentes, alardearan la misma victoria.

En Río Grande del Sur, un fiel reducto oposicionista hasta en los años más duros de la dictadura militar, la suma de los votos no admitía dudas: la oposición ganaba, manteniendo la mayoría en la Asamblea Legislativa y derrotando los tres candidatos gobiernistas con su candidato único al Senado, Pedro Simon, presidente provincial del MDB.

El viernes, en su casa en el litoral gaucho, Simon, impedido dos veces de conquistar el gobierno estatal por fuerza de casaciones de mandatos parlamentarios y casuismos electorales, ya podía hablar sin constreñimientos de su victoria: en aquel momento, 58% de los votos computados eran suyos.

Para dedicar la victoria al pueblo por la "capacidad de resistencia", el nuevo senador gaucho empezó a recibir la prensa, todavía en pijamas y bata azul, empuñando su inseparable pipa y amparado en la mesa lateral por un ejemplar de la obra *La Justicia en el Mundo,* edición del Vaticano. Dos emisarios míos reforzaban

---

1 ARENA – Alianza Renovadora Nacional.

2 MDB – Movimiento Democrático Brasileño.

el grupo de la prensa en la entrevista del senador electo: el reportero Pedro Maciel y el fotógrafo Ricardo Chaves, de la sucursal de la revista *Veja* en Porto Alegre, cuya jefatura estaba en mis manos hacía seis años.

Así, cortado por la mitad, el efectivo de la sucursal quedaba reducido a mi y a Dedé, la reportera Adélia Porto da Silva. Nuestras preocupaciones preveían un viernes limitado a las paredes de la simpática casa donde se alojaba la sucursal, en Vieira de Castro, una calle arborizada y tranquila del barrio Santana. Una recepcionista ocupaba el hall de entrada, que convergía para un corredor que llevaba a las dos primeras salas, repartidas entre el departamento comercial y el área administrativa.

A partir de allí comenzaba el mundo más trepidante y ruidoso de la redacción. Un poco más adelante, el corredor corto y estrecho se abría para dos ambientes. A la derecha, mi sala: la mesa siempre forrada de diarios, con el teléfono y la pesada Olivetti Linea 88 al lado, atrás de dos sillas y de frente a un armario con la colección de la revista *Veja* y algunos archivos de reportajes. A la izquierda, del otro lado del corredor, la sala bulliciosa del Tota, Aristóteles Azevedo, el veloz teletipista que pasaba el día picoteando en cinta las materias que eran enviadas por el telex a la sede de la Editoral Abril, en São Paulo.

Al final del corredor, la sala amplia de la redacción, donde se alineaban media docena de mesas de los reporteros y fotógrafos que integraban las revistas de la Abril en el sur – *Veja*, *Placar*, *Exame* y *Quatro Rodas*, entre las principales. En un caballete, junto a la pared, los principales diarios de la ciudad y del centro del país. El aparato de la TV estaba siempre ligado, sin sonido, para no tapar la radio que se alternaba entre los noticiarios de las dos principales emisoras de la capital, la Guaíba y la Gaúcha.

Todo bajo la mirada vigilante y la organización rígida de mi secretaria, Loraine, una rubia alta y vistosa que navegaba aquellos mares agitados con la serena autoridad de la Séptima Flotade Estados Unidos. El ventanal del fondo siempre abierto de par en par hacia el pequeño patio, por donde entraba el aire fresco del jardín, que renovaba los pulmones, y la imagen de la parrilla, que reforzaba la gula.

En ese mar ruidoso, especialmente en un viernes de cierre, Dedé y yo nos dividíamos entre el teléfono, el telex, la máquina de escribir, la radio, y el aparato de TV – que en aquel día, para desesperación general, parecían rugir simultáneamente.

A medida que el cómputo de las elecciones avanzaba y los números se cruzaban en el aire, era preciso transmitir inmediatamente lo que nos interesaba para la redacción central de la revista, en São Paulo, donde se preparaba el reportaje de portada de la semana que cerraba en esa madrugada.

Al final de la mañana, Loraine entra en mi sala y hace una señal para interrumpir la conversación al teléfono. Le tapo la boca con la mano.

–Habla, secreta...

–Hay un hombre en el teléfono queriendo hablar contigo. Un castellano. No dijo quien es –me avisa.

–Eeeh, estoy con la redacción de São Paulo en la línea. No puedo atender ahora –digo, con cierta irritación.

Retomo mi conversación con el editor de la revista sobre el curso de las elecciones. Minutos después corto y vuelvo a teclear mi Olivetti vieja de guerra. Ceso el tlec-tlec en la carilla para atender otra vez el teléfono. Es la secretaria de nuevo, esta vez llamando por el auxiliar de la sala luego allí al lado, ciertamente para no ver la cara que pongo.

–Jefe, llamada de São Paulo para ti.

–¿De la revista? –imagino.

–No. Es aquel sujeto de nuevo, el castellano.

–En día de despacho, sólo hablo con la revista, Loriley –recordé, apelando al sobrenombre cariñoso que podía amenizar mi bronca. Pero ella insistió:

–El tipo parece nervioso...

–¡Droga! Pasa, entonces... –concedí, con la idea de librarme luego de aquel estorbo. –¡Aló!

–¡Hola! –fue la respuesta del otro lado. Mi saludo se volvió una pregunta.

–¿Aló???

–¿Periodista Luiz Cláudio Cunha?

Me recordé de la alerta de la secretaria. Era el castellano. El propio. Entramos en sintonía hablando español.

–Sí. ¿Quién habla? – El hombre ignoró mi pregunta y entró directo en el asunto que le interesaba, sin darme espacio para interrumpir su recado.

El tono de voz era rápido, mostrando cierta urgencia, seguramente ansiedad.

–¡Hola! Una pareja y dos niños uruguayos que viven en Porto Alegre están desaparecidos hace una semana. Los nombres son Lilián Celiberti de Casariego y Universindo Rodríguez Díaz y los niños se llaman Camilo y Francisca. ¿Hola?... ¿Me escuchas?...

–Sí, claro. Estoy anotando todo... –dije, mientras garabateaba en una hoja de papel. *–¿Y la dirección?*

–La dirección es Calle Botafogo, número 621, habitación 110, bloque 3. Por favor, necesitamos que alguien vea lo que pasa.

Intenté descartar aquella misión inesperada. Buen momento, pensé, para cualquier loco llamar en la hora más inconveniente para un periodista: el horario de cierre de la edición. Arriesgué:

–Ché, ¿no es posible que estas personas hayan viajado, algo así, normal?...

–No, nosotros lo sabríamos... – insistió el hombre. Intenté cercar la información por otro lado:

–¿Cuál es el significado de "desaparecidos"?

–Detenidos –respondió él, secamente, sin dar detalles.

–Pero... ¿quién está hablando? –avancé, tratando de describir quien era "nosotros". *–¿Cuál es su nombre?*

–Estoy llamando desde São Paulo –dijo, sin responder mi pregunta. Cortó, sin despedirse.

El sujeto no parecía maleducado.

Sólo nervioso.

* * *

Largué el teléfono y borré el asunto de mi cabeza, sumergiéndome de nuevo en el desorden electoral que congestionaba la sucursal.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando Dedé y yo completamos el trabajo, con una proyección segura de la futura composición de la Asamblea provincial y la relación de los diputados federales más votados. Restaba ahora aguardar números actualizados al final de la noche para un último chequeo – y el retorno del grupo que fuera al litoral a entrevistar a Pedro Simon, el senador recién electo y principal personaje gaucho de la semana.

Dejé de lado por algunos instantes la máquina de escribir y me topé de frente con el pedazo de papel donde había anotado el extraño llamado de la mañana.

–¡Ihhhh, los uruguayos! –recordé.

En ese momento yo estaba de pie. Bira, el chofer Ubiraci Dias, circulaba por el litoral con la Brasília de color crema de la sucursal, acompañando el grupo que oía al nuevo senador del MDB. Mirando por la ventana a la izquierda, vi en el corredor del garaje el Chevette negro que podría resolver mi condición de peatón. Grité de mi sala por el dueño del auto, que leía distraído un diario en la redacción, en pleno caos radiofónico.

–¡SCAAAAAAALCOOO!!!

Segundos después, Scalco, João Baptista Scalco, o simplemente JB, invadió mi sala, el fotógrafo de la revista deportiva de la Abril, *Placar,* que dividía la cobertura en el Sur con su amigo y colega, el reportero Divino Fonseca.

–¿Llamó, Jefe?

–Está haciendo alguna cosa o se está rascando las bolas, *Jotababy*? –provoqué, apelando para el nombre artístico que JB usaba cuando, como *disc jockey*, animaba un programa de música joven en una radio de Tenente Portela, ciudad del interior gaucho. A él le gustaba la referencia.

–Nada. Estaba leyendo el diario.

–Vamos a dar un paseo. Estamos a pie. ¿Podemos ir en tu auto? –sugerí, dando una ojeada al Chevette.

–¡Claro! ¿Adónde?

–Un chequeo, cara-pálida, sólo un chequeo de información. Te cuento en el camino – dije, mientras Scalco escudriñaba la bolsa de sus equipos en la redacción. Colgué en el hombro mi propia bolsa, con libreta de anotaciones, bolígrafo, pipa, fósforos y tabaco, y abrí la puerta lateral del Chevette.

Mi chofer eventual parecía comprimido en el volante. A los 27 años, fuerte y robusto, Scalco intentaba acomodar su metro noventa en el apretado asiento delantero. No era sólo el más alto de los doce habitantes de la redacción de la Abril en Porto Alegre. Era un gigante de la imagen.

"El más brillante fotógrafo de deportes de la historia del periodismo brasileño", escribió Juca Kfouri, director de redacción de *Placar*, que lo llamaba de "Falcão de la Fotografía"[3]. El jefe de redacción, João Rath, inventó otro sobrenombre que JB adoraba: "El Van Gogh de la Pampa".

Mientras la mayoría de los fotógrafos se ubicaba detrás del gol, junto a la línea de fondo, Scalco tenía la manía de acompañar los lances del partido al medio del campo. Para compensar la distancia hasta el santuario de los arqueros, se armaba de teleobjetivos aventajados, casi obscenos, de 400 mm., que transformaba en pinceles de precisión para diseñar con arte y poesía el paisaje siempre dramático del área grande.

La osada opción por un lente tan poderoso daba a Scalco una crítica y estrecha área de foco, cerca de un metro sólo de nitidez en la escena captada a una distancia de 60 metros desde su punto de observación. Si usara un teleobjetivo menos ambicioso de 200mm, tendría la comodidad y la seguridad de un foco con hasta cuatro metros de tolerancia.

---

[3] Referencia a Paulo Roberto Falcão, uno de los más grandes jugadores del fútbol brasileño en los años 1970-80. Integró la talentosa selección de Brasil del Mundial de 1982 en España. Volante de pasada elegante, empezó en Internacional, de Porto Alegre, donde se tornó amigo de Scalco, quien le sacó sus mejores fotos en la cancha. Comprado por la Roma en 1980, le dio su primer título italiano, ganando de la hinchada romanista el apodo de 'Rey de Roma'. Terminó su carrera en 1985 jugando por el club São Paulo.

En un deporte marcado por el movimiento, por la improvisación, por la sorpresa, por la rapidez, la atrevida opción por un teleobjetivo tan potente podría resbalar hacia el corner, chocar en una imagen trémula, tropezar en un borrón sin foco, sin definición, sin pelota. Pues Scalco conseguía driblear todo eso con su ojo mágico y firme, que aprisionaba con nitidez el momento sublime del fútbol. Nueve de cada diez fotos que hacía tenían foco perfecto – y una belleza impar.

El amague desconcertante, la bola besando el marcador, el agua escurriendo en el balón, cabeceado bajo la lluvia, el esfuerzo supremo de los jugadores saltando en el área en banal sanción de corner, los músculos crispados por la disputa mortal en el lance decisivo. Todo quedaba eternizado con calidad plástica y colores deslumbrantes, realzados por otro lance de audacia: el contraluz, que ahuyentaba tantos fotógrafos y que Scalco buscaba con devoción y reverencia.

Él prefería la luz del segundo tiempo del juego, al atardecer, cuando el ángulo del sol se convertía para él en aliado, no en verdugo como para todos los otros. Fotógrafos comunes e hinchas de todos los clubes quedaban incomodados con aquel destello en los ojos, que los hacía erguir la mano en gesto instintivo de protección para el rostro.

Scalco, al contrario, buscaba esa confrontación directa con el astro en el cielo, de quien él robaba el resplandor para conferir un aura dorada a los astros en el césped, en el área grande, donde brillaba como nadie, calzado siempre con sus dos cámaras *Nikon F-3*.

Humildes y agradecidos, los genios de la pelota acababan todos vistiendo los domingos el uniforme de modelos inesperados en los estadios, posando con gracia y estilo para el lente siempre iluminado de este gigante de la fotografía.

Como era común en los años 70, Scalco cultivaba barba y bigote, en parte tal vez para disfrazar un poco el rostro lleno y simpático de bebé, realzado por los cabellos encaracolados, de querubín. Con todo eso sólo reforzaba la apariencia inusitada de un bebé llorón de barba y bigote.

Era ese fotógrafo que, en ausencia de Kadão, en viaje al litoral, el azar colocó a mi lado.

Una casualidad que haría reaparecer cuatro personas.

Una casualidad que salvaría cuatro vidas.

Una pareja y dos niños.

Los desaparecidos.

Detenidos.

2
La pistola

Porto Alegre, noviembre de 1978

La dirección de la calle Botafogo quedaba en el barrio vecino, el Menino Deus, a cerca de quince cuadras de la redacción, a menos de tres kilómetros en línea recta. La calle guarda un aire pacato y la arquitectura baja que marca el horizonte del barrio, un área residencial que, al contrario de otras, todavía no creció hacia arriba.

El Menino Deus se extendió para los lados, horizontalmente, gracias a los terraplenes que ampliaron los espacios, pero estrangularon la boca del Guaíba, el estuario en cuyas márgenes nació Porto Alegre, la capital que sólo ahora –bicentenaria– pasaba el millón de habitantes.

La calle era salpicada por la copa reverdecida de jacarandás y canelos que, en verano, ofrecen una sombra preciosa y exhalan un perfume suave en la primavera. La lluvia fina resaltaba el aroma del verde y dejaba la calle aún más desierta en aquella tarde, cuando el Chevette estacionó próximo al número 621, en la calzada opuesta.

Había un Passat color crema, sin patente, estacionado casi en frente, con un hombre al volante. La dirección indicaba un conjunto habitacional estrecho y largo. Tenía dos ventanas de anchura y tres bloques de fondo, cada uno de ellos con cuatro pisos.

Bajamos del auto, y un muchacho en la calzada nos indicó el bloque 3, al fondo del conjunto de "clase media". Ingresamos en el hall apretado del primer piso, para donde se abrían las puertas de cuatro departamentos. La puerta gris del 110 era la segunda a nuestra izquierda, al pie de una escalera que llevaba al piso superior.

Toco la campanilla, con Scalco a mi lado izquierdo. Aguardo.

Mientras espero, un hombre moreno, achaparrado, pecho ancho y una minúscula bolsa negra colgada, entra al edificio viniendo de la calle y camina en nuestra dirección. Pienso que va a dirigirme la palabra, pero él pasa a mis espaldas y sube la escalera. Vuelvo mi atención para la puerta del departamento, donde hay una mirilla. Tengo la impresión de estar siendo observado.

Hay alguien al otro lado de la puerta, pienso, sin comentar nada con Scalco.

Levanto la mano para hacer sonar el timbre otra vez, pero antes de eso la puerta se entreabre lentamente y se detiene. En el espacio estrecho surge el rostro pálido

de una joven morena y menuda, de cabellos negros estirados, cejas gruesas y con los ojos desmesurados, negros como un par de jabuticabas[4].

Ella se apoya con firmeza en la puerta, pero la danza nerviosa de los ojos me da la certeza de que ella tiembla, asustada.

No dice nada, no hace ni siquiera la pregunta protocolar sobre lo que yo quería. Por algún motivo parece no estar sorprendida con mi visita. A pesar de eso, permanece muda, tal vez intentando decirme algo sólo con su mirada. Quiebro el silencio, cortando nuestro cruzar de miradas, y pregunto primero por el hombre de la casa. Atento a la información de que buscaba una pareja de uruguayos, hablo en español.

–¡Hola! ¿Está Universindo?

Mi pregunta sólo deja más frenética la danza visual de la joven delante de mi. Ella no dice nada. Tal vez no haya entendido mi pregunta. Resuelvo ser más claro.

–¿Universindo Rodríguez Díaz vive aquí?

–Sí... Sí...– balbucea ella, tartamudeante, moviendo los ojos de un lado para otro, como indicando alguien a su lado, atrás de la puerta. Scalco desvía la mirada de la joven y observa, a su lado izquierdo, el vano entre la puerta y la pared, junto a las bisagras.

Hay alguien allí, percibe Scalco, sin tiempo de avisarme.

Envalentonado por la respuesta positiva, mudo el foco de mi atención. Intento tirar nuestra penosa conversación del impasse y procuro otra confirmación.

–¿Usted es Lilián?... –pregunto, recibiendo de vuelta un contenido asentimiento de cabeza, afirmativo, con cierto aire de culpa.

No es bien lo que yo llamaría de diálogo, pero las dos respuestas eran positivas. El llamado telefónico anónimo había acertado la dirección y la identidad del dúo. Era un comienzo tortuoso, pero animador. Más confiado, mi español gana mayor af uencia.

–Bueno, nosotros somos de la Editorial Abril y recibimos ahora una llamada de San Pablo. Me gustaría saber si está todo bien... Yo...

No pude terminar la frase.

En un movimiento firme y rápido, pero sin violencia, la joven se apartó para el lado, me dejó hablando solo. Callé por un buen, sólido, metálico motivo. Salió de escena el negro profundo de sus ojos cambiantes y entró en su lugar el interior oscuro y estático del cañón de una pistola, a una cuarta de mi frente.

Era mi vez, ahora, de desmesurar los ojos.

---

[4] Jabuticabas – Fruto tropical, redondo y oscuro de un árbol que se puede encontrar en las zonas selváticas de Brasil y Paraguay.

Dejé la mirada resbalar por el arma cromada, que recordaba en la forma y en el tamaño una pistola calibre 45. Hice eso con cuidado extremo de no perturbar cualquier nervio más sensible de mi nuevo anfitrión. Mi mayor preocupación, ahora, era su mano derecha, la que aseguraba el arma. No quería hacer nada que pudiese contraer sus músculos –principalmente los del dedo indicador en el gatillo de la pistola.

Corrí el ojo por la corona cuadrada del arma, el brazo derecho que la aseguraba, y acabé en el rostro delgado y marcado de un hombre blanco, que coincidía con mi altura y edad: menos de treinta años, cerca de un metro sesenta de altura. Tenía cabellos castaño claros, lisos, repartidos hacia el lado izquierdo, puntuados por cejas bien definidas. Los labios finos casi desaparecían delante del bigote abundante, que caía en las comisuras de la boca. Los ojos, arqueados levemente en simetría con el bigote, proyectaban una inesperada melancolía.

Un conjunto que producía una mirada inolvidable –especialmente acompañado por una calibre 45 todavía más melancólica.

Ahora abierta de par en par, la puerta permitía que Scalco recibiera también una recepción a la altura, con una pistola oscura, igualmente intimidatoria. Era empuñada por un hombre negro, de tez clara, robusto, con cintura redonda, cabello corto y crespo, sin barba o bigote. Era más fuerte y un poco más bajo que Scalco.

Sentí algo frío y metálico en la espalda y, con el rabillo de los ojos, reconocí el atleta de maletín que subiera la escalera del hall, segundos antes.

–¿*San Pablo*? –preguntó el hombre de bigote frente a mi, en voz baja, preocupado en no atraer la atención de nadie más en el edificio. Con el dedo indicador de la mano izquierda me hizo la señal para entrar en el departamento, mientras el hombre por detrás hacía una leve presión, forzando mi paso para el frente.

Delante de tanto argumento a favor, no vi como resistir el convite.

En ese momento, el hombre negro que le apuntaba a Scalco llevó la mano derecha hasta la máquina Nikon que traía colgada en el cuello. Eso hizo al hombre de bigote desviar los ojos de mí para Salco y percibí en él, por primera vez, una pisca de indecisión.

La máquina fotográfica lo perturbó, pensé.

Scalco perdió la Nikon y la bolsa de equipamentos, que el negro fuerte colocó sobre una mesa de fórmica. La puerta se cerró atrás de nosotros.

Estábamos en una sala pequeña, pobremente decorada, muebles simples. Sobre la mesa, en un soporte de metal, una calabaza minúscula de chimarrão[5],más pequeña que la gaúcha, confirmaba la presencia uruguaya en el lugar.

[5] *Chimarrão*, bebida típica así llamada en el sur más helado de Brasil, es la infusión de la hoja de yerba mate que se bebe caliente y tiene origen en los altiplanos del imperio Inca. Conocido en Uruguay

Detrás del matehabía un aparato de TV pequeño, encendido a medio volumen, mostraba un *western* en blanco y negro que no atraía la atención de nadie en la sala.

Justificable. En aquel momento, la mayor atracción éramos los dos forasteros: Scalco y yo.

Junto a la pared había un balcón y tres sillas, todos en fórmica ceniza combinando con la mesa. La persiana de fierro de la única ventana estaba cerrada casi hasta el fin, a pesar de la luz apagada. La iluminación venía de la calle, por la puerta abierta del área de servicio, que se alcanzaba de la sala en cuatro pasos, al lado de la pequeña cocina del apartamento.

El piso de parqué denunciaba que la dueña de casa no controlaba el lugar desde hacía algún tiempo. Había basura, con periódicos dispersos, puchos de cigarro, latas de cerveza, marcas de suela de zapatos sucios.

Otro hombre se encargaba de arrastrar la joven para una pieza próxima al corredor que desembocaba en la sala, luego cerrar la puerta detrás de nosotros. Otros dos o tres hombres permanecían inmóviles y callados en el fondo de la sala, protegidos por la penumbra que no permitía ver sus rostros.

Sólo se oía el sonido de la TV. Scalco y yo nos quedamos estáticos en el centro de la sala, con las manos en alto. La posición parecía ref ejo del filme de bang-bang. El hombre de bigote se aproximó de Scalco, con cuidado, palpó el bolsillo de la camisa polo roja y se apartó, al verificar que era sólo el llavero del Chevette.

–De frente a la pared, manos arriba de la cabeza –ordenó el bigotudo.

Una orden que, extrañamente, me dejó más aliviado. El hablaba en buen y claro portugués. Mejor, con el acento gaucho. Un gaucho de la capital, ciertamente.

Un coterráneo, che!

Un consuelo bestia, pensé, al apoyarme en la pared, manos arriba de la cabeza, de cara para la pared. Quedé más al fondo de le sala, con Scalco a mi izquierda, más cerca de la puerta. Sentí un leve puntapié entre los tobillos, para abrir las piernas. Recordé que ya había visto la escena en muchos filmes policiales. Este pequeño detalle me dio la certeza de lo que faltaba: la técnica de revista no me dejó dudas sobre la identidad de nuestros captores.

Pero, ¿qué tipo de policial?, me pregunté.

Vi a Scalco a mi lado siendo palpado en la cintura y por dentro de las piernas por el hombre de bigote, que mantenía la pistola cromada en la mano derecha. El hombre negro que recibiera a Scalco era quien me revisaba, y sentí un cuidado ma-

---

y Argentina también como *cimarrón* o *mate amargo*.

yor en relación a mí –cosa que no me dejó nada tranquilo. Yo tal vez fuese el sujeto que aquellos hombres esperaban.

Mi diálogo rápido en español con la joven, a la puerta, reforzaba la idea de un visitante uruguayo.

El uruguayo que ellos querían, pensé.

La visita que la uruguaya temía, imaginé.

Sentí la mano izquierda, grande y pesada del negro, palpándome, en busca de armas. La mano derecha continuaba con la pistola en mi espalda, mientras la otra recorría mi pecho, pasaba por las axilas, bajaba para la cintura, deslizaba por dentro de la pierna y terminaba en las medias. Mi bolsa negra ya me había sido retirada del hombro y estaba ahora sobre la mesilla, en frente a la televisión, al lado del equipo de Scalco.

Podría ser un cuadro de cine mudo, si no fuera por el sonido bajo de la TV y la respiración medida en la sala. Fuera de eso, era el silencio. Nadie conversaba.

El jefe habló lo mínimo, lo necesario para que la acción no perdiera la secuencia, nada más. Convencidos de que estábamos desarmados, el bigotudo y el negro se apartaron en dirección a la puerta, con sus armas apuntando hacia nosotros. Los otros hombres en la sala quedaron a nuestras espaldas, disciplinadamente mudos. La distancia mayor de las pistolas me ayudó a retomar el aliento.

–Eh, ¿qué sucede? –comenté, provocando la primera decepción en la sala. ¡Bah!, ¿yo no era uruguayo? ¿Era brasileño, como el bigotudo?

–¡Nosotros somos periodistas! –enmendé, transformando la decepción en espanto.

¿Periodista? ¿Qué hacía un periodista en aquel lugar?

–¡Revista *Veja*, sucursal Porto Alegre! –completé, convirtiendo el espanto en perplejidad.

¿Periodista de la *Veja,* luego de la *Veja*, la revista semanal más importante del país?

Sentí en el aire el peso de mis tres frases, cada una peor que la anterior. Si yo hubiese tirado una granada en medio de la sala, el estrago no podría ser mayor. Mi declaración no ayudó en nada a calmar a mis anfitriones.

Por el contrario. Sentí al jefe de bigote un poco perdido, por dos razones muy simples: los dos peces en la red no eran uruguayos y, peor aún, eran periodistas – imprevisto que ciertamente no estaba en los planes de ninguno de aquellos hombres armados.

–¿Cómo llegaron hasta aquí? –preguntó el jefe, traicionando cierto nerviosismo por detrás de su notable irritación.

–Yo recibí un llamado telefónico... –comencé a explicar.

–¿De quién? –interrumpió él.

–No sé. Era un tipo de São Paulo –completé.

–¿Cómo es que sabes que era de São Paulo?

–No sé si era de São Paulo. Fue lo que el tipo dijo. Tanto podía estar en São Paulo como en el teléfono de la esquina, ¡mierda! –respondí, con una impensada osadía, mostrando alguna irritación.

Hubo un momento de silencio, en que nadie parecía tener más preguntas.

Nosotros y ellos, al parecer, habíamos llegado a la misma y frustrante conclusión –aquel encuentro imprevisto nunca debería haberse realizado. El equívoco se consumó, restaba saber quien de nosotros podría arreglar la situación. A falta de una mejor idea, el jefe de bigote intentó discutir normas de periodismo –un terreno donde yo, francamente, me sentía mucho mejor armado.

–¿Ustedes salen corriendo detrás de cualquier llamado telefónico que reciben? –reclamó.

–Che, yo hago mi trabajo, como ustedes hacen el suyo. Cuando recibo una información, yo verifico –respondí, hasta con un aire triunfal. –Es lo que estoy haciendo ahora. Y, por lo visto, la información era correcta...

El bigotudo despreció mi ironía, más preocupado en descubrir una salida para la situación. Aún con las manos en alto de frente a la pared, yo hablaba con él mirándolo directamente a los ojos, cosa que en la hora me pareció una buena señal. Denotaba cierto descontrol, pues lo normal sería que nos quedáramos siempre con la cara contra la pared, imposibilitados de identificar nuestros captores.

Un equívoco, pensé.

Nada mal. Por lo menos era a nuestro favor.

Ya hacía unos quince, veinte minutos que estábamos allí y ciertamente allí nos quedaríamos años, inmovilizados, si alguien no tomaba la iniciativa de deshacer aquel nudo. Yo me presentaría como voluntario, placenteramente, pero era libertad de movimiento lo que más me faltaba en el momento. Ese no era el problema del jefe.

Con un gesto de cabeza para sus compañeros, colocó la pistola en el cinto, cubierta por la camisa listada de manga corta que vestía por fuera del pantalón de brin claro, abrió la puerta del departamento y salió por donde habíamos entrado.

Nos quedamos Scalco y yo en aquella posición ridícula, apoyados en la pared, bajo la inconfortable vigilancia de un bando de hombres de quienes no veíamos el rostro, ni se oía nada. Sólo los sentíamos a nuestras espaldas, lo que sólo hacía au-

mentar nuestra inseguridad. El único que estaba bajo nuestro ángulo de visión era el negro junto a la puerta, que no nos sacaba los ojos de encima.

Él se mantenía mudo, como el resto. Una opresión intolerable. Resolví hacer una broma para recuperar un poco de confianza. La ausencia del jefe, confieso, me intranquilizaba.

–¡Hey!, parece que caí en una trampa, ¿eh?

–¡Uy! ¡Una buena trampa, mano! –respondió el hombre negro, rompiendo por primera vez el monopolio del habla del hombre de bigote.

La respuesta no me animó a continuar el diálogo. La puerta entonces se abrió y el jefe, para mi consuelo, retomó su puesto. Esta vez, sin embargo, parecía cambiado con aquellos cinco minutos fuera del departamento. Perdió un poco su nerviosismo, o aparentaba más calma, e intentó trasmitirnos este estado de espíritu a Scalco y a mí.

–Esta todo bien con ustedes, pueden bajar las manos.

La luz fue encendida y percibí el clima de distensión cuando vi las armas siendo colocadas de nuevo en el cinto. El jefe nos pidió las credenciales de prensa, tomó una silla y se sentó a la mesa para anotar nuestros nombres y cargos en la sucursal de la Abril. Para tan súbita transformación sólo conseguí imaginar una cosa: el jefe consultó algún superior jerárquico, personalmente o por radio, fuera del departamento, para decidir qué hacer con nosotros.

Percibí el retroceso y partí a la ofensiva.

–A final de cuentas, ¿cuál es el problema con el personal? ¿Contrabando? ¿Subversión?...

–Ah, sabe como es, ¿no? Extranjero ilegal en el país, esas cosas... –respondió el bigotudo, sin levantar los ojos del papel donde escribía. La explicación parecía indicar una operación de la Policía Federal, que es a quien le corresponde lidiar con este tipo de problema, pero el bigotudo buscó ser lo bastante vago para dejarme en la duda. Intenté una vez más.

–Bien, voy a tener que publicar alguna cosa a respecto...

–No, nada de eso –interrumpió el jefe–, tú no puedes divulgar nada. Si ese tipo que telefoneó vuelve a llamar, no digas que estamos aquí. Vamos a estar esperando.

Él terminó de anotar los datos de nuestras credenciales, devolvió los documentos y, por primera vez, sonrió, como una especie de premio por nuestro buen comportamiento.

–Listo. Ahora ustedes pueden irse. Están liberados –completó, con la misma frialdad de un encargado del sector de crédito de una tienda al informarnos, para

alivio mutuo, que nuestro crédito estaba liberado. Sentí una sensación extraña en el estómago.

En aquel instante, sin embargo, la expectativa de respirar aire puro a cielo abierto, a pocos pasos de ahí y lejos de todo aquello, me pareció la cosa más importante del mundo. Sin pensar mucho, guardé mi credencial dentro del maletín y me dirigí a la puerta abierta, seguido de Scalco. Felizmente tuve la mínima lucidez de no extender la mano para despedirme del jefe.

Salimos para el hall y de allí desviamos para el lateral del edificio, bajo la lluvia fina que caía suavemente en la ciudad. Todo continuaba desierto, sin nadie por las cercanías.

Aproveché la corta caminata para respirar hondo y, en voz baja, sin mirar para el costado, pregunté:

–Scalco, ¿tú reconociste a alguien ahí dentro?

–No tengo certeza, pero... uno de ellos me recuerda a Didi...

–¿Quién?

–Al Didi... Didi Pedalada. Un tipo que jugó en el Inter, años atrás. Me acordé de él cuando vi al sujeto en la puerta. Pero... no sé.

Scalco paró de hablar cuando llegamos a la calzada, todavía desierta. Ni estaba el muchacho que nos indicó el bloque. No había nadie. Pero el Passat crema continuaba estacionado en frente al edificio. La rápida mirada del sujeto al volante sobre nosotros no me dejó dudas. Aquel hombre sabía lo que pasaba al interior del departamento. Él era uno de ellos.

Atravesamos la calle, Scalco destrabó el Chevette y entramos en el auto. Me senté en el asiento delantero y fue ahí, entonces, que sentí –o mejor, no sentí las piernas.

Me debilitaba rápidamente. Diablos, estaba con miedo, temblaba. ¿Por qué?

¿Por qué la prisa al salir del lugar, por qué la falta de mayor agresividad en las preguntas para el jefe de aquella operación?

Yo sabía porqué.

–Vámonos, Scalco.

No le conté nada, mientras miraba en el horizonte sin fin de la calle Botafogo.

No era la primera vez que yo veía aquella chica.

Ya conocía a Lilián.

3
El visitante

Porto Alegre, octubre de 1978

–*Permiso...*

Era un día cualquiera de octubre, no recuerdo.

El muchacho educado que ingresó en mi sala, conducido por la secretaria de la redacción, no llegó a atraer mi atención.

Como muchos otros no estaba interesado en mi, sino en los pesados volúmenes de cuero negro donde estaban encuadernados diez años de vida de la revista *Veja*. Era común que estudiantes, investigadores o simples curiosos recorrieran la preciosa biblioteca dispuesta en la estantería en frente a mi mesa.

Orientado por Loraine, él se quedó allí, de pie, examinando las fechas en los lomos de la colección, abriendo uno que otro volumen, mientras yo tecleaba algo en la máquina. Después de algún tiempo, percibiendo su desconcierto delante de tanta información acumulada en más de quinientas ediciones de la revista, procuré ser gentil:

–Che, ¿estás buscando algún reportaje en especial?

–*Sí, busco notas acerca del Uruguay* –respondió, con una sonrisa simpática por debajo del bigote moreno y bien afinado, con cabellos oscuros y lisos, tez pálida como la mayoría de los uruguayos, lo que no comprometía el aire saludable de un cuerpo mediano en el peso y en la altura, que todavía no alcanzaba los treinta años de edad.

–*¿Usted es uruguayo?* –pregunté, contento como siempre de hablar con gente de un país que es casi la prolongación natural de Río Grande do Sul.

Una única pampa ancha y extendida que une gauchos de un lado y otro de la frontera seca bajo hábitos y marcas tan comunes como el *chimarrão*, la milonga, los rebaños de ganado, el horizonte sin fin de los pastajes, el viento Minuano, las carreras de cancha recta, el recorte suave de las cuchillas, la payada y la parrillada.

El único detalle que nos separaba, claro, era el fútbol.

* * *

Desde 1972 yo viajaba sistemáticamente al Uruguay, a paseo o trabajo, y tenía un bello recuerdo de aquellas jornadas.

A inicio de la década, cuando Uruguay todavía era una democracia, acostumbrábamos huir de la dictadura aquí para respirar libertad allá. Cuando un feriado

coincidía con el fin de semana, Kadão y yo, ambos novatos en la sucursal de la *Veja*, teníamos por hábito hacer breves escapadas para respirar democracia en Montevideo, la capital iluminada que mantenía cines y librerías de la avenida18 de Julio abiertas y agitadas hasta la madrugada.

Se veía de todo, se leía de todo en un país de elevado nivel cultural y alta conciencia política. Salíamos del cine que exhibía *La naranja mecánica*, de Kubrick, y entrábamos en la sesión del otro lado de la avenida, dedicada a *Sacco y Vanzetti,* de Montaldo. Después, *La Clase Obrera Va al Paraíso,* de Petri, *La Batalla de Argel,* de Pontecorvo, y *Z,* de Costa-Gavras –todos proscritos de Brasil por la censura, lo que daba un gusto especial a nuestra subversión cultural.

En sólo una década (1968-1978), el país del AI-5, el más duro Acto Institucional de la dictadura brasileña, prohibió 600 filmes, 60 por año, cinco por mes, uno por semana. El Uruguay nos libraba de la dieta forzada. Libros y discos, vetados en las estanterías de Brasil por tener las firmas de autores de izquierda o las voces de cantantes de fuerte militancia política, nos hacían gastar horas en las librerías y tiendas de la capital uruguaya.

Saciado el espíritu, matábamos el hambre con las calóricas parrilladas delrenombrado Las Brasas o el perfumado pejerrey “a la roquefort” en restaurantes populares del animado mercado público de la Ciudad Vieja, junto al puerto de Montevideo. Siempre bien acompañados por la botella barriguda de casi un litro de una Norteña bien helada, la mejor cerveza del país.

En aquellos tiempos, el Uruguay era una delicia que se cargaba en el paladar, en el olfato, en la vista. Un placer que se guardaba en la memoria. Daba nostalgia ya en la frontera del extremo sur, en Chuy, en el viaje de vuelta, cuando éramos obligados a abandonar la ‘Zona’ –el nombre cariñoso que di a mi viejo Sedan Volks año 1969, carrocería verde oliva y ruedas blancas– para la revista de costumbre de la policía brasileña en la aduana. Abrían el portamaletas, revisaban debajo de los asientos, revisaban documentos y equipaje. No buscaban contrabando. Querían sólo incautar material “subversivo”.

Kadão y yo aprendimos a esconder libros y discos bajo el forro de las puertas del coche, que rellenábamos con nuestros pequeños tesoros culturales. Era una ‘Zona’ cultural. Profundamente subversiva, a pesar del verde oliva, color oficial del Ejército en Brasil.

Ahora el joven moreno frente a mi en la sucursal de *Veja*era una manera de recordar aquellos buenos momentos. Le indiqué algunos reportajes, que tenían el Uruguay y su crisis reciente como tema. Él me pidió para fotocopiar algunos de ellos.

–A sus órdenes –concordé.

Hablamos sobre el presente nada agradable de su país. Percibí en él un crítico de la coyuntura uruguaya y me interesé todavía más por la conversación.

–*¿Estás de paseo en Brasil?* –pregunté en tono casual. Sentí inmediatamente una retracción.

–*No, estoy viviendo acá por un tiempo* –respondió vagamente. Dijo su nombre, Miguel, con tal economía de palabras que temí ser descortés con la insistencia de preguntas de ese tipo. No era nada extraño que un uruguayo ahora fuese cauteloso con las palabras y contenido en los gestos. Desistí de preguntar sobre Miguel y volvimos a hablar sobre el Uruguay. Un país que me interesaba como periodista y que lo perturbaba como uruguayo. Él, más que yo, sabía por qué.

El Uruguay, un ejemplo de democracia hasta la década de 60, se había convertido en la década de 70 en un laboratorio de horrores de una de las dictaduras más impiedosas del mundo. El golpe civil-militar de junio de 1973 mal había completado cinco años[6].

Mientras conversaba con Miguel sobre su tierra, al mismo tiempo tan interesante y tan perturbadora, me levanté de la silla para ayudar en su investigación. Localicé algunos reportajes recientes en la colección de la *Veja* y le recordé que era cada vez más difícil el trabajo de los periodistas en Uruguay, desde mi primera visita al país, en 1972.

Los viejos amigos, las buenas fuentes, las cabezas inteligentes del pueblo uruguayo ya no eran accesibles. Buena parte ahora estaba en el exilio, algunos cumplían largas penas de prisión, otros desaparecieron, muchos fueron simplemente exterminados. Para Brasil, el Uruguay no era sólo una noticia de prensa, sino una dura realidad que sangraba y machucaba, incluso brasileños.

Flavio Tavares, corresponsal de *El Estado de S. Paulo* y del diario mexicano *Excelsior* en Buenos Aires, soportó seis largos meses de prisión y tortura en Montevideo. Cuando fue libertado, en enero de 1978, estaba más flaco que al salir de una prisión brasileña, nueve años antes, como uno de los presos políticos entregados a cambio del embajador americano Charles Burke Elbrick, secuestrado por la guerrilla.

Fue preciso un intenso movimiento de la opinión pública en Brasil y en México y una discreta gestión de Itamaraty para que Flavio fuera libertado horas antes del desembarco en Montevideo del presidente brasileño, general Ernesto Geisel, en visita oficial de tres días.

Después de Flavio se descubrió a Flavia.

---

6 Sobre el país de Lilián y Universindo, vea Anexo, *El Uruguay secuestrado.*

Las cartas y el largo cautiverio de la gaúcha Flavia Schilling en el presidio femenino de Punta de Rieles, en la perisferia de la capital, emocionaron al Brasil y garantizaron el espacio diario en la prensa brasileña para el régimen, cada vez más notorio de Montevideo. Una fuerte campaña callejera, más tarde, arañaríala máscara de indiferencia de los generales en Brasilia.

El nuevo presidente, João Baptista Figueiredo, en su primer año de mandato, tendría la oportunidad de ejecutar su idea de amnistía ("lugar de brasileño es en Brasil"), a través de una eficaz presión sobre el presidente uruguayo Aparicio Méndez. Flavia, integrante del proscrito grupo guerrillero "Tupamaros", fue herida de un tiro en el cuello en un tiroteo en Montevideo por una patrulla del Ejército. Permaneció siete años y medio en las cárceles uruguayas, hasta ser liberada en abril de 1980.

Aquel día de octubre de 1978, sin embargo, mientras conversaba con Miguel en Porto Alegre, Flavia todavía no pasaba de la anónima presa Nº 313 del pabellón B de Punta de Rieles, en Montevideo. Después de quejarme rápidamente de la actualidad uruguaya, avisé a mi visitante:

–Miguel, como periodista, me interesa todo material confiable sobre tu país. Quiero abrir nuevos canales. Las fuentes que yo tenía allá desaparecieron, no sé dónde están –me lamenté.

–Bueno, voy a pensar sobre eso. Unos días más y volveré –respondió, sellando la promesa con una sonrisa.

Apretó mi mano, tomó el sobre con las copias de su investigación y desapareció. Me olvidé de él.

Dos o tres semanas después, allá estaba él, de regreso, con el laconismo habitual, pero con una sonrisa mayor insinuándose en el rostro todavía serio, algo tenso. Me gustó volver a ver mi visitante. Traía en la mano una carpeta de cartulina rosa revistiendo decenas de fotocopias de recortes de diarios europeos, documentos de entidades internacionales, todos abordando la crítica situación de los derechos humanos en Uruguay.

Antes de irse, Miguel abrió la bolsa que cargaba y de allí retiró un panf eto del tamaño de una página de oficio doblada. Era un periodicucho en blanco y negro, impresión barata, diagramación rudimentaria a dos columnas, con dieciséis páginas en letra menuda, fotos borrosas y algunos diseños. Los titulares lúgubres, la mayoría sobre torturas, prisiones, desapariciones, no dejaban dudas de la opinión de sus editores sobre el régimen uruguayo.

El panfleto tenía un nombre, *Compañero*, y luego abajo una explicación: "periódico del Partido por la Victoria del Pueblo –PVP". La identidad en la tapa mostraba que ya estaba en su séptimo año de vida, con las ediciones llegando al número 70.

–¿Es semanal? –pregunté.

–Sale cuando es posible –respondió Miguel, con la sinceridad posible, sin dar mayores detalles. El tono panfletario, francamente partidario y oposicionista de izquierda, no escondía algunas noticias realmente interesantes sobre la realidad uruguaya. Algo precioso delante de las informaciones censuradas u oficialistas de la prensa tradicional de Montevideo.

Le dije a Miguel que, si fuera posible, me gustaría recibir regularmente el *Compañero*, un pedido que parece sólo haberse adelantado al ofrecimiento que él ciertamente me haría.

Sus visitas eran rápidas, casi profesionales, en que trataba de entregar sus recortes y panfletos y seguir adelante. Una forma también de hablar poco. En su cuarta o quinta visita, Miguel parecía más desenvuelto, y era posible percibirlo, ya en la puerta. Estaba acompañado. Entró en la sala atrás suyo una joven morena, pequeña, delgada, aire frágil destacado por sus grandes ojos negros; negros como un par de jabuticabas.

–¡Mucho gusto! María –respondió la chica a mi apretón de manos. Ella se sentó, las manos cruzadas sobre un pulóver con el tradicional descolorido uruguayo, en tono gris, y allí permaneció –muda, pero atenta– oyendo nuestra conversación.

Miguel esta vez estaba más hablador, seguro, casi desinhibido, pareciendo querer deshacerse de sus defensas. Después de entregar otro de sus panfletos inició una conversación en que, además de preguntar, se atrevía a hacer análisis.

Quiso saber primero cuáles eran las oportunidades electorales del partido de oposición, el MDB, en *Rio Grande do Sul*. Después de un breve comentario sobre la campaña política que se desarrollaba en el país, avistando el pleito del 15 de noviembre, Miguel expresó su sorpresa por el grado de movimiento y libertad que la prensa y los sindicatos brasileños comenzaban a tener en aquellos días. Para un uruguayo, clandestino y refugiado en el país, el debate político en Brasil era un avance en relación al Uruguay.

–Eso es muy importante para todos los países del sur del continente. En especial para el Uruguay –garantizó.

Sentada al lado de Miguel, con aire sumiso, María apenas oía. Pero concordó con la cabeza, en silencio, como si tentara decir que ella también estaba espantada. Por timidez o cautela, con todo, se mantuvo siempre callada. En poco tiempo la conversación menguó. Miguel y María se despidieron, prometiendo volver.

Nunca más volvieron.

Miguel no reapareció.

Mucho menos María.

* * *

Hasta que el llamado de aquél viernes lluvioso, 17 de noviembre de 1978, me arrancó del sillón y me colocó, minutos después, delante de la muda y extraña compañera de Miguel.

Aquellos ojos negros desorbitados frente a mi, en la puerta entreabierta del departamento 110 de la calle Botafogo, me desconcertaron.

Yo conozco esta chica, pensé de repente, sin determinar con certeza cuándo y cómo había sucedido. Aquella cara asustada no recordaba en nada la fisonomía serena de la joven amiga de Miguel.

En la puerta del departamento, sin embargo, los ojos, el mutismo y los gestos nerviosos de la cabeza súbitamente me recordaron la fugaz visitante de la redacción.

–¿Usted es Lilián? –pregunté, confuso por los datos que había anotado del llamado anónimo.

Preguntaba por Lilián a quien conocía como María.

Yo intentaba procesar en la mente informaciones simultáneas que me incomodaban.

Primero, el llamado no era una broma.

Segundo, yo reconocía la joven en la puerta, pero no me gustó saber que su verdadero nombre era otro.

Tercero, no me pareció conveniente golpear en la dirección particular de quien ni se dignaba a abrir la boca en mi local de trabajo.

Todo eso confundía mi cabeza, ya un poco sonsa por el va y viene visual y nervioso de María.

O mejor, Lilián.

Pero no hubo tiempo para pensar mejor sobre eso.

Ahora ya no veía más a Lilián, o María, delante mio.

No veía nada más.

Sólo la oscuridad del cañón de la pistola entre mis ojos.

Un cañón más negro que los negros ojos de jabuticabade Lilián.

O María.

4
El peso

Porto Alegre, noviembre de 1978

Un *chimarrão*.

Fue la primera cosa que pedí al llegar a la redacción, regresando del apartamento. La imagen de aquella pistola todavía zumbaba en mi cabeza.

Yo tenía la mirada perdida en la porción verde de yerba cubriendo la mitad de la *cuia*, la calabaza de mate que sostenía con las dos manos, tibias por el calor del agua caliente que subía por la bombilla de plata. Sorbía lentamente, para no quemarme la lengua, en un ritmo que me daba tiempo para pensar.

Precisaba pensar.

El agua caliente, curiosamente, me ayudaba a enfriar la cabeza. El mate aclara las ideas, enseña la tradición campera. Mientras el líquido amargo me confortaba la garganta, por dentro, me acordé de un antiguo texto sobre el *chimarrão*.

Decía así: "La infusión aumenta la fuerza muscular, desenvuelve las facultades mentales, tonifica el sistema nervioso, regulariza las funciones del corazón y respiración, da una sensación de bienestar y vigor, sin efectos colaterales como insomnio, palpitación, agitación".

Era todo lo que necesitaba en aquel momento.

Energía, cabeza y calma, mucha calma.

Tomé el termo y llené otra vez el mate. Pero sólo eso no bastaba. Yo precisaba hablar. Loraine, que sentía la temperatura de la redacción en la punta de los dedos, percibió que algo había sucedido. Cuando ella y Dedé, la reportera que había quedado en la redacción, entraron en mi sala, mi corazón se calentó como la garganta. Cerré la puerta y les conté lo que sucediera en la calle Botafogo.

El desahogo potencializó el efecto regenerador del *chimarrão.* Recuperé la confianza, retomé la ofensiva. Era importante informar a mis jefes, en São Paulo, sobre el incidente. Llamé el editor de Internacional de *Veja*, Roberto Pompeu de Toledo, y le conté la historia de los uruguayos.

–¿Qué piensa que debemos hacer? –indagó el editor.

–Pompeu, el viernes ya está acabando. Estamos en el pique del cierre de la portada de elecciones. El policía dijo que era prisión de extranjero ilegal en el país. Este negocio de deportación es un proceso demorado. El lunes yo chequeo mejor esta

historia. Mi equipo está volviendo al litoral, con la entrevista del senador Simón, y preciso cuidar la portada.

El editor concordó conmigo y colgué.

No le conté que ya conocía Lilián. O María.

Tuve el presentimiento de que podría volver a encontrarme con el hombre de bigote aún ese día. No, no estaba pensando en volver al departamento.

Pero me pareció que el policía podría venir hasta la redacción, interesado tal vez en otro uruguayo ilegal en el país –Miguel, el hombre que me presentara a Lilián como María.

Miguel... ¿O sería Universindo?

Me acordé entonces del informe sobre derechos humanos y el Uruguay que Miguel, o Universindo, me había entregado en una de sus visitas. No quería que eso pudiese agravar un posible proceso contra su permanencia ilegal en el país, como alegaba el hombre del bigote de la Botafogo.

Me levanté, abrí el armario de mi sala y saqué la carpeta con documentos y recortes. La valija diaria que seguía para São Paulo con filmes, fotos y documentos administrativos cerraba alrededor de las 18 horas. Miré el reloj, estaba en la hora. Llamé a Loraine y pasé el documento.

–Manda eso para São Paulo. Encamínalo para Scotch –le pedí.

Scotch, nombre de guerra del periodista Jorge Escosteguy, un vibrante gaúcho de la ciudad de Santana do Livramento, en la frontera uruguaya. Fue mi compañero durante algún tiempo en la redacción, ahora era editor asistente de la sección de Brasil. Él podría pasar el material más tarde a la sección Internacional, si fuese el caso.

–Colócalo en la valija y la semana que viene le explico a Scotch lo que es esto –enmendé.

Ya anochecía cuando mi equipo volvió del litoral.

La *Brasília* de la sucursal estacionó en la entrada lateral, donde desembarcaron Pedro y Kadão, el reportero y el fotógrafo que traían la entrevista con el nuevo senador Simon. Antes de conversar de la elección, me pareció mejor relatarles el caso. Cabeza fría, ellos llegaron a la misma conclusión.

–Creo que los hombres luego, luego vendrán para aquí. Está a la vista que fue un error soltarte, jefe! –habló Kadão, crudo y directo, diciendo en voz alta lo que era el sentimiento general.

Inclusive el mío. Si ellos querían saber más de las conexiones de la pareja, era natural que me buscaran. En cierto momento, cuando quedó solo conmigo en la sala, Kadão cerró la puerta y me presionó.

–Ven acá, jefe. Quiero hablar contigo como amigo, no como subordinado. No te enojes conmigo. ¿Tú tienes algún compromiso con esos uruguayos?

–¿Compromiso? ¿Qué dices, Kadão? –reaccioné, irritado.

–¡Calma! Tuviste alguna reunión con ellos fuera de la sucursal, allá en el departamento, o algún otro lugar, qué sé yo?..

–¡Caramba, Kadão! ¡Ningún envolvimiento! El tipo vino aquí algunas veces, consultó la colección, conversamos sobre el Uruguay. Una vez él trajo la chica. Ella entró muda y salió callada. Muda como una puerta. Nada más. Nunca más la vi, hasta golpear la puerta del departamento, hoy.

–Está bien, jefe. Entonces, no hay problema. Fuiste allá por deber profesional. Tuviste la actitud correcta como periodista. No hay nada que temer. Vamos a tomar la iniciativa. Vamos a recoger de la policía informaciones sobre lo que está ocurriendo... –habló Kadão, con la claridad y la precisión que yo aprendí a respetar desde que nos conocimos, en 1970, uno y otro principiantesen el periodismo. Estrenamos juntos a los diecinueve años en la redacción del diario *Zero Hora*. Al año siguiente comencé a trabajar como *freelancer* fijo de la sucursal de *Veja.*

Cuando asumí la jefatura de la sucursal, en 1973, contraté a Kadão como fotógrafo principal de la revista. Era el profesional talentoso que yo buscaba. Y era casado con Loraine, la majestuosa "Séptima Flota" de la Editorial Abril, que ejercía con competencia y gracia su doble comando diario –me mandaba en la redacción y, fuera de ella, a Kadão.

–Llamemos al mayor Barcelos para averiguar lo que está pasando –recordó Kadão, sugiriendo el teléfono del portavoz de la Secretaría de Seguridad Pública, el mayor aviador João Barcelos de Souza. Era una medida objetiva. Dedé llamó, pero al anochecer del viernes nadie más atendía en la asesoría de prensa. No había otro nombre que pudiese ser accionado en ese horario.

Hasta entonces creíamos que no había motivo para tanta preocupación. El caso podría ser retomado con calma el lunes, sin atropellos. Nuestra prioridad, además, era el reportaje de portada que cerraba esa noche y que debería ocupar entre ocho y doce páginas de la edición.

Volvimos a las elecciones. La redacción de São Paulo esperaba nuestro material. Pedro Maciel se dedicó a escribir el texto final de la entrevista, y Kadão desapareció en el laboratorio de la sucursal, para alimentar la máquina de telefoto que mandaría las imágenes del nuevo senador gaúcho.

La vida volvió a su normalidad. La boca seca me recordó que era hora del *chimarrão.*

El nuevo mate me pareció menos amargo que nunca, el agua ya no quemaba tanto. Entre tanto, el recuerdo del día continuaba atravesado en la garganta. El susto inicial dio lugar a una sorda irritación, que se convertía poco a poco en rabia espesa, intragable. Comenzaba a sentirme engañado por el sujeto del teléfono, desconfiaba de haber sido usado por los uruguayos.

Revisando el filme del departamento, me preguntaba: ¿por qué la pareja no me habló la verdad? ¿Por qué mintieron sus nombres?

El hombre de São Paulo debía saber lo que sucedía en el departamento cuando me telefoneó. ¿Y será que él llamó en realidad de São Paulo? ¿Cómo saber?

¿Y si el tipo del bigote hubiese disparado aquella pistola en mi cara? ¿Eh, eh?... Me irrité más todavía.

¡Ah!, ¡podía haber sido peor! ¿Y si el tipo del teléfono no fuese amigo de los uruguayos, sino de los policías? ¿Y si todo eso...

¿Cómo es que yo podía haber sido tan imbécil?, rezongué, cada vez más irritado. ¿Y si sólo fuera una "armadilla" para envolverme en una intriga que tuviese como blanco la sucursal, la revista, la editora? conmigo mismo.

Decididamente aquel no era mi día de suerte...Para no hacer más desastroso todavía aquel viernes, volví al trabajo. Ya era de noche cuando terminamos de mandar nuestra última línea para la redacción en São Paulo. Cerramos la sucursal.

Camino a casa, cargaba conmigo, como un peso, la sensación de que tendría un fin de semana complicado. Los policías habían anotado mi nombre y local de trabajo. No sería difícil para la policía encontrarme en casa, luego que fuera divulgada oficialmente la detención de los uruguayos ilegales en el país. En poco tiempo sus captores descubrirían que yo ya conocía a Lilián. Podrían hasta invocar mi testimonio para el proceso regular de expulsión que se seguiría.

O peor, podrían sólo mantenerme bajo vigilancia, siguiendo mis pasos, en la creencia de que yo podría ser el gancho para que la policía pudiera descubrir un bando de uruguayos ilegales.

Listo.

Estaba de nuevo preocupado.

* * *

Al día siguiente, sábado, 18 de noviembre, el MDB conmemoraba la victoria en las diecinueve regiones electorales de Rio Grande do Sul.

En Porto Alegre, ciudad con 495 mil electores, el oposicionista Pedro Simon derrotaba solo al trío de la gobernante ARENA por 213 mil votos. Lluvias intensas hacían estragos en las zonas limítrofes con Uruguay y Argentina. Un gaucho a ca-

ballo, Rogelio da Silva, murió alcanzado por un rayo en la cabeza en los campos de Santana de Livramento, en la frontera uruguaya.

En la capital gaúcha, sin embargo, el sol brillaba aquella mañana de sábado.

Temprano, con el *chimarrão* en la mano, bajé para la calzada de enfrente a mi apartamento, en una calle llena de árboles en el aún tranquilo barrio *Rio Branco*. A pesar de estar a sólo una cuadra de la agitada avenida Protásio Alves, el edificio de tres pisos en la esquina de Álvaro Alvim, estaba orientadohacia la cuadra arborizada y silenciosa, de frente a un hospital, lo que garantizaba el sosiego de la región.

Me senté en la pequeña escalera de tres peldaños que conectaba el hall del edificio con la calzada, mientras mi hija de dos años, Gabriela, jugaba con su triciclo. Paseé los ojos por el diario, indiferente al tráfico de los pocos autos que pasaban por allí, más atento a los movimientos de la pequeña.

Tomé el termo y llené de nuevo la c*uia* del *chimarrão.*

No había casi nadie en la calle. Sólo un hombre fuerte, negro, de ropa deportiva, que parecía leer una revista, apoyado en un edificio al otro lado de la esquina, a unos cincuenta metros de distancia. Comencé a observarlo y, varias veces, lo sorprendí mirándome.

¡Bah!, ¿será que estaba vigilándome?

Debe ser paranoia mía, imaginé. Entonces, resolví hacer un test – como se hace en el cine, cuando alguien dobla una esquina para certificarse de que está siendo realmente seguido por un sujeto sospechoso. Yo estaba sentado en el primer peldaño, en la orilla de la calzada. Me levanté, como si fuese a volver a casa y, en un movimiento rápido, me agaché en el peldaño bajo la puerta de entrada, protegido por el muro bajo que cercaba el pequeño jardín al frente del edificio. Quedé fuera de la visión del sujeto, esperando para ver si reaccionaba a mi ausencia.

¡Bingo! Allá estaba el tipo, cuello estirado, constatando si yo había entrado en el edificio. Cuando se sintió sorprendido por mi ridículo truco cinematográfico, volvió rápido para su escondite.

¿Y ahora?

Dejé pasar algunos segundos. Entonces me levanté para una breve caminata que me diese nuevamente la certeza de que él estaba allá, vigilándome. No había nadie más. El hombre había desaparecido. Volví para casa con Gabriela, con la certeza de que me vigilaban.

Le conté la escena a mi mujer, Janda, que me oyó en silencio. No hablé nada, pero me pareció que en cuestión de horas alguien tocaría la puerta de mi departamento para nuevas preguntas sobre los inquilinos uruguayos de la calle Botafogo. Pero nada sucedió.

El sábado y el domingo trascurrieron.

Nadie vino a perturbar mi paz doméstica.

* * *

El lunes llegó con el dólar a veinte cruzeiros, la moneda de la época. La televisión llamaba a los telespectadores para el gran estreno de la noche, la mini serie *Holocausto,* relato de los horrores nazis en los campos de concentración en la Segunda Guerra Mundial.

Las atenciones del mundo, con todo, estaban concentradas en el holocausto de aquel día: Jim Jones, jefe de una secta fanática de americanos refugiados en las selvas de la Guyana, comandaba un postrero ritual suicida. Una nota oficial del constreñido gobierno de Georgetown rebelaba que Jones condujo a la muerte por envenenamiento a casi 800 fieles del Templo del Pueblo, mortandad que incluía el propio pastor.

Aquel día mi preocupación mayor era otra: aclarar el episodio del viernes. Al inicio de la tarde, acompañado por Kadão, busqué al asesor de prensa de la secretaría de Seguridad. El mayor João Barcelos oyó mi relato y devolvió con otra mi pregunta sobre lo que estaba sucediendo.

–Luiz Claudio, ¿tienes certeza de que no estabas soñando?

Delante de mi insistencia, el mayor tomó el teléfono y llamó por el ramal interno a la DCI, la División Central de Informaciones, el órgano que coordina todas las actividades policiales del Estado en el sector de inteligencia.

–Coronel, ¿hubo una operación en la calle Botafogo el viernes? –preguntó el mayor. Oyó la respuesta, sin comentarla, agradeció y cortó.

–Bien, eso no fue trabajo de la Secretaría de Seguridad –enmendó.

–¡Cómo! ¿No fue la Secretaría, mayor? ¿Quién podría ser? –pregunté, sorprendido por la negativa.

–Mire, eso tiene toda la traza de ser cosa de la Policía Federal. Procura contactar al delegado Fuques.

Salimos de la Secretaría de Seguridad en dirección al edificio de seis pisos de la superintendencia gaúcha de la Policía Federal, en la avenida Paraná, una vía agujereada en el barrio Navegantes, al otro lado de la ciudad. La secretaria abrió la puerta y entramos en la sala del moreno y rollizo Edgar Fuques, coordinador regional de la PF, el segundo hombre en la jerarquía de la Policía Federal del Estado.

Dudé. Él no estaba solo.

En la silla de visitante, por acaso, estaba otro periodista: Erni Quaresma, de la sucursal gaúchade *O Globo*, un joven y excelente reportero que hacía la cobertura de asuntos policiales para el diario carioca. Tenía malicia en la sonrisa y en la mirada,

siempre protegido por lentes de sol, oscuros como la barba cerrada, que le daban una apariencia inconfundible de policía. Tanto que, en el medio periodístico, Quaresmaera conocido por el cariñoso sobrenombre de 'Inspector'. Hacía con frecuencia trabajo de *freelancer* para la *Veja*, a mi pedido. Él me gustaba como profesional.

No sería educado pedir que Quaresma saliese de la sala. Apreté su mano y bromeé con él:

–'Inspector', ¡estás siempre en "la quemada"! Bien... oye con atención. Te voy a dar una de primera mano aquí delante del delegado.

Le repetí al delegado de la Policía Federal toda la historia que contara al mayor de la Secretaría de Seguridad.

A sus cuarenta años, Fuques frunció la frente, estrecha entre dos gruesas patillas y ampliada por dos entradas que anunciaban la calvicie. Abrió una sonrisa que traicionaba un aire de incredulidad, aquella reacción de duda cada vez menos convencida a medida que aumenta la experiencia policial.

–Extraño... Cuénteme de nuevo la historia –pidió.

No le conté al delegado, como no le contara al mayor, que ya conocía a Lilián. Preferí oír antes la reacción policial. También guardé conmigo la sospecha de Scalco sobre la semejanza de uno de aquellos hombres con un ex jugador, un cierto Didi...

Después de oír por segunda vez el relato, Fuques tomó el teléfono y consultó a alguien no identificado. La respuesta negativa pareció también no convencer al delegado. Pidió que yo repitiera el nombre de la pareja de uruguayos, mientras escribía en una tarjeta. Después llamó a su secretaria.

–Por favor, pase eso para el S.I. y vea si hay alguna cosa –ordenó. No pregunté, pero imaginé que la sigla indicase algún Sector de Informaciones o cosa parecida.

–¡Epa! Eso está pareciendo cosa del DOI-CODI, ¿eh, doctor? –provocó el reportero del *Globo*, a mi lado.

–¿Qué es eso, Quaresma? Tú sabes que el DOI-CODI está desactivado. ¡No diga eso! –protestó Fuques, cerrando la cara. No le gustó la mención a la sigla maldita del DOI, Destacamento de Operaciones de Informaciones, brazo ejecutor del CODI, Centro de Operaciones de Defensa Interna, reducto de la facción más feroz de las Fuerzas Armadas en el combate integrado contra la izquierda y la lucha armada.

La dimisión el año anterior del ministro del Ejército, Sylvio Frota, líder de la línea dura militar, comenzó a limar los dientes afilados de la represión. En la década siguiente, ya sin dientes y enjaulado en el proceso de desmovilización de la dictadu-

ra, el temido DOI-CODI sería rebautizado con una sigla desdentada –SOP, Sector de Operaciones.

La secretaria abrió la puerta, interrumpiendo la conversación y devolviendo la tarjeta al delegado. Él leyó la respuesta en silencio, viró la tarjeta boca abajo y la colocó sobre un bloc de anotaciones. Volvió a sonreír:

–No hay nada. No sabemos de nada –informó Fuques, mirando firme para nosotros, con aire de caso cerrado.

No hubo reacción –formal y necesaria– de tomar mi declaración, gesto natural delante de la gravedad de la denuncia. Ni la Policía Federal, ni la Secretaría de Seguridad tomaron la actitud adecuada, burocrática de la investigación. Todo parecía natural, extrañamente natural.

La negativa del mayor y del delegado mostraba que era una cosa mucho peor, mucho más grave. Quedaba cada vez más claro que, de forma accidental, yo había interrumpido una operación sucia, ilegal, clandestina.

Pero, al final, ¿qué significaba todo eso? ¿Qué era lo que había testimoniado yo?

Sentí entonces un escalofrío. La sensación incómoda de una palabrita que crecía por dentro, viscosa, subía por la boca del estómago, amarga, y se esparcía por la garganta, ácida.

Una palabra que asusta, traicionera, letal como un cáncer que corroe, que devora, que consume, que destruye:

¡Secuestro!... ¡Secuestro!... ¡SECUESTRO!...

¿Por qué razón la Secretaría de Seguridad y la Policía Federal negarían todo aquello?

Claro, era eso, sólo podía ser eso. Secuestro, ¡puta vida! Todo aquello que Scalco y yo habíamos visto el viernes no era una diligencia de rutina, sino una operación secreta, criminal, por eso inadmisible oficialmente. ¡Un secuestro!

La sorpresa cedía lugar a un vacío, invadido cada vez más por un sentimiento de indignación. Yo había sido engañado.

Y no fue por los uruguayos.

Volví a la sucursal, más pesado. Cargaba el peso del descubrimiento.

Pedí más agua caliente.

Precisaba de otro *chimarrão.* Bien caliente.

5
El “pantalón corto”

Rio de Janeiro, noviembre de 1978.

Cuando Kadão y yo nos despedimos del delegado Fuques enla Policía Federal, salimos acompañados de Quaresma. Allá fuera, bajo la sombra de un árbol en la calzada vacía, mientras Kadão caminaba hasta el auto de la sucursal, yo y el colega de *O Globo* repasamos la historia, extrañados por la fría reacción de la policía.

–Está oliendo a cosa policial –resumió el ‘Inspector’, con intuición afinada. –¿Dio para identificar a alguien allá adentro?

–Yo no reconocí a nadie, Quaresma. Pero Scalco cree que uno de ellos era parecido a Didi... ¿Lo conoces? Didi Pedalada. Me parece que jugó en el Inter...

Dejé a Quaresma masticando la información y, con Kadão, regresé a la redacción. El ‘Inspector’ tuvo una idea mejor: fue al departamento de la calle Botafogo.

Encontró la puerta abierta y el interior del pequeño departamento todo revuelto –los espejos arrancados, interruptores de luz y enchufes retirados de la pared, latas de cerveza vacías dispersas por el suelo, repleto de colillas de cigarro y, en el basurero del baño, dos absorbentes femeninos usados.

Una mujer limpiaba el departamento, bajo las órdenes de su dueño, Jaime Plavnick, todavía sorprendido con la inesperada devolución del inmueble que fue alquilado amoblado a Lilián Celiberti el día 23 de octubre. Ella había pagado dos meses adelantados y dado además una fianza de cinco mil cruzeiros.

A las once de la mañana de aquel lunes, un muchacho bajo y delgado buscó a Plavnick en su casa para devolverle las llaves del departamento. Junto, le entregó unaesquela de Lilián en la que ella ni se preocupaba en recobrar la fianza o la diferencia del alquiler pagados por adelantado:

Ruégole me disculpe por no poder entregar las llaves del apartamento personalmente, debo salir de viaje un poco apresurada. A la vuelta del mismo, hablaré con Ud. para darle las explicaciones del caso. Atentamente, Lilián Elvira Celiberti

El mensaje fue entregado de manera tan rápida que Plavnick no tuvo tiempo de hacer preguntas al joven que se apartó ligero, casi corriendo.

De noche, cuando hablaba con Quaresma en la redacción de *O Globo*, fui presentado a un abogado f aco de 47 años, cabellos desaliñados y canosos, lentes de arco grueso marcando el rostro delgado.

Omar Ferri traía en la sangre italiana la agitación que se proyectaba en los ojos vivos y en la voz siempre elevada. Todo suavizado por la sonrisa fácil. Quien no simpatizaba con él, lo que no era raro, era la policía política: el abogado accionaba en la sensible área de los derechos humanos y era allegado a la izquierda del exiliado oposicionista Leonel Brizola –buenas razones para figurar en la lista negra de la represión.

Ferri entró en la historia de la misma forma que yo: por el teléfono. Sin embargo, para él la llamada no fue anónima.

Quien llamó de São Paulo, en medio de la noche de aquel viernes, 17 de noviembre, se identificó. Era la periodista Jan Rocha, corresponsal en Brasil de la red inglesa BBC y militante de los derechos humanos junto a la Arquidiócesis de São Paulo y al inf uyente cardinal d. Paulo Evaristo Arns. Jan le dio la misma dirección y los mismos nombres que me dieron a mi, horas antes. Ferri preguntó si era urgente.

–No, no largue sus quehaceres. Pero sería bueno que se diera una chequeada todavía hoy –sugirió Jan.

Ferri golpeó la puerta del departamento de la calle Botafogo por vuelta de las 21 horas, unas cinco horas después de nuestra salida. Tocó en la campanilla, pero nadie atendió. Volvió el sábado y retornó el domingo. Nada. Nadie en casa. Sólo quedó sabiendo de la desaparición de los uruguayos en la tarde del lunes, avisado por Quaresma, que encontró el mensaje que Ferri había tirado por debajo de la puerta en su primera visita.

Al final de la noche del lunes, 20 de noviembre, las agencias de noticias del país y del exterior ya transmitían las primeras noticias sobre el "secuestro de los uruguayos".

En Brasília, el jefe de la División de Comunicación Social de la Policía Federal, Paulo Leite, inauguró aquel día la serie de declaraciones infelices que marcaría la fría reacción oficial brasileña al tema:

–Es un caso sin la menor importancia, una cosa de rutina, que muy probablemente no llegará a Brasília –garantizó el portavoz de la PF.

Poco a poco llegaban a las redacciones y sucursales de la prensa informaciones de exiliados, cada vez más detalladas, que engrosaban la idea de secuestro. A pesar del escepticismo de Brasília, proyectaban la "cosa de rutina" para fuera de las fronteras brasileñas.

Las redacciones del periódico y sucursales de Porto Alegre recibieron recién el martes los primeros datos, enviados anónimamente por correo, que comenzaban a explicar la "desaparición".

* * *

Lilián Celiberti, 29 años, dos hijos, era profesora del nivel primario y dirigente de la Federación Uruguaya del Magisterio cuando fue presa en 1972 por desempeñar actividades políticas. Cumplió casi dos años de pena en la penitenciaría femenina de Punta de Rieles y, al ser liberada, se trasladó a Italia para juntarse a su marido exiliado, Hugo Casariego, y su hermana, Mirtha.

De Milán, donde frecuentaba el curso de Investigaciones Sociales de la Universidad Estatal, Lilián viajaba con regularidad a Ginebra, sede de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, para proveer a la entidad con informaciones sobre la existencia de la práctica de tortura en Uruguay. Allí mantenía contactos con una figura maldita para los generales uruguayos: el ex senador Wilson Ferreira Aldunate, líder del conservador y aún así proscrito Partido Blanco.

Desde 1968, era una militante activa de la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE), organización anarquista del medio universitario diezmada, como todas las otras, con la violenta represión desencadenada cuatro años después. Lo que quedó de la ROE se transformó siete años después en el PVP, Partido por la Victoria del Pueblo.

En abril de 1978, todavía sin los dos hijos y con el nombre verdadero transcrito en el pasaporte uruguayo Nº 018257, Lilián llegó a Porto Alegre para fijar residencia por mucho tiempo. Como miembro del PVP, su tarea sería canalizar informaciones sobre derechos humanos en el Uruguay para las entidades internacionales en Europa y en los países que denunciaban violencia política en el Cono Sur. A pesar del documento oficial, adoptó el nombre de María.

La María que me visitó en la sucursal.

Su compañero y subordinado jerárquico en el partido era Universindo Rodríguez Díaz, 27 años, estudiante de Medicina de la Universidad de la República, obligado a refugiarse en Buenos Aires en 1974 para huir de la persecución de las Fuerzas Conjuntas.

El 1976, con el inicio de las operaciones ilegales de la represión uruguaya en la Argentina estimuladas por el recién instalado gobierno militar de Videla, Universindo se trasladó a Suecia, en la condición de refugiado bajo la protección de las Naciones Unidas.

En vuelo separado de Lilián, ingresó en Brasil también en abril de 1978, con un pasaporte falso español a nombre de Luis Piqueres de Miguel. El mismo Miguel que conocí en la sucursal y que, un día, me presentó a María.

Lilián, por los hijos o por el pasado, no se apartaba de Porto Alegre. Pasaba buena parte del día en su departamento en la calle Botafogo escribiendo en una

máquina portátil los informes que enviaba a Europa. Eran basados en las informaciones que ella y Universindo recibían personalmente en la frontera de Brasil con Uruguay, en contacto con otros militantes de la clandestina oposición al régimen militar de Montevideo.

A pesar del riesgo calculado y la necesaria discreción, Lilián tenía sólidos motivos para creer en una larga y normal permanencia en la capital gaúcha. Ella estaba animada por los vientos de la apertura, la política de progresiva democratización anunciada por el presidente que asumiría en Brasília a partir de marzo de 1979, general João Baptista Figueiredo.

Era la secuencia natural de la 'distensión lenta, gradual y segura' desencadenada por el entonces presidente en fin de mandato, general Ernesto Geisel. Con él comenzó el delicado proceso para descomponer el aparato represivo que, bajo la mano de hierro del general Emilio Garrastazu Médici (1969-74), llevara el país al momento más sangriento de la dictadura. Fue la fase de esplendor y terror del DOI-CODI.

Confiada en esos nuevos tiempos brasileños, Lilián trató de enseñar a los hijos la lengua de la tierra que adoptarían como patria de allí en adelante. Con la madre, Camilo tuvo que abandonar el Uruguay a los cuatro años, cuando recién balbuceaba las primeras palabras en castellano. Su hermana, Francesca, nació en 1975, en Milán, donde conoció sus primeros amiguitos en el idioma de los italianos.

Ese tránsito continental producía una justificable confusión en el lenguaje de los niños. En la capital gaúcha, los hijos de Lilián estudiaban portugués, pero hablaban un raro *italianol* –mezcla de italiano con español. Camilo la llamaba de *mamma*, no de *mamá.*

Era la vida atribulada e inestable de niños con padres separados y exiliados por los regímenes militares que deshacían casamientos, hogares, familias, partidos y vidas en el aterrorizado Cono Sur del continente. En Porto Alegre, en la ficha de matrícula de Francesca en la escuela maternal Cisne Branco, a tres cuadras de distancia del departamento de la calle Botafogo, Lilián resumió la corta experiencia de vida de su hija. "Sueño: agitado".

En la maternal, durante la tarde, Francesca y Camilo tendrían su primer contacto con la gramática portuguesa. Esas horas del día darían tiempo para que Lilián y Universindo procurasen periodistas, parlamentarios de la oposición y movimientos de amnistía en Porto Alegre.

Tiempo para que María y Miguel visitaran la sucursal de *Veja.*

En el exilio, Lilián intentaba reconquistar la rutina de tranquilidad. No había motivos para quebrarla, particularmente para sus hijos. A los niños les había gusta-

do tanto la escuela y sus nuevos amiguitos que Lilián, ya a fines de octubre, había asegurado con las profesoras la reserva de matrícula para los primeros meses de 1979. Apesar de eso, 48 horas antes del secuestro, Camilo y Francesca abandonaron las clases sin ninguna explicación para la escuela. El viernes, 10 de noviembre, se registró el último día de presencia de los dos niños.

Como siempre hacían, Camilo y Francesca también aparecieron el sábado, día 11, en el departamento del vecino de enfrente, José Carlos Gonçalves, el síndico del bloque donde vivía la familia Celiberti. Asistieron a ver los dibujos animados de la TV en compañía del amiguito de 11 años, hijo único del síndico.

Después de eso, desaparecieron.

* * *

Las informaciones sobre el secuestro ya atraían los reporteros a la sede de la Policía Federal en la tarde del martes 21 de noviembre, cuando Scalco y yo llegamos allí en busca de mayores detalles que nos ayudasen a desvendar el caso. El delegado Fuques continuaba a la defensiva.

–No participamos de eso. Si otro órgano hubiese actuado estaríamos sabiendo y no nos quedaríamos buscando al azar, como estamos –reconoce Fuques, inocente.

Ante la imposibilidad de una entrevista esclarecedora, sólo así la policía resuelve entrevistarnos formalmente. Dos escribanos, por orden de Fuques, toman un "término de declaración" de los testimonios con la descripción del los hombres armados que nos recibieron en la puerta del departamento de Lilián.

Cada vez más desconfiado de la inocencia policial, continúo omitiendo mi previo contacto con los uruguayos en la sucursal de *Veja.* La policía, al final, mostraba una extraña lentitud en sus actos. Sólo en la noche de aquel martes, 24 horas después de la denuncia y cuatro días después de nuestro tropezón con los secuestradores de Lilián, es que la Policía Federal "se acordó" de mandar a alguien a examinar el apartamento de la calle Botafogo –frecuentado desde el día anterior por periodistas, abogados y domésticos que ya habían limpiado y ordenado la escena del crimen.

Policías experimentados cometían, así, un desliz imperdonable e insubsanable: se olvidaron de hacer la pericia local del crimen, primer mandamiento de la técnica de investigación de los casos más simples. Y aquel no era, con certeza, un caso simple.

–Recibí órdenes expresas del director general de la PF, coronel Moacyr Coelho, para aclarar el caso, que interesó directamente al ministro de Justicia, Armando Falcão –nos avisa con sonrisa animadora el propio superintendente regional de la Policía Federal en Rio Grande do Sul, coronel Luis Macksen de Castro Rodrigues, el superior de Fuques.

Las repetidas negativas y el bajo rendimiento de la policía comenzaron a producir en todos nosotros –reporteros empeñados en la cobertura del secuestro– la certeza de que aquella investigación sólo avanzaría con el esfuerzo de la prensa.

La práctica nos daría una lección: policía no investiga policía.

La averiguación cabía, por lo tanto, a la prensa.

El miércoles 22, una señora gorda de 54 años bien marcados en sus cabellos grises, desembarca anónima en la Estación Terminal de Porto Alegre, procedente de Montevideo.

Es Lilia Rosas Terrón de Celiberti, madre de Lilián.

Sintomáticamente su primera reacción es no procurar a la policía, sino a la prensa. Ella seguía el rastro del titular en aquella mañana del diario *Zero Hora* – "Denuncia de secuestro investigada" – y pide al conductor del taxi que la lleve directamente al diario. Su presencia en la capital gaúcha repercute en la sede del diario, donde da una entrevista colectiva al inicio de la tarde mostrando su af icción de madre y abuela.

–¡Por amor de Dios, entréguenme al menos a mis nietos! ¿Qué culpa pueden tener los niños? ¡Tienen apenas tres y ocho años!...suplica.

Al otro lado de la ciudad la Policía Federalmostró frialdad para justificar su extraño desinterés por la declaración de la madre de la uruguaya desaparecida:

–Yo sólo oiré a doña Lilia cuando esté en perfectas condiciones emocionales. Ahora, delante de la desaparición de la hija y de los nietos, ella debe estar muy nerviosa – dijo el sensible delegado Fuques, que jamás se encontraría con doña Lilia, aún después de pasados los momentos iniciales de "nerviosismo".

El delegado no quería oírla, pero yo sí.

Voy a su encuentro en la oficina del abogado Ferri. Ella me recibe con cierto desprecio, con un aire resentido.

–Señor, ellos estaban con mi hija... Habría que denunciarlos – protesta, la indignación dando un poco de rubor a la piel gris de su rostro triste, amargado.

–Doña Lilia, no sé qué decirle en esta hora. Pero haré lo que esté a mi alcance para intentar aclarar los hechos. Es mi papel como reportero.

–Nosotros sabemos todo lo que hace esta gente...espero que ya no sea tarde, señor.

El encuentro no duró mucho tiempo, no llegó a ninguna conclusión.

Yo también esperaba que ya no fuese tarde.

* * *

Al día siguiente, voy a la playa.

La playa de Copacabana, *Rio de Janeiro*. Bajo en el aeropuerto delGaleão, tomo un taxi y le doy la dirección al chofer. Paro enfrente de un edificio antiguo, en una calle interna del barrio, a tres cuadras del paseo marítimo de la famosa avenida Atlántica. Paso la puerta de entrada y subo algunos peldaños de la escala del edificio oscuro, de corredores estrechos y mal iluminados, que el tiempo transformó en un conventillo para inquilinos temporarios de baja renta. El alarido indica una superpoblación.

La puerta del apartamento se abre y me encuentro con otro taxista. En realidad, ex taxista. Y no era brasileño.

–Hola! ¿Cómo está? –me saluda el uruguayo William Quinteros Vasconcellos, 27 años, casado, un hijo, mirar decidido reafirmado por un vasto bigote que transborda el límite de su boca. Una fuente en el sur me ha dicho que él podía ayudar. Quinteros pasó cinco años y medio en las cárceles de Montevideo, acusado de ser miembro de la guerrilla Tupamara. Liberado en mayo de 1978, continuó siendo asediado por la represión uruguaya. Decidió entonces huir con la familia para Brasil, escala para conseguir asilo en un país europeo, tal vez Noruega.

Mientras esperaba por la buena noticia de la oficina carioca del Alto Comisariado de las Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR), que lo protegía, Quinteros vivía casi clandestino en Rio. Él y casi una centena de exiliados uruguayos, todos asustados con el brazo largo de la represión de Montevideo. En la inseguridad de esa vida provisoria, cada uno de ellos sufría en la espera angustiante de la visa que nunca llegaba. Ganaban de la ACNUR una ayuda de costo mensual de 3.700 cruzeiros nuevos, que correspondían en 2008 a R$1.755.[7]

El secuestro de Porto Alegre adicionaba miedo a las dificultades. Era eso lo que Quinteros quería contarme. Pero no allí. El departamento apiñado de gente, con viejos y niños acomodados en colchones repartidos por el suelo, no recordaba un feliz campamento de balneario. Los niños lloraban, un clima de af icción y malestar dejaba el aire irrespirable. Todos querían estar lejos de allí, de la playa, de Rio, de Brasil –principalmente del Uruguay. No era un buen lugar para conversar.

Preferimos un lugar público, abierto, insospechable.

La playa, claro.

Yo no estaba preparado. Me saco entonces los pantalones, los zapatos y las medias y Quinteros me presta un traje de baño (pantalón corto) rojo, que parece danzar en mi barriga. Amarro la camisa blanca en la cintura y cambiamos la penumbra del departamento por el brillo fuerte del sol. Caminamos por el paseo como dos bañistas bisiestos traicionados por el blanco de la piel y nos tiramos en la arena de Copacabana.

---

[7] A cada refugiado el ACNUR pagaba, por quincena, 180 dólares.

Tenemos una conversación fuera de lo común en aquel mundo de bellas mujeres de biquinis sumarios y hombres maduros sudando en los aparatos de gimnasia. Quinteros también suda.

No debe ser el calor de la playa. Debe ser otra cosa.

–Nosotros no salimos en grupo, para no llamar la atención. No salimos de noche y ninguno camina solo por la ciudad – cuenta Quinteros, todavía con el hábito de mirar con cierta preocupación para un lado y otro de la playa, herencia natural de la vida clandestina.

Él sabía que un miembro del PVP, Carlos Acosta, había sido detenido en Montevideo en la mañana del 2 de noviembre, un jueves. En los días siguientes, a medida que apretaba el torniquete de la tortura, otros diez compañeros fueron apresados – entre ellos Ana Salvo, amiga de Lilián. Al inicio de la semana siguiente, la violencia produjo resultado: se reveló la presencia de Lilián y Universindo en Porto Alegre. En las proximidades, tal vez la presa mayor para los generales de Montevideo: Hugo Cores, líder máximo del PVP, que vivía clandestino en algún lugar de Brasil.

La represión uruguaya comenzó entonces a tramar la *Operación Zapato Roto,* recuerdo sutil del hábito de Cores de usar siempre el mismo viejo y zurrado par de calzados.

–Doctor, recibimos informes seguros de que militares de Montevideo están ahora en Porto Alegre, cazando uruguayos. Necesitamos ayuda, antes que les ocurra algo. ¡Los milicos nuestros no perdonan, señor! – dije al abogado Décio Freitas, que conocía bien el peligro. Él era el abogado de Flavia Schilling, la brasileña condenada a ocho años de prisión por la dictadura de Uruguay.

Freitas resuelve aquel mismo día usar los canales que había abierto con la cancillería brasileña a lo largo de las negociaciones en torno del caso Schilling. Relata al ministro Luis Felipe Lampreia, portavoz de Itamaraty, su aprehensión delante de las informaciones que recibía.

Sorprendido, escucha del diplomático una respuesta que consolaba e inquietaba al mismo tiempo.

–El gobierno brasileño está enterado e irritado con el hecho – admite Lampreia, secamente.

La irritación no adelantó nada. Tres días después, 17 de noviembre, Quinteros volvería a llamar a Décio Freitas en la noche de aquel viernes. Esta vez para anunciar que la cazada había dado resultado.

Sucedió el secuestro en Porto Alegre.

* * *

Una semana después las autoridades brasileñas todavía insistían en dudar públicamente de los hechos. Trataban el secuestro como una simple "desaparición".

–Un caso sin importancia, cosa de rutina, que probablemente no llegará a Brasília –apostaba el portavoz de la Policía Federal.

Probablemente.

La cosa de rutina no había llegado a la capital brasileña, pero ya alcanzaba una ciudad distante ocho mil kilómetros de la capital gaúcha – Washington, DC, capital de los Estados Unidos.

Para oír mi relato por orden del Departamento de Estado americano, el cónsul de los Estados Unidos en Porto Alegre, Frederick Exton, se sentó frente a mí en la sucursal de la *Veja* en la tarde de 24 de noviembre, el viernes siguiente a nuestra ida a la calle Botafogo.

En el espacio de sólo una semana, el Gobierno de Jimmy Carter reconocía lo que el Gobierno de Ernesto Geisel insistía en negar públicamente.

–Washington es muy sensible a la Amnistía Internacional – justifica Exton, chapurreando el portugués con su acento cargado, amenizado por la sonrisa amplia en el rostro largo y fino. Durante casi dos horas, con su letra menuda, el cónsul anota todo lo que digo en pequeñas fichas blancas que cargaba en el maletín. Al final, con una seria expresión, reconoce:

–Esto es un foco inf amatorio, capaz de infectar más aún la imagen internacional de Uruguay.

Mientras la idea del secuestro era tomada en serio fuera, en Brasil las autoridades continuaban escépticas, relajadas, inertes. En el momento que yo hablaba con el cónsul de los Estados Unidos, el delegado Fuques recibía la visita del síndico del edificio de la Botafogo, José Carlos Gonçalves, acompañado de su esposa, María Luisa.

–Fue una conversación demorada y provechosa – se limita a informar Fuques. Extrañamente, no registra la declaración de la pareja, inquilino privilegiado del departamento vecino al de Lilián, que no volvería a ser oído ni siquiera en la investigación abierta semanas después. Fuques parece tranquilo y convencido, delante de los reporteros todavía ávidos por respuestas.

–Todo será aclarado dentro de 48 horas – anuncia.

Edgar Fuques no era un profeta, pero sabía lo que decía. No fue necesario esperar al domingo.

En la mañana de sábado, 25 de noviembre, una semana después del secuestro, constato que el delegado Fuques decía la verdad.

Por primera vez.

El secuestro estaba aclarado.

6
La sangre

Montevideo. noviembre de 1978

–¿Ya te avisaron? – pregunta el gordo y competente Danilo Ucha, reportero de la sucursal gaúcha del diario *O Estado de S. Paulo.* El llamado telefónico a mi casa luego, después de almuerzo, el sábado, no me da tiempo de entender ni responder la pregunta.

–Aparecieron los uruguayos.

–¿Dónde? –reacciono, casi adivinando la respuesta.

–En Montevideo –confirma Ucha–, está entrando ahora un telex de la Agencia France Press.

Era la información que sostenía simultáneamente nuestro testimonio y las palabras del delegado: comprobaba el secuestro y también confirmaba la osada previsión de Fuques.

El comunicado nº 1.400 divulgado por la Oficina de Prensa de las Fuerzas Conjuntas uruguayas a las doce y media de aquel sábado, 25 de noviembre, tenía el evidente cuidado de confirmar la versión policial –y no periodística– del caso.

> "Con la finalidad de satisfacer la inquietud natural creada por las noticias de la prensa nacional y extranjera de que los ciudadanos uruguayos Universindo RODRÍGUEZ DÍAZ y Lilián CELIBERTI ROSAS DE CASARIEGO y dos hijos menores de edad de esta última habían desaparecido de la ciudad de Porto Alegre, se comunica a la población que los mismos fueron detenidos por las Fuerzas Conjuntas al penetrar en territorio uruguayo, hallándose en su poder material sedicioso, que ratifica las informaciones que se sabía sobre sus actividades en varios países, integrando una vasta organización internacional marxista. Todas las personas citadas se encuentran en perfecto estado de salud y, por las razones antes indicadas, se prefirió sacrificar el secreto de los procedimientos y el éxito de los mismos, disponiéndose además de eso a transferir en esta fecha la custodia de los menores para sus abuelos. Oportunamente se ampliará este comunicado."

En esa versión de 132 palabras (en portugués), las Fuerzas Conjuntas no consiguieron juntar fuerzas para divulgar una única verdad.

Los detenidos no habían invadido Uruguay, no fueron presos en la frontera, no tenían material subversivo y, sometidos a tortura, Lilián y Universindo no estaban en "perfecto estado de salud".

Pero había un dato positivo, maravilloso: estaban vivos.

Presos, pero vivos. Y los niños entregados a los abuelos.

Universindo, Lilián y sus hijos eran los primeros exiliados que, secuestrados por el régimen de Montevideo en el exterior, reaparecían vivos y formalmente identificados por sus captores –huyendo al destino común en el Cono Sur de "muertos en combate" o simplemente "desaparecidos".

A pesar de eso, Lilián y Universindo no escaparon a la maldición de la tortura. Tortura que continuó en el Uruguay, pero que comenzó en Brasil. Comenzada en Porto Alegre, seis días antes de aquel viernes inesperado en la calle Botafogo.

Una tortura ejecutada a cuatro manos.

Manos uruguayas y brasileñas.

* * *

Vista de arriba, la construcción ovalada de concreto de la 'Rodoviaria' de Porto Alegre, la estación de autobús inaugurada en 1970, recuerda un estadio de fútbol cubierto. El bloque al lado, en semicírculo, abriga el ala internacional de la estación.

El box 50 en el sector norte era reservado a los autobuses de la TTL, una empresa que hacía la línea Porto Alegre-Montevideo. Pasaba un poco después de las once, había poco movimiento en aquel domingo soñoliento, 12 de noviembre.

Una barrendera percibe la presencia de una joven morena que aguardaba, de cerca, la llegada de un autobús procedente de Uruguay. Pero quien llega primero es un grupo de hombres, tres o cuatro, que abordan la muchacha. La barrendera percibe, por la reacción de la joven, que no es un encuentro amigable.

Ella para de barrer y retrocede algunos pasos, hasta el mesón de la empresa, para llamar la atención del boletero que escribía algo, de cabeza baja.

–Don Adelio... ¡Mire allí! ¡Están prendiendo aquella joven!...

El boletero yergue los ojos y sale de atrás del mesón para ver mejor. Un hombre de ropa deportiva y porte elegante, mentón cuadrado, cejas anchas como las patillas, cabellos claros casi canosos repartidos al medio, cubriendo las orejas y la base de la nuca, se destaca en el grupo con su terno estilo safari. Parece el jefe. Él toma a la joven por el brazo. No parece un gesto cariñoso.

–¿Quién es esa gente? –pregunta a la barrendera.

–No sé... pero a uno de ellos, lo conozco –dice el boletero. Conoce al hombre que tomó el brazo de la joven. Tienen amigos comunes y llegaron a frecuentar las mismas fiestas de familia. Él y millares de personas conocen aquel hombre.

Seelig. Pedro Seelig.

Delegado del Departamento de Orden Político y Social, el DOPS, la policía política, el brazo de la represión. Pedro Seelig es el delegado más famoso de Rio Grande do Sul.

A la distancia da para ver la joven sacando algunos documentos de la cartera y mostrándolos al grupo, pero eso no la libera de las manos de Seelig, que sujeta su brazo con firmeza. Minutos después llega el autobús de Montevideo.

Mientras los pasajeros desembarcan el grupo de hombres permanece allí, con la muchacha al lado como si esperasen a alguien. Los pasajeros toman sus maletas y la terminal se vacía. Los hombres parecen más frustrados que la joven.

Lilián Celiberti aguardaba un grupo de familiares de desaparecidos y presos políticos en el Uruguay. El punto de encuentro original era un hotel. Pasó por allá y no encontró a nadie. De allí fue para la estación pensando tener mejor suerte. Cuando los hombres aparecieron y le pidieron documentos, no se asustó. Ella no conocía Seelig. Parecía simple burocracia, que ya había enfrentado en las estaciones de San Paulo y Rio de Janeiro.

Lilián extraña cuando siente la presión en el brazo. Después, en la larga espera por el desembarque del autobús. Comienza a asustarse cuando la llevan para una pequeña sala en la parte trasera del ala del desembarque, junto a la calzada que daba para la calle. Entra y, de repente, otros hombres se juntan al grupo. Le quitan la cartera y alguien le dice que está detenida.

–¿*Lilián Celiberti*? –escucha.

El acento agudo en el nombre y la clara entonación castellana le muestran que el abordaje había cruzado la frontera. El susto agranda sus ojos de jabuticaba cuando reconoce al hombre que la llama por el nombre, con la familiaridad de viejos conocidos.

Yannone. Glauco Yannone.

Lilián recuerda al joven teniente a quien entregaba, cinco años antes, los paquetes que llevaba a su ex marido, Hugo, preso en un cuartel en Montevideo. A pesar de los trajes civiles, ella reconoce al hombre de estatura mediana, bigote negro, ahora promovido a capitán. Yannone es miembro de la secreta Compañía de Contrainformaciones, el brazo ejecutor de decenas de secuestros y desapariciones de uruguayos en Argentina, subordinada al Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas, el temido OCOA.

En Brasil, el equivalente de la Compañía sería el DOI, y el OCOA, el CODI. La versión DOI-CODI del Uruguay, los sótanos de la represión uruguaya.

Lilián percibe, en la hora, que tendría que hacer más que simplemente mostrar los documentos. Tendría que luchar por su vida. Tendría que sobrevivir.

El grupo deja la sala y la arrastra para la parte trasera de una camioneta Chevrolet modelo *Veraneio* azul. Queda todo oscuro con el capuchón cubriendo la cabeza. Minutos después el coche para y desembarcan. Andando a tropezones, medio cargada, percibe que ingresan en un edificio. Suben algunos escalones, caminan por un corredor y ella oye la puerta de la celda cerrarse a sus espaldas.

Arrancan sus ropas. Todavía en pie, desvestida, sólo con el capuchón, siente en la piel desnuda el frío de la celda y el escalofrío del miedo. Alguien fija presillas de metal en los dedos de las manos y en las orejas. El hielo aumenta cuando tiran agua fría en su cuerpo. Al son de la manivela sus músculos se tensan, presintiendo la descarga de la *picana*, la máquina manual de choques eléctricos, el "apertrecho doméstico" de todas las cárceles del Cono Sur.

La manivela rueda cada vez más rápido, acompañada por el torbellino de preguntas gritadas, repetidas, agresivas. Son formuladas en portugués, por brasileños. Pero, entre una y otra, se infiltran preguntas del capitán uruguayo, que ella reconoce por la voz.

–*¿O que fazias na cidade?* ¿A quién conocías? ¿*Quem eram teus contatos*? ¿Dónde están tus compañeros?

No hay tiempo para respirar, para pensar, para responder. La carga eléctrica intensa distiende sus nervios, el control muscular desaparece, el aparato digestivo se contrae, af oja.

Ella siente el calor de la orina y de las heces escurriendo pierna abajo. El miedo se mezcla a la vergüenza.

La tortura tiene sonido, tiene dolor, tiene olor.

La tortura hiede.

La manivela para de repente, la descarga eléctrica también. Pero el alivio cede lugar al pavor. Alguien descubrió en su cartera la boleta de la escuela maternal. Junto, una dirección.

Retiran el capuchón y ella ve el hombre de pelo entrecano, que tomaba su brazo en la estación, repetir en voz alta:

–Calle Botafogo, 621, apartamento 110, bloque 3... – lee el delegado, mirándola.

Lilián se rinde y habla por la primera vez, todavía más asustada.

–Bueno, esta es mi casa... Tengo dos hijos, pero ustedes no pueden hacerles mal a ellos.

El delegado Seelig parece más sorprendido que ella asustada.

–¿Dos hijos? ¿De qué edad?

–Tres y ocho años – responde Lilián, convencida de que la información conmoverá al hombre. Los niños no acostumbraban ser parte del expediente de trabajo de la represión brasileña. El delegado piensa un poco, mira atravesado al capitán uruguayo a su lado e intenta relajar a la prisionera.

–No, no va a suceder nada con tus hijos –completa el delegado, por primera vez en tono ameno.

Lilián se anima, mientras piensa: "Eso efectivamente complica la operación y la salida de Brasil. Y complica aún más las justificaciones. Siempre es posible decir que dos personas adultas son terroristas peligrosas. Pero no se puede decir eso de dos niños".

Seelig dice que ella va para la casa y le devuelve las ropas. Ellos embarcan de nuevo en la Chevrolet *Veraneio* de la policía. Esta vez ella no usa capuchón. Ve la ciudad desierta, perezosa, rumiando el almuerzo relajado de un domingo más.

Cuando estacionan al frente del edificio, ve sus dos hijos, Camilo y Francesca. En la calzada, el niño de ocho años y la niña de tres se sorprenden al ver a la mamá descender de una camioneta, acompañada de hombres que no conocen. Seelig sale al frente, entra en el primer piso del bloque 3 y ve a un muchacho moreno, de espaldas, trancando la puerta del departamento 110. Cuando él se vuelve, da de cara con la pistola de Seelig apuntando a su pecho. El delegado es seco:

–¡Tú estás preso!

El Internacional tendría un hincha menos en aquel domingo, entre los 17.735 pagadores en el juego contra el club Caxias por el Campeonato gaúcho. Hincha del Peñarol en Montevideo, Universindo en poco tiempo se apasionó por el rojo socialista de la camiseta colorada. Estaba saliendo del departamento para ir al estadio Beira-Río con los dos niños.

Ellos y Universindo no verían el empate de 1 a 1 del equipo del corazón. Perdieron una mala actuación del Inter. El astro del equipo, Falcão, hizo el gol colorado pero tuvo una nota baja, 5, anulado por el mejor jugador del Caxias y de la partida, el medio Clovis, nota 9.

El juego cambió, las reglas también.

Alguien le toma las llaves y reabre el departamento. Universindo es empujado de vuelta para dentro. Encienden el televisor portátil en la sala con volumen alto, pero nadie presta atención. Es sólo para ahogar el sonido seco de los golpes. Sentado en una silla, esposado por atrás, Universindo comienza a ser apaleado. Recibe muchos golpes en el estómago y garrotazos en la cabeza propinados por un hombre fuerte, negro, de mano pesada.

Nadie se presenta, pero Universindo identifica uruguayos en el grupo. Uno de ellos, por el nombre: Yannone. Había otro militar uruguayo, que él no reconoce. Gritan con él y hablan palabrotas mientras revisan el pequeño departamento. En cierto momento, los uruguayos dicen que son integrantes de las Fuerzas Conjuntas.

Seelig no golpeaba, sólo preguntaba. Quería saber quien estaba con él, quienes eran sus contactos.

Universindo no veía los niños, estaba preocupado por ellos. En la duda, avisa al delegado que no oponddría resistencia, no gritaría si entregaran los niños a la madre –una manera de proteger a los tres. No sabía que los niños ya estaban con Lilián, en la calzada, todos vigilados por policías.

Seelig manda parar la paliza. Universindo se tranquiliza un poco, cuando ve los tres en la calzada por un breve momento antes de ser tirado dentro de la *Veraneio*. Allá adentro es vendado, encapuchado por encima y es estirado en el suelo de la camioneta, oculto debajo de un cobertor.

Lilián intenta una última salida. Pide al delegado para dejar los niños con la vecina, María Luisa, mujer del síndico, donde los hijos acostumbraban ver televisión.

Seelig acoge la idea. Los niños eran un estorbo, sería bueno librarse de ellos allí mismo. Lilián toca el timbre una, dos, tres veces. Nada. Ningún ruido allá adentro. No intentó llamar en los otros dos departamentos del frente. Vivía hacía pocas semanas allí, no conocía a nadie, no quería dejar los hijos con extraños. María Luisa era de confianza. Sólo ella.

Seelig espera, paciente. Cuando va a tocar nuevamente el timbre, él la toma por el brazo.

–¡Basta! No hay nadie. Nos vamos...

El coche con Universindo ya había partido cuando ella vuelve para la calzada. Aferrada a los niños, que tiemblan a pesar del sol fuerte del domingo, Lilián entra en otro auto con Seelig. Ruedan algunas cuadras, unos cinco minutos, y paran en el patio del edificio de tres pisos para donde fuera conducida al ser detenida en la estación.

El tratamiento, esta vez, está mejor. Sin capucha y sin escalones. Sube al segundo piso por el ascensor. Ve de lejos a Universindo, llevado enseguida para un corredor fuera de su alcance. Está en una sala amplia, llena de mesas y archivos de acero, con dos ventanas mirando para la avenida de enfrente. Un policía viene y tira fotos en las que aparecen ella y los niños. A Lilián le parece una buena señal. En cierto momento, la llevan para una sala aislada, lejos de los niños.

Esta vez no hay violencia. Parece sólo una rutina burocrática. Preguntan nombre, apellido, tiran impresiones digitales, chequean documentos. Lilián responde, pero está preocupada por los niños en la sala de al lado. Antes de salir pide a una mujer negra que trabajaba allí que cuide de ellos.

Lilián no tiene nadie más en quien confiar. Cuenta rápidamente sobre las desapariciones de niños en Argentina e implora para que ella llame a sus padres en Montevideo y les avise lo que está sucediendo. Pide otra vez que cuide de sus hijos. Lilián habla rápido, teme que el delegado entre de nuevo en la sala.

La mujer fuma, la mano tiembla, parece no comprender bien lo que la joven morena le habla a borbotones. O parece no querer oír. La negra percibe que está delante de una madre af igida. Intenta consolarla.

–¡Calma, mujer!... Voy a cuidar de ellos. Por favor, ¡colabora! Responde lo que te están preguntando para acabar luego con esto.

Lilián insiste:

–Los militares nos van a llevar al Uruguay y allá vamos a desaparecer. ¿Me entiende? ¿Sabe lo que es esto?

La negra, con un peinado que recuerda un capacete[8] oscuro, traga el cigarro otra vez, más nerviosa.

–No, no, eso no va a suceder... ¡Tranquila, niña! –dice la mujer en un tono maternal.– Habla, di lo que sabes, no pongasa tu familia en riesgo. Ahora, dame los niños, yo los cuidaré mientras conversas con ellos.

Francesca, en la inocencia de sus tres años, juega a comer con una mujer rubia, que también trabaja allí. Camilo, callado y serio, mira por la ventana, ve la gran avenida casi desierta allá afuera. Una avenida cortada por un canal.

Una que otra vez, en la ruta del otro lado que lleva al río Guaíba, cruzan automóviles rompiendo el silencio del domingo con sus bocinas estridentes. Cargan banderas rojas. Son los hinchas del Internacional rumbo al estadio Beira-Rio, a tres kilómetros de allí. Camilo mira de lejos la fiesta de los colorados. Se acuerda del juego. Quería estar allá, con su equipo del corazón. Corazón rojo. Rojo como sangre.

Camilo interrumpe su pensamiento cuando oye gritos. Se vuelve y ve gente corriendo en dirección a su madre.

Lilián tiene rojo el brazo. Rojo de sangre. Cuando Francesca pidió para ir al baño, la mujer negra permitió que la madre llevara a la niña. Allá adentro, Lilián vio un espejo. Vio la oportunidad de escapar del infierno, de huir de allí, de forzar una salida para un hospital, un lugar donde pudiese gritar por socorro.

---

[8] Capacete – Casco utilizado por los soldados en el Renacimiento.

Quebró el espejo e intentó cortarse. El pulso se tiñó de rojo. El golpe en el espejo y el llanto compulsivo de Francesca alertan a los guardias. Corren para socorrer a Lilián, estancar la hemorragia. La sala se llena de gritos, el piso se agita. Las dos mujeres, la rubia y la negra intentan ayudar en el socorro, improvisan un curativo.

Camilo se ve solo. Él y Francesca, todavía llorando. Toma la hermana de la mano y corre por el corredor vacío. Ve una escalera y, al intentar bajar, ve hombres subiendo. Da la vuelta e intenta hacer lo mismo, subiendo los peldaños. Para en la puerta cerrada del piso de arriba. El edificio sólo tenía tres pisos. Los hombres llevan los niños de vuelta para la sala.

El rojo cubre los pensamientos de Camilo.

El rojo de las banderas, el rojo de la sangre de la madre.

* * *

La camioneta con Universindo encapuchado da algunas vueltas hasta llegar al edificio de la policía. Cuando sale del ascensor, él queda menos aprehensivo. Ve a Lilián con los dos niños, al lado de una mujer negra.

–Estoy cumpliendo el compromiso que asumí contigo – recuerda Seelig, detrás suyo. La cordialidad acaba ahí.

Universindo es llevado a un cuarto próximo, con una mesa al centro y una ventana que ilumina el ambiente. No parece una celda. Comienzan a hacer preguntas. Quieren saber con quién hablaba, donde estaban los otros uruguayos. Especialmente un uruguayo: Cores, Hugo Cores, el jefe, el líder del PVP, el partido de Lilián y Universindo.

–No sé, yo no lo conozco –miente Universindo.

A los hombres no les gusta la respuesta. Comienzan a golpear. Esposado con sus manos para atrás, sin capucha, Universindo ve los brasileños alternándose con el capitán Yannone en la golpiza. A cada golpe, arrancan algo de vestimenta. Primero la camisa, después los pantalones, los zapatos, las medias. Le conservan los calzoncillos.

Golpean mucho, golpean todos.

Yannone golpea más. Golpea tanto que se cansa. Entonces, se sienta en el suelo, al lado del preso esposado, y pasa a abofetearlo con fuerza, con furia. Tantos golpes dejan el puño del capitán uruguayo machucado. Él entonces se saca el mocasín que calzaba y continúa golpeando a Universindo, esta vez con el taco del zapato.

El capitán ya no siente dolor. El preso ahora siente más.

El capitán conoce su oficio. Aún primer teniente, tres años después del golpe militar de 1973, fue enviado por la dictadura al canal de Panamá, entonces territorio yanqui, donde la Escuela de las Américas (SOA, *School of American),* allí

instalada en 1946 por el Ejército de los Estados Unidos, administraba cursos de inteligencia, interrogatorio y combate a la subversión para militares latinoamericanos. Un ejército de 60 mil de ellos pasó por allá en tres décadas, aprendiendo las técnicas que los llevarían a los golpes militares y a los centros de tortura del continente en los años 60 y 70.

Entre 1954 –cuando murió el presidente brasileño Getúlio Vargas– y 1988 –cuando nació la Constitución del Brasil redemocratizado–, la escuela cambió de sede y de nombre.

La SOA cambió el cuartel en Panamá en 1984 por el Fort Benning, en el Estado americano de Georgia, y pasó a llamarse WHISC (*Western Hemisphere Institute for Security Cooperation*), Instituto del Hemisferio Occidental para la Cooperación en Seguridad. Por allá transitaron 332 militares brasileños – 325 alumnos y siete instructores, que brillaron en los cursos de Operaciones de Selva, Interrogatorio de Inteligencia Militar y Operaciones Psicológicas. Veintiuno de ellos acabarían despuntando en la galería de torturadores de la dictadura brasileña.

La inf uencia de los Estados Unidos era fuerte en el pensamiento militar del continente –especialmente en los cuatro principales regímenes militares del Cono Sur. En tres décadas, en el período 1950-1979, las academias militares estadounidenses fueron frecuentadas por 8.659 brasileños, 6.883 chilenos, 4.017 argentinos y 2.806 uruguayos.

Los militares uruguayos tenían una preferencia especial por la Escuela de las Américas. En las dos décadas que antecedieron al golpe de 1973, un total de 1.020 oficiales uruguayos frecuentó 1.068 cursos de la escuela. El Teniente Primero Glauco de León Yannone fue uno de ellos, como alumno del curso de "Inteligencia Militar 0-11", entre los días 18 de enero y 28 de mayo de 1976.

Doce años después, por ironía de la historia, el futuro torturador recibiría un premio de un ídolo de la resistencia al nazismo. El rey Olavo V, de Noruega, héroe de la Segunda Guerra Mundial, entregó el Premio Nóbel de la Paz de 1998 a los llamados 'capacetes azules' de las Naciones Unidas que representaban integrantes de diferentes fuerzas de paz en catorce zonas de conf icto en el mundo a partir de la guerra árabe–israelí de 1948. Yannone estaba en Oslo, orgulloso, como coronel y miembro de la delegación de diecisiete hombres del honrado pelotón de pacificadores de la ONU. El mayor no recordaba para nada al capitán de una década anterior.

En Oslo, el coronel Yannone era de paz.

En Porto Alegre, el capitán Yannone era de guerra.

El capitán servía a la tortura en la Compañía de Contrainformaciones, que se divide en tres secciones: Operaciones, Técnica y Administrativa. Yannone era el jefe administrativo de la Compañía, el DOI de la represión uruguaya. Ahora el taco del zapato del capitán duele cada vez más en el cuerpo machucado de Universindo.

Las respuestas continúan insatisfactorias. Sacan las esposas y atan las manos a los tobillos. Pasan una barra de fierro entre los puños amarrados y las corvas y lo cuelgan a unos cincuenta centímetros del suelo. De cabeza para abajo, Universindo parece un pollo asado. Él está probando ahora el gusto amargo, dolorido, de una genuina invención brasileña: el *pau de arara*, uno de los más temidos instrumentos de tortura de las cárceles del Cono Sur, un legado verde amarillo a la 'civilización'.

Las preguntas continúan, los golpes también. El entumecimiento se infiltra por las arterias y venas de los pies y manos, sin la sangre que se acumula en la cabeza próxima al suelo. El calambre cede lugar al dolor, un dolor cada vez más insoportable, indescifrable, intangible.

Para aumentar el sufrimiento acoplan electrodos en el brazo, en el pulso, en la pierna, en la oreja, en el dedo. Una decena de conexiones directas con el dolor. Alguien toma un balde, tiran agua sobre el cuerpo semidesnudo. El miedo congela, el agua fría entumece. La manivela gira más rápido, los choques eléctricos de la *picana* provocan estertores, estremecen el cuerpo, las ideas, las convicciones.

Universindo lucha, resiste. Piensa en la muerte, en el alivio, en la paz.

La muerte es el descanso.

Pasa el tiempo, parece una eternidad. Universindo es colgado a media tarde. Queda allí casi hasta la medianoche del domingo. Horas con el cuerpo suspendido, la vida suspendida. De repente, el choque cesa, las preguntas cesan, la vida cesa. Él ya no siente el cuerpo, sólo siente el dolor. Retiran su cuerpo inerte del *pau de arara* y lo dejan en el suelo ensangrentado.

Universindo parece muerto por dentro, por fuera. Permanece allí, moribundo, hasta que alguien lo mira de cerca. Llaman gente de enfermería para reanimarlo. La tortura da una tregua. Universindo pide ir al baño. Le sacan las esposas y se tambalea rumbo al sanitario. Se arrastra, cojeando.

Los pasos parecen kilómetros, todo duele.

Abre la tapa del vaso, inmundo como aquel lugar, y siente una mezcla de dolor y alivio acompañar la contracción de la vejiga. Siente miedo cuando ve el color oscuro de la orina.

Es roja, color de sangre.

El organismo resiste a la descarga eléctrica y al *pau de arara* descargando en la sangre la mioglobina, una proteína muscular responsable por la reserva de oxígeno en

los músculos. La respiración cortada por la tortura, el pulmón atravesado por el dolor que endurece la musculatura, la sensación de sofocamiento hace el cuerpo reaccionar. La mioglobina es liberada en la circulación sanguínea junto con otras enzimas, sobrecargando los riñones e iniciando el proceso de insuficiencia renal aguda.

El aumento de la mioglobina en la sangre es la marca líquida y evidente de la paliza, de las lesiones musculares, de los golpes con el puño cerrado sobre los riñones. El pecho, jadeante, siente falta del oxígeno vital para el cuerpo asfixiado, martirizado. La proteína aparece, trasborda, vierte para la sangre como una señal de alerta, un pedido de socorro del organismo en choque, golpeado, agredido, que sucumbe al entorpecimiento de la tortura.

La mioglobina es una señal de alerta, una señal roja.

Una señal de sangre. Sangre en la orina. Hematuria.

Pasados treinta minutos, la alerta se convierte en amenaza letal. Universindo ya está allí más de cuatro, cinco horas, colgado como un pedazo de carne en un gancho de carnicería. La mioglobina liberada en la corriente sanguínea pasa a ser filtrada por los riñones. Ellos no soportan la sobrecarga, comienzan a fallar. La proteína se descompone en la sangre, como una toxina maligna que lleva a la insuficiencia renal.

Universindo no sabe, pero ahora es víctima de rabdomiólisis, que los médicos traducen como un síndrome causado por daños en la musculatura del esqueleto, provocados por vaciamiento de mioglobina en la sangre. La orina color castaño rojiza que Universindo ve expeler en el vaso es la prueba de eso. La rabdomiólisis viene acompañada de convulsiones, edemas, espasmos, escalofríos, calambres, fiebre, insuficiencia renal y respiratoria.

En los textos de medicina, un disturbio que afecta una de cada diez mil personas de cualquier edad.

En la crónica de la tortura, una fatalidad que alcanza diez de cada diez presos que pasaron por el *pau de arara.* Universindo y su orina color de sangre son la prueba científica de todo eso.

El efecto colateral de Yannone, de Seelig, de la Compañía, del DOPS.

Universindo es la secuela de la dictadura, la llaga del Cono Sur.

Un síndrome.

El chorro de orina roja disminuye. Cesa. Él se vuelve para retornar a la sala de tortura. Camina algunos pasos, para y retrocede. Mira de nuevo a su izquierda, para el espejo que no había notado en la pared.

Mira de nuevo y mal se puede reconocer en él. Mudó de color.

Está todo rojo, rojo de sangre, rojo como la orina.

Universindo se asusta con su propia imagen en el espejo.

7
La ratonera

Chuy, noviembre de 1978

Cae la noche de domingo sobre Porto Alegre.

El tiempo demora más lento en el DOPS, pero pasa.

La paciencia del torturado se prolonga por horas, la impaciencia del torturador se cuenta en minutos. El delegado vuelve, más impaciente que nunca.

–Bien, tú no quieres hablar... Entonces, vamos a tener que hacer un largo viaje – avisa Seelig.

Universindo presiente lo peor.

–¿Ustedes nos van a entregar a los militares uruguayos?

–Bem, tu não queres falar –repite el delegado, justificándose–. *Vamos ter que fazer isso.*

El preso resuelve adoptar un tono más solemne, jugando con la sensibilidad brasileña a la opinión internacional.

–Yo soy Universindo Rodríguez Díaz. Soy refugiado de las Naciones Unidas y estoy realizando aquí en Brasil un trabajo legal, dentro de las normas del país. Ustedes no pueden entregarme a los militares uruguayos. Por otra parte, estoy vinculado a la ONU y a la protección humanitaria de Suecia, que saben cuál es mi situación en el país. Si ustedes me entregan al Uruguay, eso será sabido en pocas horas.

Universindo reproduce sin querer una escena parecida de 42 años antes, ocurrida 11.400 kilómetros al norte de Porto Alegre.

En el octubre helado de 1936, el disidente ruso León Trotski deambulaba por Europa. Intentaba huir de la larga garra de Stalin, esta vez escondido en una casa aislada en la f oresta de Andorsrud, en Sköger, ciudad noruega 50 kilómetros al sur de Oslo. Dos meses antes, había sido condenado a muerte como terrorista en el primero de los Juicios de Moscú manipulado por Stalin.

Presionado externamente por los rusos e internamente por los nazis noruegos, el ministro de Justicia Trygve Lie, sin esconder su vergüenza, comunicó a Trotski que lo internaría en el campo de concentración de Sundbyveien, 40 kilómetros al sur de la capital. Allí aguardaría el navío que lo llevaría al exilio final y, años después, a la muerte en México.

El bolchevique enfrentó con firmeza al ministro, un admirador de la Revolución de Octubre que llegó a conocer a Lenin en el Kremlin:

–Este es su primer acto de rendición al nazismo en su propio país, ministro. ¡Usted va a pagar por eso! Usted se considera libre y seguro para lidiar como quiera con un exiliado político. Pero está próximo el día –¡recuerde eso!– está próximo el día en que los nazis lo expulsarán de su país, a todos ustedes!...

Revolucionario desarmado y líder prohibido, el padre del Ejército Rojo estaba armado únicamente de su dialéctica.

Trotski en ese momento era apenas profeta. Menos de cuatro años después, como previó, las orugas de los tanques del Reich alemán rodaron sobre el país. Y el propio Trygve Lie se tornó un refugiado en Londres, como canciller del gobierno de Noruega en el exilio.

Cuatro décadas después, en Porto Alegre, otro disidente político hace una profecía semejante para la autoridad de un gobierno que sucumbía bajo la voluntad de una tropa extranjera.

Sin temer la redundancia de una información que el delegado Seelig ya tenía antes de la tortura, Universindo reafirma:

–Soy un refugiado político. Ustedes no me pueden entregar al Uruguay. El costo político será muy, muy grande. Para los militares brasileños y para el gobierno de Brasil –preveía Universindo para el delegado del DOPS– exhibiendo la misma osadía y la misma previsión política de Trotski delante del ministro noruego.

Universindo recuerda, consigo mismo, que Brasil tendría elecciones nacionales dentro de tres días. El miércoles, 15 de noviembre, serían renovadas la Cámara de Diputados y una parte del Senado, además de las asambleas estaduales.

Elección en Brasil, represión en Uruguay.

Él apostaba en la diferencia.

Como Trygve Lie, Pedro Seelig no responde. Admite solo que, en aquel momento, el gigante Brasil se dobla ante la voluntad del pequeño Uruguay.

–Bien... Yo no puedo hacer nada. Los uruguayos están presionándonos para llevarlos inmediatamente hasta la frontera.

Universindo siente que la conversación puede rendir. Percibe fragilidad en el delegado. Decide aumentar la apuesta. Juega una carta más en la mesa.

–Yo quiero hablar con el jefe de la operación, ¡el jefe de este lugar! –anuncia, sorprendido con el propio atrevimiento. –Quiero hablar con el director, con quien los comanda a todos ustedes...

Se sorprende más aún cuando Seelig le da la espalda, sin replicar, y sale. Minutos después vuelve. Con él está un señor de paletó y corbata, a pesar de ser una noche de domingo. Tiene el rostro mof etudo y mechas de cabello blanco en la

cabellera negra peinada con cuidado, que acentúan su autoridad. Tiene cara de jefe. Debía ser él mismo. Su última esperanza.

–¿Tú querías hablar conmigo? –pregunta el delegado Marcos Aurelio Reis, el director del DOPS, el que comandaba a todos ellos, el jefe de Seelig.

Universindo se anima, entiende que sus palabras habían producido efecto en el delegado. Tal vez funcione con el director. Repite lo que había dicho a Seelig, insiste en el costo político, en el vaciamiento inevitable de la operación.

–Somos uruguayos de la oposición aquí, pero somos legales, señor. No estamos desempeñando ningún tipo de actividad guerrillera, ni armada, ni clandestina. Estamos haciendo denuncias sobre violación de derechos humanos en nuestro país. Ustedes no pueden entregarnos así....

El director muestra la misma impotencia del delegado, que lo escucha en silencio.

–No puedo hacer nada. Son el gobierno uruguayo y los militares que están presionándonos –se lamenta Reis, casi disculpándose.

Los dos salen de la sala, Universindo permanece en compañía de un policía. No está allí sólo para vigilarlo. Lo ayuda a caminar, mientras Universindo da algunos pasos, tambaleantes, alrededor de la única silla de la sala. Siente muchos dolores, principalmente en la pierna derecha. Pero los pocos pasos ayudan a reactivar la circulación de la sangre, a quebrar el adormecimiento de las piernas. Se apoya en el hombro del policía. Hasta parecen amigos.

Pasaba la medianoche del domingo para el lunes cuando Seelig reaparece.

–Nos vamos –anuncia.

Universindo baja por el elevador y, en el camino hasta el auto, pasa por mucha gente. Está sin capuchón y extraña la multitud. Curioso, en la noche de domingo había más gente en el DOPS que en la tarde. En el coche, sentados en los asientos delanterosvan dos agentes brasileños, uno conduciendo. En el asiento de atrás, Universindo y, a su derecha, el capitán Yannone, que lo codea en los riñones doloridos siempre que intenta dormir. Universindo entendió que iría a mantenerlo despierto a lo largo de los 525 kilómetros que separan Porto Alegre del extremo sur brasileño, la pequeña ciudad de Chuí, en la frontera con el Uruguay.

El viaje insomne de más de seis horas lo dejará más debilitado, menos resistente al interrogatorio en la frontera, imagina. Desde la prisión en el departamento al inicio de la tarde de aquel domingo, él no bebió ni comió nada.

En otro auto, Lilián no duerme porque no quiere. Prefiere permanecer despierta, pensando. En las últimas horas había sido interrogada varias veces. No volvió a ser torturada. Hasta bebió agua. Alrededor de la medianoche vinieron a buscarla,

a ella y a los niños. En el patio del DOPS, los tres embarcan en el banco trasero de una camioneta Brasilia blanca. En la dirección está el policía negro y fuerte que golpeó a Universindo en el departamento. A su lado, un hombre de bigotes cayendo por las comisuras de la boca. Parecen formar una dupla. Lilián ve a Seelig embarcar en otra camioneta con una policía.

En la hora, Lilián piensa que podía ser su enamorada o novia. Locura, se condena.

La escolta de tres autos arranca mansamente, dejando el patio del DOPS por la pequeña calle de atrás, la Freitas y Castro. La avenida João Pessoa, siempre populosa, está muerta en aquel inicio de madrugada. Se deslizan por ella y, menos de dos kilómetros después, doblan a la derecha para tomar el acceso al túnel de la Concepción. Pasan por el viaducto, que se yergue suave al otro lado, y Lilián ve a su derecha la gran construcción ovalada de la 'Rodoviaria', la estación de autobús donde todo había comenzado hacía poco más de doce horas.

Parece una eternidad, piensa.

La enorme estación queda atrás, y la escolta embarca en la avenida Castelo Branco, separada de las aguas barrosas del río Guaíba por una hilera de almacenes y muelles descoloridos. Tres kilómetros después, el séquito motorizado circula el trébol de acceso de la avenida Sartorio y cruza el río en una de las tarjetas postales de Porto Alegre: el puente Getúlio Vargas.

Inaugurada en 1958, era entonces la obra de ingeniería más audaz de América del Sur, con su vano móvil de tres sendas de sesenta metros de pista y cuatrocientas toneladas de peso elevándose a la altura de un edificio de diez pisos para permitir el pasaje de los navíos, 25 metros abajo.

Atravesado el puente, la escolta toma la principal carretera federal del país, la BR– 116, una lengua oscura de asfalto que lame diez Estados brasileños. Son 4.400 kilómetros que comienzan en Fortaleza, en el litoral nordestino, y descienden casi verticalmente hasta la pampa gaúcha de Jaguarão, separada de la ciudad uruguaya de Río Blanco por las aguas serenas del tortuoso río Yaguarón. Pero el escondrijo del secuestro era más abajo.

Cuando llega próximo de Capão de Leão, el comando uruguayo–brasileño abandona la BR-116 y toma la carretera de la izquierda, la BR–471, que bordea la periferia sur de Pelotas, la segunda ciudad más populosa del Estado, a 270 kilómetros de la capital. Menos agitada, la carretera corre junto al mar, exprimida en una franja de tierra casi desierta entre el Atlántico y la laguna Merín – una cuenca binacional de aguas rasas de 180 kilómetros de extensión y veinte kilómetros de ancho que se expande por los dos lados de la frontera.

A pesar de la aridez humana, es una región bonita, plana, con el verde de los campos intercalándose con el azul de las aguas de un lado y otro de la carretera, en el mar y en la laguna.

Lilián llega a imaginar un viaje de turismo. El agente negro en la *Brasília* blanca aparenta un inofensivo guía turístico describiendo un paseo por la región. Él y el hombre de bigote hablan con los niños, tiran lengua, interesados en quebrar el clima de tensión. Exactamente lo contrario de lo que Yannone hacía, en el otro auto, con Universindo.

Lilián no entra en el clima relajado de la conversación. Tensa por dentro, callada, ella piensa. ¿Qué va a suceder en la frontera? ¿Qué hacer?

No duerme ni cuando los niños, exhaustos, adormecen en su regazo. Cada kilómetro vencido la aproxima a un infierno conocido, a un destino desconocido donde las oportunidades disminuían, las personas desaparecían.

La cabeza de militante hierve más que la de madre.

Algunas cosas la dejan intrigada. La rapidez de la operación, la salida agitada de Porto Alegre. Desde el final de la noche, ningún interrogatorio. Y los militares saben que las horas son decisivas para quebrar una organización de izquierda. Lilián percibe que, en Brasil, determinadas cosas no eran como en Uruguay, a pesar de la semejanza de los regímenes.

La fuga acelerada debía ser por causa de los niños, pensó ella. Un niño no era novedad ni problema para la dictadura uruguaya. Un niño era una incomodidad perturbadora para la dictadura brasileña. Lilián percibió eso en la expresión espantada del delegado Seelig, cuando le dijo que tenía dos hijos. Un detalle que los militares uruguayos, sin duda, no habían transmitido a los brasileños. La rapidez de la salida, comprendió Lilián, debía ser una exigencia brasileña. ¡Era eso! ¡Claro!

La salida era retardar la partida, prolongar la permanencia en suelo brasileño. Apostar que fallaría en Brasil lo que siempre resultaba un éxito en Uruguay. Una ecuación simple: hacer exactamente lo contrario de lo que mandaban los brasileños, de lo que querían los uruguayos.

Pero, ¿cómo quedarse? ¿Cómo volver a Porto Alegre? ¿Cómo volver viva?

* * *

Los primeros vestigios del sol naciendo en el horizonte, allá lejos en el fondo del mar, abren grietas de luz blanca y amarilla en el manto oscuro del cielo. En la corrida de velocidad con el convoy, el día espanta suavemente la noche. Poco antes de llegar a Chuí, la Brasília blanca estaciona. El hombre del bigote sale y vuelve, minutos después, con un par de sándwiches para los niños. Sándwiches fríos como el aire fresco de la mañana, con el aroma de la brisa marina.

La escolta anda un poco más y para de nuevo, algunas centenas de metros antes de la frontera. Dos autos se adelantan y estacionan en el puesto de la Policía Federalbrasileña, a la orilla de la carretera. Una negociación rápida se realiza para liberar el paso al grupo sin los controles habituales. Universindo es tirado en el suelo del auto y cubierto con un paño. Yannone, sentado en el banco de atrás, evita con los pies que se salga del lugar.

La comitiva retoma el viaje y pasa por el puesto de la Policía Federal sin parar. Un kilómetro después ya está entre las casas de Chuí, una pequeña ciudad de menos de diez mil habitantes y de dos países separados sólo por una amplia avenida. Del lado de acá de la avenida, el Chuí brasileño. Del lado de allá, el Chuy uruguayo. Casi nadie ve la fila de autos pasar por las calles desiertas en la ciudad, que todavía se despereza para despertar el lunes.

Seis cuadras después, en suelo uruguayo, ya no existen casas ni calles de tierra. Sólo la vía asfaltada de la Ruta 9, la carretera federal que desemboca 340 kilómetros después en Montevideo, en la boca del Río de la Plata. En un enlace de la Ruta, poco antes del puesto de la aduana uruguaya, casi dos kilómetros más allá de la frontera, la escolta hace su parada final. Los brasileños son recibidos por militares uruguayos, todos vestidos como paisanos y armados ostensivamente, comunicándose por radio. Están en cuatro vehículos, entre ellos una Kombi amarilla.

El convoy estaciona, todos desembarcan, inclusive los presos. Universindo no ve a Lilián, ni a los niños. Esposado con las manos para atrás, pide una libertad provisoria para orinar en la orilla de la carretera. Es un momento de alivio. La orina comienza a retomar su color normal, pero todavía tiene un tono rojizo, recuerdo de Porto Alegre.

Cuando es esposado otra vez, Universindo ve aproximarse al hombre que comanda los anfitriones uruguayos –el capitán Eduardo Ferro, jefe del Sector de Operaciones de la Compañía de Contrainformaciones.

Es un cinturón negro de kárate de 31años. Tiene cerca de un metro 75 y físico corpulento, un poco encima del peso. Usa el pelo corto y un abundante bigote negro, que casi atraviesa en rostro redondo. Tiene ojos verdes y fama de violento. Cierta vez, en una clase de defensa personal, explicó al profesor: "No puedo practicar kárate, yo golpeo muy fuerte. Ya maté un hombre". No dio detalles, pero era un preso que, después de diez días de tortura, no resistió la golpiza fuerte de Ferro.

Como Yannone, Ferro fue alumno de la Escuela de las Américas, en el Canal de Panamá, que frecuentó como cadete a los veinte años. Él dispensa presentaciones y, sin decir nada, tira a Universindo esposado en el suelo y le da un puntapié en el pecho.

Lilián también experimenta la dramática mudanza de clima. Ella y los niños son embarcados en una Kombi por dos hombres armados de pistolas. Camilo y Francesca son obligados a imitar la madre, tendidos de barriga para abajo. Los hombres en el banco delantero oyen la madre hablar con los hijos:

–¡Bueno, estamos en Uruguay!

Parece ironía, pero fue la manera que Lilián encontró en la hora para infundirles confianza, decirles que estaban en casa.

Francesca no para de llorar. Camilo está callado, serio, no llora, no pregunta, no busca protección. Parece habituado a todo aquello. Lilián piensa que el muchacho muestra un comportamiento demasiado adulto para alguien de apenas ocho años de edad.

Ferro y sus hombres deciden apartarse de la frontera y buscan un refugio 35 kilómetros abajo de Chuy –el parque nacional de Santa Teresa, un rincón histórico dominado por el fuerte de piedra con muros en forma de pentágono, en el área de 16 mil metros cuadrados a la orilla del Atlántico. Fue construido a fines del siglo XVIII por los portugueses, con sus cañones más de frente para la tierra que para el mar.

Lo enemigos entonces era los españoles, que intentaban avanzar sobre el imperio de Lisboa. Ahora bajo la administración del Ejército uruguayo, los enemigos de Santa Teresa todavía hablan castellano – como Lilián y Universindo.

En las arenas más bonitas del lugar, a 100 metros de las olas bravas de la Playa de la Moza, están las diez confortables cabañas que oficiales del Ejército usan para las vacaciones de verano. El convoy uruguayo estaciona allí con los presos de Porto Alegre. Mientras los niños son mantenidos separados, Lilián es conducida a un pequeño bosque, próximo al mar.

Las preguntas van y vienen con el sonido de las olas a lo lejos. ¿Quiénes eran los compañeros en Brasil, como era distribuido el periódico del PVP, cuáles eran los contactos de la oposición en Uruguay, quiénes eran sus amigos en Montevideo?

El capitán Yannone, que comanda el interrogatorio, hace el papel de malvado, el que grita más.

–Esta aquí se está pasando de viva, no vamos a dar bola, ¡vamos a actuar! ¡Total! Aquí se termina el viaje –berrea.

Yannone intenta quebrar la resistencia de Lilián con otra amenaza.

–¡Uno más al Río de la Plata! –provoca Yannone.

Es un recuerdo nada sutil a los catorce cadáveres que el río devolvió al litoral uruguayo, en el invierno de 1976, en un arco siniestro de 300 kilómetros que iba de Maldonado a Colonia, frente a Buenos Aires. Los cuerpos que pudieron ser identifi-

cados eran todos de exiliados y ex presos políticos que vivían en la capital argentina, al otro margen, a 55 kilómetros de allí. Tenían marcas de tortura, miembros fracturados, tiros en la cabeza. Las mujeres fueron violadas y los hombres, castrados.

Un poco más distante, en un barranco que descendía suave para la playa, Universindo experimenta lo que, para Lilián, es sólo amenaza. Con las manos y los pies esposados, embarca en el *submarino*.

Arrodillado delante del *tacho*, un tonel cortado al medio, tiene la cabeza sumergida en el agua que corta la respiración, aumenta la ansiedad, la agonía. La mano por detrás de la nuca impide que él suba a la superficie. Los segundos duran horas, el pulmón parece explotar, no da para aguantar más. De repente, el dolor que alivia. El tirón de los cabellos maltrata, pero arranca su cabeza del tacho. Él abre la boca, tose y tira el aire que le falta, aspira al máximo para almacenar oxígeno en el pecho, para soportar la próxima sumergida.

El interrogatorio es un descanso. Las preguntas le dan tiempo de respirar, de sobrevivir. Cuando la cabeza afonda de nuevo, él suspira por el dolor. El dolor en los cabellos tirados con violencia, el dolor que le da el aire, le da vida.

El *submarino* dura un tiempo, mucho tiempo. Minutos sin aire que valen por horas, horas que marcan una eternidad.

Pero no vale la pena matar a Universindo. No todavía.

El *submarino* es desactivado. Manos fuertes lo colocan de pie y lo arrastran hasta una pared rocosa, por allí cerca. A pesar del sol todavía no estar alto, la temperatura ya está elevada. Noviembre ya es cálido, muy cálido en Uruguay. Aún así Universindo tiembla –tiembla de frío, tiembla de miedo. El contacto prolongado con el agua fría le da escalofríos. Uno de los militares avisa que eso sucede con todo el mundo que ellos torturan. Universindo no siente ningún consuelo.

Los escalofríos, como las olas del mar, no cesan. Vuelven a las preguntas.

–¿Dónde está Hugo Cores? ¿Ah? ... ¿Dónde está Cores? ¡Habla, hijo de puta! –grita el capitán Ferro en su oído, como si fuese sordo.

Universindo se finge de sordo. El capitán tira un paquete de cigarrillos Coronado del bolsillo de la camisa y avisa:

–Bueno, voy a fumar este Coronado. Cuando termine, si no me contás donde está Hugo Cores, ¡te mato!

Enciende el cigarrillo y sigue con los ojos el anillo de humo que sube y se disipa en el aire, mientras se deshace el tiempo de Universindo. Ferro da la última tragada, tira el pucho al suelo, lo aplasta con el taco del coturno.

Llama a un ayudante, pide una pistola y una bala. Tira para atrás el resorte del percusor, abre la cámara del cargador y aloja allí la bala plateada. Cierra, engatilla el

arma y apunta para la cabeza de Universindo. Él cierra los ojos y espera. Recuerda el tacho de agua, el aire que no viene.

¡Clic! El cañón del gatillo suena seco en el cartucho vacío.

¡Clic! No existe pólvora, no hay explosión en la cámara que comprime el aire y dispara la bala.

Clic, es sólo un susto, sólo el sonido del clic.

Universindo vuelve al *submarino*.

Ferro vuelve junto a Yannone, que interroga a Lilián con la misma técnica, el mismo truco, las mismas armas. De pie, junto a un árbol, Yannone manda a uno de sus hombres apuntar la pistola a la cabeza de Lilián. El capitán dice que no quiere más complicaciones con subversivos. El soldado aprieta el gatillo.

¡Clic! Lilián no se mueve.

Sabía que era teatro, un simulacro. El cálculo político le da confianza: no tiene miedo porque sabe que no la matarían así, de forma tan rápida, tan simple, tan humana. El odio a la oposición era tan grande, pensó ella, que los militares no podrían ahorrar sufrimiento a ninguno de ellos.

–Bueno, acá se acabó el viaje. Vamos a matarlos –anuncia Yannone. Lilián desdeña.

–Pero... ustedes no iban a hacer todo eso para matarnos así nomás... –dice Lilián, sorprendiendo a Yannone por la insolencia.

–Eh, ¡parece que contigo se puede hablar! –interviene el capitán Ferro, mostrando los dientes blancos bajo el bigote negro.

Ferro entra del todo en la conversación, introduciendo una información que puede convencer a Lilián de que Yannone dice la verdad.

–¡Colaboras o desapareces! Nosotros somos del "300 Carlos" –confiesa Ferro, con la certeza de que ella nunca escapará viva para repetir eso a nadie más.

Lilián sabe que el "300 Carlos" es el nombre clave de la unidad secreta del OCOA, en el corazón de la Compañía, que secuestra uruguayos en la Argentina.

El "300 Carlos" es el temido *dream team* del terror del DOI-CODI uruguayo. Su centro de torturas queda en Montevideo, en un pabellón con diez celdas siniestras en el fondo del Batallón 13 de Infantería, conocido como *El Infierno*. Está situado en una zona más apartada y menos poblada de la capital, en la avenida de Las Instrucciones, a nueve kilómetros del palacio de Gobierno.

Nadie sobrevive al "300 Carlos".

Nadie sobrevive a Ferro.

Pero Lilián tiene una carta en la manga.

–Tengo responsabilidad con mis hijos. Si ustedes se comprometen a salvarlos, puedo contarles algo –insinúa, tirando el anzuelo.

Los ojos de Ferro se agrandan. Lilián dice que tendrá un encuentro en la capital gaúcha el próximo viernes 17. Él pregunta quien es, ella dice que no sabe.

–Un compañero muy importante, con certeza –cuenta Lilián, sin avanzar más.

El capitán está mordiendo el anzuelo, piensa ella.

Lilián me va a entregar a Hugo Cores, piensa él.

Ferro sale y vuelve en una hora después con aire triunfal.

–Vamos a hacer un viaje –anuncia, como si la idea fuese suya. Lilián pregunta a dónde.

–Vamos a volver a Porto Alegre. Vamos a esperar en tu casa y ver lo que sucede.

Lilián se anima e intenta una nueva carta.

–Está bien, pero vuelvo con mis hijos...

–No, ¡los niños, no! –corta el capitán–. ¡Imposible! Esta sería una complicación más.

Ferro quiere armar su ratonera, la emboscada en el departamento para cazar a Cores, el ratón más gordo del PVP.

Pero Lilián fue más rápida. Su ratonera ya estaba armada.

El sábado, un día antes de ser detenida en la estación, un compañero del PVP en São Paulo la alertó sobre el posible movimiento de la represión uruguaya en Brasil. Ella quedó sabiendo que, a inicios del mes, gente del partido había sido apresada en Montevideo. La tortura ciertamente haría filtrar informaciones, y todavía se precisaba más cautela.

El esquema de seguridad de Lilián preveía un contacto telefónico un día sí, un día no. Lilián no le mintió a Ferro: un compañero muy importante, el propio Hugo Cores, había realmente combinado un viaje a Porto Alegre para un encuentro con ella el viernes. Con las informaciones alarmantes de las prisiones, ella se volvió aún más cuidadosa.

Lilián canceló un viaje que haría en aquellos días a la ciudad de Santana de Livramento, separada por una simple avenida de la uruguaya Rivera, en la frontera siempre vulnerable. Prefirió la seguridad de Porto Alegre. Aún así trató de ajustar su esquema de protección.

Pidió llamados telefónicos diarios, en los tres días que antecederían a su encuentro con Cores. Así ella debería mantener contactos telefónicos con São Paulo el martes, el miércoles y el jueves.

Sólo entonces Cores tomaría el autobús para Porto Alegre, al encuentro de Lilián. En la calle Botafogo, 621, bloque 3.

En la tarde del viernes, 17 de noviembre.

El capitán Ferro soñaba con la escena: la puerta del departamento 110 abriéndose delante de Hugo Cores, el líder máximo de la organización.

La ratonera cazando un ratón gordo, un nombre muy importante.

El nombre más importante del PVP.

Pero cuando la puerta se abrió, Ferro percibió que la montaña había parido un ratón.

Uno, no. ¡Dos!

La ratonera de Ferro se había malogrado.

La ratonera de Lilián comenzaba a tener éxito.

8
La seña

Porto Alegre, noviembre de 1978

De lejos, Lilián fuerza una sonrisa y da un último adiós a los hijos, en el fuerte de Santa Teresa.

Francesca está llamando a su mamá, llorando como nunca.

Camilo está callado, serio como siempre.

La mirada fría clavada en la madre duele como la punta de un puñal, que sangra Lilián por dentro. Ella hace fuerza para no llorar. Se despide de los hijos con un beso y una disculpa banal, que tal vez ni siquiera un niño acreditaría:

–*Mamma* va a volver a Porto Alegre para buscar el equipaje. Luego, luego nos vemos.

Los niños quedaron atrás, como rehenes de la colaboración de Lilián con los militares. Este era el plan de Ferro. Pero el plan de Lilián era todavía mejor: mientras estuviese viva y se mostrara útil, los niños estarían seguros.

La supervivencia de la madre garantiza la vida de los niños, razona ella.

El pensamiento le da paz por primera vez, y ella adormece al lado del capitán, en el banco trasero del vehículo. Al frente, dos agentes brasileños del equipo de Seelig, que Lilián no identifica. Cansada, ella duerme todo el viaje de vuelta a Porto Alegre y sólo despierta cuando el auto estaciona en el patio del DOPS, alrededor de las 20 horas del lunes, 13 de noviembre.

Ferro ya se moviliza allá dentro con la intimidad de un viejo conocido de la casa. Sube por el elevador hasta el segundo piso, el piso del DOPS. Cuando la puerta abre, Lilián se enfrenta con la mujer negra que cuidara los niños, la mujer que no atendiera su pedido de socorro.

Ella aprovecha un descuido del capitán y le reclama a la agente:

–¿Te acuerdas de lo que te dije? ¿Qué se llevarían a mis hijos?... Bueno, ahora ellos están con mis hijos... Y usted me dijo que me quedara tranquila, que nada les sucedería a ellos...

La negra muestra angustia en el rostro. Toma un paquete y enciende un cigarro. La mano tiembla.

Quiere esconderse atrás de la bocanada de humo.

Llevan a Lilián para una celda, una pieza grande cerrada, sin ventanas y, en lugar de puerta, una reja abierta –ciertamente para mantener sus muñecas intactas. Ella duerme la noche entera, sueño pesado, como un ángel en el paraíso.

El martes de mañana, el ángel vuelve al infierno.

Ferro la lleva al departamento de la Botafogo, una visión que la deja horrorizada. Está todo quebrado, envilecido, registrado, sucio, los libros dispersos por el suelo, las ropas amontonadas. Cuatro o cinco policías del DOPS están siempre por ahí, abarrotando el departamento, turnándose en la vigilancia.

Uno de ellos se agacha, revuelve una montaña de papeles, escoge un libro y la mira victorioso:

–Voy a dejar este para mi –dice el policía, apuntando para el ejemplar en italiano de *El Principito*, de Saint-Exupéry, que ella le había dado a su hijo en su cumpleaños de seis años en Milán, en 1976.

Ella recuerda a Camilo, lejos, serio, callado.

La tensión le quita el hambre. Los policías, preocupados, hallan que Lilián quiere enfermarse, forzar una atención médica. Por eso en todo momento le ofrecen cosas que compran por los alrededores. Piña, jugos de frutas, pollo asado.

El resto del tiempo ella pasa con el único uruguayo del equipo –Eduardo Ferro, que pregunta, confiere papeles, revisa cartas, procura cosas, hechos, nombres. El capitán se detiene en algunos mensajes cifrados, en códigos que Lilián confunde y traduce en forma atravesada.

Es un juego de inteligencia.

Las persianas están siempre bajas, con luz prendida. Varias veces al día el delegado Pedro Seelig aparece por allá. En ciertos momentos participa del interrogatorio. Ella tiene la sensación de que el delegado reabastece al capitán con las informaciones nuevas que recibe por radio, teléfono o telex de Montevideo.

En la mañana del jueves, de repente, un imprevisto.

La campanilla toca. Todos se congelan, las manos buscan automáticamente las pistolas en el cinto. Todo cesa, todo para. Uno de ellos espía por el visor. Alguien lleva a Lilián hacia la puerta, custodiada por dos hombres armados. Ferro se queda más atrás, arma en la mano.

Lilián entreabre la puerta y ve un joven de uniforme. Un cartero.

–Telegrama para Lilián Celiberti. ¿Es aquí? –pregunta, con una sonrisa.

Ella continúa seria. Firma el recibo, balbucea un gracias, el joven toma de vuelta y sale. La puerta se cierra y Ferro arranca el telegrama de sus manos.

Beca concedida. Llamar urgente.

El texto indicaba el lugar de origen del mensaje: París, Francia.

Lilián se desconcierta, insegura. El envío del telegrama indica que sus compañeros no están sabiendo lo que sucede con ella. El código de seguridad era claro: ella debía comunicarse el martes, el miércoles y el jueves. Antes de ayer, ayer y hoy, recuerda asustada. Desde el domingo pasado ella está ausente, silenciosa, incomunicada.

¿Cómo es que ellos no entendieron? ¿Por qué no comprendieron?

Lilián se siente sola, desamparada.

Ferro está excitado por la novedad. Manda Lilián a responder, a llamar para el número de París. Ella se recusa, él insiste. Ella pide para quedarse sola, para pensar. Por primera vez la dejan sola, en la cama desordenada del dormitorio. Una duda terrible la consume por dentro. Si no llamara, nadie sabría que ella estaba allí, viva todavía. Si llamara, daría a entender que estaba todo en orden, todo normal. Y el encuentro marcado para el día siguiente acontecería.

Hugo Cores caería en la ratonera. Ferro vencería.

Lilián pide un lápiz y un papel, para escoger las palabras correctas, pasar el mensaje correcto. Un texto para avisar a los compañeros sin alertar la represión.

El texto más difícil de su vida de profesora y militante política.

Ella garabatea lo que diría al teléfono y le pasa el papel a Ferro. Entusiasmado, el capitán embarca a Lilián en un auto y vuelve al DOPS.

Esta vez ellos la llevan a un lugar desconocido, un gabinete ordenado, más solemne, la sala del director del DOPS. El hombre de cabellos con mechas blancas, siempre de saco y corbata, que rehusara el último pedido de Universindo antes del viaje a Chuí, está al lado de la mesa oscura que domina el ambiente. La mesa del hombre que domina el lugar, el director Marcos Aurelio Reis.

A su frente, un teléfono negro.

Nadie habla. Todos saben qué hacer, Lilián sabe qué decir. Ferro le alcanza el teléfono y ella comienza a discar el número grabado en su memoria. Primero el 00, código de acceso internacional. Después 33, número de Francia, seguido de 1, código del área de París. Entonces, 805-8153.

–¡Hola! –dice la voz que atiende en el departamento de Rubén Prieto.

* * *

Anarquista, miembro de la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE) donde militó Lilián, Rubén *Pepe* Prieto era uno de los dirigentes del PVP y vivía ahora exiliado en Francia. Prieto era más que un militante orgánico de la izquierda.

Era un genio de la comunicación, que habría hecho carrera en cualquier gran agencia de publicidad del mundo capitalista. Con una cabeza que brillaba por la inteligencia y por la calvicie precoz que desmatara la mitad de sus cabellos negros

antes de los treinta años, el organizó el congreso clandestino de 1975 de fundación del PVP, un partido que nació rico.

El año anterior, marzo de 1974, militantes refugiados en Buenos Aires habían secuestrado a Federico Hart, un rico empresario judío de origen holandés que hizo fortuna en Argentina con exportación de lana. Exigirían un rescate de diez millones de dólares, que Hart pagó sin chistar para no exponer su lado negro de contrabandista.

Fue la tercera mayor extorsión de la izquierda armada en el continente – sólo perdió para los Montoneros peronistas (64 millones de dólares de rescate de dos herederos de la multinacional de granos Bunge y Born) y para el trotskista Ejército Revolucionario del Pueblo – ERP (14 millones de dólares de un ejecutivo de la petrolera Esso).

La plata verde del imperialismo sustentó los pasos iniciales del partido rojo. Financió el congreso clandestino, pagó panf etos, compró vehículos e inmuebles en Argentina, montó la infraestructura de oposición al régimen militar de Montevideo.

En el congreso, el PVP adoptó la X como símbolo de multiplicación diseñado sobre la letra V, representación cabalística de *Por la Victoria*. Ahí apareció el genio de Prieto.

Él contrató una agencia de publicidad para vender una línea ficticia de cosméticos de una empresa belga que no existía. Era una campaña de expectativa, de algo que luego se descubriría, de suspenso progresivo, hasta explotar en la gran revelación para las masas. Tenía hasta eslogan: *Por una nueva forma de vivir*.

La única pista era un jabón fino de baño, con el nombre de Vilox. La marca tenía el contorno en negro del mapa de Uruguay, con dos letras en blanco en el centro – la V atravesada por la X.

Ella proliferó en *outdoors,* en camisetas, en banderolas, en boinas. La imagen subliminar de la Vilox aparecía en anuncios de radio, tele y diarios, patrocinaba la mayor fiesta agropecuaria del país, la Exposición del Prado, y aceleraba hasta atletas de la más tradicional prueba deportiva, la Vuelta Ciclista del Uruguay. El equipo que pedaleaba por los dólares del PVP, el Club El Límite, llegó en segundo lugar.

La fantasía de la Vilox acabó cuando Videla derribó a Isabelita, en 1976. Con pase libre en el país vecino, la represión uruguaya descubrió el escondrijo del botín en Buenos Aires y capturó los dólares. Los militares transformaron los inmuebles en casas de tortura y desparecieron con el cambio de ocho millones de dólares. La fortuna del PVP se disolvió como jabón.

Pero Rubén Prieto dio un baño de creatividad.

* * *

No era ese talento de la comunicación que atendía el llamado telefónico disparado del DOPS. Era otro compañero del PVP que se abrigaba en el departamento de Prieto. Lilián lo conocía bien, reconocía su voz.

Con la llamada, el capitán uruguayo y el delegado brasileño intentaban colocar el queso en la ratonera. Pero fue Lilián quien consiguió engañar a los dos.

–¿Cómo estás? –pregunta ella, sin identificar su interlocutor.

–¿Está todo bien, Maya? –devuelve el hombre, usando el sobrenombre que el partido atribuía a Lilián. – Hace días que no recibimos noticias tuyas. ¿Le pasó algo grave?

–No, no sucedió nada. Estoy bien –finge Lilián, bajo las miradas atentas de Ferro, Seelig y Reis.

–Entonces, ¿por qué la demora en comunicarse? –insiste la voz de París. Lilián consulta el papel que garabateó a lápiz.

–No, por nada. No me diga nada, tengo poco tiempo. Por favor, diga al compañero de São Paulo, que estaré mañana a las cinco de la tarde en mi casa –responde Lilián, reforzando la idea del encuentro del viernes.

La ansiedad la vuelve descortés. Ella cuelga el teléfono af igida, sin ni siquiera despedirse, ni un adiós, ni un simple chao.

Ferro y Seelig se miran, satisfechos. Ellos no desconfiaban, pero Lilián había conseguido pasar la seña que denunciaba la prisión. La expresión "cinco de la tarde" era la señal de alarma, de que algo errado sucedía con ella.

Lilián larga el teléfono, pero continúa nerviosa. No sabe si el hombre en París captó la seña con precisión, infiltrada en una frase banal y rápida. Mientras Lilián piensa sobre el llamado, el clima en el gabinete oscuro es de euforia. Ferro se alegra tanto que deja escapar un elogio.

–¡Qué buena muchacha! ¡Así que colaboras! –exulta el capitán, una frase que deja a Lilián más angustiada todavía.

Ella le dice a Ferro que está muy cansada y pide al capitán que no la interrogue esa noche. Al día siguiente sería horrible, alega, con certeza terminaría con la prisión de alguien que significaba mucho para ella. Ferro resuelve darle esta recompensa. Lilián se escapa del interrogatorio.

El sueño baja pesado, profundo.

Ella amanece el viernes en la calle Botafogo. Un día de espera, de tensión. Ferro está allá, acompañado del hombre negro y del hombre del bigote que habían llevado Lilián y los niños a Chuí. Ella aprovecha para descansar. Duerme en la pieza de los niños, en la cama todavía desordenada por la policía. La puerta permanece siempre

abierta, con alguien de guardia. El otro cuarto es usado para el descanso de los policías. Tres o cuatro hombres armados permanecen en la sala, esperando.

En cierto momento del día, la vecina toca a la puerta.

Nadie responde, la vecina desiste.

En medio de la tarde, al fin, el sonido ronco de la campanilla quiebra el silencio del lugar. Los hombres saltan para sus posiciones, armas en mano. Ferro se esconde en el vano de la cocina. Alguien mira por el visor de la puerta. Se comunican por señales, todos en silencio. Ferro ordena que lleven a Lilián hasta la puerta. Ellos no dejan que ella espíe por el ojo mágico.

Lilián está escoltada por dos viejos conocidos del viaje a Chuí.

A la izquierda el hombre del bigote que se sentaba en el banco del frente. A la derecha el negro fuerte que dirigía la Brasília blanca.

Antes que la campanilla suene otra vez la puerta es entreabierta, lo suficiente para mostrar el rostro fino y los ojos de jabuticaba de Lilián. El habla del visitante, que pregunta por Universindo y se expresa en español rápido, refuerza la impresión general en el departamento.

Ferro, que acompaña el movimiento de la cocina al lado, no tiene dudas: el ratón del PVP cayó en la ratonera.

Lilián intenta hablar con la danza nerviosa de los ojos, pero está preocupada con los hombres armados a su lado. ¿Y si uno de ellos comete la locura de disparar un tiro?, piensa. Cuando la conversación se prolonga, alguien empuja a Lilián para la pieza y el hombre del bigote toma su lugar, con el arma apuntada para la cabeza del visitante y una pregunta disparada a quema ropa:

–¿San Pablo?

En el cuarto del lado Lilián oye la puerta cerrándose atrás de los dos visitantes, que entran y son revisados por los policías. Lilián no ve nada de eso, pero es la primera vez desde el domingo que está contenta, feliz.

Ella sabía la identidad del barbudo que preguntaba por Universindo. Era periodista, el periodista que ellos habían conocido en la sucursal de la revista *Veja.*

La represión cayó en su ratonera, piensa Lilián con justificada satisfacción. Se prende a los periodistas ahora –presume– alguien va a quedar sabiendo. Periodistas deben dejar en el local de trabajo algún registro para donde van, la dirección para donde siguen, algo así. Si ellos vinieron, es porque alguien avisó, un compañero alertó. Los periodistas van a publicar la denuncia. Con la denuncia, los policías tendrán que hacer un registro de la prisión, el Uruguay va a precisar de un pedido formal de extradición. Ella estará en situación de legalidad. Presa, pero legal. El corazón de Lilián acelera, mientras imagina el desdoblamiento de los hechos. Ella

no oye lo que sucede en la sala. Percibe sólo que los periodistas están siendo interrogados. Después de algún tiempo, que le parece mucho, mucho tiempo, ella escucha la puerta abriéndose y los visitantes salir. Los hombres que permanecen están muy nerviosos. No saben bien qué hacer.

Las cosas salieron mal. La ratonera falló. Ferro aparece en la puerta de la pieza, expresión contrariada y le habla con rispidez.

–Nos vamos ya, ya.

Lilián vuelve a quedar triste cuando camina con prisa por el paso acelerado de los policías en el corredor lateral del edificio. Imaginaba ver allí una multitud de periodistas, cámaras de televisión, f ashes de fotógrafos explotando en la cara de los secuestradores...Soñaba con una especie de alfombra roja de la entrega del Oscar, atrayendo la atención de la prensa del mundo entero...

Mientras, nada de eso sucede. No hay nadie allí. El corredor está vacío, la calle está desierta. Lilián se siente de nuevo sola, abandonada.

Embarca en el auto y vuelve para el DOPS con Ferro. Esta vez no la llevan para el ala de las celdas. Es otro lugar, un corredor largo con varias puertas. Debe ser el ala de cuartos donde duermen los policías, piensa.

Es colocada en uno de ellos, con un vigilante. El lugar no es sórdido como una celda. Se percibe que todo el mundo está muy nervioso. Habrá que hacer algo, alguna cosa sucederá en breve –piensan ella y los policías.

El guardia que la vigila confirma su impresión. La policía está arrinconada. La frase del policía no intimida, apela.

–Eh? No me va a reconocer, ¿ya? Bien... Este no es mi trabajo... Yo no tengo nada que ver con eso. Soy un simple guardia aquí, moza, un simple funcionario...

Lilián no sabe quien es, no lo reconoce. Ella intenta medir la confusión que se instaló en la cabeza de Ferro, de Seelig, del DOPS todo.

¿Qué hacer después de la aparición de los reporteros de la *Veja* en el departamento? ¿Cómo salir del país, salir rápido?

Ferro abre la puerta y llama.

–¡Vámonos! Ya, ahorita –dice, sin esconder la prisa.

Ya era de noche cuando ella y Ferro embarcan en un auto, dirigido por un policía del DOPS que elle no identifica. Esta vez no es una escolta. Es sólo un auto con el conductor y Ferro adelante y ella en el banco de atrás. No existe más el clima ameno de la primera vez, cuando el viaje con los niños daba la fugaz impresión de un programa turístico a Chuí.

La sensación ahora es de viaje inesperado, urgente, una fuga.

Tanto que la ruta de escape ya no lleva al extremo sur del país. Ferro imagina que sería la salida más previsible, sujeta a otro encuentro inesperado con periodistas. La prensa podría estar allá, de emboscada.

Esta vez el capitán tiene el cuidado de salir de Porto Alegre con destino a la frontera sudoeste, rumbo a la ciudad de Santana de Livramento, a 489 kilómetros de la capital. Toman la dirección oeste por la autopista BR–290, pasan por Pantano Grande y, 321 kilómetros después, ultrapasan São Gabriel y sus planicies cultivadas con arroz y soya. Ruedan más de sesenta kilómetros hasta Rosario do Sul y, 30 kilómetros después, llegan a Santana de Livramento.

Durante todo el trayecto, Lilián tiene una certeza: sería asesinada al llegar al Uruguay. Siempre que podía ella se lamentaba en voz alta en el auto:

–No sé cómo sucedió eso, no tengo idea, no sé cómo se dieron cuenta... –fingía.

Ferro no contestaba. No quería tal vez reconocer que Lilián lo había engañado.

Cruzan la avenida binacional de Livramento y Rivera. Del lado brasileño, conocida como avenida João Pessoa. Del lado uruguayo, avenida Treinta y Tres Orientales. Avanzan algunas calles en Rivera, ya en Uruguay. El auto estaciona atrás de otro que espera en la banquina, en una zona apartada, sin casas alrededor. Dos hombres los aguardan.

Dos mayores del Ejército, los jefes de la Compañía de Contrainformaciones, los comandantes de Ferro.

–¡Cagaste todo! –acusa el mayor Carlos Alberto Rossel. Es la recepción hostil, agresiva del jefe de la Compañía, un moreno de cara limpia, sin bigote, labios finos, cejas gruesas. Lilián parece más confiada y reacciona.

–¿Cagaste por qué? Siempre hice lo que me mandaron hacer.

Rossel pone cara de que no le gustó la respuesta.

–¿Cómo fue que avisaste a los periodistas? –insiste el otro mayor, José Walter Bassani, subjefe de la Compañía, frente ancha separando los cabellos negros de mirada fulminante. Lilián está firme, ahora animada por el conocimiento que los militares tienen de la presencia de los periodistas en el departamento. La prensa era su salvoconducto, imagina.

–Yo no hice nada. No avisé a nadie. Pregúntele a él, que sabe todo. Usted es testigo –dice, dirigiéndose al capitán, callado a su lado. –Pídale para ver el mensaje que leí en el llamado telefónico para París.

Constreñido, Ferro defiende a Lilián, sabiendo que así se está defendiendo a sí mismo.

–Jefe, ella no tiene nada que ver con eso. ¡Fue un accidente!...

En el largo viaje de madrugada hasta Montevideo, el mayor Rossel hace una pregunta amenazadora.

–¿Nunca te tiraron de un avión, no?

Recordaba los "vuelos de la muerte" en que lanzaban secuestrados y torturados en las aguas turbias y heladas del Río de la Plata. Era sólo una provocación.

Un chiste, una broma de mal gusto, concluyó Lilián. Ella ya no tenía tanto miedo. Estaba muy cansada, mentalmente exhausta, pero extrañamente tranquila. Ella sabía que su supervivencia ya no estaba en Uruguay.

Su vida dependía ahora del otro lado de la frontera. Lilián Celiberti no sabía, pero ella había rediseñado la frontera entre Brasil y Uruguay.

El secuestro de Porto Alegre iría a mostrar que había un claro límite entre las dos dictaduras.

La transnacional de la represión había sobrepasado todos sus límites. Saldría del juego avergonzada de la clandestinidad a la luz reveladora de los titulares de la prensa.

Un fiasco.

9
El monstruo

São Paulo, noviembre de 1978

Un drama. Un drama de morir de risa.

La mujer recibe en su casa en Madrid, a mediados de 1977, una carta procedente de Brasil. Tiene el logo de un hotel de la Zona Sur de Río de Janeiro y el nombre del destinatario, Pedro García.

El marido no estaba. Viajaba otra vez a Suiza para una reunión de empresarios. Ella rasga el sobre y lee:

> Ilmo.Pedro García,
>
> Después de su estadía en nuestro hotel, en la fecha de 10 de mayo pasado, cuando tuvimos el placer de hospedarlo, deseamos informarle que acabamos de incorporar a nuestros servicios cuartos con sauna, hidromasaje, piscina etc. Por haberlo tenido como huésped con su esposa, María Salaberry, nos colocamos a su disposición para ofrecerla una tarifa especial para una habitación matrimonial, con desayuno incluido y el uso gratis de nuestras nuevas instalaciones.

La mujer de García se extraña. Ella no se llama Salaberry, mucho menos María. Intrigada, llama al hotel carioca, como si fuese secretaria de la empresa del marido, y descubre que la María que acompañaba a su pareja, además de todo, era francesa.

¡Canalla!, piensa. ¿Entonces, finge que va a Suiza a trabajo y en verdad está con la amante en Río? ¿Aquella ciudad caliente, sensual, lasciva, repleta de tentaciones y pecados? ¿Y todo eso con una amante francesa? ¿Encima francesa? ¡Ah, Pedro!...

El marido vuelve del viaje y se depara con la mirada cortante de la mujer, dura y fría. El interrogatorio comienza, ella no cuenta lo que sabe. Tantea el terreno inexplorado del libertinaje del marido. Ella no habla de Río de Janeiro, ni da nombres. Sólo menciona la figura de la amante. Juega verde y recoge muy maduro.

El marido está perplejo: en Suiza, de hecho, se había encontrado con una amante, por lo demás, amiga de su mujer. No entiende cómo ella supo. Se descubre sorprendido en f agrante delito. Sollozando confiesa el pecado. La mujer, victoriosa, lanza la carta reveladora del hotel carioca en la mesa.

El marido percibe la confusión, toma nuevo aliento. Niega la falsa aventura brasileña, desviándole foco de la verdadera travesura suiza. Niega, niega, pero no

adelanta. La mujer traicionada no lo perdona. Da lo mismo que la amante esté en Brasil, en Suiza, en la Cochinchina. Terminan divorciándose.

El drama de Pedro García nació de un acto generoso de solidaridad. Él había cedido su pasaporte para un amigo exiliado en París, Hugo Cores, viajar con seguridad para Río. En la época, europeos de izquierda no veían problema en eso.

Documentos falsos eran protegidos por la Convención de Ginebra, una tradición legitimada en la acción de los *maquis* de la Resistencia francesa al nazismo, en la lucha antifranquista de la Guerra Civil española. Alegaban pérdida del documento original y sacaban otro, mientras el verdadero protegía la clandestinidad de gente amenazada por la represión de todos los regímenes, de todas las épocas.

Ni García ni Cores imaginaban que, en una cómica casualidad, aquel gesto acabaría con el casamiento del español. El hotel carioca realmente había hospedado un matrimonio García: Cores con la identidad de mentira del amigo, pero acompañado de la mujer de verdad del uruguayo, María Salaberry.

Pasada la confusión de 1977 en Río de Janeiro, García y Cores murieron de risa.

Un año después, Hugo Cores casi moría de nuevo.

Esta vez, en São Paulo, pero no de risa.

Cores ahora moría de miedo.

Miedo de morir.

* * *

La frente ancha, el cabello castaño, el bigote bien recortado, los lentes, el modo tímido y serio daban a Hugo Cores el aire reservado de intelectual. En las venas del pacato profesor de Historia, sin embargo, burbujeaba el sumo vital de un revolucionario. Un amigo lo definía como "un articulador político que unía las virtudes de la pasión y del buen sentido".

Nacido en Argentina en 1937 y criado en Uruguay desde niño, Cores estrenó con diecinueve años en la política como dirigente de la FAU, la Federación Anarquista Uruguaya, que tenía raíces ideológicas en los sindicalistas que migraron de España e Italia a fines del siglo XIX.

Era un activo líder sindical ya en la clandestinidad cuando fue preso en 1969. Cruzó de vuelta el Río de la Plata con millares de compañeros para huir del golpe militar en 1973, lo que tornó Buenos Aires en un santuario de la oposición a los generales de Montevideo. En abril de 1975, fue secuestrado en la capital porteña por la Policía Federal argentina y por militares uruguayos. Desapareció por veinte días.

Sólo reapareció vivo en la cresta de una campaña internacional que exigía su liberación. Pasó nueve meses preso, la mayor parte del tiempo en la celda de seguridad máxima de la penitenciaría militar de Sierra Chica, en la ciudad de Olavaria, 350 kilómetros al sur de Buenos Aires. Ganó la libertad al ser expulsado del país a fin de año. Se exilió en Francia, donde fue recibido en el aeropuerto por el abogado francés Jean-Louis Weil, el jurista que siete años después iría a Porto Alegre para investigar el secuestro de Lilián y Universindo. Al mes siguiente, enero de 1976, Hugo Cores denunció las torturas de la dictadura uruguaya en el Tribunal Bertrand Russel reunido en Roma.

Trabajaba en la fundación del PVP cuando fue secuestrado en Argentina. El Partido por la Victoria del Pueblo sería una organización de izquierda ferozmente cazada por la represión uruguaya. En tres años, casi todos los cien fundadores del partido estaban muertos o desaparecidos. Una de las pocas sobrevivientes era la periodista María Salaberry, que los amigos llamaban cariñosamente de Mariela.

Nacida en 1948 en Durazno, ciudad del interior uruguayo, ostentaba una sonrisa amplia y franca que iluminaba con simpatía el rostro fino y la mirada experta. Traía en los largos cabellos rubios y en el apellido la ascendencia francesa del padre, hijo de un vasco de sangre caliente de la región de los Altos Pirineos, del lado galés de la frontera. Sangre caliente como la de la nieta, arrojada y temeraria, casi en el límite de la inconsciencia de los riesgos de la lucha política.

Hugo Cores se apasionó por Mariela en 1971, cuando salió de la prisión en Montevideo. La hija, Sofía, nació en el exilio en París, en 1977, cuatro años después del golpe militar de Montevideo, un año antes del secuestro de Porto alegre.

En Francia, Cores se comprometió en el desarticulado PVP, viró su líder máximo y volvió clandestino al Brasil en 1978 para remontar el partido con foco en las denuncias de tortura en Uruguay. Junto con otros líderes de la oposición, fue redactor en el exilio del manifiesto de un frente antidictadura que enfureció más todavía a los generales. Su cabeza estaba como premio. Valía cualquier cosa capturarlo.

Hasta atravesar la frontera brasileña y rastrear Porto Alegre en busca de gente del PVP que pudiese servir de anzuelo para capturar a Cores. Gente como una pareja uruguaya recién llegada a la capital gaúcha. Una dupla que circulaba discreta por la ciudad desde octubre de 1978 y atendía por los nombres claves de María y Miguel.

Cores los conocía hacía años por los nombres verdaderos. Lilián Celiberti y Universindo Rodríguez Díaz.

Los tres uruguayos estaban especialmente preocupados en noviembre de 1978. A inicios del mes, la represión prendió una decena de militantes del PVP en Mon-

tevideo. Bajo tortura, ellos mostraron que el camino hasta Cores pasaba por Lilián y Universindo. La noticias de la caída en el Uruguay llegó a São Paulo, donde Cores vivía escondido en compañía de Mariela y de Sofía, ahora un bebé de cabello castaño y veinte meses de vida.

Cores había programado una ida a Porto Alegre, para la segunda quincena de noviembre, para un encuentro con Lilián. La noticia de las prisiones los dejó en estado de alerta. Lilián canceló un viaje en aquellos días a Livramento, en la frontera con Rivera, donde recibiría nuevos informes sobre torturas en su país. Cores acertó contactos más frecuentes, por teléfono público, para medir el peligro en la capital gaúcha. En los días que antecedieron a la reunión en el sur, día 17, quedó combinado que Lilián haría contactos diarios para mostrar que estaba todo en orden.

En la mañana del domingo, día 12, nada estaba en orden.

Lilián había sido detenida por el delegado Seelig en la Estación de Porto Alegre. No telefoneó el lunes, ni el martes, ni el miércoles. El jueves, 16, preocupado, el PVP mandó un telegrama pidiendo que ella llamara aquel mismo día a París. La seña infiltrada en la llamada que Lilián dio del gabinete del director del DOPS confirmó la certeza que todos ya sospechaban: Lilián también había caído.

Cores llamó enseguida para París y quedó más nervioso con la mala noticia. A los 41 años de vida, con la experiencia en la clandestinidad y del exilio, él había creado normas estrictas de seguridad en São Paulo. Una única vez tuvo teléfono en casa. Fue cuando vivió en un pequeño departamento de la calle Botucatu, a un kilómetro del Parque de Ibirapuera, una dirección casi secreta. Sólo un amigo entre millones de personas de aquella ciudad inmensa tenía el número para discar: el uruguayo César Charlone, que años después se haría famoso como fotógrafo sensible de filmes premiados como *Ciudad de Dios* y *El Jardinero Fiel.* Pero el teléfono nunca tocaba. Cores y la mujer sólo usaban teléfonos públicos y cabinas callejeras.

Para recibir la correspondencia, Cores montó una dirección virtual. En la calle Major Sertório, en el centro de la ciudad, procuró un hotel barato de la 'Boca do Lixo' y alquiló una pieza. Dejó allí una maleta con un poco de ropa y algunas carpetas con revistas para que la camarera no desconfiara. En la recepción avisó que era viajero y que dormiría allí de forma irregular, ya que estaba siempre en tránsito. Sólo pedía que guardaran la correspondencia.

Era un viajero de tránsito internacional, deben haber pensado. Allí llegaban cartas de todo el continente y de Europa, base principal del PVP en el exilio. Llegaban también cartas de un punto más próximo – Porto Alegre.

La diáspora provocada por los generales de Montevideo repartía refugiados uruguayos por el sur de Brasil y por otros 33 países. La correspondencia tenía como

destinatario un tal Fausto Ferraz, la identidad ficticia de Hugo Cores que lucía en una cartera para extranjeros, Modelo 19, falsificada con ingenio y arte por el PVP. Las únicas cosas verdaderas allí eran la foto, la impresión digital y la firma –con el nombre falso.

Sofía y su sueño inocente no percibieron el nervioso insomnio de Cores y Mariela en aquella noche tensa de jueves 16. Fue la última que pasaron en el pequeño departamento de la calle Basilio da Cunha, una vía secundaria entre el parque del barrio Aclimação y el cementerio de la Vila Mariana.

A la mañana siguiente, viernes 17, Cores embarcó junto a su mujer e hija en el Fusca, su viejo sedan Volkswagen, y salió en la busca de las últimas noticias. El silencio pesaba en el aire. Nadie hablaba nada. No había de qué hablar. No había como hablar, para no inquietar a la niña en el regazo de la madre. Cores estacionó el auto en una calle transversal, próxima al hotel donde se hospedaba como viajero accidental, casi virtual. Cerró la puerta y habló con la mujer por la ventana:

–¡Espérame!

Volvió minutos después. Ahora agitado, muy agitado.

–¡Están ahí! –avisó, sin dar detalles. Ni precisaba. Ligó el motor del auto y arrancó en una disparada que parecía imprudente, pero necesaria.

Cores, con faro perdiguero entrenado, tenía un olfato fino para todo lo que oliese caña, policial, tira, policía, represión. En el regreso al departamento de la calle Basilio da Cunha, dio muchas vueltas, metiéndose en calles inesperadas, escapando de avenidas congestionadas, evitando viaductos indiscretos y siempre mirando por el retrovisor para asegurarse de que no estaban siendo seguidos.

Él conducía muy bien el volante y se ubicaba geográficamente de forma magistral. Por más desconocido que fuese el barrio, la ciudad, el país. El equipo básico de supervivencia de refugiado. Siempre decía que nunca había sufrido un accidente ni un leve choque. Ni siquiera en el tránsito descuidado de Montevideo, donde se deslizaba incólume, en tiempos idos, con una frágil Vespa. Un juguetito ágil de dos ruedas que le perfeccionó el equilibrio y le aguzó el sentido de orientación, virtudes decisivas para resistir en el exilio y engañar los perros rabiosos de la represión.

Mientras dirigía, Cores contó a Mariela que, al entrar en el zaguán del hotel, desconfió de la actitud del muchacho que lo atendió en la recepción, más cordial que lo habitual. Además de eso no había ninguna correspondencia, cosa que le pareció extraña. No iba allá hacía días, y debería haber correo acumulado. A no ser que alguien hubiese pasado antes que él, y vaciado su caja postal. Al salir, vio un auto estacionado con algunos hombres sospechosos en su interior.

Sintió el aliento caliente de la policía. Comenzó a apurarse, para no permitir la reacción. Si estaba combinado con los policías, el recepcionista del hotel no tuvo tiempo de ir hasta la calzada para avisarles antes que desapareciese en la multitud. Había otro detalle que ayudaba a Cores: ellos no deben haberlo reconocido. Si tenían fotos suyas, debían ser inútiles. La fisonomía de Cores estaba muy alterada en relación a las fotos más recientes que la represión podría tener de aquel blanco permanente de la izquierda uruguaya.

Las fotos oficiales que existían eran antiguas, inclusive de la identidad uruguaya y del pasaporte argentino.

La foto de la policía del Uruguay era de 1971, cuando él dejó la prisión y el terror del CGIOR, el Centro General de Instrucción para Oficiales de la Reserva del Ejército, situado en la esquina de las calles Dante y República, en el tradicional barrio de Cordón, en la capital uruguaya. En la década anterior, allí funcionaba un respetado centro de entrenamiento que llegó a ser frecuentado por oficiales de Israel que, años después, brillarían en la fulminante Guerra de los Seis Días contra Egipto. La dictadura convirtió la escuela, un edificio venerado donde funcionó el histórico Cuartel de los 33 Orientales, en temida base de tortura para presos políticos.

Un centro de enseñanza reducido a una central de desatinos. Una sumergida en la insanidad que alteró el período y el currículo de las aulas. En vez de la luz del día, el escondrijo de la madrugada. En vez de dar, tiraba informaciones, con la lección gritada para extraer más dolor, más confesiones, más informaciones.

–¡Pinche, pinche, pegue, pegue! –berreaba el propio director del CIGIOR, coronel Alonso Gallardo.Así enseñaba el militar en la macabra clase de la oscuridad, según la memoria dolorosa de Gerardo Gatti, contemporáneo de Cores en aquel antro en mayo de 1971. Libertado, Gatti se refugió en Buenos Aires. No adelantó. Fundador de la CNT, la Confederación Nacional de Trabajadores, Gatti fue secuestrado por un comando militar uruguayo en junio de 1976. Nunca más fue visto con vida.

En los nerviosos tiempos idos de noviembre de 1978, por coincidencia, el CGIOR había sido transformado en la sede de la Escuela de Inteligencia y del Departamento II del Estado Mayor del Ejército. A él estaban subordinados el OCOA y su brazo ejecutor, la Compañía de Contrainformaciones. La compañía secreta, el DOI uruguayo que cazaba a Lilián y Universindo en Porto Alegre, que buscaba a Hugo Cores en Brasil y en el mundo.

La otra foto de Cores era de 1975, cuando fuera huésped de la penitenciaría argentina de Sierra Chica. Debía ser inútil para la represión. Parecía más "la caricatura de un esqueleto de bigotes" – en la autorizada opinión de su mujer, Mariela.

Ahora, en São Paulo, la cara alargada de Cores se ocultaba bajo una subversiva barba castaña. Y para mayor remate estaba gordo. El disfraz del líder del PVP era perfecto, prácticamente irreconocible.

Además de eso, la policía no tenía certeza de que Cores iría hasta aquel hotel, donde se registrara con el nombre falso de Fausto Ferraz. No había motivo para tanta preparación, ya que ese viernes, 17 de noviembre, Hugo Cores no debería ni estar en São Paulo. Era esperado en Porto Alegre, con escolta militar y policial, en el apartamento de la calle Botafogo.

El apartamento de Lilián y Universindo.

La vigilancia en el hotel de São Paulo confirmaba las sospechas de París. Era necesario que Cores y su familia abandonaran inmediatamente el departamento donde vivían, en la Basilio da Cunha. Sería imposible hacer toda la mudanza en un proletario Fusca. Mariela golpeó la puerta de la vecina del departamento de al lado, una amiga brasileña que vivía allí con el marido y un bebé recién nacido. Ya habían conversado sobre la dictadura en Brasil y el caso resonante del periodista Vladimir Herzog, muerto bajo tortura en octubre de 1975 en la cárcel del DOI-CODI del II Ejército, en São Paulo.

Mariela decidió contarle la verdad, por lo menos un pedazo de la verdad. Confesó que, a pesar del pasaporte francés verdadero, era uruguaya. Y de oposición. Y procurada por la policía. Todo eso contado así, de repente, a los borbotones, locamente. La vecina quedó pasmada. Pero solidaria. Concordó en guardar las ropas que Mariela no podía llevar. Se despidieron llorando.

Dejaron sólo las ropas. Los libros, todos en castellano, fueron amontonados en dos maletas. En una bolsa metieron las mudas indispensables. Y no olvidaron lo esencial – la cuna portátil de Sofía, forrada con un tejido azul estampado con cuadritos rojos. Allí Sofía dormía como un angelito. A pesar de todo.

El heroico Fusca crujía bajo el peso del equipaje, la cabeza se hundía bajo el peso de las preocupaciones, el corazón aceleraba en el ritmo de la aflicción, la respiración se alteraba por el sofoco de la angustia. Cores y Mariela sabían lo que la represión uruguaya hacía con sus enemigos, sus presos, sus bebés.

Sofía dormía en el banco de atrás.

Rodando por la ciudad, al azar, Cores decide aumentar su apuesta, repartir su angustia, compartir aquel drama con un aliado importante en esas horas. La prensa. Era preciso avisar a la prensa, alertar algún periodista, Pero, ¿quién? ¿Dónde? El reloj ya marcaba más de las once de la mañana, tenía que hacer alguna cosa. Y rápido.

Cores y Mariela vivían hacía apenas cuatro meses en la ciudad. A pesar del instintivo sentido de orientación de Cores, no conocían a nadie en São Paulo, salvo

los cajeros de los supermercados, los dueños de los kioscos de diarios, los tenderos de las fotocopiadoras, los padres de los niños que jugaban en las plazas con Sofía. Todos contactos superficiales, fugaces, eventuales, con la vaguedad que el propio matrimonio imponía.

Ellos acostumbraran a leer las revistas *Veja* y *IstoÉ* y el diario *Folha de São Paulo*, todavía deslumbrados con la fermentación política de Brasil, la eclosión de huelgas en el centro obrero del ABC en la región metropolitana, el crecimiento de la oposición, el debate sobre la censura, la apertura, la amnistía, la Constituyente. Temas todos todavía impensables en las atmósferas irrespirables de Uruguay y Argentina. Ahora, en aquella emergencia en São Paulo, se lamentaban. No conocían ningún periodista, no dominaban la ciudad, no traducían los nombres y el sentido de las calles y avenidas. Todo era todavía extraño y hostil.

No pensaron en llamar a la Red Globo, la más grande emisora de TV del país. Hallaban que una emisora de televisión no les daría importancia. Imaginaron que era mejor llamar a una revista. Cores estacionó cerca de una cabina telefónica, al lado de un kiosco. Intentó llamar a la redacción de la revista *IstoÉ.* El teléfono llamó una, dos, tres, cuatro veces. Nada, nadie atendió. Entró en af icción, cortó.

Tomó una revista *Veja* prestada en el kiosco, no conocía nadie allí. En vez de hacer otra llamada frustrada para la redacción central de São Paulo, como había sucedido con la *IstoÉ,* decidió ir directo a la oficina gaúcha de la revista de la Editora Abril. Corrió el dedo por el expediente y paró en "Sucursal de Porto Alegre". Allí había tres nombres, un jefe y dos reporteros.

Pensó mejor hablar con el jefe. Luiz Cláudio Cunha. Anotó el nombre, el número, agradeció al hombre del kiosco y se dirigió para la cabina telefónica.

Discó el prefijo de la capital gaúcha, 051, y el número de la sucursal en la calle Vieira de Castro: 23-9502. Atendió una voz de mujer, la secretaria.

–Por favor, ¡el periodista Luiz Cláudio Cunha!

La secretaria preguntó quien era, él no quiso identificarse. Esperó algún tiempo hasta que la llamada fuera transferida. No fue. Oyó de nuevo la voz de la secretaria, explicando que en el momento el jefe estaba en un interurbano con São Paulo. Pidió que llamara minutos más tarde. Cores desligó, frustrado. Bien, por lo menos ahora él tenía un número y un nombre. Mejor esperar. Contó los minutos en el reloj. El tiempo no pasaba. O mejor, el tiempo corría. Diez minutos, volvió a discar.

No quería fracasar de nuevo. Dijo a la secretaria de voz gentil que el llamado era urgente. Y de São Paulo. El jefe de la *Veja* no va a dejar de atender un llamado urgente de São Paulo, imaginó el ingenioso Cores. Acertó.

Oyó la conexión siendo transferida y la voz grosa.

–¿Aló? –habló el tal jefe.

–¿Periodista Luiz Cláudio Cunha? –preguntó.

–Sí, ¿Quién habla? –Cores halló simpática la respuesta en español del interlocutor. Ignoró la pregunta y entró directo en el asunto que le interesaba, sin dar espacio para interrumpir su recado. Hablaba con prisa, sin ocultar la urgencia, sin esconder la ansiedad.

–Hola. Una pareja y dos niños uruguayos que viven en Porto Alegre están desaparecidos hace una semana. Los nombres son Lilián Celiberti de Casariego y Universindo Rodríguez Díaz, y los niños se llaman Camilo y Francesca. ¿Hola?... ¿Me escuchas?...

–Sí, claro. Estoy anotando todo... –respondió el periodista. Cores se sintió confortado al saber que estaba registrando su recado. Ya esperaba la pregunta siguiente.

–¿Y la dirección?

–La dirección es Calle Botafogo, número 621, habitación 110, bloque 3. Por favor, necesitamos que alguien vea lo que pasa.

La pregunta siguiente del periodista lo dejó preocupado. ¿Será que él pensaba que aquello era cosa de loco, una broma, un engaño? Su duda era procedente:

–Che, ¿no es posible que estas personas hayan viajado, algo así, normal?...– indagó el reportero.

–No, nosotros lo sabríamos... –respondió Cores, afligido por no poder contar más. Temía que su laconismo desestimulara al periodista de Porto Alegre. El no podía contar más, no sabía decir más. Pero podría decir un poco más, sólo un poco, lo suficiente para excitar el faro del reportero del otro lado de la línea.

–¿Cuál es el significado de "desaparecidos"?

–Detenidos –respondió Cores, secamente, sin dar detalles.

–Pero... ¿quién está hablando? –avanzó el jefe de la *Veja*– ¿cómo es su nombre?

–Estoy llamando de São Paulo –dijo Cores, sin responder a la pregunta. Cortó, sin ni siquiera despedirse. Cores se arrepintió del final abrupto que dio a la conversación. ¿Será que él me halló mal educado? Pensó. ¿O sólo nervioso?

Cores se consideraba un tipo bien educado. Pero ahora estaba nervioso, muy nervioso.

El tránsito infernal de la ciudad grande ese viernes, 17 de noviembre, dejaba la situación más caótica. ¿Adónde ir? ¿Cómo ir? Mariela tuvo una idea al mirar, en la calzada, un salón de peluquería. Pidió a Cores para estacionar, desembarcó y entró allá.

No era capricho de mujer, era precaución de refugiada. Pasó la tijera en sus largos cabellos para usar, por primera vez, un peinado corto que haría más difícil su reconocimiento por la represión. Sofía esperaba en el regazo del padre. Cores se mantenía callado y serio, vistiendo su único paletó, veterano de muchos viajes clandestinos.

Cores se acordó entonces de una institución y de un nombre que podrían ayudarlos. Un edificio imponente, la Curia Metropolitana de la Arquidiócesis de São Paulo, y una figura majestuosa en la lucha por los derechos humanos, el cardenal don Paulo Evaristo Arns. En el subsuelo de la Curia, en una sala minúscula, funcionaba una idea grandiosa: el Clamor, un grupo ecuménico que, más que denunciar, pretendía abrigar los perseguidos, proteger los torturados y localizar los desaparecidos del turbulento Cono Sur.

El Clamor había sido fundado cinco meses antes, en junio de 1978, por un pastor anglicano, un abogado brasileño y una periodista inglesa, todos reunidos bajo la bendición del cardenal de la mayor diócesis católica del mundo. El pastor Jaime Wright tuvo un hermano, militante de la lucha armada, preso, torturado y desaparecido en las cárceles de la OBAN, 'Operação Bandeirante', una coordinación represiva comandada por el Ejército, integrada por militares y policías y financiada por empresarios brasileños y grandes multinacionales. El abogado Luiz Eduardo Greenhalg tenía fuerte actuación junto a las familias de presos políticos y a las denuncias de tortura y muerte bajo la dictadura. La periodista Jan Rocha, corresponsal de la BBC desde 1973, desembarcó en Brasil en 1964, el año en que los militares embarcaban en el poder para una larga permanencia autoritaria de dos décadas.

No había idea mejor que la de recurrir al Clamor. Cores tuvo que parar varias veces para preguntar a diferentes conductores de taxi sobre la mejor ruta en aquel laberinto paulista para ir hasta el edificio de la Curia, en el barrio de Higienópolis. Al llegar allá, salió del auto, entregó la dirección a Mariela y quedó esperando en la calzada, mientras el Fusca ingresaba en el patio arborizado de la arquidiócesis. La sede de la Curia era una dirección muy expuesta para el líder del PVP. Convenía esperar fuera. Mariela todavía tuvo que entrar en una cola de gente afligida para conversar con Jan Rocha. Por lo visto, mucha gente tenía problemas parecidos para tratar con el Clamor.

Por su vez, Mariela fue presentada a una mujer menuda, de cabellos negros largos repartidos hacia el lado izquierdo, dueña de una sonrisa melancólica y una mirada confiante. Jan Rocha tenía 38 años, fuertes conexiones con la Amnistía

Internacional y un repertorio de reportajes valientes denunciando violaciones de derechos humanos en el continente.

Mariela sintió confianza en aquella mujer y contó todo. Habló de los uruguayos, del PVP, de las torturas en su país, del miedo, de Lilián y Universindo, de la represión uruguaya en Porto Alegre. Jan era la mujer adecuada para oír el relato angustiado de Mariela, que le preguntó si conocía alguien en Porto Alegre que pudiese constatar lo que sucedía en el departamento de la calle Botafogo.

Jan conocía. Ella era casada con un abogado gaúcho, Plauto Tuyuti da Rocha, amigo de otro abogado gaucho, Omar Ferri –un viejo compañero de luchas políticas que casualmente estuviera días atrás comiendo con ellos en São Paulo.

Jan llamó para el abogado amigo de Porto Alegre, a media tarde, cinco horas después de la llamada de Cores para la sucursal de la *Veja*. La periodista repitió a Omar Ferri las informaciones que Cores había pasado al reportero de la revista. La dirección de la Botafogo, los nombres de los uruguayos. Ferri preguntó si era urgente. Ella dijo que él podía acabar lo que estaba haciendo, pero pidió que no dejase de constatar la dirección ese mismo viernes.

En Porto Alegre, Ferri golpearía la puerta del departamento, ya vacío, alrededor de las nueve de la noche. Volvería el sábado, el domingo. Nadie.

En São Paulo, la noche del viernes ya caía cuando Mariela dejó la Curia Metropolitana para recoger a Cores en la esquina. Todavía estaban tensos. No tenían ni donde dormir. Alquilaron una pieza en un hotel vagabundo, feo y barato, a cinco cuadras de la avenida Paulista, el centro financiero más rico de São Paulo.

La pieza tenía una única cama. Sofía esta vez no durmió en la cuna. Se acomodó entre ellos, pero le costó dormirse. Nadie dormía. Cores y Mariela casi no durmieron, compartiendo en silencio las pesadillas de aquel día para no perturbar más aún el sueño entrecortado de Sofía. Continuaban muy asustados.

Cores circulaba por la ciudad con su identidad de extranjero falsificada. Cargaba el nombre de Fausto Ferraz con que se registrara en aquel hotel vigilado por la policía. Tal vez ya existía una circular en las comisarías informando que aquel hombre era buscado. Cores no tenía otro documento de identidad. Sólo ese.

El sueño no llegaba. La policía llegaba.

De mañana, malos presentimientos. Alguien arrumbó el Fusca estacionado delante del hotel y robó las maletas con libros. Después ellos hasta se rieron, pensando en la frustración de aquel ladrón de mala muerte al descubrir que allí adentro sólo había libros, todos en castellano, todos sobre el Uruguay. A pesar de la gracia, sintieron mucha rabia con la pérdida cultural que el ladrón sin suerte jamás podría aquilatar. La frustración aumentaba porque no había a quien reclamar.

No era posible procurar la policía.

Era la policía que los procuraba.

Con la frustración, aumentó el miedo – y el hambre de Mariela. Extrañamente, la angustia y la tensión abrían su apetito, al contrario del marido. En el caso de Cores, los nervios le apretaban el estómago. Salieron a comer algo en un café próximo. El matrimonio parecía habitar planetas diferentes. Ella callada, tranquila, invadida por una completa quietud en medio de la tormenta. Cores atormentado, agitado. Se movía para un lado y otro, agitaba los brazos, miraba para los lados – y hablaba.

Hablaba mucho, hablaba sin parar. Llegó a volverse insoportable. Mariela ya ni entendía lo que él le decía, rezongaba, reclamaba. Ella reclamó, usando un tratamiento íntimo para sonar menos agresiva:

–¡Negro, cállate un poco! ¡Para! ¡Me escuchas, querido!...

Cores se calló y escuchó. Mariela explicó en un tono bajo de voz que lo mejor ahora era salir de São Paulo, mientras los acontecimientos de Porto Alegre no se esclarecieran.

–No hay nada más que hacer, Hugo. No podemos continuar así, cambiando de un hotel para otro. ..

Cores escuchó a la mujer con enorme atención. Estaba fascinado con la serenidad y la sensatez de la mujer en medio de aquel tumulto. Miró con dulzura la rubia que tenía al frente, derramando sobre ella la mirada mansa de doctrinador, oculto bajo el lente de los anteojos que disfrazaban la ebullición permanente de aquella cabeza política.

El silencio repentino de Cores relajó más aún a Mariela, que hablaba bajo y tranquilamente. Ella terminó su discurso, y él guiñó de vuelta, con aquella sonrisa que tanto la seducía, con el sobrenombre amoroso que sólo ellos conocían.

–Tienes razón, Maricucha ¡Vamos para Bertioga!

Y salieron en el Fusca por la Sierra del Mar rumbo al balneario paulista de Bertioga, a 80 kilómetros de la isla de Ilhabela, donde cinco meses después moriría ahogado el violento delegado del DOPS Sergio Fleury, icono de la represión y la tortura en Brasil.

Antes de eso, el litoral paulista ya traía buenos recuerdos a la pareja uruguaya. Acostumbraban a pasar algunos feriados allí, siempre en el mismo hotel. En el litoral embarcaron como siempre en una balsa, atravesaron un canal, desembarcaron el auto y anduvieron en él unos diez minutos hasta llegar al hotel, una construcción acogedora al final de la calle y a la orilla de la playa.

Cores entró en la recepción, donde ya era conocido, más tenso que en otras ocasiones. No sabía si había una lista de "se busca" con su nombre y su foto. No sabía ni si había piezas disponibles. Minutos después volvió para el Fusca, donde Mariela lo aguardaba af igida por la demora. Él mostró triunfante las llaves de la habitación en la mano.

–¡Parece que no pasa nada! – tranquilizó Cores.

Se quedaron allí unos dos, tres días, incomunicados. El fin de semana fue frustrante. Cores llamó a Jan Rocha el sábado y el domingo. Supo que Ferri había golpeado a la puerta del departamento todos aquellos días, y no había nadie. No tenía ni como confirmar si el periodista de la *Veja* había ido al departamento. La sucursal estaba cerrada el fin de semana. No había a quien llamar. Un sentimiento de rabia e impotencia se mezcló con la sensación permanente de miedo.

Las fotos del álbum de familia de aquellos días, sin embargo, engañan. Muestran que parecía 'no pasar nada' de preocupante con aquella pareja de veraneantes. Aparentemente Cores y Mariela estaban tan felices como Sofía. Arrebatada por las olas de la playa, la niña aparece con el papá en una fotografía que Mariela tomó de los dos. Sofía y Cores juegan en la arena marcada por el blanco de la espuma del mar.

Cores ya no parece un esqueleto de bigote, como en aquella foto de la prisión argentina. Está barbudo y gordo. No le gusta la foto. No le gustaba verse así.

–¡Parezco el propio monstruo de la laguna! –jugaba, burlándose de aquel caballero de triste figura.

Otra imagen muestra a Sofía en los jardines del hotel, rodeados de vegetación tropical, jugando con la manguera, y el chorro intermitentedel agua que hacía danzar con sus manitas. El propio monstruo de la laguna hizo la foto. Quien viese la escena y la felicidad de la pequeña con certeza diría:

–¡No pasa nada!

Mariela se enterneció. Pensó por un momento, al ver a la hija tan contenta y relajada, que estaban a salvo. La amplitud del mar y del horizonte daba a Mariela una reconfortante sensación de seguridad, de protección. Ella se relajaba al ver a la hija alegre al lado del padre.

No pasa nada.

El paraíso de Bertioga acabó cuando volvieron al infierno de San Paulo.

Para huir del hotel, siempre más peligroso, alquilaron un departamento amoblado en el centro de la capital. Era próximo al cruce de dos inmensos viaductos donde autos circulaban día y noche. Aquel terrible movimiento perpetuo era au-

mentado con frecuencia por las sirenas irritantes de coches policiales o ambulancias. A pesar de estar en un piso elevado del edificio, el barullo era insoportable.

Por la ventana también llegaba la nube persistente de contaminación, que dejaba el horizonte de la ciudad disforme, grisáceo y triste. Daba para sentir el olor penetrante de gasolina y diesel de las calles y daba para palpar la mugre asquerosa que engrudaba viscosa en la cubierta de los muebles, en la entraña de las ropas, en el fondo del alma. Era un hogar, amargo hogar, un lugar apretado, sombrío, viejo, con hedor de cosa enclaustrada, mofada, oscura.

Allí no entraba la luz del sol, ni siquiera un rayo de alegría.

Allí pasaron la infeliz Navidad de 1978.

Una Navidad de tristeza infinita. Sólo los tres, solitarios, olvidados. Una Navidad sin fiesta ni cena de medianoche, sin regalos ni palmitas. Una Navidad sin música, sin magia. Sofía ni notó el dolor de aquella noche especial. A pesar del ruido que venía de la calle, a pesar del tránsito de la vida, Sofía dormía tranquila.

Todos los fantasmas, imaginarios y reales, parecían habitar aquel lugar amedrentador. Arañas y cucarachas se mezclaban al olor de naftalina y cosa vieja enclavado en las paredes percudidas. Daba asco sentarse en el sanitario, daba miedo entrar en la ducha. Todo en aquel baño inmundo parecía un foco permanente de pestes medievales.

Mientras afuera el mundo se congelaba, el secuestro de Porto Alegre ardía. Toda la actividad del PVP se interrumpió mientras se esperaba bajar el nivel de tensión y persecución policial. Cores y Mariela entendieron que, antes de que la policía llegara, ellos acabarían sucumbiendo en aquel lugar infecto donde se refugiaron de regreso a Bertioga. Era preciso hallar un lugar habitable, un lugar civilizado. Ese departamento lúgubre sólo aumentaba las pesadillas de su rutina cotidiana.

Sofía adoraba los paseos diarios de Fusca por la ciudad, en busca de un nuevo hogar. Recorrían calles y barrios tentando encontrar los anuncios de "Se arrienda". Cuando veían una casa o un edificio simpático en un sector agradable, Mariela anotaba el teléfono y llamaban más tarde. La rutina duró tanto tiempo que Mariela percibió que la primera palabra de la hija de menos dos años de vida aprendió, después de "papá" y "mamá", fue "se arrienda". Sofía era la primera en identificar los afiches coloridos en las fachadas de los inmuebles en oferta. Cuando veía uno, apuntaba con el dedito:

–¡Se arrienda! –gritaba feliz, por el descubrimiento que siempre atraía la atención y la risa de los padres. Sofía, en fin, conseguía arrancar risas del papá y la mamá siempre tan malhumorados.

Al final encontraron lo que querían. Un bello departamento de dos piezas, sala, cocina amplia, baño, piso de parqué y una pequeña baranda lateral, donde se podía lavar y secar ropa. El sol entraba allí, a raudales y vigorizante. Era un edificio simpático de tres pisos, dos departamentos por piso, sin ascensor, en la calle Samuel Porto, próximo a la estación Saúdedel tren subterráneo. Al contrario de la insalubre dirección anterior, hasta el nombre del nuevo barrio ayudaba: Saúde, la palabra portuguesa para salud.

En la esquina, quedaba el jardín infantil que Sofía comenzó a frecuentar. Mostraba en el nombre la fase más iluminada que se abría, después de tanta tormenta: “Sol”.

Jan Rocha y los diarios traían las informaciones del día a día del secuestro en el sur. Mariela recortaba cada una de las noticias en las ediciones diarias que compraba en un kiosco de la avenida São João, próxima a la plaza de la República. Allí también encontraba la edición de *El País*, el diario más importante del Uruguay. Como los otros diarios sumisos o censurados de Montevideo, nunca publicaba nada sobre el secuestro, que tomaba espacios cada vez mayores en la prensa brasileña y osaba invadir los titulares de la primera página.

Mariela sacaba fotocopias y las mandaba para París todos los días por el correo, siempre de una agencia diferente. De Francia, el noticiario llegaba a las agencias internacionales de noticias y a los uruguayos exiliados en 34 países del mundo, esperando el momento todavía distante de la caída de la dictadura; de la vuelta a la patria.

Más que los diarios, lo que exigía atención era el propio diario del partido lanzado en mayo de 1971, cuatro años antes de la fundación del PVP, cuando Cores todavía se mofaba en una celda del CGIOR. Hasta el golpe de 1973, el *Compañero* era un tabloide de impresión legal y circulación abierta en Montevideo. En la clandestinidad y en el exilio, todo pasó a ser más difícil, más escondido. El primer ejemplar clandestino en Brasil salió todavía en 1978, en Rio de Janeiro, con un titular escrito en *letra set* que resumía los nuevos tiempos en el continente: “Vientos de amnistía corren en América Latina”.

La edición era menor y más pobre, en blanco y negro, sin el rojo en el título que marcaba los primeros ejemplares del boletín oficial del PVP. Tenía un formato compacto de 21,5cm x 15cm, más indicado para la arriesgada circulación en las tinieblas de la ilegalidad. Podía ser denunciado por el impresionante olor de tinta que exhalaba. El problema fue resuelto cuando, al año siguiente, el diario pasó a ser editado en una impresora mejor en São Paulo. Fueron ejemplares de esa edición

que Miguel y María, o Universindo y Lilián, me entregaron en la sucursal de la *Veja* en Porto Alegre.

Cores y Mariela hacían los textos y los titulares, y las fotos eran trabajadas por un militante especializado en fotografía. Herman Stef en desembarcó en Río antes incluso que Cores. Su misión era encontrar a Mariela, que llegó al frente con Sofía, procedente de Francia. Marcaron un encuentro en una plaza carioca, pero no dio resultado. Mariela fue allá una, dos veces. Llamó para el comando del PVP en París para remarcar el punto. Stef en hizo lo mismo, ambos haciendo llamadas a cobrar de cabinas de la ciudad. Sólo después del doble contacto vía París pudieron encontrarse en la ciudad.

Stef en trabajaba con habilidad las fotos que venían en microfilm de Francia y las imágenes contrabandeadas de las cárceles del Uruguay, ampliando, cortando o reduciendo el material para acomodarse en el espacio restricto del boletín. Fue él quien editó las primeras fotos de Lilián y Universindo reenviadas a la prensa por la mano ágil de Jan Rocha, la corresponsal de la BBC. Era un trabajo necesario, pero triste. El día que entregó el primer lote de fotos del matrimonio uruguayo a Mariela, Stef en se mostraba cansado por la noche pasada en vela. Cansado y abatido.

–Es impresionante trabajar tantas horas seguidas encarnando el rostro estático de ellos. ¡Toda la noche mirando aquellos ojos!... –divagó, la mirada perdida en la memoria.

Stef en era amigo de Lilián y Universindo hacía unos diez años. Un amigo querido.

Hacer el diario era difícil, peor todavía distribuirlo. Además de los previsibles libros huecos, el boletín del partido socialista precisó valerse de dos productos sabrosos del capitalismo industrial: latas de leche en polvo de la Nestlé y cajas de chocolate de la marca Garoto. Los embalajes de bombones daban menos trabajo. Bastaba sacar con cuidado el papel de celofán y los bombones envueltos y forrar la caja con el diario. Hasta el tamaño del embalaje, rectangular como el *Compañero* ayudaba a acomodar el contrabando. Después, cubrían con una camada de bombón, devolvían la cobertura de celofán y remitían el dulce presente al destinatario.

El envase de leche era un desafío mayor. Daba un trabajo de condenado cortar con extremo cuidado la lámina de papel de aluminio que cubría la leche bajo la tapa. El diario era escondido en medio del polvo, envuelto en un saco plástico, y después venía la difícil tarea de recolocar el aluminio. Una artesanía que exigía inquebrantable disciplina revolucionaria.

Pero Cores y Mariela sabían que aquella era una leche vital para su proyecto socialista. El diario a veces era entregado de forma tradicional –personalmente, di-

recto en la mano del cliente. El propio Cores se encargaba de eso, hasta en los viajes regulares de ómnibus que hacía a Porto Alegre, meses antes del agravamiento del cerco policial y del secuestro en el sur.

Cuando una decena de militantes cayó a inicios de noviembre de 1978 en Montevideo, la represión puso su mano en un organigrama del PVP en Porto Alegre. Los nombres estaban todos allá –Lilián, Universindo, inclusive el de Hugo Cores, la presa mayor. Mariela Salaberry constaba en una lista como un asexuado Salvarrey, imprecisión que le garantizaba una cierta inmunidad. Y había allí un cierto El Gordo, fácilmente reconocible por el perfil aventajado y redondo. Era obeso, gigantesco. En la ficha de la policía gaúcha era procurado como "el elemento gordo".

El secuestro de Lilián y Universindo encendió la luz roja. El Gordo y su compañera salieron corriendo de la capital gaúcha y vinieron para São Paulo. Dos días después, Cores ayudó a los dosen el viaje con toda seguridad a Venezuela. El momento recomendaba también el viaje de la figura más pesada y voluminosa del PVP: su líder, Hugo Cores. Por vías oblicuas y con documentos falsos tomó rumbo a París, haciendo una escala insospechada en Lima, Perú. Se quedó un tiempo por allá, incluyendo una gira de un mes por América Latina para reactivar conexiones perdidas y detallar la situación uruguaya delante de la prensa continental.

Mariela permaneció en São Paulo con Sofía, cada vez más sola en la ciudad grande. No conocía a casi nadie. Ni compañeros. Sólo el fotógrafo Stef en, de quien guardaba la distancia recomendable. Él no sabía donde vivía ella y ella desconocía su dirección. No tenían teléfono. Para verse, cada vez era preciso marcar un lugar y hora diferente para el encuentro.

El sigilo era tanto que la madre no sabía ni en qué ciudad residía Mariela. Cuando salió de Durazno, interior del Uruguay, para visitarla con una sobrina, fue recibida por la hija en el aeropuerto del Galeão, en Río de Janeiro, ignorando que ella vivía en São Paulo, a 430 kilómetros al oeste. Embarcaron en un ómnibus para la capital paulista. Casi una hora después, la madre comentó con Mariela:

–Nena, ¡pero qué lejos está tu casa! –se admiró, después de tanto tiempo en la carretera. Durmió un poco y despertó en medio del viaje. –¿Falta mucho, hija?

Durante un buen tiempo la mamá de Mariela imaginó que São Paulo no pasaba de un inmenso y distinto suburbio de Rio.

Mientras Cores estaba fuera, Mariela procuró abrirse más con el vecindario, que ayudaba a compensar la soledad. Se aproximó a la maestra de Sofía en el jardín y se hizo muy amiga de la vecina de puerta del tercer piso, Zulma, madre de dos hijos y natural de Belém do Pará. Especialista en plantas, Zulma le presentó los he-

lechos de más de un metro de largo y la risa amazónica de la cantante Fafá de Belém, que Mariela corría para ver y oír, deleitada, en la TV de la vecina.

Ella aprovechó la ausencia forzada de Cores para meter dentro de casa algo que él odiaba: un aparato de TV. No se perdió ni un capítulo de la serie *Los Inmigrantes*, de la Red Globo. Ella y Sofía veían abrazadas todos los programas infantiles de *Chispita.*

Hasta que llegó la hora del retorno de Cores al Brasil. Para evitar que entrara sólo en el país, Mariela y Sofía volaron hasta Lima. En la capital peruana embarcaron en un vuelo para Manaus, previendo el desembarque en medio de la ruta, en la ciudad fronteriza de Tabatinga, ya en Brasil. Cores viajaba con su verdadero pasaporte argentino, algunos asientos separado de la mujer y la hija.

Cuando vio el escuálido control de frontera en Tabatinga, sin computador y atendido por un único soldado armado de un simple timbre para pasaporte, Mariela mandó de vuelta las maletas para el avión. Continuaron juntos hasta Manaus y, de allá, volaron tranquilos para São Paulo, de regreso al hogar.

En Montevideo, el regreso para casa era más atribulado, menos tranquilo.

Por lo menos para la madre de Lilián Celiberti.

10
El arroyito

Montevideo, noviembre de 1978

Era la primera vez que, después de tres días de tensión en Porto Alegre, doña Lilia desataba en llanto.

Esta vez, un llanto de alegría, con una expresión de alivio en el rostro. El llamado que ella había atendido en casa del abogado Omar Ferri, luego después del almuerzo de sábado, 25 de noviembre, venía de Montevideo. Su marido, Homero, acababa de recibir en casa los dos nietos. Poco después, fue divulgado el Comunicado nº 1.400 de las Fuerzas Conjuntas.

Contrariando una regla escrita con sangre en el Cono Sur, Camilo y Francesca sobrevivieron incólumes a trece días en las manos de la represión binacional. Perdieron la fiesta de la hinchada colorada del Club Internacional eldomingo rojo del estadio Beira-Río. Gastaron el resto del día conociendo por dentro la Secretaría de Seguridad de Porto Alegre. Viajaron de madrugada a Chuí en una Brasília blanca del DOPS. Vieron a Lilián calzada por hombres armados el lunes en el parque militarizado de Santa Teresa. Volvieron de noche sin la madre y sin explicaciones a Montevideo en una Kombi amarilla de la Compañía de Contrainformaciones.

Del día para la noche, de la tarde de domingo a la madrugada del lunes, los niños cambiaron la guardia materna por la escolta militar, perdieron la paz de Porto Alegre por la intranquilidad de Montevideo, sustituyeron los amiguitos del maternal Cisne Blanco por los grandes malencarados de la elite represiva del Ejército.

Antes niños de la capital gaúcha, ahora desaparecidos en la capital uruguaya.

Inocentes en Brasil, víctimas en el Uruguay.

Durante cinco días, ellos desaparecieron en el quinto y último piso de un edificio residencial de baranda doble en la calle Río Negro, casi esquina con Canelones, en el centro de Montevideo. Estaban a seis cuadras del Palacio Presidencial y a dos cuadras de un par de calles transversales que años después ostentarían los nombres de dos parlamentarios uruguayos, el diputado Héctor Gutiérrez Ruiz y el senador Zelmar Michelini –secuestrados, torturados y ejecutados en Buenos Aires en 1976 por la misma Compañía de Contrainformaciones.

El departamento de cobertura de la calle Río Negro fue expropiado a un grupo de guerrilleros Montoneros apresados por la represión uruguaya y entregado a los militares argentinos. Conocido por el código de "Base 2", era habitado secretamen-

te por las telefonistas, todas solteras, que trabajaban en la sede de la Compañía y se alternaban, en casa, en la guardia de los niños de Lilián.

El servicio de las chicas no quedaba lejos. Ellas caminaban sólo tres cuadras hasta el punto del ómnibus de la arbolada avenida 18 de Julio, la más importante de la capital. Bajando por la izquierda, cinco manzanas abajo, ella desembocaba en la Plaza Independencia. Quedaba allí el Palacio Estévez, un edificio austero de tres pisos y la fachada con tres barandas sostenidas por doce columnas clásicas. Allí tenían sus despachos el presidente de la República y sus generales.

O viceversa.

Pero el ómnibus de las telefonistas tomaba el camino inverso a la avenida, a la derecha, subiendo tres kilómetros rumbo al este hasta encontrar el Bulevar General Artigas, en la entrada del parque del Estadio Centenario, sede de la Copa del Mundo de 1930. Allí el ómnibus doblaba a la izquierda, e ellas las desembarcaban dos kilómetros después, en la esquina de la calle Colorado. Atravesaban la avenida y llegaban al conjunto de edificios que abrigaba la temida Compañía y sus noventa cruzados anti subversivos. Galpones sin ventanas habían sido construidos recientemente en el terreno de atrás para atender el movimiento creciente del lugar.

Eran protegidos de las miradas indiscretas de la calle por una fila de árboles de copa baja, impenetrables a la curiosidad ajena. Al lado había un campo de fútbol de césped irregular rodeado por una pista de atletismo de suelo duro, donde los hombres de la Compañía relajaban los músculos después del trabajo – mucho trabajo.

Era en uno de esos galpones que Universindo, traído al final de la noche del lunes directamente del parque de Santa Teresa, estaba teniendo las carnes y los huesos molidos por los atletas más musculosos del lugar, en las sesiones de tortura que constituían el deporte favorito de la Compañía.

Universindo confirmaba la regla de la tortura, los niños constituían la excepción en la crónica de desapariciones en el Cono Sur.

Camilo y Francesca, devueltos aquel mismo sábado al abuelo Homero Celiberti, no engrosaban así la lista de diez niños uruguayos detenidos y desaparecidos con sus padres entre 1974 y 1977.

* * *

El nombre más patético de esa lista era el de Simón Antonio Riquelo, hijo de la maestra Sara Rita Méndez, desaparecido con la madre exiliada en el barrio de Belgrano, en Buenos Aires, la noche del 13 de julio de 1976. Según la represión, Simón ya estaba afiliado al movimiento comunista internacional, a pesar de tener apenas 22 días de vida.

Era un bebé, un niño.

La predilección por los bebés era propia del mayor de Artillería uruguayo José Nino Gavazzo Pereira. A los 36 años, era el jefe de operaciones del Servicio de Informaciones de Defensa (SID), que actuaba en el exterior bajo el manto del OCOA, el Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas.

Allí los agentes se identificaban por el código *Oscar*, seguido de un número. Gavazzo era *Oscar 2*, el comandante del OCOA. En 1976, el SID uruguayo y su contraparte argentina, el SIDE, Servicio de Inteligencia de Estado, ocuparon una antiguo taller mecánico de dos pisos en el número 3519/21 de la calle Venancio Flores en frente al Ferrocarril Sarmiento, en el barrio porteño de Floresta. Montaron allí un centro binacional y clandestino de tortura que resumiría en la placa de la fachada los horrores de aquellos tiempos: *Automotores Orletti.*

Dos funcionarios de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE), Felipe Salvador Silva y Julio César Cartel, alquilaron el inmueble a sus nombres. Durante siete meses de 1976, entre mayo y diciembre, funcionó allí lo que los servicios de seguridad llamaban, en código, de *La cueva de la vía* o, de forma más amena, *El Jardín*. El dueño del cantero era el (general de brigada) Otto Carlos Paladino, jefe del SIDE. El lugar estaba bajo la jefatura operacional del 1er. Cuerpo del Ejército, comandado por el general Carlos Suárez Mason. El SIDE era subordinado al Comando General del Ejército y vinculado de ahí a la Casa Rosada. Traduciendo: el general Jorge Rafael Videla, jefe de la dictadura, era el responsable supremo de *El Jardín.*

Un gran salón de doscientos metros cuadrados ocupaba el primer piso del viejo taller. Una escalera de concreto con peldaños en madera conducía al piso de arriba. El suelo era de cemento, sucio de tierra y grasa, ahora enrojecida por la sangre. En el piso superior funcionaban dos salas de tortura. Los autos de la represión no podían ingresar a Orletti durante el día, para no atraer sospechas. Pero, cuando el sol se ponía, caían también las limitaciones. Por la radio, el conductor que llegaba pronunciaba la seña de acceso: *Operación Sésamo*. Sólo entonces la cortina metálica de la Orletti era erguida manualmente con una polea y se abría, como una alfombra mágica, aquel jardín de horrores. La cortina se cerraba y los secuestrados eran desembarcados, para ascender al piso de las torturas, de donde pocos escapaban vivos. Cerca de 140 izquierdistas uruguayos entraron en el lugar. Nunca más fueron vistos.

Desaparecieron.

Gavazzo, al contrario de los otros torturadores, no escondía el rostro. Exhibía una sonrisa amplia y simpática que resaltaba las gordas mejillas de su cara redonda. Acompañaba las torturas encendiendo su cigarro con un encendedor Zippo que relucía con el emblema de la CIA, donde hizo el curso de interrogatorio.

Uno de sus huéspedes, el periodista uruguayo Enrique Rodríguez Larreta, torturado en Orletti cuando buscaba su hijo desaparecido, recuerda la frase orgullosa del mayor:

–¡Viejo de mierda! ¿Qué estás pensando? Aquí pasó gente mucho más importante que vos y hoy tocan el arpa con San Pedro...

Los dos arpistas que inauguraron la temporada de concierto represivo de la Orletti, según el maestro Gavazzo, fueron el senador Zelmar Michelini, fundador de la coalición de izquierda Frente Amplio, y el diputado Héctor Gutiérrez Ruiz, ex presidente de la Cámara de Diputados del Uruguay.

Ellos fueron secuestrados en la capital argentina el 18 de mayo de 1976, en una especie de estreno triunfal de la Orletti. Tres días después, los cuerpos fueron encontrados, con marcas de tortura y tiros en la cabeza, en el portamaletas de una camioneta Fiat estacionada bajo el viaducto de una autopista bulliciosa. Un hallazgo macabro a apenas diez kilómetros al oeste de la Casa Rosada, el palacio presidencial ocupado hacía tres meses por el general Videla y su junta militar, desde el golpe que derribara a Isabelita Perón.

Gavazzo era el comandante de la operación contra el PVP en Argentina que capturó a Sara Mendes y el peligroso bebé Simón. Ella había acabado de amamantar a Simón cuando quince hombres irrumpieron en su casa. Allí mismo la tropa de elite de Gavazzo metió un saco plástico en su cabeza –el sofocante *submarino seco*– e inició el interrogatorio. Sonreía cuando arrebató el bebé de los brazos de su madre con una sentencia consoladora:

–¡La guerra no es contra los niños!

A pesar de eso, Simón desapareció. No llegó a ver a su madre encapuchada, esposada en la espalda, suspendida por un cable y con los brazos rodeados por hilos de alambre.

Dolía menos cuando ella sostenía su propio peso sólo en el gancho, como un pedazo de carne inanimado en el matadero. Cuando intentaba apoyar la punta de los pies en el suelo mojado y frío de cemento, para aliviar la presión sobre los huesos del cuerpo maniatado, Sara era traspasada por descargas eléctricas de la *picana* que parecían agujas interminables clavadas en el fondo del corazón. Recordaba entonces que el dolor por el gancho suspendido podía ser una opción menos terrible que el choque inevitable en el piso mojado – y tiraba el pie del suelo. En el infierno de Orletti, todavía se podía escoger qué sufrimiento padecer.

Por debajo de la capucha, Sara reconocía la voz de Gavazzo.

Casi podía imaginar su sonrisa.

En un cierto momento, uno de los interrogadores preguntó al otro por qué el suelo húmedo estaba blanquecino.

–¡Es leche! –fue la respuesta que ella oyó.

Leche que se escurría del seno entumecido de Sara, la leche negada a Simón, expropiado por Gavazzo, usurpado por Orletti, secuestrado por el OCOA. El bebé desapareció, sumido en las grietas sin fin del submundo de la represión.

Simón se desvaneció, se evaporó. Se escurrió.

Como la leche de su madre.

Diez días después, Sara fue transferida clandestinamente a Montevideo, junto con otros veinte uruguayos secuestrados en Buenos Aires. Liberada cinco años más tarde por la dictadura, Sara comenzó a buscar a su hijo. Sólo diez años después de la prisión pensó haber llegado al fin de su búsqueda, localizando en Uruguay un muchacho que parecía mucho en la estatura y en los cabellos castaños claros al padre de Simón, Mauricio Gatti –militante del PVP y hermano de Gerardo, el compañero de celda de Hugo Cores en el CGIOR.

La madre adoptiva de Simón era prima hermana de la mujer de un coronel, Antonio Rodríguez Buratti, que se había envuelto en secuestros y había sido jefe de Gavazzo. La af icción de Sara volvió cuando el niño, rebautizado Gerardo, recusó el test de paternidad con una frase que resumía el drama de una generación:

–¡Yo no quiero saber quién soy!

Sólo a los 24 años, finalmente, Gerardo aceptó el examen de ADN.

Entonces él supo quien no era.

Gerardo no era Simón. El resultado le generó un nuevo sufrimiento a Sara: las evidencias no pasaban de una cruel coincidencia. Dos años después, por fin, ella encontraría al verdadero Simón.

Él tenía ya 26 años y había sido adoptado por el inocente funcionario de una clínica de Buenos Aires que recogía niños abandonados.

Sara ya no vertía leche.

Sólo lágrimas.

* * *

Los generales de Montevideo, al contrario de Gerardo, sabían lo que eran, pero no querían que los otros supieran. El viernes 25 de noviembre, una semana después del secuestro, el vespertino *El Diario*, de la capital, reproducía por primera vez las informaciones que la prensa brasileña publicaba en Porto Alegre:

Matrimonio uruguayo y sus dos hijos secuestrados en Brasil – denunciaba el diario, en "cuerpo catástrofe"[9], en el titular principal de la primera página dedicada a la desaparición de la pareja, *en extrañas circunstancias.*

---

9 Cuerpo catástrofe – Tamaño de tipografía especialmente grande utilizado para titular noticias muy trascendentes.

En lo alto de la página, más detalles: *Hombres fuertemente armados se los llevaron de su departamento.*

Fue la única vez que un diario de la prensa uruguaya osó recordar claramente -duró mucho.

Al día siguiente, sábado, las Fuerzas Conjuntas divulgaban el Comunicado Nº 1.400 con la fantasía de la invasión del país cometida por un matrimonio y dos niños. Alterado por la fuerza de los argumentos militares, el propio *El Diario* trató de corregir este desliz de la víspera con otro titular, más adecuado a la nueva versión de los hechos:

Matrimonio sedicioso fue detenido en la frontera.

Encima del titular, una aclaración que pretendía apaciguar el crimen de los secuestradores del día anterior:

Entregaron los niños a sus abuelos.

Confirmada la aparición de los uruguayos en Montevideo, traté de telefonear inmediatamente al director de redacción de la *Veja,* José Roberto Guzzo, en su casa en São Paulo. Conté todavía el sábado la versión divulgada por los militares minutos antes y pedí su autorización para viajar a Uruguay, en busca de la verdad sobre el traslado de los secuestrados de Porto Alegre hasta la capital uruguaya. Guzzo concordó.

Cuando supieron de mi viaje, algunos amigos muy preocupados intentaron convencerme sobre los riesgos de la presencia de un equipo de la revista*Veja* en Montevideo, integrado por uno de las testigos oculares del secuestro – en el caso, yo. Había, sin embargo, buenos motivos para no temer represalias.

De allí a una semana, el día 4 de diciembre, estarían reunidos en Punta del Este, el balneario más famoso del país, los cancilleres de los cinco países de la Cuenca del Río de la Plata para una conferencia más de rutina. Entre ellos, el ministro de Relaciones Exteriores de Brasil, Antonio Azeredo da Silveira, una especie de *habeas corpus* preventivo para garantizar nuestra integridad en suelo uruguayo, pensé.

Aunque no hubiese la escolta blindada de los diplomáticos, yo iría. Tenía que ir, precisaba ir.

No necesité explicar todo eso a Janda, mi mujer. Formada en lingüística, ella conocía mejor que yo el valor intrínseco de las palabras, la fuerza de la expresión, el contenido de las frases, el alma del lenguaje. Como yo, como tanta gente, ella también tenía miedo. Pero, tanto como yo, Janda comprendía la importancia de ese viaje.

El lunes 27 de noviembre, Kadão y yo tomamos la carretera en la Brasíliade la sucursal rumbo a Montevideo, bajo la firme dirección de Bira. Hacíamos sin saber la misma ruta recorrida por Universindo, Lilina y los niños dos semanas antes.

La capital uruguaya tenía aromas y colores llamativos.

El aire fresco de la mañana se mezclaba con el fuerte olor del aceite diesel quemado por los pesados Leyland, los buses de fabricación inglesa que sostenían el transporte público de la ciudad, mezclados a los antiguos taxis Mercedes-Benz pintados de negro y amarillo.

Los edificios grises y la población envejecida por el éxodo de los más jóvenes, que huían de la represión política y de la depresión económica, acentuaban la tristeza de Montevideo.

La dictadura mostraba las personas más tristes en las calles. El silencio en torno al secuestro nos dejaba más irritados. Las ediciones del *Jornal de Brasil*, de Rio de Janeiro, y del *Correio do Povo* y de la *Folha da Tarde*, de Porto Alegre, eran aprehendidas por la censura uruguaya, todavía en la estación central de autobús de Montevideo, siempre que publicaban cualquier cosa sobre el caso Lilián-Universindo.

La palabra "secuestro" era mencionada en voz baja hasta inclusive en el departamento 202 de un inmenso conjunto de 34 edificios, rectangulares y absolutamente iguales, enclavado en la zona residencial de clase media en el barrio Buceo, a menos de un kilómetro de las aguas frías y sin olas del Río de la Plata.

Los dueños del departamento tenían razones más serias que la policía para esa discreción: la intranquilidad de sus nietos Camilo y Francesca, los hijos de Lilián, devueltos por los secuestradores cuatro días antes a los abuelos, Lilia y Homero.

La inesperada reaparición de los niños, ilesos, contrariando la norma de las desapariciones definitivas en el Cono Sur, trajo alivio para la pareja de mediana edad en el pequeño departamento de dos habitaciones y sala. Pero la falta de noticias sobre la hija, Lilián, todavía forzaba una sonrisa artificial y tímida en doña Lilia y en su marido, Homero, un farmacéutico de 63 años marcados por el bigote grisáceo y por la mirada cansada.

Con esa misma sonrisa formal, fuimos recibidos por los padres de Lilián la mañana del miércoles, 29 de noviembre.

Kadão y yo teníamos la solitaria y solidaria compañía de otros dos periodistas brasileños –el reportero Tomás Irineu Pereira y el fotógrafo Baru Derkin. Ellos eran enviados por el bravo *CooJornal*, un pionero proyecto cooperativo en la prensa brasileña que operaba una agencia de noticias y editaba un boletín mensual, orgullo de más de 300 periodistas de Porto Alegre, sus fundadores –incluyendo nosotros cuatro.

Ningún otro órgano de prensa brasileño cruzó la frontera en aquellos días inciertos. Sólo *Veja* y *CooJornal.*

Doña Lilia y don Homero luego entendieron que yo y mis colegas estábamos allí para ayudar. En aquel momento, ambos entendían que alimentar la prensa brasileña con informaciones haría todavía más improbable y perturbador, para la represión uruguaya, la eliminación de Lilián y Universindo.

La pequeña Francesca, con los cabellos cayendo en f equillo sobre la frente, no quería otra cosa además de la maltratada muñeca de trapo que exhibía satisfecha para los visitantes. Reía y jugaba con su aire travieso de niña de tres años.

El hermano al lado, al contrario, estaba quieto, retraído. Reservado hasta más de la cuenta, para un chico de ocho años. Nada extraño para un niño exiliado a los tres años que, secuestrado con la madre y la hermana cinco años después, era ahora huérfano de “madre viva”, no se sabía por cuanto tiempo más.

Camilo tenía la mirada viva y experta bajo los cabellos negros, como los de la madre, lisos sobre la piel morena, ahora más quemada por el sol fuerte que brilló en aquellos días en la estrecha faja de arena gruesa de la playa del Buceo.

Allá se aventuraban mujeres no muy jóvenes, de mallas no muy osadas, de cuerpos no muy esbeltos, que dejaban hasta el litoral de Montevideo envejecido, triste.

Camilo, melancólico como la playa, ahora convertía su vivacidad en silencio desconfiado, un laconismo medido.

Había una simple razón para todo eso: él sabía. Camilo sabía lo que le había sucedido a él, a su hermana, a la madre, al amigo. Sin embargo, callaba delante de las visitas, especialmente hablando portugués. El idioma de los agentes brasileños, recordaba él, se mezclaba al español de los militares que trabajaron juntos en el secuestro de Porto Alegre. Camilo no tenía motivos para confiar en gente que hablaba así.

Continuó de pie, serio, entretenido con un juego de armar, cuando doña Lilia nos llevó hasta su pieza, pequeña y desordenada. Tomás y yo nos quedamos de pie en la puerta, para no congestionar el lugar, mientras Kadão y Baru se sentaban cerca de él.

Baru Derkin tomó la iniciativa de la conversación, como el representante más autorizado del grupo. La voz grave, el habla mansa, la barba y los cabellos grises daban al cuarentón Baru el aire paternal y tranquilizador que Camilo más precisaba en aquel momento. Baru había vivido casi toda la década del 60 en Montevideo y, por eso, hablaba un español impecable –lo que hacía hasta olvidar su condición de brasileño. La conversación, penosa, comenzó por el fútbol.

Pipa en la boca, Baru sólo consiguió atraer la mirada de Camilo cuando le dijo cuál era su equipo de corazón. Como Camilo, él también era fan de Peñarol, el club más popular de Uruguay. Del lado de allá de la frontera surgió el primer desacierto: Baru se confesó gremista, fanático hincha del Gremio, y Camilo un convicto colorado, fan del Internacional.

Antes que la conversación cayese en la histórica rivalidad de la dupla Gre–Nal, que dividía al medio Porto Alegre y Río Grande do Sul, Baru resolvió entrar directo en el asunto:

–Camilo, ¿como volviste a Montevideo?

–Nos trajeron... –respondió, desarmado ante la pregunta inesperada. Tomás percibió la brecha en la defensa e insistió, sin perder la cautela:

–¿Quién te trajo? ¿Tu madre y Universindo?

–No, los hombres que nos prendieron. Era casi la una de la tarde cuando nos prendieron. Yo y el amigo de mi mamá... Íbamos para el estadio Beira-Río...

–¿Beira-Río? –interrumpieron Baru y Kadão, en coro–. ¿Con quién jugaba el Inter? –indagó Baru.

–El partido era con el Caxias –respondió el chico, dando la primera información concreta sobre la fecha del inicio del secuestro: 12 de noviembre, un domingo de sol en Porto Alegre, un empate sufrido de 1 x 1 entre Inter y Caxias, el juego del Beira-Río que Francesca, Camilo y el amigo Universindo jamás vieron.

–¿Te quedaste con tu madre en casa? –alguien preguntó.

–No, ellos nos prendieron, a mí y a Francesca, y nos llevaron en un auto...

–¿Llevaron para dónde? ¿A una casa? –pregunté, quebrando mi silencio. Mantuve el diálogo en español, intentando preservar la naturalidad del encuentro, procurando contener la ansiedad de la conversación, driblando la prisa de preguntar todo, refrenando la gana por revelaciones.

Un momento delicado en que el reportero siente que la pregunta correcta es tan importante como la respuesta. Ella no puede asustar, no puede desviar, no puede fallar. Tiene que ser dura y precisa, pero también tierna y envolvente. Un cazador delante de su presa. La verdad al alcance de la mano, de la frase, del habla.

La inteligencia para preguntar, la paciencia para oír.

–No, era un edificio grande. Parecía un cuartel... –recordó Camilo. La respuesta sugería una instalación militar, un lugar frecuentado por gente uniformada.

–¿Cuartel? –repetí, sorprendido–. ¿Los hombres de ese edificio usaban uniforme, Camilo?

–No –dijo él, eliminando la hipótesis de que fuese una guarnición militar. Volví a la carga:

–¿Usaban corbata?

–No, ropas comunes – respondió, excluyendo la sede de la Policía Federal y sus agentes encorbatados de la lista de secuestradores.

–¿Te acuerdas de alguna cosa de ese edificio, del lugar donde estabas? – insistí.

A ver... Bueno, era un edificio grande, en la ciudad, frente a un arroyito con dos calles, una de cada lado. Me acuerdo porque miraba para afuera, por una ventana, donde vi el arroyito y las calles. Entramos por el fondo y subimos por un elevador.

Un arroyo pequeño.

Un *arroyito*, como decía Camilo.

Los cuatro nos miramos, en el mismo instante, pero nadie precisó hablar nada. Todos entendieron que estaba liquidada la charada. La Secretaría de Seguridad Pública del Río Grande do Sul, un local donde la mayoría de los policías son civiles y trabajan sin uniforme, sin corbata, funciona en un edificio grande, en la esquina de las avenidas Ipiranga y João Pessoa, en Porto Alegre.

En el segundo piso, donde se llega por elevador, está la sede del DOPS.

Y la avenida Ipiranga tiene dos pistas, una de cada lado del contaminado arroyo Diluvio.

El *arroyito* visto por Camilo.

–¿Quién te prendió era brasileño? – enmendé.

–Sí, brasileños. Pero había dos más, uruguayos, dos hombres que hablaban castellano – respondió él, sin dudar.

–¿Y cómo llegaste a Montevideo? – completó Tomás.

–Nos trajeron, a mi y Francesca. El mismo día por las nueve de la noche, comenzamos el viaje en un auto brasileño. Viajamos toda la noche. Cambiamos de auto en la frontera, pasamos para uno uruguayo. Continuamos el viaje hasta Punta del Este...

–¿Y cómo sabes que era Punta del Este? –interrumpí.

–Porque yo pregunté y el hombre me dijo que estábamos en Punta del Este.

–¿Pero, tú tenías certeza de eso? ¿Era posible escuchar el ruido de las olas del mar? –sondé.

–Estábamos en una casa, pero no oí el ruido del mar, de las olas. Lo que sé es que ya había atravesado la frontera hacía un buen tiempo.

–¿Tu madre y Universindo estaban con ustedes, durante el viaje? – quiso saber Baru.

–Nunca más vi a mi madre, desde que ella fue detenida. Ellos se quedaron con ella –dijo.

El lamento de Camilo recordaba menos el secuestrado y más el hijo abandonado.

No tenía el rango político de un militante de la oposición.

Cargaba sólo el peso doloroso de un niño maltratado por la violencia de la represión.

No era un manifiesto.

Era una bomba.

11
La honra

Porto Alegre, noviembre de 1978

La bomba de un niño secuestrado de ocho años de edad explota, al día siguiente, en el otro lado de la frontera –en el regazo de la policía gaúcha.

El diario *Folha de São Paulo* publica el jueves 30 de noviembre el testimonio de Camilo incriminando al DOPS gaúcho por la desaparición de los uruguayos –material comprado de la Agencia CooJornal. Desorientadas, las autoridades brasileñas pierden la embocadura y visten la máscara.

En vez de investigar las denuncias, comienzan a defenderse.

–Niego oficialmente cualquier participación de mis órganos en ese episodio – rebate el secretario de Seguridad gaúcho Rubem Moura Jardim, responsable supremo del área, a quien están subordinados los delegados Marcos Aurélio Reis y Pedro Seelig y todo el DOPS –anfitriones de Camilo y su familia. Moura Jardim es un experimentado coronel del Ejército, ahora en la reserva, pero parece nervioso delante de la prensa nacional, sentado en la punta de una mesa tan larga como la serie de preguntas sin respuesta de los periodistas.

–Y no podemos olvidar que es sólo el testimonio de un niño de ocho años – desdeña el secretario. El reportero Pedro Maciel, de *Veja*, replica con precisión:

–Pero, coronel, lo que importa es que él identificó el edificio donde estuvo preso. La identificación coincide con la sede de la Secretaría de Seguridad, y eso incrimina a la policía gaúcha...

–Si el señor tiene pruebas de alguna cosa, yo lo encamino a la Policía Federal para prestar declaración –reacciona Moura Jardim, irritado, casi a los gritos, prefiriendo lanzar nuevas dudas en la mesa, en vez de agarrarse a los indicios ya existentes.

–Es de mi conocimiento la existencia de órganos internacionales de la subversión actuando en el Estado. ¿Quien garantiza que este caso no caracterice una acción de esos órganos?

En la Policía Federal, el clima también es tenso. El miércoles, el mismo día en que Camilo en Montevideo implicaba la Secretaría de Seguridad, el coronel Luis Macksen de Castro Rodríguez, jefe de la Policía Federal en el Estado, recibía al director del DOPS. Fue una conversación reservada de dos horas con el delegado Marcos

Aurelio Reis. Al día siguiente, cuando la bomba de Camilo ya provocaba estragos en la policía y en la política, Macksen es llamado inesperadamente a Brasilia.

–Asuntos administrativos, cosa de rutina –avisa Macksen a los periodistas, manifestando una extraña serenidad.

–Ayer yo estaba aprehensivo, pero hoy ya estoy más tranquilo. Vamos a aclarar todo en el momento adecuado –garantiza, sin dar detalles. Oriundo del área de informaciones del Ejército, Macksen parecía fortalecido por la frase solidaria de su jefe en Brasília, el ministro Armando Falcão.

–No se puede admitir la posibilidad de que el secuestro haya sido orientado del exterior –aventura el ministro de Justicia, siempre sesudo, cometiendo un doble desliz. Es la primera autoridad federal en pronunciar la palabra "secuestro" y, al mismo tiempo, en admitir la autonomía verde-amarilla en la operación.

La cortina oficial del descrédito de la denuncia, que se abre cada vez más, anima al delegado Fuques. Él sale de la defensa para el ataque. Después de negar cualquier información a los reporteros, bajo el pretexto del "riguroso sigilo" de las investigaciones, Fuques amenaza:

–Recuerdo que existen en el ordenamiento jurídico brasileño los crímenes de denuncia calumniosa, de responsabilidad, de omisión y coautoría en subversión.

Para quien horas antes se lamentaba por no tener información sobre el caso, era un progreso animador. Fuques ahora ya clasificaba el caso de "subversión" y acusaba los testigos de "coautores" del secuestro. En secuencia natural de ese raciocinio tortuoso, bastaría prendernos a Scalco y a mí en las próximas horas para que todo el misterio estuviera desvendado.

El propio gobierno, con todo, no sintonizaba con la policía. Aquí y allí desarrollaba tesis aisladas que variaban entre el simplismo y la falta de imaginación. Era el caso de Itamaraty, la cancillería brasileña.

–Puede ser hasta que los uruguayos hayan decidido volver para su país. ¿Quién será que sabe? –especulaba el portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores, Luis Felipe Lampreia. Era el mismo diplomático que, alertado en Brasília por un llamado telefónico del abogado Décio Freitas sobre la presencia de militares uruguayos en Porto Alegre, reconociera dos semanas antes que "el gobierno brasileño está enterado e irritado con el hecho".

El diálogo Freitas y Lampreia sucedió el día 14 de noviembre, víspera de la elección, tres días antes de nuestra aparición en el departamento de Lilián. En el mismo momento en que el portavoz de Itamaraty admitía confidencialmente preocupación en la conversación con el abogado, la ratonera del capitán Ferro y del delegado Seelig estaba armada en el departamento de la calle Botafogo, esperando

capturar el jefe de los exiliados uruguayos. Dos semanas después, posando con aire de sorpresa para los periodistas, Lampreia pensaba "sobre el regreso voluntario de la pareja y de los niños al país de donde habían huido". ¿Quién será que sabe?, divagaba el diplomático.

Los militares uruguayos, por ejemplo, sabían. Menos de 24 horas después de la pregunta retórica de Lampreia, las Fuerzas Conjuntas divulgaban al anochecer del viernes1º de diciembre, el Comunicado Nº 1.401. Era cinco veces más extenso que el anterior, emitido una semana antes. Tenía 85 líneas y, por eso, mucho más mentiras que la primera nota. Era un ejercicio de palabras montadas para encubrir, no para aclarar. Decía:

> La dirección de la organización subversiva, autodenominada Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), que dirige operaciones de agresión contra nuestra patria procedentes de Europa, emitió orientaciones para incrementar la acción subversiva en nuestro país.
>
> Para eso, fueron organizados en Montevideo grupos de acción comandados directamente de Europa y apoyados por elementos radicados en territorio brasileño, donde desarrollaron una infraestructura subversiva y clandestina, particularmente en las ciudades de Río de Janeiro, San Pablo y Porto Alegre. (...)
>
> Como consecuencia de decisiones adoptadas por la dirección de esa organización sediciosa en Europa, y delante de las dificultades de conexión con los hechos que ocurrían en nuestro país y en Brasil, se decidió efectuar una reunión de alto rango, durante el mes de noviembre (...).
>
> Para su realización fueron intensificadas las normas de seguridad que son de uso corriente en las organizaciones terroristas.
>
> En esa oportunidad, detectados por representantes de la prensa de Porto Alegre, elementos que deberían mantenerse en la legalidad, la dirección decidió prescindir rápidamente de esa base de operaciones.

En la versión de los militares, la verdad era subvertida. Ellos intentaban pasar la idea de que los periodistas habían sorprendido a los exiliados uruguayos en el departamento. No era eso. Los reporteros fueron allá alertados por el PVP y sorprendieron a los secuestradores, no a los secuestrados. La fantasía continuaba, reafirmando el comunicado anterior de que la pareja había invadido el país armada y con dos niños:

> Debido a la necesidad de no dejar aislados los elementos que operaban en Uruguay y a la importancia de la dirección del partido de que Lilián Elvira Celiberti Rosas de Casariego, integrante del mismo, se separase de sus dos hijos para poder operar mejor, se determinó que se trasladara de forma clandestina para nuestro país a fin de cumplir

> las tareas encomendadas. De ese modo, recibieron dos vehículos para que ingresaran al país a través de la región de Aceguá.
>
> Durante la realización de una inspección de rutina de carretera se procedió a la detención de un vehículo, huyendo el conductor, dejando abandonados en el mismo dos menores de edad.
>
> Alertadas las fuerzas actuantes, se montó un esquema de control y, al procederse a la revisión del otro vehículo que viajaba en el mismo sentido, fueron encontrados materiales sediciosos que motivaron la detención inmediata de sus ocupantes.

El documento finalizaba fingiendo el desinterés de los militares por los exiliados uruguayos que los llevó al secuestro de Porto Alegre:

> *Ninguna de las personas mencionadas estaba siendo requerida por la Justicia uruguaya.*

* * *

Leí el comunicado de los militares aquella noche del viernes, todavía en Montevideo, en la oficina de la agencia de noticias UPI. El texto tenía un mérito: mostraba que la dictadura uruguaya había hecho una opción irreversible por la farsa y por la mentira.

La tesis de que Lilián y Universindo habrían decidido abandonar Porto Alegre después de "detectados" por la prensa –en el caso, Scalco y yo– era simplemente ridícula. Por una razón simple y lógica: la denuncia por teléfono de la desaparición de los uruguayos interesaba sólo a los secuestrados, y no a los secuestradores.

Era imposible creer que dos militantes de oposición como Lilián y Universindo, ex presos políticos torturados en su país y ahora abrigados en Brasil, decidiesen retornar inocentemente a las cárceles uruguayas, tripulando dos automóviles y armados de un exótico material sedicioso que incluía dos niños.

Mientras, siempre habría gente en Brasília –como el portavoz de Itamaraty– que podría creer en todo aquello. Al final, ¿quién será que sabe?

Ya en Montevideo, distante de la escéptica capital brasileña, el tono del comunicado militar recomendaba mayores cuidados. Especialmente con nuestra fuente más preciosa y vulnerable: Camilo.

El rico testimonio del chico, inesperadamente largo y preciso en aquellas nerviosas circunstancias, confirmaba nuestras sospechas. Teníamos ahora material suficiente para profundizar las investigaciones. Pero, al mismo tiempo, nos preocupaba una excesiva carga sobre Camilo –y, por extensión, sobre doña Lilia. Comprensiblemente, la abuela quería salvar a Camilo de nuevas tensiones en aquel período dramático de su vida.

De nuestra parte, vivíamos un dilema. De un lado, el compromiso de revelar la verdad. De otro, la preocupación de no exponer la familia a la represalia de los militares uruguayos. Kadão, Bira y yo nos sentamos de noche en una cafetería en el centro de la capital para definir los próximos pasos. Estábamos todavía excitados por el testimonio de Camilo, pero yo continuaba insatisfecho.

–Kadão, no podemos limitarnos al reconocimiento del niño. Nosotros precisamos ahora confirmar lo que él dijo – propuse.

–Pucha, jefe, ¡sólo faltó que el chico mostrara la placa del DOPS! "Calle con arroyito al medio, dos pistas"...Es la Ipiranga, la avenida de la Secretaría de Seguridad – corrigió el Bira, todavía más animado que nosotros dos. Respondí usando el sobrenombre cariñoso al cual apelaba en esas horas:

–Yo sé, *Birovski*. Pero no podemos avanzar la señal sin certeza absoluta. ¡No da para equivocarse, ché! Si erramos el tiro, la represión nos agarra. Necesitamos una foto. Camilo tiene que ver una foto del DOPS, para no dejar dudas. Necesitamos cien por ciento de certeza –insistí.

Kadão concordó y tratamos de encargar una foto del edificio de tres pisos, a partir de la perspectiva de la calle, mostrando las dos pistas de la avenida cortada por el arroyo –con las ventanas del DOPS que se abrieron para Camilo. Dejé de lado el teléfono, que tenía control militar en la central de Montevideo, y usé el telex para comunicarme de forma más segura con la sucursal de Porto Alegre.

Expliqué en detalles el ángulo que la foto debería mostrar. Pedí que el servicio fuese hecho por Assis Hof mann, un conocedor ex fotógrafo de la propia Abril, con quien había trabajado en la sucursal de la *Veja.* La generación de los mejores fotógrafos de Río Grande –incluyendo Kadão, Scalco, Olivio Lamas, Leonid Streliaev, Silvio Ferreira– había pasado por el comando del veterano Assis.

Pero la técnica esmerada de Assis chocó con el anacronismo del Uruguay, que todavía no alcanzaba la edad del satélite y continuaba hablando con Brasil a través de líneas telefónicas extendidas en el país, antes de la Segunda Guerra Mundial.

Kadão y yo gastamos buena parte de nuestra paciencia, la noche del jueves, delante de una sarta electrónica en la redacción del diario *El Día* que insistía en no recibir las telefotos que la sucursal de Porto Alegre intentaba transmitir. Las figuras que la máquina lanzaba en nuestras manos podrían ser cualquier cosa, hasta un electroencefalograma inacabado –menos una fotografía.

–No entiendo. La máquina fue comprada hace poco tiempo, es muy moderna. ¡El problema está en la línea telefónica, señor! –procuraba consolarnos el constreñido operador de teléfonos del diario, encargado de domar aquella inútil fiera electrónica.

En aquellos tiempos, la telefoto era la forma más rápida y moderna de transmisión de imágenes –a pesar de un tanto ruidosa. La foto copiada era enrollada en un cilindro con un visor de luz que, al girar, transformaba los puntos en blanco y negro en impulsos eléctricos que viajaban por la línea telefónica. Hacía un irritante *oin-oin-oin* que duraba quince, veinte minutos hasta configurar una única foto a distancia.

Con el fracaso de la tecnología, tuvimos que retroceder. No llegamos al Pony Express del *far west* americano, pero fue cerca. La foto tuvo que ser colocada en un sobre y despachada por ómnibus para Montevideo. Demoraba once horas para llegar, pero llegaba –legible, clara, sin interferencias. Usamos los servicios de nuestra vieja TTL, la empresa que hacía el puente carretero entre la oposición uruguaya y sus contactos en Porto Alegre.

Mientras aguardábamos la valija, Kadão y yo fuimos hasta la Casa de Gobierno, el palacio presidencial en la Plaza Independencia, en busca de más informaciones. Al comandante Juan Medina, responsable por la sala abarrotada y confusa del segundo piso donde funcionaba la Dirección Nacional de Relaciones Públicas, la DINARP, no le gustó la osadía de un periodista preguntando sobre el secuestro. Pareció nervioso delante de mi pregunta directa.

–No tenemos informaciones, señor, ni sabemos donde están detenidos. Y no fue secuestro –protestó el oficial–. Ellos fueron detenidos cuando ingresaban ilegalmente en territorio nacional. Eso ya fue explicado por la Fuerzas Conjuntas – tartamudeó por detrás de un cigarro que no paraba de danzar en sus labios trémulos.

Nuestra presencia allí era sugerencia del propio QG del Ejército uruguayo, que Kadão y yo habíamos visitado poco antes, con el atrevimiento que los militares no acostumbraban ver en la dócil prensa local.

–Por favor, busquen la DINARP. Ellos tienen mejores condiciones para hablar con la prensa –se disculpó el educado mayor Arnoletti, ayudante de órdenes del comandante en jefe del Ejército, general Gregorio "Goyo" Álvarez. El general era el jefe supremo de los capitanes Ferro y Yannone, de la Compañía, del OCOA, de las fieras del régimen.

En la mañana del sábado, 2 de diciembre, llegó la valija de Porto Alegre con las fotos, dirigidas –para mayor discreción–, al Bira. El conductor fue a buscarlas a la Estación de Montevideo, mientras yo y Kadão esperábamos en el auto. Eran sólo tres fotos: dos con escenas del juego Inter x Caxias y la tercera con el edificio de la Secretaría de Seguridad – en la perspectiva exacta que yo había recomendado.

El departamento de los Celiberti, en la calle Santiago Rivas, en el barrio Buceo, estaba bajo vigilancia discreta de los agentes de la represión uruguaya. Regularmente doña Lilia recibía la visita indeseable de un oficial del Ejército, en ropa civil, que

se presentaba como mayor Rodríguez. Él insistía en recomendar silencio delante de los periodistas y hacía claras amenazas, valiéndose del Juzgado de Menores. Los abuelos, decía, podrían perder la custodia de los niños. Doña Lilia resistía bravamente a estas investidas.

–Bueno, pongan una barrera policial en la calle. ¡Entonces la prensa no pasará! –respondía ella, desafiante, sabiendo que eso sólo agravaría el desgaste de los militares.

Aún así creímos mejor evitar una posible represalia por nuestra presencia en su casa. Resolvimos mostrar las fotos a Camilo por un atajo seguro –la farmacia donde don Homero trabajaba, todo el día.

Había una preocupación todavía mayor. No inducir de forma alguna el reconocimiento del edificio por Camilo. Una acusación segura y exenta era mucho más importante, para nuestro trabajo, que una pista fallida e inducida, que haría el caso irse abajo inmediatamente en el descrédito de una denuncia insostenible.

–Don Homero, por favor, pida a doña Lilia que encuentre la forma más natural de exhibir esta foto a Camilo. El reconocimiento precisa colocarnos en la pista verdadera. No queremos y no podemos forzar nada. Por favor, dígale eso a ella. Es muy importante que sea así –resalté.

Volvimos para el hotel, para un angustiante fin de semana de espera y tensión. La confirmación de Camilo nos daría la certeza final de que estábamos en el camino correcto. Pero, y ¿si fuese lo contrario? ¿Y si Camilo no reconociese el edificio? ¿Si fuese todo una suposición errada de nuestra parte, a partir de su descripción? La negativa del niño nos haría retroceder al punto cero de un desierto de pistas.

La fórmula era esperar que el fin de semana se arrastrase hasta el retorno de donHomero y por su veredicto el lunes. Todavía el sábado, Kadão, Bira y yo tratamos de relajarnos. Antes de alimentar el cuerpo, procuramos saciar el espíritu. Fuimos a ver un filme antes de comer.

Fue una pésima decisión.

Entramos en un cine que exhibía, como tantos otros, un filme aún prohibido en Brasil: *La comilona (La Grande Bouffe*), trabajo del italiano Marco Ferreri. Hicimos más que una osadía política. Cometimos una temeridad orgánica.

Era la historia de cuatro hombres de mediana edad que se refugian en una mansión para cumplir el pacto de comer hasta morir. Un comandante de avión (Marcello Mastroianni), un productor de TV (Michel Piccoli), un jefe de cocina (Philippe Noiret) y un magistrado (Ugo Tognazzi) caen en una orgía escatológica y suicida que mezcla sexo y gastronomía y embarulla ojos y estómagos.

Resumiendo: una obra nada recomendable para abrir el apetito. Aún así, nos levantamos de la butaca y después nos sentamos en la silla de un restaurante. Comimos mal, muy mal.

Nauseados por Ferreri, preocupados por Camilo.

El lunes 4 de diciembre, conforme lo combinado, fuimos hasta la farmacia de don Homero, en el centro de la ciudad, a una cuadra de la poblada avenida 18 de Julio. Kadão y yo preferimos esperar en un bazar al lado, mirando con desinterés los juguetes de la tienda, casi todos caros e importados de Brasil. Baru Derkin, nuestro embajador, entró solo en la farmacia para oír, con discreción, el recado decisivo de don Homero: al final, ¿Camilo estaba en lo cierto?

Los minutos corrían lentos en el bazar. Kadão y yo mirábamos con insistencia para la puerta de entrada, tensos, aguardando la vuelta de Baru. La demora aumentaba el nerviosismo y la ansiedad por la revelación, crucial e inminente. Debía ser el inicio seguro de la investigación. Pero podía también ser el fin de todo.

Entonces apareció, recortada contra la luz del día allá afuera, en la puerta de la tienda, la figura alta y fuerte de Baru, la pipa en la mano haciendo contrapeso con la bolsa de fotógrafo, colgada en el hombro izquierdo. Kadão y yo paralizamos nuestros gestos, esperando por la intervención de nuestro emisario.

Todavía en la puerta, a algunos metros de distancia de nosotros dos, inmóviles, Baru estancado, aseguró la pipa en un extremo de la boca, esbozó una sonrisa tímida con el otro extremo e irguió el pulgar de la mano libre en la señal característica:

¡OK, positivo!

Parecía una toma de cine mudo. Gestual, silenciosa, pero elocuente. Una escena maravillosa, uno de aquellos cuadros que el cerebro fotografía y cuelga para siempre en la pared de la memoria. Baru y el pulgar para arriba significaban que teníamos una amplia avenida hacia el frente. Transitábamos por ella con seguridad y rapidez, en la dirección correcta, con objetivo definido. La tensión que me comprimía la columna desapareció y pude, por fin, respirar hondo y aliviado.

Don Homero le contó a Baru que, siguiendo nuestras instrucciones, doña Lilia cercó el reconocimiento de la indispensable casualidad. Extendió las fotos, displicente, sobre la mesita baja en el centro de la sala y esperó que Camilo pasara por ahí.

Atraído naturalmente por las dos fotos del juego que nunca vio en la Beira-Río, Camilo largó la pelota que cargaba y se arrodilló para ver mejor las imágenes de su viejo Internacional. Fue ahí que notó la tercera foto, una imagen que no tenía nada que ver con fútbol. El retrato del edificio que desvió a Camilo del estadio. La memoria explotó como un grito de gol.

–Mire, nona –gritó él, admirado, llamando a la abuela como acostumbraba a hacer en Milán.

¿Qué pasa, Camilo? ¿Qué sucedió? –provocó doña Lilia.

–Mire, fue acá que Francesca y yo estuvimos. ¡Acá nos trajeron! –dijo, apuntando con el dedo para una ventana del segundo piso. El piso de la Secretaría de Seguridad donde funciona el DOPS gaúcho.

* * *

La frase del nieto para la *nonna* confirmó la denuncia que, cuatro días antes, había atravesado la frontera como un rayo y alcanzado en la frente al secretario de Seguridad gaúcho. Aquel jueves, 30 de noviembre, el coronel Moura Jardim desdeñó el habla del niño de ocho años y prefirió hacer una vaga referencia, en tono amenazador:

–Es de mi conocimiento la existencia de órganos internacionales de la subversión actuando en el Estado. ¿Quién garantiza que este caso no caracterice una acción de esos órganos?

Fue desmentido al día siguiente por su jefe – el gobernador de la provincia de Rio Grande do Sul.

–No tengo conocimiento de que exista un movimiento subversivo en el Estado, financiado del exterior. No percibo cualquier indicio en ese sentido – corrigió el gobernador Synval Guazzelli, deshaciendo las teorías alarmistas de la víspera de su especialista en Seguridad.

Él caminaba en la tarde del viernes, 1º de diciembre, por la plaza de la Alfândega, en el corazón de Porto Alegre, en la fiesta de inauguración de la 24ª Feria del Libro. Guazzelli acabó por ser la primera autoridad en discordar con las reacciones oficiales, dando más importancia a las palabras de Camilo que a las del coronel Moura Jardim.

–Creo que el testimonio de un niño de ocho años no puede, de un lado, ser tomado como verdad definitiva. Pero, de otro, tampoco puede ser despreciado al punto de hacerse una averiguación. Por eso, recomendé al secretario de Seguridad que hiciese una investigación de alto a bajo, una investigación vertical en todos los escalones para verificar cualquier involucramiento de la policía –anunció el gobernador a los reporteros que lo perseguían.

Enmendó con una declaración de principios, solemne y definitiva:

–La aclaración de los hechos se constituye una cuestión de honra, tanto para las autoridades federales como para mi gobierno y, creo, para la propia nación.

El gobernador gaúcho estaba colocando a prueba más que la honra de su gobierno.

Synval Guazzelli estaba apostando su biografía.

12
La mordaza

Punta del Este, diciembre de 1978

La repercusión del secuestro crecía en Brasil.

Era hora de volver a Porto Alegre.

Antes, una breve escala en el camino de vuelta, a 138 kilómetros de la capital, en Punta del Este, con sus playas de olas bravas y sus casinos de ruleta en remolino. En el balneario, dominado por argentinos que despreciaban la agitación de Mar del Plata, estaban reunidos por tres días los cancilleres de los cinco países de la Cuenca del Río de la Plata. Cinco tributarios de la corriente anticomunista. Cinco regímenes de cuartelada. Cinco dictaduras.

Los diplomáticos se distribuían por los salones alfombrados del Hotel Casino San Rafael, una sólida construcción en piedra elegida menos por el azul del mar en frente que por el verde de las mesas de juego de cartas del interior del club. La prensa ahora tenía otros intereses, además del rutinario *impasse* de Itaipú, la gigantesca represa hidroeléctrica brasileña–paraguaya en construcción que amenazaba obstruir los canales de amistad castrense entre Brasil y Argentina.

En ese momento, la situación de la brasileña Flavia Schilling, presa hacía ya seis años en Punta de Rieles, y el secuestro de los uruguayos en Porto Alegre atraían a chorros los cincuenta periodistas destacados para la cobertura de la conferencia – todos desaguando en disputa nerviosa por las únicas cuatro máquinas de telex instaladas en el local.

Entre Punta del Este y Brasil había apenas dos líneas de transmisión, precarias y demoradas. Las llamadas pedidas al fin de la mañana sólo se completaban al inicio de la noche, ocho, diez horas más tarde. La comunicación caía misteriosamente cuando los reportajes incluían en el texto palabras imprudentes como "tortura", "represión", "tupamaro" y "secuestro".

Para los cancilleres Antônio Azeredo da Silveira, de Brasil, y Adolfo Folle Martínez, de Uruguay, la insistencia de los reporteros brasileños con los casos Schilling y Celiberti irritaba más que incomodaba. Ambos se escondían en largas y convenientes reuniones de trabajo para huir del contacto con la prensa.

En la mañana del martes 5 de diciembre, no hubo forma. Conseguimos finalmente acorralar al ministro uruguayo en el hall de recepción del hotel, al frente de restaurante. Cercado por los brasileños, el alto y elegante Folle Martínez, de cabe-

llos plateados y ondulados cuidadosamente peinados para atrás, no tuvo tiempo de huir a las preguntas sobre el secuestro. Intentó evadirse diciendo que todas las informaciones ya habían sido dadas en dos comunicados de las Fuerzas Conjuntas. La respuesta no satisfizo.

–Pero existió el secuestro, ministro –sustentó el atrevido reportero del *Jornal do Brasil,* Carlos Marchi–. Inclusive tenemos aquí con nosotros el testigo del secuestro, el periodista Luiz Cláudio Cunha...

El rubor invadió el rostro del canciller y yo aproveché su momento de vacilación para avanzar dos pasos, meter la cabeza en la rueda de reporteros y enfrentarlo:

–Ministro, ¿cómo es que el señor explica la discrepancia entre mi testimonio y la comunicación de las Fuerzas Conjuntas?

Enrojecido, tenso, poco acostumbrado a este tipo de insolencia periodística, Folle Martínez enmudeció por un instante, tal vez meditando sobre aquel testigoimpertinente que osaba cruzar la frontera y cuestionar el régimen en pleno territorio uruguayo. Vacilando, el canciller prefirió no discutir.

–Bueno, si su testimonio es verdadero, pienso que el señor debe prestar declaraciones ante las Fuerzas Conjuntas, que están tratando del caso. Solamente eso –encerró, sugiriendo lo que yo ya había intentado, sin éxito, en Montevideo.

Antes de que yo pudiese informarlo de las respuestas vacías de los asesores en el Palacio de Gobierno y en el Comando del Ejército, el canciller Folle Martínez rompió el cerco y desapareció, alegando una reunión que lo aguardaba en algún lugar lejos, muy lejos de allí.

Ni los militares en Montevideo, ni los diplomáticos en Punta del Este estaban interesados en oír testimonios del secuestro. Nos restaba, por eso, regresar a Brasil, que parecía cada vez más sensible al problema. Por las ondas cortas de la radio del auto, todavía en el balneario uruguayo, sintonizamos un noticiario de la radio Guaíba, de Porto Alegre. Relataba progresos enormes de la Policía Federal que, incapaz de descubrir los secuestradores, había conseguido por lo menos identificar los amigos de los secuestrados.

El jueves 7, en entrevista colectiva, el coronel Macksen anunció el descubrimiento de una organización subversiva de uruguayos en Brasil, de la cual serían parte Lilián y Universindo. En nombre de la constatación inesperada, la policía detuvo en la capital gaúcha cinco personas para interrogar e invadió el departamento de Ofelia Montserrat Hernández Rodríguez, exiliada uruguaya y amiga de Lilián, que huyera poco antes para São Paulo al ser informada de la desaparición de sus compañeros de la calle Botafogo.

Como prueba de la trama, el coronel Macksen exhibió el material requisado en el departamento de Ofelia: ejemplares del *Compañero,* el boletín mimeografiado del PVP, un folleto de la Air France, mapas de Porto Alegre y São Paulo, un libro sobre obreros publicado en Brasil y disponible en cualquier librería. Además de eso, la policía afirmó haber encontrado francos, marcos y dólares equivalentes a la cantidad de 35 mil cruzeiros nuevos, la moneda de la época, equivalentes a 18 mil reales (algo como 10 mil dólares en enero de 2012).

–Universindo Rodríguez Díaz entró en Brasil de forma ilegal, inclusive porque su nombre consta en una relación de extranjeros impedidos de entrar al país – reveló el coronel Macksen.

–¿Qué relación es esa? –se espantaron los periodistas.

–Toda persona que normalmente tiene problemas de orden político y social en su país; Brasil, a través de informaciones proporcionadas a la Policía Federal, los considera indeseables y no los acepta aquí –respondió el coronel, admitiendo involuntariamente la colaboración entre las policías brasileña y uruguaya.

Una sombra, imperceptible, sobrevoló la sala del jefe de la Policía Federal. La sombra del *Cóndor*[10].

La Operación Cóndor, que nadie allí sabía que existía.

Nadie además del coronel Macksen.

Asustado con su propio tropiezo, el comandante de la PF no quiso comentar la identificación hecha por Camilo del edificio de la Secretaría de Seguridad. Se levantó y cerró abruptamente la entrevista colectiva.

–Disculpen, pero tengo un compromiso urgente, ahora, a las cinco...

Aquel mismo jueves, la sinopsis periodística que el presidente Ernesto Geisel leía todas las mañanas en su gabinete en el Palacio de Planalto, en Brasília, antes de iniciar el expediente religiosamente a las nueve horas, dedicaba exactas y tranquilizadoras cinco líneas al secuestro que ocupaba los titulares y espacios generosos en la prensa desde hacía veinte días:

> El coronel Rubem Moura Jardim, secretario de Seguridad, aclaró ayer que fue concluida la investigación preliminar en su secretaría, quedando comprobado que ningún órgano o funcionario de la SSP está envuelto en la desaparición de Lilián Celiberti, sus hijos y Universindo Rodríguez Díaz.

[10] Cóndor – Nombre dado a la operación de coordinación represiva entre las dictaduras del continente americano.

Lo que el informe burocrático entregado a Geisel escondía es que, 25 días antes, funcionarios de un órgano subordinado al secretario daban inicio a la "desaparición" de los uruguayos, deteniendo a Lilián en la terminal de autobús.

El gobernador Synval Guazzelli, jefe inmediato del secretario, tenía el privilegio de estar mejor informado que el presidente de la República. Estaba próximo al calor del episodio y distante de la frialdad de las sinopsis. No era sólo eso. Guazzelli no se restringía a los relatos discordantes del coronel de Seguridad, jefe solidario de los agentes del DOPS envueltos en el secuestro. El gobernador prestaba mucha atención, también, al testigo del secuestro.

Como jefe de la sucursal de la *Veja*en el sur, yo tenía diálogos casi toda la semana sobre política nacional con el gobernador de Rio Grande do Sul. Excelente informante, conquistado a lo largo de numerosas conversaciones *off the record* en su gabinete y en el ala residencial del Palacio Piratini, aún en los momentos más tensos de su gobierno, se formó entre nosotros una consistente relación de confianza basada entre un reportero y una fuente honesta que se respetaban.

Delante del secuestro, además del gobernador y máxima autoridad estadual, yo veía en Guazzelli un aliado.

Personalmente, yo procuraba transmitir los datos actualizados de la investigación al gobernador – en quien, más que esperanza, yo depositaba confianza. Yo contaba con la cobertura de Guazzelli para desvendar el secuestro. Creía en él por sus excelentes antecedentes como fuente y por los sólidos fundamentos de su digna biografía política.

* * *

Guazzelli integraba la *troika* de gobernadores –al lado de Paulo Egydio Martins (São Paulo) y de Aureliano Chaves (Minas Gerais)– donde Geisel se apoyaba para ejercitar la distensión. Era por todo eso uno de los líderes provinciales de mayor prestigio en el Planalto.

En el plano político local, Guazzelli gozaba inclusive del reconocimiento del MDB (Movimiento Democrático Brasileño), gobernando sin mayores atributos aún delante de una mayoría oposicionista en la Asamblea Legislativa, donde el partido presidido por su amigo Pedro Simon, líder del MDB, ocupaba 31 de las 56 bancas.

Con la antipatía de los sectores militares más ortodoxos, Guazzelli comía el maíz de la oposición y llevaba la fama de liberal, dentro y fuera del gobierno. Innegablemente, era la autoridad políticamente más herida por los autores del secuestro, que sabían no poder contar con su cobertura para una operación clandestina.

En verdad, Guazzelli se convirtió en un gobernante comprometido con la normalización democrática, crítico de los casuismos revolucionarios y sus brotes de casación. El mentor de la Ley Falcão era ahora un gobernador decepcionado con el "pacote de abril"[11] de 1977, el punto más bajo, el retiro más temido en el proyecto de distensión del gobierno Geisel.

En aquel momento, el Guazzeli de abril de 1977 no recordaba en nada al Guazzelli de abril de 1976. El Congreso había sido cerrado por los soldados de Geisel, que transformó su residencia oficial en Brasília en una personal "Constituyente de Riacho Fundo". El gobernador me garantizó, en conversación confidencial en el palacio, que luchó para excluir normas todavía más drásticas del arreglo autoritario del régimen.

Esta vez ni precisó ir a Brasília. Debe haber pensado que no valía el viaje. Blandió sus argumentos democráticos por teléfono. Por el resultado final, no debe haber sido tomado muy en serio por Geisel y Falcão. Tanto que, de la cuna de Riacho Fundo, nació un monstruo llamado "senador biónico", un representante del pueblo sin el voto del pueblo, indicación militar sin intermediarios (como los gobernadores) para garantizar la mansa mayoría oficialista en el Congreso.

Guazzelli debía haber desconfiado que un régimen que se entusiasma con la mordaza de la Ley Falcão sólo podría acabar en el remiendo caricaturesco del senador biónico.

El nuevo rótulo de demócrata convicto de Guazzelli, en aquellas circunstancias, me bastaba. Entre el DOPS y yo, no había dudas de la opción del gobernador. Antes de mi viaje a Uruguay, después de la divulgación del primer comunicado de las Fuerzas Conjuntas, traté de localizar a Guazzelli. Él me recibió en su gabinete de despachos, en el primer piso del Palacio Piratini, sinceramente preocupado:

–Pero... ¿Qué hicieron contigo, muchacho?

Conté toda la historia del viernes, los hombres armados en el departamento, las negativas oficiales, la confirmación del secuestro, la sospecha creciente de involucramiento de su policía. Él oyó en silencio y, al final, se lamentó:

–Ah... Si tú, luego de salir del departamento, hubieses llamado para la Brigada Militar, podría haber vuelto allá y evitado el secuestro, ¿no? ¿Tú no te acordaste de eso? –provocó.

–Pero, gobernador, ¿por qué yo llamaría a la policía para denunciar una operación de la policía? –repliqué.

Él no me respondió. Le conté a Guazzelli mis dudas, en aquella primera semana de secuestro, y advertí:

[11] Pacote de abril – Paquete de medidas del gobierno militar para perpetuarse en el poder.

–Los policías allá adentro eran brasileños, gobernador, sin duda alguna. Y dos de ellos, los que nos recibieron en la puerta, Scalco y yo estamos en plenas condiciones de reconocerlos.

Prometí que lo mantendría informado, paso a paso, y recordé que su colaboración sería decisiva para localizar los autores de la operación. Me despedí garantizando que volvería, cuando tuviese más datos en la mano.

Regresé de Uruguay convencido de que el apoyo de Guazzelli, en aquel momento, era todavía más crucial. Y la eficacia de su apoyo dependía, cada vez más, de nuestra colaboración.

Las presurosas declaraciones del coronel Moura Jardim, en incondicional apoyo a sus hombres, confirmaban que la policía estaba menos interesada en investigar el secuestro de que en absolver a todos los 4.500 agentes de la Secretaría de Seguridad – incluyendo los casi 200 policiales del DOPS. Guazzelli tenía buenas intenciones para elucidar el caso, pero ninguna retaguardia para ejecutarlas. El noticiario de radio, que yo oí todavía en Punta del Este, confirmaba esa impresión.

Aún así, cumpliendo mi promesa, busqué al gobernador tan luego llegué a Porto Alegre, de regreso de Uruguay. Fui a encontrarlo en la mañana del jueves, horas antes de la solidaria entrevista del secretario de Seguridad en aquel día. Guazzelli estaba en la sala VIP de las autoridades del aeropuerto Salgado Filho, aguardando la llegada del ministro de Marina, almirante Geraldo Azevedo Henning.

Lo llevé para un rincón de la sala y le hice un relato breve de nuestros descubrimientos en Uruguay. El relato del niño, la identificación del edificio de Seguridad, el reconocimiento de las fotos.

–Las sospechas se transformaron en convicciones, gobernador –avisé–. El DOPS esté comprometido con el secuestro.

–¿Tú aceptas mirar las fotos de todo el personal del DOPS, para intentar reconocer los secuestradores? –propuso Guazzelli.

–Claro, gobernador. Pero ¿quién me garantiza que veré realmente todas las fotos de la policía? –dudé.

–Yo hago lo siguiente –insistió él–. Mando al secretario Moura Jardim a requerir el fichero del DOPS, los dos se encierran en una sala y constatan las fotos una por una... ¿Y entonces?

–Gobernador, si dependiese sólo del señor, no habría problema. La cuestión es que, ahora, yo no confío en su secretario de Seguridad. El DOPS está envuelto directamente en el caso, y el señor no está siendo correctamente informado por su secretario. Entre el señor y la policía, gobernador, ¡el coronel prefirió quedarse con la policía! –advertí.

Guazzelli permaneció unos segundos en silencio, fisonomía cargada, la mano en mi hombro, pero no respondió. Reafirmé una vez más que lo mantendría informado personalmente, me levanté y me despedí. Él vino detrás de mí, para atender el grupo de reporteros de radio y televisión que lo acechaban, del otro lado de la pared de vidrio de la sala VIP, con su parafernalia electrónica.

Delante de los micrófonos, el gobernador repitió la determinación, transmitida a sus asesores directos del área policial, de realizar una investigación capaz de apuntar a los nombres de los implicados. Capaz de lavar la honra de Rio Grande. Era jueves 7 de diciembre.

Cinco días después, un experimentado policía de alta jerarquía del DOPS sería implicado públicamente en el secuestro –pero la acusación no sería obra de ningún asesor de Guazzelli, ni la hazaña de un brasileño.

La proeza cabría a un francés, callado y anónimo, que ni siquiera hablaba portugués.

13
El dedo

Palmeira das Missões, marzo de 1976

Porto Alegre estaba muerta el viernes 8 de diciembre, feriado dedicado a Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción.

La ciudad parecía paralizada, inmóvil –menos el huésped del departamento 1404 del hotel Plaza San Rafael.

Él desarrollaba una intensa actividad aquel santo día. Conoció el departamento de la calle Botafogo, en compañía del abogado Omar Ferri, conversó con el cardenal Vicente Scherer, visitó al cónsul italiano Ilario Dinalli. Después de saborear las delicias de la carne gaúcha en la churrasquería del hotel, el discreto y elegante Jean-Louis Weil, 40 años, con el rostro permanentemente rosado y los cabellos plateados repartidos lateralmente, subió para su habitación en el piso 14 animado por la rara oportunidad que tendría en las siguientes dos horas y media.

El jurista oiría el testimonio de una operación represiva uruguaya en el exterior, una empresa clandestina que nunca dejaba rastros ni relatos, mucho menos sobrevivientes.

Oiría el relato de un reportero. Mi testimonio.

–Por lo que sé, es la primera vez que un secuestro de este tipo es testimoniado. Este es un hecho de máxima importancia y ayudó a determinar el fracaso de la operación. El matrimonio y los niños reaparecieron vivos, en Uruguay, por causa de la presencia de testigos en el departamento, en el momento del secuestro – declaró Weil, después de oír mi relato completo, que él anotó en un block de papel con bolígrafo negro y el esmero de un copista medieval.

Ni él entendía mi portugués, ni yo su francés. Nuestra comunicación contaba con una excelente traductora, la periodista Letânia Menezes, que había vivido en París y ahora ejecutaba trabajos como *freelancer* en la sucursal de Abril.

Weil era un especialista en el tema macabro de desapariciones políticas en el Cono Sur. Dos veces había visitado Uruguay, como miembro de comisiones internacionales de derechos humanos, y relacionó más de cien secuestros patrocinados por el régimen de Montevideo en el exterior. Jurista delante la Corte de París, Weil traía una triple credencial, representando entidades inf uyentes como el Movimiento Internacional de Juristas Católicos, la Federación Internacional de Derechos del Hombre y el Secretariado Internacional de Juristas por la Amnistía en Uruguay (SIJAU).

–Había por lo menos un militar uruguayo en el departamento, en el momento en que usted apareció –me dijo Weil, con la convicción revestida de voz mansa, serena, medida, como si hablara en un confesionario–. Eso es absolutamente cierto.

En su primera visita oficial, Weil, el sábado, fue acompañado por Omar Ferri y dos representantes más de la *Ordem dos Advogados do Brasil* (OAB). El anfitrión, el vicegobernador Amaral de Souza, era aquel día la mayor autoridad en el Estado por la ausencia temporal de Guazzelli. A pesar del calor de diciembre, fue un encuentro frío. El anfitrión era un duro patriota, poniendo cara de malvado delante del extranjero insolente.

–No existe violación de derechos humanos en Brasil – garantizó Amaral de Souza, dejando claro que recibía a los abogados de la OAB que lo acompañaban, no al jurista de Francia. Cuando Weil pidió, gentilmente, que el futuro gobernador facilitara un encuentro suyo con autoridades de la seguridad estadual, Amaral exageró:

–Dr. Weil, aquí en Brasil el DOPS y la policía tienen libre los fines de semana...

–Pero, *monsieur,* casualmente el secuestro ocurrió un domingo – replicó el francés, con una expresión de piedra congelada en el rostro. Amaral insistía en huir del tema, diciendo que la competencia del caso era exclusivamente de la Policía Federal. La palabra que Weil más oía de la intérprete, y que más lo irritaba, era *compétence, compétence...*

El diálogo no prosperaba, delante del clima glacial impuesto por el anfitrión, que insistió en la ofensiva y osó discutir un aspecto, para él vulnerable, de la realidad francesa: los derechos humanos. Recordando que había visto por la televisión días antes un grupo de agricultores de Francia siendo víctimas de represión, Amaral de Souza condenó:

–La policía francesa golpeaba con mucha violencia, Dr. Weil. En Brasil no sucede eso. Aquí no tenemos esa violencia...

Los fotógrafos que documentaban el encuentro entre los dos perdieron el foco. No consiguieron asegurar la risa unánime y espontánea que dejó al vicegobernador más ruborizado que el rosado jurista francés:

–Las entidades que el señor representa, doctor Weil, deberían también tratar de eso –predicó el brasileño.

La conversación sucumbió ahí.

Ambos se despidieron con un helado apretón de manos y una doble derrota.

Weil no consiguió convencer Amaral de Souza de que la Francia del político Giscard d´Estaing era una democracia.

Y Amaral de Souza no consiguió persuadir Weil de que el Brasil del general Geisel era inocente en el secuestro.

14
El carcará (El carancho)

Río de Janeiro, diciembre de 1978

El domingo 10, todavía impresionado con la fría recepción que tuviera en el gabinete del vice gobernador, Jean-Louis Weil fue recibido por Synval Guazzelli en el Piratini, la sede del gobierno.

Fue un contacto más cordial y caluroso en el ala residencial del palacio. El francés continuaba acompañado de Omar Ferri más dos abogados de la OABgaúcha. Weil oyó más de lo que habló. Guazzelli habló menos de lo que podría. Íntimamente Guazzelli comenzaba a juntar informaciones embarazosas que no debía proclamar como gobernador, pero podía desahogarse con un amigo.

El gobernador no escondía su preocupación con el caso. Dijo que la Secretaría de Seguridad, con base en investigación preliminar, negaba cualquier participación. Reconoció que la declaración de Camilo, en Montevideo, exigía una investigación más profunda. Y garantizó:

–Doctor Weil, Rio Grande no tiene nada que esconder de la prensa.

El encuentro, a pesar de ser ameno, acabó en el lugar común de siempre. El gobernador acompañó los visitantes hasta el hall de la residencia oficial. En la despedida, la sangre italiana de Guazzelli y Ferri habló más alto. Con serenidad, Ferri pasó el brazo sobre el hombro del gobernador, como viejos amigos caminando en la plaza al fin de la tarde, y cuchicheó:

–¡Pero que fue secuestro... fue, Synval! –lo provocó, con aquel modo natural que ignoraba la figura de autoridad y dejaba todo tan espontáneo.

–Para que veas, Ferri...– completó Guazzelli, con una sonrisa que intentaba amenizar la gravedad del caso–. ¡Cuando los nombres de las personas son más importantes que los hechos!...

Ferri, atropellado por el ritual de apretón de manos junto al portón, no tuvo tiempo de profundizar la conversación interrumpida. Pero más que un desahogo, la frase del gobernador sonaba como una revelación intrigante. ¿Qué nombres serían más importantes que el hecho? ¿Al final, qué sabía ya el gobernador?

Por primera vez una autoridad sugería que la identidad de los secuestradores podría ser más importante que el secuestro. Una premonición, tal vez, sobre el mecanismo de protección que se armaría para sofocar la investigación del caso.

En el trayecto hasta el aeropuerto, Letania, que acompañaba a los dos en el auto, tradujo para el francés el extraño diálogo, entre el gobernador y el abogado, una conversación que Weil no había captado. El jurista embarcó en el avión rumbo a Rio de Janeiro con el equipaje cargado de fuertes convicciones. Ellas fueron expuestas en el último momento de su presencia en suelo brasileño. En el aeropuerto del Galeão, poco antes de embarcar en el *Concorde* que lo llevaría a París el lunes 11 de diciembre, dio su última entrevista a la prensa nacional y extranjera.

Weil aclaró que, del punto de vista técnico, la operación en la capital gaúcha mantenía el patrón de decenas de otros secuestros realizados por la dictadura de Uruguay en Argentina. Había una rutina de procedimientos en la represión de varios países que denunciaba una coordinación internacional en la represión del Cono Sur. Entidades de derechos humanos y comunidades de exiliados percibían su existencia. Sentían su amenaza. Presentían su sombra. La sombra de un buitre. De un cóndor.

Esta vez, el jurista francés destacaba una diferencia en el caso de Porto Alegre. La desaparición de los uruguayos había dejado testimonios. El testimonio de reporteros.

–La declaración del testigo del secuestro, periodista Luiz Cláudio Cunha, dada su precisión, calma y honestidad intelectual, confiere confiabilidad a los hechos, en cada detalle conocido.

Weil anunció que las entidades que representaba enviarían a la ONU un duro informe sobre el secuestro, implicando Brasil y Uruguay. Él clasificó de "muy delicada" la posición de la Policía Federal brasileña, al sustentar la "escenificación" montada por los órganos de represión uruguayos.

–La responsabilidad no puede ser atribuida a policías, y sí a los dos Estados, según los principios del Derecho Internacional – recordó el jurista francés.

Defendió a Lilián Celiberti de la acusación de terrorista y contó que, en febrero de 1978, ella había prestado declaración sobre los refugiados uruguayos desaparecidos en el exterior ante la Comisión de los Derechos del Hombre de la ONU, en Ginebra, delante del propio delegado oficial de Uruguay en la entidad, un diplomático llamado Jean Bunot.

–Desde entonces –resaltó Weil–, la dictadura uruguaya no perdona más a Lilián su lucha por la amnistía y por los desaparecidos.

El francés identificó entonces las siglas y los nombres que hacía el secuestro todavía más importante en Uruguay y en Brasil. Tiró cuatro veces, acertó tres.

La sigla de allá que nadie todavía conocía aquí era el OCOA, el CODI uruguayo. Él estaba infiltrado en cada una de las cuatro divisiones en que se dividía el

Ejército uruguayo. Mezclaba hombres del Servicio de Inteligencia de Defensa (SID) con bandoleros del "Escuadrón de la Muerte" de la policía uruguaya, juntos en una organización secreta que operaba fuera de la cadena de comando de los cuarteles, subordinada directamente a los generales y al Comandante del Ejército. Era el brazo largo de la represión en el exterior.

El jurista francés denunció el nombre del director del SID, general Amaury Prantl. En los años 60, él dirigía la fuerza antidisturbios de la Guardia Metropolitana de Montevideo. Se aproximó a la estación local de la CIA y asumió como supervisor del centro de escucha telefónica que la agencia mantenía en la embajada de los Estados Unidos, según el ex agente de la CIA Philip Agee, que operó allí durante dos años.

El OCOA actuaba en Buenos Aires en conjunto con el argentino Servicio de Inteligencia del Estado (SIDE). Fue el responsable por el montaje de Automotores Orletti, el centro de torturas de la capital porteña comandado por José Nino Gavazzo, el mayor uruguayo que tomó el bebé Simón de los brazos de su madre. Gavazzo era el brazo derecho de Prantl.

Weil miró al general y al mayor como mandantes uruguayos del secuestro en el Sur. Erró el tiro. Ambos ya estaban fuera de la tropa. Prantl y Gavazzo habían publicado, entre abril y junio de 1978, un panfeto clandestino de extrema derecha, *El Talero*, acusando al comandante del Ejército, Gregorio "Goyo" Álvarez, de "traición" por supuestos contactos políticos con el exiliado senador Wilson Ferreira Aldunate. Álvarez era un línea dura que tuvo el hermano, coronel, muerto por la guerrilla de los Tupamaros. Se volvió una fiera con la denuncia. El comandante descubrió la autoría del panfeto en julio y, para escapar a la corte marcial, Prantl y Gavazzo pidieron pasar a la reserva – cinco meses antes del secuestro de Porto Alegre. De ese crimen ellos eran inocentes.

Weil erró en los nombres uruguayos, pero acertó en la sigla. La Compañía de Contrainformaciones, que mandó los capitanes Eduardo Ferro (alias Guillermo) y Glauco Yannone (Javier) en el rastreo de Lilián y Universindo, era de hecho subordinada al OCOA – el organismo que se reportaba directamente al Comandante del Ejército. El enlace entre el general Gregorio Álvarez y los militares del OCOA y de la Compañía era el Estado Mayor del Ejército, comandado por el general Manuel Núñez, nombre clave 'Rojo Bravo'. Bajo sus órdenes estaba el Departamento II, administrado por el coronel Calixto de Armas, nombre clave 'Rojo Maíz'. A él se reportaba directamente el mayor Carlos Alberto Rossel (Gustavo), el jefe de la Compañía que recibió a Lilián y al capitán Ferro en Rivera, en la fuga precipitada

de Brasil. Esa era la cadena de mando del secuestro de Porto Alegre. Al apuntar al OCOA, Weil acertó en la cabeza.

Al denunciar la parte brasileña del secuestro, Weil acertó de lleno. En la sigla y en el nombre. Acusó al DOPS gaúcho y su agente más famoso.

Seelig. Pedro Seelig.

Un delegado con fama de carcará.

Carcará o carancho, un halcón predador que 'pega, mata y come', según el refrán famoso de la música *Carcará,* de João do Vale, que lanzó la carrera de la cantante brasileña Maria Bethânia en 1964, año del golpe militar.[12]

* * *

La acusación de Jean-Louis Weil explotó en la prensa brasileña el martes 12 de diciembre – exactamente un mes después de la prisión de Lilián en el terminal de la 'Rodoviária'.

Cabía así a un jurista francés que ni hablaba portugués recitar el nombre del primer brasileño implicado en el caso Celiberti. Exactamente, el más célebre agente policial de Rio Grande do Sul.

–*Pedró Seelíg* – repitió Weil con acento galés, para no dejar dudas.

Sin acento, el delegado brasileño tenía la inflexión perfecta para el exigente tono del secuestro. A los 46 años de edad, Pedro Carlos Seelig era también el más notable policía de Rio Grande do Sul, fama producida por una estridente carrera que mezclaba su festejada eficiencia profesional con procesos en la Justicia por transgresiones funcionales.

Separado, casado por segunda vez en el Uruguay civilmente liberal de sus colegas Ferro y Yannone, Seelig era padre de tres hijos y tenía 22 años de policía, 10 de ellos cumplidos en el DOPS. A los 23 años cambió la boina de conductor de autobús por la boina roja, la chaqueta, el pantalón caqui con lista roja y el negro bastón de goma de la tropa de choque de la antigua Guardia Civil de Porto Alegre, formada por luchadores profesionales para dispersar tumultos. Ganó de los colegas de servicio el sobrenombre de *Caveirinha*[13], gracias a los ojos hundidos destacados por el rostro flaco y alargado. Fue golpeando que Seelig comenzó su irresistible ascenso en la comunidad policial, como escribano de tercera clase.

[12] El carcará, un falconídeo de 1m. 20cm. de envergadura, es un ave de rapiña típica de Brasil, pero sobrevuela desde Argentina hasta el sur de Estados Unidos. Es un predador oportunista que se alimenta de insectos, anfibios, ratones, cachorros de mamíferos y sigue los buitres en busca de carroña.

[13] (N.T.) *Caveirinha*, en portugués, 'calavera chica'.

Alto y vigoroso, golpeaba a sus adversarios como jugador de defensa de estilo duro y capitán respetado del escuadrón de fútbol de la Secretaría de Seguridad. La familia tenía lo policial en la sangre: tenía unos diez o doce parientes con apellido Seelig sirviendo en la corporación.

Daba para formar un equipo –y formaba.

La parentela integraba un unido y exclusivo equipo doméstico llamado 'Carcará'. Además del sobrenombre, lo que daba armonía al equipo era el lema inspirado de la música que atemorizaba a los adversarios: "pega, mata y come". El comisario de policía Omar Seelig, primo hermano de Pedro, definía:

–¡En el 'Carcará', del ombligo para abajo todo es canilla! Cuando el tipo no da palo, la gente llama y dice: "M' hijo, ¿cuál es la tuya? Ve para casa y ponte una falda, anda..."

Cuando explotó el golpe el 31 de marzo de 1964, Pedro Seelig estaba escalado providencialmente en el equipo del DOPS de Porto Alegre, capricho de la vida que ayudaría bastante a su concepto en la selección de estrellas que ahora silbaba en el país – los militares. En los cinco primeros años como policía, ganó tres promociones y, en el curso de delegado, que completó en el conturbado 1968, obtuvo el sexto lugar del bando. En junio de 1969, con el país ya inmerso en la dictadura del AI-5, Seelig af oró en el servicio de investigaciones de la División de Seguridad Social del DOPS. Allí proyectó definitivamente su carrera.

Seelig era discípulo del famoso Sergio Paranhos Fleury, delegado del DOPS paulista que atraía la atención internacional por las denuncias de tortura en la represión política y por sus lazos fraternales con el 'Escuadrón de la Muerte' en São Paulo. Se hizo amigo de un astro en ascenso en la comunidad de información, el mayor Carlos Alberto Brillante Ustra, que comandaría el DOI-CODI de São Paulo en su fase más dura (1970-1974).

Inspirado en esos buenos ejemplos, Seelig fue promovido en 1970 a la dirección de la División de Seguridad Social del DOPS gaucho. Pasó a capitán del equipo de la represión en el momento en que siete organizaciones de izquierda –VPR, VAR– Palmares, M3G, POC, ALN, M-26 y FLN – entraban en la cancha en Rio Grande do Sul, para disputar el juego bruto de la lucha armada.

Ganó por goleada: en enero de 1971, contabilizaba la prisión de 256 izquierdistas y la aprehensión de quince ametralladoras, 49 pistolas, nueve automóviles, 27 mil dólares y millones de cruzeiros. Investigó trece asaltos a banco practicados por la izquierda. Escudriñó la tentativa frustrada de secuestro del cónsul americano Curtis Cutter por un comando confuso de la guerrillera Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR).

En 1970, en la 2ª Sección del III Ejército, Seelig conoció un astro de la represión con varios nombres y mucho renombre. En la lista de alumnos de 1959 del curso del Military Police Of cer de la siniestra School of Americas, su futuro amigo aparecía como Paulo Magalhães, todavía un anónimo segundo teniente. Diez años después, como capitán de caballería, él servía al Centro de Informaciones del Ejército (CIE) en la Policía del Ejército (PE) de Rio bajo el nombre de Francisco Paulo Malhães. Cuando encontró a Seelig en el CIE de Porto Alegre en 1970, ya usaba simplemente el sobrenombre de Malhães.

Ese año, la OBAN (Operación Bandeirantes) – la madre de todos los DOI-CODIS– completaba un año de vida. Malhães, entonces, dijo a un preso de la guerrilla VAR –Palmares a quien interrogaba:

–La danza cambió, mi viejo. ¡Ahora la barra está pesada!

La barra estaba tan pesada que, en la danza de la represión, Malhães subvertía hasta la jerarquía.

–Pero yo preciso dar explicaciones a los periodistas – suplicaba el coronel Jayme Mariath, entonces secretario de Seguridad de Rio Grande do Sul.

–Aquí quien manda soy yo, aquí nadie se mete – replicaba el mayor Malhães, con la insubordinación natural de quien conocía la invertida cadena de mando en la anarquía de la dictadura.

Malhães mandó también en la selva, en las sesiones de interrogatorio de los combatientes presos en 1972 en la guerrilla del Araguaia, sur del Pará, en Amazônia. Al año siguiente, en Santiago de Chile, jugaba en el Estadio Nacional, una construcción inspirada en el estadio construido por Hitler para las Olimpíadas de Berlín en 1936. Además de la arquitectura, en 1973 el estadio chileno presentaba otra semejanza con el III Reich: temblaba ahora con los nervios de cuarenta mil personas asustadas con los métodos nazis de las tropas de Pinochet, que transformaron el lugar en campo de concentración y tortura. Malhães no estaba allá como espectador, sino participando de los interrogatorios de los exiliados brasileños presos en el torbellino del golpe del 11 de setiembre de Pinochet. Malhães volvió de los Andes consagrado por el seudónimo de 'Doctor Pablo'. Era el número 180 de una lista de 326 militares y policías brasileños envueltos en la tortura, según denuncia de presos políticos enviada en carta a la OAB en octubre de 1975.

La lista completa fue publicada por *Em Tempo*, diario alternativo de São Paulo. Abría con 'Fininho', policía del 'Escuadrón de la Muerte' paulista, cerraba con 'Zé Bonitinho', un torturador gay del DOI-CODI de São Paulo. Allí figuraban entre otros el coronel Ustra (número 43), el juez de fútbol Dulcidio Wanderley Boschilla

(75), el empresario Henning Boilesen (106), el coronel Jayme Mariath (125), y el brigadier João Paulo Burnier (137).

Pedro Seelig era el número 285 de la lista, 43 posiciones al frente del delegado del DOPS paulista Sergio Fleury, el ídolo de todos ellos.

Fleury, el carcará-rey, era temido. Hasta el general le tenía miedo. En diciembre de 1973, a cuatro meses de asumir la jefatura del SNI, el general João Baptista Figueiredo comentó con Geisel y Golbery el cerco del promotor Helio Bicudo contra el 'Escuadrón de la Muerte' paulista y su jefe, Fleury:

Un mes después de la pose de Geisel, el poderoso ministro de la Casa Civil, general Golbery del Couto y Silva, se mostraba incómodo con la figura de Fleury, reo en procesos de extorsión y ejecuciones del escuadrón que mezclaba policías y traficantes de drogas.

–¡Tira ese hombre de ahí! Coloca ese hombre de vacaciones, mándalo de paseo a la China. A propósito, el jefe [*Geisel*] está de acuerdo con eso. Es una burrada tener ese hombre a la vista de todo el mundo – reclamaba el hechicero del régimen en llamado telefónico el 11 de abril de 1974 al secretario particular de Geisel, Heitor Ferreira.

Golbery tenía una solución doméstica, menos oriental, para resolver el problema Fleury. El general sugirió a Heitor:

–Mándalo para Foz de Iguacu. Tienen un negocio donde crían yacaré, mándalo tomar baño allá. Ese es bandido. Ese es un bandido. Ahora, prestó servicios y conoce mucha cosa.[14]

Evitando los yacarés de la política y cultivando los carcarás de la represión, Pedro Seelig también prestó servicio, conoció mucha cosa y afirmó su imagen junto a los militares. Porte atlético, tenía más músculos que gordura dispersos por el cuerpo esbelto de más de un metro ochenta. Tenía sastre propio y preferencia por conjuntos deportivos, tipo safari. Por el talle elegante, Seelig parecía predestinado a la pasarela iluminada de modelo de tienda de ternos de diseño, no a los corredores sombríos de las celdas de la represión. Su alineada cabellera precozmente canosa, partida al medio, caía en ondas disciplinadas sobre las orejas, el cuello y las patillas. El rostro anguloso, ahora más rectangular, exhibía trazos duros, esculpidos con cincel prusiano. Gruesas cejas, más oscuras que los cabellos, acentuaban la frialdad de la mirada. La línea aguda de la nariz se imponía sobre los labios finos y el maxilar cuadrado. La piel más oscura de la cara mostraba que los pelos rígidos de la barba resistían la lámina matinal con una rebeldía crónica, casi subversiva.

[14] Gaspari, 2003, p. 398-399.

En el trabajo, conforme testimonio de ex detenidos suyos, Seelig sabía alternar el habla mansa con el rigor y la rudeza necesarios para extraer lo máximo posible de informaciones de los presos políticos en el tiempo mínimo indispensable. En la sala de tortura del DOPS, su presencia era anticipada por el olor indefectible del perfume que usaba y por el nombre de guerra 'Mayor' con que era tratado por los subordinados. Intentaba ser claro y directo por el uso de jerga y de palabrotas de los más jóvenes.

–¿De qué se está riendo? –reclamaba en 1977 en la celda del DOPS con un barbudo estudiante de periodismo de la Universidad Federal. El joven reía nervioso, acorralado por las preguntas, por la fama y por el perfume penetrante de *Pedrão,* sobrenombre superlativo que Seelig recibiera de la muchachada de izquierda, barbuda y melenuda.

–¡Me miras cuando hablo, mierda! ¿Qué edad tienes, pelotudo? ¿Tu padre sabe que andas metido en esas cosas, huevón?

A partir del segundo semestre de 1970, la fase más aguda de la represión política del recién asumido gobierno del general Médici, los presos del DOPS de Seelig fueron obligados a usar capucha en los interrogatorios. El Instituto Médico legal recibió órdenes superiores para no exigir más de presos oriundos del DOPS la anamnesia, el histórico clínico del paciente anterior al primer examen. El objetivo era claro: convencer a los médicos de olvidar la fase de duro interrogatorio aplicado por el equipo del superlativo *Pedrão*.

A pesar del recato, Seelig ganó de la prensa el título de 'Fleury de las Pampas'. La fase violenta del delegado está marcada por las cicatrices de la Justicia en su manchada hoja funcional: en 1957, Seelig fue procesado por crimen de lesiones corporales y, en 1958, por agresión. Antes del secuestro de los uruguayos, el momento más difícil de su carrera ocurrió en 1973, cuando enfrentó una CPI (Comisión Parlamentaria de Inquisición) en la Asamblea Legislativa y la amenaza de juicio por el Tribunal de Justicia de Porto Alegre en proceso de homicidio calificado, acusado de la muerte por ahogo de su hijo adoptivo, Luis Alberto Pinto Arébalo, de 17 años.

En la mañana del día 6 de febrero de 1973, sospechoso de haber robado una pequeña cantidad de dinero de una asociación comunitaria presidida por Seelig, el menor fue llevado para una de las celdas del DOPS para pasar "un susto" – por orden del padre adoptivo. Pasa por dos sesiones de golpes en la 'fosa', la principal sala de torturas en el fondo del corredor. Media hora de golpes. En la tarde, al oír la voz del delegado, lo llama. Seelig abre la puerta y se espanta con lo que ve.

–¿Qué hicieron contigo, gallo? No era para hacer eso con el muchacho –dice, mirando con cara fea a tres de los carcarás de su equipo.

Cuando Seelig sale, ellos devuelven a Arébalo a la 'fosa'. Veinte minutos más de palos, esta vez metiendo una manguera de agua en la boca. El muchacho se ahoga, pasa la noche agonizando, temblando de frío, respirando mal, con dolores en el pecho. Enrollado en una frazada, suda delante de un gran ventilador conectado todo el tiempo. Horas después, más machucado que asustado, Arébalo es transferido a la carrera para el Hospital Sanatorio Partenon. Susurra a su hermana Celsa, jefa del servicio de proyección del hospital:

–Esos tipos me golpearon... ¡Aquellos tipos de allá, eh!

Murió cuatro horas después, el día 8 de febrero –y no fue de susto. El informe de necropsia dice que falleció por "insuficiencia respiratoria aguda, consecutiva de ahogo parcial", antecedida por traumas que debilitaron el joven. El ahogo, escribieron los legistas, fue comprobado por la presencia de plancton mineral en los asustados pulmones del muchacho.

Indiferente a esas líquidas evidencias, la mayoría gobiernista de la CPIdeshidrató la denuncia y concluyó secamente – por cuatro votos de la ARENA de los militares contra tres del MDB oposicionista – que Seelig podría al máximo ser acusado de 'abuso de autoridad'. En la Justicia, el juez Luiz Carlos Castello Branco, alegando falta de pruebas, absolvió el delegado. Emotivo, Seelig lloró delante de la familia y los amigos policiales. Humilde, se dobló delante de los fotógrafos de los diarios, persignándose en un banco de la iglesia y orando con fervor en la misa por el alma del finado. Parecía un padre devastado, no un delegado incriminado.

Seelig, sin embargo, tenía más fe en la fuerza terrena que en el bálsamo divino. Especialmente en la fuerza verde oliva. Rostro compungido todavía de dolor, poco antes de la sentencia del juez se sometió a una reconfortante ceremonia castrense: la entrega solemne por el Ejército de la "Medalla del Pacificador", honor militar concedido siempre por indicación de un general y entregado sólo a aquellos que se destacaron en la lucha contra la subversión. Él tenía el amparo de la fuerza terrestre.

El delegado, al contrario del hijo, era inmune a sustos. Pedro Seelig era uno de los intocables del régimen.

Después del caso Arébalo, el delegado tuvo dos veces la refrescante sensación de la buena imagen junto a la opinión pública. En 1974, cuando todavía respondía al proceso por homicidio, Seelig comandó una escandalosa operación policial para rescatar al niño Alexandre Möeller de las manos de sus secuestradores – el chico acabó siendo rescatado por agentes de la Policía Federal de Caminos.

En 1977, en nueva acción sensacional, Seelig coordinó las investigaciones sobre seis niños de un barrio de la capital, el Cristo Redentor, secuestrados por el co-

merciante Santino Ferreira – pero el secuestrador, en otro percance frustrante para él, acabó siendo preso por una anónima patrulla de la Brigada Militar.

En esa época, el Internacional era el gran equipo del país, con Paulo Roberto Falcão, Paulo César Carpegiani y el defensor chileno *don* Elías Figueroa. Para desesperación de los hinchas del club rival, Grêmio, ya acumulaba el segundo título de campeón brasileño de fútbol. Era común entonces encontrar a Seelig, fanático hincha colorado, en los vestidores del estadio Beira-Río confraternizando con jugadores y dirigentes después de las grandes victorias del Internacional, a las que él asistía cómodamente instalado en una de las cabinas reservadas a la prensa.

Durante el campeonato gaúcho de 1978, él mismo organizó el esquema de seguridad del equipo colorado en algunos juegos más arriesgados del interior. El delegado circulaba por los corredores del DOPS y por el césped del Beira-Río con la misma familiaridad. Su gran amigo y estrella principal del Inter, el medio campo Paulo Roberto Falcão, tenía como procurador el entonces preparador físico del equipo, Reinaldo Jorge Salomão –hijo de un cuñado de Seelig y también delegado del DOPS. El crack colorado, que él conocía desde 1974, retribuía su presencia en el estadio visitándolo en la Policía.

–Mira, yo soy sospechoso para hablar de Pedro, porque somos muy amigos –decía Falcão, burlando con la elegancia habitual las preguntas de la prensa.

Pedro Seelig gozaba todavía los efectos de ese intervalo de héroe cuando la inesperada denuncia del francés Weil, envolviendo su nombre en el caso Celiberti, lo hizo cambiarse la camiseta de colorado por el traje de delegado del DOPS, retrocediendo de nuevo a la condición de villano.

El carcará volvía a sobrevolar el Estadio.

El vuelo rasante de Seelig, ahora, iría pegar, matar y comer la credibilidad del periodismo, en una página especialmente infeliz de la prensa de Rio Grande do Sul.

* * *

Los diarios gaúchos del martes 12 de diciembre, reaccionaron con exagerada cautela a la acusación contra el temido Seelig. Inexplicablemente suprimieron del texto de la materia el nombre del delegado gaúcho denunciado por el jurista francés. Precavidos, los diarios de la tierra patearon lejos la responsabilidad, identificando la Agencia Jornal do Brasil (AJB) como la fuente de aquella noticia en que los nombres parecían más importantes – y embarazosos – que los hechos.

En la Caldas Junior, la mayor empresa periodística del Estado, ninguno de sus tres diarios publicó la grave acusación de Weil. Faltó más que palmo y medio de coraje a los diarios de Breno Caldas. El principal órgano, el *Correio do Povo,* publicó una nota vergonzosa en pleno noticiario policial, en la página 5, con un titular

que escondía más de lo que revelaba: "Abogado francés denunció las autoridades responsables".

Tuvo el cuidado de no dar en el texto ningún nombre brasileño, sólo uruguayo. Dijo que el secuestro había sido realizado por un comando del OCOA uruguayo, "comandado por el general Amaury Prats (*sic*), con la participación de policías brasileños del DOPS de Porto Alegre". Además de confundir al uruguayo Prantl con el general chileno Carlos Prats, asesinado por la dictadura de Augusto Pinochet en Buenos Aires en 1974, el diario escondió el nombre de Seelig, pronunciado con todas las letras por Weil.

El mismo fraude fue cometido por los otros dos diarios de la casa, la *Folha da Manhã* y la *Folha da Tarde.* Sólo ocho horas después, el miércoles 13, el vespertino de la Caldas Junior se atrevió a escribir el nombre del delegado, en una noticia bajo otro titular camuf ado en la página interna: "Secuestro. Abogado hace nuevas acusaciones contra los integrantes de la policía gaúcha".

En un texto acobardado, la *Folha da Tarde* sólo menciona el nombre de Seelig en el sexto párrafo. Aún así dedica cuatro líneas a la acusación y quince a la defensa del delegado, en que él mismo desdeña la denuncia.

El principal concurrente de la Caldas Junior, la *Zero Hora*, tuvo un tropiezo más visible en la edición del martes 12. Estampó su falta de coraje y mal periodismo en la primera página, con un titular igualmente medroso: "Abogado francés acusa general uruguayo por el secuestro".

El tal general "habría contado con el auxilio de policías brasileños", desinformaba el subtítulo del diario. Allá adentro, en materia secundaria de la página central, la *Zero Hora* continuaba escondiendo la información esencial sobre el nombre del primer agente brasileño denunciado. El coraje que sobró para identificar el general Prantl faltó vergonzosamente a la hora de nombrar a Seelig.

No era la primera vez que *Zero Hora* tropezaba delante del secuestro.

Trece días antes, en la noche del miércoles 29 de noviembre, el diario tenía en las manos el explosivo testimonio del chico Camilo apuntando el edificio del DOPS gaúcho como su local de cautiverio. Era un material exclusivo enviado por los reporteros de la Agencia *CooJornal.*

El reportaje de la agencia había sido comprado también por otros dos diarios, uno de São Paulo y otro de Brasília. El editor–jefe del diario, Carlos Fehlberg, hasta cuatro años antes secretario de Prensa del Palacio del Planalto en el gobierno Médici, debe haber hallado aquel fardo demasiado pesado para cargarlo solo. Apenas bajó el reportaje para la oficina con una insólita y refractaria advertencia en la abertura del texto:

Esta materia, redactada por el reportero Tomás Pereira, del *CooJornal*, está siendo publicada hoy simultáneamente en los diarios *Folha de S.Paulo* y *Jornal de Brasília.*

Cuidados inútiles. Durante la madrugada el reportaje, ya fotolitado y pronto para impresión, desapareció misteriosamente de la boca de la rotativa. Fue substituido en la mañana siguiente, jueves 30, por explicaciones poco convincentes del tartamudeante editor jefe a los irritados editores de la redacción. El lector gaúcho, al contrario de los otros brasileños que leyeron el diario aquel día, no tuvo el derecho de saber que su propia policía era sospechosa de connivencia en el secuestro binacional.

La noticia sólo salió en la *Zero Hora* del día siguiente, viernes 1º de diciembre, haciéndose eco así de la repercusión en el Legislativo gaúcho. "Debate en la Asamblea sobre participación del DOPS en el secuestro", decía el cuidadoso llamado en la primera página del diario. Colocaba la denuncia en la boca del diputado Waldir Walter, del MDB, "basándose en materia publicada en el diario *Folha de S. Paulo"* –aclaraba el periódico gaúcho, lavándose las manos con la propia incompetencia periodística.

Al final, el diario paulista acabó publicando sin resalvas y sin miedo el mismo reportaje de la Agencia CooJornal que la *Zero Hora* había comprado con exclusividad, pero que, extrañamente, había dejado en la gaveta.

Carlos Fehlberg era un reportero experimentado y un avezado editor político. Dejó la asesoría de prensa del Planalto al final del gobierno Médici para asumir por 17 años el puesto de comando del diario que, bajo su jefatura, se convirtió en el más importante del sur brasileño. Delante del secuestro, sin embargo, él cojeaba como un principiante.

Esa vacilación inicial de la prensa de Rio Grande no disipó las graves sospechas sobre el delegado. Procurado aquel día por los reporteros para comentar la acusación de Weil, Seelig prefirió justificar el ataque por las glorias del pasado.

–Todo eso no pasa de mera especulación. Es más un cargo por haber acabado con el terrorismo en Rio Grande do Sul. Crié fama, quedé registrado por haber acabado con los grupos de izquierda – recordó, hablando sin modestia de su propia grandeza.

–¡Todo lo que sucede ahora es culpa de Pedro! – reaccionó, hablando en tercera persona, como si se tratara de una entidad ajena. Un carcará volando alto, distante.

En Brasília, el canciller Azeredo da Silveira, incapaz de probar si el delegado gaucho estaba o no envuelto en un crimen de repercusiones internacionales, prefirió golpear al jurista francés.

–Yo pienso que el Sr. Weil no tiene nada que ver con eso.

El jurista, tal vez no. Pero el delegado y el gobierno del canciller, ciertamente sí.

* * *

Desde la denuncia de la operación, los comunicados militares en Uruguay y las vacilaciones policiales en Brasil ayudaban a consolidar la idea de que un crimen había sido cometido por agentes de un lado y otro de la frontera. Un mes después del secuestro, sin embargo, nuestras convicciones chocaban con un obstáculo insuperable: no había nuevas pistas. No existían otros testimonios capaces de abrir brechas en el sólido muro de silencio levantado en torno a la operación de la calle Botafogo.

El desaliento, una vez más me invadió. Después de la oportunidad desperdiciada de abortar el secuestro, aquella tarde del 17 de noviembre, yo veía ahora crecer el riesgo de que la denuncia, nacida con atraso, sucumbiera luego la cuarta semana de vida por falta de oxígeno – en el caso, el aire vigorizante de nuevas evidencias.

Me incliné ante el peso de esa doble derrota. Estaba abatido por la imposibilidad de contener el torrente de mentiras que amenazaba ahogar nuestra historia. La vieja y pura verdad no estaba librándome del fracaso.

Un gusto amargo me invadía la boca, la cabeza pesaba, la columna parecía permanentemente tirante. La incertidumbre sobre qué hacer me dejaba cansado. La tensión permanente, agravada por el callejón sin salida para nuevas pistas, reforzaba mi expresión visible de cansancio. Fue con esa sensación de vacío, ampliada por un fin de semana absolutamente inocuo e improductivo, que salí de la oficina de Ferri y me senté en el asiento de atrás del taxi la tarde monótona del lunes 18 de diciembre.

En mi horizonte sólo veía una semana más de decepción y trabajo inútil por el frente. No había ideas, informaciones, pistas,

No había nada – sólo Kadão, sentado a mi lado.

Minutos después, al desembarcar frente a la sucursal, mi cabeza estaba más pesada todavía. Había acabado de sobrevivir, en el taxi, a un interrogatorio inesperado del siempre persistente Kadão. Entramos en la sucursal, conversamos un tiempo y Kadão volvió a tomar un taxi.

Me quedé solo en la vereda, mientras veía el auto arrancar, doblar a la derecha en la esquina, dos cuadras adelante, y desaparecer en el tráfico pesado de la avenida.

Kadão había encontrado la salida del callejón.

Estaba en mi departamento, de noche, cuando Kadão reapareció. Traía con él tres fotos. Con la cara y el nombre de un viejo conocido mío.

Uno de los secuestradores de la calle Botafogo.

15
El Drible

São Paulo, diciembre de 1978

El gordo fumante de pipa sentado a mi lado, en el banco de atrás del taxi, era un desconforme. A cualquier eventual desaliento mío, él oponía una obstinada resistencia para considerar un caso perdido. Cualquier caso. Ese, al final, era el Kadão que yo conocía.

Kadão, sobrenombre de Ricardo Chaves, era más f aco en esa época, pero sus opiniones ya tenían el peso de las convicciones incorporadas que encantan y envalentonan. Con los años redondearía su perfil con una barriga imponente, un par de tiradores que combinaban con la elegancia de la corbata de moñita de las ocasiones solemnes y una sobresaliente barba blanca que haría de él una réplica de Ernest Hemingway.

Cuando lo llevé para trabajar conmigo a la sucursal de la Veja, sabía que Kadão era un fotógrafo competente que no se limitaba al clic de la máquina. Era el reportero vibrante que razonaba, preguntaba, dudaba, discutía y mejoraba el nivel de autocrítica de la redacción y el rendimiento de todos nosotros. Un detalle fundamental para dar consistencia y dinamismo al equipo pequeño pero versátil de la sucursal, que mezclaba experiencia con garra.

Felizmente, era él quien estaba a mi lado en el taxi, aquel fin de tarde del lunes 18 de diciembre. Por hábito, o sólo para provocarme, él se rehusaba a aceptar la hipótesis de que el secuestro sucumbía ante la carencia de pistas. Desafiando mi desánimo, Kadão se puso a especular y a preguntar, con el entusiasmo de quien comenzaba a tomar conocimiento del secuestro en aquel momento.

–A ver. Vamos a rodar todo el filme. Cuéntame de nuevo la historia –pidió.

–¿Cómo?... ¿Contar qué? –reaccioné, vacío de ideas.

–Todo, ché, desde el inicio. El llamado, la ida al departamento, la conversa de allá adentro, la salida. Debe haber alguna cosa que no hayamos hecho todavía. Algún detalle, alguna frase de ellos que nos ayude a retomar la investigación. Para quien no tiene nada, nada cuesta intentar. No tenemos nada más que hacer. Vamos, ¡desembucha! –replicó Kadão, con su lógica imbatible, iniciando el interrogatorio.

Aburrido, con el enfado de quien ve el mismo filme por enésima vez, reconté todo lo que él ya sabía. La voz al teléfono denunciando ladesaparición, la recepción

de Lilián, los hombres armados en la sala, la tembladera en las piernas, todo. Repetí una vez más el relato que pensé que ya fuese del conocimiento de Kadão.

–Después que el jefe nos devolvió las credenciales, la puerta se abrió y salimos para el corredor del edificio –conté–. Antes de llegar al auto, me recuerdo que le pregunté a Scalco si había reconocido a alguien del grupo. Él respondió que no. Pero observó que por lo menos uno de ellos era muy parecido a un ex jugador del Internacional, un tal Didi Pedalada.

–¿Didi Pedalada? –repitió Kadão, un gremista, hincha de Grêmio que, como yo, no prestaba mucha atención a los jugadores del equipo adversario–. Es la primera vez que oigo este nombre –contó.

No, aquello no era nuevo. Le recordé a Kadão que, en nuestra segunda ida a la Policía Federal para describir la escena del departamento, llegué a contar ese detalle para Erni Quaresma.

Después de eso, continué recordando, viajamos al Uruguay y a la vuelta pregunté a Scalco si había algo relacionado con aquel Didi Pedalada. El reportero de O Globo, dijo Scalco, había conseguido un recorte de un diario con una noticia deportiva informando que Didi había abandonado el fútbol. El texto traía una foto pequeña de 1970 mostrando Didi con la camiseta del Inter. Fue lo que el reportero le mostró.

Sin considerar la precariedad de la foto, Scalco halló que podría estar cometiendo un equívoco: el hombre del departamento era parecido a Didi, pero ciertamente no se parecía al de la foto de aquel viejo pedazo de papel poco nítido. Delante de la constatación, dejé de lado esa vaga referencia y me concentré en otros aspectos más urgentes del caso, expliqué. Kadão continuaba a la expectativa, listo para dar el toque en el detalle que faltaba.

–¿Y a ti, que te pareció la foto? –indagó.

–¿Yo? Yo no hallé nada... Yo no vi la foto.

–¿No viste la foto, cara? –se admiró.

–¡No, puh! ¡Yo estaba en Uruguay contigo ese día, cara! ¿No te recuerdas más? – reaccioné. Kadão, ahora más animado que sorprendido, insistió:

–¿Qué?... Yo no sabía de ese asunto de la foto... Y ¿por qué tú no le das una mirada también?

–Yo no sé si Scalco todavía está con aquel recorte del diario. ¿Será que consigues otra foto? –pregunté.

–Eso no es problema. En vez de una copia del recorte viejo, consigo una foto mejor...

De regreso en la sucursal, antes que Kadão saliera en busca de nuevas fotos, llamé al compañero de Scalco a la revista Placar, Divino Fonseca –un reportero alto y fino, elegante en los gestos y en el texto refinado que le daba el estatus de crack en la prensa deportiva brasileña. Pedí que él nos contase algo sobre el tal Didi.

Divino sabía todo sobre el Inter. El corresponsal de la Placar, además de excelente reportero, era colorado. Supimos entonces que el jugador había llegado al Internacional en 1967 por indicación del técnico Sergio Moacir Torres Nunes, que se impresionó con el ímpetu del centrodelantero veloz, valiente y driblador del Guaraní, club de la ciudad de Bagé, a 50 kilómetros de la frontera con Uruguay. Él estrenó con la camisa 9 del Inter en una partida del torneo Roberto Gomes Pedrosa. Era un juego difícil contra el poderoso Cruzeiro de Minas, donde centelleaban Tostão, Piazza y Dirceu Lopes, tres de los mayores jugadores del fútbol brasileño. Pero fue Didi quien brilló aquella noche: hizo los dos goles de la virada de 2 a 1 contra los mineros.

Terminado el período de préstamo del jugador al Inter, el Cruzeiro tuvo su desquite: pagó más por su pase al equipo de Bagé y secuestró a Didi para Belo Horizonte. En 1968, poco adaptado al estilo minero de vida y de fútbol, Didi volvió al Sur. Dos años después fue comprado definitivamente por el Internacional. Enfrentó una poco gloriosa disputa por la camisa 9 con el titular e ídolo de la hinchada, el centrodelantero Claudiomiro, que llegaría a ser convocado para la Selección de Brasil.

Didi fue bicampeón gaúcho por el Inter en 1970 y 1971. En esa época, amplió su sobrenombre, gracias a un drible desconcertante en que pasaba el pie derecho sobre la pelota, simulando tocarla de talón, para después llevarla siempre para el frente con el pie izquierdo, como si estuviese pedaleando una bicicleta imaginaria. Era la alegría de la hinchada y la consagración de un nuevo nombre: Didi Pedalada.

Pero el traslado forzado para la punta izquierda y la reserva eventual acabaron con el buen humor y la buena forma de Didi. Cada vez más apartado del gol, del área, del equipo principal, se aproximó a la bebida, las mujeres, a la noche. Ausente constante en los entrenamientos, pedaleaba con asiduidad cada vez mayor en la pista de danza de la boite Sambaqui, en la elegante avenida Independencia.

En 1973, fue a tentar suerte en la provincia del Paraná. Jugó dos años en el Atlético Paranaense y, en dos campeonatos brasileños, hizo sólo dos goles – uno cada año. Muy poco para un artillero rompedor. Sufrió la reserva y acabó exiliándose en México, en 1974. Sudó algún tiempo la camiseta del Laguna, un equipo inexpresivo de la segunda división en Torreón, en la frontera con los Estados Unidos.

Volvió a Brasil en 1976, gordo y olvidado. Su arte estaba perdido en la polvareda del tiempo. El fútbol de Didi ya no pedaleaba más. La historia contada por Divino Fonseca paraba ahí. Nadie más sabía lo que le sucedió. En aquel momento, con todo, yo quería saber sólo como era la cara de Didi.

–Está bien, pero tú te acuerdas bien del sujeto que te recibió en el departamento. Si fuera la misma persona, podríamos descubrir ahora – argumentó Kadão, antes de pedir un taxi. A pretexto de un reportaje especial de crack del pasado para Placar, él y Divino irían hasta Zero Hora para localizar las fotos del jugador.

La sede del diario quedaba en un edificio moderno de tres pisos, en la esquina de la avenida Érico Veríssimo con una vieja conocida – la avenida Ipiranga, la calle ancha dividida al medio por el arroyo Diluvio.

Kadão era una presencia familiar en la amplia redacción del segundo piso. Era común circular allí para comprar fotos del archivo para reportajes de diferentes revistas de la Editora Abril.

–Eh, cara, estoy buscando fotos de equipos antiguos del Inter – le dijo al encargado del archivo del diario. –¿Existe por ahí alguna carpeta con fotos de un jugador del Inter, Didi?

Existía. Era una carpeta fina, con un nombre destacado en la etiqueta del archivo: Didi Pedalada. Había algunas pocas fotos dentro. El material de la carpeta reproducía fotos antiguas de la carrera del jugador. Kadão se interesó por la más reciente, con fecha de 1974, que mostraba Didi en el zaguán del aeropuerto Salgado Filho decolando para su aventura mexicana.

A la hora de copiar las fotos, el jefe de Fotografía, Telmo Cúrcio da Silva, un viejo colega, estimuló:

–¡Déjate de frescura, Kadão! Entra al laboratorio y copia tu mismo lo que quieras. ¿No eres de la casa acaso?

Allá adentro, bajo la lámpara roja de la cámara oscura, Kadão seleccionó tres negativos diferentes del aeropuerto, mostrando a Didi de frente, de lado, en close up. Colocó el negativo en el ampliador, definió el foco, expuso, reveló, fijó y tiró al tanque de lavado, cumpliendo el lento ritual de los tiempos en que la fotografía todavía era una odisea de química y paciencia. Exigía la demorada interacción de los reactivos que antecedía al divino momento del revelado. De repente, la hoja de papel comenzaba a quedarse salpicada con puntos blancos y negros que, milagrosamente, ganaban contraste en algunos segundos, formando la imagen fotográfica.

Para acelerar el milagro químico, Kadão refregó las fotos con la mano, todavía dentro del tanque con agua. Salieron de allí tres copias grandes, nítidas, en formato

18x24 cm. Juntó las fotos, aún mojadas, enrolló y salió de allí con la respiración acelerada, como si cargara el mapa del tesoro codiciado ya tanto tiempo.

Ya era de noche y, esta vez, Kadão no volvió para la sucursal. Pidió al taxista que lo llevara directo a mi apartamento de la calle Alvaro Alvim, donde yo lo aguardaba en compañía de Janda y Loraine – mi mujer y la suya. Ni bien cruzó la puerta, Kadão dijo:

–¡Vamos para la cocina, jefe! Preciso una canilla.

Abrió la bolsa, donde los fotógrafos cargan todos aquellos bártulos, y tiró de dentro un tubo. Las fotos, casi secas, estaban coladas y enrolladas, como si fuesen un diploma. Bajo el flujo de agua de la canilla de la cocina, las tres fotos comenzaron a ablandarse, a desenrollarse, a abrirse, a revelarse. Kadão tomó una a una, todavía goteando, y la pegó en el azulejo blanco de la pared, como si fuese una mini exposición fotográfica improvisada en la cocina.

Ahí, fue mi turno de ablandarme.

Eché un vistazo en el conjunto, miré una tras otra, mientras el corazón disparaba. Examiné más de cerca, pero me aparté para cambiar la perspectiva. La primera de las tres fotos mostraba la figura morena de un hombre adulto, fuerte, de cara limpia, sin barba y sin bigote, aún sin barriga y con una cabellera espesa que daba un formato redondo a la cabeza. Estaba vestido con un chaleco oscuro abierto sobre la camisa de mangas largas. Estaba medio de perfil y cargaba, en la mano derecha, un envoltorio y una bolsa de documentos.

Mudo y todavía así alborozado por dentro, miré la segunda foto, parecida con la primera, mostrando de frente el hombre de la cintura para arriba. Delante de la tercera foto, una ampliación más encuadrada del rostro, yo me dividí entre dos sentimientos contradictorios. De un lado, la clara sensación de alegría revelada por la sonrisa nerviosa que asomó en mi boca. De otro la extraña perspectiva del miedo inminente. El rostro negro, la nariz aplastada, la boca sinuosa y los labios gruesos de la foto producían en mí el impacto del descubrimiento que gratifica y, al mismo tiempo amedrenta.

Mi observación era muda, silenciosa. Kadão continuaba callado. Apenas observando mi reacción. Sólo esperando mi reacción. Y ella vino, en tono de desahogo. Era una respuesta en voz alta, a pesar de no haber ninguna pregunta.

–¡Pucha, Kadão! ¡Es él!.. ¡Es el sujeto que yo vi en el departamento! Es él, pero... Hay una cosa. El tipo de la Botafogo era más gordo, tenía más barriga, el pelo era más corto... pero, es él... Quiero decir, hay un 95% de probabilidades que sea él...– dije, con una reducida pizca de duda.

–El detalle, jefe, es que estas fotos son de 1974, cuando él estaba embarcando para jugar en México. ..

–¡Bah, entonces es el mismo! ¡Es Didi, Kadão! Se acabó mi 5% de duda... Un jugador que deja el fútbol para entrar en la policía aumenta la barriga y se corta el pelo, no? – dije, hablando más conmigo mismo, readquiriendo total seguridad.

Didi era el sujeto.

Fui hasta la puerta de la cocina e interrumpí la conversación en la sala entre Janda y Loraine.

–¡Negra, ven aquí! Quiero mostrarte la foto de un viejo conocido.

* * *

Exactamente un mes y un día después del viernes 17 de noviembre, conseguimos traspasar el umbral de la puerta del departamento de la Botafogo y clavar la investigación en el núcleo de la operación clandestina – los secuestradores y su identidad.

Mirando la foto de frente, volvió a la memoria la respuesta que aquel policía dio a mi pregunta en el interior del departamento, mientras yo estaba apoyado contra la pared y bajo la mira de pistola de sus compañeros:

–¡Una puta fría, hombre!

La observación sonó sarcástica, pero ahora yo no podía dejar de pensar –con ironía – que la misma frase podría ser dicha por mí, en el momento en que reencontrase a Didi Pedalada. La primera providencia, para hacer eso posible, era levantar más datos sobre lo que hacía ahora el ex jugador del Inter y las explicaciones sobre su presencia en la calle Botafogo aquel viernes. Teníamos que comenzar por el nombre verdadero de Didi.

Al día siguiente, martes, rastreando informaciones del archivo del Beira-Rio y del gobierno gaúcho, descubrimos el nombre de bautismo y la edad de Didi: Orandir Portassi Lucas, 34 años. Él era, de hecho, agente del DOPS. De una fuente en la secretaría de la Administración, que controla el fichero de los servidores públicos del Estado, conseguimos el dato fundamental: la ficha del notario Orandir en la burocracia oficial. La pista comenzaba a calentarse. El número de matrícula, 1–193295–3, indicaba en la jerga burocrática que él era un "contratado en ejercicio".

–Este último número en la ficha funcional, el dígito 3, muestra que es una matrícula activa – aclaró la fuente.

–¿Matrícula activa? –repliqué, sin entender.

–Es la matrícula que muestra que el funcionario está en el servicio activo, en plena actividad.

El hombre de la “fría”, ¡era caliente, hombre!

Siempre había la posibilidad de que todo aquello podría haber sido sólo una travesura ilegal del ex jugador, cometiendo una ilegalidad cualquiera de iniciativa personal, sin vínculo con el Estado. La información, sin embargo, mostraba que Didi estaba allá en la condición de agente público, servidor en ejercicio del Estado de Rio Grande do Sul. Era, por lo tanto, una operación clandestina –pero oficial– del DOPS, que le pagaba salarios con el impuesto del contribuyente gaúcho. Un funcionario del Estado, la primera digital brasileña en la operación transnacional.

Con la discreción posible, cada uno de nosotros en la sucursal se encargó de investigar con gente del mundo deportivo mayores detalles sobre la carrera de Didi fuera del fútbol.

Con el pretexto de arreglar el auto, Kadão visitó el taller de un mecánico del barrio del Menino Deus, que conocía bien el ex jugador desde Bagé.

–¿Y qué tal, cara? Echa un vistazo en el carburador del auto. Está explotando...– pidió Kadão, introduciendo casualmente en la conversación las pichangas de fin de semana del sujeto de mameluco doblado sobre el motor del auto.

–¿Y qué tal, jugando mucha pelota los sábados? ¿Qué es de aquellos colorados de la vieja guardia? ¿Y Claudiomiro...? –ensayó Kadão, abriendo el juego y levantando la pelota.

El mecánico la mató en el pecho.

–Eso mismo, doctor...Él va siempre allá. Sale una pichangatodas las semanas, pero es pura disculpa para tomar una cervecita con los amigos, sabe...

–Eso mismo. ¡Gran Claudiomiro! Pero hay más gente buena. Y aquel otro... el Didi. ¿Cómo es el nombre de ese?...– arriesgó Kadão, avanzando en dirección al gol.

–¿El Didi Pedalada? Ah, ese juega una pelota los domingos allá en el Berimbau, un equipo de planicie de aquí, junto con el Guaporé...Guaporé, el arquero, ¿recuerda? Quien está siempre allá también, es el Dorinho, tremendo media cancha... Didi ahora está en una buena racha...Él está allá en el DOPS. El Seelig se lo llevó para allá...

Kadão no llegó a saltar de alegría, hasta porque el ambiente y la barriga no ayudaban. Pero tuvo ganas de dar un golpe en el aire, como hacen los artilleros en el momento supremo del gol. El tiro de Kadão en el taller había acertado en el ángulo, en el velo de novia, allí donde vive la lechuza.

Gol para la foto.

El mecánico no sabía, pero había pedaleado a Didi.

En otro rincón de la ciudad, un ex lateral del Inter y ahora dueño de una tienda de artículos deportivos, Jorge Andrade, confirmó que en 1977 le presentó a Didi, entonces desempleado, al delegado Pedro Seelig. Los vecinos acabaron acrecentando más detalles sobre la nueva escalada de Didi. En la noche de ese martes, el dueño del bar almacén de un pequeño edificio de dos pisos, en la calle Antônio Carlos Tibiriçá, 148, en el Jardín Botánico, habló bien humorado sobre su vecino del departamento 302, que Kadão y el reportero Osmar Trindade del CooJornal buscaban para un supuesto reportaje sobre el Internacional y el nuevo campeonato estadual conquistado el domingo anterior.

–Vuelvan mañana, a primera hora de la tarde. Didi va a estar en su casa, porque su turno en el DOPS, comienza a las siete de la noche – avisó el comerciante, dando otra pista valiosa.

En la primera hora de la tarde del miércoles, cuando los reporteros volvieron, el gentil dueño del bar se transformó en un hombre desconfiado, reticente, vago:

Didi precisó salir y fue directo para el servicio – dijo, concordando en marcar una nueva entrevista para la mañana siguiente, jueves 21.

En el horario marcado, mediodía, ni el dueño del bar estaba allá. En su lugar, un hombre desconocido, vestido con un delantal de carnicero, dio una vaga explicación con visible mala voluntad:

–Didi tuvo unos problemas y necesitó viajar. Está para irse, entrenar los juveniles del Guarani, club de Bagé – informó. Propuso una nueva entrevista, pero antes de eso pidió los nombres y teléfonos de Kadão y Trindade. Los dos desconfiaron de la mirada cortante del carnicero y del enorme cuchillo en la mano sucia de sangre, negaron el pedido y salieron. No había nada más que hacer ahí.

Didi ya había percibido que había entrado "en una puta fría". Desapareció del mapa.

* * *

Mientras mi equipo presionaba sobre el cerco de Didi, yo tenía una misión más urgente por delante: encontrar a Scalco, que cerraba un reportaje de la revista Placar en São Paulo. Antes de viajar habíamos acertado de que todo y cualquier reconocimiento del dúo de secuestradores en la puerta de la calle Botafogo sólo sería llevado adelante sobre la doble confirmación de uno y otro. No bastaba la certeza de uno enf aquecida por la duda del otro. Cualquier divergencia, en ese caso, sepultaría la sospecha.

Nuestro reconocimiento debía ser doble, total, absoluto. O todo o nada. Nuestro trabajo sólo permitía jugar con la certeza, nunca con la duda. Acabé localizando a Scalco en la tarde del martes por teléfono.

–Jotababy –bromée–, preciso hablar urgente contigo. Y personalmente.

–¿Sucedió alguna cosa? –preguntó él.

–Ah, ah... pero no puedo hablar por teléfono. Quiero mostrarte una cosa. Quédate ahí en São Paulo. Estoy embarcando ahora.

Comenzaba a caer la noche del martes cuando el avión tocó la pista del aeropuerto de Congonhas. Scalco me esperaba en el ala de desembarque, intentado descifrar en mi cara la explicación para aquel encuentro inesperado. Por la ansiedad que reflejaba en la mirada, percibí que él presumía el tema de la conversación. Creí mejor retribuir con una sonrisa tranquilizadora.

–¡Calma, chaparral! ¡Está todo en orden!

Con él estaba José Maria de Aquino, veterano y festejado reportero especial de la Placar, un viejo amigo común que hospedaba a Scalco en São Paulo. Fue el Zé Maria quien indicó el local adecuado para nuestra conversación – un bar todavía sin movimiento al lado del Minhocão, la pista elevada que serpentea por el corazón de la capital paulista. Pedimos la especialidad de la casa – chop en jarra y bocadillos de bacalao – y la mesa hizo silencio, esperando mi próximo movimiento. Tomé el sobre amarillo, de la silla vacía del lado, y lo pasé a Scalco, sentado a mi frente, más embriagado por la encomienda que por el perfume humeante del bacalao.

–Dale un vistazo a eso, Scalco –pedí.

Él abrió sobre el pecho el sobre con las tres fotos ampliadas por Kadão y tiró la primera, lentamente, hacia fuera. Previó allí el tenor de la conversación, que él ya sospechaba. Scalco movía los dedos con el cuidado de un meticuloso cirujano presto a localizar el coágulo que alteraba el ritmo del corazón abierto delante suyo. La mesa parecía resonar los latidos cardíacos más acelerados de Scalco, mientras el bocadillo se enfriaba y el chop se calentaba. Ahora era el corazón de Scalco que parecía abierto delante de mi y de Zé Maria. Él miró algunos segundos para la foto sobre su regazo e irguió la mirada, acompañado de aquella sonrisa atravesada, medio cínica, medio tímida. Esperé que terminara de mirar las otras dos, pero quien hizo la pregunta fue él.

–¿Y ahora, jefe?

–¿Ahora qué? –provoqué–. ¿Qué consigues ver ahí, cara?

–Es él. ¡Es el Didi! –respondió Scalco, con la autoridad del testimonio de memoria fotográfica colocada delante de la foto del hombre que lo recibió con una pistola entre los ojos, en la puerta del departamento de Lilián.

–¿Tú tienes certeza? – insistí. – Mira de nuevo, Scalco.

–¡Ah! ¿qué es eso jefe? – protestó él. – Yo llegué a fotografiar a Didi en el Internacional, y sé que él se acuerda de mí de los entrenamientos en el estadio de los Eucaliptos. Pero, ¿y ahora, jefe? – repitió él.

–Bien, Scalco, eso no es el fin de la historia. Es sólo el comienzo. Ahora es que la cosa va a arder, se va a complicar aún más. Tenemos la punta de la madeja en las manos.

Pedimos una ronda más de chop – ahora sin bacalao – para conmemorar el éxito de la identificación. El doble reconocimiento de Didi, como exigía nuestro riguroso código quirúrgico, desatascaba la investigación del caso. El corazón del secuestro estaba allí, expuesto, abierto, de par en par, desobstruido, latiendo con ritmo y fuerza. Había llegado el momento de disolver el único coágulo que todavía restaba.

–Antes de tomar la carretera, Scalco, vamos mañana de mañana a hablar con el Guzzo. Tú y yo – convoqué.

Yo ya sabía qué decir a José Roberto Guzzo. Pero lo más importante es lo que Scalco oiría de viva voz del director de redacción de la Veja. Yo quería una definición clara de la revista sobre nuestra posición en el caso.

Por trabajar en otra revista de la Abril, la Placar, él podría tener motivos para sentirse menos protegido que yo. Reconocer un agente del DOPS como secuestrador, por la páginas de la Veja, no debería ser una aventura personal. Individualmente, ni yo ni Scalco teníamos estructura o motivos para asumir los riesgos de esa actitud. Era necesario encarar todo eso con una postura profesional, como resultado natural de nuestro trabajo como reporteros. Reporteros sólo al servicio de la revista y de los lectores.

Era un compromiso que, para mi tranquilidad, ya estaba expresado en el espacio editorial de la Veja de esa semana, 20 de diciembre. En el texto escrito el viernes para la 'Carta al Lector', casualmente 72 horas antes de descubrir a Didi Pedalada, el director de redacción José Roberto Guzzo ya definía:

Hecho Nº 1: dos ciudadanos uruguayos, residentes en Brasil, desaparecen de sus residencias en Porto Alegre y reaparecen, algunos días después, en una cárcel en Montevideo, Uruguay.

Hecho Nº 2: dos testigos oculares, los periodistas Luiz Cláudio Cunha, jefe de la sucursal de Veja en Porto Alegre, y el fotógrafo J. B. Scalco, atestiguan que por lo menos una de las dos personas desaparecidas, Lilián Celiberti, estuvo detenida bajo la mira de armas en un departamento de la capital gaúcha, el día 17 de noviembre pasado.

Hecho Nº 3: como la Sra. Celiberti no dejó la ciudad de Porto Alegre por su libre y espontánea voluntad, y como se probó que ella allí estuvo detenida por un grupo de personas armadas, se evidencia que un crimen de secuestro fue cometido en territorio brasileño.

Hecho Nº 4: como el gobierno de Uruguay retiene en el momento sus dos ciudadanos desaparecidos en territorio brasileño, y como es el único beneficiario del crimen del secuestro aquí cometido, se evidencia que agentes suyos, directamente o por medio de intermediarios, violaron la soberanía de Brasil.

Esto es lo que sucedió: no hay comunicación oficial, juego de frases o investigación que puedan demostrar lo contrario. Muy bien, ¿y qué sucede? No pasa nada. Las autoridades brasileñas dicen que no fueron ellas las que secuestraron los uruguayos. ¡Qué bueno, muchas gracias! Nos quedamos así tranquilos, sabiendo que nuestras autoridades no secuestran personas. También nos fue comunicado que las víctimas son criminales que intentaban subvertir, a partir de nuestro territorio, el orden vigente en Uruguay. Agradecemos, igualmente, esta información. Nada de eso, sin embargo, remueve la cuestión básica de toda esta deprimente historia.

En primer lugar, no basta decir que el gobierno brasileño no tiene nada que ver con eso. Los dos uruguayos pueden haber sido secuestrados por una cuadrilla de contrabandistas, por el Ku Klux Klan o por agentes del reverendo Jim Jones, poco importa: lo que importa es que un crimen fue cometido en Porto Alegre y que es deber de las autoridades brasileñas encontrar a los criminales, sean ellos quienes sean. También no interesan, en este caso, los antecedentes de las víctimas: si ellos estaban desarrollando alguna actividad ilegal en Brasil, deberían responder por sus actos delante de las autoridades brasileñas; si son culpados de crímenes cometidos en Uruguay, para allá deberían ser extraditados en la forma de la ley. El hecho es que nada de lo que se debería hacer fue hecho. Y el saldo del episodio, hasta ahora, es que un secuestro quedó sin investigación seria y que un acto de agresión a la soberanía nacional – siempre guardada con tanto celo por las autoridades – quedó sin ninguna respuesta, como si fuese la cosa más natural del mundo.

Es necesario decir que el país se va cansando de todo eso – y que el propio gobierno debería ser el primero en sentirse cansado. Pues, cuando trata así episodios de tal naturaleza, sólo consigue llamar sobre sí las sospechas – aun aunque no tenga culpa alguna, o que la culpa pertenezca a funcionarios que actúan por su propia cuenta. En esos casos, para no macular injustamente la imagen del gobierno, se

procura meter todo debajo de la alfombra. El resultado que se consigue, por tanto, es exactamente el opuesto.[15]

Mi conversación con Guzzo tenía ese sentido opuesto: levantar la alfombra y exponer toda aquella basura a los ojos del país por las páginas de Veja.

Scalco entendería entonces, por la voz de la autoridad mayor de la revista, que esa limpieza sería una pensada decisión editorial.

Era una pauta periodística, como cualquier otra.

Como ninguna otra, debía ser sólo una pauta.

* * *

De la ventana del taxi, al día siguiente, vi aproximarse a lo lejos el gran logo, marca verde de la Editorial Abril destacada en el horizonte descolorido de la capital paulista. El enorme diseño de un árbol estilizado cubría buena parte de la pared lateral del edificio de diez pisos que abrigaba la redacción central de la revista, en la avenida marginal que costea el Tietê, un río contaminado y maloliente.

Era allí, en las márgenes de ese crimen ambiental de São Paulo, que iríamos a definir el curso de la investigación sobre el crimen binacional de Porto Alegre.

Scalco y yo subimos al séptimo piso del edificio de la Abril, en el ala de la dirección. Marcia nos recibió con la simpatía de siempre. Le pedí a Scalco que esperara en la antesala, mientras la secretaria me introducía al gabinete. La puerta se cerró a mis espaldas y, de atrás de la mesa llena de papeles, se erguía el director, con una amplia sonrisa que no era su marca registrada.

José Roberto Guzzo no tenía fama de simpático, lo que hacía más notable su recepción. Era reservado y tímido, marcas que acentuaban su estilo poco social y que imponían una distancia segura entre él y sus interlocutores. Conmigo era diferente. Como viejos amigos que no se veían con frecuencia, él siempre me brindaba un tratamiento caluroso.

El director de redacción usaba terno y corbata con disciplina de monje y ningún visitante lo veía sin la chaqueta, que dispensaba sólo en el recato de su sala. Contrario a entrevistas y distante de fiestas y charlas del medio periodístico, Guzzo se refugiaba en una pétrea decisión: quien debía brillar era la revista, no el director.

Dueño de un texto elegante, claro y cautivante, quería ver la revista ir más allá del mero resumen semanal de los hechos, con la biografía y los bastidores de los personajes que construían la noticia y la historia. Era un reportero en la silla de director. Traía en la suela de los zapatos el polvo de los campos minados del Vietnam

15 *Veja* nº 537, 20 de diciembre de 1978, p.19.

en guerra y de la visita pionera de Nixon a la muralla china de Mao Tse–tung, que él cubrió como corresponsal de Veja en Nueva York a inicios de la década de 70.

Guzzo entendía que la revista debía ser sacudida, siempre que fuera posible, con la agitación de un reportaje inesperado, fuera de la rutina semanal.

Tuve esa oportunidad en agosto de 1976, pocos meses después de asumir la dirección, cuando un sedan Chevrolet Opala gris descarriló en la Via Dutra, carretera que une São Paulo a Rio de Janeiro, y chocó contra un camión. El muerto en el asiento trasero, que se relajaba sin zapatos y comía galletas de polvillo, era Juscelino Kubitschek, el sonriente y popular JK, el último presidente civil elegido antes del golpe de 1964.

Era el final de la tarde del domingo, y la edición normal de Veja estaba en los quioscos desde el inicio de la mañana. El ágil redactor jefe de la revista, Carmo Chagas, no consiguió localizar al director. Aún así, mandó la tropa de la Veja a la calle en aquel mismo domingo para una audaz edición extra, la segunda en la historia de la revista (la nominación del general Geisel, en junio de 1973, fue la primera).

Guzzo llegó a dudar, en la mañana siguiente, temeroso del riesgo industrial y preocupado con la reacción militar por el destaque dado a la muerte de un presidente políticamente prohibido por la fuerza del AI-5. Pero el brillo de la operación de guerra montada por Carmo lo convenció. Al final, era eso lo que Guzzo quería de la revista. Osadía e impacto.

La emoción de millares de personas en las calles de Brasilia – cargando en los hombros el cajón de JK, entonando su música símbolo, "Peixe vivo" y derritiendo el hielo burocrático que los militares habían esparcido sobre la capital construida por el ex presidente – se sumó a la sorpresa de la conmovedora edición extra de la Veja, ya en los quioscos del martes. Fue un éxito de ventas, un ejemplo de precisión periodística, una consagración de agilidad editorial.

El resultado caló hondo en Guzzo. En julio de 1977, cuando el general Sylvio Frota todavía afilaba las garras en el Ministerio del Ejército para imponerse como candidato de la línea dura a la sucesión de Geisel, Guzzo financió personalmente una dosis más fuerte aún de osadía: una portada y quince páginas más para Fidel Castro, mito de la izquierda latinoamericana y terror para los radicales del régimen militar.

Era la primera entrevista del gurú de los barbudos de Cuba para una publicación brasileña, resultado de cuatro horas de conversación con el periodista Fernando Morais. Guzzo reservó seis páginas para el texto de Morais y nueve para la entrevista de Fidel.

Esa vez fue el dueño de la editora, Roberto Civita, quien vaciló. Al final, Fidel vivo asustaba más que JK muerto.

Guzzo ganó la partida y la portada salió – "Exclusivo – Fidel habla para Veja"–, confirmando la marca que él quería para la revista: periodismo con impacto y osadía.

Guzzo tanía una cintura ovalada, el rostro estirado y una rala cabellera que diseñaba una frente cada vez más amplia. Los anteojos pesados y un bigote de envergadura mexicana le daban una apariencia más vieja, casi cincuentona. Sin embargo, no pasaba de un joven de 35 años, sólo ocho más que yo.

Era un precoz talento periodístico que asumiera a los 33 años la dirección de la revista semanal más importante del país. Se quedaría en el puesto durante quince años. Cuando asumió la dirección, en 1976, Veja tenía un tiraje de 170 mil revistas. Salió, en 1991, marcando una edición de 908 mil ejemplares, que colocaba la brasileña en el cuarteto de los mayores semanarios de información del mundo (atrás de las americanas Time, Newsweek y U.S. Newa & World Report, al frente de la alemana Der Spiegel, de la francesa L'Express y de la italiana Panorama).

Mejor dicho, ya era la mayor revista semanal del mundo en el hemisferio Sur, algo que el tímido Guzzo jamás diría.

Aquella mañana del miércoles, él me recibía sin saco, una alentadora señal de informalidad. Entré directo en el asunto.

–Director, tengo una buena noticia. Descubrimos la identidad de uno de los secuestradores de los uruguayos.

–¿Ah sí? ¡Caramba! ¿Y quién es? – preguntó, con el entusiasmo de quien presentía agitación al frente.

–Un sujeto llamado Didi Pedalada, un jugador de fútbol que jugó en el Internacional, se jubiló en México y se volvió policía. Acabó en el DOPS. El tal Didi es la punta de la madeja.

Presionando, vamos a tener que descubrir quién está por detrás de eso – conté.

–Excelente, Luiz Cláudio, ¡llega a fondo en esa historia! Es oro puro...

–También creo, director. Pero, antes, quiero aclarar una cosa importante contigo...

–¿Qué cosa? –preguntó, curioso.

–Guzzo, Scalco está ahí fuera, esperando nuestra conversación. Conseguimos meter mano en un policía brasileño. Da para imaginar el desdoblamiento de esta identificación. Lo que nosotros precisamos hacer es definir que este reconocimiento no es una decisión personal, individual. No es una venganza mía o de Scalco contra quien quiera que sea. Eso debe ser producto de una pauta de la revista. Si fuera sólo

una cuestión personal, de dos reporteros acusando dos sujetos que nos colocaron un revólver en la cara, entonces debo decirte que ni yo, ni Scalco tenemos estructura para aguantar la barra pesada que viene por el frente. Sin apoyo, paramos nuestra materia aquí y ahora, Guzzo. Nadie aquí tiene vocación para héroe o mártir. El material sólo sale si es una decisión editorial de la revista, una misión periodística que nos garantice la retaguardia de la Veja y de la Abril. Y ahí, ¿qué vamos a decirle a Scalco, director?

Él respondió enseguida.

–Es exactamente eso, Luiz Cláudio. Es una bella pauta, una pauta de Veja, con la cobertura y la responsabilidad que la revista tiene de ir hasta el fin de la investigación. Manda a Scalco a entrar...

Abrí la puerta, Scalco entró, saludó a Guzzo y recibió sus elogios por el coraje y decisión. Guzzo repitió entonces lo que me había dicho minutos antes, mirando más a Scalco que a mi.

–No tengan recelo. Esta es una bella historia y vamos a sumergirnos hondo en ella. Es un pauta de la revista y todo lo que hagan, sobre el caso, será por mi determinación personal – aclaró Guzzo, ahora enfrentándome. –Incluso, lo crees necesario, Luiz Cláudio, voy contigo a Porto Alegre e informo directamente al gobernador Guazzelli sobre la posición de Veja.

–No es necesario, Guzzo – agradecí –, basta con tu aclaración. Después yo me entiendo con el gobernador. Si fuera necesaria tu intervención, te llamo.

Llegué a sentir la falta de aquel chop y del bocadillo de bacalao para festejar el encuentro. Pero sería como mucho.

Por la tarde, tal vez para inyectar más confianza en el equipo, Guzzo hizo una segunda reunión, ahora con la presencia del redactor jefe Carmo Chagas, del editor de Política Mário Alberto de Almeida y del editor asistente Jorge Escosteguy. Salimos de allá embalados con la certeza de que no había nada que temer – bastaba trabajar a fondo en la historia.

Conversé largamente con Scotch, el editor Jorge Escosteguy, de cabellos y barba encaracolados, que ahora asumía, de hecho, el cargo informal de "editor del secuestro". De São Paulo él discutiría y orientaría permanentemente nuestro trabajo, dando unidad y calidad a nuestros materiales, ayudándonos a repensar a la distancia las varias líneas de investigación posibles.

Estaba plenamente cómodo por el aliento oficial del más alto escalón de la revista. Era hora de tomar rumbo de casa, había mucho camino por delante. Scalco continuó en São Paulo, haciendo las maletas para pasar las fiestas de Navidad en Bahía, y yo volví a Porto Alegre, todavía ese miércoles preocupado con la respuesta de

la sucursal a la pregunta central de la semana: ¿cómo el ex jugador del Internacional acabó vistiendo la camiseta de secuestrador en la calle Botafogo?

Al desembarcar en el Sur estaba doblemente gratificado: por la firme identificación de Scalco y por la sólida decisión tomada por el comando de la revista. Era todo lo que yo precisaba. Pero todavía faltaba una cosa.

Una captura, antes de la caza.

Antes de cazar el secuestrador, yo necesitaba capturar al gobernador.

Didi Pedalada ya estaba en la mira.

Faltaba acertar la puntería con Synval Guazzelli.

16
El Nudo

Porto Alegre, diciembre de 1978

Versalles en Porto Alegre.

El visitante del Palacio Piratini pudo percibir en los detalles la inf uencia francesa que erigió la sede del poder gaúcho, allí instalado en 1921. El Petit Trianon –palacete que el rey Luís XV construyó en el siglo XVII para la amante Madame de Pompadour en el parque donde se desparrama la opulencia de Versalles – fue motivo de inspiración para el arquitecto francés Maurice Gras.

A partir del Trianon él proyectó el edificio de líneas neoclásicas y una fachada de siete ventanales y barandas en piedra que abren para la plaza de la Matriz, en el corazón de la capital gaúcha.

El portón principal es escoltado por dos esculturas que representan la Agricultura y la Industria, esculpidas en piedra calcárea por el artista francés Paul Landowski, el mismo que moldeó la estatua del Cristo Redentor, una de las siete maravillas del mundo moderno.

Una graciosa escalera con dieciocho peldaños en mármol francés de Villars lleva al primer piso, con salones amoblados con sillones estilo Luís XVI, iluminados por lámparas con 1.800 pendientes de cristal lapidado y decorado con finas ánforas azuladas de Sèvres, donde Pompadour fundó la célebre fábrica de porcelana.

Del balcón central, en el salón Negrinho do Pastoreio, Getúlio Vargas incitó al pueblo antes de tomar el frente de la Revolución de 1930 y de la vida política nacional, de donde sólo saldría muerto, 24 años después, para entrar en la historia.

Siete años más tarde, de allí se irradió la resistencia civil de Leonel Brizola por la legalidad constitucional contra el frustrado golpe militar de 1961, que intentaba impedir la asunción de João Goulart a la presidencia de la República, vacante con la inesperada renuncia de Jânio Quadros.

De allí, tres años después, no puede despedirse del pueblo el presidente João Goulart, que optó por el camino del aeropuerto y del exilio en Uruguay, sin resistir al victorioso golpe militar de 1964.

En el rincón de atrás, a la derecha del salón, se abre la puerta del gabinete del gobernador, una sala dominada por una gran mesa oscura de reunión con doce sillas acolchadas. Al fondo, un escritorio clásico, con un tintero de plata sin tinta y un antiguo teléfono bañado en oro que no recibe llamadas.

En frente, una chimenea en mármol blanco italiano que nunca se enciende, coronada por un gran espejo de cristal donde se refleja una réplica de la Estatua del Lazador – la representación del gaúcho y escultura de Antonio Caringi, que está fijada en la principal avenida de acceso a Porto Alegre. Entre el escritorio y la chimenea, un sofá trabajado donde el gobernador concede sus audiencias.

Todo eso sobre una gran alfombra de lana de casi 42 metros cuadrados entretejidos manualmente con 96 motivos florales diferentes y tramados en 97 colores distintos. Una proeza de artesanía que exigió meses y meses de ingenio y paciencia para trenzar exactos 78.400 nudos en cada metro cuadrado.

Era sobre esta obra de arte formada en total por 3.263.656 nudos que Synval Guazzelli cumplía su jornada diaria de trabajo en el palacio.

En la tarde de ese viernes 22 de diciembre, el secuestro de los uruguayos era sólo el nudo número 3.263.657 de la dura rutina del gobernador de Rio Grande do Sul.

Tal vez el más enrollado de ellos, donde Guazzelli podría enroscar su biografía.

Yo pedí una audiencia, sobre aquella alfombra, preocupado en darle una oportunidad de tirar la punta del ovillo y desenmarañar el honor de su gobierno.

Ya teníamos la foto, la ficha y el nudo de Didi Pedalada con el secuestro, barajando el DOPS en la operación clandestina con Uruguay. En aquel momento el reportaje recogido y editado ya estaba en São Paulo, en el trabajo de edición final antes de bajar a la gráfica, que iría a terminar de imprimir la revista *Veja* en la madrugada del viernes para el sábado.

Yo quería dar a Guazzelli la ventaja estratégica de saber todo eso antes que su policía. Pretendía darle algún tiempo, antes que la revista llegase a los quioscos, para tomar las medidas que sorprendieran a los secuestradores y tomar la iniciativa de la investigación sobre los órganos de represión.

Yo precisaba avisar al gobernador en el momento oportuno – la estrecha ventana de tiempo entre la impresión de la revista y la percepción por el DOPS de que los secuestradores habían caído en la red. En mis cuentas esa ventana de pocas horas se abría la mañana del sábado y se cerraba al final de la tarde, cuando los primeros ejemplares estarían un poco más temprano en las manos de los suscriptores de *Veja* en São Paulo, debido a las fiestas navideñas. En poco tiempo, la revelación de la participación de Didi llegaría al Sur.

Encontré a Guazzelli sobre su millonaria alfombra, enredado con la firma del papeleo de fin de año. Él aceleraba el expediente para subir la sierra al final de la tarde rumbo a Cipó, la hacienda de su propiedad en el interior de Vacaria, su tierra

natal, 240 kilómetros al norte de Porto Alegre. Allí pasaría las fiestas de Navidad y Año Nuevo, retornando al palacio recién el día 2 de enero, inicio de su último trimestre al frente del gobierno gaúcho.

Su sucesor, el vice Amaral de Souza, ya embalaba la mudanza del Palacito para el Piratini.

–Gobernador, existen algunas informaciones importantes sobre el secuestro que podrán confirmarse este fin de semana, sábado o domingo – anuncié, con cuidado para no cometer infidencias – y me gustaría que el señor fuese la primera autoridad en tomar conocimiento.

–Ok, Luiz Cláudio. Estoy viajando ahora de noche para Vacaria. Voy a pasar Navidad en la hacienda. Quiero descansar con la familia. Pero, como tú eres de la casa, no hay problema...Te espero allá, cuando quieras.

–Yo no quería interferir en su feriado, gobernador, ni en el mío. Pero creo que puede ser importante. Si fuera necesario, ¿puedo visitarlo en la hacienda?

Poco animado, pero procurando evitar la impresión de cualquier contrariedad, Guazzelli accedió con la simpatía habitual.

–Claro, Luiz Cláudio, puedes ir. Yo nunca dejé de recibirte de forma hospitalaria, ¿no es así? – respondió, escapando un poco de la montaña de documentos que tenía delante.

–Es verdad, gobernador. Entonces, buen viaje y hasta pronto – le dije devolviendo el apretón de manos, antes de sacar los pies de la alfombra con tres millones de nudos donde se sentaba el gobernador.

* * *

Volví para la sucursal. Estaba tecleando la máquina al caer la noche del viernes cuando el teléfono llamó. Era Loraine, en la sala de al lado.

–Habla, secretarita...

–Jefe, es del palacio. Asesoría de prensa...

–Debe ser Salomão. Puede pasar, Loraine.

El asesor de prensa de Guazzelli, Salomão Kirjner, ex editor político del *Correio do Povo*, era un hombre sesudo, contenido, elegante con terno y corbata siempre oscuros, que le daban un grave y precoz aire de sexagenario. La nariz triangular y pronunciada tenía la solidez necesaria para sostener la armazón cuadrada y pesada de los lentes que protegían sus ojos pequeños. Hablaba bajo y pausado, como un profesor que declama el dictado a su alumno. Transmitía absoluta serenidad en la voz, siempre gentil.

–Luiz Cláudio, vamos a tener que cambiar nuestros planes. El gobernador pensó mejor y no quiere preocuparse con este asunto durante Navidad. Él quiere

pasar solo con la familia en Vacaria, descansando – anunció. Kirjner emitía sus frases siempre con un tono de voz serena, monocorde, que volvía cualquier réplica casi una grosería. Aún así, insistí.

–Pero... Salomão, es muy importante mi contacto con él. Y tiene que ser mañana. Estoy dispuesto a sacrificar mi Navidad para mantenerlo informado de lo que está sucediendo. Cosas importantes están pasando. Voy hasta allá, converso y vuelvo. ¡Es rapidito, Salomão! Juro que no voy a incomodar. Y te garantizo que él no se va arrepentir...

La voz de Kirjner continuó imperturbable, límpida, retransmitiendo con calma la decisión del jefe.

–Eso, es lo que intenté, Luiz Cláudio... Pero el gobernador prefiere dejarlo así. Él ya sabe que el asunto se trata de secuestro y no quiere preocuparse durante la Navidad. Quiere quedarse solo con la familia, descansando.

Sentí que la batalla estaba perdida. Desistí.

–Yo sé eso, Salomão. Me ofrecí para ir a Vacaria, aún en feriado, sólo para no dejar el gobernador preocupado más tarde. Yo sé que él me agradecería por eso. Pero, si él prefiere así, no hay problema.

–Él no va a dejar de recibirte. Él sólo quiere postergar para después de Navidad. Te recibe en la hacienda en Vacaria el martes, día 26. ¿Está bien para ti? –preguntó, siempre cortés.

–Ok, Salomão, está bien. Continúo pensando que esta conversación antes del domingo sería más importante para él que para mi. Pero...Vamos a dejar las cosas como están, entonces. Yo lo busco en la hacienda, entonces, el martes. ¡Una feliz Navidad para ti y para el gobernador, Salomão!

Corté el teléfono irritado. Me desahogué con Pedro Maciel, que oía la conversación sentado frente a mi.

–¡Basura, Pedro! ¡Guazzelli se pasó de la raya! ¡La revista en los quioscos el domingo y el gobernador descansando en la hacienda! Pero, así son las cosas. Yo intenté...

Avisando a Guazzelli horas antes que la *Veja* circularía con la foto de Didi Pedalada, le daría tiempo al gobernador para accionar los mecanismos legales e impedir, por ejemplo, que el DOPS borrara las pistas o facilitara la desaparición de un secuestrador. Sin embargo, el gobernador dispensó el privilegio de la información anticipada.

Sólo por eso Guazzelli acabaría sabiendo del nuevo nudo de su gobierno junto con los lectores del *Jornal do Brasil*, en la víspera de Navidad.

Siempre bien informada y cincelada por el talento del editor de Política del diario, Elio Gaspari, el Informe JB abrió su columna el sábado 23, en el espacio más noble de la página 6, con una nota navideña de 41 líneas dedicada a las autoridades:

> En la red
>
> Presente de Navidad para el Ministro de Justicia, el jefe del Departamento de Policía Federal, el actual y el futuro gobernador de Rio Grande do Sul, así como su Secretario de Seguridad: está debidamente identificado uno de los ciudadanos que el día 17 de noviembre secuestraba a la Sra. Lilián Celiberti, refugiada uruguaya, en su apartamento de Porto Alegre.
>
> Es un policía del DOPS gaúcho.
>
> * * *
>
> Fue reconocido por los periodistas Luiz Cláudio Cunha y J.B. Scalco, que estuvieron en el apartamento de la Sra. Celiberti y la vieron presa por misteriosos ciudadanos antes de que ella apareciera presa e incomunicada en Uruguay.
>
> Las autoridades encargadas de celar por la seguridad de los ciudadanos, por las leyes nacionales y por la soberanía brasileña podrán ver el nombre del acusado, con fotografía, en la próxima edición de la revista *Veja,* donde trabajan los dos periodistas.
>
> * * *
>
> A partir de ahora, lo que ya es una tragedia, con el secuestro de dos refugiados en una operación hipotéticamente patrocinada por un país extranjero, pasa a ser también una comedia. Cabe a las autoridades escoger el papel que prefieran.
>
> ¿Quién dio la orden de invasión del apartamento de la Sra. Celiberti? ¿Para qué?
>
> Si había un policía en el apartamento de la Sra. Celiberti, ¿cómo podría ella ser detenida al intentar entrar en Uruguay, días después, como dicen las autoridades de Montevideo?[16]

Era todo, pero decía lo suficiente para dar un nudo –uno más– en los festejos navideños de la hacienda Cipó.

Al anochecer del sábado los suscriptores cariocas y paulistas de la *Veja*recibían en sus casas la última edición de 1978 de la revista con un titular en la portada –“EXCLUSIVO: nueva pista en el secuestro de Porto Alegre”– y dos páginas abriendo la sección de Brasil: “Surge el primer nombre”, era el título del reportaje.

La edición del *Jornal do Brasil* del domingo, 24 de diciembre, traía en lo alto de la primera página, en el ángulo izquierdo, una imagen inusitada: un jugador de

---

[16] *Jornal do Brasil,* Informe JB, 23 de diciembre de 1978, p.6.

fútbol con pantalón corto y camiseta de entrenamiento. Era Didi Pedalada entrenando en el campo del Atlético Paranaense en foto de archivo de 1974 del diario *O Estado do Paraná*.

La foto de la *Veja*, que mostraba Didi al final de aquel año en el aeropuerto embarcando para México, estaba acreditada al diario *Zero Hora*. Diarios y agencias de noticias nacionales e internacionales comenzaron a llamar a Porto Alegre con insistencia para comprar la foto –y pasó algún tiempo hasta que el diario gaucho pudiera entender el motivo de tanto interés por aquel olvidado jugador súbitamente tan solicitado.

Ya que el gobernador no quería ser importunado en su Navidad, yo traté de garantizar la tranquilidad de la mía.

* * *

Todavía el sábado, fui al encuentro de un viejo bancario jubilado en un departamento de la calle de la Playa, al lado del *Correio do Povo*. Alfredo, mi padre, oyó con cierto aire de asombro la noticia de que habíamos reconocido uno de los secuestradores. Hablé con él en un rincón de la sala, bajito, para no dejar acelerado el corazón fragilizado de mi madre, Lila.

Al día siguiente, domingo, víspera de Navidad, la historia iría para las calles e imaginé que mi teléfono no pararía de sonar. No quería perturbar la fiesta familiar con ese trastorno inevitable. Peor fin de semana que el mío, pensé, sólo el del gobernador. Como eso no me servía de consuelo, traté de programar una Navidad tranquila e inaccesible. Solicité me dispensaran la noche navideña en familia con los padres, los tres hermanos menores – Sergio, Marcia, Roberto – y mi cuñada Rose.

Le pedí prestada a mi padre la llave de la casa de la playa – un lugar discreto y sin teléfono en Cidreira, un balneario de agua fría y vientos fuertes de la costa atlántica, 90 kilómetros al este de la capital. Embarqué a Janda y Gabriela en el auto y tomé la dirección de la playa, lejos del vendaval que se anunciaba.

Pasamos el domingo de Navidad sólo los tres, aislados e impotentes para abatir el inmenso pavo encomendado para esa fecha.

El lunes todavía nos encontró fastidiados con aquella ave descuartizada que parecía interminable. En mi caso, más que falta de apetito, era el exceso de expectativa que reducía mi voracidad.

Gabriela, inquieta por causa del día lluvioso y de la ventisca que nos confinaba dentro de casa, exigía más atención. Yo dividía mi tiempo entre ella, el mate y la radio Philco Transglobe de nueve bandas donde intentaba sintonizar algún noticiario en ondas cortas de las emisoras de São Paulo y Rio.

El titular sobre la identificación de un policía del DOPS envuelto en el secuestro resonaba en seco en la capital gaúcha, incapaz de repercutir en el feriado del lunes la denuncia del día anterior.

Yo estaba en Cidreira, Scalco en Salvador, Guazzelli en Vicaria y Didi, desaparecido.

El viaje de vuelta de la playa para Porto Alegre, la mañana del martes, fue acompañado al son de los debates en los programas periodísticos de las emisoras de la capital, que ya detectaban la perplejidad, la vergüenza y el nerviosismo en la sede de la policía gaúcha. El son que yo oí en el corredor, antes de abrir la puerta del apartamento, no me sorprendió.

Era el teléfono. Atendí.

–¡Aló!

–¿Periodista Luiz Cláudio Cunha? Buenos días. Aquí es de la Casa Militar del Palacio Piratini. Tengo un recado del gobernador para el señor...

Mi viaje para Vacaria se hizo innecesario, porque Guazzelli decidió retornar a Porto Alegre al día siguiente, miércoles. Me recibiría en el palacio a las quince horas, me comunicó el asesor militar.

La aparición de la revista en los quioscos y el regreso anticipado del gobernador hicieron todavía más tenso el clima del martes en la Secretaría de Seguridad, donde reuniones sucesivas en los gabinetes más importantes de la cúpula policial dejaban los reporteros sin explicaciones, imposibilitados de hacer repercutir la denuncia con las autoridades del área.

–Guazzelli va a poner la casa patas arriba, va a pedir la cabeza de todo el mundo – preveía alarmado, un delegado de una de las divisiones especializadas de Seguridad.

En una de esas reuniones, la mañana del martes, el secretario Rubem Moura Jardim oyó sigilosamente el testimonio de Orandir Portassi Lucas, alias Didi Pedalada. El único testigo de la conversación era el superintendente de Servicios Policiales, delegado Leonidas da Silva Reis.

Hermano del director del DOPS, delegado Marcos Aurelio Reis, el superior inmediato de Pedro Seelig, el jefe de Didi, Leonidas daba señales de problemas cardíacos desde que la historia del secuestro pasó a rondar la familia.

Del encuentro nació una simplona y decepcionante nota oficial de 32 líneas, donde el secretario Moura Jardim insistía:

> Reafirmamos que ningún órgano de esta SSP [Secretaría de Seguridad Pública] tuvo alguna participación en lo ocurrido. (...) El servidor en aprecio [Didi] ya fue oído por la Superintendencia de Servicios Policiales, no habiendo sido verificado hasta ahora como actuación irregular del mismo.

Dos detalles se destacaban en el texto: el secretario afirmaba la inocencia de los "órganos" de seguridad, no más de sus funcionarios, y resaltaba que nada fuera verificado contra Didi, "hasta ahora". Aclaraba también que el acusado estaba prestando servicios en la Escuela de Policía "desde el 14 de setiembre del corriente año". Los periodistas que oían la lectura de la nota por el mayor Barcelos, portavoz de la secretaría, protestaron.

Si él estaba en la escuela, ¿cómo se explicaba el turno de Didi en el DOPS el miércoles anterior, como informaba la revista *Veja*?

–No, todo es policía, eso aquí es todo policía – tartamudeó el mayor.

Insatisfechos con la respuesta, los reporteros abandonaron al mayor y se dirigieron en grupo para la escuela, a menos de cuatro cuadras de distancia de la secretaría de Seguridad, en la avenida João Pessoa, a tiempo de comprobar la mentira. El sorprendido director de la escuela, delegado Adilio Machado Rodrigues, todavía sin saber de la existencia de la nota oficial, acabó por desmentirla a viva voz:

–Él hace inspecciones para la escuela, pero continúa en su servicio normal, el DOPS – informó el director, tranquilo y calmo, aclarando que Didi había concluido el día 31 de agosto el curso de escribano e inspector de policía que había iniciado en marzo de 1978. Desde entonces Didi auxiliaba en los servicios de inspectoría sobre los antecedentes de los candidatos a la Escuela de Policía, sin presentar ningún vínculo u horario de trabajo con ella.

–Siempre que lo necesitamos, mandamos un transporte a buscarlo, en casa o en el órgano donde trabaja, el DOPS – contó Rodrigues, cándidamente.

Los periodistas se retiraban satisfechos cuando tropezaron en la entrada de la escuela con el delegado Marcos Aurelio Reis, el jefe de Didi y Seelig, ahora sorprendido e irritado delante de la presencia inesperada de los reporteros.

Percibió en aquel momento que había llegado tarde al encuentro indispensable para sintonizar al director de la escuela con la versión del secretario. Derrotado, Reis se limitó a enfurecer

–¿El secretario no dio ni una nota oficial? Dio y nadie por debajo de él va a hablar...–dijo, tardíamente, fusilando con la mirada al asustado director de la escuela, con quien Reis se reunió enseguida a puertas cerradas.

En aquel momento, en la sesión de la tarde en la Asamblea Legislativa, los diputados abandonaban el prometido debate sobre la situación de la economía gaúcha para discutir el secuestro, que comenzaba a inf amar el plenario.

–El secretario de Seguridad está encubriendo a los culpados – protestó Waldir Walter, uno de los seis diputados del oposicionista MDB al tratar el asunto. –Nues-

tra última esperanza reside en el gobernador Synval Guazzelli, que, para descubrir a los culpables, debe comenzar destituyendo al secretario Moura Jardim.

* * *

El miércoles amaneció iluminado por un sol fuerte, boatos intensos en el área política y tensión creciente en la comunidad de seguridad.

Didi Pedalada aprovechó el día para vender apresuradamente su Volks Sedan año 1973 por 31 mil cruzeiros (casi R$ 14 mil) y distanciarse aún más de los reporteros que rondaban su casa desde la noche del lunes.

A las diez de la mañana el diputado estadual Cícero do Amaral Viana, ex superintendente de policía en el período 1968–1970, fue convocado para una reunión secreta en el edificio de ladrillos rojos, al final de la calle de la Playa, donde se alojaba el Cuartel General del III Ejército. Allí, además del comandante Samuel Alves Correa, Viana encontró al jefe de la sección gaúcha de la Policía Federal, coronel Luís Macksen de Castro Rodrigues. Minutos después llegó el secretario de Seguridad, coronel Moura Jardim. El tema del encuentro, que sólo terminó al mediodía, permaneció en secreto, así como la propia realización de la reunión.

Las únicas audiencias previamente anunciadas para ese día, con foco en el secuestro, eran los encuentros separados del gobernador con su secretario de Seguridad y, luego, conmigo, en la condición de jefe de la sucursal de *Veja*, en el Sur.

Llegué al Palacio Piratini algunos minutos antes de las quince horas, pero la agenda del gobernador estaba sufriendo algunas extrañas modificaciones. Fui directo al subsuelo del palacio, donde funcionaba la asesoría de prensa. Salomão Kirjner cambió la máscara grave del rostro y me brindó una amplia sonrisa.

–Vamos a tener que esperar un poquito, Luiz Cláudio. Nuestra audiencia se va a atrasar – avisó, sin dar detalles.

–Está bien, Salomão. Eso sucede siempre. La gente acaba acostumbrándose –respondí.

Él se mostraba impresionado con la af uencia de periodistas en el palacio.

–Da la impresión de que está todo el mundo aquí. Parece que es la única pauta del día – reforzó el asesor.

–Sí pues, Salomão...Yo decía que mi conversación ese sábado era importante. Pero...vamos a dejarlo pasar. Creo que es mejor que me junte a los otros. Cuando el gobernador esté listo para recibirme, me avisa, ¿ok?

Subí los dos peldaños de escalera y me dirigí al patio interno, un conjunto de jardines y veredas en piedra portuguesa que unían con dos pasadizos cubiertos la parte administrativa al ala residencial, al lado de atrás del palacio. Cerca de cuarenta reporteros y fotógrafos de radio, TV y diario se concentraban allí, esperando por el

habla del gobernador. Mi entrevista de las 15 horas con Guazzelli ya tenía media hora de atraso cuando el portón lateral se abrió y, por él, pasó un Chevrolet Opala negro de placa blanca, trayendo a bordo al secretario Moura Jardim. Parecía explicado el atraso en la agenda.

Los periodistas todavía estaban buscando sus lápices de tinta*bic* y máquinas fotográficas para abordar al secretario apenas el auto se estacionara, cuando un segundo e inesperado vehículo penetró en el área de jardines del palacio, luego atrás del Opala. Era negro también, pero mucho más imponente.

El inmenso Ford Galaxia Landau que se detuvo allí mansamente no tenía placas blancas. Estas eran verde oliva y sobre ellas resplandecían cuatro estrellas doradas.

–¡Es el general, gente! –avisó algún reportero más atento.

–La puerta trasera derecha del Landau fue abierta por un funcionario del palacio y, de su interior, saltó el general Samuel Alves Correa, comandante del III Ejército.

–A los 61 años, era una de las caras duras del régimen. Había asumido el comando militar del Sur a inicios del año y tres meses después ya demostraba su afilada arcada dentaria. A mediados de marzo, un inesperado cerco represivo prendió once intelectuales y maestros vinculados a dos jardines de infantes de Curitiba. La capital de la provincia del Paraná, también al sur, estaba en la jurisdicción del III Ejército, bajo el coturno del general Samuel.

La nota oficial de la Policía Federal decía que los maestros estaban practicando "actividades contrarias a la seguridad nacional". En aquellos dos focos subversivos, las escuelas maternales Oficina y Oca, los maestros estarían haciendo "adoctrinación dentro de principios marxistas, desarrollándoles una visión marxista y dialéctica del mundo", todo mezclado a las exóticas teorías de un notorio sicólogo suizo levemente progresista llamado Jean Piaget.

El bando de sesenta precoces comunistas de aquellos aparatos eran niños entre dieciocho meses y seis años de edad. ¡Un peligro!

La primera prisión ocurrió en una escuela primaria de la periferia de Curitiba la tarde del viernes 17 de marzo. Una estudiante de periodismo y maestra primaria de 21 años fue secuestrada por tres hombres en una camioneta Chevrolet Veraneo y llevada de allí a una jornada de diez sesiones de choques eléctricos y duro interrogatorio en lugar no identificado. Amenazaban llevarla a São Paulo:

–¡Va a tener una conversación con el delegado Fleury! –avisaban.

Fue liberada el sábado en la noche sin explicaciones de sus captores, en un lugar del entorno a la carretera BR-116 próximo a la ciudad paulista de Registro, a 200 kilómetros de Curitiba.

Además de la vuelta amenazadora de la camioneta Veraneo, en aquel tiempo el vehículo predilecto de ese tipo de bando paramilitar, los periodistas percibieron que estaban siendo seguidos y vigilados por la ciudad. Entre ellos el jefe de la sucursal de la *Veja*en Curitiba, Hélio Teixeira, y el corresponsal del *Jornal do Brasil,* Luiz Alberto Manfredini.

Al final del mes el general Samuel cerró su espectáculo de intimidación en la fiesta militar por la Revolución del 31 de Marzo, fecha del golpe militar de 1964. Formó la tropa en el QG en Porto Alegre y delante de ella mandó leer los nombres de 93 militares y policías caídos en los doce años anteriores en confrontación con la izquierda armada. Era su áspera respuesta también al clamor que se levantaba en la oposición y en los medios intelectuales pidiendo amnistía para los perseguidos políticos.

Las cuatro estrellas que el general cargaba en los hombros cambiarían de grandeza en breve. Dejaría el puesto en "el pase" del año, en enero, para asumir en Brasilia la jefatura del Estado Mayor del Ejército (EME), el segundo puesto de la fuerza, en el inicio del Gobierno Figueiredo. Sería ministro cinco meses más tarde como jefe del estado Mayor de las Fuerzas Armadas (EMFA).

El general Samuel descendió del auto en el Piratini con quepis, uniforme de manga corta y sin la casaca indispensable para visitas formales.

Por la puerta izquierda del Landau, con el mismo traje de servicio, bajó el general de brigada Paulo Campos Paiva, jefe del Estado Mayor del III Ejército. Mala señal. Era el responsable del área de seguridad, a quien se subordinaban la 2ª Sección (sector de Inteligencia) y el DOI-CODI.

Serios y callados, los generales esquivaron los reporteros, todavía confusos por la súbita aparición. Los dos tomaron la misma dirección del secretario Moura Jardim, que se aprovechó de la indecisión de los periodistas para alcanzar la puerta que da acceso al primer piso del ala administrativa del Piratini. Aparentemente, los dos generales se reunieron primero con el coronel en una sala próxima al gabinete del gobernador, a pesar de que Guazzelli aún permanecía en el ala residencial.

Mis colegas y yo continuábamos junto a los dos autos, todavía sin entender la razón de aquella visita imprevista. La reunión de los militares con el gobernador los haría transitar inevitablemente por donde estábamos. O los generales descendían hasta el gobernador o el gobernador subía hasta los generales.

En dos grupos compactos nosotros cubríamos las puertas principales de las dos alas del palacio – si no fuese Guazzelli, sus visitantes acabarían sucumbiendo a nuestro cerco. Fueron los generales que cayeron en la red. Quince minutos más

tarde, sin el coronel Moura Jardim, que permanecía en el gabinete del primer piso, reaparecieron los generales Samuel y Campos Paiva.

Los militares bajaron los cuatro peldaños bajo la arcada de granito que une el palacio a la residencia y, antes de alcanzar la otra puerta que conduciría a Guazzelli, fueron interceptados por nosotros. Antes de que pudiésemos hacer la primera pregunta, el general Samuel se detuvo, se volvió hacia el grupo que lo perseguía e hizo una broma.

–¡Bah! ¿Hay Papá Noel aquí hoy? –preguntó, mirando alrededor, con una sonrisa desmañada, pero a la vez sin esperar respuesta.

Además de las circunstancias poco indicadas para el ejercicio del buen humor, los periodistas no estaban habituados a ver el seco general intentando disimular su semblante acre con una bromita de jardín de infantes. Sólo consiguió divertir a los reporteros cuando explicó la razón de su presencia en el palacio:

–Vine a saludar al gobernador por el cambio de año y desearle a él y su familia muchas felicidades de año nuevo – dijo el general, ahora sin bromear, con la convicción de quien cree en Papá Noel. Se excusó y entró en el ala residencial al encuentro de Guazzelli. La puerta se cerró para el extraño encuentro social entre los dos generales y el gobernador. Demasiado secreto e inusitadamente prolongado para una simple presentación de saludos: cuarenta minutos.

Cuando la puerta fue reabierta surgió finalmente el gobernador, con el semblante cerrado y la tez más descolorida que el terno beige pálido que vestía. Guazzelli decididamente no tenía la cara feliz de quien recibía una visita agradable y previsible. Con una sonrisa formal saludó a los generales y volvió para el refugio del ala residencial, sin una única mirada para la multitud de periodistas.

Era la primera vez que el jefe polìtico del Estado y el comandante supremo del área militar aparecían delante de los periodistas.

Pero no era el primer encuentro entre los dos aquel miércoles tenso, inesperado.

17
La pregunta

Porto Alegre, diciembre de 1978

El domingo subió la sierra, cruzó los campos de pastoreo, traspasó el curso sinuoso y lleno de cascadas del Río de las Antas, penetró la selva que bordea el Río Refugiado y atravesó la paz y la Navidad de la hacienda Cipó.

La denuncia en la portada de la revista *Veja,* amplificada por la primera página del *Jornal do Brasil*, perturbó el reposo del gobernador en su refugio.Era una casa rústica de dos pisos de madera cercada por una amplia baranda de pino que se abría para un dique próximo y para los campos de 1400 hectáreas que envolvían la sede de la hacienda, 40 kilómetros al sur de Vacaria.

Colonizada en el siglo XVIII por jesuítas que criaban ganado suelto por las colinas de la región, la ciudad tomó el nombre de los senderos abiertos a machete para los polvorientos viajes de las boyadas y mantenimientos que subían del sur rumbo a los mercados de Paraná y São Paulo. Dos siglos después, el transporte de cargas continuaba siendo la segunda mayor fuente de renta del lugar. El animal cedió lugar a la máquina – y Vacaria tenía ahora la segunda mayor f ota de camiones de la provincia del Estado, con más de 2300 vehículos.

Allí Guazzelli criaba una decena de caballos criollos y algún ganado de raza. En el palacio, Guazzelli no descuidaba la hacienda. Un día invitó al gobernador de Bahía, Lomanto Junior, para visitar la "Expointer" en Esteio, ciudad vecina a la capital, donde sucedía la mayor exposición agropecuaria del país. Entusiasmado, el gaúcho adquirió dos vacas y regaló un toro a su colega bahiano. En la voz sobria del locutor de la radio Guaíba, la noticia acabó desmoralizada por un texto más chueco que cuerno de buey:

> El gobernador Guazzelli dejó sus quehaceres en el Piratini para participar como estanciero de la Exposición de Esteio. Compró dos hembras para la hacienda Cipó y un macho para el gobernador de Bahía.

En la hacienda, él respiraba el aire puro y la tranquilidad de los campos de lo alto de la sierra. Sólo los amigos más allegados alcanzaban la sala grande de la hacienda, calefaccionada por una chimenea que crepitaba durante los días más helados del invierno. El centro de la sala era dominado por una mesa rústica hecha con el tronco de un viejo pino de metro y medio de diámetro.

En la santa paz de aquel domingo navideño, en el acogedor y cómodo ambiente de la Cipó, el gobernador ref exionaba sobre el nudo estampado con fotos y titulares en la revista y en el diario. El silencio en torno, lo dejaba incómodo. El aislamiento lo hacía un hombre inquieto.

Un camión de dudas atropellaba sus pensamientos.

Hizo lo que acostumbraba hacer en esos momentos de tensión. Tomó el teléfono de la sala y discó para Porto Alegre. Del otro lado atendió José Paulo Bisol, 50 años, juez de la *Vara Civil* (7ma. Rama) de Porto Alegre, un compañero y confidente de adolescencia. Se conocían desde el curso clásico del colegio Rosario, tradicional escuela marista de Porto Alegre. Descendiente de emigrantes italianos como Guazzelli, Bisol era hijo de colonos del interior de Caxias do Sul, centro vitivinícola a sólo setenta kilómetros de Vacaria, ciudad natal del gobernador.

Guazzelli estaba angustiado, sentimiento que camuf aba en público, pero vertía con pocos e íntimos amigos. Bisol era uno de ellos.

Cuando el secuestro explotó, cinco semanas antes, Guazzelli llamó a su amigo al palacio para desahogarse. Bisol acostumbraba ir de noche, fuera del horario de expediente. Entraba por el portón derecho del Piratini, en el lado opuesto al edificio de la Asamblea Legislativa. El guardia de la garita ya lo conocía, él ni precisaba identificarse. El gobernador lo recibió en la sala de juegos del ala residencial fingiendo estar más preocupado con la tacada certera en la bola blanca que tenía al frente, en el paño verde de la mesa de billar. Pero Guazzelli ya había puesto la mirada en la bola negra del secuestro.

Bisol tanteó el asunto, esperando el momento adecuado para embolsillar el tema. Como previendo el accionar de sus órganos de represión, el gobernador recordó al amigo, casi desahogándose consigo mismo, que estaba en el palacio por obra y gracia de los militares, a quienes debía un sentimiento de lealtad.

–Debo ser solidario. Tengo esas contradicciones – reconocía Guazzelli lastimero, ref exionando sobre cuál sería la bola esta vez. La sombra de *Fidelito*[17] volvía a sobrevolar su biografía. Bisol entró en el juego y dio su tacada.

–Mira, Synval, todo eso está por encima de tu condición de gobernador. Ahora es una cuestión histórica. Ser gobernador es un presupuesto necesario, pero eso no tiene tanta importancia. Lo que importa es tu decisión. El desdoblamiento puede hasta perjudicar tu carrera, pero no será nada delante del significado histórico de lo que vas a hacer.

Guazzelli dio la habitual respuesta que no aclaraba, no señalaba caminos, no tomaba decisiones. Él oía mucho, pero hablaba poco.

---

[17] Fidelito – Apodo que le pusieron los militares por su militancia estudiantil comunista y su visita a La Habana, invitado por Fidel Castro en 1960.

–Cierto, vamos a tener que pensar en eso –dijo el gobernador, sin decir nada.

Bisol sólo iba al palacio cuando era llamado. Evitaba constreñir al amigo con su proximidad. Era visto por el régimen como un hombre de izquierda y en 1964, cuando era juez en Santana do Livramento, ciudad en la frontera con Uruguay, llegó a quedar en prisión domiciliaria por orden del cuartel local, los primeros días del golpe. En la semana en que el secuestro ganó las páginas de los periódicos, la agencia local del secreto SIN, el Servicio Nacional de Informaciones, así definía a Bisol, en la información 026/119 enviada el 20 de noviembre a la Agencia Central de Brasilia:

> Magistrado jubilado, conocido por su actuación en el Poder Judicial del RS por actitudes liberales y anticonservadoras. Es amigo íntimo de SYNVAL GUAZZELLI, de quien fue contemporáneo en el Curso de Derecho. (...) Seguidamente escribe artículos para la *Zero Hora*, en los cuales demuestra ser contrario al régimen y a los gobiernos después del 64. Es muy culto e inteligente y sus artículos, por el alto nivel en que son abordados los temas, pueden repercutir solamente en las camadas más esclarecidas de la opinión pública.

Durante los días siguientes al secuestro, cuando el Piratini vivía tumultuoso y los asesores sobresaltados, Bisol tenía el raro talento de marchar a contramano.

–Synval, asuma la investigación. ¡Encuentre al culpable y castigue! – pregonaba, justamente lo contrario de lo que recomendaban los secretarios más asustados.

Guazzelli parecía un toro sofocado. Quería dar el mazazo que brotaba de la conciencia, pero se sentía maniatado por la fidelidad que debía al régimen que le armara aquel nudo. El domingo, afligido, tomó el teléfono y buscó la palabra del amigo en la capital. Bisol ya había leído el diario en la mitad de la tarde y había oído en la radio la noticia sobre el titular de *Veja*.

Percibió en la voz angustiada del gobernador al teléfono el drama que lo consumía. Bisol le dijo lo que yo habría dicho si hubiese subido a la sierra, como planificara un día antes de explotar la noticia:

–Synval, ven para Porto Alegre, asume la investigación y conságrate.

El gobernador, como era habitual, quedó de pensar.

Pensó el resto del domingo, pensó todo el lunes y, el martes, pensó haber tomado la decisión. El plan original consideraba volver sólo después del feriado del año nuevo, día 2, un martes. Guazzelli, sin embargo, avisó a su gabinete que anticiparía el retorno a la capital. Mandó que alguien me telefoneara, a casa, diciendo que me recibiría al día siguiente en el palacio.

Mientras, el billar del secuestro exigía su tacada en el Piratini ya el miércoles 27 de diciembre. De mañana temprano, en el aeropuerto local, embarcó en el Piper Navajo –el pequeño bimotor para cinco pasajeros que servía al gobierno estadual.

Volando a cinco mil metros de altitud y a trecientos kilómetros por hora, Guazzelli venció en cerca de treinta minutos los 160 kilómetros en línea recta que separan Vacaria de Porto Alegre.

El avión rodó en el aeropuerto Salgado Filho, en la capital, y estacionó en el hangar del Departamento Aéreo del Estado, donde desembarcaban las autoridades. Al bajar la escalinata del Navajo, una sorpresa.

Quien lo esperaba no era un mayor de la Brigada Militar, sino un general del Ejército.

En vez del ayudante de órdenes, estaba allí la máxima autoridad de la mayor fuerza terrestre del país: el general Samuel Alves Correa, supremo comandante del III Ejército.

El gobernador quedó espantado. Nadie más sabía de su regreso anticipado, en aquel momento. Ni siquiera Bisol.

Por un momento, Guazzelli llegó a pensar que su teléfono en la hacienda estaba pinchado, sujeto a ser escuchado por los órganos de información. ¡Tan luego él, el gobernador del Estado! ¡Un Fidelito! O, pensando mejor, tal vez por eso mismo. El militar lo saludó y lo condujo a una sala reservada del hangar, donde conversaron durante casi media hora, a solas.

Guazzeli jamás revelaría públicamente el encuentro, mucho menos el tenor de la conversación.

Ni siquiera al amigo y confidente Bisol.

Del aeropuerto, ambos tomaron caminos diferentes. El gobernador tomó rumbo al palacio, el general al cuartel general. Una reunión secreta de la cúpula de la seguridad fue convocada para las 10 de la mañana en el comando del III Ejército, en la 'rua da Praia'. El general llamó a su gabinete dos coroneles: Moura Jardim, el secretario de Seguridad, y Luis Macksen de Castro Rodrigues jefe de la Policía Federal en el Sur. Y una figura poco común en este tipo de encuentro: el delegado de policía Cícero do Amaral Viana, que comandó la policía estadual diez años antes y que ahora hablaba por ella en la Asamblea como diputado estadual de la ARENA.

Seis horas después sin avisar a nadie, el general Samuel irrumpió con su Landau negro en el Piratini, atropellando mi audiencia con el gobernador. Esta vez, al contrario de la conversación secreta del inicio de la mañana en el hangar, el general quería testimonios y alarde para su encuentro con Guazzelli en el palacio. Parecía una maniobra estudiada, que miraba más la opinión pública que al gobernador.

Por la mañana, el recado había sido al pie del oído del gobernador. Por la tarde, el recado sería repetido, con bombos y platillos, para alcanzar las audiencias más distantes y sordas. La provocadora aparición del general comandante en la sede del

poder civil tenía una doble intención: extender públicamente el manto verde oliva de protección a los Didis de todo el aparato represivo y recordar a la opinión pública la fuente original del poder que revestía el Palacio Piratini.

El gobernador estaba allá –sugería el teatro del general– no por voluntad popular, sino por decisión militar.

El saludo público del general al gobernador, en aquel momento, no era una gentileza.

Era una advertencia.

El general no rendía sus homenajes navideños al gobernador. Era el gobernador que se rendía sin gracia al encuadramiento del general y su fuerza armada.

No era una cortesía. Era una humillación.

El nudo militar del secuestro se había cerrado en torno al cuello del gobernador.

* * *

Guazzelli se despidió rápidamente de los dos generales, con una sonrisa forzada, y volvió para el ala residencial. El comandante del III Ejército y su mudo jefe de Estado Mayor ahora ocupaban solos el escenario de las atenciones, el centro del poder.

Sin intermediarios.

El general Samuel parecía más aliviado, a pesar de que menos bromista, aceptando con tranquilidad las preguntas de la prensa. Exactamente veinte preguntas, con veinte respuestas secas, vagas, casi contrariadas. Comenzó insistiendo que estaba allí para un simple abrazo de año nuevo.

–*¿Sólo fue eso, general?*

–Sólo eso.

–*¿No se trató algún otro problema?*

–Hablamos sobre otros asuntos.

–*¿Y sobre el secuestro?*

–¿Secuestro?

–*De los uruguayos, general...*

–No, no tratamos de ese asunto.

–*¿La desaparición del matrimonio uruguayo?*

–No, no tratamos de ese asunto.

–*¿El señor no se enteró por los diarios?*

–Ese asunto está a cargo de la Policía Federal, ustedes saben eso.

–*Pero, ¿el señor no ha seguido las noticias?*

–Por ustedes. Ustedes son los que están en una habladuría endemoniada...

–*Entonces, para el señor, ¿todo eso no es más que habladuría?*

–No, yo no dije eso. Yo dije que estoy acompañando por la prensa. Ahora este asunto está a cargo de la Policía.

–Es un asunto de extrema gravedad...

–Yo no tengo posición. Estoy aguardando, como ustedes a mi entender deben aguardar, el resultado de la investigación que se está haciendo. No hay necesidad de toda esa excitación en relación al problema.

–El señor descartaría la posibilidad de que elementos ligados al Ejército –el DOI-CODI– hayan participado al menos en parte de la operación...

–Eso es una liviandad, una infamia de un irresponsable que lo puso en el diario.

–...¿comandos del área del Ejército?

–Que yo sepa, no.

–Hubo comunicación entre...

–Que yo sepa, no. No vine a dar entrevistas. Vine para desearles buenas fiestas a ustedes.

–General, los periodistas identificaron un policía del DOPS. ¿No sería un problema de seguridad nacional? ¿No hay una respuesta?

–Ustedes esperen las respuestas de la investigación que está haciendo la Policía Federal. Eso es lo que indica el sentido común.

–¿Fue eso lo que el Sr. habló con el gobernador?

–Yo le dije a la señorita y a los caballeros que había venido a conversar con el gobernador para desearle a él y su familia felicidades para el año 1979. Naturalmente, no resultó en sólo eso. Conversamos sobre otros asuntos. Mi ida a Río, mi ida a Brasilia. ¿OK? Estoy dando entrevista y no me gusta dar entrevista. Bueno, ¡hasta luego!

El general clamó dos veces por sentido común y se libró de aquellas habladurías endemoniadas ocultándose detrás de los vidrios oscuros de su negro Ford Galaxie Landau, que arrancó suavemente.

Mientras la prensa concentraba su atención sobre los comandantes, el secretario Moura Jardim y el superintendente Leonidas Reis, aprovechándose de nuestro descuido, habían cruzado la alameda con cinco pasos rápidos e ingresado en el ala residencial. Así, por lo menos, no tuvieron oportunidad de atribuir la visita a los saludos inaplazables de fin de año.

Una hora y quince minutos después reapareció el coronel Moura Jardim, un tanto asustado con el número exagerado de reporteros, micrófonos y cámaras de TV.

–Acabé de entregar al gobernador una investigación interna de la secretaría sobre la participación o no de policías gaúchos en la desaparición de los uruguayos.

Delante de la insistencia de los periodistas, el coronel garantizó:

–No hay culpables.

–¿Y Didi Pedalada, reconocido por los testigos? –insistieron los reporteros.

–No, Didi dice que no es culpable. Siendo así, hasta ahora no hay culpables. Y quien no debe no teme –filosofó el coronel.

* * *

Ya pasaban las 17 horas, dos horas después del horario previamente marcado, cuando un asesor del gobernador finalmente me llamó para la antesala del gabinete de Guazzelli, en el ala residencial.

Era la última y más corta –veinte minutos – audiencia del día. Kirjner me condujo por el corredor con piso de mármol y me introdujo en la sala de despachos, sobriamente decorada con muebles pesados y oscuros que contrastaban de forma admirable con la palidez del anfitrión. Guazzelli me recibió de pie, siempre cordial – pero diferente.

No mostraba la naturalidad de nuestros encuentros anteriores. Estaba constreñido, tal vez avergonzado de la propia palidez. A pesar del caluroso apretón de mano dejaba aparecer en la sonrisa forzada un enorme desaliento. Mi función, allí, era más oir que hablar. Esperé pacientemente por la palabra del gobernador.

El único testigo de nuestra conversación era el silencioso y contenido Salomäo Kirjner, que se mantenía de pie como advertencia viva sobre la exigüidad de tiempo que me cabía. Nos sentamos en un pesado sillón de cuero, de brazos y respaldo alto, grave como la conversación que se iniciaba penosamente. Guazzelli preguntó por mi Navidad, yo pregunté por la suya, hablamos alguna amenidad sobre la hacienda y el clima en la sierra.

Extrañamente, parecía no haber asunto a tratar entre nosotros. El gobernador continuó intentado.

–¿Y entonces, Luiz Cláudio, cómo están las cosas?

–Está todo bien, gobernador – respondí, con el mismo tono vago.

¿Y entonces, qué quieres de mi?

–¿Yo?... Yo nada, gobernador. Fue el señor que me llamó aquí. Me llamaron a casa marcando esta audiencia...

Sin que yo dijese nada, él entonces entró en el tema del secuestro. Para mi espanto, sin embargo, repitió en términos generales todo aquello que el general y el coronel habían anticipado minutos antes a los periodistas acampados en el palacio. El caso estaba siendo investigado, los plazos legales serían cumplidos, la ley sería mantenida, los responsables serían castigados. Todo estaba bien, todo acabaría bien. Hasta allá –observó el gobernador– no teníamos alternativa sino, aguardar.

Sólo faltó hablar, como el general, del sentido común y de las habladurías.

Yo apenas oía, perplejo. La explicación burocrática de Guazzelli no correspondía a lo que se podía esperar de un gobernador que interrumpe sus vacaciones para oír el testigo del secuestro. En aquel momento, delante de las expectativas de la opinión pública y de la atención concentrada de la prensa, Guazzelli estaba frente al gran movimiento que podría determinar su victoria sobre los secuestradores.

El movimiento adecuado lo consagraría como un gobernante firme, valiente e independiente en sus decisiones –virtudes que no acostumbraban habitar el opaco currículo de gobernadores sin voto popular alzados al poder por el brazo militar del régimen, a partir de 1964.

Guazzelli tenía en las manos un secuestrador identificado, la confianza de la opinión pública y el apoyo de la prensa. Él se constituía en la última instancia para rescatar el secuestro del lodo de la mentira y de la farsa, un terreno movedizo que con el pasar del tiempo amenazaba engullir la credibilidad del gobernador. Yo pensaba en todo eso, mientras lo miraba, enredado en su patética tentativa de convencerme que todo transcurría bien, que todo acabaría bien.

El desaliento, ahora, era mío. El gobernador a pesar de mis generosas expectativas, era un hombre esencialmente coherente – y yo comprendí allí, hundido en el sillón de cuero, que la única salida digna que les quedaba era la incoherencia. La coherencia con el régimen le cobraba sumisión a los generales.

La fidelidad a la opinión pública, más que incoherencia, exigiría coraje.

Yo procuraba en Guazzelli la resolución temeraria del estadista, pero tenía delante de mi sólo el insolvente delegado civil del poder central, militar y uniformado.

El gobernador de los generales, no de los gaúchos.

El funcionario público fiel no a los ciudadanos dispuestos compulsivamente a votar por su gobernador, sino sumiso a los jefes militares responsables por su nominación para el empleo más importante de Rio Grande do Sul.

Guazzelli, no era posible olvidar, era gobernador de un golpe militar sordo a los clamores de la sociedad civil. Él no tenía de hecho ningún motivo para escucharla. Para mi mal, Guazzelli se revelaba allí sólo un hombre consecuente, comprometido solamente con los intereses de aquellos a quienes debía favores.

Hacía en aquel momento una opción irreversible: garantizaba su empleo a costa de su biografía.

Otro nudo de Guazzelli es que el calendario marcaba para el 15 de marzo de 1979 la asunción de su sucesor, otro gobernador consecuente escogido por los generales. Olvidaba sólo que su empleo se haría polvo en poco menos de tres meses – la biografía, no.

A pesar de todo, pertinaz, yo todavía intentaba convencerme de que el gobernador resistiría. Procuré una confirmación:

–Pero, si está todo dentro de las previsiones, ¿por qué el señor interrumpió sus vacaciones y está atendiendo hoy en el palacio? Me pareció que el señor iría a quedarse un tiempo más en la hacienda... –provoqué, devolviendo la pelota cuadrada para mi anfitrión.

–Ah, yo tenía que venir a Porto Alegre de cualquier manera para firmar el papeleo del pago de fin de año para el funcionariado público –tartamudeó Guazzelli, visiblemente alterado por la fragilidad de la explicación.

Su respuesta me incomodó. Nadie firma papeles de funcionalismo cuatro días antes de la fecha de pagos. Además de todo había una Chevrolet Veraneo que acostumbraba subir la sierra abarrotada de documentos justamente para no perturbar el sagrado retiro del gobernador. Mi decepción comenzaba a ceder el lugar a una rabia, contenida por la ironía. Resolví quebrar la farsa y pregunté sobre el personaje del día.

–Pero... Gobernador, ¿y la visita del general Samuel? – insistí, movido más por la curiosidad de oír su respuesta.

–¿El general? Ah... El general vino a presentar sus saludos de año nuevo.

–¿Sólo por eso, gobernador?

–Sí, sólo por el año nuevo – repitió, sin convicción.

–Gobernador, los rumores en el jardín son muy grandes, en torno de los motivos que llevaron el general a visitarlo justo ahora, de repente...– avisé.

–¿Ah, eh? Pero es lo que te estoy diciendo. Fueron sólo saludos...– reaccionó Guazzelli, sin insistir en el tema. Medio irónico, medio irritado, avancé la señal:

–Entonces debo decirle, gobernador, que el general escogió un pésimo día para presentarle sus saludos – repliqué. –Los reporteros ahí afuera están convencidos de que él vino aquí por causa del secuestro y de los rumores en torno a la destitución del secretario de Seguridad.

–Pero... ¡Qué coincidencia!...–observó Guazzelli, aparentando incredulidad, intentando convencerme de su sinceridad. La conversación se truncó. Él parecía estar con la mirada distante, con el modo de que no quería estar ahí.

Ni yo.

Me pareció que la conversación había llegado al fin. Ni tocamos el nombre de Didi Pedalada, que amenazaba en el aire como fantasma, delante de la pesada restricción que dominaba el ambiente. Vi que no había más nada que aprovechar de aquella conversación inocua y me levanté para salir. En la puerta, Guazzelli rodeó con su brazo izquierdo mis hombros, en su fraterno abrazo de siempre, y acompañó con golpecitos consoladores mis espaldas con una broma:

–Tú, ¡hein, muchacho!... ¡Me haces cada una!

Yo estaba más preocupado con la reacción, allá afuera, delante del frustrante resultado de nuestro diálogo. Intenté una vez más:

–Gobernador, los periodistas van a preguntar por nuestra conversación. ¿Qué les digo?

–Mantenga el tenor de nuestra conversación reservado, por favor.

–Pero ellos van a insistir, gobernador...

–Di, entonces, que viniste aquí a saludarme por año nuevo...–propuso él, absolutamente serio.

–No, gobernador, eso no. Todo el mundo sabe por qué estoy aquí. La prensa del país entero quiere saber lo que el general vino a hacer hoy aquí. Sería bueno que el señor vaya afuera a conversar con los colegas – propuse.

–Ah, no, no quiero hablar. Tú mismo puedes hacer eso. Ve allí y cuenta lo que te dije ahora –se esquivó.

–No, gobernador, yo no soy portavoz. Soy un reportero, como los otros. Un reportero no da entrevista, la hace. Ellos quieren oír al señor, no a mí. Pienso que el señor debe salir y conceder una entrevista colectiva. Nadie va a entender su silencio. Los rumores afuera están muy intensos, gobernador, principalmente ahora por la visita del general –advertí.

Nos despedimos, por primera vez sin la efusión y la naturalidad que siempre marcaron nuestras entrevistas. Delante de la sonrisa amarilla desteñida de Guazzelli, que combinaba con el terno claro y no deshacía el aire abatido que lo envolvía, llegué a quedar con pena por él. Mi apuesta en el gobernador se mostraba equivocada. Él quedó menor que la crisis.

El honor de Rio Grande ya no estaba en las manos de Guazzelli.

De regreso al jardín interno del palacio avisé a mis compañeros que Guazzelli daría una entrevista dentro de algunos minutos. Me incorporé al grupo de reporteros, que me ahorró preguntas y pasó a aguardar la palabra del gobernador. En poco tiempo se abrieron las puertas del hall de recepción de la residencia oficial y los periodistas fueron invitados a esperar allí por el entrevistado.

Guazzelli surgió cinco minutos después con el mismo semblante serio. Todavía en pie fue rodeado por una malla de hilos de cámaras de TV, micrófonos de radio, grabadores. El gobernador balbució la misma explicación deshilvanada sobre la visita del general, especuló sobre el avance de la investigación, reafirmó la honorabilidad de una investigación rigurosa... Contó que el general Samuel había intentado consolarlo de tanta presión:

–El general hasta me dijo: "Gobernador, el señor está incomodándose, ¡calentando su cabeza con todo este problema!..." –contó el propio Guazzelli, intentando inyectar calma en la entrevista.

Podía ser justificativo, pero parecía más inmolación.

–La investigación no es concluyente, ella revela que no hubo en el caso participación de los órganos de la policía estadual. Si algunos policías participaron, es una información que será proporcionada por la investigación de la Policía Federal, que deberá ser concluída en breve –declaró Guazzelli, reafirmando una vez más que la elucidación del secuestro era cuestión de honor de su gobierno. En seguida, hizo una aclaración contradictoria:

–El asunto es de competencia exclusiva del área federal.

–¡Bah! ¿La cuestión de honor dejó de ser competencia de Guazzelli?, pensé.

El vacío de las palabras del gobernador quedaría marcado aquel mismo día por el pedido de la Policía Federal para prorrogar su investigación por treinta días más. El secuestro comenzaba a enredarse: la competencia escapaba de las manos del gobernador, la investigación era postergada, el honor estadual se volvía un enredo, un nudo, uno más...

Todo eso debía constreñir mucho a Guazzelli, que luego después de la entrevista colectiva trató de volver a su merecido descanso en la hacienda. Con ruidos de sirena abierta al frente del auto oficial enrumbó de regreso para el aeropuerto, donde embarcó otra vez en el Piper Navajo.

Él cambiaba de nuevo los nudos políticos del Piratini por la paz bucólica de la hacienda Cipó. A cinco mil metros de altitud, el gobernador estaba literalmente en las nubes, pareciendo leve, tal vez aliviado. Al final dejaba atrás el papeleo del funcionalismo firmado y cargaba en el equipaje los votos de feliz año nuevo del general.

Pero, por dentro, Guazzelli viajaba pesado, angustiado, aplastado. Él molía, remolía, masticaba, rumiaba una frase del general. Una frase, una observación, un recuerdo, un tirón de orejas. Un aviso.

Una pregunta simple que no demandaba respuesta.

–Gobernador, ¿será que el señor todavía no percibió que la Revolución del 64 no le debe cuentas a nadie? –cuestionó el general Samuel, duro y seco, bajo el testimonio callado del general Campos Paiva.

Nunca se supo el contenido de la respuesta del gobernador. Ni siquiera si hubo respuesta.

Esa, por lo demás, era una cuestión irrelevante.

Lo que interesaba en el caso no era la respuesta.

Era la pregunta.

18
El Gigante

Porto Alegre, diciembre de 1978

Dos abogados, dos fumadores compulsivos, dos hijos de Vacaria. Con tanto en común, un encuentro parecía inevitable.

Pero ellos casualmente no se encontraron, y no fue por la mera diferencia de 18 horas. El gobernador Synval Guazzelli embarcó en su Piper Navajo al final de la tarde del miércoles, 27 de diciembre, en el hangar de autoridades del aeropuerto Salgado Filho. El coterráneo Raymundo Faoro, presidente del Consejo Federal de la Orden de los Abogados de Brasil (OAB), desembarcó de un Boeing de la Varig al día siguiente, al mediodía, en el terminal de pasajeros en Porto Alegre.

El sentido inverso de uno y otro resumía bien el papel de cada uno, en aquel momento histórico.

El gobernador de Rio Grande decolaba para la hacienda y dejaba atrás, con cierto alivio, los generales y el nudo del secuestro. El líder de los abogados brasileños descendía de la capital gaúcha y enfrentaba, con preocupación cada vez mayor, el enmarañado legal y político que embarazaba cada vez más a las autoridades de seguridad y los gobiernos de Brasil y Uruguay.

Guazzelli buscaba enfriar la cabeza lejos del caso, Faoro quería entrar de cabeza en la investigación del secuestro. En el sur, él coordinaría los detalles finales del viaje de una misión de la OAB a Montevideo, la semana siguiente, la primera de 1979, para intentar un contacto directo con Lilián y Universindo, los uruguayos secuestrados en Porto Alegre.

Faoro tenía la autoridad de los justos. Una semana antes, el día 15 de diciembre, él había hablado al *Jornal do Brasil* con claridad y contundencia. Fue la primera personalidad de la vida nacional en reprender la pedaleada internacional patrocinada por las dos dictaduras.

–El secuestro del matrimonio uruguayo y de los dos niños, si confirmado, atenta contra la soberanía nacional... El testimonio del niño Camilo, a pesar de no tener validez jurídica, aclara muchos hechos... La audiencia [*de la misión de la OAB con Lilián y Universindo*] tiene que ser reservada para que no haya coacción a los presos y ellos puedan hablar libremente sobre lo que sucedió. Comprobado el secuestro, cabrá al Itamaraty negociar el regreso de los uruguayos a Brasil, dado que ellos estaban bajo la protección de la ley brasileña.

Aquel mismo día el raciocinio claro de Faoro tuvo eco en Porto Alegre, en el 8º Congreso de los Abogados de Rio Grande do Sul. La Comisión de Derecho Constitucional del encuentro aprobó una moción de protesta para ser enviada al presidente Geisel exigiendo "identificación de los culpables y la reparación a las violaciones de los derechos humanos y de la soberanía nacional".

En el espacio principal de la página 6, el *Jornal do Brasil* de ese viernes abría la columna Informe JB con una editorial, "Santa Misión", y una pregunta desconcertante que complementaba la entrevista de Faoro, dos páginas adelante:

> Es necesario percibir desde ya que los abogados brasileños no buscan intervenir en asuntos internos del Uruguay. La Sra. Celiberti tenía un abogado en Porto Alegre. Desde el día en que ella desapareció ese abogado está impedido de cumplir su misión y es precisamente en el cumplimiento de ese deber que se procura saber qué hay con la Sra. Celiberti.
>
> Los abogados no intervienen en asuntos internos del país vecino y para allá embarcan con las escasas armas de la ley y de la civilización. Son fuertes e impotentes como es todo ciudadano común que puede ser secuestrado misteriosamente en Brasil, para aparecer en la Cochinchina.
>
> Nada se pide al Uruguay sino una entrevista reservada con la Sra. Celiberti y con el Sr. Universindo.
>
> Que ellos digan lo que les sucedió.
>
> ¿Será mucho?

Dos años antes, en entrevista a *Veja,* Raimundo Faoro habría dicho una frase que su propia biografía desmentía: "La historia de Brasil es una novela sin héroes".

En verdad, él era un héroe vigoroso y sereno de la lucha contra la dictadura y a favor del retorno del país a la democracia. Un capricho de la ficción nacional lo colocaría, el mismo día, en contrapunto a uno de los villanos del régimen que él combatía. El día 1º de abril de 1977, casi simultáneamente, se hicieron las tinieblas y la luz.

En Brasília, las tinieblas.

Por la mañana, el general Ernesto Geisel reunió el Consejo de Seguridad Nacional y, con base en el instrumento dictatorial del AI-5, cerró el Congreso Nacional. Tuvo el apoyo unánime de los 21 ministros y de los jefes de Estado Mayor de las tres Fuerzas Armadas. Era la tercera vez que eso sucedía en la dictadura, ahora en represalia a la resistencia del MDB a una reforma del Poder Judicial.

En Rio de Janeiro, la luz.

Por la tarde, el Consejo Federal eligió a Raymundo Faoro presidente de la Orden de los Abogados de Brasil. Venció apretado, por trece votos a once, pero fue lo suficiente para colocar la Orden a su altura en la lucha por la redemocratización.

Faoro era un gigante de un metro noventa, que hacía parecer pequeño al coterráneo Guazzelli.

A los 52 años, tenía la frente amplia dominando los ojos astutos, protegidos por un par de anteojos inmenso y cuadrado, de arco grueso, que dejaba su rostro aún más solemne. Cuando conseguía tirar el cigarro de la boca o la pipaomnipresente, brotaba de su garganta una voz poderosa y gutural, de tono bajo, que se erguía alto en la defensa del orden constitucional y de las libertades.

A pesar de la cara de pocos amigos y del modo aristocrático, adoraba recibir políticos y pensadores en su casa en el barrio carioca de las Laranjeiras para una charla, un buen vino, la revelación de un buen libro.

Casi dos décadas más tarde, ya en democracia, un barbudo que despuntara en las asambleas sindicales de São Bernardo do Campo intentaría por segunda vez cambiar las campañas del centro metalúrgico paulista del ABC (Santo André, São Bernardo y São Caetano) por la rampa del Palacio de Planalto, disputando la presidencia en 1994. Parecía difícil, pero sería todavía peor convencer Faoro a integrar su fórmula como candidato a vice.

–Lula, soy un hombre perezoso y amante de las buenas cosas de la vida. Aceptaría de buen agrado una embajada en Viena... Vitalicia – bromeó, descartando con humor el convite del líder del Partido de los Trabajadores (PT).

Se definía como "un jurista con alma de sociólogo y coraje de guerrillero". Y se disculpaba con quien soñaba verlo en puestos más destacados de la vida pública.

–No tengo la elegancia del patriciado paulista, soy un simple gaúcho de Vacaria. Aprendí alemán en los clubes masculinos de Porto Alegre, inglés en las piezas políticas de Shakespeare y francés con las fábulas de La Fontaine. Y, a pesar de eso, hablo como un animal.

Faoro hablaba y pensaba como un animal político.

Se sorprendió en abril de 1978 cuando el palacio de Planalto respondió al convite protocolar para la apertura del Congreso Nacional de la Orden, al mes siguiente. Pero más sorprendidos quedaron sus amigos cuando aceptó la invitación del general Geisel para una conversación en el Planalto.

El mismo general que exactamente un año antes cerrara el Parlamento y, con las luces de media docena de asesores reunidos en la "Constituyente del Riacho Fundo", llevara 14 días para bajar el dictatorial "paquete de abril" de 1977. Entre otras barbaridades, aquel conjunto de normas autoritarias cancelaba las elecciones

directas para gobernador en 1978, alteraba el cálculo del Colegio Electoral para reducir el peso de las provincias más pobladas, más ricas y más oposicionistas y, además, inventaba el "senador biónico", un monstruo parlamentario de elección única y exclusiva del general–presidente.

Donde todo el mundo sólo veía tinieblas, Faoro vislumbraba un rayo de luz en la caída del quorum necesario para reformas constitucionales, que disminuía de dos tercios para mayoría absoluta.

–Es una puerta entreabierta – previó, sin decir nada más. Cuando la puerta del gabinete de Geisel se entreabrió aquel miércoles, 19 de abril de 1978, fue recibido por un saludo alentador.

–Queremos la misma cosa, Dr. Faoro. Aún con discordancia podemos llegar a las mismas conclusiones – dijo el general de Bento Gonçalves al abogado de Vacaria, coterráneos de nacimiento y vecinos de la sierra gaúcha. Animado por la visita, Geisel avanzó la señal:

–Al fin de cuentas, Dr. Faoro, ¿qué quiere el señor de mi gobierno?

Con el "alma de jurista y coraje de guerrillero", Faoro resumió su aspiración:

–Quiero muy poco, señor presidente. Basta que su Excelencia restaure en toda su plenitud el instituto protector de las libertades públicas, que es el habeas corpus. Así no habrá más clima para aquellos que torturan en los sótanos del DOI-CODI, ni tendrán más coraje de asegurar quien quiera que sea dentro de los presidios. Y de a poco va a suceder la redemocratización de ese país.

El último día del año el habeas corpus resucitó con el paso, sin lágrimas ni vela, del AI-5.

Faoro enseñó al general de turno, podría también enseñar al general de turno siguiente.

Joäo Baptista Figueiredo, jefe del secreto SNI, era el favorito de Geisel desde 1973. El secretario particular del presidente, Heitor Ferreira, quería tirar el fuerte olor de caballeriza del candidato. Traductor esmerado de biografías de Bismarck y Churchill, Heitor se convertía ahora en un tutor dedicado que intentaba dar a Figueiredo un lustro cultural, luchando para domar su temperamento chúcaro. El secretario escobillaba el pelo duro del general, intentando hacerlo cabalgar en los buenos libros. Seleccionó dos decenas de títulos, casi todos de autores americanos hablando sobre presidentes de allá y héroes de todas las guerras.

Un único brasileño frecuentaba esa selección: Raymundo Faro y su *Os Donos do Poder [Los Dueños del Poder]*, un clásico en dos volúmenes de la sociología política, lanzado en los años 50, mostrando como la sociedad amoldaba la esfera pública – el "estamento burocrático" – a sus intereses privados, herencia de la Corona

portuguesa y madre de la corrupción crónica que caracteriza el patronato brasileño. Fue reeditado con el aura de ser una de las veinte obras más importantes de la historia brasileña.

Si hojeó, a Figueiredo debe haberle parecido muy insípido. Mejor volver a los caballos.

En la víspera de la Navidad de 1978, Faoro resolvió tomar en las manos las redes del secuestro de los uruguayos. Días antes, él había recibido en Rio de Janeiro un extraño llamado telefónico de un gentil caballero, anónimo, que hablaba castellano y le recomendaba un buen local para recibir la OAB en la capital uruguaya:

–¿Aló, Dr. Faoro? En Montevideo conocemos un excelente lugar para hospedar por una temporada al señor y toda la comisión que va a intentar liberar aLilián Celiberti y Universindo Rodríguez Díaz. El hotel no es muy bueno, pero es barato. Se llama ¡Libertad!

Faoro nunca había oído hablar del Hotel Libertad. El presidente de la OAB llegó a agradecer la gentileza, pero despúes se dio cuenta de que era un embuste. Libertad es el nombre del mayor presidio masculino para presos políticos de Uruguay. La burla era una reacción a la firme decisión de Faoro de recomendar la creación de una comisión de la OABgaúcha para investigar el secuestro, estimulando incluso el viaje a la capital uruguaya.

Guazzelli ya había vuelto al descanso de la hacienda cuando, el jueves, 28 de diciembre, la OABgaúcha divulgó en la presencia majestuosa de Faoro el informe preliminar enviado al gobernador. En él, los abogados constataban que "los uruguayos efectivamente se encontraban en esta capital y que fueron coercitivamente trasladados para el vecino país" y admitían "inequívocos y vehementes indicios" sobre la participación del agente del DOPS Didi Pedalada en el secuestro.

Para investigar la "probable" participación de otros funcionarios policiales, la OAB sugería a Guazzelli la formación de una comisión de investigación formada por el Ministerio Público, Orden de los Abogados y Asociación Riograndense de Prensa (ARI), ya que habría "sospecha" en el caso de investigaciones procedentes "por componentes de este mismo organismo policial".

El jueves, el diputado de la ARENA y delegado de policía Cícero do Amaral Viana subió a la tribuna de la Asamblea Legislativa para exteriorizar su opinión – consolidada el día anterior en la reunión secreta con los generales en el QG del III Ejército. En un duro e inf amado discurso de ocho páginas, Viana defendió a la policía y atacó al resto:

–¿Por qué esta saña asociada con la subversión para deshacer, para acabar con los órganos de seguridad del estado y del país? – se indignó, juntando en una sola virtud al general Samuel y los coroneles Macksen de Castro y Moura Jardim.

–Feliz el pueblo, feliz el estado que tiene en la jefatura de sus fuerzas hombres de patriotismo como estos.

Tachó de criminales a Lilián y Universindo ("Que ni siquiera era un matrimonio en el concepto cristiano del término") y clasificó la campaña en Brasil para liberar a Flavia Schilling de "malversación para tirar del bolso del pueblo el dinero ganado con mucho sudor para una causa inexistente". Delante de tanta elocuencia, el senador electo Pedro Simon resumió la impresión general:

–Parece que quedó claro: ganó el secretario de Seguridad, capituló el gobernador del Estado.

Cáustico, el líder del MDB en la Asamblea, César Schirmer, continuó haciendo un duro discurso que la *Folha de Säo Paulo* resumió, al día siguiente, abriendo un titular interno de página entera con la pregunta central del diputado:

–Al fin de cuentas, ¿quién gobierna Rio Grande?

El tema que comenzaba a incendiar la pampa gaúcha era un caso manido en Brasilia para un Congreso Nacional casi indiferente.

El primer parlamentario en tocar el asunto fue el diputado federal Rosa Flores, el MDB gaúcho, en el Pequeño Expediente del martes 28 de noviembre. Golpeó duro, exigiendo la aclaración del secuestro, denunciando la colusión entre los dos países y clamando por la defensa de la soberanía nacional. Se quedó hablando solo.

Volvió al tema el jueves 30. Hizo coro con otro gaucho de la oposición, el diputado João Gilberto Lucas Coelho. Y fue sólo eso. Todo el año 1979 pasó en blanco en la Cámara de Diputados, sin un único discurso –del gobierno o de la oposición.

En el Senado la letargia fue semejante.

El secuestro estrenó en la Casa por la voz del vice líder del MDB, el senador Lázaro Barbosa, de Goiás, en la sesión del miércoles 29 de noviembre – cuatro días después de la divulgación del Comunicado Nº 1400 de las Fuerzas Conjuntas de Uruguay reconociendo la prisión de los uruguayos en Montevideo. El senador exigió explicaciones del Itamaraty.

Al final del año, el líder de la oposición, Paulo Brossard, de Rio Grande do Sul, prefirió un recado más directo –una carta abierta al presidente Geisel, donde reclamaba:

> La aclaración del hecho afectará personas más o menos ilustres, que una falsa concepción hace intocables porque su conducta repercutiría en tal o cual institución de servicio, cuando, es evidente que, el encubrimiento de personas en falta es el que gangrena

servicios e instituciones. (...) Dejó de haber secreto y no habrá más silencio, razón por la que las consideraciones de conveniencia política dejarán de tener pertinencia.(...) Si no hubiese recelo, por no decir miedo, de investigar el hecho, hace mucho, que estaría al descubierto.[18]

El tema sólo volvería a la tribuna del Senado por la voz altisonante del mismo Brossard, el 7 de marzo de 1979, un miércoles.

> La Nación entera sabe que la soberanía nacional fue violada, cuando ciudadanos uruguayos fueron secuestrados en la capital de mi provincia. (...) Ciudadanos uruguayos, cuyos nombres no importa saber, fueron detenidos allá en Rio Grande do Sul y, como animales, contrabandeados para el Uruguay. El instituto de extradición encontró una modalidad o versión nueva, no reconocida por los autores y no reconocida por los tratados.[19]

A inicios de enero, en entrevista al *Correio Braziliense,* Brossard había diseñado la indagación preliminar ejecutada burocráticamente por el coronel Moura Jardim en la Secretaría de Seguridad.

–El resultado representa un insulto a la Nación, un escándalo. La propia policía fue usada para ocultar un crimen que fue revelado por la prensa y por la Orden de los Abogados de Brasil. La policía fue convertida en instrumento de encubrimiento –arremetió el tribuno gaucho.

Y nadie más tocó el asunto en la tribuna del Senado a lo largo de 1979.

Pero la mejor medición política de la fiebre del secuestro no se hacía en Brasilia, mucho menos en Porto Alegre.

Se hacía en Rio de Janeiro.

---

[18] Valls, 2004, p. 319.

[19] Idem, p. 319-320.

19
Cronogeisel

La policía, el canciller y el gobierno brasileño podrían haber anotado, con atención, las palabras en las últimas horas de dos gigantes en la lucha interminable contra la estupidez humana – don Paulo Evaristo Arns y Jimmy Carter. Uno rozaba las plumas de un macabro aparato transnacional, todavía sin nombre, que sobrevolaba el continente como la sombra de un buitre. El otro mostraba que el tradicional patrón de la doctrina que atropellaba fronteras y derechos humanos había cambiado dramáticamente de lado.

El martes 5, el más importante líder de la Iglesia Católica en Brasil, el cardenal de São Paulo, don Paulo Evaristo Arns, habló sobre derechos humanos en la PUC paulista. Y provocó a la prensa:

> Los diarios deben tener el coraje de seguir las pistas para ver lo que existe y desmantelar posibles entendimientos entre los órganos de represión en América Latina. Tuvimos un caso la semana pasada en Porto Alegre, tenemos siempre nuevos casos. Hay tantas voces por ahí que indican que hay entendimientos entre los órganos represivos. Estuve en Chile y en Paraguay y allá me dijeron: "Nosotros aprendemos con ustedes, nuestro personal aprendió a reprimir con ustedes". Eso habla mucho contra las instituciones democráticas.[20]

Al día siguiente, miércoles 6 de diciembre de 1978, el más poderoso gobernante del planeta dio su recado en la Casa Blanca. El Presidente Jimmy Carter (1977-1981) aprovechó la ceremonia de los treinta años de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y habló, claro y duro, delante de 250 activistas de derechos humanos del mundo entero. Habían pasado sólo doce días desde que su cónsul en Porto Alegre, Fred Exton, había escuchado mi relato sobre el secuestro el 25 de noviembre.

Carter resaltaba una inf exión histórica externa de los Estados Unidos. Era una guiñada radical en la política que quedó marcada por los dólares, equipos, doctrina y amparo internacional que acostumbraba dar a los regímenes autoritarios, bajo el pretexto de la lucha contra el comunismo. El Gobierno Carter, inspirado por la formación religiosa bautista y fuerte apego moral de su jefe, era un interregno liberal entre dos administraciones republicanas conservadoras que estimulaban los generales más virulentos del continente: el antecesor Nixon (1969-1974) y el sucesor Ronald Reagan (1981-1989). El discurso de Carter, aquel día, era prueba de que el Gran Hermano del Norte ya no apoyaba la violencia contra los ciudadanos y las libertades:

---

[20] *Jornal do Brasil,* 6 de diciembre de 1978, p.7.

> Esta administración tiene un compromiso con la política de derechos humanos y ninguna fuerza en la Tierra, mientras sea presidente, será capaz de moverme de esta meta. Los derechos humanos son el alma de nuestra política externa porque son también el alma real de nuestro sentido de nacionalidad. (...)
>
> En algunos lugares, presos políticos fueron liberados. En otros, disminuyó la brutalidad de la represión. En otros, aún, ocurrió un movimiento a favor de las instituciones democráticas o del imperio de la legalidad. De todos los derechos humanos, el más importante es el de no sufrir violencia arbitraria, venga ella del gobierno, de terroristas, de criminales o de personas que se titulan de mesías, y actúan bajo la cobertura de la política o de la religión. Pero los gobiernos – porque su poder es mucho mayor que el de cualquier individuo – tienen una responsabilidad especial.
>
> No dudaremos en manifestar nuestra indignación a los regímenes que continúan empeñados en amplias violaciones de los derechos humanos, ni fingiremos que eso no afecta nuestras relaciones. A quien piensa que esta política a veces perjudica a quien se propone beneficiar, yo digo: pregunten a las víctimas, pregunten a los exiliados, pregunten a los gobiernos que practican represión. Los gobiernos saben que estamos vigilantes.
>
> De las prisiones, de los campos de trabajos forzados o de los exiliados constantemente recibimos el mismo mensaje: erguir nuestra voz, denunciar y perseverar, hacer oír la voz de la libertad.[21]

Hasta que llegó el sábado 23 de diciembre, cuando el 'Informe JB' publicó la nota "En la red" con la noticia que yo intenté dar de primera mano al gobernador de Rio Grande do Sul en su refugio de Vacaria. Era la noticia que, ironizada como "regalo de Navidad", daba la identificación de Didi Pedalada por los reporteros de *Veja*. La nota que interrumpiera el descanso navideño de Synval Guazzelli en la hacienda de Cipó.

A la vuelta del año, el secuestro aterrizó en el santuario de la política nacional, la página 2 del *Jornal do Brasil,* donde se ubicaba la Columna de Castello. Allí, el jueves 4 de enero, el periodista Carlos Castello Branco, conocido como "Castelinho", entonces el más influyente articulista político del país, colocó el dedo en la herida en el artículo bajo el título "Un caso de honor en Rio Grande do Sul". Transfirió de Porto Alegre para Brasilia la responsabilidad por la investigación sobre "una connivencia, consentida o informal, de aparatos represores que actúan en el Cono Sur del continente".

La pluma clara del periodista rozaba el ala negra de la "Operación Cóndor", una entidad siniestra conocida entonces sólo en el código militar de la represión transnacional del Cono Sur. Trechos del vuelo rasante de Castellinho:

---

21 *Jornal do Brasil,* 7 de diciembre de 1978, p. 13.

Nos habituamos a ver en el gobernador Synval Guazzelli un hombre de bien. Como político él peca más por la inconveniencia de actitudes que por la reserva conveniente, pues no acostumbra a esconder lo que piensa ni deja pasar sin aclarar cualquier equívoco que se arme en torno de sus actitudes. Conociéndolo y acompañando sus reacciones sobre ese caso del secuestro de uruguayos en Porto Alegre, no podemos dudar de que él lo consideró como un "caso de honor" la investigación de lo que ocurrió. Si él, sin embargo, vuelve a su hacienda de Vacaria para continuar sus vacaciones sin hacer los esfuerzos necesarios para que la Secretaría de Seguridad de su estado investigara en profundidad toda la cuestión, se debe buscar una razón plausible para su decisión.

Esa razón nos parece fundamentada en el hecho de que el gobernador haya sido convencido de que el episodio del secuestro escapa a la jurisdicción del gobierno de su estado y se sitúa en la jurisdicción de la Unión. La Policía Federal asumió la responsabilidad de las investigaciones y actúa a su modo, sigilosamente, sin testigos, sin enfrentamientos indispensables, en el ámbito de la autosuficencia con que se movilizó el aparato represor a la sombra del extinto AI-5. El gobierno de Rio Grande do Sul nada tiene que ver con el asunto, aunque eventualmente elementos del DOPS hayan sido utilizados en la operación. La acción que el gobernador tenga que adoptar estará así condicionada a la investigación de las autoridades federales en un caso bastante complejo por involucrar relaciones internacionales.

De ese modo tiene total cabida la carta que el Senador Paulo Brossard (...) dirigió al presidente de la República solicitando su interferencia en el caso, invocando como precedente lo que ocurrió en los episodios de las muertes del periodista Vladimir Herzog y del obrero Manuel Fiel Filho. La carta insinúa, por los precedentes invocados, que la operación del secuestro se desarrolló bajo la responsabilidad o con la complicidad de autoridades federales, si no militares por lo menos civiles, y así solamente un acto quirúrgico del presidente, semejante a la destitución del comandante del II Ejército, sería capaz de terminar con lo que podrá ser una connivencia, consentida o informal, de aparatos represores que actúan en el Cono Sur del continente. (...)

Se debe prever, así, que las investigaciones en curso en Rio Grande do Sul no llegarán al punto de abrir el juego de esa maldita asociación de cuya existencia se sospecha. Pero un acto del presidente será suficiente para liquidar un juego siniestro que elimina la seguridad de un amplioterritorio del continente. (...)

Si la Policía Federal no investiga, habrá alguien con conocimiento suficiente de los hechos para hacerlos públicos. Es de prever que la actuación del presidente se hace necesaria no sólo para poner fin a una posible alianza informal de aparatos de seguridad internacionales, sino también para obligar a los responsables de la investigación a realizar todas las diligencias necesarias para aclarárselos a la opinión pública nacional.(...)

En cuanto a la actitud del Presidente Ernesto Geisel, es imprevisible. Él no acostumbra a actuar por provocación, sino por encima de los hechos y según sus propios criterios de evaluación. No se sabe hasta qué punto mostrará comprensión por episodios que se

> habrán pasado aún a la sombra de la voluntad y en la atmósfera de la excepción generada por los poderes discrecionales del gobierno. Como el secuestro va "envejeciendo" y no se conoce la actitud del presidente, no sería llamativo que él dejase el asunto confiado a la Policía Federal o a las autoridades del III Ejército.[22]

* * *

Once días antes, un domingo 24 de diciembre, víspera de Navidad, el *JB* estampó en primera página la foto del jugador, haciendo resonar la denuncia que *Veja* llevaba de primera mano a sus lectores.

Ese día el secretario particular del presidente de la República, Heitor Ferreira, actualizó su *Cronogeisel*. Era el sobrenombre que diera al registro diario del gobierno Geisel, que hacía en letra menuda en hojas de cartulina grande. Anotó allí la fecha – 23/24/diciembre/1978 – y escribió, como un recordatorio seco: Caso de los uruguayos secuestrados.

El secuestro había llegado finalmente sin rodeos a la cocina de Planalto, el núcleo duro del poder. Sería el único registro conocido en el círculo restringido del Presidente de la República del caso que complicaba al gobierno. Aparentemente, como escribiría Castelinho, el imprevisible Geisel no se movió.

Sólo aparentemente. Geisel no actuaba por provocación, sino encima de los hechos. Y el hecho del secuestro persistía en no envejecer, mientras transcurrían los últimos tres meses de su gobierno. Irritado, llamó a su gabinete al sucesor ya indicado, el general João Baptista Figueiredo, apartado desde junio de 1978 de la jefatura del SNI para cuidar exclusivamente de su traspaso en marzo.

–Figueiredo, resuelva este problema – ordenó el presidente, con el severo traje que vestía en los momentos más incómodos.

Para resolver el problema, Figueiredo convocó a su hombre de confianza: el general Octavio Aguiar de Medeiros, que saliera del comando de la Escuela Nacional de Informaciones (ESNI) en junio para asumir la Jefatura del SNI, vacante con la candidatura de Figueiredo. Él repasó la orden del jefe:

–Precisamos resguardar el gobierno, Medeiros. Trate personalmente este caso – repasó Figueiredo.

Aún en enero de 1979, por cuenta del "caso de los uruguayos secuestrados", Medeiros viajó a Porto Alegre.

No una, sino dos veces.

Ninguna de ellas está anotada en el *Cronogeisel.*

---

22 *Jornal do Brasil,* Coluna do Castello, 4 de enero de 1979, p.2.

20
El Causídico

Porto Alegre, enero de 1979

Petequinha.

En los primeros días de enero de 1979, esa era mi principal preocupación en la vida.

Petequinha era el nombre del maternal donde mi hija Gabriela estrenaría su rutina escolar, cuatro meses después de conmemorar su segundo año de vida. Con el ostentoso uniforme de falda roja y blusa azul marino de la escuelita, ella iniciaba su vida escolar en Florianópolis, la capital catarinense, 470 kilómetros al norte de Porto Alegre, donde pasaría los próximos meses. En buena hora, Janda fue a hacer su maestría en Letras en la Universidad Federal de Santa Catarina.

Ellas vivían en la Ponta das Almas, a unos veinte pasos del margen de la laguna de la Conceição. Sus aguas mansas lamían serenas la estrecha franja de arena donde Gabriela se divertía, observando extasiada los cangrejos que corrían torpemente por la playa. Ella sólo dejaba aquel paraíso para encontrar los nuevos amiguitos del Petequinha, en el barrio de la Trindade, donde pasaba parte del día mientras Janda estaba bien cerca de allí, en el campus de la universidad. Era un disfraz conveniente y un escondite eficaz, en aquel momento, para las dos mujeres más importantes de mi vida.

Seguridad era algo que me preocupaba en aquellos tiempos tan inseguros. No llegaba a comentar eso con Janda para no afligirla. Ella, experta, tampoco tocaba el asunto para no agregar otro foco de tensión en mi pauta diaria. Ambos fingíamos que el problema no existía para no quebrar el encantamiento de Gabriela.

Antes de iniciar el año escolar, planificamos pasar algunos días de enero en la playa de Garopaba, descubrimiento de los años 70 de los gaúchos de todas las edades – deslumbrados de un lado por la bahía de aguas verdes y calmadas, de otro por las olas agitadas y ondulantes que hacían la fiesta de los surfistas en la playa de atrás del morro. El lugar tenía entonces la paz de un litoral inmune a la especulación inmobiliaria.

Mientras yo descansaba con mi familia en el litoral catarinense, la policía agitaba en la capital gaúcha. La onda llegó al Palacio Piratini, la primera semana de enero. En la cresta de la Secretaría de Seguridad, los periodistas crearon el remolino y desaparecieron. El chorro llegó a los oídos del abogado Werner Becker a través de

la palabra del amigo Enio Castilhos, el secretario del Gobierno, que oyó la queja del propio Synval Guazzelli.

–Werner, la policía ahora está encima del Palacio. Dicen que los periodistas son unos irresponsables. Crearon toda esta confusión y desaparecieron...

–No, Enio –rebatió Werner–, puedo garantizarte que Luiz Cláudio no está desaparecido. Diga al gobernador que, si precisa, él estará en Porto Alegre en 24 horas.

Por cuestión de seguridad, Werner no dio detalles de mi paradero.

Yo no podría tener mejor defensor.

* * *

Werner Cantalicio João Becker, a pesar de sus ralos 43 años, tenía los cabellos irremediablemente blancos que contrastaban con el negro de sus cejas bien marcadas.

Sobrino nieto de don João Becker, que emigrara de Alemania a los dos años de edad y se hiciera arzobispo de Porto Alegre a inicios del siglo XX, el portoalegrense Werner tenía la cara lavada de santo que, la bendita estela del abuelo le había garantizado una vacante eterna como príncipe de la Iglesia. Sin embargo, en vez del purpúreo cardenal del Sacro Colegio Pontificio, él se puso el secular terno y corbata de abogado – y ganó, por la justicia de los hombres, la unción como uno de los cardenales de derecho en el Sur.

A inicio de los años 70, tenía lugar seguro en la mesa más ilustre de la *intelligentsia* nativa, que se remontaba todos los jueves para una charla y un santo almuerzo en el Pagoda, dirección noble de la cocina china en la entrada de la avenida Protásio Alves.

Quien tenía silla en ese lugar no salía. Quien no tenía moría de envidia. Pero eran pocos los elegidos para compartir aquellos nacos de yakissoba, tofu, chop suey y pollo ajedrez aliñados con mucha soya, fina ironía, elevada filosofía, humor refinado y ácida crítica – en la política y en el fútbol, no necesariamente en ese orden.

Además de Werner eran miembros cautivos de la cofradía del Pagoda el filósofo y periodista Ruy Carlos Osterman, el crítico de cine y publicista Hiron (Goida) Goidanich, el cronista deportivo y directivo del club Internacional Ibsen Pinheiro, el periodista José Onofre y un promisorio columnista de provincia llamado Luis Fernando Verissimo, que se atrincheraba en un elocuente silencio de comienzo a fin del ágape.

Eventualmente, frecuentaba aquel círculo restringido otro periodista, Paulo Totti, entonces jefe de *Veja* en Porto Alegre.

Werner Becker había sido abogado de tres ilustres militantes de la izquierda gaúcha: Flavio Koutzii, Indio Vargas y Marco Aurelio García.

Estudiante de Economía, descendiente de rusos y trotskista, Koutzii militó en el Partido Obrero Comunista (POC) y se refugió en Chile cuando la represión apretó el cerco. La caída de Allende lo llevó para Argentina, donde fue detenido antes del golpe de 1976, ya integrado al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Fue torturado y quedó en prisión, mientras Brasil se movilizaba por la liberación de sus tres Flavios: Flavio Koutzii, Flavio Tavares y Flavia Schilling, estos dos detenidos en Uruguay.

El periodista Indio Vargas estaba ligado a Brizola y era miembro del clandestino "Grupo Armado del PTB". Elegido el concejal más votado en Porto Alegre, duró veinte días en el cargo –revocado por los militares en 1968, días antes del AI-5.

Marco Aurelio Garcia era un estudiante de filosofía y alumno del curso de formación política de PCB administrado por Apolonio de Carvalho, el héroe mítico de la izquierda que combatió el franquismo en España, el nazismo en Francia y la dictadura de Getúlio Vargas en Brasil. A pesar de la sofisticación intelectual, García seguía el liderazgo del tosco Edmur Pericles Camargo, un hombre negro, alto y fuerte, que integraría después la lista oficial de 136 desaparecidos políticos del país.

Paulista, Edmur cambió, en 1952, la lucha sindical portuaria en Rio de Janeiro por el periodismo militante en Rio Grande do Sul, donde recibió el sobrenombre de "Gauchão". Escribía en *A Tribuna Gaúcha,* órgano oficial del PCB, hasta exiliarse, en 1964, en Uruguay. Volvió clandestino en 1969 para organizar el M3-G, sigla de una misteriosa organización – Marighella, Mao, Marx y Guevara – que actuaba en los restringidos límites de la Gran Porto Alegre. Aún con pocos integrantes, ejecutó media docena de asaltos irrisorios a bancos en el espacio de un año.

Edmur, a pesar de la fe marxista, era un devoto de la astrología. Planificaba algunas acciones militares consultando el horóscopo. Werner Becker descubrió una mañana de sábado, en los idos 70, que la conjunción de los astros con la represión no había sido favorable a las previsiones guerrilleras del 'Gauchão'. El abogado trabajaba en su oficina, en el centro de Porto Alegre cuando la puerta se abrió de repente. El periodista Indio Vargas entró, jadeante. Solidario con la lucha del 'Gauchão', se aproximó a la casa astrológica guerrillera del líder del M3-G. Indio era atraído por el filo de la navaja. A inicios de los años 60, había sido pionero reportero político del equipo de la radio Gaúcha dirigida por João Aveline, que revolucionó el periodismo del sector sacando el equipo de la frialdad del estudio para colocarlo en el calor de la calle, donde transmitían en vivo con la emoción del momento.

Ahora Indio descubría que el tránsito planetario traía efluvios menos negativos que el insondable tránsito terrestre. Contra todas las previsiones cósmicas, cierta

vez el motor del sedan DKW viejo de guerra usado por la organización se apagó en un momento crucial después del asalto a una agencia bancaria del Banrisul en Cachoeirinha, en la región metropolitana. El jefe de la acción, el propio Edmur, llegó corriendo con un compañero y un saco de estopa en la mano lleno de dinero. El conductor del auto, João Batista Rita, el Catarina, giró la lave, el motor no partió. El DKW, para suprema vergüenza revolucionaria, capituló.

Humillados, los tres revolucionarios del M3-G tuvieron que huir de allí a pie. Catarina, que cargaba el dinero, se deslizó tomando un proletario y repleto autobús de la Sogil, la linea interurbana que unía la ciudad al centro de la capital gaúcha, a quince kilómetros de distancia.

Delante de Werner, aquella mañana de sábado, el Indio exhibía una af icción parecida. Nervioso, preguntó:

–¿Regina te entregó?

Werner no había recibido nada de la abogada que trabajaba con él en la oficina.

–¿Entregó qué, Indio?

–La ametralladora.

–¡¿Qué?! –se espantó el abogado, que por frialdad profesional no se espantaba con nada.

Indio explicó que el día anterior, viernes, había participado de un asalto a un banco en los alrededores. El área fue cercada por la policía, él huyó y no halló lugar más seguro que la oficina del amigo en el piso 14 del edificio Itapiru, en la calle Andrade Neves, para esconder la prueba del crimen.

–Ella la puso ahí en el cajón. En el cajón de abajo. ¡Ese cajón ahí!

Werner abrió con cuidado y estaba ahí un paquete. Lo abrió, rápidamente, sólo para no enlentecer más la historia. Era ella misma. ¡Una ametralladora! Grande y pesada.

–¿Estás loco, Indio? ¿Qué voy a hacer con eso? Tira eso de aquí...

Indio alegó que no podía circular con aquella metálica evidencia. Tres días después, el insospechado Werner tomó un taxi, con la ametralladora cuidadosamente envuelta como si fuese una estatua, y la llevó hasta la avenida Independencia. Allí, delante del cine Vogue, lo esperaba Flavio Koutzii, veterano de un asalto a una agencia del banco Industrial y Comercial del Sur, en julio de 1969, a quien entregó el arma. Seis meses después el Gauchão fue preso.

Marco Aurelio Garcia y Flavio Koutzii, sin el envoltorio de la ametralladora, decidieron refugiarse en Chile. Indio Vargas fue preso al finalizar la mañana del 8 de abril de 1970, en su curso pre vestibular en la calle Marechal Floriano, por cuatro agentes y un delegado del DOPS. Quien se preocupó entonces fue Werner Becker,

que podría ser identificado como fiel depositario de aquella maldita ametralladora. Se apresuró en ir a la Ordem dos Advogados do Brasil (OAB) y se acreditó como defensor del preso. Formalizado en la función, salió de allí y fue directo al DOPS.

Luego al llegar preso al DOPS, Indio vio un rostro familiar, antes inclusive que su abogado. Era un hombre bajo, de unos cuarenta años y voz nasal que lo miró y le dijo:

–Yo te conozco...

–Yo también lo conozco – respondió Indio. Era un viejo conocido suyo, todavía como jefe de gabinete de un secretario del Interior y Justicia. Ahora el hombrecito era el superintendente de los servicios policiales, el segundo puesto de la Seguridad Pública. Indio Vargas se acordó de su nombre: Cícero do Amaral Viana, que, nueve años después, como diputado de la ARENA, sería el portavoz de la policía en la CPI del secuestro de los uruguayos en la Asamblea Legislativa.

El segundo rostro conocido que Indio vio en el DOPS fue el de Werner Becker, que entró en la sala de visitas en la condición de su abogado.

Cuando Indio vio al abogado entrar en la sala de contacto, recordó el pesado lío en que había metido al amigo y comenzó a llorar, mientras repetía:

–¡No fui yo, Werner, no fui yo!

Antes que Indio hablara de ametralladora, Werner atropelló:

–No, no fuiste tú quien me llamó. Fue Marlene, tu mujer...

Indio paró de llorar. Entendió que nadie allí sabía de ametralladora.

El paquete se transformó, para siempre, en una inofensiva estatua en un taxi.

En el DOPS, Indio pasó por sesiones de choque con los policías de Seelig. Sobrevivió a las torturas, a su soledad y a la de la helada Isla del Presidio, en el medio del río Guaiba, donde cuatro años antes había comenzado el martirio y la muerte del sargento Manoel Raimundo Soares.

Indio salió de allá directo para el Hospital del Ejército, en Porto Alegre, con escolta día y noche de soldados armados de ametralladora – sin envoltorio – al lado de la cama. Temían que fuese rescatado en una acción épica por el gran comandate de la guerrilla brasileña, el ex capitán del Ejército Carlos Lamarca.

Aún en el exilio, García y Koutzii fueron defendidos en la justicia por Werner, que consiguió absolverlos en la Auditoría Militar por tres a dos, por "falta de pruebas". No encontraron una mísera ametralladora para acusarlos.

–¡Qué falta de respeto para con mi historia! – bromeó Garcia, al recibir el llamado telefónico de Werner con la buena nueva.

* * *

Con la denuncia del secuestro, amigos periodistas recomendaron que yo tuviese un abogado a mi lado para atravesar el terreno minado que la propia policía, cercada por la investigación, extendería en torno a la prensa. El Sindicato de Periodistas de Porto Alegre se ofreció para patrocinar la asistencia jurídica.

Pero, ¿quién?

Mi mujer, Janda, resolvió la cuestión.

–¿Y por qué no llaman a Werner? – preguntó ella, ya con la respuesta. Llamé a Werner. No pasaba entonces de un ilustre desconocido para mí. Era un viejo conocido de mi mujer, que le fuera presentado por una hermana.

Desde la enseñanza primaria, gracias a la agilidad que tanto impresionaba los colegas para resolver complejas ecuaciones matemáticas, Werner cargaba como trofeo otro sobrenombre, que lo consagró en las lides jurídicas: "Brujo".

Werner –a quien comencé a tratar por el apelativo de "Causídico"– tenía una virtud adicional: como yo, era hincha del Gremio. Era un gremialista más conocido que partera de ciudad del interior, un tricolor más ortodoxo que rótulo de misa de cura viejo.

Frío, cerebral, dueño de una voz estridente y aguda como su inteligencia, Werner era la cabeza política que razonaba a la par con la conciencia jurídica que yo necesitaba, en aquella travesía. El "Brujo" era un polemista temido, que esgrimía sus réplicas con la agilidad y la precisión de un espadachín certero y letal.

Quien probó el filo aguzado de su ironía fue un concejal de la ARENA, Jorge Goulart, un ex sargento conocido por la truculencia. Werner, en corta carrera de concejal de la oposición en la Cámara de la capital gaúcha, fue apartado en la tribuna por Goulart, que ironizaba su condición de contrito devoto de marcas de wisky de santa procedencia y de edad madura:

–Le ofrezco al señor, Dr. Werner, algo inútil: un vaso de leche.

Werner dio un estoque, cortante como la lámina de un sable:

–¡Y yo le voy a ofrecer al señor un libro!

De la lengua afilada de Werner no se salvó ningún abogado gaúcho, Oswaldo de Lia Pires. Bajito y pelado a los sesenta años, con los ojos vivos y una sonrisa permanente en el rostro redondo y rosado, Lia Pires fue contratado por la policía para defender a los secuestradores. Cuando supo que Werner era mi abogado y su opositor directo en el secuestro, lo provocó:

–¡Bah, nunca vi testigo con abogado!...

Inclemente, Werner refutó al instante:

–Cuando policía es bandido, Dr. Lia Pires, ¡hasta testigo precisa de abogado!!

Los "bandidos de la policía" habían informado al gobernador del Estado que el testigo del secuestro estaba escondido en algún lugar de São Paulo. Guazzelli, preocupado con la información, buscó mi abogado:

–Werner, yo mando un avión a buscar a Luiz Cláudio donde sea necesario.

–No es necesario, gobernador. Yo lo hago venir.

Yo estaba de hecho refugiado en el litoral catarinense, pero no inactivo. Ni yo, mucho menos la sucursal de *Veja.* Días antes mi equipo había fotografiado en Porto Alegre un sospechoso que podía ser el jefe de bigote de la calle Botafogo. Tuve que ir corriendo de Garopaba para Florianópolis, cincuenta kilómetros al norte, para constatar la telefoto del policía emboscado.

¡Puta frustración! Era otra pista perdida.

El jueves 4, un día después de la conversación con Guazzelli y Werner, estacionó delante de mi chalé alquilado en la playa la vieja Brasilia de Bira. Junto con él Kadão y Scotch, mi editor del secuestro que estaba en viaje al Sur. Invadimos la madrugada bebiendo 'chimarrão' y conversando sobre el caso. A la mañana siguiente, viernes 5, volví a Porto Alegre con el trío que me fue a buscar a Garopaba. Mi primera providencia fue llamar al Palacio Piratini y avisar a la asesoría del gobernador que yo estaba en la ciudad. La policía ya no podía hablar más sobre mi "desaparición".

El martes 9, me encontraba en la sala del delegado Fuques, en el primer piso del edificio de la Policía Federal, en la avenida Paraná. Estaba pronto para dar mi primera declaración formal sobre el secuestro – exactos 53 días después de mi aparición en el apartamento de la calle Botafogo. De repente, con una sonrisa artificial mezclada a una mirada desconfiada, Fuques me avisa que voy a ser careado con Didi Pedalada.

Me sorprende y pone nervioso. ¿Careado?

–Necesito que veas personalmente a Didi, y ver si tienes certeza de tu identificación – justifica el delegado.

–Bien... En este caso, quiero la presencia de mi abogado.

Fuques me presta el teléfono y, veinte minutos después, Werner Becker entra en la sala. Su presencia me alivia. El momento del careo está próximo. Me levanto, camino en la sala, lleno mi pipa para disfrazar la tensión. Raspo uno, dos, tres fósforos hasta acertar el fuego. Fuques percibe mi excitación.

–¡Cabeza fresca, gurí! –aconseja.

Estoy convencido de mi identificación, seguro de que la foto de Didi mostraba el mismo hombre del apartamento. Aún así yo me exigía.

–¿Y si estuviera equivocado? ¿Y si yo cometiera una injusticia? – pienso para mí, preocupado.

La puerta se abre cuando estoy de pie, reencendiendo una vez más la pipa. Entra en la sala un hombre negro fuerte, de mi altura, barriga prominente insinuándose para fuera del pantalón deportivo y de tergal, camisa azul clara de mangas largas, cadenita en el cuello. En la mano, una cartera negra.

En el rostro lleno y redondo, donde la barba comienza a crecer, una sonrisa que parece forzada. La barbilla realzada por la sonrisa refuerza el semblante simpático. Si yo fuese hincha colorado y Didi aún jugase en el Inter, ciertamente sería un buen momento para pedirle un autógrafo. Pero los tiempos eran otros, nuestros equipos también.

Todavía constreñido y nervioso, lo miro de reojo, en el momento en que pasa a mi lado, sin saludarme. Pero ya no hay dudas.

¡ES ÉL!, grito para mi mismo, en un desahogo interior y mudo que traduce el alivio que me invade, después de la enorme angustia que me oprimía en los últimos minutos. La certeza de que estaba al lado del hombre que apuntara a Scalco en la puerta del apartamento me da una tembladera que nadie percibe. Mis piernas se ponen de lana, como en aquella tarde lluviosa en la calle Botafogo.

Para disimular, vuelvo a sentarme en la silla frente a la mesa del delegado, bien al lado de Didi. No nos miramos, pero de a poco recupero la calma perdida. Doy una larga,rica tragada de pipa, que me entibia la mano y el corazón.

Siento una paz enorme, la mayor paz del mundo. Recupero el aliento, la calma, la confianza, la convicción. Vuelvo a ser titular en este juego. Vuelvo al ataque.

No estoy 'metido en una fría', como dijera Didi, aquel día en la Botafogo. La fría es tuya y del DOPS, pienso, repasando en mi cabeza el filme del secuestro.

–¿Tú conoces al Sr. Orandir Portassi Lucas?

La pregunta del delegado interrumpe mi divagación y vuelvo a la realidad. Miro para mi lado izquierdo, al hombre que me sonríe, tal vez imaginando una última duda mía que pueda salvarlo.

–Conozco –respondo, con voz firme, pero con la sensación extraña de, por primera vez en la vida, estar incriminando directamente a alguien. Es un gusto amargo que deshace la alegría que sintiera, segundos atrás, al tener la certeza de mi reconocimiento. Pero ahora no había como retroceder.

–Este señor aquí a mi lado es uno de los hombres armados que estaban en el interior del apartamento de la calle Botafogo, en la tarde del 17 de noviembre, y que habló conmigo diciéndome que yo había entrado 'en una fría'. ¡Él es uno de los participantes del secuestro, delegado!

El delegado Fuques inesperadamente da un apretón al secuestrador a mi lado.
–¿Qué hacías tú la tarde el día 17 de noviembre? –pregunta.
–Hacía mi trabajo normal de investigación en la Escuela de Policía – responde Didi.
–¿Y cómo recuerdas eso, especialmente del día 17? –insiste Fuques.
–Porque es mi trabajo de rutina.
–¿Y esa barba? ¿Tú siempre usaste barba? –enmienda.
–No, hace unos tres meses que me la dejé crecer.
–Te dejaste crecer la barba, ¿por qué?
–Por ninguna razón específica –pedalea Didi.
–Y al periodista aquí a tu lado, ¿lo conoces?
–No, delegado, nunca lo vi.
–Pero él dice que tú estabas allá, aquel día...
–Pues yo no sé por qué él dice eso –rebate Didi, con un sonrisa casi convincente.
–¿Tú no estás instruido para decirme eso?
–No, delegado, absolutamente –argumenta Didi.
Cerrada la confrontación, Didi se levanta, saluda al delegado y sale. Me mira, con una expresión mezclada de ironía y enfado pero nadie dice nada. No tenemos la hipocresía de extender la mano, uno al otro. Un inesperado sentimiento de pena me invade. Me doy cuenta de que aquel simplón ex jugador de fútbol puede llegar a ser el chivo expiatorio de la operación.
El antiguo centro delantero había abandonado los estadios antes de invadir el área más violenta de la represión política en el amotinado Cono Sur del continente, donde la Operación Cóndor establecía las reglas e imponía el juego bruto. El jugador Orandir Portassi Lucas, que nunca alcanzó la fama internacional con la pelota en los pies, ahora sería conocido en el país del fútbol y más allá de las fronteras como el escribano de policía Didi Pedalada.
Un secuestrador. Ciertamente el menos importante de ellos.
El delegado pareció tan convencido por mi reconocimiento que ni quise hacer la confrontación con J. B. Scalco.
–Es innecesaria – alegó Fuques.
–No, yo quiero tener absoluta convicción – reaccionó con firmeza Scalco, más tarde, al saber de la decisión del policía. –Me gustaría ser confrontado con Didi, delegado.
Ante la insistencia el encuentro fue hecho al día siguiente. – con el mismo resultado de la confrontación de la víspera. En mi salida de la Policía Federal, con-

firmo a los reporteros que esperaban el fin de la confrontación que reconocí formalmente el agente del DOPS. Fanfarrón, con la sonrisa más amplia posible, Didi da una versión diferente a los periodistas.

–¡Esta vez los eludí! – conmemora el ex jugador, intentando revivir los buenos tiempos del fútbol.

Al día siguiente, miércoles, era mi turno de amagar, esta vez en la boca del león– la sede del DOPS.

Me llevan a la sala del director, la misma sala de donde Lilián, presa, llamara a París. Soy recibido por el director Marcos Aurelio Reis, el mismo delegado que estaba al lado de Lilián en la hora de la llamada. El jefe de Seelig y Didi.

Él fingía que investigaba, yo fingía que creía.

Sentado al lado de Werner y de un notario que registraba los términos de la investigación interna del DOPS, Reis me apunta con cuarenta preguntas. Algunas de ellas traen la intención de una emboscada para el testigo, en vez de un atajo para dilucidar el secuestro.

–¿Cómo es que el señor piensa que sería recibido si interrumpiera medio a medio una reunión de subversivos? –provoca Reis.

–La pregunta, por ser altamente subjetiva, no permite una respuesta objetiva –escapo.

El director del DOPS parecía más preocupado en absolver su principal subordinado.

–¿Usted reconoció a Pedro Seelig en el apartamento aquel día? –pregunta.

–Yo, como testigo, no vi en ningún momento el delegado Pedro Seelig en el apartamento aquel de la calle Botafogo – aclaro, con el cuidado de no caer en la trampa del jefe del DOPS. –Pero, no puedo afirmar que allí no estuviese, pues había en las dependencias internas del apartamento movimientos de personas que nunca se mostraron delante de mí.

A Reis no le gusta la reserva y reacciona:

–¿Usted tiene alguna prevención contra el delegado Seelig?

Percibo la intención del director de descalificar mi testimonio, y reformulo mi respuesta para escapar del ardid:

–Está bien, delegado, elimino la reserva y sustituyo la palabra 'apartamento' por la palabra 'sala'. Yo, como testigo, no vi en ningún momento, frente a frente, el delegado Pedro Seelig en la sala del apartamento de la calle Botafogo, el día 17 de noviembre. ¿Está bien así?

Reis cierra la cara, irritado por el fracaso de su trampa. Encerrada la fase de preguntas, manda a buscar a Didi Pedalada, para la confrontación usual. Al contra-

rio de la Policía Federal, Didi parecía ahora más tranquilo, sin la sonrisa nerviosa de la víspera. Debía ser la sensación de estar en casa, amparado por la presencia reconfortante del jefe. Las preguntas de uno para el otro parecían solidarias, hasta inclusive combinadas.

–¿Qué revolver usas tú, Didi?

–Un 38, pero no acostumbro andar armado.

Fortalecido por la respuesta, Reis se vuelve hacia mí y dispara:

–¿Con qué revolver le apuntaron?

–Un 44 o 45, no tengo certeza – respondo.

–¿Entonces?...–completó el director del DOPS, con aire triunfal.

Werner Becker, que acompañaba la confrontación con ojo de águila, da una rasante:

–Delegado, ¿cómo es que Didi anda desarmado si el estatuto policial obliga a todos los funcionarios de la policía a usar revolver?

–Verdad – tartamudea Reis. – No había observado eso. Necesitamos castigarlo, Dr. Werner...

–Necesitamos sí, doctor – completa Werner, muy serio.

Una semana después, otro abogado, con una cabellera más abundante aún y más blanca que la de Werner, daría una lección de moral al director del DOPS.

* * *

A los 67 años, Marcus Melzer era descendiente de las familias pioneras de inmigrantes judíos de Besarabia que llegaron al Brasil en 1904. Fundaron en la periferia de Santa María la colonia Filipson, la primera comunidad judía del país.

Abogado y ex diputado estadual por la UDN, Melzer se volvió un campeón de los derechos humanos en la dictadura y fue a Uruguay en enero como miembro de la misión de la OAB que investigó el secuestro de Porto Alegre. En Montevideo, al lado del abogado Omar Ferri y en compañía de un equipo de *Veja* – el reportero Pedro Maciel y el fotógrafo Olivio Lamas–, Melzer mostró un nuevo lote de cuatro fotografías al niño Camilo, en el apartamento de la abuela, doña Lilia.

Él manoseó tres veces el conjunto de fotos. Pensó y separó dos fotos – dos retratos justamente de Pedro Seelig. Camilo, ahora más relajado con los brasileños, dijo que conocía aquel hombre.

–¿Conoces de dónde? –preguntó Marcus Melzer.

–*¡Fue en mi casa!* –respondió el chico, refiriéndose al apartamento de la calle Botafogo y confirmando, casi un mes después, la denuncia del francés Jean-Louis Weil en el Galeão sobre la participación del delegado gaúcho.

El viaje a Uruguay rindió un informe de 17 páginas de la OABgaúcha al presidente nacional de la Orden, Raymundo Faoro, y un duro relato verbal de Melzer al gobernador Guazzelli.

Tal vez irritado por todo eso, el director del DOPS osó días después, al frente del secretario de Seguridad, interpelar al abogado de cuatro décadas de brava militancia contra el autoritarismo.

–¡Ahora, cómo usted, un hombre de su reputación, defiende esa gente que no pasa de subversiva, que es capaz hasta de matar!...El señor, ¡discúlpeme, Dr. Melzer!

–Dr. Marcos Aurelio – replicó el viejo abogado, con la serenidad de los sabios –, cuando el señor tenga mi edad, con certeza ¡sólo tendrá compromiso con la verdad!

El tiempo ya ha dejado una mecha blanca en los cabellos del delegado, pero la falta de obligación con la verdad continúa siendo la misma.

La falta de compromiso no era monopolio de la policía.

Los militares también apostaban en la mentira.

21
La farsa

Bagé, enero de 1979

El centro nervioso del poder amanecía todos los días a las nueve de la mañana en el tercer piso del Palacio Planalto.

Sentado a la cabecera de la mesa rectangular de su gabinete, el presidente Ernesto Geisel, de espaldas a una bandera de Brasil y un cuadro en la pared de Don Pedro I, recibía cuatro hombres con quien comandaba el gobierno y el país.

A su izquierda, los ministros Hugo Abreu (Gabinete Militar) y João Paulo dos Reis Veloso (Planificación). A la derecha, los ministros Golbery do Couto e Silva (Casa Civil) y João Baptista Figueiredo (SNI).

Con ese grupo restringido, Geisel pasó más de la mitad del tiempo investido en los despachos con ministros a lo largo de sus cinco años de mandato. Por el total de horas sumadas, el presidente dedicó al cuarteto cerca de setenta de los más de 140 días que reservó a las audiencias ministeriales en el Planalto.

Una sutil mudanza de sillas rediseñó la mesa, a partir de junio de 1978, cuando Figueiredo abrió su condición de candidato a la sucesión de Geisel. Le cedió el lugar al director de la Escuela Nacional de Informaciones (ESNI), el general de división Octavio Aguiar de Medeiros. Era un viejo hombre de confianza del futuro presidente, que lo llamaba cariñosamente de 'gorila mayor'. Los camaradas del Servicio usaban otro sobrenombre, que evitaban en la presencia del general: Buck Jones – alusión al más famoso cowboy de Hollywood en la década del 30. Medeiros había sido su secretario cuando Figueiredo ocupó la jefatura del gabinete Militar de Médici. Dirigía hacía tres años la ESNI al ser convocado por el "hermano" – como Medeiros lo llamaba – para sucederlo como ministro jefe del SNI. Tenía 55 años.

En su nuevo puesto, Medeiros madrugaba aún más.

Despertaba a las seis de la mañana, religiosamente, en el momento en que el auto del Servicio llamaba a la puerta de su casa, la residencia oficial del jefe del SNI en la Península de los Ministros, en el Lago Sur de Brasilia. Tomaba el café hojeando el contenido del sobre lacrado entregado por el mensajero: las quince o veinte hojas del 'Binfo', el Boletín de Informaciones con la tapa azulada que el SNI producía durante la madrugada, en sus agencias provinciales.

Era una compilación de las noticias más importantes de la prensa en los Estados,–en el plan de la política y de la seguridad–, seleccionadas y transmitidas

por fax para la Agencia Central de Brasilia. El material era filtrado por los analistas, remitido al departamento gráfico y editado allí en el formato de papel de oficio con tapa azul. Nacía el 'Binfo' diario, la versión volante de la Sinopsis producida por Radiobrás, la agencia estatal de prensa.

En torno de las siete horas, Medeiros desembarcaba en el palacio. Una hora y media antes de bajar para la reunión de las nueve horas, en el tercer piso, el jefe del SNI abría su gabinete en el cuarto piso del Planalto para una reunión previa del área siempre tensa de la comunidad de informaciones. A las siete y media, Medeiros se sentaba a la mesa con su jefe de gabinete, que traía los informes de la Agencia Central y de las oficinas provinciales del SNI, con el asesor jurídico y con los representantes del sector de informaciones de las tres Fuerzas – Ejército, Marina y Aeronáutica.

Cuando el escenario internacional recomendaba, abrían espacio en la mesa para un representante del Centro de Informaciones del Exterior (CIEx), el servicio secreto que Itamaraty mantuvo en sus embajadas, entre 1966 y 1985, para vigilar exiliados y opositores de la dictadura. La existencia de ese brazo oculto de la diplomacia sólo fue revelada en 2007, cuando el periodista Claudio Dantas Sequeira, del diario *Correio Braziliense*, descubrió 32 volúmenes del archivo confidencial del CIEx, compuesto por ocho mil informes en 20 mil páginas en que están registrados los nombres de 64 de los 380 brasileños muertos o desaparecidos durante la dictadura.[23]

En el gabinete del jefe del SNI, ellos repasaban las reseñas de los agentes plantados en la administración federal, cernían las cuestiones más importantes y consolidaban el balance final en el informe que Medeiros llevaría minutos después para el piso de abajo, en la reunión con el presidente.

Era una evaluación más amplia y actualizada que el resumen que Geisel recibía de mañana temprano aún en la Granja do Riacho Fundo, donde vivía. La sinopsis consistía en un informe de unas diez páginas dactilografiadas, con el resumen de las principales noticias del día y comentarios de los analistas del SNI, anexados en la madrugada.

Geisel leía esa "mazorca"[24] en la biblioteca, después de despertar a las seis y media, tomar café y hacer ejercicios físicos. De allí tomaba el auto y viajaba los 30 kilómetros que separan Riacho Fundo del Palacio Planalto, a tiempo para abrir puntualmente la reunión de las nueve horas.

---

23 Sequeira, Claudio Dantas. El servicio secreto de Itamaraty, in *Correio Braziliense*, 22 de Julio de 2007, p. 3-5.

24 *Mazorca*. Se refiere figurativamente a un montón de hojas.

La mañana del martes, 21 de noviembre de 1978, el secuestro de Porto Alegre todavía no había merecido una única línea en los matutinos de la capital gaúcha. Pero el caso ya hacía barullo en el resumen que Medeiros recibió en la reunión previa de las siete y media.

–¡Estos tipos ya hicieron mierda!... ¡Son unos imbéciles! ¡Hicieron todo equivocado! – gritó embravecido el jefe del SNI, delante del silencio constreñido de los subordinados en la sala, al leer el resumen de los volantes.

Él no llegó a nombrar los "tipos", pero quien vio la escena luego entendió cual era el blanco de la furia del general: el Centro de Informaciones del Ejército, el CIE.

Los equivocados, los imbéciles, los mierdas –en la explosión de Medeiros– eran comandados por un general de brigada de la Caballería, Edison Boscacci Guedes. Fue designado para la jefatura del CIE en la cresta de la crisis que llevó a la dimisión de Sylvio Frota, en octubre de 1977. La caída del ministro arrastró al jefe del servicio secreto, general Antonio da Silva Campos, demasiado frotista para el gusto de Geisel. El presidente pescó el nombre del sucesor de Campos en el área del III Ejército: Boscacci, ex agregado militar en la embajada de México, comandaba la 3ª Brigada de Caballería Mecanizada de Bagé, tierra natal del ex presidente línea dura Garrastazú Médici. Tenía fama de ser también un militar duro, de pocos amigos, pero de absoluta lealtad a los jefes. Era lo que bastaba para Geisel.

La irritación del general Medeiros esa mañana del martes, 21 de noviembre, mostraba también que la operación era una novedad para él, el mejor testimonio de la santa inocencia del SNI en aquel lío.

Como órgano de asesoramiento exclusivo del presidente de la República, el SNI tenía un perfil específico de información, mientras el CIE era una sigla esencialmente operacional. En el mundo compartido del área de seguridad, quien hacía y deshacía era el CIE – o por lo menos, era quien dejaba hacer y deshacer. Esa vez, como reclamaba Medeiros, los "imbéciles" hicieron o dejaron hacer todo equivocado... ¡Los tipos hicieron "mierda"!

A pesar de eso, Medeiros no injertó el tema maloliente en la reunión de las nueve horas.

En la esfera impenetrable de cada sigla de la represión, la autonomía y la reserva de la acción eran condiciones indispensables para el éxito de las operaciones. Uno no contaba lo que hacía al otro, para evitar fugas y asegurar el monopolio del éxito. El secreto era el alma del negocio. En el negocio de la represión, con todo, el sigilo a veces acababa hiriendo el alma de viejos compañeros, agravando desconfianzas, reavivando fantasmas.

El coronel Luis Macksen de Castro Rodrigues se sorprendió la tarde del lunes, 20 de noviembre, cuando oyó el primer rumor del secuestro. Él había asumido la superintendencia de la Policía Federal el año anterior y allí reinaría con poder absoluto por dieciocho años, hasta jubilarse en 1995.

Desinformado, fue a la fuente original: telefoneó a su viejo amigo Attila Rohrsetzer, 47 años, coronel del Ejército y sucesor del propio Macksen en la jefatura de la División Central de Informaciones (DCI).

Por coincidencia, la DCI funcionaba en el tercer piso de la Secretaría de Seguridad, un nivel arriba del DOPS, en salas que también abrían sus ventanas para el *arroyito* Diluvio vislumbrado por el niño, Camilo.

El coronel Attila y el delegado Seelig compartían el mismo edificio, el mismo ascensor, el mismo ambiente, los mismos enemigos.

El fantasma de una de sus víctimas habitaba en aquel lugar.

* * *

La dictadura todavía se arrastraba en marzo de 1966.

Castello Branco inauguraba la cosecha de generales presidentes en Brasilia y en Porto Alegre el general Orlando Geisel, hermano del futuro presidente, comandaba el III Ejército.

Faltaban veinte días para que el golpe completara su segundo aniversario cuando dos sargentos encubiertos de la Policía Militar del Ejército, sin orden judicial, prendieron un hombre delante del auditorio Araújo Viana, en el Parque de la Redención, en el barrio Bom Fim de Porto Alegre. Apuntado por un delator, el prisionero al final de la tarde del viernes 11 de marzo, era el ex sargento del Ejército Manoel Raimundo Soares, 30 años, en la cladestinidad desde el golpe de 1964 y militante del Movimiento revolucionario 26 de marzo (MR-26), vinculado al exiliado Leonel Brizola.

Cargaba en la bolsa algunos panf etos y recortes de diarios con el titular de "Abajo la dictadura" y "Castello Branco dictador", el jefe del golpe, que visitaría Porto Alegre en los próximos días.

Fue llevado en taxi al cuartel de la 6ª Compañía de la Policía del Ejército (PE) y de allí enviado al DOPS, donde pasó una semana en el suplicio del "pau–de–arara", choques eléctricos y quemaduras por punta de cigarro. Un funcionario de la compañía de autobuses Carris, Antonio Giudice, detenido en aquel período, conversó con él en la celda y vio a Manoel cubierto de hematomas y heridas.

El 19 de marzo fue transferido para la isla de las Pedras Brancas. A pesar del nombre bucólico, era un gélido amontonado de bloques cenicientos de granito aislado en medio del río Guaíba, donde fuera construída una penintenciaría para

presos políticos. Permaneció hasta el 13 de agosto en la Ilha do Presídio, la misma donde Indio Vargas sería apresado y torturado cuatro años después.

De vuelta para el DOPS estaba ciego de un ojo. Los presos de la isla intentaron aplacar sus dolores terribles tirando agua con azúcar en la vista perdida. De la prisión, consiguió mandar cuatro cartas a su mujer, Elizabeth, dando instrucciones para un habeas corpus en la Justicia Militar.

Dos pedidos fueron negados bajo el argumento de que el sargento no estaba preso.

El tercer pedido no llegó a ser juzgado porque Manoel ya estaba suelto. Suelto e irremediablemente muerto: su cadáver, putrefacto y con marcas de torturas, fue pescado el 24 de agosto por un agricultor y un granjero en el río Jacuí, afluente del Guaíba.

El cuerpo flotaba con los pies y las manos amarrados en la espalda.

Después de 152 días de prisión, el sargento Manoel Raimundo Soares se trasformó en el tétrico “Caso de las manos amarradas”, que chocó la opinión pública y consiguió una CPI, una comisión parlamentaria en la Asamblea gaúcha – la CPI que también hundiría el nombre de Nelson Marchezan, el candidato del gobernador Synval Guazzelli a su sucesión en 1978.

Hasta el Superior Tribunal Militar (STM) quedó agitado con las circunstancias de la muerte del sargento:

–Se trata de un crimen terrible y de aspecto medieval, para cuyos autores el Código Penal exige rigurosa punición – clamó el ministro y general Olympio Mourão Filho.

Era el mismo general que, en la madrugada del 31 de marzo de 1964, colocó los tanques en las calles activando el golpe militar que, dos años después, haría aflorar el cadáver del sargento flotando en el Jacuí y en la conciencia nacional.

A pesar de la consternación del general Mourão, la investigación policial militar abierta fue luego archivada, sin incriminar ninguno de los 20 nombres envueltos en la denuncia de prisión, tortura y muerte de Manoel Raimundo Soares. Eran diez sargentos, tres delegados, dos comisarios, dos tenientes, un guardia civil, un teniente coronel y un mayor del Ejército.

El mayor Attila Rohrsetzer.

Rohrsetzer era uno de los astros del brazo clandestino del DOPS, el llamado ‘Dopinha’, que funcionaba en un caserón en el número 600 de la calle Santo Antonio, en el barrio de Bom Fim, a tres cuadras del parque donde el sargento fue detenido. Era un centro de torturas fuera de la estructura de la represión, como la

“Casa de la muerte” clandestina que el DOI-CODI mantenía en Petrópolis, en la región serrana de Rio de Janeiro.

Un mayor del Ejército, Luiz Carlos Menna Barreto, comandaba el secreto ‘Dopinha’, donde ya brillaba otro delegado en ascenso en el DOPS: Leônidas da Silva Reis, el espartano jefe de la policía gaúcha en el Gobierno Guazzelli y hermano de Marcos Aurelio, el director del DOPS que secuestró a Lilián y Universindo. Testimonios de los “veteranos” de 1966 cuentan que el sargento Manoel fue huésped del caserón de la Santo Antonio.

Lo cierto es que en setiembre de aquel año, semanas después de ser hallado el cadáver de las manos amarradas, el ‘Dopinha’ fue cerrado.

No dejó nostalgia.

Sólo las manos amarradas por la impunidad.

* * *

En 1969, tres años después de la macabra pesca del Jacuí, nacía en São Paulo la OBAN (Operação Bandeirantes), al mismo tiempo que era creada la DCI en Porto Alegre.

Cuando la OBAN se convirtió en DOI-CODI, al año siguiente, la DCI continuó ocupando el espacio central de la represión en el sur. En verdad, había algunas diferencias.

En São Paulo, el DOI-CODI hacía todo – del análisis de las informaciones al combate en las calles, pasando por la sangrienta fase de interrogatorios y torturas. En Porto Alegre la DCI, de Attila, procesaba las informaciones y coordinaba el combate a la subversión, pero delegaba al DOPS, de Pedro Seelig, el servicio sucio y peligroso – el suplicio de los interrogatorios y las operaciones externas de combate.

A pesar de ligada formalmente al secretario de Seguridad, la DCI se reportaba directamente al comandante del III Ejército y a la 2ª Sección del Estado Mayor, ligados al CIE en Brasilia.

Lo que el DOPS y el DOI-CODI sumaban en São Paulo se concentraba en Porto Alegre, con vigor redoblado, en la DCI. O sea, el coronel Attila Rohrsetzer era solo, en Porto Alegre, lo que el delegado Sergio Fleury y el coronel Brilhante Ustra representaban juntos en São Paulo.

Macksen llamó a Rohrsetzer para confirmar el secuestro de aquel lunes. El jefe de la DCI sorprendentemente negó – y esa mentira, comprobada los días siguientes con la denuncia creciente de la prensa, cavó un foso insuperable entre los dos.

Como responsable directo por el combate a la acción subversiva de extranjeros en el país, el jefe de la Policía Federal en el Sur no perdonaría jamás la deslealtad de su ex camarada. Macksen formaba parte de la primera promoción de coroneles

formados por el curso de la ESNI, en un cuerpo donde tuvo como colega al coronel Moacyr Coelho, después su jefe y director general de la Policía Federal.

Macksen tenía sus conexiones en Brasilia, pero prefirió engullir en seco el abuso de Attila. Él sabía que, en el juego bruto de la represión, no se devuelve canillazo.

Principalmente de quien tiene la fuerza – y los generales por detrás.

En cinco semanas Macksen vería a los generales por el frente.

* * *

El jet ejecutivo sin identificación oficial rodó suave por la pista del aeropuerto Salgado Filho, de Porto Alegre, una mañana de la primera semana de enero. De su interior bajaron dos militares en trajes civiles: el general Octavio Medeiros, jefe del SNI, y su acompañante, el coronel Moacyr Coelho, director general de la Policía Federal.

Embarcaron discretamente en un sedan Chevrolet Opala negro de matrícula de la Policía Federal y tomaron rumbo directo para el corazón de la ciudad, al final da 'rua da Praia', casi en la punta del Gasómetro. Desembarcaron en el edificio cuadrado de ladrillo café donde se aloja el QG del III Ejército. Fueron recibidos en el primer piso por el jefe del Estado Mayor, general Paulo Campos Paiva, el mismo que acompañó al general Samuel Alves Correia en el tirón de orejas aplicado al gobernador Guazzelli en la víspera de año nuevo, en el Palacio Piratini.

Medeiros estaba allí cumpliendo la determinación de Geisel y Figueiredo.

En la sala de Campos Paiva, responsable por la 2ª Sección y brazo del CIE en el Sur, estaba la nata de la seguridad del Estado: los coroneles y ahora dessestimados Macksen, de la Policía Federal, y Attila, de la DCI, además del jefe de la agencia local del SNI, Carlos Alberto Ponzi. El secretario de Seguridad, coronel Moura Jardim, no fue llamado, pero en su lugar había otro coronel, más ilustre – Carlos Alberto Brilhante Ustra, entonces comandante del 16º Grupo de Artillería de Campaña de São Leopoldo (30 kilómetros al norte de la capital), con retumbante pasaje por el comando del DOI-CODI paulista entre 1970 y 1974. Después Ustra fue transferido para Brasilia, donde dirigió el Sector de Operaciones del CIE entre 1975 y 1977. El mismo CIE que autorizó la desastrosa operación del secuestro en Porto Alegre que Medeiros, ahora, quería arreglar en esa reunión de emergencia en el QG.

Medeiros volvería una segunda vez a Porto Alegre, todavía en enero, esta vez sin el director de la PF.

El resultado surgió días después de la primera reunión secreta en el QG, en la frase triunfal y enigmática de Macksen al irrumpir inusitadamente eufórico en la sala Fuques:

–¡Ya tenemos la historia! – festejó el coronel, habitualmente parco.

Fuques, encargado de tocar a contragusto una investigación imaginaria, no entendió nada, y el coronel no justificó su euforia. Algunas horas después cayó en la mesa del delegado un telex de una delegación de la Policía Federal en la frontera, creando una nueva versión de 'salida voluntaria' de los uruguayos –esta vez por Bagé, ciudad natal del general Médici, 375 kilómetros al suroeste de Porto Alegre.

–¿Bagé? ¿Por qué Bagé? Esta historia no cabe –dudó Fuques consigo mismo, cada vez más contrariado con la ficción que le cabía esbozar, y de la cual no cabía dudar.

El delegado, más que raciocinio, tenía juicio.

En esa emergencia –resumida en el desahogo de Medeiros como una mierda ejecutada por el DOPS, comandada erróneamente por los tipos de la DCI y autorizada por los imbéciles del CIE– era cada vez menor la distancia entre el SNI y la Policía Federal.

En Porto Alegre, la proximidad era hasta física.

El SNI de Medeiros y la PF de Macksen ocupaban el mismo edificio de la avenida Paraná. Los dos primeros pisos eran ocupados por los agentes de la PF, el tercer piso era exclusivo del SNI. Tenía las paredes forradas y revestidas en cuero para evitar filtración del sonido. Un teléfono en el zaguán permitía que el visitante llamara el ascensor y subiese directo al piso del SIN, sin el riesgo de cruzar con miradas indiscretas que pudiesen comprometer la identidad del informante o soplón.

Cuando el coronel Ponzi, jefe de la agencia del SNI, quería hablar personalmente con su colega Macksen, bastaba bajar un piso. El coronel de la PF sólo necesitaba hacer lo contrario, tomando el ascensor para el piso superior.

Quien continuaba trabado en el mismo piso era el gobernador Guazzelli. El miércoles 17, mientras la represión tramaba a sus espaldas, él se desahogaba con la prensa en el Piratini para defenderse:

–Siempre cumplí con mi deber. Lo que yo no fui, esto sí, nunca fui un gobernador mañoso.

Guazzelli aprovechó para decir que los indicios eran suficientes para remitir la investigación de la policía al Ministerio Público y abrir un proceso administrativo en la Secretaría de Seguridad para investigar el caso, recomendando todavía la eliminación del cargo de dos de los policías sospechosos –el delegado Seelig y el escribano Didi. Enseñó el gobernador a los periodistas:

–Hay una cosa que el buen sentido indica y ustedes son inteligentes para saber: si no hubiese responsabilidades la investigación no sería enviada al MP.

El buen sentido de Guazzelli no adelantó nada. Tres horas después de la entrevista, su subordinado, el secretario de Seguridad, divulgó una nota oficial diciendo que no apartaría a Seelig y Didi, dejando la decisión al Consejo Superior de Policía, que abriría un proceso administrativo. Aquel mismo miércoles 17, al fin, surgió un voluminoso argumento para contrariar el buen sentido y desafiar la inteligencia de la opinión pública: las 250 páginas de la investigación elaborada por el delegado Edgar Fuques y entregado a la Procuraduría de la República.

No traía el testimonio de un único agente policial y, contrariando la convicción del gobernador sobre los fuertes indicios del crimen, la Policía Federal concluía que ni siquiera hubo secuestro.

Los uruguayos, escribió Fuques de cara limpia y conciencia leve, simplemente habían salido espontáneamente del país.

* * *

Había algo más importante en aquel melancólico papeleo: allí en la investigación de la PF aparecía el resultado concreto de la reunión secreta de los generales en el QG del Ejército.

Tres testigos inesperados contaban, en la investigación hasta entonces sigilosa y filtrada por el propio Fuques, que vieron los uruguayos atravesando pacíficamente la frontera como prosaicos pasajeros de un autobús que hacía la línea entre Bagé y la ciudad uruguaya de Melo, a 60 kilómetros de la frontera brasileña.

Al día siguiente, jueves 18, mandé para la frontera al reportero Pedro Maciel y al fotógrafo Olivio Lamas para constatar la fantástica novedad descubierta por el experto delegado Fuques. Al contrario de lo que se podría esperar, los testigos no estaban retraídos, asustados. Se mostraban simpáticos, habladores, identificando abiertamente la inspiración para tanta charla:

–La Policía Federal dijo que yo podía hablar, que no tendría ningún problema si fuese procurado por la prensa –dijo al reportero de *Veja* el cobrador Patrocinio Acosta, 34 años, que servía en Bagé en la línea de autobuses de la empresa Transportes Lima.

A pesar de no recordar bien el día –"parece que había sido antes de las elecciones del 15 de noviembre", arriesgó–, Patrocinio recordaba bien que sólo los cuatro uruguayos estaban en el autobús que recorrió los 120 kilómetros entre Bagé y Melo.

Él sólo no supo explicar cómo es que la uruguaya presa aquel día en Melo podría estar de vuelta en Porto Alegre, dos días después de las elecciones, para recibir los dos periodistas en la puerta del apartamento de la calle Botafogo, la tarde del 17 de noviembre.

Como toda farsa, esa estaba mal ensayada.

El propietario de la empresa de autobuses de Bagé, Osvaldo Biaggi Lima, admitió al reportero de *Veja* que los pasajeros podrían no ser aquellos imaginados por la Policía Federal:

–Yo no reconocí a los uruguayos. Quien me dijo que eran ellos fue la policía, que me llamó unos quince días después y me mostró la lista de pasajeros para probar que ellos viajaron en mi autobús...

La tercera punta de la farsa era el conductor de taxi Adil Ianzler, 42 años, que habría transportado a los uruguayos hasta la estación de Bagé. Comenzó discordando del cobrador, que había visto sólo cuatro pasajeros en el autobús.

–Aquel día viajaron tres o cuatro personas más en el autobús. Me mostraron las fotos en la Policía Federal, que encontré parecidas a ellos. Pero, de ahí a reconocer, hay una distancia muy grande – alertó el conductor al reportero.

Describió los niños de forma equivocada: Camilo tendría 13 años y cabellos cortos (él en realidad tenía ocho años y usaba cabellos largos) y Francesca aparentaría ocho años (de hecho, la chica tenía sólo tres años).

Lo más grave: la historia del trío de farsantes de Bagé chocaba con la propia versión de las Fuerzas Conjuntas que en el Comunicado Nº 1401, del 1º de diciembre de 1978, decía que los uruguayos habían sido detenidos en dos automóviles en la región de Aceguá, exactamente en la frontera que corta la sede del municipio al medio. Mitad de la ciudad queda en Brasil, mitad en Uruguay.

Súbitamente la prisión mudó de lugar, trasladándose sesenta kilómetros al sur de la frontera, ya en la ciudad uruguaya de Melo, en los márgenes de la Ruta 8.

El diputado estadual del MDB, César Schirmer, resumió el drama de una investigación tan torpe:

–El organismo policial se transformó en investigador, en juez, en defensor y en reo. Quien está simultáneamente en estas cuatro condiciones no tiene exención suficiente para establecer la verdad.

Una pura verdad, que dolía cada vez más en el lomo caliente del gobernador. Una semana después de determinar la apertura de un proceso administrativo contra los secuestradores y la eliminación de sus cargos, Synval Guazzelli fue doblemente desautorizado.

El Consejo Superior de Policía, después de una reunión secreta, no atendió nada de lo que el gobernador quería: el proceso no fue abierto, los policías no fueron eliminados. El presidente del consejo era el delegado Leonidas da Silva Reis, el hermano de Marcos Aurelio Reis, director del DOPS y jefe directo de Seelig y Didi.

El mismo miércoles 24, la investigación de la Secretaría de Seguridad perdió el sello de confidencial y también algunas piezas comprometedoras, incluyendo los testimonios de los agentes sospechosos. Al día siguiente, el secretario Moura Jardim, de Seguridad, justificó la expurgación en nota oficial:

–Las piezas retiradas, si se divulgan públicamente, pueden hasta comprometer la seguridad nacional.

En la víspera, el presidente nacional de la OAB, Raymundo Faoro, había dejado Porto Alegre de manos vacías, llevando sólo un relato informal y no copia de la investigación. Estaba irritado con las autoridades y más aún con la farsa montada en Bagé.

–El trabajo de la Justicia quedará claramente perjudicado. Si la policía pretende un amparo en esta pieza para firmar una hipótesis absurda, es necesario que se sirva de mejores auxiliares y no insulte de forma tan f agrante la inteligencia de nadie – chicoteó Faoro.

Por decisión de su presidente, la sección de la OAB en Bagé repasó las declaraciones de los testigos inventados por la Policía Federal. El cobrador Patrocinio mantuvo el reconocimiento de los uruguayos, pero fue considerado "no idóneo" por la misión de la OAB, que descubrió que él había sido condenado a dos años y tres meses de prisión por robo de ganado, además de haber peleado recientemente con un agente de la PF. El taxista Ianzler dijo haber sufrido presión de la policía, bajo pena de perder su licencia de taxi, que es una concesión pública.

Doce días antes, en Brasilia, un general había acabado reconociendo lo que policías y autoridades en el Sur insistían en negar: la invasión de territorio brasileño por militares extranjeros en la caza de exiliados políticos.

La mañana del viernes 12 de enero, el general Ruy de Paula Couto, luego de asumir la jefatura del Departamento General de Servicios del Ejército, en el Cuartel General en Brasilia, explicó a los periodistas por qué no dudaba del secuestro, ni consideraba la invasión uruguaya una amenaza a la seguridad nacional.

–No afecta la seguridad porque, para pasar la frontera, basta mostrar el carnet de identidad. Es así con Argentina, Chile, Paraguay o Uruguay. Y si cuatro o cinco entran para buscar alguien...

–¿No afecta la seguridad nacional porque son uruguayos buscando uruguayos, general? – insistió el reportero.

–Eso, por bajo cuerda, debe ocurrir con frecuencia. Es una vieja práctica. Ustedes se deben acordar de Adolf Eichmann, el criminal nazi que Israel fue a buscar en Argentina...

La lengua suelta de los generales en Brasilia y la inteligencia presa de los policías en Porto Alegre estaban dejando más exasperado el centro nervioso del poder – el Palacio Planalto. Un asesor con línea directa con el presidente de la República explicó a un reportero de *Veja* en la capital el plan del gobierno:

–El presidente Geisel, aun irritado con el incidente, está adoptando la táctica de dejar morir el asunto. Si el secuestro fuese confirmado, las presiones sobre Uruguay serían inevitables. Y el presidente piensa que Brasil ya está siendo riguroso con aquel país en el caso de Flavia Schilling. ¡El personal ya está queriendo demasiado!...

El personal quería mucho más. El caso insistía en no "envejecer", y la prensa insistía en no dejar el asunto morir, como soñaba Geisel.

El general Medeiros, emisario en Porto Alegre del presidente que salía y del presidente que entraba, no había resuelto el problema, mucho menos resguardado el gobierno, como determinaron Geisel y Figueiredo.

La táctica palaciega no estaba resultando. La farsa de Bagé no mató el asunto. La reunión en el QG del III Ejército hizo todo equivocado. Los agentes que arreglaron aquellos testimonios confusos eran unos"imbéciles". Todos aquellos tipos hicieron "mierda".

El general Medeiros ahora no podía reclamarle a nadie.

El jefe del SNI era el jefe de la farsa.

El propio.

22
La tortura

Porto Alegre, agosto de 1971

Los tanques rodaban y los soldados marchaban en la avenida João Pessoa esa mañana soleada. Era el desfile militar del sábado 31 de marzo de 1973, conmemoración del noveno aniversario del golpe del 64.

Por ironía del destino, en una notaría de la avenida Osvaldo Aranha, del otro lado del Parque Farroupilha, protegido por la barrera de árboles que sofocaban la fanfarria de las bandas y el ruido irritante de las orugas de los blindados y de las botas pisando firme en el asfalto, yo me casaba con Janda.

La había conocido dos años antes, cuando ella daba clases de inglés en la sucursal gaúcha de la Editora Abril, entonces hospedada en algunas salas del cuarto piso del edificio Teruszkin, en la avenida Otávio Rocha, en el centro de la capital. Entre sus alumnos estaba el jefe de la sucursal, Paulo Totti, y el reportero Gilberto Pauletti, de la revista *Veja*.

En 1971, estudiante de Letras y profesora de inglés, Janda compartía con una estudiante de Economía, Marinês, un pequeño apartamento en el segundo piso de un edificio bajo de clase media en la calle Augusta, a sólo cinco manzanas de la dirección de la calle Botafogo donde siete años después viviera Lilián Celiberti. El dueño del inmueble de dos habitaciones en el barrio del Menino Deus era Raul Pont, un anónimo estudiante de Economía de 27 años, en esos días clandestino en São Paulo y, en el futuro, alcalde de la capital gaúcha.

Al anochecer del jueves 12 de agosto, Janda volvió para casa y encontró el apartamento todo revuelto. Libros por el suelo, ropas esparcidas, los rastros caóticos del vandalismo. Ni señal de la amiga ya días desaparecida. Nadie sabía sobre ella en la facultad. En el momento en que tantos otros estudiantes estaban desapareciendo, buscar a Marinês en la policía podría incriminarla. Janda entonces inició su búsqueda por los hospitales de Porto Alegre – un trayecto que sería rehecho por la única pariente de Marinês en la ciudad, una tía. Janda decidió entonces recurrir a su amigo Brujo, el abogado Werner Becker.

Marinês se mostraba reticente desde el inicio del mes. No explicó, pero avisó que viajaría por un mes. Pasó más tiempo. Ella no volvió. Ella sabía que la represión había capturado la semana anterior algunos de sus compañeros del POC, el Partido Obrero Comunista, que naciera poco antes del AI-5 en la fusión de la POLOP

(Política Obrera) con una disidencia leninista del PCB en Rio Grande do Sul. Uno de los fundadores del POC, el economista Flavio Koutzii, el receptor de la ametralladora empaquetada por Werner Becker, sólo escapó porque ya estaba exiliado en Chile.

La mañana del miércoles 11 de agosto, Marinês esperaba por un compañero de organización, en el punto marcado en la esquina de la avenida Borges de Medeiros con la calle Riachuelo, cuando fue abordada por dos hombres. Percibió el problema en el momento.

Reconoció a uno de ellos como el inspector del DOPS Nilo Hervelha, uno de los policías más temidos y violentos del equipo del delegado Pedro Seelig. Al lado de los inspectores Itaci y Pires, él comandaría meses después la sesión de tortura del joven Arébalo, el hijo adoptivo de Seelig que murió con los pulmones llenos de agua después del susto fatal en la 'fosa'.

Arébalo no sería la última víctima, ni Marinês fue la primera.

Seelig y Hervelha formaban una pareja sonada.

* * *

Casi la mitad de los casos de tortura en Rio Grande do Sul que llegaron al Superior Tribunal Militar (STM), instancia máxima de las investigaciones contra presos políticos, sucedió en el nido de trabajo de Seelig.

Nunca se sabrá el número exacto de víctimas, porque no todas las denuncias llegaron a Brasilia. Según un cálculo hecho por el proyecto Brasil Nunca Más, de la Arquidiócesis de São Paulo, en los primeros trece años de la dictadura –de 1964 a 1977– hubo 6.016 denuncias de torturas en todo el país, extendidas a lo largo 707 procesos juzgados por el STM. En una simple cuenta aritmética, eso representa cerca de 8,5 denuncias de malos tratos en cada causa llevada al tribunal.

Cuando el cardenal Paulo Evaristo Arns acusó la aparición de 502 casos de tortura en el DOI-CODI de São Paulo, el coronel Carlos Alberto Brilhante Ustra, que comandó aquel infierno en la fase más dura, entre 1970 y 1974, ironizó:

–No fueron 502, fueron más de tres mil personas que pasaron por allá. Y quedan todavía siempre inventando denuncias de torturas no comprobadas...

En los 21 años del régimen militar brasileño pasaron 25 mil presos por las cárceles de la dictadura, que exilió otros diez mil. El Brasil Nunca Más afirma que "difícilmente hubo personas que pasaron por los procesos de elaboración de las investigaciones policiales militares sin haber sido torturadas".[25] Si cada uno de esos

25 Arquidiocésis de São Paulo. *Brasil Nunca Mais*, 1985, p.173.

presos representara un proceso, sería posible hacer un estimado aterrador sobre las fronteras siempre imprecisas, ocultas, inhóspitas de la tortura.

En esa cuenta, según las proyecciones hechas sobre los números del STM, Brasil contabilizaría 212 mil casos de tortura. Si cada uno de ellos representara una persona, esa masa de afigidos llenaría cinco veces el Estadio Nacional de Santiago de Chile, donde, en los primeros meses de la dictadura chilena, fueron presas y torturadas cuarenta mil personas. Esa multitud representaría dos superpoblaciones del estadio de Maracaná en Rio de Janeiro, tres estadios del Morumbi llenos en São Paulo, cuatro veces la capacidad del Olímpico o del Beira-Rio – los campos oficiales de Gremio e Internacional de Porto Alegre.

Correspondería a la mitad de los habitantes del puerto de Santos (SP), a uno de cada diez habitantes de Brasilia, una persona maltratada entre cada treinta cariocas reunidos en una rueda de samba. Significa un torturado para cada coterráneo del delegado Sergio Fleury en su pacata Niterói (RJ), un contuso para cada morador de Santa María (RS) tierra natal del coronel Brilhante Ustra, un martirizado para cada seis patricios de Pedro Seelig en su Porto Alegre.

Es como si cada uno de los coterráneos del general Médici en Bagé o del general Geisel en la Bento Gonçalves fuese torturado dos veces, para horror de los vecinos y amigos de los dos presidentes en la tierra que nacieron.

El cuadro de denuncias formalizadas en la Justicia Militar en aquellos trece años –más de la mitad de las dos décadas de dictadura– retrata el endurecimiento del régimen a lo largo del tiempo. En 1964, año del golpe, hubo 203 acusaciones de malos tratos, número que se redujo en 1965 (84 casos) y en 1966 (66 casos). Llegó a su punto más bajo en 1967 (50 casos) cuando el general Costa e Silva sucedió a Castello Branco. Volvió a subir en 1968 (85 casos) y en 1969 fue veinte veces mayor de lo que se registró dos años antes: 1.027 denuncias de tortura.[26]

El país había irrumpido el año bajo el imperio del AI-5 y 1969 acabó con Brasil gobernado por una patética junta militar, que ocupó durante dos meses el vacío de poder provocado por el derrame que mató a Costa e Silva.

Al año siguiente, 1970, registra el estreno retumbante del general Médici y el ápice de los sótanos: fueron 1.206 denuncias de tortura. La cifra se mantuvo en alto nivel en el período restante de los Años de Plomo: 788 denuncias de tortura en 1971, 749 en 1972 y 736 en 1973. Cayó dramáticamente el último año de Médici, 1974, cuando se registraron sólo 67 casos. La violencia volvió a explotar en 1975, el primer año del general Geisel en el Planalto, con 585 casos de tortura –casi diez veces más que el saldo del último año de Médici en el Planalto.

---

26 Bauer, 2006, p.123.

La política de Geisel daba entonces sus primeros pasos, y los órganos de represión mostraban los dientes para la distensión. El embate del presidente con la línea dura militar acabó en la dimisión del general Ednardo D´Ávila Mello del II Ejército, en enero de 1976, luego después de las muertes del periodista Vladimir Herzog y el obrero Manoel Filho en el DOI-CODI de São Paulo. Las denuncias de tortura en ese año de 1976 cayeron casi cuatro veces en relación al año anterior, acusando 156 casos. El año 1977 registró 214 denuncias.

Los parcos registros del STM señalan sólo 122 denuncias de tortura en Rio Grande do Sul en esos trece años iniciales de dictadura. A pesar de distantes de la realidad, los números muestran porcentajes del peso del DOPS gaúcho en el terrorismo de Estado. Un total de 48 casos, 43% del total, se localizan en las dependencias del segundo piso del Palacio de la Policía, atrás de las ventanas desde donde Camilo Celiberti descubriría mucho más que las aguas oscuras del arroyo Diluvio.[27]

La paliza en el DOPS de Seelig no era una exageración individual de la repartición. Era una práctica institucional del régimen, que acababa sellando por encima lo que se cometía por debajo.

En el mismo período, el balance del STM muestra otros 17 casos de torturas esparcidos por siete cuarteles diferentes de guarniciones del Ejército en cuatro ciudades distintas de Rio Grande do Sul – Livramento, Santo Ângelo, Cruz Alta y Porto Alegre. 30 denuncias de tortura comprometieron cuarteles de la Brigada Militar en Passo Fundo, Três Passos y en la capital gaúcha.

* * *

A inicios de abril de 1970, un comando de siete hombres de la guerrilla Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR) intentó, pero no consiguió, secuestrar al cónsul americano en Porto Alegre, Curtis Cutter. La feroz represión que se siguió prendió nueve personas en un espacio de dos semanas. Trece días después el conductor de la frustrada operación fue preso en compañía de un joven de 24 años.

João Carlos Bona Garcia fue llevado directamente al DOPS, el nido de Seelig y Nilo Hervelha. Su rojo relato:

> Entré encapuchado y cuando me sacaron la capucha vi sangre en las paredes, sangre en el piso, personas ensangrentadas tiradas en el suelo y arrastrándose, rostros hinchados, cuerpos llenos de marcas y heridas, ensangrentados, ojos enrojecidos, bocas contraídas mostrando coágulos en lugar de dientes, gemidos y sollozos, alaridos de dolor. Me acordé inmediatamente del matadero. Tuve la sensación de estar en un matadero de gente.[28]

---

[27] Idem, p.124.

[28] Bona Garcia, 1989. p.48.

Al día siguiente, marcado por las quemaduras de punta de cigarro, Bona Garcia fue llevado para la 'fosa', el salón de tortura. Él cuenta:

> Había un generador eléctrico manual, la 'maricota', para dar choques eléctricos. Conforme la velocidad en la manivela, el voltaje iba subiendo, hasta más de trecientos volts (...) Fueron amarrándome hilos en las orejas y dando choques en la cabeza. La primera vez da una sensación terrible. Con el choque en las orejas se pierde la visión, queda todo a oscuras en el minuto (...)
>
> El personal de la policía permanece alrededor, enloquecido, gritando de placer. Especialmente Nilo Hervelha. Era el más sádico, uno de los peores torturadores, el más cruel. Estaba también ligado al tráfico de drogas. Durante las torturas llegaba al orgasmo. (...) Ya el mayor Attila Rohrsetzer mostraba una lujuria especial torturando mujeres. Especialmente en los senos y en los genitales.[29]

En la dictadura, Bona Garcia era asaltante de banco, guerrillero y enemigo de los militares. Participó de dos acciones de la VPR atacando los vehículos pagadores del Banco do Brasil y el Banco Bradesco. Fue desterrado por la dictadura en enero de 1971, en el grupo de setenta izquierdistas enviados para el Chile de Salvador Allende a cambio del embajador de Suiza, Giovanni Bücher, secuestrado en Rio de Janeiro por un comando de la VPR liderado por Carlos Lamarca.

En dos décadas, los caprichos de la historia pusieron al revés el mundo de Bona Garcia.

En la democracia, el ex asaltante de banco llegó a ejecutivo de banco. En 1998, fue director del Banrisul, el banco estatal gaúcho, y presidente del Sindicato de los Bancos de Rio Grande do Sul.

En el régimen civil, el subversivo cazado por la represión, odiado por los cuarteles y prohibido por la dictadura llegó a subjefe de la Casa Civil en 1986 del gobernador Pedro Simon, jefe de la Casa Civil en 1998 del gobernador Antonio Britto, juez de la corte militar gaúcha el mismo año. El ex preso político y ex torturado Bona Garcia llegó en 2002 a la presidencia del Tribunal de Justicia Militar de Rio Grande do Sul.

Otros no consiguieron dar la vuelta. Paulo Mello era un pacato pintor en la playa de Xangri-lá, en el litoral gaucho, hasta ser detenido en octubre de 1973. El DOPS no olvidó que meses antes él integraba el MR-26, el movimiento clandestino que el ex sargento Manoel Raimundo Soares intentó infiltrar en los cuarteles antes de aparecer f otando y amarrado como cerdo en las aguas del Jacuí.

Mello fue recibido efusivamente en el DOPS de Porto Alegre por Nilo Hervelha, que gritaba mientras lo golpeaba:

[29] Idem, p.48.

–¡Brizolista! ¡Comunista! Vas a morir en mis manos, te hiciste el idiota muchas veces!

El ex teniente del Ejército José Wilson da Silva, asesor de Leonel Brizola antes del golpe, relata lo que sucedió con Paulo Mello:

> La primera noche Pedro Seelig volvió para ver cómo andaba el "servicio". La sesión era debajo de la mayor paliza. El segundo día fue para la fosa, un cubículo sucio, oscuro, con muchas marcas de sangre que Hervelha insistía en mostrar que había sido de otra persona que "quiso dárselas de dura". (...) En el "tratamiento" junto con los choques eléctricos le eran aplicados golpes en la cara y palos en la espalda. Le quebraron la boca varias veces, pasó por el "teléfono", sangraba mucho por la nariz y los oídos, el cuerpo todo hinchado. Aún así, no cediendo al deseo de las bestias, lo colocaron en el pau de arara (...). Un día en que las fuerzas estaban faltándole, llamaron al médico (...) (El médico) lo examinó, le dio un remedio y dijo a Seelig que no lo golpease más, que el estado [de Mello] era de casi muerte.[30]

Los rumores de que había muerto debajo del palo obligaron al DOPS a probar que Paulo Mello era, al menos, un 'muerto vivo'. Decidieron quebrar su incomunicación y permitir una única visita – de la mujer y el hijo. Antes tuvieron el cuidado de lavar y limpiar el preso para darle un aspecto más presentable. No adelantó.

Apareció delante de la familia con sangre f uyendo por los oídos, ojos y nariz, además de hematomas en el cuerpo. Al ver al padre en ese estado, más agónico que 'muerto vivo', el hijo se sintió mal. Tuvo que ser atendido por un médico.

El pintor y ex guerrillero fue liberado condicionalmente en 1975. Estaba con los riñones destrozados, los oídos rotos, los nervios en andrajos. Sufrió un derrame cerebral, quedó con el lado izquierdo paralizado.

Paulo Mello nunca más pintó.

* * *

–¡Quítate la ropa! – fue la primera frase que la joven de la Ação Popular (AP) oyó, en el DOPS, luego después de ser secuestrada en una parada de autobús en el centro de Porto Alegre, la mañana del 11 de abril en 1972. Ella cuenta:

> El delegado Pedro Seelig, llamado Cacique, junto con Nilo Hervelha y otros, arrancó mis ropas. Me preguntaron el nombre y yo dije: Nilce Azevedo Cardoso. Me cayeron golpes por todos lados. Insistieron en la pregunta, con golpes en la boca del estómago y del tórax. Mal pudiendo hablar, dije que mi nombre estaba en el carnet de identidad. Aumentó la violencia. Conectaron los hilos y vinieron los choques. Quedé muda desde ese momento.

---

30 Silva, 1987, pp. 237-239.

Nilce Azevedo Cardoso fue llevada para el pau de arara.

> Eran puntapiés en la cabeza y choques por todo el cuerpo. Mi indignación creció violentamente cuando resolvieron quemar mi vagina y mi útero. Metieron los hilos y dieron muchos choques. El dolor, rabia, odio, mezclados con un sentimiento de impotencia, me dejó en un cuadro aterrador. Y yo seguía muda. La rabia era tanta que no conseguía gritar (...) Cuando yo pensaba que estaba muriendo, ellos me sacaron de allí (...)
>
> Cuando pensaron que ya estaba mejor, ellos me volvieron a colgar. Mi sangre chorreaba y ellos metieron la mano por mi vagina con diarios. Colocaron un recipiente en el suelo y la sangre continuaba cayendo. Mojaron mi cuerpo y me reventaron con golpes y choques. No sé cuanto tiempo duró eso ni cuantas veces sucedió ese ritual macabro. Me asombraba percibir que, en los intervalos, ellos comían, conversaban, como si hacía pocos instantes no estuviesen cometiendo esas atrocidades.[31]

Nilce sufrió un paro cardíaco. Al intentar reanimarla los policías del DOPS acabaron provocando un aplastamiento del seno y una fractura en el tórax. La militante de la AP fue llevada para el Hospital Militar, donde quedó ocho días en coma. Después volvió para el DOPS. Fue transferida para la OBAN, en São Paulo, para nuevas sesiones de golpes. Volvió al Sur y sólo dejó aquel infierno, con el documento de liberación, el 20 de julio de 1972.

Al contrario de la AP de Nilce, del MR-26 de Paulo, de la VPR de Bona Garcia, el PCB adoptaba la línea *diet* de la izquierda. El Partido Comunista Brasileiro, la más venerada organización de la izquierda, era contra el esfuerzo calórico de la lucha armada, el metabolismo temerario de la guerrilla, el arriesgado colesterol del enfrentamiento en las calles con la fuerza militar. El PCB prefería el lento cocimiento de la conciencia de masas.

Para el DOPS, el menú no hacía la menor diferencia.

Eran todos comunistas. Intragables.

Hilário Gonçalves Pinha, dirigente del Partido Comunista en el Sur, fue preso en marzo de 1975 por el Ejército. Pasó un mes incomunicado en la Policía Federal y de allí fue entregado al DOPS de Porto Alegre. Pasó por sesiones de ahogo, choque eléctrico y golpes, el menú básico de la casa. Además de eso, tuvo la barriga pisoteada, cuatro costillas quebradas y los intestinos rotos en varias partes.

Quedó tan machucado que ni el DOI-CODI de São Paulo quiso recibir esa mercadería tan estropeada, todavía sin asistencia médica. Al ser transferido para la calle Tutóia, en abril de 1975, el jefe del Estado Mayor del II Ejército, general An-

---

31 Rio Grande do Sul. Asembléia Legislativa. Comissão de Cidadania e Direitos Humanos. Relatório Azul: garantias e violações dos direitos humanos no Rio Grande do Sul, 1997, s.p.

tonio Ferreira Marques, exigió un oficio testificando las condiciones deplorables del preso remitido por el DOPS de Seelig. El médico del DOI–CODOI lo mandó para emergencia y allá percibieron que necesitaba de una cirugía urgente.

Acabó sufriendo cinco intervenciones quirúrgicas en el abdomen en el plazo de un mes en el Hospital de las Clínicas. Perdió 80% de los intestinos y la capacidad de trabajar.

En diciembre de 1981, el juez Moacir Álvares, de la 2ª Vara Federal de Porto Alegre, condenó la Unión como responsable por los daños físicos producidos por la tortura en Hilario Pinha. Él fue el primer preso político del país que tuvo reconocido el derecho a indemnización por lo malos tratos de la dictadura.

Hilario Pinha murió de cáncer en Porto Alegre en 2006. Tenía 79 años.

* * *

Esa mañana de agosto de 1971 Marinês sólo conocía la fama de truculencia del inspector Nilo Hervelha.

Sería presentada minutos después a su estilo de trabajo, al ser arrastrada para un Fusca, el sedan Volks estacionado cerca, donde encontró a su compañero preso cinco días antes. Comenzó a recibir golpes ya en el asiento de atrás del auto, en el corto trayecto de diez minutos hasta el DOPS. Hervelha le daba bofetadas en el rostro y golpes en los senos. Al bajar del auto fue llevada al segundo piso, pasó por una especie de ventanilla e ingresó en una sala grande, sin muebles, sin ventana.

Allí todo oscureció. Su cabeza fue cubierta con una capucha, que dificultaba la respiración con el fuerte olor de vómito de presos anteriores. Fue desvestida y quedó por algunas horas de pie, rodando como trompo bajo gritos, amenazas, bromas obscenas y puntapiés en el trasero.

De repente, cambió el escenario. Marinês fue llevada a través de un corredor con salas menores de un lado y otro y, al final, un baño. La superpoblación de presos obligó al DOPS a transformar algunas salas en celdas, donde tiraron colchones en el suelo para que los presos durmieran, siempre con luz encendida. Llegó al fin a la sala de interrogatorio – y la oscuridad del capuchón fue súbitamente cambiada por el destello ofuscante del foco tirado sobre su cuerpo desnudo, que temblaba de frío, vergüenza y miedo.

Con cabellos rojizos lisos, Marinês tenía la piel clara, un rostro fino y una fisonomía triste. Bajo el brillo del foco, ella percibía el intenso ir y venir en la sala:

> El interrogatorio se prolongó durante la noche con muchas presencias, todas masculinas, todos agitados, entrando y saliendo por la única puerta de esa sala claustrofóbica, sin ventanas. Todos ellos en la oscuridad y yo, desnuda, bajo los focos. Decían que querían ver como era una mujer pelirroja, reían y batían palmas. En la oscuridad del lado

de allá se podía distinguir la figura bien trajeada del delegado Pedro Seelig, ubicado frente al bando de machos excitados y al frente del interrogatorio.[32]

Agitados por la extraña visión de aquella bella mujer de curvas bien delineadas en el esplendor de sus 24 años, toda desnuda y toda pelirroja, ellos se divertían. Marinês llegó a pensar que sería estuprada, por el grado de excitación en el aire, pero nadie la tocó. En el límite entre la luz y la sombra, el delegado Seelig, de terno y corbata, parecía controlar el foco de luz del cañón que lamía, libidinoso, su cuerpo indefenso.

En aquel teatro que mezclaba violencia y degradación, Seelig hacía el papel del bromista, intentando mostrarse gentil y amable en medio de tanta sordidez. Durante todo el tiempo, entre risas y bromitas, Marinês oía preguntas sobre su organización, el POC, (Partido Operário Comunista), sus conexiones políticas, la actuación del grupo y la relación al movimiento estudiantil.

Cuando el show terminó, el cañón de luz fue desconectado y ella colocada en una celda con otra mujer, una paulista de la lucha armada que había sido violada en las cárceles de la OBAN de São Paulo. Estaba reventada por la tortura y, aún así, era 'tratada' por un médico del DOPS para aguantar la sesión siguiente de suplicio. Desestructurada por la violencia, ella inmediatamente procuró el regazo de Marinês. A pesar de ser adulta, la joven se comportaba como un bebé desamparado, en busca de protección materna.

La expresión melancólica de Marinês quedó aún más triste.

El jueves 12 de agosto, dos policíasllevaron a Marinês de vuelta a su apartamento. Entraron con la llave de la prisionera y revolvieron todo, recogiendo algunos libros y dejando el desorden que Janda vería al llegar de noche. Al día siguiente Marinês cumplió 24 años. La noticia se esparció por los corredores y celdas del apartamento. Todo el mundo quería ver, de cerca, aquella joven desafortunada que cumplía años en un viernes 13, que el brasileño supersticioso tiene como día de mala suerte – y todavía presa en el DOPS.

Dieciséis días después tomaron prisionero al dueño del apartamento: Raúl Pont fue capturado por el OBAN, en São Paulo, el día 29 de agosto. Fue torturado allá mismo.

La semana anterior, todavía angustiada con la desaparición de la amiga, Janda encontró un sobre debajo de la puerta del departamento. Era una citación para comparecer al DOPS. Avisó a Werner Becker, que quedó alerta. Se presentó sola y fue recibida por un policía atento, de lentes, fuerte y gordito como el padre, Poty Medeiros, un ex secretario de Seguridad.

---

32 Declaración al autor, junio/julio de 2008.

El delegado José Antonio Leão de Medeiros parecía mucho más viejo que los tiernos 29 años cumplidos trece días después del cumpleaños de Marinês. Sereno, educado, era responsable por el perfil sicológico de quien era prisionero en el DOPS. Hizo preguntas sobre Marinês y, con el aire paternal de quien da buenos consejos a los más jóvenes, todavía reprendió a Janda:

–¿Cómo es que la señora anda circulando en medio de tantos subversivos?

Medeiros citó específicamente la sucursal de *Veja,* que el DOPS mantenía ya algunos días bajo cerrada vigilancia como foco de apoyo logístico al POC. El delegado tuvo el cuidado de no mencionar otros "ambientes subversivos" por donde Janda circulaba. Ella también administraba clases de inglés para el hijo del presidente de la OAB gaúcha, abogado Justino Vasconcelos, y para dos hijos del director del hospital de la Brigada Militar la fuerza de seguridad dela provincia, coronel Athos Pizzato.

Peor. Circulaba una vez por semana en una restringida "área de seguridad nacional" – el Palacio Piratini. Allí enseñaba inglés al hijo único de nueve años del ingeniero Euclides Triches, coronel del Ejército y gobernador del Estado. Janda tenía libre acceso al ala residencial del palacio y, con frecuencia, llevaba al chico para clases externas y más divertidas en los bancos de la Praça da Matriz, frente al Piratini – siempre escoltados por dos guardias del gobernador.

Janda, a pesar de todo, parecía inofensiva al régimen, y fue liberada por el delegado. Pero, a partir del consejo del delegado Leão, ella entendió que estaba siendo vigilada por la policía. Un Fusca pasaba el día entero estacionado cerca de su apartamento. No era sólo el dueño del inmueble, Raul Pont, que preocupaba a la represión. Ahora era también aquella joven profesora que entraba y salía del palacio toda la semana, ¡y todavía vivía con una comunista presa en el DOPS!

El caso parecía ser un poco más grave, demandaba más cuidados.

Días después de la paternal conversación de Medeiros con Janda, Marinês fue llevada para el tercer piso, arriba del piso del DOPS, en el ala de la DCI del coronel Attila. Era una sala más decente, con mesas de oficina, vitrinas, sillas. Había allí tres hombres. En comparación con los brutales policías del piso de abajo, el trío parecía ser de fino trato, inclusive elegante. A pesar del terno y la corbata, Marinês quedó convencida de que hablaba con militares, agentes del secreto SIN, el Servicio Nacional de Informaciones del general Octavio Medeiros.

Fue un interrogatorio muy firme, duro, cara a cara, pero no hubo violencia ni amenazas. Ella ocupó una silla delante de tres hombres, igualmente sentados. Preguntaron mucho sobre Janda, lo que ella hacía, lo que pensaba, su posición política, sus intenciones ocultas al frecuentar el palacio. Para ellos había una clara amenaza y

una nítida intención subversiva en la extraña proximidad de aquella profesora con la familia del gobernador.

Llegaron a preguntar, incisivos pero educados, si Janda no estaba allí infiltrada por el POC. Marinês negó con firmeza, diciendo que Janda desconocía su militancia clandestina. Durante todo el tiempo Marinês percibió que la conversación estaba siendo transmitida en vivo, por un sistema de sonido instalado en la mesa, para la sala del piso de abajo – exactamente para el gabinete del delegado Pedro Seelig.

Ella parecía haber sido convincente en la defensa que hizo de Janda. Nunca más tocaron el asunto con Marinês. Pura ilusión. Janda ganó una ficha en el SNI bajo el número de registro G0109563 el 25 de agosto de 1971 – dos semanas después de la prisión de Marinês. Mezclando testimonios de ocho personas, definidas por el SNI como "militantes o simpatizantes del POC de Rio Grande do Sul", Janda se convirtió en personaje de una fantástica documentación confidencial de 185 hojas del SNI.

La ensalada de siglas subversivas de la ficha A0416873 de Maria Jandyra Cavalcanti en el SNI, fechada el 22 de diciembre de 1971, mezcla el POC de Marinês, la VPR de Lamarca, la VAR– Palmares y el M3G del 'Gauchão'. La lectura de esa ficha habría puesto los pelos de punta hasta del gobernador Triches, si acaso él no fuese completamente calvo. Aún así, la profesorcita del hijo del gobernador – que nunca empuñó algo más peligroso que un pedazo de tiza – no fue denunciada, ni procesada.

Días después de esa conversación con el delegado del DOPS, la secretaria de la mujer de Triches informó a Janda de su dispensa de las clases para el hijo del gobernador. Janda nunca más vería a su alumno, mucho menos a sus padres.

Mientras, contratado por la directiva académica de Economía de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul donde Marinês estudiaba, Werner Becker conseguía cerrar la investigación policial. Marinês fue libertada cuarenta días después de su prisión. Salió de la cárcel bajo la Ley de Seguridad Nacional, con hematomas en el alma más profundas que los dolores en el cuerpo.

Ella perdió el empleo en la clínica médica donde trabajaba. No hubo explicación. Ni necesitaba.

En libertad, continuaba vigilada y seguida en todo momento. Cierto día, en una calle medio desierta del barrio Floresta, un sujeto de unos 25 años se aproximó y le habló al oído:

–¡Yo te vi desnuda, yo te vi desnuda!...

Era uno de los "machos del DOPS", que ella no reconocía. Marinês salió de allí corriendo, despavorida.

Perdió todas las vacantes del semestre en el curso de la facultad. Los amigos se esfumaron, los parientes se alejaron. Consiguió un empleo provisorio en un órgano de investigación estadual, que meses después se transformó en la Fundación de Economía y Estadística (FEE), vinculada a la Secretaría de Planificación provincial, que la contrató como economista en 1974. Tres años más tarde, hacía un doctorado en la Universidad de París I cuando se vio, inesperadamente, en el centro de la guerra de las estrellas en Brasilia entre los generales Geisel y Frota, el presidente y su ministro del Ejército.

Marinês era uno de los 97 'comunistas' infiltrados en la administración pública, según la lista de delación que el ministro Sylvio Frota, ministro del Ejército, divulgó en la tarde del 12 de octubre de 1977, horas después de ser dimitido por el presidente Geisel. Nueve nombres de la lista actuaban en Rio Grande do Sul, cuatro de ellos eran economistas en la FEE –entre los cuales Marinês Zandavali Grando y una colega llamada Dilma Roussef – que en 2010 sería electa presidente de la República de un Brasil ya redemocratizado. Sólo Marinês no fue despedida, como los otros tres, porque estudiaba en Francia, protegida por un acuerdo internacional que le garantizaba quedar por allá hasta bajar la polvareda.

Ella volvió de Francia el 29 de octubre de 1978 – siete años después de su prisión, en vísperas de la amnistía, dos domingos antes de la prisión de Lilián por Pedro Seelig en la 'Rodoviária' de Porto Alegre.

La cicatriz más profunda de su paso por el DOPS no quedó en la ficha personal, ni en el cuerpo, mucho menos en las relaciones humanas. Quedó marcada en el alma a través de una herida que maltrataba por dentro, llamada 'Trastorno de Estrés Pos traumático'. Afecta las personas que pasan por traumas de gran magnitud, como accidentes graves, catástrofes naturales, guerra, estupros, agresiones físicas. O simplemente tortura.

Marinês no consigue hablar sobre eso. Su bloqueo es la sintomatología de la enfermedad. Pero la pelirroja amiga de Janda, a estas alturas, ya no representaba ningún trastorno más ni estrés para la represión.

El DOPS ahora estaba de ojo en la oficina de *Veja* en Porto Alegre.

El blanco de Pedro era Paulo.

Pedro Seelig miraba a Paulo Totti.

Mi antecesor como jefe de la sucursal de la revista.

23
El dragón

Porto Alegre, agosto de 1971

El cerco de la represión aumentaba.

Desde inicio de agosto, el DOPS montaba el golpe final para desmantelar el Partido Operario Comunista en el Sur. Localizó tres "aparatos" de la organización en Porto Alegre donde era impreso el *Resistencia Operária,* el diario del partido distribuido entre obreros y estudiantes. Uno de los brazos del POC, la llamada Organización Para Partidaria (OPP), actuaba entre los alumnos de las universidades federales de Porto Alegre y Santa María para alistar nuevos cuadros.

Marinês era miembro de la OPP.

El DOPS prendió treinta militantes, entre ellos siete universitarios de los cursos de Economía, Geología, Medicina y Filosofía de la UFRGS en Porto Alegre y cuatro de la Universidad de Santa Maria, además de los integrantes del Comando Nacional y otros cuatro del Comando Regional gaúcho. Uno de los comandantes locales detenidos era el periodista Luiz Fernando Valls, casado con otra militante presa, Alda Souza Valls, secretaria de Paulo Totti en la sucursal de *Veja.*

Apuntado como "apoyo logístico" al POC[33], la oficina de la Editora Abril en Porto Alegre estaba bajo la rígida vigilancia del DOPS antes inclusive de la prisión de la pareja. Lapolicía había ido al lugar a comienzos del mes para ver las fichas funcionales con la dirección del personal de la oficina. Mostraron especial interés por el jefe de la sucursal, Paulo Totti, y por el reportero Divino Fonseca, compañero de Scalco en la revista *Placar.*

Preguntaron más aun por un periodista llamado Clayton Netz, que hacía *freelance* para la revista *Exame* y no tenía ficha de funcionario de la empresa. El asustado gerente comercial de la Abril, Michel Barzilai, ni siquiera sabía quien era y lo que hacía Clayton. El delegado Pedro Seelig dijo al gerente que necesitaba mucho la presencia de Totti en el DOPS.

–Es una simple aclaración de rutina, cosa rápida. Pero él necesita presentarse. Si no, iremos detrás de él –avisó Seelig. Barzilai se asustó más todavía.

---

[33] Secretaria de Segurança Publica, RS. Nota oficial. 'Organização comunista foi desbaratada pela segurança'. In *Correio do Povo,* 28 de setembro de 1971.

El delegado no encontró al jefe de la sucursal porque no estaba en Porto Alegre, ni en Brasil. Totti hacía un reportaje en Argentina, área de cobertura que le pertenecía de hecho y de derecho.

Reportero talentoso y experimentado a los 33 años, Paulo Totti era el hombre de *Veja* más próximo de Buenos Aires y un emérito especialista no siempre dramático en el tango político de la Argentina. El país en pocos meses vio el cambio de guardia en la Casa Rosada del general Onganía por el general Lanusse, que luego reanudaría relaciones con la China Comunista, repatriaría los restos de Evita Perón y exhumaría en vida al viudo Juan Domingo Perón, volviendo del exilio para reasumir su liderazgo histórico.

Entretenido con tanto drama, Totti precisaba ser informado sobre el drama que se vivía aquí. Le cupo al fotógrafo Leonid Streliaev hacer contacto. Era un grandote de largos cabellos rubios que, a pesar de sus padres rusos, adquirió el sobrenombre de Alemán Uda. Él era *freelance* en la Editorial Abril.

Uda pidió para usar el teléfono de mi casa para llamar a Totti en Argentina. En esa época, todavía soltero, yo vivía con mis padres en el segundo piso de un edificio en la avenida Farrapos. En el primero, funcionaba una agencia del Banco de la Provincia donde mi padre era gerente. Allí con certeza el teléfono sería libre de sospecha para la policía, al contrario de la vigilada línea de la sucursal.

Inexperiente en las sutilezas de la vida clandestina, Leonid fue directo para avisar a Totti, sin rodeos:

–¡Alda y el marido cayeron!

Totti entendió, como entendería la policía si estuviese escuchando. La crisis allá y acá justificaba su permanencia en el exterior por algunos días más.

Se quedaría en Buenos Aires mientras la polvareda se aplacaba en Porto Alegre.

* * *

Al saber de la caída del POC en Brasil, Totti temió ser apresado en Argentina.

Se confesó con un amigo, Jorge Bonafini, periodista de *La Opinión*, el diario más respetable del país. Este le recomendó cambiar de paradero por cuestiones de seguridad. Totti abandonó San Antonio – el simpático hotel de elegante acento británico en la calle Paraguay, su habitual dirección porteña – y se refugió en el apartamento donde vivía el amigo, en el barrio Palermo.

Como Totti, Bonafini tenía militancia de izquierda. Nunca más se verían. Jorge fue preso seis años después. Meses más tarde le tocó a su hermano, Raúl, un estudiante de zoología de 24 años. Son dos de los 30 mil desaparecidos por la "Guerra Sucia", que sangró al país de 1976 a 1983. Eran hijos e inspiración de lucha de

Hebe de Bonafini, fundadora y líder de las Madres de la Plaza de Mayo, símbolo mayor de las denuncias sobre violencias de la dictadura argentina.

Antes de desaparecer, Jorge fue visto en el Pozo de Banfield, un centro clandestino de torturas en Lomas de Zamora, al sur de la Gran Buenos Aires. Presas embarazadas eran enviadas para el lugar, donde eran atendidas por un médico de bigotes y ojos grandes, Jorge Antonio Bergés. Una de ellas, Aída Sanz, tuvo el trabajo de parto precipitado por los choques eléctricos y por los puntapiés que le dieron en la barriga.

–Carmen nació muy nerviosa – reclamó por Aída con una compañera de celda, antes de desaparecer. El bebé sobrevivió a la madre.

Inés Ortega, otra presa embarazada, no consiguió llegar a tiempo al doctor Bergés. El bebé nació dentro del coche policial que la transportaba. Al caer en el 'Pozo de Banfield' el médico la tendió en una cama, tiró los restos de placenta del vientre y los tiró en el suelo. Pidió a los guardias que le trajeran un balde y un pedazo de tela. Obligó a la parturienta, aún sangrando, a limpiar la cama y a lavar el piso.

Inés desapareció, el hijo también.

En aquel edificio sórdido de dos pisos funcionaba lo que la policía federal porteña llamaba la Brigada de Seguridad, Investigaciones e Inteligencia. Era sólo uno de los 20 centros de detención clandestinos bajo el comando supremo del futuro general Ramón Camps. Todavía coronel, dirigió la policía de Buenos Aires en el período más brutal, de abril de 1976 a diciembre de 1977. Años después Camps admitió el uso de tortura como método de interrogatorio y la responsabilidad en la desaparición de cinco mil disidentes.

Justificó hasta la apropiación de recién nacidos de las prisioneras:

–¡Padres subversivos crían niños subversivos!

Camps estaba bien acompañado. Su brazo derecho, el comisario general y director de investigaciones Miguel Etchecolatz, entonces con 47 años, fue el primer condenado del país a prisión perpetua como genocida y autor de crímenes contra la humanidad. Su confesor y capellán de la policía, el padre católico Christian von Wernich, 38 años, ganó también prisión vitalicia por siete asesinatos, 42 secuestros y 32 casos de tortura.

La ficha corrida del general era bien mayor: 214 secuestros con extorsión, 120 casos de tortura, 32 homicidios, 18 robos, dos estupros, dos abortos provocados por tortura y apropiación de diez menores. A pesar de todo eso recibió una pena de sólo 25 años de prisión. Después fue amnistiado por la Ley de Obediencia Debida.

Camps murió de cáncer. No pasó un solo día en la prisión.

El general comandó el secuestro y la tortura del periodista judío ucraniano Jacobo Timerman, fundador y director de *La Opinión,* el influyente diario de inclinación de izquierda donde trabajaba Bonafini.

Timerman y Bonafini resumían dos cosas que los camaradas uniformados del general Ramón Camps no gustaban: periodismo y opinión.

Durante la dictadura argentina, 112 periodistas fueron presos, torturados, muertos o desaparecidos por los militares. Quince de ellos venían de la redacción de *La Opinión* – como Jorge Bonafini, el desaparecido protector de Totti.

Como al general Camps, al delegado Seelig no le gustaban los periodistas con opinión.

Totti era un blanco natural para Seelig.

* * *

La extendida estadía de Totti en el exterior nos dio tiempo para armar una red de protección.

Accionamos entidades de clase, amigos periodistas, contactos en el gobierno, abogados. Cuando Totti finalmente regresó a Porto Alegre, al final de la mañana del martes 10 de agosto, parecía una celebridad. Más de veinte reporteros y fotógrafos lo esperaban en la pista, junto a la escalinata del avión de la aerolínea Varig. La mujer, Marília, y los dos hijos estaban allá – y el delegado Seelig también.

Totti abrazó y besó la familia y, al cruzar el portón que separaba la pista del salón de equipajes del aeropuerto Salgado Filho, un ciudadano elegante de terno, corbata y cabellos grisáceos avanzó para presentarse:

–Soy el delegado Pedro Seelig, del DOPS. Estás invitado a ir hasta allá hoy en la tarde – habló, con la hidalguía de un recepcionista que da las bienvenidas al turista recién llegado. Simpático, pasó la mano por la cabeza de los dos hijos de Totti, de siete y cuatro años, volvió a mirarlo y elogió:

–Tus hijos son muy bonitos. ¡Y no falte, eh!

Todavía en el aeropuerto, lejos del delegado, Totti consiguió conversar en código con un asustado compañero del POC, que le contó rápidamente sobre la prisión de los miliantes que actuaban junto a intelectuales y estudiantes.

–¿Y los obreros? – preguntó Totti, discretamente.

–Que yo sepa, ninguno – fue la respuesta. Una información tranquilizadora. Totti hacía el enlace justamente con una base obrera de la industria de calzados de Canoas y Novo Hamburgo, en la región metropolitana. La represión ignoraba esa punta y, en la policía, bastaría negar cualquier acción en esa área. El DOPS nunca supo que el POC había penetrado el sector obrero en el Sur. Ningún obrero fue preso.

Por la tarde, atendiendo a la cordial invitación de Seelig, Totti se presentó en el DOPS acompañado por el gerente de la Abril, Michel Barzilai. Fueron recibidos cortésmente por Seelig, que los condujo hasta su sala, en el segundo piso del DOPS. El delegado volvió a decir que necesitaba a Totti para responder sólo algunas preguntas, que exigirían solamente algunas horas de permanencia en el local.

–Él será bien tratado – tranquilizó.

En el impulso, ampliando una sonrisa, Barzilai intentó ayudar:

–Totti sólo piensa en trabajar, delegado. Es un tipo pacífico...

Seelig enmendó, retribuyendo la sonrisa:

–Todos dicen eso, pero tú precisas ver los trabucos que ellos usan – replicó, sin aclarar quienes eran "ellos".

Barzilai todavía sonreía cuando el delegado lo llevó hasta la puerta y lo despidió con un abrazo y un seco apretón de manos.

Ni bien el Dr. Jekyll cerró la puerta, al darse vuelta ya se había transformado en Mr. Hyde. Totti se levantaba de la silla cuando la sonrisa del delegado simpático de la puerta se transformó de repente. Seelig, de rostro crispado, se aproximó a él y le dio una violenta cuchillada en el hombro izquierdo. El golpe inesperado con la parte externa de la mano derecha del policía tiró a Totti de regreso a la silla. El golpe dolió. Totti fue sorprendido con la violencia repentina.

Seelig rio:

–¿Qué es eso, Totti? No me interprete mal. Es sólo para demostrar que aquí la cosa es más dura de lo que parece...

Precavido, el periodista llevaba consigo una pequeña bolsa con calzoncillos, medias, dos o tres camisas, cepillo de dientes, aparato de afeitar, para el caso de que su permanencia durara más tiempo de lo que sugería la extraña ambivalencia de Jekyll y Hyde. De nuevo gentil, Seelig se apresuró en tomar la bolsa y cargarla con el desprendimiento de un atento camarero de hotel.

Te voy a mostrar nuestras instalaciones – dijo el delegado, recorriendo los corredores del DOPS con el orgullo de quien muestra la comodidad de un establecimiento de cinco estrellas. Presentó las celdas y una de ellas, al final de una sala grande, abrió el infierno de aquella posada fuera de catálogo: había dos presos, colgados en el pau de arara como dos pollos expuestos en vitrina.

Uno de ellos era una mujer pequeña, encogida, totalmente desnuda, que sollozaba en un ritmo cansado. Ignês Maria Serpa de Oliveira, 21 años, alias 'Martinha' de la guerrilla VAR-Palmares, estaba en aquel infierno hacía ya cuatro meses. Parecía haber llorado mucho, durante mucho tiempo, y el sollozo ahora era su última

demostración de aliento. Seelig ni la miró. Preguntó al sujeto que estaba al lado, comandando el interrogatorio:

–¿Está todo bien ahí? ¿Alguna novedad? – habló, como quien confiere mecánicamente la mercadería en la vitrina. El hombre respondió con un gruñido, que sonó como un "hasta ahora, nada", y Seelig entendió.

Cerró la puerta y condujo Totti para una nueva atracción de la casa: abrió la puerta de otra sala y, con un gesto de mano, mostró la escena a su frente. Un hombre en al pau de arara, con el calzoncillo rojo de sangre. En la silla al lado, otro preso, sentado, con los pies amarrados e hilos enrollados alrededor de los dedos. Tenía el rostro todo machucado, uno de los ojos parecía saltar de la órbita ensangrentada.

La visita parecía haber llegado a su fin. Seelig a Totti a una celda donde había dos personas más y una litera. Apuntó para la parte superior de la cama:

–Tú te vas a quedar aquí, por ahora. Mañana vamos a conversar. Yo quiero saber sobre Clayton. Me vas a contar donde se encuentra. Creo que no voy a precisar llevarte por aquellas celdas que visitamos hace poco, ¿no? – dijo, en tono que mezclaba ironía y amenaza.

El resto del día no sucedió nada. La mañana siguiente miércoles 11, Seelig volvió. Le pidió a Totti que describiera toda su vida, que contara lo que pensaba de la política, del gobierno, del régimen y especialmente las conexiones con Clayton Rogério Netz, un talentoso periodista gaúcho de 23 años que trabajaba en la Caldas Junior y hacía *freelance* en la sucursal para la revista *Exame*. Había desaparecido hacía cinco meses y Seelig sospechaba que estuviese en São Paulo.

–El delegado Fleury está atrás de Clayton, es bueno decir donde está – recomendó Seelig, mientras pasaba a Totti un bolígrafo y papel para escribir.

Totti preguntó si podría usar una máquina de escribir, Seelig concordó. Trajeron una máquina portátil y él se acomodó en una mesa en el centro del corredor, donde transitaban multitudes de policías, todos de civil. Por el corte a ras del cabello y por el porte físico, Totti percibió que algunos eran militares, bien diferentes de los policías, más gordos y descuidados en la ropa, en los zapatos y en el pelo.

Esa extraña platea paró para ver a Totti en acción, impresionados con la rapidez con que escribía a máquina. Algunos se detenían ahí, otros traían más gente para ver la agilidad de aquel sujeto que volaba en el teclado usando sólo los dedos índices.

Totti percibió que mientras estuviera ejecutando esa actuación no sería incomodado y pasó a reescribir las carillas que producía. Eran tiempos jurásicos, en que no existía la aseada tecla de "borrar" para limpiar el texto, corregido entonces con el velo poco discreto y cansador de la tecla "x" sobrepuesta por encima de las palabras erradas.

> No cometí el error de admitir militancia política. Reconocí que, como periodista, me resentía de la falta de libertad y, como brasileño, no concordaba con la política económica. Escribí que no participaba de partidos políticos, legales o no, pero sí en grupos de estudio sobre la coyuntura nacional. Tuve el cuidado de citar sólo nombres de personas que sabía estar seguras en el exterior. Escribí que nadie nunca me habló de lucha armada.[34]

Seelig apareció, dio una leída por alto, y no le gustó mucho.

–Tú le dabas dinero a uno de los presos, a Wladymir Ungaretti. Eso era contribución de militante del POC. Explique eso. Y dígame como conoció a Clayton, cuál era su militancia, dónde se encuentra...

El delegado, casualmente, enmendó una pregunta peligrosa sobre obreros, queriendo saber si Totti tenía contactos en el área. Él tenía, pero rebatió de inmediato:

–Yo sólo trabajo en la *Veja*. No tengo tiempo para hacer nada más.

Era casi toda la verdad. Al escribir, Totti se hizo el olvidado de hablar de los obreros. Seelig terminó olvidando de preguntar de nuevo.

De hecho, Ungaretti era el contacto que recogía la contribución financiera de Totti para el partido. Totti negó que su contribución fuese regular y alegó que el dinero que le daba, a veces, servía para comprar remedios. Ungaretti trabajaba en una librería próxima al campus de la UFRGS, donde Totti lo conoció. El dueño de la librería era Flavio Koutzii, que meses antes había tenido la delicadeza de recibir la ametralladora envuelta de Werner Becker.

Él escribió en el testimonio que sólo conocía a Koutzii como librero. Y a Clayton, sólo profesionalmente. Totti dijo no saber nada de la vida privada o de las conexiones políticas de Clayton, la preocupación central de Seelig en aquel momento.

Todos los fines de tarde, allí por las cinco horas, aparecía por allá en el DOPS un hombre con la regularidad de médico que visita sus pacientes en el hospital. No usaba chaleco, ni era médico. Era un coronel del Ejército, disfrazado de terno y corbata. Su nombre: Athos Cezar Baptista Teixeira, secretario de Seguridad. Totti ya lo conocía de algunas entrevistas colectivas.

Era flaco, menudo, rostro fino y alargado. Parecía atlético y remozado, con menos de sesenta años. La frente alta separaba los ojos fríos y las cejas negras de los cabellos cortos y ondulados, negros encima y grises en las sienes. La nariz tenía un leve desvío para la izquierda, como si hubiese recibido un golpe inesperado en un combate desfavorable de box. La boca, con los labios furtivos volcados hacia

---

[34] Declaración al autor, junio-julio de 2008.

adentro, recordaba más una cicatriz horizontal poco discreta rasgando la cara bajo la nariz.

Teixeira visitaba todas las celdas, inclusive las de tortura, y hacía discursos inf amados sobre la honestidad de los militares, la amenaza comunista, la grandeza de la patria, el fervor de los revolucionarios del 64, cosas así.

Uno de esos días, Totti estaba sentado en la mesa del corredor, escribiendo a máquina, cuando Teixeira llegó para su extraño happy hour. Paró en su frente y alguien le dijo:

–¡Este es el periodista!

Nadie lo presentó. Pero debían haberle hablado de Totti. El coronel entonces comenzó a discursear, en voz alta, como si hablase para una inmensa platea. Y Totti, solitario, mirando sorprendido aquella actuación particular. El coronel le vociferaba, a pesar de la proximidad. Parecía querer que todo el mundo oyera aquella retórica redentora:

–¡Esta es una guerra para salvar la patria del comunismo! El enemigo es insidioso, secuestra y mata a traición... Los jóvenes son inmaduros, pueden ser fácilmente ilusionados por los comunistas... ¡Los más peligrosos son los que tienen estudio, los inteligentes, periodistas como el señor y que aprovechan esa inteligencia para servir al enemigo de la patria!

El coronel rugía, cada vez más excitado consigo mismo, y Totti percibió que se acumulaban en el extremo de la boca estrecha algunas gotas de saliva, formando de a poco una espuma viscosa que comenzaba a escurrir por el mentón. El coronel estaba literalmente baboseando de patriotismo, espumando de fervor cívico en aquel monólogo paranoico. Allí abrió los brazos y se dirigió al perplejo Totti:

–El señor sabe lo que está sucediendo aquí, ¿no?

Totti continuó callado, impasible. No era saludable concordar, mucho menos contrariar. El coronel repitió la frase, como si fuese el director de aquel exótico espectáculo y esperase una salva de aplausos. Limpió la baba de la boca con la palma de la mano, ahora consciente del propio ridículo, giró en sus talones y salió.

Por las rejas de la celda, a su frente, Totti tenía la visión de una sala con un policía al lado del teléfono. Un alborozo fuera de lo normal en aquel lugar anormal agitó la mañana siguiente. El hombre gritaba en el teléfono:

–¿Qué?... ¿Prendieron a Clayton? – colocaba la mano en el vocal y gritaba para alguien, fuera de la vista de Totti: – ¡Hey, qué cosa!, di pa´Pedro que Fleury prendió a Clayton...

Pedro Seelig apareció minutos después, los policías se saludaron, el clima era de feriado nacional. El delegado se aproximó a la reja y confirmó:

–Clayton cayó en São Paulo. – Dos horas después volvió, con una enmienda todavía peor: – Clayton está contando todo. ¡Estás jodido, Totti!

Totti no se preocupó, porque sobre él, Clayton sabía mucho menos que la policía. A pesar de que ambos integraban el POC, eran de bases diferentes y no hacían reuniones, lo que justificaba el desconocimiento mutuo. Totti nunca entendió por qué tanto interés de los policías en Clayton, y menos todavía la farsa de la conmemoración.

Al final, Clayton nunca fue apresodo en Brasil: con la caída del POC, él huyó para Chile, donde fue detenido cuando cayó Allende. Quedó cerca de cuarenta días en el Estadio Nacional de Santiago, hasta ser expulsado para Suiza. Condenado en ausencia a dos años de prisión, volvió clandestino al Brasil en 1974. Treinta años después, el devoto comunista de los años 70 fue nombrado director de redacción de la revista *Exame*, la biblia del capitalismo brasileño.

En el DOPS de Seelig, sin embargo, no había conversación.

Él quería que Totti hablara sobre Clayton.

La resistencia del periodista irritó a Seelig. Totti acabó en la sala de tortura.

* * *

La 'cadeira do dragão' es una silla pesada, con asiento, apoyo de los brazos y respaldo revestido de zinc.

Los pies y los puños son amarrados y las piernas empujadas para atrás por un listón de madera. En la parte trasera existe un terminal donde se acopla el magneto que transmite la corriente eléctrica, generada manualmente por la manivela conectada a un dínamo. La "pimientita" de los torturadores ardía en el cuerpo de los torturados, gracias a los 100 voltios que producían una corriente de diez amperes.

Un voltaje dos veces menor ya produce fibrilación ventricular. Con la piel mojada o el voltaje aplicado en la piel por electrodos, una carga de sólo 40 voltios puede ser letal. Un choque de meros 16 voltios, aplicados directamente en el corazón, lleva a la muerte. La punta de los hilos conectados al dínamo era fijada en puntos sensibles del cuerpo – como el mamilo, situado exactamente sobre el músculo cardíaco.

En la fosa, siempre había una manguera y un balde cerca para tirar agua en el cuerpo del prisionero. Potencializado por el agua, el choque producía un espasmo que hacía que la pierna se golpease con violencia en el listón de madera, causando más dolor y nuevas heridas.

Dos veces, en días sucesivos, Totti siente el vaho caliente y seco del dragón. La primera es al comienzo de la tarde del jueves 12 de agosto – un día después de de-

tener a Marinês en la esquina de la avenida Borges de Medeiros. Al salir de la celda Totti es encapuchado.

La capucha mantiene el anonimato del torturador, da inseguridad al preso. Totti no sabe para donde va. Alguien lo toma por el codo y lo conduce por un camino sin obstáculos. De repente mandan parar, como si hubiese un impedimento. Ordenan girar a la izquierda, después a la derecha, dar un paso al frente, otro para el lado. El preso se desorienta. Algunos pasos adelante Totti recibe orden para sentarse. Está al lado de una silla. Se sienta. Una voz pregunta:

–¿Tú sabes donde estamos?

Totti dice que no. La voz pregunta si él sabe lo que va a suceder. Totti repite la negativa.

–Sabe sí – responde alguien. Él siente cuatro manos diferentes moviendo sus manos. Hay un apoyo en la silla para extender el brazo, como si fuese para tomar la presión. Totti percibe dos asas de cuero que se cierran sobre los antebrazos. Está preso en la silla. Alguna cosa es fijada en el dedo anular de la mano derecha, el cuarto dedo, entre el medio y el meñique, "su vecino". Nadie más toca la mano izquierda. Alguna cosa se agarra al lóbulo de la oreja izquierda. Totti siente por la respiración que tres personas lo rodean. El corazón se oprime, la garganta se contrae, la boca se seca.

–Entonces, Totti, ¿qué más hacías tú en el POC, además de dar dinero para un epiléptico? – pregunta alguien más apartado. Totti reconoce la voz de Seelig. Sabe que el delegado se refiere a Wladymir Ungaretti, pero disfraza.[35]

– Nada, ya lo dije. Ni siquiera sé lo que es el POC – repite Totti.

Él oye dos, tres veces el movimiento de una máquina. El rrrrrrraaaaaaaaaa se acelera, después no oye nada más. Sólo siente. Siente un temblor en el dedo que sube por la mano, corre por el brazo, alcanza el lado derecho del cuello y desemboca en el fondo del cerebro. Al mismo tiempo un temblor parecido y opuesto brota en el lóbulo de la oreja izquierda, de ahí baja para el cuello, corre por el brazo. El cuerpo entero se sacude.

–Este fue suavecito – dice una voz. Parecía un consuelo.

–Eso mismo – confirma el delegado Seelig. – Voy a mandar a aumentar si tú no me dices donde está Clayton, si no me cuentras todo o más de lo que estás escondiendo...

[35] En declaración al autor, Ungaretti aclara: "Nunca fui epiléptico. Tomaba un remedio por ser hiperactivo y casi no dormía, de tensión y miedo. Por eso vivía casi siempre soñoliento, con la voz arrastrada". (8 de noviembre de 2008).

La palabra del delegado es tranquila, técnica, sin emoción. Totti no tiene tiempo de responder, la corriente aumenta. El choque ahora viene más fuerte. La onda sacude la espalda, tiembla la columna, afecta los riñones. La sequedad de la boca aumenta junto con los temblores. Los choques se alternan, entre el dedo de la mano derecha y el lóbulo de la oreja izquierda. A veces los choques son simultáneos.

–¿Y el POC? ¿Y Clayton? – insiste Seelig.

–No sé, no sé – persiste Totti, la boca seca por la corriente, los ojos húmedos por el dolor.

–¡Este fresco está llorando, pero todavía aguanta! – avisa alguien. Los choques continúan. Tal vez unos diez minutos, tal vez una eternidad. Una pausa y un alivio.

–¿Quiere agua? – pregunta Seelig.

Aproximan un vaso a sus labios, Totti bebe.

Tiran las garras de la oreja y del dedo, sueltan las tiras de cuero de los brazos. Comienza a mover los dedos de las manos y de los pies para estimular la circulación. Está sentado en la silla, descalzo, con camisa, pantalón y calzoncillos. Es levantado y llevado de regreso a la celda. Cierran la puerta y dan orden de sacarlela capucha y tirarlo por la abertura de la puerta de fierro por donde llega la comida.

Al caer la noche, el inspector Nilo Hervella aparece en la puerta de la celda con un recado:

–El delegado Seelig mandó decir que resolvió darte 24 horas para que pienses bien. El interrogatorio recomienza en la mañana.

Al día siguiente, viernes 13, alrededor de las tres de la tarde, todo recomienza.

Capucha, caminata por el corredor, el mismo dedo, el mismo lóbulo, los mismos choques, la misma sequedad, el mismo dolor. Más sufrimiento. Esta vez, sin preguntas.

Ellos hablan sólo entre sí. Cosas técnicas, profesionales: pon el cable ahí, amarra aquí, rueda, más fuerza, eso. De repente, tres o cuatro ondas de choque más fuerte que los de la víspera. Vuelven las preguntas:

–¿Y Clayton? ¿Dónde está? ¿Quién lo está escondiendo en São Paulo?

Ahora, ninguna pregunta sobre el POC. Torturan para ver si pescan algo que todavía no saben. Seelig esta vez no está presente. Pero el dolor es mayor. La manivela rueda una decena de veces, el dolor es más fuerte, más duradero. Súbito, una punzada insoportable de dolor, intenso, interminable.

El temblor antes hacía latir el mentón, morder la lengua, secar la boca. El temblor ahora también duele, como una cosa helada, aguda, puntiaguda, que penetra simultáneamente por las venas del brazo derecho y por el cuello izquierdo. Los músculos se tensan y relajan en el paso de la corriente alterna, en el estertor del dolor

constante, de la respiración alterada. La vejiga se suelta, la orina se vierte, moja los pantalones, escorre por el pie derecho.

El choque para. Silencio. Ningún rrrrrrrraaaaaaaa.

Los torturadores sueltan las tiras de cuero, Totti no consigue levantarse. No se sostiene más en pie. Ellos lo levantan por los brazos y lo cargan hasta la celda. Totti se arrastra, no camina. Es tendido en la parte de abajo de la litera. Lo mandan mirar para la pared, tiran la capucha y salen.

No volvieron más. No hubo más torturas. Sólo quedaron los choques.

En el dedo, en el lóbulo, en la memoria.

Totti percibió que, por alguna razón, todavía así la manivela no giró en la velocidad máxima. Entendió por el testimonio de otros presos que de alguna forma él fue liberado del dolor extremo que la silla causaba.

Seelig sabía con quien lidiaba. El propio delegado confesó esa contención, al profetizar cierto día:

–Totti, tú un día vas a decir en el diario que el delegado Pedro Seelig sólo torturaba lo necesario. Ya ese Hervelha...

Sobraron las reticencias del miedo, el paréntesis del terror. Su 'carcará' predilecto, el truculento inspector Nilo Hervelha, el mismo que prendiera aMarinês, era el patrón de la tortura innecesaria para el contenido Seelig.

El domingo por la tarde, 15 de agosto, los presos que todavía podían moverse después de tanta tortura fueron llevados para tomar un baño de sol en una especie de losa al aire libre en el segundo piso del DOPS. Fue allí que Marinês vio a Totti y a la pareja Valls, de la editora Abril.

Aquel día Totti conoció una joven minera de 21 años de la VAR-Palmares. Ella fue apresada cuando Seelig invadió dos meses antes su 'aparato' en el barrio obrero del Passo da Areia, en la capital gaúcha. Era un pequeño apartamento de cocina, dormitorio y sala donde los agentes del DOPS encontraron una maleta 007 con fondo falso.

Dentro, 32 mil dólares, el verde resquicio de una hazaña de dos años antes de la izquierda verde amarilla.

El robo del cofre de Adhemar de Barros.

* * *

"Roba, pero hazlo" fue el lema que consagró al ex alcalde y ex gobernador de São Paulo como un epítome de corrupción en la administración pública brasileña, entre las décadas de 1940 y 1960.

Médico, aviador, empresario, político conservador y populista, Adhemar de Barros tendría una fortuna dispersa y oculta en media docena de cofres. Uno de

ellos estaba en la casa de un hermano de su amante en lo alto de la ladera de Santa Teresa, en Rio de Janeiro. La tarde del 18 de julio de 1969, trece guerrilleros – once hombres y dos mujeres – llegaron allá diciéndose agentes de la Policía Federal.

Eran miembros de una nueva sigla guerrillera, la VAR-Palmares, nacida once días antes por la fusión de la VPR de Carlos Lamarca con el COLINA (Comando de Libertação Nacional) de Carlos Franklin Araújo. Subieron al segundo piso, después de amarrar los empleados, descubrieron un cofre de 350 kilos de peso. En la bajada cayó del tablero de madera y rodó escalera abajo, quebrando algunos peldaños de la bella construcción en granito.

Con dificultad cargaron el material en el portaequipajes de la camioneta Veraneo C–14, que descendió la loma del barrio arriada en los neumáticos traseros. La operación duró en total sólo 28 minutos, pero entró en la historia como el golpe más rentable de la lucha armada en todo el mundo.

Abierto el cofre en un escondite de Jacarepaguá, salieron del lugar cerca de 2,6 millones de dólares (el equivalente a 15,7 millones de dólares en 2008), parte procedente de un fraude con vacunas donadas por organismos internacionales. El sobrino de la amante del gobernador, un auxiliar ligado al COLINA, dijo que Adhemar de Barros había vendido el medicamento a laboratorios privados y ordenó aplicar inyecciones con agua en la población.

Uno de los que sudó mucho para cargar el cofre fue un f acucho muchacho de dieciocho años llamado Carlos Minc. Todavía inconsciente para la causa ecológica, el militante de la VAR-Palmares y futuro ministro de Medio Ambiente (Gobierno Lula, 2008-2010) quedó pasmado con aquella exuberante biodiversidad de cédulas: el ambientalista Minc nunca había visto tanto verde en su vida.

La autora de ese “plan de apropiación de capital” era Estela, sobrenombre de una esmirriada economista de Minas Gerais de 21 años, de grandes ojos castaños protegidos por anteojos gruesos de lentes pesados. Su nombre verdadero era Dilma Roussef , que en 2010 sucedería a Lula como presidente de la República electa por el voto del pueblo. Pero, en los años de guerrillera, Estela ya había planificado otros tres asaltos a banco. Dos meses después, en un encuentro de la guerrilla en Teresópolis, Estela confrontaría al ícono más temido de la izquierda. El capitán Carlos Lamarca quería agitar el interior con la guerrilla rural, Dilma Roussef prefería mobilizar las masas de las grandes ciudades. En la discusión, los 37 presentes se dividieron. Siete salieron junto con el capitán. El resto permaneció con la economista.

Ella planificó y coordinó el ataque del cofre junto con su compañero, Carlos Araújo, uno de los líderes de la nueva organización. La operación inyectó cerca de

15 millones de dólares (valor actualizado) en la caja de la VAR-Palmares, que no completaba todavía dos semanas de vida.

En las manos de la guerrilla, entonces, la torta de 2,6 millones de dólares (valor de 1969) fue repartida. Un millón de dólares se le entregó al embajador de Argelia en Brasil, un cuarto de millón fue para cuentas secretas en Suiza. Una tajada, cerca de 130 mil dólares, quedaron con un librero parisiense ligado a la izquierda. El millón restante permaneció en Brasil.

Un pedazo quedó en Porto Alegre.

* * *

De aquel dinero de Santa Teresa, una cuantía de 32 mil dólares reapareció dos años después en el 'aparato' de la VAR-Palmares en el Passo da Areia, barrio de Porto Alegre..

Hay controversias en cuanto al destino final del dinero.

Luego de descubierta, la maleta con los dólares fue entregada por los policías al delegado Pedro Seelig. Días después, la dueña de la maleta fue llevada para ser interrogada por otro delegado, Marcos Aurelio Reis. Quería saber cuántos dólares había en la 007.

–Treinta y dos mil – respondió ella.

–¿Cuánto? – dudó Reis.

–Treinta y dos mil – repitió apurada.

–¿Tienes certeza? – insistió el delegado.

–Tengo.

–¡Puta que lo parió! ¡Pedro sólo me entregó cuatro mil!...

La joven fue enviada de regreso para su celda y luego después reapareció Mr. Hyde. Seelig estaba furioso. La llevó para la sala de tortura y dijo que ella iría a aprender a no golpear con la lengua en los dientes.

Literalmente.

Mandó aplicarle choques en la boca. Ella se desmayó. Cuando despertó estaba de regreso en su celda. Seelig nunca más habló de eso. La joven imaginó que él y Marcos Aurelio habrían rehecho las cuentas y llegado a algún tipo de acuerdo.

Peleas entre los jefes de la represión no eran novedad. El marido de la joven guerrillera del Passo da Areia, capturado junto con ella, fue alcanzado después de la prisión por un violento culatazo en el rostro que casi le perforó el ojo. El agresor era vecino del piso de encima, el entonces mayor Attila Rohrsetzer, de la División Central de Informaciones (DCI). Seelig llevó el preso para "cubrir un punto" y tuvo que maquillar el ojo morado de su anzuelo. Al delegado no le gustaba que le "estropearan" los presos – y dejó eso claro para Rohrsetzer.

La cara amena de Seelig, o Dr. Jekyll, desconcertaba a los prisioneros del DOPS gaúcho. Ellos temían la repentina irrupción de Mr. Hyde. Cierto día, un preso fue retirado de su celda. Seelig lo mandó a buscar, eso no parecía buena señal. Delante del delegado él se presentó con una maleta llena de cortes de tejido colorido, que Seelig acabara de traer de Rio. Lo que el delegado quería, esta vez, no dolía:

–Preciso oirte: ¿encuentras eso aquí muy bonito? ¿Está de moda? – oyó el preso, aliviado por la súbita condición de consejero de moda del delegado.

Seelig atribuyó a la dueña de la maleta el sobrenombre de Gitanita. La joven de la VAR-Palmares viajaba mucho. Era llevada para sucesivos interrogatorios en las mazmorras de Curitiba, Belo Horizonte, Rio y São Paulo. Siempre volvía para el DOPS gaúcho, donde continuó su tormento. Completó dos años y medio de condena, ocho meses de solitaria en Belo Horizonte.

No fue el caso de Totti. El delegado Seelig tenía motivos para moderarse en el tratamiento del jefe de la sucursal gaúcha de la más importante revista semanal brasileña. Los periodistas se movilizaban en su favor en el Sindicato y por la Associação Riograndense de Imprensa (ARI).

El hermano de Totti, cuatro años mayor que él, vino de Vacaria para ver lo que estaba sucediendo. No se hablaron, porque la prisión estaba incomunicada. Los dos tenían graves divergencias.

Totti era gremista, hincha de Grêmio. Su hermano era colorado, aficionado de Internacional. Totti combatía la dictadura, él participó del golpe del 1964. Totti era periodista, él capitán estaba en actividaden el Ejército. Aún así, el hermano de Totti tuvo coraje al punto de recorrer el QG del III Ejército para saber algo del hermano subversivo preso en el DOPS. Un parentesco que no recomendaba la carrera militar de nadie, especialmente en una dictadura anticomunista. El hermano acabó en la reserva del Ejército como en el interior de Vacaria como plantador de manzanos.

Hasta el presidente local del partido de los militares, la ARENA, João Dêntice, conocido por la colección de vistosos sombreros de fieltro de marca Ramenzzoni y por la cabeza liberal y aireada que los soportaba, anduvo preocupado con Totti. Llegó a hablar con el jefe de la policía, nada más que por eso.

Tanto esfuerzo conjunto parece haber sido productivo. Al final de la tarde del lunes 16 de agosto, Seelig mandó traer a Totti a su sala. Parecía nervioso y con prisa.

–Tú tienes que firmar este documento para salir libre esta noche. Si no firmas, te vas a quedar aquí.

El documento era una declaración de que Totti fue bien tratado en el DOPS, una contradicción en términos que, en aquel momento, no cabía ser destacada.

–Alberto André, el presidente de la ARI, va a venir a buscarte. Pero ya hubo casos de haber soltado un preso y luego volver a secuestrarlo...– contó Seelig, en tono de amenaza. El delegado recordó cínicamente el caso de un subversivo, que fue detenido en 1966, por el Ejército, torturado por el DOPS, liberado y abandonado en Jacuí. Para no dejar dudas, identificó el nombre: Manoel Raimundo Soares el sargento de las manos amarradas.

Aquel lunes de agosto de 1971, Totti vio el sol reflejado en el espejo de las aguas oscuras del arroyo Diluvio de la ventana del segundo piso, a la derecha de la sala de protocolo de donde Camilo vería el *arroyito* un domingo de noviembre de 1978.

Más que el sol, Totti vio las personas pasando, apuradas. Libres.

Totti no necesitó pensar mucho. Firmó.

Por la noche fue liberado. En casa supo que todas las tardes los amigos periodistas se reunían en la sucursal de la *Veja* para discutir las alternativas para su liberación. Uno habló con alguien del palacio, otro abordó el jefe de la Casa Civil, un tercero accionó un diputado para hablar en la Asamblea.

Sin amigos importantes, sin conexiones políticas, sin saber a quien apelar, el chofer de la camioneta Kombi de la sucursal, Aramis Dias, pidió la palabra en la reunión e informó su novedad:

–Mi mujer y yo fuimos a un terreno de umbanda. El padre de santo mandó a hacer un despacho y dijo que el Totti va a salir de la prisión. Va a ser libertado el lunes.

La solidaridad de Aramis fue la que más conmovió a Totti. A las ocho de la noche del lunes, como previó el padre de santo, Totti fue libertado.

Aramis murió tres años después, en 1974, de cáncer en el estómago.

La Kombi de la sucursal fue sustituida por una camioneta Brasilia blanca. La vacante de Aramis fue ocupada por su hermano, Ubiraci Dias.

Ubiraci el viejo Bira de guerra, el chofer que años después nos llevaría con mano firme y fuerte al Uruguay de Lilián y Universindo.

* * *

A fines del año 1971, el secretario de Seguridad Athos Teixeira estaba baboseando otra vez. No en las celdas del DOPS, sino en el texto escrito de un balance secreto de fin de año enviado antes de Navidad a los órganos de represión del Estado.

El "Informe Anual de Informaciones: actividades subversivas" resumía las victorias de 1971 en la lucha contra la izquierda. El desmantelamiento del POC había sido una de las mayores. El coronel Teixeira dividió su euforia con poca gente.

Con el timbre de "secreto", envió tres copias para el DOPS de Porto Alegre y 20 para reparticiones en el interior de la provincia. Remitió todavía tres ejemplares para la agencia local del SNI y 30 para la 2ª Sección del III Ejército – la unidad que hacía el enlace entre la DCI en Porto Alegre del coronel Rohsetzer y el CIE en Brasília del general Milton Tavares de Souza, el nombre más admirado en los sótanos de la represión militar.

En aquel estilo apoteósico que Totti oyera en la audición privada del coronel en los corredores del DOPS, Teixeira otra vez "baboseaba". Escribió sobre el año 1971:

> Se caracterizó por las victorias obtenidas, en nuestro Estado, por las fuerzas gubernamentales contra los elementos que optaron por el camino antipatriótico de la subversión y del terrorismo. Esas victorias permitieron asegurar un clima de tranquilidad y seguridad a la población y a las autoridades constituídas. (...)
>
> El éxito de las acciones represivas fue respaldado por el trabajo organizado y sistemático, incorporado y rápido, de los órganos de seguridad, (...), en suma, el resultado de una unión de esfuerzos ejecutados con denuedo y valentía, en una demostración de que en el combate a esas organizaciones se debe estar alertas y, primordialmente, preparados.

Entusiasmado con su eficiencia, el coronel secretario proyectaba el éxito del nuevo año. Preveía más tranquilidad en 1972, en virtud del aniquilamiento de los principales grupos de la izquierda armada durante los dos años anteriores. Teixeira imaginaba que, privados de condiciones materiales y humanas, las siglas de izquierda intentarían obtener auxilio en otras provincias o inclusive en el exterior. Y advertía en las "Estimativas" de la IV Parte del informe:

> Elementos subversivos oriundos de países vecinos (Argentina y Uruguay) han entrado clandestinos, a través de la frontera gaúcha, causando preocupación a las autoridades.[36]

Todavía faltaban siete años para que Lilián y Universindo, "elementos subversivos oriundos del Uruguay", se trasformasen en preocupación para las autoridades de seguridad de Rio Grande do Sul.

Ellos causarían más que preocupación.

Los uruguayos de Porto Alegre provocarían constreñimiento y af icción en las dos dictaduras.

[36] Bauer, 2006, p. 73-74.

24
La brujería

Porto Alegre, marzo de 1979

La oposición en el poder.

Lo impensable sucedería a inicio de marzo de 1979, mes del 15º aniversario del golpe de 1964.

Quien supo primero del hechizo fue el Brujo.

Werner Becker acostumbraba hacer un happy hour todos los finales de tarde en la oficina de un amigo ingeniero en la calle Dr. Timoteo, en el barrio Independencia. Un hermano del ingeniero, el abogado y dueño de notaría Ênio Castilho, acostumbraba ir allá siempre. Él y Werner eran viejos compañeros, aliados de whisky, profesionales de la charla. Castilho tenía otra credencial: era Secretario de Gobierno, con gabinete en el Palácio Piratini y acceso diario al gobernador Synval Guazzelli.

Al atardecer del lunes, 26 de febrero, envuelto por el tintineo del hielo que rodaba en el vaso dorado por el *scotch* de noble estirpe, Castilho decidió hacer una revelación en tono casual:

–Werner, Synval va a viajar para Brasilia.

–¿Cuándo? – preguntó el amigo, mirando por encima de los anteojos, súbitamente interesado.

–El miércoles, ahora. Vuelve el viernes.

La cabeza del Brujo empezó a dar vueltas. Más rápido que las piedras en el vaso, más fría que los cubos de hielo.

Guazzelli fuera de Porto Alegre significaba la oposición en el poder, gracias a un capricho constitucional. Con el gobernador viajando y el vice ya apartado para sucederlo definitivamente en la segunda quincena de marzo, el cargo sería transmitido al presidente de la Asamblea Legislativa – en este caso, el diputado Carlos Giacomazzi, del MDB.

Durante dos días – sin tiros, sin violencia, sin agitación, sin drama – la oposición iría por fin a ocupar el palacio Piratini, pensó Werner, previendo las graves implicaciones de esa brecha política.

El gobierno del Estado más oposicionista, cuna de los privados de sus derechos João Goulart y Leonel Brizola, zona fronteriza sensible con los países donde se exi-

liaron los líderes más temidos del orden democrático derribado por el golpe militar de 1964, iría a permanecer algunas horas en las manos del MDB.

Tan luego el MDB, la sigla que los generales consideraban tan poco fiables, tachada por ellos como un sospechoso paraguas creado para abrigar los comunistas que querían derribar el régimen...

* * *

Werner vio algo más que eso.

Vio en el breve período provisional del MDB en el poder la oportunidad de tirar la investigación de las manos poco confiables de la policía y de apuntar los rumbos de una pesquisa honesta. La corporación estadual sólo se defendía y simulaba, reaccionando a las órdenes del gobernador, desdeñando la opinión pública. La Policía Federal no creía en el secuestro y todavía respaldaba los farsantes de Bagé.

La investigación sobre el secuestro conducida por el director del DOPS, se descubrió después, consistía en ese momento de tres volúmenes: uno con recortes de diarios, otro con los antecedentes políticos del abogado Omar Ferri y de los periodistas testigos y el tercero, con un relato sobre las actividades en Brasil de los secuestrados Lilián y Universindo.

Irritado con la tentativa de los jefes de los secuestradores de vincular los testigos del secuestro con el clandestino PVP de los secuestrados, Werner Becker fue fulminante:

–La investigación del punto de vista jurídico es nula, pues fue hecha para determinar la vida anterior de los periodistas y abogados, y no las irregularidades practicadas por funcionarios de la Secretaría de Seguridad.

El causídico ganó el apoyo de la procuradora de la República en Porto Alegre, Luiza Dias Cassales, que mandó suprimir algunas piezas de la investigación – justamente las que intentaban envolver testigos y al abogado Omar Ferri en actividades subversivas. Preguntaron a la procuradora por qué había hecho eso.

–¿Por qué? Por considerarlas sin importancia – respondió sin dudar.

El Consejo Superior de Policía, que no cumplía las órdenes del gobernador, resolvió indicar un ex delegado del DOPS, Renato Maciel de Sá Junior, para relatar el proceso administrativo pedido por Guazzelli. A inicios de febrero, después de un infructuoso careo en la Policía Federal entre seis hombres no identificados y yo, en busca del jefe de bigote de la calle Botafogo, el delegado Fuques se permitió un raro desahogo conmigo:

–Luiz Cláudio, ya intenté. Hice lo posible. Va a ser difícil probar alguna cosa. ¡El problema no es más técnico, es político! – reconoció el delegado.

Era una variante de la confesión hecha por el gobernador Guazzelli al abogado Omar Ferri, en diciembre, al final de la visita del francés Jean-Louis Weil:

–¡Los nombres son más importantes que los hechos, Ferri!

Eran confidencias diferentes, pero parecidas – e igualmente graves. Admitían la impotencia de policías y gobernantes para resolver, técnicamente, lo que era una imposibilidad política: confrontar el sistema de represión en que se sostenía el régimen militar.

Hasta que Guazzelli intentó. La mañana del lunes 12 de febrero, llamó el secretario de Seguridad al palacio y le anticipó que promovería una purga en el Consejo Superior de Policía (CSP), el órgano que hacía un mes patinaba en la investigación del caso. El gobernador dijo al coronel Moura Jardim, confidencialmente, que había decidido reducir de nueve a siete miembros la composición del CSP, hasta entonces un club cerrado de la policía.

Además de eso, Guazzelli avisó que cambiaría dos policías por civiles de su confianza – un promotor del Ministerio Público estadual y un consultor general del estado. De un plumazo, el órgano perdía cuatro de sus siete policías. El área de seguridad reaccionó con hostilidad.

Al día siguiente, martes, el gobernador tuvo una dura conversación con el jefe del Consejo, Leonidas da Silva, superintendente de los Servicios Policiales y hermano del director del DOPS.

–Este Consejo no a castiga nadie, delegado – reclamó Guazzelli.

–Castiga sí, gobernador –replicó Leonidas. –Sólo este año ya opinó por la punición de 62 policías. Y su Excelencia todavá no despachó los procesos...

–Pues, voy a intervenir en el Consejo – anunció Guazzelli.

–Entonces, gobernador, ante esta situación dimito del cargo.

–No, delegado – desdeñó Guazzelli. – Nosotros permanecimos hasta ahora, y podemos aguantar un mes más.

Leonidas, con disciplina espartana, aguantó. El miércoles 14 de febrero, el Consejo lipoaspirado se reunió para conocer el pedido del nuevo relator Sá de Junior de 14 diligencias todavía no realizadas por la policía.

Una de ellas era hilarante: la “inmediata” constatación de las impresiones digitales en el apartamento de la calle Botafogo, “si posible y aún eficiente”. Era prácticamente imposible que, tres meses después del secuestro, hubiese alguna eficiencia en esta formalidad, generalmente cumplida por policías competentes el mismo día del crimen. Werner ironizó el desprendimiento del relator:

–¡Con tanta diligencia, eso sólo será cumplido en un próximo gobierno Guazzelli!

La primera de las medidas solicitadas por el relator, sin embargo, se justificaba plenamente, y sería el detonante del explosivo pasaje del MDB por el poder: Sá Junior pedía el reconocimiento por los testigos del secuestro de "todos los funcionarios adscritos al servicio del DOPS gaúcho, de agosto a noviembre de 1978".

La represión sintió el golpe.

Una semana después, coincidencia o no, el director del DOPS, Marcos Auelio Reis, se declaró "impedido" y pidió para ser apartado de la investigación que hacía cincuenta días él simulaba comandar sobre el crimen practicado en su división, con su disimulada participación. No dio explicaciones para la salida. Tal vez fuera la reunión de la víspera, martes, en el Palacio Piratini, que dejó a Guazzelli visiblemente irritado delante del secretario Moura Jardim y del delegado Leonidas, hermano del "impedido" Marcos Aurelio.

El Brujo Werner Becker no dejó pasar:

–Por primera vez, después de diez años al frente del DOPS, el delegado Marcos Aurelio realiza una investigación insatisfactoria– recalcó.

Su sucesor en la jefatura de la investigación era el delegado Jahir Souza Pinto, director de la División de Inspección y Corrección de la Policía Civil. Comenzó recibiendo tres nuevos pedidos del Consejo Superior de Policía.

Uno para saber si había orden o pedido de búsqueda de los uruguayos en Brasil. Otro, para registrar todos los jefes de escuadra de la División de Seguridad Social del DOPS comandada por Pedro Seelig en noviembre de 1978. Y una última para averiguar en la terminal de autobuses si los uruguayos viajaron realmente en autobús a Bagé, exhumando la farsa de la Policía Federal. Recurso inocuo, ya que los guardas no solicitaban documentos y anotaban sólo el nombre del viajero en el pasaje.

* * *

El acto de reconocimiento de 185 funcionarios del DOPS por los dos testigos del secuestro – Scalco y yo – fue finalmente marcado para el jueves 1º de marzo.

La elección de la fecha la realizó el nuevo jefe de la investigación, delegado Jahir Souza Pinto. Él al contrario de Werner Becker, no sabía que el gobernador Synval Guazzelli aquel día estaría siendo sustituido por el presidente de la Asamblea.

Un diputado del MDB, un hombre de la oposición.

El martes 27, Werner salió de su apartamento, ubicado en un edificio de la calle Riachuelo próximo a la sede del Tribunal de Justicia, en la plaza Matriz.

Una plaza cercada por los poderes temporal y espiritual. A la derecha del edificio de la Justicia, el Palacio Farroupilha, base de la Asamblea Legislativa. Al frente, del otro lado de los jardines, el corazón del poder ejecutivo, el Palacio Piratini. A

su derecha la sede del poder eclesiástico, la Catedral Metropolitana diseñada por el arquitecto italiano Giuseppe Giovenale, miembro en el Vaticano de la Comisión de Arte Sacra de la Basílica de San Pedro, e iniciada en 1921 por el arzobispo Don João Becker –el tío abuelo del Brujo Werner.

El causídico esta vez no dobló a la izquierda, en dirección a la plaza. Atravesó la calle y bajó a Riachuelo a la derecha. Poco antes de llegar a la avenida Borges de Medeiros paró, entró en la portería de un edificio y subió por la escalera al primer piso.

Era el apartamento del librero y periodista Mário de Almeida Lima, también director de la sucursal gaúcha de *O Estado de S. Paulo,* uno de los diarios más importantes del país y el más riguroso en la cobertura del secuestro. Además del dueño de casa, Werner encontró allí al presidente de la sección estadual de la OAB, Justino Vasconcelos, y a mí –todos convocados por él. Conversamos largamente sobre los desdoblamientos políticos y jurídicos del caso. Y evaluamos las brujerías que iríamos a enfrentar en las próximas horas con el MDB en el poder.

Werner salió del lugar con la misión de mandar inmediatamente un oficio al delegado Jahir estableciendo "mínimas precauciones" para garantizar la limpieza del reconocimiento – entre ellas, la identificación de los policías para asegurar la presencia allí del equipo sospechoso del DOPS. La exigencia cayó mal en la corporación, y Werner trató de precaverse. Fue derecho al Palacio Farroupilha, al encuentro del presidente de la Asamblea.

–Diputado, usted va a asumir el gobierno, y yo debo informarlo de algo grave. Tuve indicaciones de que el jefe de la investigación está creando problemas para el acto formal del reconocimiento...

–Dr. Werner, espere que yo asuma mañana, y ahí haremos una reunión en el palacio –se limitó a responder el futuro gobernador.

A los cuarenta y cinco años, Carlos Giacomazzi era moderado en los gestos pero firme en la palabra. Tenía gruesas patillas enmarcando el rostro fino y la frenta amplia, mantenía hondas raíces en el interior, hijo de un agricultor italiano que ingresara en la política por la fuerza del cooperativismo.

La estaca del AI-5 golpeó fuerte en la familia: un hermano diputado tuvo su mandanto revocado en 1969, y Giacomazzi, un año antes, fue impedido por los militares de asumir como alcalde de Canoas, la tercera mayor ciudadde la provincia, que había conquistado por voto popular. El AI-5 señaló el municipio, el más populoso de la región metropolitana de Porto Alegre, como "área de seguridad nacional", y los alcaldes pasaron a ser indicación aislada de los generales.

Diez años después, en la misma elección de 1978 que hizo senador a Pedro Simon, Giacomazzi acabó recibiendo la segunda mayor votación del Estado para diputado estadual. Tres días después del domingo en que comenzaba el secuestro de Lilián y Universindo.

El gobernador interino dio señales claras de su determinación el miércoles 28 de tarde, en el corto discurso de la ceremonia en la cual recibió el cargo de Guazzelli.

–Me siento con autoridad al asumir, aún por pocas horas, el Palacio Piratini. Aunque fuese por una hora solamente, buscaría de la misma forma llegar a la raíz de los acontecimientos – avisó Giacomazzi.

Fue más que una hora. Fueron 45 horas de mucha autoridad y graves acontecimientos hasta el final de la mañana del viernes, 2, cuando devolvió el cargo. Durante las muchas visitas que recibió en palacio, la preocupación general era la actitud del MDB en el gobierno delante del secuestro. Si mostrase un comportamiento omiso y discreto ¿qué autoridad tendría la oposición después para cobrar soluciones de Guazzelli?

El nuevo senador, Pedro Simon, fue al Piratini para una alerta:

–Giacomazzi, necesitamos aprovechar esta brecha para definir delante de la opinión pública el trazo de distinción entre el gobierno de la ARENA y el gobierno del MDB. Entre el gobierno y la Oposición. ¡Entre el partido de los generales y el partido del pueblo!

La distinción comenzó a quedar en evidencia la mañana del jueves 1º, cuando los diarios publicaron la carta de Werner al delegado Jahir, adelantando las dos exigencias que Scalco y yo hacíamos para el reconocimiento: el suministro por certificado de la lista completa de los funcionarios del DOPS en el período del secuestro, acompañada del carnet de identidad de cada policía careado. A las preguntas de la prensa, yo justifiqué la exigencia:

–Vamos a recibir una lista con cerca de doscientos nombres y necesitamos tener certeza de que las personas que van a desfilar delante de nosotros son las mismas de la lista, y no otras doscientas. Debemos tener certeza de que estamos reconociendo policías del DOPS – aclaré.

Antes de ir al Palacio de la Policía, sede del DOPS, tuvimos el cuidado de pasar por el Palacio Piratini. Werner, Scalco y yo fuimos a explicar al gobernador interino las razones de nuestras “mínimas precauciones” para el reconocimiento. Giacomazzi concordó. Hizo más que eso. Llamó por teléfono delante de nosotros al delegado Leônidas Reis, superintendente de la policía.

–Dr. Leônidas, ¿podría usted facilitarme una lista con los nombres de todos los funcionarios del DOPS, a partir de agosto de 1978? –preguntó el gobernador.

Un silencio pesado se hizo al otro lado de la línea.

Era una pregunta inédita en el imperio de la seguridad nacional. Nunca antes un político había tenido la petulancia de hacer una exigencia tan osada al núcleo del sistema represivo que ya mandaba, desmandaba, comandaba y sofocaba al país desde hacía quince años.

La desarmada autoridad civil desafiaba de frente la prepotencia del sistema policial. La brujería estaba en el aire. El poder civil y el poder policial medían fuerzas. El delegado toma aliento y responde:

–Gobernador, es necesario esperar un poco. Necesito entrar en contacto con el Tesoro del Estado para conseguir las hojas de pago y hacer lo que usted me pide...

–Delegado, transmita al Tesoro mi orden –dice Giacomazzi, en tono irritado, Leônidas resuelve contraponer una autoridad divergente:

–Pero, gobernador, yo tenía la determinación del secretario de Seguridad para no proporcionar la lista. Necesito de órdenes superiores para eso.

Giacomazzi crispó la mano que aseguraba el teléfono:

–Delegado, sucede que quien da las órdenes soy yo. Doy las órdenes superiores. Soy el gobernador. Diga al secretario de Seguridad que soy yo quien decide si la lista será proporcionada a los periodistas. Si hay problemas, que él me llame por teléfono. ¡Buen día!

Se pasaron diez minutos. Leônidas vuelve a llamar, más manso, para comunicar al gobernador que la lista estaría a disposición de los periodistas a las 15:30 horas. Mientras Giacomazzi llama al palacio la comisión de la OAB que fue al Uruguay a investigar el secuestro, Werner, Scalco y yo vamos finalmente a la secretaría.

En el auditorio lleno del edificio de Seguridad, ya se concentraban cuatrocientos policías, entre ellos los 185 agentes del DOPS. Esperamos una hora y media hasta que nuestra primera exigencia fue atendida. El director general de la Administración de la secretaría, Ney Nunes Dias, salió a nuestro encuentro, en la sala de Relaciones Públicas de Seguridad, para entregarnos la hoja de pago de los meses de agosto, septiembre, octubre y noviembre de 1978 del DOPS.

Era un momento histórico.

Por primera vez, en la dictadura instaurada en el país en 1964, un documento oficial de la sensible comunidad de informaciones era públicamente liberado por las autoridades – rompiendo el sagrado lacre de "seguridad nacional" que protegía todos los órganos de represión. Eran cuatro juegos de hojas dactilografiadas de los meses correspondientes, cada una con seis páginas y cinco columnas, relacionando la matrícula, nombre, cargo, asistencia –y la última de ellas informando faltas, vacaciones, castigos, remociones en el mundo cerrado del DOPS.

La lista de noviembre, mes del secuestro, decía que tres de ellos –un comisario, un inspector y un escribano– estaban "a disposición" del Palacio Piratini. Otro escribano servía en la Secretaría del Trabajo. Dos gozaban de licencia médica. Todas las hojas estaban rubricadas por el director del DOPS, Marcos Aurelio Reis, matrícula nº 35.227, afincado en el tope de la carrera, la FG–9, la misma función gratificada del delegado Pedro Carlos Seelig, matrícula nº 40.791. El escribano Orandir Portassi Lucas, Didi Pedalada, tenía la matrícula nº 193.295.

Por primera vez, teníamos el retrato preciso del DOPS, el temido órgano central de la represión en el estado, el brazo operacional de la DCI, la línea de frente del CIE en el Sur. Estaba formado entonces, noviembre de 1978, por 86 inspectores, 57 escribanos, 18 investigadores, 10 delegados, 5 comisarios, además de médico (el clínico Neron Estivallet Fortes), técnico científico, auxiliar administrativo, asesor, identificador, técnico en pesquisas, oficial administrativo, sirviente y un director. En total, 185 abnegados defensores de la patria en la cruzada contra la subversión.

Ya pasaban de las 17 horas, una más allá del horario previsto para el reconocimiento, cuando el delegado Jahir entró en la sala. Media hora después de discutir detalles técnicos con Werner, el delegado pasó a la etapa previa de mi testimonio y el de Scalco, cuando dictamos a un escribano –una vez más– la descripción de los hombres que nos recibieron en la calle Botafogo. Surgió entonces un nuevo problema. Jahir ahora negaba la exhibición individual de la identidad de los policías que serían sometidos al reconocimiento.

–Delegado, existe una orden expresa del gobernador en este sentido. ¡El señor está practicando una desobediencia a la orden jerárquica del gobernador en ejercicio! –fustigó Werner, con su voz aguda.

–Desobediencia, no. Admito estar practicando un acto de ilegalidad jerárquica para preservar la fuerza policial –reaccionó el jefe de la investigación.

Eran ya 18 horas cuando Werner y Jahir llegaron a la misma conclusión: no había salida para el impasse. El reconocimiento fue cancelado. El causídico exigió entonces un acta donde hizo constar la observación de que el delegado se negaba a atender a la solicitud de los periodistas, "a pesar de haber determinación expresa del gobernador del Estado".

El Brujo había producido su más reciente hechicería: arrancar del corazón de la policía lo que se podría llamar de "la acta del desacato". Cuando salió de la sala, Werner informó a los periodistas que el delegado lo había autorizado a transmitir su negativa personal, con la siguiente observación:

–El delegado Jahir dijo que el gobernador interino no tiene autoridad para determinar como debe ser hecho el proceso de reconocimiento – contó el causídico.

En las entrevistas a las emisoras de radio el delegado llegó a repetir esa tontería, hablando de nuevo de "ilegalidad jerárquica". Volvimos al Piratini, al encuentro del gobernador desautorizado. Giacomazzi se irritó más todavía cuando oyó la grabación de la entrevista del delegado.

La tensión crecía entre los poderes civil y policial. Por la noche, el secretario Moura Jardim y el delegado Leônidas fueron al palacio para intentar asegurar el toro por las astas. El coronel intentó convencer a Giacomazzi de que sus órdenes no habían sido bien comprendidas y no incluían las exigencias de los periodistas.

Con la calma de siempre, el gobernador se volvió para Leonidas, sentado al otro lado de la mesa, y presionó:

–Delegado, ¿no es verdad que en la tarde usted concordó conmigo en que, hasta para el bien de la institución, era conveniente la realización del reconocimiento en los términos de los periodistas? ¿Es cierto o no?

–Es verdad, gobernador –admitió Leonidas, en una clara insubordinación jerárquica delante del coronel y su jefe, que lo fusilaba con la mirada.

El coronel y el delegado bajaron al primer piso del palacio e iniciaron una nerviosa reunión con Carlos Alberto Allgayer, jefe de la Casa Civil de Guazzelli, con quien llegó a hablar por teléfono en Brasilia. En el segundo piso, el gobernador interino sopesaba la situación con la autoridad del MDB. Una de las voces que él más oía, en aquel momento, era la de un sereno y respetado diputado estadual, Ibsen Pinheiro, en aquel momento ocupando la presidencia de la Asamblea vacante con la interinidad de Giacomazzi.

En un rincón del gabinete agitado por las conversaciones paralelas, Ibsen, con la voz baja que acostumbraba usar en momentos de crisis, fue claro y directo:

–Giacomazzi, haga prevalecer su autoridad. ¡Despida al delegado!

–Pero, ¿y Guazzelli? – indagó el gobernador, pensando en lo que haría el titular efectivo del cargo.

Ibsen continuó en el mismo tono intimista, como si temiera romper la complicidad de confesionario.

–El problema es de Guazzelli. Cuando él vuelva, decide qué hacer. Pero yo creo que va a mantener lo que tú decidas, Giacomazzi. Tu decisión será la de él.

La electricidad de la crisis cruzaba el palacio de arribahasta abajo, como una corriente alternada que daba choque en las dos puntas.

La policía abajo, en el primer piso.

El MDB encima, en el gabinete del primer piso. Sólidamente plantado en aquella alfombra de lana con tres millones de nudos, Giacomazzi intentaba aislar el

hilo desnudo de la crisis, manteniendo su autoridad y preservando la expectativa de la opinión pública con la oposición en el poder.

En la crisis, el jefe de la Casa Civil de Guazzelli se volvió una alternativa que intentaba evitar el cortocircuito. Dos veces, Carlos Alberto Allgayer subió del primer piso al segundo para evitar colocar el dedo en el enchufe. En la primera, sometió al gobernador interino al esbozo de una nota oficial de la policía. Giacomazzi reaccionó indignado:

–Si la policía quiere hacer una nota, que la haga. ¡Pero allá en la Secretaría de Seguridad, no aquí en el palacio, Allgayer!

Y se recusó a leer el esbozo. Cuando Allgayer volvió al gabinete después de la medianoche, al llamado del gobernador, fue para recibir la hoja de papel con el acto de exoneración del delegado Jahir Souza Pinto de la jefatura de la investigación.

La crisis estaba encerrada. El MDB mantenía su frente erguida, a costa de la cabeza del delegado.

Había una clara distinción entre ARENA y MDB en el poder.

Ahora todo el mundo sabía eso.

Hasta el DOPS.

* * *

Mientras la crisis corría suelta en el palacio, definiendo autoridades y jerarquías, me saqué la fantasía de testigo y volví al viejo traje de reportero, que me agradaba mucho más. Estaba preocupado al anochecer del jueves, cuando salí del edificio de la Secretaría de Seguridad. Cargaba en un sobre pardo, debajo del brazo, un tesoro inesperado: la lista oficial del DOPS.

Temía que ese trofeo pudiese ser tan efímero como el MDB en el poder. Eran tiempos muy extraños, en que bastaba un golpe en la mesa de un general más exaltado – y todo aquello se desharía en el aire como una pompa de jabón.

El general Médici había emitido el 29 de octubre de 1970 una norma – Directriz Presidencial de Seguridad Interna – y una directiva secreta llamada Planificación de Seguridad Interna, la madre de todos nuestros infortunios. Era obra de una comisión peso pesado, formada por los tres ministros militares, por el ministro de Justicia (Alfredo Buzaid), por el jefe del SNI (general Carlos Alberto Fontoura) y por el secretario general del Consejo de Seguridad Nacional (CSN), el futuro presidente João Baptista Figueiredo.

Fue él quien creó entonces el Sistema de Seguridad Interna, conocido por la clave burocrática de SISSEGIN. A partir de ahí, todos los generales presidentes tuvieron un prerrequisito para subir la rampa de Planalto: o pasaron por la secre-

taría general del CSN (Geisel), o por la jefatura del SNI (Médici) o por ambas (Figueiredo).[37]

Dentro o fuera del régimen, sin embargo, el SISSEGIN acabó resumido en un único y simple sobrenombre, que justificaba todo, que asustaba a todos: el Sistema.

El impreciso, omnipresente, omnisciente Sistema era un monstruo sin contornos, sin dirección y sin cara que protegía la comunidad de informaciones y todos nuestros temores. Allí rugían los tigres indomables y ladraban los perros rabiosos que podrían reaccionar en cualquier momento.

El Sistema lo podía todo, el Sistema me asustaba.

No sería difícil que uno de sus mastines nos localizara para rescatar la lista del DOPS, filtrada en un descuido democrático de respeto a las leyes y a la autoridad civil. Ninguno de nosotros sabía cuánto tiempo duraría esta impensable experiencia de hegemonía del poder civil sobre la autocracia militar.

Ante la duda, traté de precaverme. Le pedí al Bira que recorriera la ciudad, sin volver a la sucursal. Quería asegurarme que no estábamos siendo seguidos. Después de algún tiempo rodando sin rumbo salimos del barrio de Santana, donde quedaba el Palacio de la Policía, pasamos por el centro de la ciudad, tomamos la avenida Farrapos y llegamos al barrio de los Navegantes, en la región Norte de la capital. Constatamos una vez más por si había alguien siguiendo nuestro rastro. Todo limpio.

En la avenida Sertório, paramos al azar en un puesto de gasolina. Allí encontré lo que buscaba.

Una tiendecita con una fotocopiadoraXerox. Hice varias copias de las 24 hojas cubriendo cuatro meses de pagos a los funcionarios del DOPS. Distribuí el material entre nosotros – Kadão, Pedro Maciel, Bira y yo. Cada uno trató después de hallar un lugar en casa, en el apartamento de un pariente, en la oficina de un amigo, para asegurar la integridad del material, lejos de las garras de la represión eventualmente arrepentida por la apertura.

Pasaba un poco de las once de la mañana del viernes, 2, cuando el avión que traía Guazzelli de Brasilia aterrizó en el aeropuerto Salgado Filho. Oposición y gobierno estaban allá, junto con el interino Carlos Giacomazzi, que firmó allí mismo el acta en que devolvía el cargo que ocupó durante 45 horas de fuertes emociones. El propio Guazzelli jugó con la situación, al abrazar al diputado en la puerta de entrada de la sala de autoridades del aeropuerto:

–Un día de tu gobierno fue más agitado que cuatro años del mío, ¿eh, Giacomazzi?

[37] Fico, 2001, p.119.

El diputado volvió a la Asamblea, como presidente, despertando reacciones opuestas.

El MDB adoró, la ARENA detestó.

–La entrega del gobierno al MDB por 24 horas dejó en evidencia que, en el poder, la Oposición mete los pies por las manos, actuando sin equilibrio y sin serenidad – atacó el vice líder de la ARENA, diputado Romeu Martinelli.

Ya la bancada del MDB saludó con aplausos el retorno de Giacomazzi, que "mostró la intención de la policía de ganar tiempo y de hacer caer todo en el olvido", en la expresión del senador Pedro Simon. El presidente del MDB no perdió la oportunidad, aquel 2 de marzo, de pinchar al gobernador que reasumía el Piratini por última vez, antes de ceder la silla de una vez al sucesor Amaral de Souza:

–¡Synval Guazzelli tiene ahora sólo trece días para mostrar a Rio Grande que la solución del secuestro es una cuestión de honor de su gobierno! – calculó Simon.

Maldad del senador. Nadie imaginaba que fuese posible tanta hechicería en tan poco tiempo.

Sólo apelando a la brujería.

Y Guazzelli no era ningún brujo.

25
El alarido

Porto Alegre, marzo de 1979

La segunda quincena de febrero, el cartero entregó en la sucursal de la *Veja* una carta dirigida a mi, con una observación dactilografiada en el sobre: "urgente".

El timbre del Correo al lado indicaba que la correspondencia había sido registrada el día 15. Era una única hoja dactilografiada, con diez párrafos, sin firma. En la última línea, un único nombre en minúsculas tipeado a máquina: "fernando".

Daba algunos detalles difíciles de comprobar, mezclaba nombres verdaderos con otros desconocidos y proporcionaba por lo menos una información errada ("el Pedro Seelig y el Marcos Aurelio Reis sólo estuvieron al frente del edificio en la calle Botafogo, pero no entraron").

Pero, en el tercer y cuarto párrafos, escribía cosas que serían confirmadas en las semanas siguientes:

> el día 17 quien estaba en el apartamento, además de los conocidos, eran el inspector Ires yOmar Fernández – que hablan español.
>
> quien mantuvo los niños en el DOPS fue una investigadora negra alta de nombre Lenira y una blanca que trabaja con Pedro.

En la hoja de pago de noviembre del DOPS, que me entreran dos semanas después de la carta de "fernando", existía realmente un inspector Nelson Pires, matrícula nº 28.794, en la misma hoja donde relucen los nombres de los delegados Marcos Aurelio Reis y Pedro Seelig. Pero no había ningún Omar Fernández.

El perfil de la investigadora Lenira –"negra alta"– coincidía con una animadora información captada aún en enero en Montevideo por Pedro Maciel. El chico Camilo describió al reportero de *Veja* las dos mujeres que habían cuidado de él y de su hermana Francesca en la sección de protocolo del DOPS, con las ventanas abiertas para el arroyo Diluvio: "Una alta y rubia y otra oscura, de pelo redondo".

Nunca confirmamos la identidad de la rubia alta, que algunas fuentes apuntarían después como siendo la notaria Laura Maria Chivites, incluída en la lista del DOPS. Pero Lenira era una opción más consistente.

En noviembre, la primera semana crítica del secuestro, una mujer hizo cuatro llamados teléfonicos para la oficina del abogado Omar Ferri. Era un período de

silencio e incertidumbre sobre la suerte de la pareja y de los dos niños uruguayos – entre el viernes 17, cuando fuimos al apartamento de la Botafogo, y el sábado 25, cuando salió el comunicado de las Fuerzas Conjuntas reconociendo finalmente la prisión en el Uruguay.

La voz femenina, que no se identificó, hablaba rápido, nerviosa, más preocupada en tranquilizar al abogado:

–¡Los niños están bien, doctor, ya están en Uruguay!

En uno de los llamados dio una nueva pista al abogado, al decir que "debo alguna cosa al señor". Después no llamó más. Febrero estaba acabando cuando un hombre llamó para la casa de Ferri. La empleada atendió y anotó el recado:

–Diga al Dr. Ferri que busque al padre Ángelo, en un colegio religioso de la capital. Él sabe el nombre de la mujer que cuidó los niños en el DOPS...

Descolgó antes de que le preguntaran cuál era el nombre del colegio. Existían muchas escuelas católicas en Porto Alegre, y Ferri no le dio mucha atención a la pista, precaria e imprecisa. Una semana después, Junior, el hijo de dieciséis años de Ferri, atendió el teléfono. Era el tal padre Ángelo, buscando un contacto directo con Ferri. Se encontraron ese día, y el abogado quedó sabiendo que la funcionaria del DOPS que cuidara de Camilo y Francesca era una ex religiosa, de nombre Lenira. Nerviosa con el secuestro, ella se habría refugiado en el interior.

El calendario ya avanzaba por el mes de marzo cuando Ferri recibió la copia integral de las investigaciones e interrogatorios realizados por la sospechosa corporación policial y remitida a la Justicia. Kadão y yo fuimos a su oficina para rastrear los ocho volúmenes, totalizando más de 1.500 páginas, y reproducir algunos documentos. Cada uno de nosotros tomó un adoquín de esos y comenzamos a hojear.

Había un legajo de testimonios de policías del DOPS, repitiendo en coro que no tenían ninguna pistola. Todos garantizaban usar sólo revólver calibre 38, una tentativa cretina de desvincular los colegas de la escena en el apartamento de la calle Botafogo, donde los dos agentes que nos recibieron en la puerta cargaban claramente pistolas pesadas.

Uno de esos testimonios llamó más la atención. Una notaria, de nombre Faustina Elenira Severino, gastó dos páginas y media para declarar, como todos los otros, que nada sabía del secuestro. Pero decía algo más. Afirmaba que conocía una única persona relacionada al caso, justamente el Dr. Omar Ferri, que había sido abogado de su hermano en un proceso por homicidio.

Kadão y yo llamamos la atención de Ferri, que leía concentrado otro volumen del interrogatorio en el sillón del frente.

–Ferri, esta notaria dice que te conoce – hablé, interrumpiendo su lectura.

–¿Me conoce? ¿Cúal es su nombre?

–Faustina Elenira Severino.

–¡Espera, repite! – ordenó Ferri, poniéndose de pie.

Repetí y él explotó, en una mezcla de rabia y alegría.

–¡Es esta! ¡Es ella!

–¿Ella quien, Ferri? – preguntamos, Kadão y yo.

–Es la mujer que cuidó de Camilo y Francesca. Leí ese nombre unas diez veces y no me di cuenta. El padre Ángelo habló de Lenira, pero el nombre verdadero es ese Elenira, Faustina Elenira Severino. Justamente, en la época del secuestro, yo absolví en el tribunal un cliente llamado Delaro Severino, que debe ser su hermano. Tiene el mismo apellido. La mujer que llamaba decía que me debía un favor. ¡Es ella!

Exaltado por la revelación, ni me acordé en la hora de la carta firmada por "fernando" que hablaba de la "investigadora negra alta de nombre Lenira". Nuestro excitante descubrimiento con Ferri era más importante. Él completó la información diciendo que Faustina se había refugiado en un convento en Venancio Aires.

El abogado se encargó de confirmar la conexión de Faustina con Delaro:

–Delaro es negro. Si él es realmente el hermano de Faustina, entonces ella es la negra descrita por Camilo. Voy a confirmar eso y a comprobar la historia del convento –avisó Ferri.

Kadão y yo tratamos de tomar la carretera inmediatamente. Llamamos a Bira y disparamos rumbo a Venancio Aires, 135 kilómetros al noroeste de la capital. En poco más de una hora estábamos dando vuelta la ciudad –y nada de convento.

Me detuve en una cabina telefónica y, resoplando de rabia, llamé a Porto Alegre. Ferri no estaba en su oficina. Llamé de nuevo, minutos después. Sólo en la tercera tentativa conseguí que atendiera:

–Pucha, Ferri, no existe ningún convento aquí en Venancio Aires, hombre!

–¿Venancio? –se sorprendió él–. ¿Qué están haciendo ustedes en Venancio? ¿Quién habló de Venancio Aires?

–Tú mismo, Ferri. ¿Por qué? ¿No es Venancio acaso?

–Pucha, amigos, discúlpenme, está equivicadio. La ciudad es Candelaria...

–¡Mierda, Ferri! ¿Candelaria??? – corté, golpeando el teléfono. La suerte es que el equívoco no era lejos. Candelaria quedaba a 70 kilómetros de allí, a menos de una hora de viaje. Allá había de hecho un convento, pero Faustina ya no estaba más en ese lugar. Había regresado para casa, una dirección registrada en su testimonio en el interrogatorio de la PF.

Era un modesto apartamento en un edificio de tres pisos en el número 517 de la calle Prof. Freitas de Castro, al lado de su lugar de trabajo. Ella caminaba una cuadra, atravesaba la avenida João Pessoa y –¡listo! – estaba en el DOPS. Exactamente en la sección de protocolo del DOPS, en el segundo piso del palacio de la Policía, el punto privilegiado de donde Camilo vislumbraba la avenida Ipiranga separada al medio por un arroyito.

Ya era de noche cuando regresamos a Porto Alegre. Preparamos nuestra investida para la mañana del día siguiente, un miércoles 21 de marzo. Formamos un cuarteto para nuestra aproximación: Kadão y yo; el fotógrafo Olivio Lamas y el reportero Osmar Trindade, del *CooJornal.* Al ver la fotografía del lugar, trazamos rápidamente una estrategia en el estrecho corredor del primer piso del edificio.

La puerta del apartamento de la notaria tenía un pequeño postigo de vidrio. Mostrar allí mi cara, ya muy conocida por las fotos de los diarios y por la cobertura intensa de la TV, la ahuyentaría. Nos quedamos pegados en la pared, de espaldas, al lado de la puerta, fuera de la visión de Faustina. Trindade, con su respetable aire de jefe indio, fue el elegido para apretar la campanilla.

Pasaba un poco de las nueve horas cuando ella abrió el postigo. Trindade dijo que era periodista y quería conversar. No dijo cuál era el asunto, ella tampoco preguntó. Faustina cerró el postigo y abrió la puerta.

Esperaba un único visitante. Trindade cruzó la puerta y, atrás de él, entraron de sorpresa Lamas y Kadão. La anfitriona se sorprendió con tanta gente e hizo ademán de cerrar la puerta, pensando que sólo eran los tres. Entonces, aprovechando su indecisión, entré también al apartamento.

Cuando Faustina me vio, entendió todo. Nosotros también. Estábamos delante de la "mujer oscura, de pelo redondo", descrita por Camilo. No necesitamos hablar. Ni yo, ni ella.

Faustina ahora sabía por qué estábamos allí. Sabía principalmente por qué yo estaba allí.

La sala del apartamento era modesta, tenía un conjunto de sofá y sillones raídos donde nos sentamos. Ella permaneció de pie, las manos temblorosas asegurando un cigarrillo. Vestía una blusa clara, con escote en V y mangas cortas con encaje, sobre jeans. Los cabellos negros y rizados estaban mal cuidados y aparentemente sin corte, formando una especie de casco oscuro sobre el rostro marcado por la af icción.

Era el pelo redondo grabado en la memoria de Camilo.

Para ganar tiempo, tal vez pensando en ese recuerdo, ella caminó hasta la cocina en la sala contigua, tomó una caja de fósforos y encendió otro cigarrillo, que

fumaba de manera casi compulsiva. Parecía querer ocultarse detrás del humo exhalado con ansiedad.

A los 42 años, Faustina daba la impresión exacta de una mujer en andrajos, envejecida, tensa, rumiando tal vez las frases premonitorias de Lilián, de ese domingo de noviembre, cuando la uruguaya le advirtió que la policía haría desaparecer a sus hijos. El dolor del arrepentimiento, el remordimiento profundo parecían estar golpeando su cabeza atormentada, de la mujer que, en vez del hábito misericordioso de monja, asumió las vestes burocráticas de un órgano represivo.

En esa hora la religión no consolaba a Faustina.

Al contrario, afligía, torturaba, aplastaba. Era una imagen devastada que más que nada, daba pena.

Antes de iniciar la conversación alguien pide un poco de agua para relajar el ambiente. Faustina va hasta el refrigerador, en la cocina que se mezclaba con la sala, y vuelve de allá con un vaso sobre un plato. La mano temblaba tanto que el vaso tintineaba en su frágil base. El agua agitada en el vaso parecía a punto de derramarse.

Era la banda sonora y el símbolo de la desesperación.

A pesar del clima tenso, no se podía perder el tiempo. Comencé a cercar:

–Faustina, tú sabes por qué nosotros estamos aquí, ¿no sabes?

Ella intentó resistir, con voz débil, tartamudeando.

–No, no sé...

–Ah, ¿no? Pues, existe una fuerte sospecha de que tú eras la mujer que cuidó de Camilo y de Francesca en el DOPS, Faustina.

–¡Dios mío! ¿Quién dijo eso? Con esto, ahora, yo estoy hasta temblando –reaccionó, con el humo del cigarrillo revoloteando todavía más en el aire con el movimiento nervioso de la mano, que ella no conseguía dominar. Faustina contó que quedó sabiendo del secuestro por los diarios, nada más que eso.

–Colocada frente a frente con Camilo ¿él no te reconocería? –arriesgué.

Ella intentó disimular, fingiendo no tener recelo de la idea:

–Ah, esa sería una manera de aclarar definitivamente este asunto...

Decidí apretar un poco más la conversación:

–Pero...Faustina, Camilo hizo una descripción de la mujer que cuidó de él. ¡Y ella eres tú!

–¡¡No!! ¡No soy! ¡¡No soy yo!! –reaccionó, casi descontrolada–. ¡No fui yo, no fui!

Kadão está de pie, junto a la ventana, desde donde tiene una visión de un terreno baldío, transformado en estacionamiento, donde se encuentra instalado un tráiler de hot dogs.

Mi diálogo con Faustina es marcado por una tos irritante. No mía, ni de ella. Era Lamas, el fotógrafo que tosía con una rara insistencia. En realidad, era un truco: él colocó la cámara sobre sus rodillas, con el objetivo dirigido para Faustina. Lamas simulaba la tos para apagar el disparo del obturador, tratando de robar una foto de la policía.

En la ventana, Kadão hizo una discreta señal con el dedo para que Lamas interrumpiera la maniobra. Temía que Faustina descubriera el truco e, irritada, nos expulsara antes de tiempo.

La tos de Lamas cesó por milagro, de repente.

El humo del cigarrillo ahora se mezcla con las lágrimas. Ella llora e implora:

–Por favor, ¡váyanse! ¡No fui yo!! Quiero que me dejen en paz.

Pensé que era el momento de dejar de presionar. En tono de voz más bajo, siempre sereno, cambié de táctica.

–Ok, estás diciendo que no eres la mujer que cuidó de Camilo en el DOPS. ¡Está bien, Faustina!...Podría ser que él se estuviera refiriendo a otra persona, muy parecida a ti. Entonces, vamos a hacer lo siguiente: para tener certeza absoluta, para tu tranquilidad, vamos a hacer una foto tuya y mostrársela. Ahí tendremos la certeza del mundo, nosotros y tú, de que eres inocente en todo eso. Y no te buscamos más. ¿Qué dices entonces?...

La propuesta la dejó más agitada todavía.

–¡No!!! – gritó. – ¡Por favor, no! Si me sacan una foto voy a ser perjudicada en el trabajo. Ellos no permiten esto, no van a permitir...

–Pero ellos ni van a saber que la foto fue sacada aquí, Faustina – contesté.

Ella no se doblegó.

–¡No, no! ¡Mis jefes van a descubrir si yo hago eso! Por favor, ya pedí, váyanse de mi casa, no me dejen mal. Nadie puede saber que ustedes estuvieron aquí...!Por favor, salgan!...

No teníamos nada más que hacer allí.

Nos levantamos, agradecimos por el agua y por la conversación, nos despedimos y salimos, con cierto sentimiento de frustración.

Me embarqué en la camioneta Brasilia del Bira y volví con Trindade para la sucursal. Los dos fotógrafos se quedaron en la vereda del edificio. Bira volvió minutos después con la encomienda que Kadão y Lamas le habían hecho: algunos teleobjetivos poderosos para hacer la foto que no había sido posible tomar en el apartamento. La foto de Faustina, en aquel momento, era esencial, para confirmar la descripción de Camilo.

La entrada del edificio quedaba en medio de la cuadra. Kadão y Lamas se dividieron: uno en cada extremidad de la calle, cubriendo los movimientos posibles de quien abandonara el edificio, de un lado o del otro. Ellos tenían certeza de que Faustina luego saldría de casa para relatar al DOPS la visita que había recibido de los cuatro periodistas – entre ellos, el testigo del secuestro.

Pálpito errado.

Pasa media hora. Pasan una, dos horas.

La impaciencia aumenta, el hambre más aún. Los dos miran con gula para el carro del hotdog. Ya pasaba de las 13 horas. Kadão representa para Lamas, coloca la mano sobre la barriga y señaliza con la mano sobre la boca. Señal universal de hambre. Los dos se dirigen para el tráiler en la entrada del estacionamiento. Devoran un sándwich y beben el refresco de ojo en la puerta del edificio.

Nada sucede, la mujer no sale.

Lamas resuelve poner cara de malo, lo cual no es difícil. A los treinta años, él es flaco, tiene rostro fino y demacrado, los dientes amarillos de tanto tabaco, una espesa barba negra y los ojos astutos de pirata horripilante del Caribe. A pesar de la fisonomía malvada, tiene un corazón de manteca y un estómago sin fondo. Aquel sándwich de emergencia no resuelve. Lamas está afligido.

–¡Kadão, no vamos a quedarnos a base de hotdog, hombre! Estamos aquí hace muchas horas y esta mujer no sale, porra!

–Calma, Tatinha – dice Kadão, usando el sobrenombre íntimo de Lamas. –El gordo aquí soy yo. La solución es esperar. De repente, ella sale.

–No sale Kadão. ¿Y si gritamos su nombre? ¿Eh? ¿Eh? – propone dudando de su propia sugerencia.

–¿Ta loco? – duda Kadão, reprimiendo la risa. –La mujer no va a caer en un truco estúpido de esos...Ella trabaja en el DOPS, está llena de mañas. Yo no voy a gritar...pero si tú gritas, yo tomo la foto.

–Negocio cerrado – apuesta Lamas. –¡Deja conmigo!...

Lamas tenía el raro talento de estar en el lugar apropiado, en la hora justa. Fue así diez años antes, cuando caminaba por la vereda de enfrente al edificio de la Secretaría de Seguridad, en la avenida Ipiranga. Estaba comenzando el turno de la madrugada de la editora de la Policía del diario *Folha da Manhã.* Una bolita de papel cayó en su cabeza, ya era de noche, en aquel final de 1969.

Lamas miró para arriba intentando descubrir al gracioso. Nadie a la vista. Hizo lo que poca gente haría. En vez de chutear la bolita de papel, se agachó, tomó el papel, lo desenrolló y leyó un inesperado pedido de socorro: "Soy fray Betto y estoy preso en el DOPS".

Lamas miró de nuevo para la ventana del segundo piso, donde quedaba el DOPS. Salió de allí y esparció en la prensa la noticia de que el religioso domínico Carlos Alberto Libânio Christo, alias fray Betto, finalmente había sido localizado. Estaba desaparecido desde el amanecer del 9 de noviembre de 1969, cuando fue preso en el seminario jesuita del Colegio Cristo Rey, en São Leopoldo, ciudad de la Grande Porto Alegre donde vivía clandestino.

Cinco días antes, el DOPS del delegado Fleury había emboscado y asesinado en São Paulo el guerrillero Carlos Marighella, líder de la organización de izquierda ALN (Aliança Libertadora Nacional) que tenía fuertes conexiones con la Orden Dominicana. Fray Betto fue torturado, se arrastró por la soledad de cuatro presidios de seguridad máxima y amargó la prisión durante cuatro años. Sin embargo, sobrevivió.

Lamas tuvo buena parte en la parte buena de esa historia.

Ese era el socio que Kadão tenía a su lado aquella tarde, delante del apartamento de Faustina. Dos veces salieron de debajo del toldo del tráiler, apuntaron sus cámaras para la ventana, pero estallaron en carcajadas antes de gritar cualquier cosa.

¡Aquello no parecía serio! Hasta que en la tercera tentativa, Lamas fue hasta la vereda del edificio, se detuvo bajo la ventana del primer piso, contuvo la risa, impostó la voz y consiguió al final dar el alarido salvador:

–¡FAUSTIIIIIIIINAAAAA!!!

Algunos segundos después apareció en la ventana del primer piso el rostro oscuro y la cabellera redonda de la escribana. Cuando percibió que había caído en una celada se agachó rápidamente. Kadão, con el teleobjetivo apuntado para el blanco, sólo tuvo tiempo de disparar el obturador de la Nikon, mientras Faustina desaparecía del visor. La escena fue tan rápida que ambos tuvieron la misma duda:

¿Será que resultó?

Tomaron un taxi y volvieron rápido para la sucursal, rumbo al pequeño laboratorio en la redacción que iría a responder aquella pregunta. Kadão y Lamas pasaron algunos minutos en la oscuridad, literalmente, con el filme madurando en el tanque del fijador. Superado aquel angustiante intervalo de tiempo, encendieron la luz y abrieron el tanque. Desenrollaron la película del carrete de revelación con el corazón en la mano. Y al final dieron un doble alarido de alegría, más alto que el edificio de la Faustina.

Estaba allí la foto. Una única y miserable imagen. El negativo siguiente sólo mostraba la ventana vacía. Pero no era necesario nada más. Faustina estaba eternizada en la foto.

¡Y qué foto!

La idea hilarante e idiota de Lamas había funcionado. ¡Maravillosamente!

* * *

Esa misma noche del miércoles, mandé a Lamas y al reportero Pedro Maciel en el último avión para Montevideo.

Llevaban en la bolsa cinco fotos de policías, entre ellas la de Faustina, para mostrarlas a un viejo conocido: Camilo. Al ver la quinta y última foto, el chico apuntó:

–Sí, esta la conozco – confirmó. El reportero preguntó de dónde.

–Del cuartel, de aquel cuartel cerca del arroyito – respondió, refiriéndose a la sede del DOPS, en los márgenes de la avenida Ipiranga. Camilo miraba la foto de Faustina.

Pedro Maciel volvió a Porto Alegre. La mañana del viernes 23 de marzo, fue al apartamento de la escribana, para contarle la novedad. Ella misma abrió el postigo del apartamento.

–Doña Faustina, yo...

–No, no, ella no está – simuló la escribana, intentando librarse de la visita, que ella no conocía.

El reportero insistió y dijo que acababa de volver de Montevideo, donde Camilo la había reconocido como su guardiana en el DOPS.

–¡Mi Dios! ¿Cómo pudo decir eso?...–reaccionó la escribana, golpeando el postigo.

Después de Pedro Seelig y Didi Pedalada, Faustina Elenira Severino era el tercer nombre del DOPS en sobrevolar con fuerza el secuestro.

Un fantasma que ganó cuerpo, cara, color, identidad, nombre y apellido.

Un personaje responsable por el momento más dramático y tenso del secuestro.

Faustina traería al caso el drama y la tensión de la muerte.

26
La muerte

Porto Alegre, mayo de 1979

El cerco a los secuestradores ya no era una exclusividad de la prensa.

En el área política y en la esfera jurídica comenzaba también a presionar el ritmo de la investigación.

El primer día de marzo, el promotor Dirceu Pinto, después de analizar el interrogatorio de la Policía Federal, decidió denunciar al delegado y al escribano, por ver “indicios vehementes” de delito. Cuarenta y ocho horas después, el procurador de la República Amir Finochiaro Sarti, siguiendo la opinión general de la OAB, argumentó que el caso era de competencia de la Justicia de Rio Grande do Sul, negando la tesis de la defensa, que quería empujar el caso para la esfera federal. El juez federal Hervandil Fagundes concordó, y Seelig y Didi fueron formalmente denunciados por el crimen de abuso de autoridad.

El jueves 22, un día después de la foto ruidosa de Faustina, la Corte de Apelaciones negó el recurso de los policías y decidió que la competencia del proceso era de los tribunales gaúchos. La Justicia avanzaba, contrariando el cuerpo blando de la indolente corporación policial.

La policía intentó una última jugada contra el gobernador Synval Guazzelli el día 12 de marzo, 72 horas antes del cambio de poder para Amaral de Souza. El Consejo Superior de Policía (CSP) decidía, en reunión reservada, si acataba o no la investigación administrativa determinada semanas antes por Guazzelli. Sólo el relator y los dos nuevos consejeros nombrados por él apoyaron a Piratini. Delante del impasse, tres a tres, desempató el presidente del CSP, el insospechado superintendente Leônidas Reis, hermano del director del DOPS que era el blanco de la investigación.

La mano camarada votó por el cierre de la investigación. El CSP aguantó la información hasta el último momento y sólo divulgó su decisión a la prensa el último día del mandato del gobernador, 14 de marzo, un miércoles.

Guazzelli quedó indignado. En los estertores de su gobierno, que no consiguió resolver la “cuestión de honor” del secuestro, el gobernador rechazó la decisión del consejo policial, bajo el lógico argumento de que la apertura del proceso en la Justicia exigía igual providencia en el área administrativa del gobierno. El abogado

Osvaldo de Lia Pires, que defendía los secuestradores, entró con un mandato de seguridad contra Guazzelli levantando una extraña tesis:

–¡La representación del ofendido, condición básica para la apertura del interrogatorio, no ocurrió!

Un detalle relevante omitido por el abogado es que los "ofendidos" – en el caso, los secuestrados – estaban con enorme dificultad para hacerse representar ante la Justicia brasileña. En aquel exacto momento, Lilián y Universindo sangraban, a disgusto, en un pabellón de la avenida de Las Instrucciones, en Montevideo, a nueve kilómetros del Palacio de Gobierno. Allí funcionaba el centro de torturas del 13º Batallón de Infantería, conocido por los presos políticos como *El Infierno.* Era sede del '300 Carlos', nombre clave de la unidad secreta del OCOA, que secuestraba uruguayos en el exterior.

Uruguayos como Lilián y Universindo.

Los "ofendidos" no podían atender las exigencias formales y burocráticas del Dr. Lia Pires. Lilián y Universindo estaban tratando de sobrevivir en la cárcel a la paliza que llevaban de los socios de represión binacional de Seelig y Didi. El Dr. Lia Pires hallaba que no ofendía la inteligencia de la opinión pública cuando intentaban justificar aquel alegato jurídico, en circunstancias tan dramáticas.

–¡Es que yo quiero las cosas muy derechas! –justificaba.

La Justicia, más derecha que el abogado de los policías, acabó rechazando su mandato horas después. La investigación, así, sería reabierta y proseguiría en el gobierno Amaral de Souza.

La cosa, sin embargo, ya estaba bien derecha entre la policía que permanecía y el gobierno que llegaba. Tres meses después, bajo el amparo de Amaralzinho, el Consejo Superior de Policía volvió a absolver los policías, por el mismo marcador –cuatro a tres. El voto de desempate que archivó definitivamente la investigación fue del presidente del consejo, el delegado Jahir Souza Pinto –el mismo y osado policía que en marzo pasado había asumido la "ilegalidad jerárquica" contra la orden del gobernador interino Carlos Giacomazzi para "preservar la fuerza policial".

Esta vez el gobernador de turno, Amaral de Souza, no quedó indignado con Guazzelli.

Mucho menos ofendido.

Como al Dr. Lia Pires, a Amaralzinho le gustaban las cosas muy derechas.

* * *

El viernes 23 de marzo, la Asamblea Legislativa instaló una CPI para investigar el secuestro.

Era un pedido de los 26 diputados de oposición del MDB, no de la ARENA de los militares, que continuaba servilmente solidaria a los farsantes de Bagé y todavía creía firmemente en la tesis de que los "ofendidos" habían salido espontáneamente de Brasil.

Para suerte de la Comisión Parlamentaria de Investigación, la mayoría era de la oposición, que investigaba, no del ala oficialista, que encubría. El MDB tenía cuatro diputados contra tres de la ARENA. En Brasilia, en vez de investigar el caso con el rigor que se exigía, el coronel Moacyr Coelho, director de la Policía Federal, hacía su discurso:

–¡Todo eso es una gran explotación política!

Era previamente apoyado por dos miembros arenistas de la CPI, aún antes del inicio de la investigación.

–Es necesario investigar también los antecedentes de Lilián y Universindo. El caso debe ser examinado en toda su profundidad, duela a quien duela –pregonaba el vice líder de la ARENA, Romeu Martinelli, con silla en la CPI.

–Todo es pura payasada y politiquería. ¡La policía no secuestra! –concluía otro miembro de la comisión, el ex delegado, ex jefe de policía y diputado arenista Cícero do Amaral Viana. Anticipaba así los trabajos de noventa días y la conclusión de una CPI que todavía ni se iniciara.

Al final de la sesión de instalación, el futuro relator de la CPI, el arenista Jarbas Lima, resolvió atacar la "explotación política" de la OAB en el caso. Fue de inmediato rebatido por el abogado Marcus Melzer, miembro de la comisión que fue al Uruguay a oír a Camilo. El palo se quebró.

Repitió, en dosis menos civilizadas, la confrontación del mes anterior dentro de la propia Orden. El abogado gaucho Manoel Braga Gastal, un ex locutor de radio muy ligado a los militares, publicó una carta abierta en los diarios censurando las "exageraciones" de la OABgaúcha en la denuncia del secuestro. Él no consideró nada exagerado atacar sus colegas abogados sin revelar su sospechosa condición de presidente interino de la ARENAgaúcha, el partido que defendía los secuestradores.

Se llevó un público tirón de orejas de nada menos que el mayor y más respetado de los abogados brasileños. A los 85 años, Heráclito Fontoura Sobral Pinto, el católico fervoroso que defendiera al histórico líder comunista Luis Carlos Prestes después de la fracasada revuelta comunista de 1935, divulgó, el 10 de febrero, la carta que mandó desde Rio de Janeiro en respuesta a su recatado cofrade gaúcho. El bravo jurista enseñaba:

> El ilustre colega, en vez de criticar al Consejo Seccional gaúcho por la actitud que asumió, debería por el contrario alabarlo noblemente.(...) El equívoco de V.Exª. tiene su origen en el hecho de suponer que la finalidad de la OAB es solamente cuidar de la

selección, disciplina y defensa de la clase. Sin embargo, esta suposición no es exacta, porque, además de esta finalidad, la Orden tiene una atribución importantísima, expresamente definida en la ley.

Sobral Pinto recordaba que el Artículo 18 de la Ley nº 4.215 de 1963 confiere al Consejo Federal de la OAB la atribución de "defender el orden jurídico y la Constitución de la República, pugnar por la buena aplicación de las leyes y por la rápida administración de la Justicia y contribuir para el perfeccionamiento de las instituciones jurídicas". Braga Gastal tuvo que leer la siguiente lección de Sobral Pinto:

> El secuestro de la pareja uruguaya, por autoridades de la República vecina, con o sin la colaboración de autoridades policiales brasileñas, constituye un atentado contra la soberanía nacional, una lesión a nuestro orden jurídico constitucional y una falta de respeto al gobierno de nuestro país. (...)
>
> Ningún gobierno extranjero puede mandar autoridades policiales militares al territorio brasileño para prender personas en él, sus nacionales o no, que en él se asilen. Un procedimiento tal implica, en sí y por sí, atentado a la soberanía del país donde esas personas se encontraban. Secuestrando, entonces, en Porto Alegre, la pareja uruguaya que estaba en esa ciudad, las autoridades del Uruguay hirieron nuestra soberanía.

El 10 de agosto, poco antes de salir el informe arenista de la CPI, el *Diario Oficial* del estado reveló que había un contrato de asesoría entre el abogado Braga Gastal y el relator de la CPI para la redacción de aquella creativa pieza jurídica de 96 páginas que concluía que no había habido secuestro. Por lo tanto, no había culpables.

El diario estatal reveló más, dijo que el presidente interino del partido de gobierno había recibido 40 mil cruzeiros (cerca de 8.200 dólares, cotización de febrero de 2012) de la Asamblea Legislativa. Traduciendo: el comandante estadual de la ARENA fue contratado para asesorar al diputado de la ARENA Jarbas Lima en el informe que absolvía a los secuestradores apoyados por la ARENA.

Una cosa "muy derecha", como diría el abogado Lia Pires.

Braga Gastal podría haber recibido otra lección del viejo Sobral Pinto, que dos años antes había revelado a la revista *Veja:*

–Jamás cobré de los comunistas los servicios prestados como abogado de defensa, para tener autoridad y para que no digan que estoy atrás de dinero.

* * *

Faustina Elenira Severino finalmente entra en escena el martes 17 de abril.

No por la aparición fugaz de la ventana de su apartamento, sino por la vitrina abierta de par en par de la CPI.

Un médico de la policía acompaña a la escribana hasta la sala de la comisión. Ella aparece tensa, constreñida, con un fuerte hematoma en el ojo izquierdo que destacaba el moretón sobre su piel negra. El acompañante aclara a los diputados que ella sufre desmayos constantes y, en una de esas caídas, se golpeó en la punta de la cocina.

Nerviosa, Faustina comienza negando cualquier relación con el secuestro.

–Yo no... Yo no sé nada de lo que el señor está hablando, doctor.

–La señora trabaja en el DOPS, ¿no trabaja?

–Yo soy... Yo trabajo en la sección de protocolo del DOPS. Y no puedo decirle nada más...

–¿Y por qué la señora no puede decir nada más?

–Soy muy nerviosa, doctor. Ya pensé en internarme. No puedo ayudarlo.

A inicios de mayo, con la misma inseguridad, había hablado en la investigación de la Policía Civil. Su próximo compromiso aún en ese mes sería el duro interrogatorio en la 3ª Vara Criminal, a cargo del promotor Dirceu Pinto. Nadie creía que ella resistiría a ese careo.

Estaba claro que Faustina era el enlace débil, la cabeza atormentada, el nervio expuesto del secuestro. Su resistencia estaba en el límite y su confesión podría ser devastadora.

Pero Faustina jamás hablaría.

El martes 8 de mayo, amaneció soleado, con los colores y aromas del otoño. El día prometía.

Yo leía solitario en la sala del apartamento vacío, tomando 'chimarrão'. De vez en cuando divagaba pensando en mis dos mujeres, Janda y Gabriela, distantes pero seguras en Florianópolis. Una hora después, estaba en el baño con la banda sonora habitual de millones de gaúchos: la voz límpida y marcante de Lauro Hagemann, el locutor que presentaba, a partir de las nueve de la mañana, el *Correspondente Renner* de la radio Guaíba, el más conceptuado noticiario del Estado.

En la década del 50 él era la voz característica del *Reporter Esso*, atracción mayor de la radio Farroupilha. Un domingo de agosto de 1961, tres días después de la inesperada renuncia del presidente Jânio Cuadros, sólo siete meses después de su posesión, Hagemannse presentó como voluntario en el sótano del Palacio Piratini.

El secretario de prensa de Leonel Brizola, Hamilton Chaves, padre del fotógrafo Ricardo Chaves, mi colega Kadão, recibía de regalo la voz más conocida de Rio Grande. Hagemann sería a partir de allí la voz de la "Red de la Legalidad", la

corriente radiofónica que incendiaría el país en la resistencia al golpe de los ministros militares, entre una y otra ejecución del "Himno de la legalidad", con letra de autoría del actor de teatro y cine Paulo César Peréio.

Hagemann se tornó líder sindical y comunista asumido dos años después. Perdió los micrófonos a partir del golpe del 64. Nadie le daba empleo. Hasta que en 1965 consiguió una vacante de locutor en la radio Guaíba. El regreso de aquella voz inconfundible sonó mal en los oídos sensibles del Cuartel General del III Ejército. El comandante, general Justino Alves Bastos, resolvió discutir aquella osada reaparición con el patrón de Hagemann, el dueño de la Caldas Junior.

Al final de la tarde de ese día convidó el Dr. Breno Caldas al comando militar de la 'rua da Praia'. El empresario fue recibido en el mismo gabinete donde, doce años después, reclamaría a los generales de la cuarta y media que faltaba en la estatura física y moral del futuro gobernador Amaralzinho.

Esa vez, sin embargo, el Dr. Breno estaba más relajado, de camisa de mangas cortas, sin terno ni corbata. Escuchó callado el largo lamento del general Justino sobre el retorno al éter de aquel enemigo de la 'Revolución de 1964', un comunista declarado, la odiada "Voz de la Legalidad", el heraldo de la rebeldía civil que cuatro años antes había quebrado la unidad militar de los cuarteles. Hasta que se hizo silencio en la sala.

–¿Terminó, general?

–Sí, Dr. Breno.

Después de una pausa medida, que reforzó la gravedad delmomento, el dueño del diario tuvo un desahogo:

–General, yo nunca le dije, lo que ahora le voy a decir. No me gusta el mayor que es su ayudante de órdenes. Pero no le voy a pedir que lo despida. ¿Sabe por qué, general?

–No, Dr. Breno. ¿Por qué?

–Porque pienso que, en su Ejército, el señor toma las decisiones. Como yo las tomo en mi empresa. Si nosotros cambiáramos de lugar, ahí sí yo despediría al mayor y el señor despediría el locutor Lauro Hagemann. Como eso es imposible, queda todo como está. ¡Buenos días, general!

Breno Caldas salió de allí una cuarta y media más alto de lo que había llegado. Y el comunista de la legalidad sobrevivió como la voz del *Correspondente Renner.*

La voz que yo oía esa mañana, con el volumen más alto de la radio para compensar el ruido de la ducha. Una voz más cristalina que el agua que caía con fuerza. Hasta que Hagemann, con la clase y el énfasis habitual, llamó la información que cerraba el programa en ese horario:

¡Y atención para una última noticia!

Porto Alegre: La escribana policial Faustina Elenira Severino, acusada de participar del secuestro de los uruguayos, fue encontrada muerta ayer en su apartamento. El DOPS impidió el acceso de la prensa al local. El laudo de necropsia indicó como causa de muerte "accidente vascular cerebral hemorrágico".

El jabón se escurrió de mi mano. Giré la llave, el agua estancó y me quedé oyendo el eco de la noticia. Ella goteaba en mi cabeza como las gotas rezagadas que insistían en caer de la ducha mal cerrada.

¿Faustina murió? ¡Faustina murió!

La revelación escurría lentamente, viscosa como el champú que todavía empapaba mis cabellos no enjuagados.

¿Mataron a Faustina?, me preguntaba.

¿Accidente vascular? Dudé.

¡Caramba!, pensé.

En ese momento, lo que pasaba por mi cabeza encharcada de malos presentimientos era el sentimiento común que barría la escéptica provincia de Rio Grande do Sul. La muerte de Faustina por derrame era, por lo menos, un accidente conveniente para estancar la hemorragia inminente en el caso del secuestro. Era el coágulo salvador que obstruía la más previsible arteria de vaciamiento en el DOPS.

Era el enlace frágil, a punto de quebrarse.

Su corazón, según el laudo de la policía, se quebró antes – a las 18h15 del día anterior, 7 de mayo, un lunes, en el apartamento donde Faustina vivía, a una cuadra de la Secretaría de Seguridad y del DOPS.

Ella moría exactamente una semana después de otro extraño accidente cuya víctima fue otra figura mucho más ilustre de la represión brasileña. A los cincuenta minutos de la madrugada del martes, 1º de mayo, Día del Trabajo, el delegado Sérgio Paranhos Fleury se deslizó al saltar de un barco para otro en el muelle del Iate Club de Ilhabela, en el litoral de São Paulo. A 80 kilómetros del hotel, en la playa de Bertioga, donde el uruguayo Hugo Cores se escondió con la familia días después del secuestro de Porto Alegre.

Fleury cayó al agua ensopado de wisky, licor y una última copa de champagne Moët & Chandon ingeridos en la cena. Rescatado segundos después, Fleury acabó muriendo por ahogo. El amigo de Pedro Seelig – ícono del DOPS, astro de la OBAN, ejecutor de las operaciones de cerco y muerte de los comandantes guerrilleros Marighella y Lamarca, jefe del Escuadrón de la Muerte, símbolo de la tortura en los 'Años de Plomo', idolatrado por la represión multinacional y demonizado por la izquierda continental – murió así.

Un accidente estúpido, casi infantil. Murió impune e inocente. En el Instituto Médico Legal (IML) paulista, el médico forense Harry Shibata, el mismo que atestiguara los falsos 'suicidios' de Vladimir Herzog y Manoel Fiel Filho en el DOI-CODI de São Paulo, trató de hacer la necropsia de Fleury. Fue impedido por "órdenes superiores".

Las circunstancias del derrame que mató a Faustina eran igualmente extrañas. Su compañera de apartamento, la maestra Maria Lisete Veloso, fue quien la encontró caída en el suelo de la sala, la tarde del lunes. Avisada, la primera cosa que la policía hizo fue aislar la cuadra. Y sólo liberó la noticia de su muerte a la mañana siguiente, a tiempo de encerrar la edición matutina del *Correspondente Renner*, cuando el cadáver ya estaba en el IML. Ni el hermano, Delaro, el cliente por el cual Faustina debía favores a Omar Ferri, entendió aquel accidente vascular.

–La tarde en que murió, ella fue vista caminando con otra persona en una avenida cerca de su casa. Estaba tranquila y parecía bien –extrañó Delaro, días después, conversando con su abogado.

En el velorio en el IML, contó el hermano, los parientes alrededor del cajón percibieron que había un corte en la parte de atrás de la cabeza. Algunas horas después, la familia decidió cerrar la ceremonia y comenzaron a juntar las nueve coronas de f ores que acompañarían el cuerpo en dos carros funerarios hasta la sepultura en la ciudad de Candelaria, 220 kilómetros al oeste de Porto Alegre. De repente, todo cambió.

–Coloca todo allá de nuevo. ¡Arregla las coronas de nuevo en el cajón! – gritó, en el centro de la capilla 3 del IML, la agente del DOPS Lisete Rejane Lessa da Silva. –¡No tiren nada mientras no lleguen el gobernador y el comandante del III Ejército!

Ella no estaba bromeando. Para espanto y orgullo de los 300 policías que se concentraban en la capilla, minutos después se estacionó próximo el Landau negro del general Antonio Bandeira, 62 años, el veterano del combate a la guerrilla de Araguaia y comandante del mayor ejército de Brasil desde enero pasado. Traía con él una chusma de generales de su Estado Mayor. Luego desembarcó el gobernador Amaral de Souza, escoltado por la cúpula de la policía. El velorio se había transformado en un evento de Estado, un impresionante e inédito acto de desagravio público.

La doble línea dura que gobernaba Rio Grande era un colirio en los ojos hinchados de la represión. Amaralzinho y el general Bandeira, con su impenitente anticomunismo, hacían a Guazzelli y al general Samuel parecer dos izquierdistas, casi subversivos.

El general nacido en la provincia de Paraíba fue director de la Policía Federal durante diez meses en el gobierno Médici, período en que firmó 110 prohibiciones

de la censura, una cada tres días. Explicó su criterio a una de sus principales víctimas, el editor Fernando Gasparian, dueño del semanario *Opinião*, blanco permanente de la tijera del censor:

–Mi orden es la siguiente: ante la duda, ¡corta!

El equipo de la censura vivía lleno de dudas: en cuatro años y medio de vida el *Opinião* produjo 10.548 páginas semanales, pero sólo 5.796 sobrevivieron al corte. Hasta un inocente artículo sobre ajedrez fue tijereteado porque, en la última línea, el autor escribió: "Las negras ganaron". El censor pensó que era una alusión al conf icto racial. En su primer año de vida (1972), el diario tenía un tiraje (38 mil ejemplares) casi tan expresivo como el de la revista *Veja* (42 mil), pero se cansó del hilo aguzado de la censura. *Opinião* cerró en abril de 1977.

El exhaustivo faro antisubversivo del general Bandeira no libraba ni al mayor empresario del sector de comunicaciones del país, Roberto Marinho el insospechado dueño del imperio de la Rede Globo, el cuarto mayor grupo de TV del mundo. Él reconoció al director general de la Rede Globo:

–Lo que yo digo, señor Walter Clark, es que ese Roberto Marinho ¡todavía no me convenció!

Bandeira ahora estaba allá, en el velorio de Faustina, convencido de que prestaba su homenaje a una heroína de la lucha contra la subversión. Fuentes de Brasilia garantizaron a *Veja* que la aparición del general allí era mera decisión personal, no una recomendación federal. Aún así, la presencia de la cúpula del régimen inf ó el pecho de la represión. El investigador del DOPS Janito Jorge Kepler, uno de los envueltos en el secuestro, comenzó a desfilar con la chaqueta abierta para exhibir a la prensa la corona de la pistola que cargaba en el cinto.

–¡Buitres! – era como los fotógrafos y reporteros que trabajaban allí comenzaron a ser llamados por los policías, cada vez más agresivos. En tres ocasiones, hablando con la prensa, el compungido Amaralzinho exteriorizó sus sentimientos:

–Quiero ver este caso cerrado, para que no se hagan más víctimas inocentes.

El clima quedó más pesado en el entierro realizado en la ciudad de Candelaria, para donde el cuerpo fue llevado con un cortejo de decenas de coches de policía, bajo la estridente banda sonora de las sirenas abiertas. Con el brillo protector de la estrella de tantos generales, la represión muestra los dientes. La agente Lisete, que cuidaba del escenario en el velorio, ahora en el entierro trata de identificar todos los periodistas presentes y los señala a los familiares de la muerta y a los policías. Ellos abren sus casacas en tono de amenaza, para mostrar sus armas. Gritan, maldicen.

–¡Baja esa máquina, asesino! – grita uno de ellos a un reportero gráfico.

Un defecto en el *flash* salva la vida de Lamas, fotógrafo de *Veja*, autor del grito que llevó a Faustina del secuestro al infierno.

–¡Si tú tomas esta foto, te doy un tiro en la cara! – avisa el policía, enfocando la pistola en la frente de Lamas. Cuando oyó la amenaza, él ya había apretado tres veces el disparador de su máquina. Lamas sobrevivió porque, justo en aquel momento, el *flash* falló.

Los periodistas por primera vez sienten miedo. Tuve el cuidado de no pasar cerca de aquel circo de truculencia – ni en el velorio, ni en el entierro. Nadie sabía medir lo que la emoción y la sobreprotección militar podrían insufl ar en la corporación policial, sedienta de venganza. Ostensiblemente, los policías culpaban a los reporteros por la muerte de Faustina.

El DOPS volvía a pedalear.

Al día siguiente, en la Asamblea, el diputado Cícero do Amaral Viana, portavoz de la policía, trató de aprobar un voto de pesar por la muerte de la escribana, definida por él como "una víctima en holocausto al extremismo ideológico". La propia ARENA manipuló el voto pesaroso del exdelegado y compañero de bancada.

El líder del MDB, César Schirmer, reaccionó con naturalidad a la presencia de tantas autoridades en el IML, pero extrañó que, en cuatro velorios recientes de policías muertos en servicio, nadie de la administración hubiese comparecido – ni siquiera el secretario de Seguridad. Mucho menos un general y un gobernador.

La amenaza articulada y corporativa de la represión estimulada por el apoyo cerrado de las autoridades civiles y militares, obligó a *Veja* a reaccionar institucionalmente, de manera firme y clara. En la Carta al Lector, su tradicional espacio editorial, la revista de la semana siguiente –16 de mayo– expuso su punto de vista en un incisivo artículo firmado por el director adjunto de redacción, Sérgio Pompeu:

> Testigos involuntarios del secuestro de los uruguayos Universindo Rodríguez Díaz y Lilián Celiberti, ocurrido en Porto Alegre el 17 de noviembre de 1978, los periodistas Luiz Cláudio Cunha y J.B. Scalco, de *Veja,* procuraron cumplir su deber tanto como profesionales como ciudadanos.
>
> Periodistas serios, Cunha y Scalco desde entonces han perseguido pistas que lleven a dilucidar el caso. Ciudadanos responsables, permanecen a disposición de la Justicia –y también de la CPI formada por la Asamblea Legislativagaúcha para investigar el secuestro–, prestando los testimonios que les son solicitados. Al mismo tiempo, sin embargo, ambos están siendo gradualmente incorporados a una trama que ha ofrecido sucesivas demostraciones de cinismo, cuando no de completo libertinaje, de parte de quien debería preocuparse exclusivamente con la investigación rigurosa de los hechos.
>
> Primero, sectores de la Policía Federal y de la Secretaría de Seguridad Pública de Rio Grande do Sul, encargados de aclarar lo que ocurriera con Lilián y Universindo, in-

> tentaron pura y simplemente probar que los dos habían regresado espontáneamente a Uruguay – por lo tanto, a prisión.
>
> Después, hubo torpes ensayos destinados a comprobar conexiones peligrosas entre los periodistas de *Veja* y subversivos uruguayos escondidos en Porto Alegre. Sobrevinieron más maniobras del género – hasta que, la semana pasada, policías y políticos gauchos no dudaron en blandir el cadáver de la escribana Faustina Elenira Severino, envuelta en el secuestro y muerta el martes, para embestir contra Cunha y Scalco.
>
> Según laudo proporcionado por la propia Policía, Faustina sufrió muerte natural. Pero el diputado Cícero do Amaral Viana, de la ARENA, propuso a la Asambleagaúcha un voto de pesar –más tarde rechazado – "por aquella que cayó en holocausto de extremismo ideológico". ¿Cómo? De acuerdo con el parlamentario, la escribana había muerto por no resistir "a la intensidad de la presión, de la coacción psicológica de los forjadores del secuestro".
>
> Tal vez contaminado por la retórica del diputado, el gobernador Amaral de Souza sugirió a la prensa que cesaran las investigaciones, antes que surjan "más víctimas inocentes".
>
> De su parte, *Veja* pretende continuar acompañando el caso. Y espera que la Justicia, al contrario de lo que sugiere el gobernador, no interrumpa la búsqueda de la verdad.

El ambiente estaba cargado, tenso. Es la primera vez que alguien del área de seguridad me recomienda directamente que adopte medidas de seguridad. Un delegado de policía, fuente confiable, me manda un recado de sobrevivencia:

–La barra está pesada, Luiz Cláudio. Es bueno no salir solo a la calle. ¡Especialmente de noche!

Llevé en serio el recado. A partir de ese día tomé algunas precauciones.

La principal de ellas en casa. Viviendo solo, con la mujer y la hija en Florianópolis, creé un ritual para evitar sorpresas. Al dejarme en casa, el conductor Bira estacionaba la camioneta Brasilia al otro lado de la calle Professor Duplan, al frente del pequeño edificio donde vivía, en la esquina con la calle Álvaro Alvim.

Bajaba del auto, subía hasta el apartamento del tercer piso, abría la puerta, encendía la luz de la sala, revisaba los dos dormitorios, el escritorio, la cocina, el baño y el área de servicio. Completaba el rápido chequeo, iba hasta la ventana de la sala y parpadeaba dos veces con la luz del balcón.

Señal de que estaba todo en orden. Sólo entonces Bira encendía el motor, daba un sacudida en respuesta y partía. Todas las noches, durante semanas, fue así. Nunca sucedió nada extraño. Ningún llamado telefónico, ninguna carta anónima. No era, claro, por los buenos modos o por la bella índole de la represión.

Era sólo la constatación, imaginaba yo, de que sería inútil y estúpido tratar de intimidar a un reportero que había ido tan lejos en su confrontación con el aparato

de seguridad. Una amenaza, aún velada o insinuada, en aquel momento sólo aumentaría el impacto y el poder de fuego del testimonio ocular del secuestro. Si yo no había retrocedido ni callado hasta ahora –deben haber pensado– ciertamente no retrocedería ni callaría delante de cualquier tentativa de intimidación.

Lo que era difícil de hacer en Porto Alegre era fácilmente pensado en Brasilia. Pensado y dicho.

Sucedió a fines de abril, once días antes de la muerte de Faustina, por la boca abierta del general de ejército Ruy de Paula Couto, miembro del Alto Comando y jefe del Departamento General de Servicios (DGS), que había asumido el puesto en enero anterior. Tal vez contento por los 63 años que cumpliría días después, el general habló relajado con los periodistas.

–Existe una cooperación extra oficial entre autoridades militares nacionales y extranjeras en la región de frontera, aún contrariando los acuerdos bilaterales de extradición. Eso sucede en intercambio de personas procuradas por uno de los dos lados – reveló Paula Couto, con la experiencia de haber sido jefe del Estado Mayor del III Ejército en el gobierno Médici y responsable por las acciones del CIE y del DOI-CODI en el Sur, en la sensible zona de frontera con Paraguay, Argentina y Uruguay.

No pronunció la clave de esa operación que nadie conocía todavía fuera de las unidades de represión del Cono Sur: Cóndor.

–El secuestro de Lilián y de Universindo, por ejemplo, sólo apareció porque fue mal ejecutado –dijo él, sincero y certero, con la reputación de pentacampeón de tiro entre todos los generales de las tres Fuerzas Armadas.

El oficial del Alto Comando del Ejército explicó que no se divulgaban esos entendimientos porque "habría demandas en la Justicia por parte de los que fuesen llevados de un país a otro, sin el protocolo de extradición". El atraso en la burocracia no recomendaba el uso oficial de la cancillería del Itamaraty en eventuales pedidos de entrega, justificó, con la experiencia del área de seguridad:

–El proceso demora mucho y da tiempo para que el sujeto desaparezca si sabe que es buscado.

Mañoso, Paula Couto dio por cerrada la conversación con los reporteros, sorprendidos con tanta locuacidad, diciendo que todo aquello que decía era *off de record*, o sea una conversación sin citación de la fuente.

El diario *O Estado de São Paulo* cumplió fielmente el acuerdo, en la edición del 26 de abril de 1979, en la nota de tres columnas publicadas bajo el título: "Admitida represión conjunta en la frontera".

El diario paulista, respetando el pedido del militar, atribuyó el discurso desatado de Paula Couto a "un oficial general en el Estado Mayor del Ejército (EME)".

27
La ficha

Porto Alegre, marzo de 1979

Un mes antes de la muerte de Faustina, mi preocupación era otra.

Pasé la mitad del lunes, 2 de abril, confinado en un sillón de la Asamblea Legislativa gaúcha. Abrí la serie de 42 testimonios que a lo largo de los noventa días siguientes irían a agregar informaciones, polémicas, debates, aclaraciones y mucha guerra ideológica en la llamada 'CPI del Secuestro'.

Hablé durante doce horas ininterrumpidas – todavia así menos que las quince horas del testimonio del abogado Omar Ferri, defensor de los secuestrados, sometido durante dos días seguidos por los diputados de la ARENA a un interrogatorio de inspiración policial.

Sobreviví a una batería de 118 preguntas. De ellas, 83 fueron hechas por el bigote más recortado y crespo de la CPI, el implacable ex jefe de policía Cícero do Amaral Viana, diputado arenista y portavoz de la policía en la comisión. La mayoría de sus preguntas habían sido formuladas a cuatro manos, dentro del DOPS, por dos de los principales blancos de la investigación – el director Marcos Aurélio Reis y el delegado Pedro Seelig, involucrados directamente en la operación.

–¿El señor recibe el diario *Voz Operária,* órgano oficial del clandestino Partido Comunista Brasileño? –preguntó el diputado, colocando un tema que nada tenía que ver con el secuestro.

Cuatro años antes la represión había prendido en São Paulo a diez miembros del Comité Central del PCB, desmantelando su oculto parque gráfico. El diario sólo volvió a circular en abril de 1976, desde una impresora instalada con seguridad en el exterior. Eran informaciones secretas que el diputado y sus amigos policías tenían, no yo.

La pregunta mostraba también su objetivo central, la descalificación del testigo por el compromiso ideológico. A pesar de eso, respondí:

–Recibo el diario del Partido Comunista en casa, diputado, como millares de personas lo reciben. Por el correo. No soy suscriptor, ni militante, si es eso lo que el señor quiere saber.

El ex delegado no desistió.

–¿El diario *Compañero*, editado clandestinamente en Uruguay, difunde doctrina marxista leninista? – indagó. Era una pregunta imbécil y absolutamente irrelevante para determinar la identidad de los secuestradores.

Cícero mostraba en las preguntas detalles que sólo la represión podría saber. A pesar del secreto constitucional de mi casilla postal, él extrañamente podría saber que yo estaba en la lista del diario del PCB.

Su compañero de bancada, el relator Jarbas Lima, insistió en que yo abriera mis fuentes – dentro y fuera de la policía – que mantenían el DOPS acorralado y la revista *Veja* bien informada. Me rehusé.

Él volvió a insistir. Dije que eso hería el secreto profesional. El diputado volvió a la carga. Delante de la porfía, tuve que auxiliarme en la Carta Magna.

–Pues bien, diputado, ya que el señor insiste estoy obligado a invocar el inciso 15 del Artículo 5º da la Constitución Federal, que trata de los Derechos y Garantías Individuales y que me asegura el secreto de la fuente. No debo y no voy a responder. ¿Cuál es la próxima pregunta, diputado?

La dificultad de los amigos parlamentarios de la policía era caracterizarme como un peligroso comunista, un subversivo militante, un consumado guerrillero infiltrado en la prensa. La represión no conseguía encuadrarme para descalificar mi testimonio y mi investigación del secuestro de los uruguayos.

Después de una frustrada barrida en mi fichas, quedó constatado que yo no tenía filiación partidaria.

Era sólo periodista. Esta era mi militancia.

Hasta 1975, mi ficha en el archivo confidencial del SNI era un tedioso currículo de sólo tres empleos diferentes. La primera anotación relevante surge el 20 de noviembre de aquel año, cuando los agentes secretos del SNI f agraron mi primer "grave delito": mi elección como vicepresidente del *CooJornal*, la Cooperativa de los Periodistas de Porto Alegre, una entidad que reunía más de 300 profesionales abrigados bajo el manto "subversivo" del cooperativismo.

Se producían allí diarios empresariales, un semanario y el "buque insignia" de la casa, el *CooJornal* – un periódico mensual donde yo firmaba una columna de crítica de los medios de comunicación humildemente titulada *¡Perdão, Leitores!*

Al año siguiente, en 1976, un nuevo y vergonzoso "borrón". Una confrontación directa con el comandante de la guarnición militar de Caxias do Sul, mi ciudad natal, en la región serrana de Rio Grande do Sul. El agente secreto de turno quedó indignado. Anotó:

> En noviembre de 1976, cuando las manifestaciones del MDB en Caxias do Sul, RS, [Luiz Cláudio Cunha] fue sorprendido anotando el número de registro de un vehículo policial del 3º Grupo de Cañones Automáticos Antiaéreos (3° GAAAe) y, como tal, fue

> tomado como elemento extraño al área. Fue conducido al cuartel y, al ser interrogado, se mostró bastante petulante y atrevido en sus respuestas.

"Petulante y atrevido", con certeza. Pero elagenteque escribió aquello no contó que el elemento extraño en el área no era yo. La verdad, que él no transcribió en su versión mentirosa, era otra.

Para dar un retrato nacional de la elección municipal de 1976, *Veja* escogió 20 grandes ciudades del interior brasileño, ya que no había votación en las capitales de las provincias – donde los alcaldes eran designados por el régimen militar. Mi ciudad natal, Caxias do Sul, el segundo colegio electoral del Estado, a 130 kilómetros al norte de Porto Alegre, era la ciudad gaúcha seleccionada por la revista. Empeñado personalmente en la victoria de la ARENA, el presidente Geisel estuvo allá dos semanas antes de la elección del 15 de noviembre.

No adelantó.

El candidato del MDB, Mansueto Serafini, ganó con la mayor votación individual de la provincia, 43 mil votos, 12 mil más que el candidato de Geisel, el arenista Víctor Faccioni. Alegre, el pueblo salió a la calle. La fiesta de la victoria de diez mil personas y un cortejo de 400 automóviles embotelló la avenida Júlio de Castilhos en el corazón de la ciudad, durante la tarde del jueves, 18 de noviembre.

De repente, dos grandes jeeps militares, cada uno con 12 soldados armados de fusiles, ametralladoras y bayonetas, comenzaron a abrir camino transitando lentamente, intencionalmente, entre la multitud.

El mascarón verde oliva de la dictadura atravesó la avenida y la alegría popular –como hacía desde 1964.

El Ejército, para repetir la expresión, era el "elemento extraño al área", incapaz de diferenciar una fiesta espontánea de una "manifestación".

Paré delante de los vehículos militares, al frente de la municipalidad, y anoté sus placas. Un soldado bajó del jeep, me interpeló, pidió explicaciones y minutos después Kadão y yo fuimos detenidos. Fuimos conducidos hasta la carrocería abierta y de allí nos llevaron al cuartel.

El comandante, coronel Eugênio de Almeida Baptista, nos recibió de pie, con cara cerrada, en lo alto de una pequeña escalinata que daba acceso al zaguán principal de la casona. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, la nariz empinada y golpeaba el pie derecho en el suelo acusando en la pesadabota su enorme irritación.

–¡Ustedes son todos unos ordinarios y sinvergüenzas! ¡Las ganas que tengo ahora de meterles la mano en la cara! – fulminó a quemarropa, maleducado, sin ni siquiera presentarse.

–Buenas tardes. ¿Cómo es su nombre? – pregunté, en un anticlímax de tono bajo y sereno que desarmó al valentón. Él se identificó con nombre y puesto. Yo decliné el mío.

–Coronel, mi nombre es Luiz Cláudio Cunha. Soy periodista y jefe de la sucursal de la revista *Veja* en Porto Alegre. ¿Cuál es el problema con nosotros?

El coronel se amansó. Sorprendido con mi identidad, pero aún irritado, me preguntó por qué anotaba las placas de sus jeeps. Expliqué que su aparición imprevista en la fiesta hacía necesaria esta información en el reportaje.

–Ellos estaban allá para controlar la turba...–justificó el militar.

–Turba no, coronel – interrumpí. –Masa. Lo que existe allá en el centro es sólo una masa de gente pacífica, alegre, conmemorando una victoria democrática. Sus jeeps estaban sólo interrumpiendo la fiesta.

–En este caso, yo coloco todos los vehículos del cuartel aquí en el patio para que el señor anote las placas...–desafió.

–No coronel, sólo me interesan aquellos dos que se entrometieron en la fiesta popular. Por lo demás, es para eso que yo vine a Caxias. No sé por qué estoy aquí, en vez de cubrir la fiesta allá en la ciudad. ¿Estoy preso, coronel?

–¡No! –tartamudeó él. –Estamos sólo conversando.

–Bien, en ese caso, estoy perdiendo mi tiempo. Yo no vine a Caxias para conversar con el señor. Vine para cubrir la elección y su resultado. En este caso, ya que el señor me sacó de mi lugar de trabajo, por favor, me envíe de regreso para allá antes que la fiesta acabe – pedí, con "la petulancia y el atrevimiento" que tanto impresionaron al agente del SNI.

Antes de liberarme, el coronel me pidió que no diera las placas de los jeeps ("Repare bien, estoy pidiendo, no prohibiendo") y nos devolvió al centro de la ciudad, esta vez transportados en su auto particular, un sedán VolkswagenVariant verde, casi oliva.

–Y ¡por favor, diga la verdad! – fue su último apelo.

Cuando volvimos al centro ya corría la noticia de nuestra prisión. El presidente del Sindicato de Periodistas, João Souza, había avisado al gobernador Guazzelli en la capital, el Ejército se apresuraba en aclarar el incidente. El victorioso Mansueto Serafini desfilaba en un sedan DKW amarillo, saludado por cohetes y escuelas de samba, acompañado por los obreros que salían de las fábricas al final de la tarde. Hizo la vuelta a la plaza y fue cargado por la multitud por cinco cuadras, hasta el edificio donde vivía. Sólo no habló porque los compañeros le recordaban la orden expresa del coronel Baptista:

–¡No transforme el paseo de la victoria en un comicio político!

Fueron los elementos extraños del coronel los que transformaron la fiesta ordenada en un violento desorden. De súbito, con la ayuda de 20 hombres de la Brigada Militar, la tropa del Ejército entró en choque con la multitud, distribuyendo garrotazos y explotando ocho bombas de gas. Dos concejales del MDB y más de 20 personas fueran atendidas en los hospitales. Minutos después se prohibió divulgar la confusión a las emisoras de radio y TV y los diarios.

El reportaje de la portada de la *Veja* de la semana siguiente dijo la verdad, como pedía el coronel, relatando toda la confusión provocada por la "turba" uniformada – y además publicó las placas de los dos jeeps entrometidos (EB-21-18-488 y EB-21-15-467) del comandante. Algunas semanas después el coronel Baptista fue transferido.

Nada de eso fue relatado en el texto faccioso de siete líneas que el agente infiltró en mi ficha.

A partir de aquel día, la represión comenzó a registrar mis compañías. El 29 de abril de 1977, la 2ª Sección del III Ejército, vinculada al CIE en el Estado, actualizó mi fichero para diseminar en los cuarteles una información estúpida clasificada como "sigilo C" (Confidencial): mi ingreso en la nueva directiva del Sindicado de Periodistas.

Era una noticia pública y notoria que la 2ª Sección, en vez de leer en los diarios, precisó capturar de la manera más complicada – el 'Sector 32', la 'División de Pinches' del SNI. Aún así, se percibe un tono de queja en el informe del agente secreto del Ejército:

> Asumió el día 25 ABR 77 la nueva directiva del Sindicato de Periodistas de Porto Alegre. Antônio Mantel de Oliveira, en su discurso de asunción [de presidente], dijo que el periodista enfrenta la falta de libertad de expresión, el más grave problema de la prensa.

Nueve días antes, la sección 119 de la Agencia Porto Alegre (APA) do SNI, encargada de "Subversión en el campo Interno", produjo el informe GO0084712 con el prontuario de 13 de los nuevos dirigentes de la entidad de los periodistas gaúchos. Seis de ellos eran apuntados como "profesionales de ideología izquierdista comprometidos con el ala opositorade la prensa gaúcha".

El dedo tieso del SNI apuntaba entre ellos el 1º vicepresidente Ruy Carlos Ostermann, la 2ª tesorera Iara Rech, el consejero fiscal Antônio Hohfeldt (vice gobernador de Germano Rigotto en 2002) y el suplente Lucídio Castello Branco (director de la sucursal del *Jornal do Brasil* y hermano de Carlos Castello Branco, el *Castellinho*). Otros siete directores, según el SNI, "no revelan posición ideológica definida".

A pesar de ser 2º vicepresidente, mi nombre no estaba en ninguno de los dos bloques.

La sopa de números y letras de cada ficha tenía una razón. Era norma establecida por el general Ary Rodolfo Carracho Horne, cuando era jefe de la División de Contra Inteligencia del SNI. Cada destinatario recibía el mensaje con una palabra, un número, una coma diferente. Así, en caso de vaciamiento de un documento secreto sería fácil identificar al autor.

Menos de tres meses después, luego de una atenta lectura del *Comunicação,* diario oficial del sindicato, el SNI continuó encasquetado contra mi grupo. De acuerdo con la ficha G0086745, emitida el 22 de julio de 1977, tres meses después de nuestra asunción, el agente registra lo que me pareció un inesperado elogio:

> Por las materias publicadas en su órgano de divulgación, se observa que el Sindicato inició una fase más agresiva, tendiente a concientizar la categoría para la toma de posición en defensa de las libertades de información y de prensa. Para eso dirige su crítica a la censura oficial y empresarial. Busca también mayor engranaje con los demás sindicatos de la categoría. El 14 de JUL 77, para los debates sobre las reformas que están siendo introducidas en la CLT, el Sindicato invitó abogados comunistas.

En la víspera de Navidad de 1977, 23 de diciembre, el SNI retumbó sobre lo que yo escribía en el periódico mensual de la Cooperativa de los Periodistas que ayudé a fundar:

> En DIC 77, a través del *CooJornal* nº 23, presentó artículo titulado "Uruguay: terror y silencio", que relata hechos tendenciosos con respecto de la prisión del periodista Flávio Tavares, asilado en México, demostrando su posicionamiento de defensa y solidaridad a favor del mencionado periodista. (...) criticó vehementemente el régimen político uruguayo, denunció la violación de los derechos humanos y presentó las formas de tortura utilizadas en presos políticos en el referido país.

La represión tenía allá sus diferencias internas. El 6 de enero de 1978, el jefe de la Agencia de Porto Alegre, coronel Carlos Alberto Ponzi, mandó al jefe de la Agencia Central del SNI en Brasilia, general Sebastião José Ramos de Castro, el informe G0054010 con una alarmante información, capturada en la sucursal de *Veja* por el Sector 32, encargado de la escucha telefónica: la revista estaba espiando los espías brasileños para un futuro reportaje.

> Preparación de material para ser publicado en la Revista *Veja*, sobre la actuación de los órganos de informaciones brasileños, apuntando alcanzar principalmente los DOI-CODI y la Policía Federal. Integrantes de la sucursal de la revista en Porto Alegre. Constan datos de calificación.

Cinco meses después, el agente jefe del SNI fue desmentido por el Ejército. El día 23 de mayo, la 2ª Sección del III Ejército envió el informe G005931 a la agencia gaúcha para calmar los nervios del Servicio sobre el tema "Publicación de materia por la revista *Veja* sobre actuación de los órganos de informaciones brasileños". Aclaraba:

> Luiz Cláudio Cunha, Adélia Porto da Silva, Pedro Maciel y Ricardo Chaves trabajan en la revista. No quedó caracterizado que los mismos estuviesen haciendo investigación de datos sobre los órganos de informaciones de seguridad del área del III Ejército; se encuentran, sin embargo, envueltos en actividades contrarias al gobierno. Antecedentes de los nombrados. Constan datos de calificación.

La 2ª Sección mandó el informe al SNI, anexando copia de los prontuarios de los cuatro periodistas de *Veja.*

En la antevíspera del año nuevo de 1978, dos días después del encuentro de Guazzelli conmigo y con el general Samuel Alves Correa, en audiencias separadas, la Agencia del SNI emitió un comunicado confidencial y enjuto con un rápido perfil de los testigos del secuestro. En el formato original de la ficha, había diez líneas telegráficas –nueve dedicadas a mi, una a Scalco.

> LUIZ CLÁUDIO CUNHA se inició en periodismo en 1969, trabajando en el sector de interior del diario FOLHA DE LONDRINA, en la ciudad del mismo nombre PR. A partir de 1970 comenzó a trabajar en el diario ZERO HORA, en Porto Alegre, RS, permaneciendo como reportero hasta el año siguiente, cuando se fue para la Editora Abril, donde trabajó como reportero de la revista *Veja* hasta el año 1973, pasando a responder por la Jefatura de la sucursal, en Porto Alegre. El 16 de MAR 77 fue elegido, en lista única, al directorio del Sindicato de Periodistas. En DIC 77 integraba el Consejo de Administración del COOJORNAL. Registra antecedentes que lo desacreditan, habiéndose involucrado ya en la recolección de firmas para un manifiesto dirigido al Poder Legislativo, criticando medidas gubernamentales, además de presentar artículos tendenciosos y maliciosos en los órganos a que pertenece.

JOÃO BAPTISTA SCALCO no registra antecedentes negativos en esta agencia.

La dificultad mayor del partido de los generales no eran las preguntas que intentaban hacer.

El problema eran las respuestas que no conseguían dar.

28
La vergüenza

Porto Alegre, setiembre de 1979

En la CPI del Secuestro, en la Asamblea gaúcha, "la petulancia y el atrevimiento" de los diputados de la ARENA eran estimulados por el arsenal de datos irrelevantes que los órganos de informaciones les repasaban – no sobre los secuestradores, sino sobre los testigos.

A pesar de eso, coloqué un nuevo nombre en la rueda de policías involucrados con el secuestro: el investigador del DOPS Luís Nunes da Silveira, el Chucha. Era uno más para ser oído en el proceso administrativo de la policía por el procurador Rui Rosado de Aguiar Júnior.

Entraba en la fila ya ocupada por Seelig, Didi, la todavía viva Faustina, José Cecílio, Arvandil y otro compañero del DOPS – el investigador Janito Jorge dos Santos Kepler, el 'Jorjão', 24 años. Él y Arvandil frecuentaban el mismo Partenon Tenis Club, donde Janito usaba "un disfraz carnavalesco", como integrante de la agrupación del club.

Janito entró en la samba del secuestro cuando una inspectora del DOPS dejó filtrar que él era el hermano de la clienta af igida del Dr. Castro, el abogado barbudo que revelara en la 'rua da Praia' la participación de un '*garotão*', un 'gran muchacho' en el secuestro. '*Garotão*'y charlatán. En conversación con un amigo del club de tenis, Janito llegó a confesarse impresionado con la resistencia de Lilián a las torturas en el DOPS:

–Ella es muy fuerte. ¡Resistió hasta el ahogo! –habría dicho, días después.

Por casualidad, Janito era uno de los seis hombres que nos presentaron a Scalco y a mí, por iniciativa del delegado Fuques, en la frustrada confrontación promovida en la Policía Federal a inicios de febrero. No reconocimos el '*garotão*'. Pero los indicios, según el delegado informó a mi abogado Werner Becker, le garantizaban un lugar en la comisión de frente del secuestro. El grupo debía ser mucho mayor de lo que nosotros nos imaginábamos.

Un cordón de hasta 28 policías puede haber sido el total de integrantes del DOPS en el secuestro, según los cálculos del promotor Dirceu Pinto. Él usó como base el número de 185 funcionarios del departamento multiplicado por el número mínimo de días (siete) que duró la operación de captura, vigilancia, ratoneray traslado para la frontera de Chuí y la de Santana de Livramento. En la matemática

del promotor, fue considerado que los turnos en el DOPS fueran de 24 horas ininterrumpidas.

El abogado de los secuestradores quedaba cada vez más nervioso con la evolución del desfile casi interminable en aquella especie de "secuestródromo", donde las informaciones de la prensa continuaban exhibiendo nota alta en los requisitos de armonía y conjunto – al contrario de los accesorios pobres y de la batería desafinada del bloque policial del *'garotão'* Janito.

–No son sólo los periodistas, sino todos los que publiquen denuncias, los que podrán ser procesados – advertía el abogado Oswaldo de Lia Pires, sacando una vez más la samba enredo de la intimidación.

No entusiasmó, ni asustó. Pero Lia Pires insistía.

El viernes 6 de abril, el abogado tiró de repente a Seelig y Didi en la misma antesala del procurador Aguiar Júnior donde Scalco y yo estábamos, aguardando ser oídos. Los policías, que ya habían prestado testimonio, no precisaban estar allá ese día. Pero estaban, sólo para tratar de crear constreñimiento a los dos testigos.

Scalco y yo nos quedamos en un rincón de la pequeña sala mientras en otro – a menos de tres metros de distancia – Didi, con la barba cada vez más espesa, y Seelig, en elegante terno con pantalón boca de campana, intercambiaban amabilidades. Cuando la prensa reclamó a Lia Pires la razón para llevar los secuestradores allí justo en el aquel momento, el abogado dio una sonrisa:

–Los traje aquí porque quise. Sólo eso.

Lia Pires no quería, pero menos de un mes después la CPI los trajo hasta la Asamblea Legislativa, la mañana del miércoles 2 de mayo.

Seelig, Didi y más 183 funcionarios del DOPS, mezclados a otros 217 funcionarios de la Secretaría de Seguridad, tuvieron que ir hasta allá sólo porque la CPI quiso, para un gigantesco careo conmigo y con Scalco. Era, al fin de cuentas, el acto formal de reconocimiento negado en marzo por el delegado Jahir de Souza Pinto, que lo llevó a la dimisión después a la "ilegalidad jerárquica" que asumió delante del gobernador interino Carlos Giacomazzi.

La ciudad presenciaba una escena inusitada: 402 funcionarios de Seguridad llegando a la Asamblea, algunos ocultándose por detrás de las cortinas de las ventanas de los cinco autobuses de la empresa Carris que los transportaban. Dentro del edificio, en el escenario del auditorio del Legislativo, yo vivía una sensación extraña.

Descubrí que de la primera confrontación, como el sostén de la adolescente, uno nunca se olvida. Especialmente porque, en esas condiciones, los bandidos parecíamos ser Scalco y yo.

En una sala de 'observación' para el acto de reconocimiento de un criminal, el sospechoso generalmente es mezclado con cinco o seis personas para que el testigo, protegido por un espejo revertido, vea sin ser visto.

En nuestro caso,Scalco y yo nos sentimos 'observados' por cuatro centenas de policías, casi 200procedentes del DOPS, algunos de ellos secuestradores, uno u otro con una sonrisa irónica en el rostro, ninguno de ellos contento de estar allí. Nosotros tampoco.

En el escenario del auditorio, nos quedamos sentados en una mesa montada a lo largo de una pared, acompañados del presidente y de los miembros de la CPI. Los agentes del DOPS, mezclados a los otros funcionarios, desfilaban delante de nosotros en grupos de diez.

Se detenían en pie algún tiempo a nuestro frente, lo suficiente para que Scalco y yo examináramos el grupo en busca del hombre que faltaba: el jefe de bigote de la acción en la calle Botafogo. Como no había ningún espejo protector en ese procedimiento inusitado, no eran los testigos que miraban – los testigos éramos los que estábamos siendo mirados.

Una a una, era siempre una mirada más fría y cortante que la otra. El clima de constreñimiento era enorme. Para quien reconocía y para quien era reconocido.

Todos los que desfilaban allí se sentían culpables, hasta probar lo contrario. Scalco y yo buscábamos un único culpable. Los 400 pares de ojos que nos miraban fríamente como un pelotón de fusilamiento, nos reconocían como los dos bandidos de la historia. Una experiencia nada recomendable para quien tiene estómago débil.

En uno de aquellos grupos, allá estaba él – Pedro Seelig.

Paró, cruzó los brazos y me encaró, fulminante, expresión desafiante. Me miraba a mí, no a Scalco. Recorrí con la mirada el grupo, sin detenerme en Seelig, e informé a los diputados:

–¡Ninguno de ellos, señores!

En ningún momento caí en la tentación de reconocer o identificar a Seelig, aunque tuviera plena certeza de su participación y responsabilidad en el secuestro. Nuestra misión allí era clara: identificar al hombre que podía ser identificado, el hombre del bigote.

Nadie más. Ni siquiera Seelig.

Cuando pasó el grupo donde estaba Didi, hicimos lo contrario, siguiendo la formalidad del acto:

–Uno de ellos yo lo reconozco, presidente. Es aquel policía, Orandir Portassi Lucas, conocido como Didi Pedalada. Era uno de los hombres en el apartamento de la Botafogo – informé, corroborado por Scalco.

El acto acabó y no identificamos al hombre de bigote.

No pasó por delante de nuestros ojos.

Toda aquella representación, que parecía interminable, tampoco pasó incólume por el ojo implacable del cronista Luis Fernando Verissimo, de *Zero Hora*. En la página 6 de la edición del 22 de junio, bajo el título "Desproporciones", él escribió:

> El caso del secuestro de los uruguayos fue comparado al caso Watergate y la comparación era desproporcionada, pero no era imposible.
>
> En los dos casos la prensa descubrió una operación clandestina de un grupo pagado con dinero público y la denunció al principal interesado, el público. En los dos casos el hecho tenía ramificaciones que traspasaban su simple ocurrencia, envolvían poderes más altos y una clandestinidad generalizada. En los dos casos la diligencia de la prensa instigó, orientó y muchas veces sustituyó la investigación oficial. Y los dos casos fueron hasta donde podían ir.
>
> En los Estados Unidos, donde – si no por idealismo democrático, al menos porque quieren saber lo que están haciendo con sus impuestos – las personas acostumbran cobrar los desmadres del gobierno, si hubo justicia, o por lo menos una convincente prestación de cuentas. Aquí, después de quince años de indiferencia de parte de la opinión pública y de prepotencia transformada en rutina, cuando no premiada, lo máximo que se puede esperar es que ningún denunciante acabe preso.
>
> Watergate derribó a Nixon. Las revelaciones sobre el secuestro mal afectaron la presunción de sus ejecutantes. Intentaron transformar el caso en una diferencia entre policía y prensa, usando para eso hasta la muerte de una pobre mujer que había sido usada viva, cuando la única diferencia es entre un organismo policial desacostumbrado a rendir cuentas al público y a la verdad.
>
> Apenas se rozó el principal punto de toda la cuestión: la acción secreta en el Estado de grupos paraoficiales en la represión, a salvo de cualquier control o curiosidad. Y el Consejo de Policía absolvió la policía, como quería desde hacía ya tiempo sólo que Guazzelli no dejó.
>
> Está correcto, no seamos ingenuos. Estamos en la primera grieta, aquella fase de la abertura en que ya se puede hacer preguntas pero nadie está obligado a responder, y la impunidad continúa. Nada más ocioso que redescubrir que nada igual a Watergate puede suceder aquí por mucho tiempo.
>
> Pero también nada nos impide lamentar la desproporción.

Uno de los momentos significativos de la CPI fue la confirmación de la farsa de Bagé, revelada en la sesión del día 10 de julio.

A pedido suyo, el Instituto de Criminalística hizo una pericia en los documentos de la supuesta salida espontánea de los uruguayos en el autobús de la línea

Bagé–Melo. El conductor de taxi Adil Ianzler contó a la Policía Federal que había sido buscado en su punto en Bagé por una pareja de uruguayos acompañada de dos niños la mañana del martes 21 de noviembre de 1978 – cuatro días después de que yo había visto a la asustada Lilián en el apartamento de Porto Alegre.

Contrariando los hechos, el taxista contó que los cuatro uruguayos, sin dinero para pagar el viaje hasta la ciudad de Melo, siguieron hasta la estación de autobuses, donde embarcaron. El cobrador Patrocinio Acosta confirmó la fantasía, dando como prueba una ficha de la estación con los nombres de los pasajeros de aquel día – sólo cuatro, justamente los uruguayos.

La lista fue rellenada por el conductor Oswaldo Biaggi de Lima y, al contrario de todas las otras analizadas por los peritos, indicaba como nacionalidad de los viajantes la sigla ROU – República Oriental del Uruguay.

–Quien usa esas iniciales, cuando se refiere al Uruguay, es sólo la Policía Federal – observó, experto, el promotor Dirceu Pinto.

Comparando la ficha con la segunda vía de los pasajes vendidos ese día en la rodoviaria, los peritos constataron que sólo un pasajero –de nombre Luiz– había embarcado en Bagé, a las siete de la mañana del día 21, con destino a Melo. Nadie más.

Ni los niños, ni Lilián, ni Universindo.

Era la policía probando la farsa de la policía.

El engaño imaginado por el general Medeiros.

La mentira estimulada por el jefe del SNI.

El embuste montado en el QG del III Ejército.

Las tramoyas no funcionaban, pero siempre restaba la intimidación.

El abogado Omar Ferri era el blanco central – ataques frontales de la policía y también del defensor de los secuestradores, amenazas de muerte por teléfono y cartas anónimas.

El Comando de Caza a los Comunistas, el CCC viejo de guerra, reapareció con su previsible estilo terrorista, intentando alcanzar al abogado de Lilián y Universindo con mensajitos de este tono:

> Prepárese porque vamos a comenzar a fastidiarlo sin lástima. Los primeros afectados serán sus familiares. Si no se aparta de sus actividades de conspirador inmediatamente, sufrirá las consecuencias y no amenazamos en vano. Su rojo chico, barato y sucio. CCC.

Al teléfono, el valentón anónimo amenazaba:

–¡Sinvergüenza! ¡Perro! Te voy a decir una cosa: ¡prepárate porque te voy a eliminar! ¡A ti y a toda tu familia!

Ferri reaccionaba con la dignidad debida: tiraba a la basura las cartas apócrifas y respondía en la cara los llamados con ímpetu tan italiano y palabrotas tan descomunales que debía dejar al portavoz del CCC más rojo que los comunistas que cazaba.

La policía era más formal y explícita con los periodistas. El 4 de junio, recibí en la sucursal el mandado de intimación nº 155/79 de la 2ª Delegación de Policía para comparecer allí a la mañana siguiente y responder a un interrogatorio policial.

Mi crimen: violación de domicilio y amenaza.

Nombre de la demandante: Faustina Elenira Severino, la escribana del DOPS que había muerto 28 días antes.

Era una queja que venía del más allá. No estaba registrada en el libro de partes de la comisaría como usual, sino en un oficio aislado. La muerta tuvo inspiración en un abogado muy vivo: Oswaldo de Lia Pires, como él mismo admitió a Werner Becker, el día que yo prestaba testimonio en la 3ª Vara Criminal. En su etéreo reclamo, Faustina decía que yo había forzado la entrada en su apartamento, impidiendo con el pie que ella cerrara la puerta.

Gasté casi dos horas para contar toda la verdad, en detalles, al delegado Geraldo Ivo Gaston. Expliqué que no fui el primero en hablar con ella ese día y que fui el último de los cuatro reporteros en entrar al apartamento. Debo haber sido convincente, porque el delegado sólo me hizo tres preguntas. Los fotógrafos de *Veja* que me acompañaron en la visita a Faustina, Ricardo Chaves y Olivio Lamas, también fueron intimados y oídos.

El tiempo pasó y la investigación de la policía desapareció, como un fantasma.

* * *

En setiembre la CPI llegó a su fin, después de oír a 42 personas en 120 horas de trabajo durante noventa días, compilados en tres gruesos volúmenes con 191 carillas de documentos y 843 páginas.

Todo eso fue resumido por el relator Jarbas Lima, de la ARENA, en informe final de 96 páginas que terminaba con esta brillante conclusión:

> No hubo prueba de delito, por eso no hay autoría. Por todo lo expuesto, se concluye por la improcedencia de la imputación a los policías gauchos Pedro Carlos Seelig e inspector Orandir Portassi Lucas, que se limita a meras hipótesis, conjeturas y suposiciones.

En un texto apasionado, donde traiciona su preocupación en absolver a los policías y descalificar los testigos, Lima denuncia las "relaciones políticas" que Scalco y yo tendríamos con los uruguayos, de quien seríamos "guardaespaldas" en Brasil. Él parecía absolutamente convencido de que no podríamos reconocer a nadie porque simplemente no habíamos visto nada:

Nada se probó, por lo tanto, en relación al tan propalado secuestro. (...) Son chocantes las contradicciones, con respecto a la identificación de las personas que estarían en el apartamento (...) Los testimonios de los periodistas constituyen (...) piezas completamente sin utilidad jurídica, tantos y tan aberrantes son los errores que cometen.

Con un bigote curvo cubriendo la boca como una densa señal circunfleja que hacía contrapunto a los lentes "ray-ban" verdes y a la frente amplia, Jarbas Lima enseñaba para la posteridad:

Quien nada puede probar es como quien nada tiene; aquello que no es probado es como si no existiese, no poder ser probado o no existir es la misma cosa.

Con una aberrante dificultad para encarar los hechos, después de tres meses de trabajo y cuatro decenas de testimonios, el relator de la CPI apostaba:

Si realmente se trata de encontrar la verdad de los hechos, con exención, sin sectarismo, es indudable que se debe reconocer que todo el largo proceso conduce a una sola conclusión: no se prueba la existencia sólo del secuestro, sino de cualquier otro tipo de delito en el caso.[38]

La edición de la semana siguiente de *Veja* definió en el titular de la materia el desempeño del noble relator: "Mistificación".

Escribiendo en la columna Espacio Vital del *Jornal do Comércio,* de Porto Alegre, el periodista Fernando Albrecht reaccionó a lo que él llamó de mundo perro del parecer:

¡Mi Dios del cielo, a qué punto llegamos! Tal vez el noble diputado precise ir al Uruguay a hablar con Lilián y Universindo – si es que todavía están en condiciones de hablar. Allá él encontraría la prueba del delito, si es que él la quiere. Al final, para repetir por enésima vez, todo no pasó de imaginación de dos periodistas y un niño.

Estamos en el Año Internacional del Niño, diputado. Un día él será grande, va a leer, va a pensar. Y ¡ojalá!, algún día le caiga en las manos la insolencia que V.Exª. cometió. Y se va a recordar de su madre, de su padre, de las torturas y presiones que sufrieron, de una opinión pública que se cansó de saber de las cosas.

Entonces, ese día, él va a encontrar la prueba del delito. Como V.Exª afirmó a los diarios que "estoy con la conciencia tranquila", se espera que la tranquilidad sea exactamente el peso de la adversidad de los secuestrados.

---

[38] Quince años después, en testimonio al autor, el diputado Jarbas Lima finalmente reconoció el secuestro, que clasificó como "lamentable". Se justificó: "No fui yo quien lo produjo. Fui sólo el responsable por el informe. Hice lo que en aquel momento me pareció correcto, lo adecuado". (RBS Documento, Programa transmitido por la RBS TV, el 12 de noviembre de 1993).

> Nada más pesado que la mano de un niño, diputado, y nada fue más infeliz que su parecer.

Luis Fernando Verissimo escribió en el diario *Zero Hora* que el texto teatral de Jarbas Lima sugería otro autor, bien más talentoso y más respetado que el diputado de la ARENA:

> El parecer del relator de la CPI recuerda aquella escena de Shakespeare en que Ricardo III hace la corte a la viuda del hombre que había acabado de asesinar. Delante del escándalo de la viuda, él le dice que no mató su marido. A lo que la viuda responde:
>
> –¡Entonces él está vivo!
>
> ¡Universindo Rodríguez Díaz y Lilián Celiberti todavía están en Porto Alegre, viven en la calle Botafogo y pasan bien!

El informe chocó con la mayoría del MDB en la CPI, que quedó indignada con la conclusión de Jarbas Lima. El texto del parlamentario arenista fue recusado y escogido un nuevo relator por el MDB, el diputado Ivo Mainardi.

En diez días él deshizo la ficción de la ARENA y recolocó la CPI de nuevo rumbo a la verdad, reconociendo la consistencia de los hechos, la fuerza de los testigos y el sólido conjunto de pruebas del secuestro.

El relator del MDB acató la participación de Seelig y Didi y descartó la inocencia de los farsantes de Bagé, pidiendo proceso por falso testimonio contra el conductor, el cobrador y el taxista que se prestaron a la aberrante representación montada por el general Medeiros y sus emisarios.

* * *

En noviembre de 2005, 26 años después del secuestro de los uruguayos en Porto Alegre, la Asamblea Legislativa gaúcha abría un seminario inspirado por el tema *La ética en la política.*

El primer conferencista del evento fue Jarbas Lima, ahora director de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica (PUC) de Rio Grande do Sul.

El ex diputado y ex relator de la CPI trataba de llamar la atención para la conducta moral y ética de los ciudadanos y de los agentes políticos, claramente definida por la Constitución de 1988. Enseñaba:

> La expresión escrita en la Constitución – “decoro parlamentario” – dice todo. Es para nosotros, gaúchos, nada más que dos palabras: vergüenza en la cara.
>
> Jarbas Lima era gaúcho, nacido en la ciudad de Lagoa Vermelha.
>
> Todavía tenía el mismo bigote en la cara.

29
El hilo

Porto Alegre, octubre de 1979

Reportero no es noticia.

Reportero vive, busca, muere y renace por la noticia.

Esta es una buena regla del buen periodismo. Mi condición de testigo era un privilegio que, en ciertos momentos, aplastaba mi condición de reportero. Dificultaba más que ayudaba.

Algunas entrevistas, algunos encuentros, algunos movimientos quedaban perjudicados por el karma de acusador, de sujeto que podría con su palabra abrir un nuevo frente de investigación. Yo era siempre una entrevista en potencia, una noticia ambulante, abordado siempre que encontraba un grupo de periodistas – condición que me incomodaba y a veces me sacaba de la pauta diaria del reportaje.

Pero era preciso convivir con la doble condición.

Gracias a ella, una tarde de junio de 1979, volví al inicio del secuestro – y vislumbré un marco decisivo en la investigación. Kadão y yo estábamos en la oficina de Omar Ferri, siempre frecuentado por una multitud de periodistas, escudriñando algún detalle perdido en aquellos volúmenes fríos de procesos, en los rumores sin fin de informaciones dispersas, sin comprobación. Aquel mundo incipiente y vago donde habitan la curiosidad y la obstinación de buenos reporteros.

En un cierto momento, fui abordado por una joven morena que trabajaba en una radio de Porto Alegre. Pensé que sería una entrevista más de rutina para llenar la falta de novedad. Sin embargo, ella no tenía preguntas para hacer.

–Tengo una historia para contarte, Luiz Cláudio – dijo, hablando bajo. De repente, como quien se arrepiente por haber hablado demás, la reportera se corrigió:

–Ah, no, no adelanta contarte... No hay como llevar la historia adelante.

–¿Qué historia? – pregunté. El testigo volvía a ser reportero.

–Es un pariente mío, un primo, que sabe una cosa importante del secuestro. Pero él no quiere conversar...– dijo, apartándose con aire de arrepentimiento.

Kadão y yo armamos el bote, apartamos a la joven del grupo y la llevamos hasta el corredor del edificio, bajo el vano de las escaleras próximo a los ascensores. Insistimos en saber cuál era la historia. Ella acabó cediendo.

–Mi primo trabaja en la 'Rodoviaria', la estación de autobuses, en el mesón de la TTL, y vio una cosa importante del secuestro de Lilián...

No habló más. Sólo el nombre del sujeto: Adélio.

No necesitaba decir nada más.

Salimos de ahí con la urgencia de las cosas que no pueden esperar.

–¡A la Rodoviaria, Bira! – hablé, al embarcar en la Brasilia. Él rebatió enseguida, con el humor de siempre:

–¿Las muñecas van a viajar?

–¡Parte, chaparral! – respondí, excitado por la novedad.

Fuimos directo al ala internacional de la estación, donde operaba la empresa TTL, que hacía la línea Porto Alegre–Montevideo. Mi traslado en la ciudad era siempre una operación arriesgada – para mi y para quien conversaba conmigo. Siempre cabía el riesgo de estar siendo seguido por la represión que yo perseguía, y las personas reaccionaban, asustadas, a mi proximidad.

Adélio Dias de Souza, 34 años, me miró asustado cuando me apoyé en el mesón de la empresa donde trabajaba como taquillero. No necesité presentarme.

Él me reconoció. No sonrió. El terno y la corbata acentuaban más la seriedad del rostro moreno, con trazos de gente de la frontera. Él hablaba bajo, manso, con tranquilidad – y firmeza.

–No, joven, yo no quiero hablar.

La conversación en el mesón nos dejaba expuestos. Convidamos Adélio a tomar un refresco en un bar con mesitas de fierro en el piso superior de la 'Rodoviaria'. Él pidió que alguien lo sustituyera y nos acompañó. Resistió, mostraba contrariedad por haber sido interpelado, más aún por haber sido localizado.

–No insista, no voy a hablar – repitió, con ese aire desconfiado de fronterizo. La resistencia sólo aguzaba nuestra curiosidad.

–Adélio, quiero hacerte una propuesta – dije. – Podemos conversar de buena fe, y nos cuentas lo que sabes para ayudarnos a avanzar en el caso. Y lo que yo puedo prometerte es que no usaremos tu nombre. Sólo queremos tu ayuda, bajo absoluto secreto.

Reticente, él comenzó a contar. Se acordó que al final de la mañana del domingo 12 de noviembre, la empleada llamó su atención por una joven morena que estaba siendo detenida por un grupo de hombres en el box 50 de la TTL. El grupo esperó por la llegada de un autobús de Montevideo y aguardó el desembarque de todos los pasajeros, como si esperasen a alguien.

Un hombre de cabello gris aseguraba a la joven por el brazo. Un hombre que él conocía: Pedro Seelig.

–¿Cómo tienes certeza de eso, Adélio? – pregunto.

–Ah, él es muy conocido. Y nosotros participamos de algunas fiestas con amigos en común. Él no me conoce, pero yo sé quién es él. Es delegado del DOPS. Yo leo mucho el diario.

Seelig y el grupo llevaron la joven para una sala de la parte externa de la estación y luego, la embarcaron en una Veraneo azul. Adélio sólo entendió quien era aquella joven una semana después, cuando el nombre y la foto de Lilián aparecieron en la prensa y en la TV.

Percibió entonces que era testigo del inicio del secuestro.

Mi corazón aceleró con la riqueza y la fuerza del testimonio. Al contrario de Camilo, un niño sujeto a todo tipo de intimidación por parte de la represión uruguaya y fuera del alcance de la Justicia brasileña, Adélio era un ciudadano brasileño, adulto, absolutamente independiente y devastador como testigo. El problema era hacerlo hablar.

–Si ningún policía, ni el poderoso Seelig, asume la autoría, ¡no voy a ser yo que voy a abrazar esta bronca! – alegaba Adélio, cargado de razón.

Intentamos localizar a la empleada, pero la empresa de limpieza era subcontratada y había sido cambiada hacía poco, deshaciendo la pista del testigo.

Sólo nos restaba Adélio.

Tuvimos una segunda y dura conversación en su modesto apartamento en un conjunto habitacional en la avenida Cavalhada, a nueve kilómetros de la 'Rodoviaria'. Entendimos entonces el origen de los recelos de Adélio: la mujer, Carmen, estaba embarazada de seis meses de su segundo hijo.

–Mi mujer no puede pasar incomodidades ni ponerse nerviosa. Y a mi me preocupa conocer al delegado, aunque sea superficialmente...– se esquivó.

Intenté una última carta, en un tercer encuentro.

–Está bien, Adélio. No te vamos a entrevistar, pero por lo menos puedes hablar con el promotor.

–¿Declarar? ¡¿Yo?!... ¡Ni hablar, joven!

–No es declarar, Adélio, es hablar. Sólo eso. Una conversación con el promotor siempre te va a dejar más seguro. Más que conversar con un periodista.

Renuente, él aceptó. En la tarde de un día libre en el trabajo, Kadão y yo lo recogimos en casa y lo llevamos hasta un barrio distante del Centro, donde vivía la única persona capaz de darle seguridad: el promotor Dirceu Pinto, un atento guardián de la ley, encargado de la denuncia en la Justicia contra los secuestradores.

Nadie como él sabía del valor de un testigo brasileño, describiendo la escena inicial del secuestro con la participación directa de su principal ejecutor brasileño, el delegado Pedro Seelig.

El promotor tenía treinta años, ojos de águila, cabellos negros impecablemente peinados para atrás y un poblado bigote mejicano que le daba la autoridad de un bandolero de Pancho Villa. Era tranquilo, certero en las preguntas, sólido en el carácter, se destacaba entre los jóvenes promotores gaúchos. Más que seguridad, Dirceu imponía respeto.

En mi presencia y en la de Kadão, Adélio describió otra vez la escena de la Rodoviaria al promotor en la sala amplia e iluminada de su casa de paredes blancas y grandes ventanas. Los ojos de Dirceu parecían iluminados delante del hombre que sería un testigo decisivo de su pieza de acusación.

Adélio contó todo en detalles, pero continuó decidido: no declararía. Ansioso por la oportunidad que veía escurrirse entre los dedos, el promotor intentó de nuevo:

–Adélio, ¿tú tienes noción de la importancia de todo lo que nos contaste, no?

–Disculpe señor, doctor, pero yo tengo noción de que necesito continuar vivo para ver nacer a mi hijo. Por eso no voy a deponer, de ninguna manera – reaccionó. El promotor insistió:

–Adélio, tú eres un testigo fundamental para la acusación. Entiendo tu miedo, pero te garantizo seguridad y protección para deponer, como testigo del fiscal...

–¿Protección contra el DOPS, doctor? – cortó Adélio.

¡Protección contra el DOPS! El resumía en cuatro palabras simples la compleja, pesada realidad de aquellos tiempos. ¿Quién podría garantizar seguridad contra la principal figura de la represión en el Sur? ¿Quién podría protegerse contra el delegado Pedro Seelig, un protegido del área militar?

Cualquiera, en el lugar de Adélio, habría dicho y hecho la misma cosa. El problema no era Adélio, era el país en que se vivía.

Dejamos en paz a Adélio, resignados con el *impasse* que no era culpa nuestra, sino de ellos.

Él volvió a los pasajes de TTL. Seelig jamás tendría el dedo acusador del boletero contra él. Adélio era una especie de boleto premiado que jamás podría ser presentado ni rescatado.

Su secreta revelación, no obstante, tuvo una importancia decisiva: aún sin nunca deponer en el tribunal nos dio una doble certeza – de fuente limpia – sobre la fecha y la ejecución del secuestro. Un adulto brasileño confirmaba definitivamente lo que se sabía sólo por el testimonio de un niño uruguayo: la operación dirigida por el delegado Seelig había comenzado en la Rodoviaria el domingo 12 de noviembre, horas antes del juego del estadio Beira-Rio que el niño jamás vería.

Adélio nos daba el alivio de la convicción.

Estábamos en el camino de la verdad.

Dirceu Pinto se frustró con la negativa de Adélio. Meses después, justamente, el promotor acabó encontrando la pista que nos faltaba. Halló el hilo del bigote.

* * *

Octubre de 1979.

Al mes siguiente se cumpliría el primer año del secuestro. Y el bigote... ¡Nada!

El hombre que, al lado de Didi, me había recibido en la calle Botafogo con la pistola cromada entre los ojos, que habló conmigo, que salió del apartamento para recibir instrucciones, volvió y nos liberó. El hombre adecuado para explicar en la Justicia a quién se reportaba, cuál era la cadena de mando, quién era aquella gente que apresaba aLilián, quiénes eran los jefes.

Él sabía y podía más que Didi Pedalada.

El bigote era el hombre.

Nuestros ojos, los míos y los de Scalco, estaban siempre alertas para un inesperado encuentro con el hombre del bigote en cualquier lugar, en algún rincón de la ciudad, en cualquier momento, en todo momento. En una cola de cine, en un shopping, en una plaza, caminando en la vereda. La preocupación permanente estaba siendo una obsesión, la meta distante de un trabajo que parecía no tener fin, una obra inacabada, imperfecta. Era preciso encontrar el bigote. Cerrar el ciclo. Completar la misión.

Era lo que se esperaba de nosotros.

Era lo que nosotros nos cobrábamos.

Lo que se lee y lo que se ve en la prensa, en las páginas de los diarios y revistas, en la pantalla del televisor, es la pauta que funcionó, el buen resultado, el éxito, el objetivo alcanzado, lo que salió bien.

No se ve y no se lee lo que falló, lo que no sucedió, la entrevista aburrida, la fuente inconsistente, la pista falsa, el fracaso. Gran parte del trabajo de un reportero se desperdicia con un fracaso. La mayor parte del tiempo se invierte en pistas erradas, en apuestas perdidas, en sospechas infundadas. Cosas que nadie jamás verá ni leerá. Se pierden muchas horas y días para avanzar algunos minutos. Se gasta mucha suela de zapato y mucha energía para avanzar algunos metros.

Sin ese esfuerzo aparentemente inútil, nada avanza, y todo se pierde. A pesar de la frustración, es una purga esencial del periodismo. Una especie de selección natural, con el descarte de la información ruin y la preservación de la información válida, más consistente, más apta para la evolución del reportaje rumbo a la etapa superior de la verdad. Un determinismo en la búsqueda del conocimiento al cual

todo reportero debe someterse con la humildad y el rigor de un científico, con la paciencia y la obstinación de un investigador.

Un darwinismo periodístico.

Once meses después, la búsqueda continuaba. Cartas anónimas, llamados telefónicos oscuros, pistas equivocadas de informantes, vagas sospechas de vecinos – todo nos llegaba por diferentes fuentes. Todo era motivo de investigación. Despreciar una pista, un único dato, podría significar descartar el hombre que buscábamos. Por eso nada podía ignorarse.

Casi un año de búsqueda, en vano, y el cansancio aumentaba. Una pauta no puede, no debe durar tanto tiempo. La paciencia se agota. Los reporteros están acostumbrados a lo efímero, a lo fugaz, a la noticia que sirve como paquete de pescado con el diario de ayer. Pero faltaba envolver el último obstáculo.

Faltaba el bigote. El último hilo de la historia.

–Ese tipo no me es extraño. Creo que tropecé con él hace medio año atrás, por allí por junio o julio de 1978, en el estadio Beira-Rio – admitió Scalco, en una de las muchas sesiones de duro interrogatorio a que sometíamos regularmente a mi compañero. La fórmula había resultado conmigo, en aquel taxi de diciembre, cuando Kadão rescató a Didi Pedalada en el recuento que yo hice del secuestro. Nada costaba intentar con el testigo de memoria fotográfica.

La pista de Scalco tenía sentido. El nombre de Didi afloró en el campo de los Eucaliptos, el viejo estadio colorado que antecedió a la época dorada del Beira-Rio. Fue en los tediosos entrenamientos de mitad de semana del Internacional que Scalco vio por primera vez el hombre negro, fuerte y corajudoque reencontraría tiempos más tarde, más gordo y más reforzado, en el apartamento de la calle Botafogo.

Era posible que, así como Didi venía de los campos colorados, su compañero de bigote pudiese también transitar por el fútbol.

–¡Pucha, Scalco, trata de acordarte! ¡Haz memoria! – lo provocaba yo, junto con Kadão, Pedro, Dedé, Lamas, Bira, todos intentando rescatar el hilo perdido.

Pedimos que Scalco nos contara toda su vida. Lugares donde vivió, amigos de infancia y adolescencia, calles donde jugó cuando niño – la patota del barrio. Tal vez estuviera ahí el rostro familiar que intrigaba la memoria de Scalco.

El tipo que no era extraño.

Semanas antes, una tarde de domingo, Scalco llevaba en su Chevette negro al reportero Divino Fonseca, el colega de la revista *Placar.* La pareja se dirigía al estadio Olímpico para cubrir un juego del Gremio por el Campeonato Brasileño. A dos cuadras del estadio, en la embotellada avenida Carlos Barbosa, el tránsito se paralizó.

De repente, en la pista opuesta, pasó frente a ellos un sedan Dodge Polara blanco, lleno de gente. Al volante, nuestro blanco. Scalco imaginó estar viendo otra vez en su frente al hombre de bigote. Golpeó la desesperación: el Chevette parado en el embotellamiento, el Dodge transitando libre en la pista de al lado.

Scalco quedó agitado, perturbado por la aparición. No había como maniobrar. En el apuro, en vez de mirar para atrás por la ventana, buscó la patente primero por el retrovisor – olvidado de que la imagen se reflejaba por el contrario. Cuando puso la cara en la ventana, ya era tarde. El Dodge del bigote había desaparecido. ¿O sería que no era él?

Días después, otro topetón, esta vez sin embotellamiento. Pensó haber visto el bigote en un sedán Volkswagen. Esa vez estaba en la misma pista de la avenida Venâncio Aires, próximo de la sucursal, y él sólo tuvo que acelerar en busca de su objetivo. Mantuvo la persecución en la avenida Osvaldo Aranha, atravesó el túnel de la Conceição.Consiguió finalmente ubicarse lado a lado con el Fusca en un semáforo del centro de la ciudad. Miró. A pesar del bigote y de la semejanza, no era nuestro hombre. La vida continúa...

Gastamos mucho tiempo haciendo lo que la policía debía hacer y no hacía: vigilancia encima de los sospechosos. Como la policía, sospechosa e indolente, no quería forzar a los propios compañeros y cómplices, la aburrida misión de emboscada a los secuestradores sobró para los reporteros. Kadão, Pedro, Lamas y yo nos turnamos muchas veces en esa tarea exhaustiva, casi siempre frustrante. Al final, estábamos buscando uno entre 185 funcionarios del DOPS.

Un bigote en un pajar. La cacería por un hilo.

Era necesario paciencia.

Cierta vez recibimos la información sobre un delegado del DOPS que podía ser nuestro blanco. Localizamos su apartamento, en un edificio elegante de un barrio de clase media y nos estacionamos allí. Permanecimos en el lugar unos tres días, de la mañana a la noche, mientras había luz para conseguir una foto con teleobjetivo.

Las horas pasaban, los días corrían – y nada.

El hombre no aparecía ni en el portón del edificio. No era posible salir de allí, ni para comer. Bira daba una vuelta y regresaba con refresco, pollo asado y ‘farofa’, la tradicional harina brasileña para matar el hambre del equipo. La camioneta Brasilia parecía a veces el comedor improvisado de un picnic mal programado.

El cuarto día, ‘enfarofado’ con tanta espera y frustración, resolví precipitar las cosas. Bajé del auto y procuré la cabina telefónica más próxima. Impaciente, disqué para el apartamento. El delegado atendió, yo me identifiqué.

–Doctor, estamos queriendo hablar con el señor. Cosa rápida.

–Yo ya sé lo que ustedes quieren, Cunha. Pero yo no quiero hablar. No gana nada con insistir. No soy quien ustedes andan buscando. Desista. ¡Y me deja en paz, poh!

Desistí y partí. No conseguimos el contacto, pero una foto de archivo luego después nos mostró que se trataba de una pista falsa. Quedó en el aire el sentimiento de ser otra apuesta equivocada. Además del olor fuerte de 'pollo con farofa', que excluimos de nuestro menú durante un buen tiempo.

Hasta que un día él apareció.

Sin un hilo de bigote.

Pero era el hilo que faltaba.

El hombre del bigote. El jefe.

* * *

Apareció el miércoles 10 de octubre, en una providencia burocrática del promotor Dirceu Pinto.

Él pedía al juez de la 3ª Vara Criminal, Antônio Carlos Netto Mangabeira, que Scalco y yo fuésemos confrontados con otros dos policías, integrados al DOPS en la época del secuestro y con indicios de participación que sólo el promotor conocía.

Uno era investigador, ahora desviado para el almacén de la secretaría, y tenía el nombre de Juarez Correa Perrone. El otro ni eso tenía: era conocido sólo por el sobrenombre, Irno.

El miércoles siguiente 17 de octubre, trajo al fin dos buenas noticias.

Por la mañana nació Diásio, el segundo hijo del boletero Adélio, el hombre que vio el inicio del secuestro un domingo en la 'Rodoviaria' a manos del jefe de DOPS, el delegado Pedro Seelig.

De tarde nació Irno, el jefe del secuestro en el apartamento de la calle Botafogo. Él ganó nombre y apellido gracias al reportero Osmar Trindade, que llevó hasta la sucursal de *Veja* un ejemplar de la edición que estaba saliendo aquella tarde del semanario *O Rio Grande*, editado por la *CooJornal.*

Irno, revelaba el diario, atendía por el nombre de João Augusto da Rosa. Era un inspector del DOPS que, por coincidencia, había ingresado en la policía junto con Janito Kepler, el agente careado con los testigos en la Policía Federal y denunciado por el promotor.

Juarez y João eran, para mi, sólo dos nombres más, nuevos nombres entre tantos que ya habíamos examinado, sin ningún resultado. No llegué a entusiasmarme. Pero era necesario cumplir el ritual de chequeo. El jueves, con nuestras fuentes en el gobierno, conseguimos la dirección de cada uno de ellos.

Con nombre y apellido en la mano, volvimos a nuestra fuente primaria para chequear la enorme lista de sospechosos: el archivo del Tribunal Regional Electoral (TRE), que guardaba una foto tres por cuatro de cada elector. No pedí rapidez en el chequeo, imaginando la tediosa rutina de una pista más sin futuro. Las fotos comenzaron a llegar la tarde del viernes 19 de octubre.

Pedro Maciel trajo la primera, la de Juarez Perrone, conocido por el sobrenombre de Picanha. Tenía trazos indígenas y cabellos ondulados, partidos al medio.

Confirmando la regla, no era él.

Caía la noche y la edición se encaminaba para el cierre semanal, sin sobresaltos y otra vez sin novedades sobre el secuestro. Ya pasaba de las 18 horas cuando Bira entró en mi sala, donde yo conversaba con Scalco, Lamas, Pedro y Kadão. La foto retrasada del tal Irno estaba en su mano, en un sobre marrón del TRE, que él me alcanzó, yo todavía sentado en mi silla.

Como aquel viernes de un año antes, Sclaco estaba a mi lado, ahora anclado con su manera displicente en la esquina de mi mesa. Cuando me preparé para abrir el sobre, Scalco interrumpió:

–¡Jefe, quiero ver primero!

Sorprendido con el pedido, le entregué el sobre a mi compañero de aventura. Él se puso de pie al frente de mi mesa, al lado de Bira y Pedro Maciel. Era una foto más que pasaría por nuestros ojos, y el pedido de Scalco parecía ser sólo una forma de jugar los dados de manera diferente, una apuesta diferente para ver si ahora resultaba.

Sentí orgullo de que, después de tanto tiempo, Scalco todavía mantuviese la misma garra de reportero, la misma fibra guerrera que nos sostuviera durante toda la larga jornada. Él abrió el sobre lentamente, creando suspenso. Parecía divertirse con la curiosidad general en la sala. Miró la foto, fuera de mi acceso visual, y noté la diferencia.

Un escalofrío me corrió por la espina.

La fisionomía de Scalco estaba diferente. Ya no había diversión en su rostro. No era aquella cara de tedio, de frustración, una detrás de la otra, al ver una foto más de un sospechoso que no pasaba de eso – otro sospechoso. Yo ya conocía la cara de desdén de Scalco para fotos rechazadas, para pistas frustradas.

Ahora, la cara era otra.

Era una expresión que sólo yo reconocía en esa sala. Era la fisionomía de otro momento. El momento en São Paulo, con olor de bocadillo humeante de bacalao, cuando él vio la foto de Didi Pedalada.

Sentí en el silencio de Scalco que la foto de Irno reproducía en él la misma sensación, el mismo impacto. Él miró algunos segundos, giró la cabeza en mi dirección con aquel mismo silencio elocuente de un año antes, esbozó una sonrisa sutil y me pasó la foto, sin decir nada, esperando mi reacción. Presentí en la cara de Scalco, todavía sin mirar la foto, que esta vez era diferente.

Entonces miré.

Vi la foto de un muchacho de dieciocho años mirando fijo para la cámaradel fotógrafo callejero,en el clásico retrato 3x4 que se acostumbraba tirar en una plaza cualquiera para hacer el título electoral. No tenía bigote, todavía. Aún así, fui atravesado por el mismo escalofrío que me estremeciera, un año antes, al ver la foto todavía mojada de Didi en el azulejo de la cocina de mi apartamento.

Irno era el bigote.

No por el bigote que ostentaba aquella tarde del 17 de noviembre de 1978, a los 27 años –la misma edad que yo tenía. La foto no mostraba ningún bigote. Lo que identificaba Irno a los 18 años en aquel retrato sin bigote eran los ojos, marca irreparable de todo ser humano.

Los ojos caían por los rincones acentuando la melancolía de la expresión, haciendo todavía más inconfundible y certera la identificación. Era fácil imaginar aquel rostro de niño, nueve años más viejo, con bigote cayendo por la comisura de la boca fina, con los cabellos claros y lisos repartidos para el lado izquierdo. La foto no dejaba dudas.

Miré de nuevo para Scalco, para una pregunta de la cual ya sabía la respuesta, cumpliendo el ritual no escrito de que la última palabra era siempre la suya:

–¿¡Y qué me dices, Scalco!?

–¡Pucha!!! ¡Es él, es él, *cumpa*!

Un sentimiento general de alivio y alegría abrió una sonrisa en la cara de todos nosotros. Más efusivo, Bira dio un salto como un niño que conmemora un gol espectacular.

La agonía había terminado.

Once meses y dos días después de nuestro encuentro, yo estaba mirando otra vez, a los ojos, al hombre de la calle Botafogo.

Los ojos de Irno, los ojos de João Augusto da Rosa.

Los ojos del jefe.

Salimos de nuestro extasiado sopor y recordamos que el cierre de la revista avanzaba. Era necesario actualizarla y poner aquel descubrimiento aún en aquella edición, lista a bajar para la gráfica en pocas horas más. Ya eran casi las siete de la noche, el tiempo urgía. Tomé el teléfono y llamé al editor asistente de la sección

de Brasil de la revista, mi "editor del secuestro", Jorge Escosteguy. Y pronuncié por primera vez, con un sabor especial, aquella frase que resume el objeto de deseo más profundo de cualquier reportero:

–Scotch, ¡paren las rotativas! – bromeé, haciendo eco del bordón ancestral de los tiempos barullentos de las viejas rotativas, de los periodistas excitados por la primicia que redime, por la noticia inesperada que muda la historia, que ilumina las sombras, que abre horizontes.

–¡Habla, bagual! ¿Qué sucedió, ché? –replicó él, en aquel dialecto chúcaro y rústico que atravesaba la frontera de la pampa y del tiempo.

–Hallamos al hombre, Scotch. El bigote. El jefe del secuestro. Diseña de nuevo la página de la sección ahí con el editor y arregla espacio para nosotros. Tenemos los titulares de la portada y la apertura de la sección de Brasil. Después te cuento los detalles. Tenemos que ir detrás del tipo, ahora. Llamo después. ¡Puedes festejar, bagual! ¡Chao!

No había mucho tiempo para hablar. Y no tenía confianza en el teléfono para una conversación más detallada. Preferí mandar un mensaje por telex, más seguro, con la información esencial para el redactor jefe Carmo Chagas, al editor de Brasil, Mário Alberto de Almeida, y a mi "editor de secuestro".

El telex que tintineó en la redacción de São Paulo exactamente a las 18h37 de aquel histórico viernes, 19 de octubre de 1979, transcribía en sólo diecinueve palabras el cierre de esa aventura de once meses, un texto escrito con las letras mayúsculas del telex

PARA: CARMO/MARIO/SCOTCH
DE: LUIZ CLAUDIO
****URGENTE****
CHEFES,
O NOME É JOAO AUGUSTO DA ROSA
É SÓ. MAS É TUDO O QUE EU QUERIA.
GRANDE ABRAÇO[39]

La primera información sobre Irno nos llevó al apartamento 103 de un edificio estrecho de dos pisos en el número 462 de la calle Visconde do Herval – a exactamente dos cuadras del apartamento de Lilián Celiberti que él había conocido por dentro once meses antes. Nadie atendió a la puerta y uno de los vecinos consiguió dar a *Veja* una información importante:

---

[39] Jefes: El nombre es João Augusto da Rosa. Sólo eso. Pero es todo lo que quería. Gran abrazo.

–¡El Rosa! Ah, él no vive más aquí, desde noviembre.

Noviembre, el mes del secuestro. El ex vecino dio su nueva dirección: calle Catumbi, 101, apartamento 603, en los altos del barrio Teresópolis. Era un edificio de alto nivel, moderno, con diez pisos, cuatro apartamentos por piso, con dos o tres habitaciones, garaje privado, dos ascensores y una atrayente piscina ovalada sobre amplios jardines que rodean el edificio.

Un apartamento caro en la región, evaluado en la época en 1,5 millón de cruzeiros (casi 500 mil reales, cerca de 300 mil dólares, cotización de febrero de 2012). Sería prohibitivo para un simple inspector del DOPS, con salario inferior a 3 mil reales (cerca de 1.700 dólares), agravado por el hecho de ser casado y tener dos hijos. El inspector sólo vivía allí porque el apartamento no era suyo, era de la suegra.

Pedro Maciel y yo llegamos allí a las ocho y media de la noche de ese viernes. Fuimos recibidos por la empleada, que cuidaba los niños mientras Irno comía afuera con la mujer y un cuñado. A la empleada no le gustó la visita:

–No se molesten en volver después de las once de la noche porque el guardia, abajo, tiene orden de no dejar entrar a nadie.

Volvimos media hora más tarde. Esta vez, el guardia no dejó entrar. Tuve que hablar por el intercomunicador de la portería. La empleada se irritó más aún:

–Por favor, solicito que no vuelvas aquí después de las diez porque perturba. Estoy con un niño pasando mal. No insista. No vuelva por aquí.

Volvimos el sábado por la mañana. Ahora, quien cuidaba el apartamento no era la empleada, era la dueña.

La suegra. Con mala voluntad ella informó que el yerno había salido en compañía del padre, bien temprano, como a las cinco de la mañana, para visitar un tío enfermo en la ciudad de Venâncio Aires. No tenía la menor idea de cuando regresaría.

Un funcionario del edificio contó una historia diferente. Irno había salido alrededor de las ocho en una camioneta Volks Variant color vino, acompañado por la mujer y los hijos. De allí desapareció. Él andaba desaparecido hasta para los compañeros de servicio. En los últimos tiempos, cuando los colegas del DOPS le preguntaban donde trabajaba, él era evasivo:

Estoy por ahí...

Irno estaba por ahí ya hacía un tiempo. Más tarde, rastreando su historia de vida, descubrimos que él, cuando niño, había vivido a pocas manzanas de la casa de un chico espigado y que se volvería años después un gran fotógrafo de la revista *Placar.*

Irno de hecho no era un tipo extraño para Scalco.

Con gran agilidad, la edición de *Veja* fue diseñada otra vez aquel fin de noche, como yo había pedido.

La revista salió el domingo con una llamada en la portada – 'EXCLUSIVO – O Chefe do Seqüestro de Porto Alegre" – y cuatro páginas más abriendo la sección de Brasil, ilustrada con la foto de elector de Irno y su mirada inolvidable. Título del reportaje: "El hombre que faltaba".

La denuncia del domingo en la revista rebotó en un abisal silencio del área de seguridad en el Sur. Nadie dijo nada. El lunes pasó en blanco. La forzada sobriedad de la policía sólo se disipó en un cóctel el martes, 23 de octubre, en conmemoración del Día del Aviador, en la Base Aérea de Canoas. Con el vaso de whisky en la mano, tal vez reconfortado por la presencia de tantos militares, habló el superintendente de los Servicios Policiales del Estado, el delegado Luís Carlos Carvalho da Rocha, sucesor en el cargo del espartano Leônidas:

–Cunha y Scalco son agentes de seguridad de Lilián – denunció el delegado, sonriendo. Y, para agradar a la platea estrellada que lo rodeaba, volvió a recordar que los testigos del secuestro podrían ser encuadrados en la Ley de Seguridad Nacional. Recibió una bofetada de respuesta del diputado Antenor Ferrari, del MDB:

–Ese es un ejemplo típico de lo que se hace en este país, donde decir la verdad es ser enemigo de la patria. Cuando alguien habla y atestigua la verdad es encuadrado en la Ley de Seguridad. Este delegado ref exiona bien el Estado de Excepción. Lo que él desea realmente es la represión policial en el país.

Dos días después, finalmente, Irno reapareció, en una fantástica entrevista colectiva en un salón de la Secretaría de Seguridad, delante de los focos de la TV, de las cámaras de los fotógrafos, de los micrófonos de radio. Era casi medio centenar de periodistas concentrados alrededor de una larga mesa de reunión.

Yo no pude ver nada de eso, recogido en el apartamento de Werner Becker en la calle Riachuelo, donde esperaba ansioso el relato de Kadão y Pedro Maciel, que representaban *Veja* en la conferencia. No había transmisión al vivo por la TV, y el relato radiofónico sólo aumentaba mi ansiedad: al final, ¿cuál era la cara de Irno en la entrevista de ese jueves 25 de ocutubre?

Cuando él entró al salón se hizo un silencio glacial, quebrado sólo por los f ashes de los fotógrafos. Kadão se heló:

–¡Ihhhh! ¡Esta si que fue!...–pensó, mirando al hombre de frente.

Irno no era el secuestrador que nosotros habíamos reconocido.

* * *

Ni parecía un policía. Tenía la cara y el hocico de burócrata mediocre y exótico de alguna oficina infecta de contabilidad de la periferia. Estaba embutido en un

terno oscuro y holgado, con una corbata listada que él llevaba con el embarazo de un iniciante. Se mostraba inhibido por la platea y torpe por el traje. Estaba mudo como los periodistas, perplejos con ese inusitado aspecto.

No tenía nada que ver con el retrato 3x4 publicado por la *Veja.*

Contratado horas antes por el policía, el abogado Manoel Augusto de Godoy Bezerra comenzó diciendo que Irno era un excelente servidor público y que la denuncia no tenía sentido.

–Él fue reconocido por una foto de diez años atrás, cuando era un joven de dieciocho años. Ni Jesucristo sería capaz de hacer un reconocimiento basado en esa fotografía de título de elector. La revista *Veja* será procesada por haber publicado esta noticia mentirosa – avisó. Irno habló poco:

–Uso barba hace dos años, desde que salí de la Escuela de Policía para el DOPS. En un órgano de información, yo necesitaba de una fisonomía diferente. Y mi cabello comenzó a caer hace cuatro años y está así como ustedes están viendo.

Los reporteros de *Veja* no creían en lo que estaban viendo. Kadão miró aprehensivo para el colega a su lado:

–¡Pucha, Pedro, no es el bigote!

Primero, porque el hombre allí no tenía bigote. Segundo, porque tenía barba, una barba espesa, negra, que escondía el cuello. Tercero, porque era calvo, con entradas pronunciadas que avanzaban hasta un tercio del cráneo, no recordando en nada al policía con cabellos partidos que yo había visto. Y, por fin, usaba lentes, de armazón oscuro, lentes grandes, que resaltaban.

La figura en la punta de la mesa era una previsión casi perfecta diez años antes del folclórico Dr. Enéas Carneiro, el extraño médico que atravesó la campaña presidencial brasileña de 1989, la primera elección directa posdictadura, con su meteórico slogan de quince segundos: "¡Mi nombre es Enéas!". Pero el candidato, al contrario de Irno, tenía un bigotazo negro que rodeaba armónicamente la boca y se juntaba a la barba negra.

En verdad, el policía allí era copia casi idéntica a otra figura – el ruso Alexander Soljenitsin, un disidente del régimen soviético. El Premio Nobel de Literatura de 1970 era la cara y la trompa de Irno: tenía barba, no tenía bigote, era pelado y usaba lentes. El escritor y el inspector poseían hasta una afinidad ideológica: ambos detestaban a los comunistas.

La aparición de Irno fue devastadora, un desmentido al reconocimiento vehemente que Scalco y yo afirmábamos en la revista, basados en la pequeña foto del título electoral de 1969.

Era el final de la línea. Un desastre. Como si Didi Pedalada perdiese un gol hecho a los 45 minutos del segundo tiempo, con el arquero abatido, el arco abierto delante del matador. Scalco y yo habíamos hecho lo imposible: pateado para fuera. Para alegría de los hinchas adversarios, para espanto de nuestros hinchas.

El sujeto delante de la prensa brasileña era un retrato totalmente inverso de nuestra descripción. Exactamente lo contrario de todo lo que los testigos de *Veja* afirmaban.

Kadão, al fondo de la sala, tenía el pesado sentimiento de la derrota. Cambió de lente, para hacer nuevas fotos, esta vez con un teleobjetivo de 200 mm. Con su ojo de fotógrafo y el foco siempre determinado de reportero, Kadão apuntó la mira del tele para aquella calvicie reluciente bajo los focos de la TV.

De repente surgió un hilo.

Un hilo de duda.

Kadão quedó intrigado. Ajustó el foco, aumentó el zoom y transformó su tele en un peine, barriendo la pelada de alto abajo, de la frente amplia a la corona redonda. Kadão, el fastidioso de turno, no se conformaba con lo que veía. Acabó haciendo un impresionante, decisivo descubrimiento.

Aquella calvicie era nueva ¡reciente!

Los hilos de cabello cortados a ras mostraban por la aproximación del tele que allí persistían trazos de una cabellera reciente, tan reciente como la calvicie. El rastro de la cabellera raspada exhibía, en la piel, la intención de ref orecer en breve en aquel espacio precozmente desmatado.

Una navaja camarada había transformado el viejo cabelludo en un nuevo pelado.

Irno estaba maquillado, preparado, formateado, recompaginado, rediseñado meticulosamente para contrariar el testimonio de los reporteros. Era una imagen fabricada –verdadera como una nota oficial de las Fuerzas Conjuntas de Uruguay, convincente como la versión montada por el SNI con los farsantes de Bagé.

Kadão recuperó la confianza perdida. Se volvió para Pedro Maciel, igualmente hundido por el desánimo, y habló de su capilar descubrimiento. Allá en la frente, todo orgulloso el abogado Godoy Bezerra mostraba el carné de identidad del inspector lado a lado con su estrujado título electoral. Ahora reanimado por el descubrimiento de Kadão, Pedro levantó la mano y pidió ver la identidad de Irno.

Servicial, el abogado le pasó el documento. Pedro percibió luego al tocarlo con los dedos: era un carné nuevecito.

En la foto de identidad, Irno usaba barba, mostraba indicios de un bigote rasurado, exhibía un cabello raso en lo alto de la cabeza y no usaba anteojos. El

detalle más extravagante Pedro lo descubrió al constatar la fecha de emisión del documento: 12 de marzo de 1979. Irno había sacado su carné exactamente cuatro meses después de la prisión de Lilián en la 'Rodoviaria', el 12 de diciembre.

–¡Hey, Dr. Godoy, pero esta identidad fue hecha ahora! Y quien hace la identidad es la policía. ¡Este documento no tiene valor, doctor! –acusó el reportero.

El globo se desinfó. Reporteros, policiales, abogado, secuestrador, todo el mundo se agitó. Se creó un tumulto, las preguntas se atropellaban, no había respuestas, la conferencia fue interrumpida. En la confusión desaparecieron Godoy Bezerra e Irno.

Se hicieron humo.

La farsa, una más, estaba el descubierto. La foto maquillada del falso calvo y sin bigote João Augusto da Rosa probaba que nuestra versión continuaba de pie, íntegra, sólida, inalcanzable. Nos cabía, ahora, probar esa nueva mentira de la policía, cada vez más enredada en sus artimañas. La policía insistía en decir que Irno era un viejo pelado, nunca había tenido pelo.

El 8 de mayo de 1980 el juez Antônio Carlos Netto Mangabeira cedió su lugar en la 3ª Vara Criminal al juez Moacir Danilo Rodríguez. Ciertamente inspirado en el gobernador Guazzelli, el nuevo magistrado afirmó:

–Es una cuestión de honor para la Justicia la investigación de este caso. La imagen del Poder Judicial está en juego y pretendo dar mi sentencia lo más rápido posible.

Al contrario del ex gobernador, el juez cumpliría su palabra en menos de tres meses.

Cambió el juez, pero la mentira de Irno continuaba siendo la misma.

–Uso anteojos sistemáticamente desde 1968 o 1969. Nunca usé bigote, nunca usé el pelo partido al medio, por causa de un principio de calvicie, y nunca usé el pelo cubriendo parte de las orejas – contó a la Justicia.

Otro embuste. A mediados de mayo, *Veja* obtuvo una foto suya de 1973, cuando Irno trabajó como chofer de una agencia bancaria del Banrisul, en Porto Alegre. Allí aparece sin anteojos y comienza a cultivar barba y un bigote que le cae por las comisuras de la boca. Usa también una abundante cabellera partida al medio, que le cubre no parte, sino toda la oreja. Era un mocetón melenudo, estilo Woodstock, que mentía descaradamente para el juez. El juez Moacir Rodrigues no acusó recibo y dictó al escribano:

–Consígnese que, a pesar del reo haber declarado que hace muchos años usa anteojos sistemáticamente, la foto que presentó de su identidad lo muestra sin anteojos.

En junio de 1980, el juez interrogó a Scalco y a mí como testigos. Además anexó a los autos dos nuevas fotos, copias fotostáticas de las fichas de pedido de empleo y del registro de funcionario en el Unibanco, tiradas sólo dos años antes del secuestro de Porto Alegre. En ellas aparece con la abundante cabellera de cantante de rock, cayendo sobre los hombros. El visual melenudo desmontó la leyenda de la pelada.

Al material proporcionado por el banco para la justicia fue agregada una tercera hoja, en la cual fue engomado el original de otra foto 3x4 del policía, sin mayores explicaciones. En ese retrato inesperado Irno muestra un bigotazo aventajado y un principio de calvicie que podría ayudar en su descabellada defensa. *Veja* fue detrás de la historia de la foto.

Yo ya me había transferido a inicio de 1982 de la sucursal de Porto Alegre para la *Veja*de Brasília, y mi silla en la oficina gaúcha había sido ocupada por el periodista José Onofre – uno de los seis socios exclusivos con lugar cautivo, al lado de Werner Becker, en el almuerzo de los jueves en el restaurant chino Pagoda. En el departamento de personal del Unibanco en la capital gaúcha, Onofre se encontró con el extraño nerviosismo del jefe de la sección, José Leonardo Goulart da Silva. Él explicaba que la sede del banco, en São Paulo, había enviado las fotos por valija.

–El personal del Unibanco en São Paulo tiró las dos copias de los registros de Rosa y las mandó para acá – explicó Goulart.

–¿Dos? ¿Sólo dos? – extrañó Onofre.

–Sólo dos – aseguró el funcionario. La tercera foto, por lo tanto, era otro misterio. Menos para el gerente de la oficina local de las aerolíneas Transportes Aéreos Portugueses (TAP), Carlos Ilte Caetano da Silva, suegro de Irno.

–El João es pelado desde joven. Cuando se casó ya no tenía más pelo en la frente de la cabeza. La fotografía que la *Veja*publicó, melenudo, sólo puede ser uno de esos montajes hechos por un pésimo artista, un pobretón. Cuando se pruebe la inocencia de João vamos a procesar a *Veja*. Queremos dinero, mucho dinero – avisó en junio de 1980.

Aquella misma semana, el suegro fue desmentido por el Banrisul. El banco proporcionó a la Justicia una foto del yerno del gerente de la TAP, con una abundante cabellera cayendo sobre los hombros. La fecha estaba estampada en la solapa del saco cuadriculado: 3 de octubre de 1973. Era exactamente el año de casamiento que el suegro recordaba por la calvicie del novio.

Nueve meses después de haber detectado, por primera vez, el sobrenombre Irno entre los sospechosos del secuestro, el promotor Dirceu Pinto consiguió la prueba final para acusar João Augusto da Rosa como secuestrador: la foto mostran-

do su cara verdadera, la misma cara que él exhibía delante de mi y de Scalco en el apartamento de la calle Botafogo.

Persistente, el promotor investigó en los archivos de la propia policía y descubrió allí la foto decisiva en el fichero del examen biométrico a que se somete todo candidato a la carrera policial.

La ficha de Irno era de enero de 1978 – de sólo diez meses antes del secuestro. En la foto él aparece conforme la descripción original de los testigos: cabello cubriendo las orejas, partido al lado, cayendo sobre la frente, sin barba, sin anteojos y con bigote cayendo por la comisura de la boca. Era el auténtico João Augusto da Rosa, con su verdadero traje de secuestrador.

El retrato sin truco, tal como aquel viernes, 17 de noviembre de 1978. Sólo faltaba la pistola cromada calibre 45.

Dirceu Pinto anexó la foto el martes 8 de julio de 1980, el noveno y último volumen del proceso donde el Ministerio Público denuncia a Irno, Didi Pedalada, Janito y Pedro Seelig por el secuestro de los uruguayos.

Dos meses antes, el gobernador Amaral de Souza continuaba sordo y ciego a tantos indicios, tantas denuncias, tanta revuelta capilar del jefe de los secuestradores. El 1º de mayo, Día del Trabajo, a pesar de la melenuda situación de Irno en el caso, Amaralzinho le dio un premio: promovió a João Augusto da Rosa a inspector de segunda clase.

El acto descarado del gobernador no desarticulaba en nada nuestro trabajo, bien más árduo y serio que el plumazo de Amaralzinho. Nos había llevado once duros meses para cumplir nuestra obligación: investigar, identificar, reconocer y denunciar los dos policías brasileños –Irno y Didi– que nos recibieron en el apartamento de la calle Botafogo.

Nuestra misión como periodistas y testigos estaba cumplida. Nuestro trabajo, cerrado.

Restaba sólo pasar el secuestro por el hilo afilado de la Justicia.

Faltaba sólo la sentencia del juez Moacir Danilo Rodrigues.

30
El sol

Porto Alegre, marzo de 1979

Un frío de congelar. El muchacho espantaba el frío bravo de la noche de invierno bebiendo un vaso de *cachaça*, la tradicional aguardiente de caña del país. Estaba en el mesón de un bar sórdido de la calle Voluntarios da Patria, zona de bajos fondos y prostitución en el centro de Porto Alegre, cuando la policía llegó. Eran pasadas las diez de la noche.

Noche de agosto. Agosto helado.

Fue preso por vagancia.

Marco Antônio Dornelles de Araújo, 29 años, soltero, no era un vagabundo. Trabajaba duro todo el santo día, cargando sacos de cemento en una construcción, y vivía en una choza miserable en la Ilha das Flores, transformada en depósito clandestino de basura al aire libre en la mayor de las 28 islas que se extendían por el archipiélago del estuario del río Guaíba.

La investigación policial pidió indiciar al joven en el artículo 59 de la Ley de Contravenciones Penales, que pune gente en situación de vagancia como la de Marco Antonio.

El caso cayó en manos de Moacir Danilo Rodrigues. En el pasado, el juez había sido un muchacho del interior al que le gustaba bañarse y pescar en las riberas de un río. La corriente cruzaba su tierra natal, la aldea de Roncador, en el municipio de Candelária. Muchos inviernos después, ya distante de las aguas cristalinas del río Botucaraí, el chico era ahora el respetable juez de la 13ª Vara Criminal de la capital.

Tenía 37 años cuando le cayó en la red el juicio de aquel pez desgarrado por la vida errante en las márgenes poco límpidas del Guaíba. Escribió el juez:

> ¿Qué es vagancia? (...) "Entregarse habitualmente a la ociosidad, siendo válido para el trabajo..." Se trata de una norma legal draconiana, injusta y parcial.
>
> Se destina sólo al pobre, al miserable, al harapo humano, curtido, vencido por la vida. El *pau de arara* del Nordeste, el *boia fría* del Sur [40]. El hijo de pobre, que pobre es, su-

[40] *Pau de Arara,* camión de carga usado para el transporte de obreros del campo; *boia fria,* trabajador temporario que lleva su comida fría entre una y otra plantación en el campo.

> jeto está a la penalización. El hijo de rico, que rico es, no precisa trabajar, porque tiene renta paterna para asegurarle los medios de subsistencia.
>
> ¡Después se dice que la ley es igual para todos! (...)
>
> Carga sacos. (...) Su mal fue estar en un bar en la calle Voluntários da Pátria, a las 22 horas. (...). En la escala de valores utilizada para valorar las personas, quien toma un trago de caña en un boliche de la 'Volunta', a las 22 horas y no posee documento, ni tarjeta de crédito, es vagabundo. Quien se empapa de whisky escocés en una boîte de la Zona Sul y al salir, en la madrugada, maneja un bello auto, con la billetera llena de "cheques especiales", es un burgués.
>
> Este, si es sorprendido al cometer una infracción del tránsito, constatada la embriaguez, paga la fianza y se libra al instante. Aquel, si no tiene empleo es preso por vagancia. No tiene fianza (y lo mismo si tuviera, no tendría dinero para pagarla) y queda preso. (...)
>
> Las manos que producen fuerza, que cargan sacos, que producen argamasa, que se agarran en la picota, en los andamios, que llevan callos, uñas arrancadas, no pueden darse bien con el bolígrafo (veáse la firma del indiciado a las f s. 5v.) ni con la vida. Y hoy, para cualquier empleo, se exige como mínimo primer grado de escuela. Por otra parte, grado representa grandeza. Y de ellos es el reino de la tierra. Marco Antônio, a pesar de la imponencia del nombre, es menudo. Y siempre será.
>
> ¿Su esperanza? Tal vez el Reino del Cielo.
>
> La ley es injusta. Claro que es. Pero la Justicia ¿no es ciega? Sí, pero el juez no es. Por eso:
>
> Determino que se archive el proceso de esta investigación.

La inusitada sentencia del 27 de setiembre de 1979 del juez Moacir Danilo Rodrigues tuvo repercusión nacional. Fue publicada en los anales del VIII Congreso Latinoamericano del Movimiento Familiar Cristiano, realizado en la capital gaúcha en julio de 1980.

Antes que aquel mes de julio acabara, el muchacho de Roncador daría una sentencia todavía más notable, que entraría para los anales de la Justicia brasileña.

La sentencia del secuestro de los uruguayos.

Hasta entonces el caso seguía su destino incierto en el área policial. En febrero de 1980 – quince meses después de la clandestina operación que los retiró de su apartamento en la calle Botafogo –, los uruguayos Lilián y Universindo dejaron de ser víctimas para volverse reos en Brasil.

Con una eficiencia que no mostró en más de un año de investigación, las autoridades militares de Montevideo entregaron a la Interpol una copiosa documentación mostrando que el par de uruguayos usaba cédulas de identidad y pasaportes falsos en Brasil.

El papeleo fue repasado a la Policía Federal y entregada a las manos del delegado Edgar Fuques, que ahora se encontraba con un doble dilema: era el funcionario brasileño que examinaba la contradictoria condición de los uruguayos – de un lado víctimas desaparecidas en Porto Alegre y, de otro, presos procesados en Montevideo.

En la investigación que presidió en la Policía Federal, Fuques no percibió ningún crimen de secuestro. En la denuncia presentada por los militares de Uruguay, Fuques investigaba el crimen de falsa identidad. Simultáneamente víctimas y reos, Lilián y Universindo cambiaban de condición, dependiendo del lado de la frontera que los investigaba.

Aquella misma semana de febrero de 1980 sucedió, al final, la primera punición del secuestro.

No era de ninguno de los secuestradores, pero exactamente de quien investigaba con rigor el secuestro: el promotor Dirceu Pinto. En noviembre de 1978, casualmente el mes del secuestro, la Procuraduría General del Estado había creado la "Coordenadoria das Promotorias Criminais".

El hombre designado para cabeza fue Dirceu Pinto, a quien el abogado Omar Ferri había definido como "la versión gaúcha de Hélio Bicudo", en referencia al enjuto promotor paulista que enfrentara valientemente al 'Escuadrón de la Muerte' del delegado del DOPS Sérgio Fleury, jefe de la represión en São Paulo.

Cupo a Dirceu Pinto conducir con firmeza la denuncia del secuestro por abuso de autoridad contra los agentes del DOPS. A pesar de eso, acabó extrañamente exonerado en febrero de 1980, cuando el proceso en la Justicia se encaminaba para su final.

–Fue un acto de rutina –justificó secamente el procurador general Mondercil de Moraes.

Al senador Pedro Simon no le pareció nada de eso:

–Fue un acto muy grave. El promotor está siendo castigado por cumplir su deber. Estaba investigando a la policía y descubriendo a los responsables del secuestro.

En un artículo del diario *Zero Hora*, el ahora facilitador José Paulo Bisol escribía lo que había dicho de viva voz al amigo y gobernador Synval Guazzelli en diciembre de 1978, en las horas tensas que cercaron la identificación de Didi Pedalada por los reporteros de *Veja:*

> El secuestro de los uruguayos ya no es más un simple caso judicial, sino de recuperación del propio respeto y de la dignidad nacional. (...) La alternativa que él propone es disyuntiva e irreversible: o se tiene o no se tiene vergüenza en la cara.

Moacir Danilo Rodrigues tenía.

En su tierra natal, había sido años atrás concejal de la ARENA, el partido del régimen militar, la sigla que defendía los secuestradores. Presidió la Cámara de Concejales de Candelária, la misma ciudad donde brotó el rastro de la escribana Faustina Elenira Severino. Casi una década después como juez, juzgaría los compañeros de Faustina en el secuestro. Rodrigues tenía un pasado parlamentario por la ARENA como el diputado Jarbas Lima, el relator de la CPI del Secuestro que no veía ningún delito, ni autor, mucho menos secuestro.

Sólo que Rodrigues, además de juez, no era ciego.

Una cuestión disyuntiva e irreversible, que diferenciaba una nueva generación de magistrados, nacida en la década de 1940 y marcada por la victoria sobre el nazifascismo.

Una generación que estaba en los bancos de la facultad a fines de 1968, cuando cayó el garrote del autoritario AI-5 sobre la democracia moribunda del país.

Una generación que, diez años después, ocuparía el puesto del juez para comenzar el enfrentamiento legal con el arbitrio y el estado policial que se había formado a su alrededor.

Una generación con vergüenza en la cara.

* * *

Vergüenza en la cara no era privilegio de los jóvenes.

João Gomes Martins Filho ya tenía 60 años cuando cayó el rayo del AI-5. Era un abogado del interior paulista formado en São Paulo por la tradicional Faculdad de Derecho del Largo de São Francisco, la más antigua de Brasil creada por el Emperador Pedro I en 1827.Fue constituyente de 1946 de la Asamblea de São Paulo y concurrió al gobierno estadual por el PSD como candidato a vice del udenista (partidario de la Unión Democrática Nacional) Prestes Maia.

Perdió. Retornó al Derecho y a la universidad. Más que un jurista, era venerado por sus alumnos en la facultad como un humanista de vasta cultura.

Ocupaba el cargo de juez de la 7ª Vara de la Justicia Federal en la capital paulista cuando allí llegó el proceso contra la Unión movido por la familia del periodista Vladimir Herzog, muerto bajo tortura en las instalaciones del DOI-CODI, en la calle Tutóia, el año 1975.

El gobierno brasileño, por primera vez era responsabilizado por el asesinato de un preso político en sus cárceles. Los colegas del general Samuel Alves Correa veían ahora delante de sí un desafío humillante: la Revolución del 64 siendo obligada a rendir cuentas de sus acciones.

Una batalla inédita: la primera acción en la Justicia brasileña que confrontaba directamente el aparato de la represión. La política de distensión del gobierno Geisel sería colocada a prueba en la barra de los tribunales.

A mediados de 1978, cinco meses antes del secuestro de Porto Alegre, el proceso Herzog estaba en la recta final. Las pruebas habían sido recogidas, los testigos habían prestado testimonio, las pericias fueron evaluadas, las contradicciones estaban expuestas. Sólo faltaba la sentencia. Martins Filho marcó la fecha de la lectura: 26 de junio, un lunes.

Una lectura que jamás se realizaría.

Nadie sabía lo que saldría de la cabeza del juez. Pero el régimen de la Seguridad Nacional estaba inseguro. En la duda, era mejor callar al juez.

El viernes anterior, 23 de junio, un telex de Brasilia tintineó en la 7ª Vara Federal. Comunicaba que el ministro Jarbas Nobre, del Tribunal Federal de Recursos, había concedido el mandato de seguridad de la Unión impidiendo la lectura de la sentencia.

Un hecho *sui generis* en la literatura jurídica mundial: un mandato para impedir a un juez leer la decisión ya tomada.

Una semana después el Poder Judicial entró en receso. Y, luego el segundo día de julio, la dictadura se libró burocráticamente de aquel peligroso estorbo: Martins Filho cumplió 70 años y, en los términos de la ley, fue jubilado obligatoriamente.

El DOI-CODI suspiró aliviado. El gobierno también.

Todos ellos creían que un juez en fin de carrera sería incontrolable. Ya un magistrado iniciante no osaría comprometer la carrera afrontando el poder con una acción tan importante. Un joven juez asumió, protocolarmente, la vacante de aquel poco fiable juzgador septuagenario.

Márcio José de Moraes, hijo de un comerciante de fierro viejo en el interior paulista, nació en 1946, cuando el país se reconstruía sobre los escombros de la dictadura del 'Estado Novo', el régimen de fuerza de Getúlio Vargas (1937-1945). Se formó en el año de gracia de 1968, cuando corazones y mentes se agitaban mundo afuera en las universidades y en las protestas de calle contra todas las dictaduras. Los jóvenes proclamaban que estaba prohibido prohibir. Aún así Moraes se mantenía lejos de la efervescencia política.

Mucho tiempo después de la graduación, él todavía dudaba que hubiese tortura y muerte en las prisiones. Le cayó la ficha cuando leyó en el diario, en octubre de 1975, que Herzog entró vivo en el DOI-CODI de la calle Tutóia, de mañana, y salió muerto de tarde. Tuvo una crisis de conciencia al percibir que las denuncias eran verdaderas.

Pasada una semana, Márcio Moraes estaba en el tenso culto ecuménico en la Praça da Sé por la muerte de Herzog. No entró en la catedral. Todavía asustado, permaneció afuera, apoyado en la pared de una pastelería. Pensó: "Si la caballería de la Policía Militar invade la plaza, yo entro aquí y alego que sólo estaba comiendo un pastel..." Participaba tímidamente del acto y, al mismo tiempo, garantía el pastel de coartada.

Tres años después, aquel cadáver del DOI-CODI que abrió la conciencia del abogado Moraes en la pastelería se derrumbó en el regazo del juez Moraes.

En 1978, Moraes ya estaba casado y era padre de dos hijos cuando heredó la causa no juzgada del viejo Martins Filho, con quien había trabajado durante ocho años y de quien se consideraba casi un hijo. Tenía sólo 32 años. Al pasar el proceso a sus manos, el veterano magistrado preguntó si él quería leer su inédita decisión. Moraes agradeció, dijo que no.

El papeleo vino con un mensaje de Martins Filho: "Al prohibirme leer la sentencia, mal saben ellos que su mano es mucho más capaz y pesada".

Moraes tomó sus precauciones contra el puño aniquilador del régimen. Despachó su familia para un lugar seguro en el interior. Salió de vacaciones y pasó a trabajar solo en la sentencia, dividido entre su residencia y la casa de los padres. Algunos amigos y parlamentarios federales se mostraban preocupados por su salud. Daban sugerencias:

–No sentencie ahora en octubre. Todavía estamos bajo el AI-5. Espere hasta enero de 1979, cuando no tendrá validez el acta institucional AI-5. Si usted juzga ahora y condena la Unión, ¡el gobierno te atrapa!

La sugerencia abrió la cabeza del joven juez. Aquel era el momento, razonó:

–Mi sentencia sería una reacción, un grito de independencia del Poder Judicial. Ya había formado mi convicción, condenaría la Unión. El gesto sólo tendría valor, como una especie de grito político, de revuelta contra la dictadura, si fuese dado bajo el clima de la dictadura, todavía bajo el AI-5.[41]

El hedor de la dictadura y el olor de la pastelería continuaban mezclándose en la cabeza ferviente de Moraes:

–Todos aquellos años de alienación caerían sobre mi: "Ahora usted tiene que mostrar quien es. Dar la decisión, sea cual sea, lo más libre posible, sin amarras políticas, sin prejuicio político de cualquier tipo, el más consciente. Para responder

[41] Vasconcelos, Frederico. *Herzog 30 anos.* Entrevista: Márcio José de Moraes. *Juiz que condenou União temia ser morto.* Folha de S. Paulo, 3 de novembro de 2005.

a esa dictadura. Está en su mano." En verdad, fue la hora en que yo me dije a mi mismo que, políticamente, no podría quedarme comiendo pastel.[42]

Moraes había ganado la oportunidad del destino de colocar su aceituna en el pastel crudo del viejo juez y maestro. Esta vez, el télex no tintineó con una decisión de última hora de Brasilia. El joven juez pudo entonces leer la sentencia de 45 hojas bien hervidas del proceso nº 136/76, que cerraba así:

> Se constata la práctica de crimen de abuso de autoridad, así como hay revelaciones vehementes de que abrían sido practicadas torturas no sólo en Vladimir Herzog, como en otros presos políticos en las dependencias del DOI-CODI (...)
>
> Por lo expuesto, juzgo la presente acción procedente y lo hago para, en los términos del Artículo 4º, inciso I del Código de Proceso Civil, declarar la existencia de relación jurídica entre los autores y la acusada, consistente en la obligación de ésta de indemnizar a aquellos por los daños materiales y morales decurrentes de la muerte del periodista Vladimir Herzog, marido y padre de los autores, quedando así la rea condenada.

El juez fue más allá. Anuló el laudo del DOI-CODI, firmado por un único perito, y que él consideró sin valor.

El perito jefe había firmado el papel sin ni siquiera hacer la autopsia. El documento, principal prueba de la Unión, fue freído en la implacable sartén jurídica de Moraes. Él no fue sordo para los testigos que oyeron los gritos de dolor de Herzog en la mazmorra de la calle Tutóia y, basándose en ellas, se convenció de que el periodista fue muerto bajo tortura.

El juez no compró el mohoso pastel de la Unión, que insistía en la versión helada del suicidio.

Fue una sentencia valiente, que restauraba la dignidad de la justicia y el imperio de la ley sobre el miedo. La palabra escrita de que los tiempos estaban cambiando. Jueces que no eran ciegos y que tenían vergüenza en la cara comenzaron a mostrar la nueva faz de un Poder Judicial que rescataba su autoestima y su fe en el Derecho.

El Tribunal Federal de Recursos confirmó la decisión de Moraes. El presidente de la "Ordem de Advogados do Brasil" (OAB) nacional, Raymundo Faoro, festejó:

> Será esta una historia que mostrará la posibilidad, con el orden jurídico, de derribar el autoritarismo, siempre que se levanten, dentro de sus propios muros, abogados y jueces, abogados que sean verdaderamente abogados y jueces de verdad, aunque tullidos por las restricciones a sus prerrogativas y garantías.

La histórica decisión de Márcio José de Moraes, reconociendo la tortura en el DOI-CODI de la calle Tutóia, base de la "*tigrada*" más feroz y sangrienta del

[42] Idem.

régimen, fue leída el viernes, 27 de octubre de 1978 – cuatro meses después de la frustrada sentencia del juez Martins Filho, exactos tres años después del entierro del periodista Vladimir Herzog.

Tres semanas después, 17 de noviembre, otro viernes, Scalco y yo seríamos recibidos con pistola en la cara en el apartamento de la Botafogo por Irno y Didi Pedalada.

El viejo Martins Filho nunca reveló lo que diría en su sentencia. Pero quedó-gratificado al leer la decisión del joven pupilo que lo sustituyó. Escribió una carta emocionada a Moraes:

> Llegamos, por palabras diferentes, a la misma conclusión (...) Sentí una tristeza inmensa al verificar hasta qué punto podía llegar la tentativa de sofocar una manifestación del Poder Judicial (...) No podría desconfiar de un golpe de esa naturaleza, y tanto es así que había marcado con anticipación el día y la hora para la entrega de la sentencia.
>
> Vino el télex, anunciando la prohibición de la lectura y requiriendo también informaciones sobre el proceso no mandado de seguridad archivado por el procurador, que se considera el detentor único de la verdad y el caballero andante del honor y el renombre nacional.
>
> Alegaba que la sentencia ponía en riesgo la seguridad del Estado y que, por eso, debería ser impedida, como si la declaración de responsabilidad por la tortura y muerte de un hombre pudiese constituirse en peligro para el honor y la seguridad de las instituciones (...)
>
> Nadie sabía el tenor de la sentencia, a no ser yo (...)
>
> Brasil entero quedó sabiendo por ese telex cuál sería su tenor, pues él ya confesaba la culpa públicamente. Nadie más dudó de ahí en delante de las conclusiones del juez (...)
>
> Se lanzó sobre el Poder Judicial la duda respecto de la dignidad, del coraje y de la honradez del juez que me substituyese.
>
> Se supuso que con la eliminación de uno, la lección permanecería con el otro y que tal vez la verdad no af orase con la vehemencia que se deducía de la acción.
>
> Se engañaron los que así pensaron, porque tal vez más fuerte, más elegante y más alta se elevó la voz de un joven magistrado para dejar bien claro que todavía hay jueces en Brasil.[43]

Había jueces en Brasil, jueces en São Paulo.
Y había un juez en Porto Alegre.

* * *

---

[43] OAB-SP. *Vladimir Herzog*. Grandes Advogados, Grandes Julgamentos. Pedro Paulo Filho. Depto. Editorial (Advogados Heleno Fragoso, Sérgio Bermudes, Marco Antônio R. Barbosa e Samuel MacDowell de Figueiredo). www.oabsp.org.br/institucional/grandes –causas. Acesso em 15 de agosto de 2008.

El juez Moacir Danilo Rodrigues no era ciego, mucho menos sordo.

Oía desde algún tiempo velados consejos para tener cuidado, mucho cuidado. Como el colega Márcio Moraes dos años antes, Moacir Rodrigues también tenía miedo.

Mandó igualmente a la mujer y los hijos para el interior, sin informar el paradero a nadie. Y se concentró sobre los 23 volúmenes del proceso del secuestro de los uruguayos y sus cuatro denunciados – el delegado Seelig, los inspectores Janito e Irno y el escribano Didi.

Recibió varios avisos para no salir solo, en auto, en la noche de Porto Alegre. Acató la sugerencia de andar en autos de amigos, abusando de la buena voluntad para trasladarlo, tomando taxi como alternativa. Con un cuidado adicional: cambiaba siempre de taxi. Tomaba uno en el punto de origen, llegaba en otro al punto de destino.

En los últimos diez días, a medida que avanzaba la lectura de las decenas de volúmenes de la acción, dactilografiaba personalmente su sentencia de 44 páginas. No pedía auxilio de la secretaria ni del escribano, para garantizar el máximo secreto.

Sacaba las fotocopias él mismo de cada página dactilografiada para permitir una rápida recuperación, en el caso de una desaparición inesperada. Y escondía originales y copias de la sentencia en lugares diferentes de su gabinete en el tribunal o de su oficina en casa – siempre bajo la alfombra de la sala donde trabajaba, solitario.

Menos velados que los avisos, sólo las amenazas. El presidente João Figueiredo, el ministro de la Justicia, Ibrahim Abi–Ackel y el gobernador Amaral de Souza insistían en decir que no había secuestro. Todo aquello, decían, no pasaba de una simple y espontáneadesaparición de un matrimonio subversivo e ilegal en el país. Un amigo, diputado de la oficialista ARENA, intentó acorralar al juez:

–No hay nada que hacer, no se puede confrontar al Gobierno, Moacir. ¡El presidente de la República, el ministro de Justicia y el gobernador de Rio Grande no pueden ser desmentidos por un simple juez de primera instancia!...

–¿Y qué quieres tú que un simple juez haga en este caso?... –replicó Moacir.

–Transfiere el proceso a la Justicia Federal, alegando conexión. Ahí, el tiempo pasa y el caso prescribe. ¡Fácil, Moacir! Nadie va a percibir, nadie te va a incomodar, nadie te va a cobrar. ¿Eh? ¡Piensa en eso!...

Rodrigues miró para el amigo, pensó un poco. Suspiró, soltó el aire de los pulmones e inundó la sala con su voz baja y melodiosa, herencia de los tiempos de locutor de la radio Princesa de Candelaria, su tierra. El sonido retumbaba por la sala como un violoncelo afinado en re, en la cuerda más grave e imponente, que puntuaba la frase con un aura austera, solemne.

–Mi amigo, yo no puedo hacer eso. El autoritarismo es como una nube pasajera y la libertad es como el sol. Yo tengo que quedarme con el sol. Después, la nube pasa, el sol vuelve a iluminar todo – enseñó, las palabras silabeadas tronando con la sabiduría de los tiempos, la metáfora brillando como la luz de los relámpagos que hasta los ciegos ven. Y Rodrigues no era ciego.

Hombre del interior, juez recién nombrado en la capital, lejos de la familia, él enfrentaba solitario los desafíos de un caso abrumador, de repercusión internacional.

–No soy ningún superhombre. El juez es un ciudadano común –pensaba él, rumiando su angustia personal, afligido con la decisión que estaba a punto de tomar.

La cabeza hervía. Resolvió relajarse en el cine.

Paró en la acera delante del afiche que anunciaba el filme en exibición: Z.

El capricho del destino había colocado el juez de Porto Alegre cara a cara con Z, la denuncia cinematográfica del director Costa–Gavras contra los coroneles que hicieron un cuartelazo en Grecia y durante siete años sumergieron la cuna de la democracia en el sarcófago de la dictadura.

La fecha del levantamiento, 21 de abril de 1967, acabaría siendo sinónimo en griego moderno de la palabra que significa "golpe de Estado". Los generales brasileños, solidarios con los coroneles griegos, mantuvieron el filme en los estantes de la censura por diez años.

Z había sido liberado hacía seis meses en Brasil.

El Z permitido liberaría la cabeza del juez gaúcho.

Rodrigues compró el ingreso, entró, se sentó, vio y oyó deslumbrado la historia inspirada en la vida y muerte de Gregoris Lambrakis, médico socialista y pacifista de 41 años asesinado en 1963, cuatro años antes del golpe, por extremistas de derecha en un falso accidente de auto en Thessaloniki.

El personaje que más llamó la atención de Rodrigues no fue el del diputado muerto, interpretado por Ives Montand. La figura central del filme, para él, era el papel encarnado por Jean-Louis Trintignant: Sartezatkis, un juez iniciante como él.

Un juez de Atenas que, como los dos jueces de São Paulo, había enfrentado el miedo y confrontado el arbitrio. El título de la película representaba la primera letra de la palabra griega *Zei* ("¡Él vive!"), un símbolo de resistencia que comenzó a aparecer escrito en los muros de varias ciudades griegas, en alusión al líder asesinado, ¡*Zei!*

El juez de Porto Alegre se sintió reanimado.

Vivo. ¡*Zei!*

Allí, en la oscuridad del cine, Rodrigues iluminó su cabeza con el ejemplo de firmeza del juez.

La Z del juez griego mostró la X de la cuestión para el juez gaúcho.

–No puedo, bajo cualquier hipótesis, recusar el cumplimiento del deber, sean cuales sean las consecuencias –pensó, al llegar a casa. Como siempre, cambiando de taxi.

El lunes 21 de julio de 1980, cinco semanas antes de cumplir 37 años, Rodrigues sacó de abajo de la alfombra las 44 hojas de su decisión y las exhibió a la prensa.

Vestía su corbata favorita con lunares amarillos bajo el elegante chaleco del terno claro, los cabellos abundantes peinados para atrás y acentuando, con el vozarrón, la figura de un consagrado cantante de tango. Estaba en su mejor forma.

Como el juez de Atenas, el juez de Porto Alegre brillaba bajo la luz de los focos y de la conciencia nacional. Y brillaba más todavía por lo que concluía en su valiente decisión:

> Tengo, pues, por todo lo que restó examinado, que el hecho narrado en la denuncia y adiciones sucedió, esto es, Lilián Celiberti y sus dos hijos, Camilo y Francesca, y además Universindo Rodríguez Díaz fueron detenidos en Porto Alegre y, al menos por algún tiempo, mantenidos bajo prisión, para después ser llevados al Uruguay.
>
> Este hecho, sea cual sea el nombre que se le quiera dar, ocurrió. Dijo varias veces el ex Gobernador Synval Guazzelli que la aclaración era cuestión de honor para su gobierno. Agréguese que el repudio a tal procedimiento debe ser anhelado por todo brasileño que admite vivir sólo bajo un imperio: ¡el de la ley!
>
> A pesar de la connotación político-ideológica con que fue encarado este hecho, al Poder Judicial cabe sólo, y tan solamente, saber si hubo delito, no importando las figuras de los sujetos activos y pasivos, ni las causas a que estén comprometidos.
>
> Sólo hay una causa mayor: ¡la verdad! Si las víctimas se encontraban en Brasil de forma ilegal, caminos existían, legales también, como la propia expulsión, con normas específicas a ser seguidas.

Como el juez de Atenas, el juez de Porto Alegre reconoció el crimen.

Con fundamento en los artículos 4º y 6º de la Ley Nº 4.898, que trata del abuso de autoridad, juzgó la denuncia procedente, en parte. Condenó a Didi Pedalada y a Irno a seis meses de detención, prohibiendo además a los dos –nuestros anfitriones en el apartamento de la calle Botafogo– de ejercer funciones de naturaleza policial en el municipio de Porto Alegre por el período de dos años.

El juez no olvidó ni siquiera los farsantes de Bagé:

> Por último, para que también sirva de ejemplo a tantos que no se avergüenzan de mentir a la Justicia, determino que, transitada en el juzgado esta decisión, sean extraidas piezas necesarias para remesa a la "Coordenadoria das Promotorias Criminais", con fi-

nes de denuncia, por falso testimonio (...) contra Oswaldo Biaggi de Lima y Patrocinio Lugo Acosta, residentes en Bagé, cuyo procedimiento delictivo fue tan bien acogido por el diputado Ivo Mainardi (MDB), relator de la CPI.

El general Octávio Medeiros, ministro jefe del SNI y mentor de la farsa de Bagé, recibía así el rebote de la Justicia.

El juez no condenó a Pedro Seelig porque contra él sólo existía el testimonio de un niño de ocho años, en el exterior, que podría estar inducido por las fotos que le mostraron a distancia. El juez no tuvo oportunidad de oir al boletero Adélio, el testigo adulto de fuente limpia y próxima que él precisaba desesperadamente en aquel momento para condenar también al delegado.

Como los jueces en Porto Alegre, en São Paulo, en Atenas, el boletero tenía miedo. Mucho miedo.

Rodrigues ciertamente no condenaría a Adélio por eso.

El juez y el boletero eran sólo brasileños con el mismo temor, pacientes de la misma dictadura.

Moacir Danilo Rodrigues hizo lo más importante: reconoció el secuestro y el crimen practicado en suelo brasileño por el brazo largo de la represión uruguaya, con la connivencia y complicidad de los agentes brasileños.

La arrojada sentencia del juez gaúcho del Caso Lilián y Universindo era un paso al frente en la valiente decisión de dos años antes del juez paulista del Caso Herzog.

La condena en São Paulo alcanzó a la Unión, como institución, sin personalizar culpables. El juicio en Porto Alegre alcanzaba, de manera nunca vista, agentes con nombre y apellido ligados al impenetrable sistema de represión e informaciones – corazón y cierne del régimen de los generales "revolucionarios" del 64. Aquella "revolución" que, como el general Samuel Alves Correa advirtiera al distraído gobernador Synval Guazzelli, no debía cuentas a nadie.

Ahora, una década y media después del golpe del 31 de marzo, los agentes del régimen de los generales comenzaban a rendir cuentas. A la Justicia.

A los jueces de São Paulo y al juez de Porto Alegre.

Había jueces en Brasil.

Abajo del título –"Verdad rescatada"– con que la revista saludó el final del secuestro de los uruguayos bajo el manto protector de la ley, *Veja* destacaba en la edición del 30 de julio de 1980:

> Juez condena policías que secuestraron
>
> uruguayos alcanzando, por la primera vez desde 1964,
>
> la intocable comunidad de seguridad del país.

Un diputado oficialista reclamó en la Asamblea Legislativa gaúcha:

–Ah, el juez sólo condenó porque tuvo miedo de la prensa.

Moacir rebatió la ofensa sin piedad:

–Si el juez tuviera que temer algo, o alguien, con certeza no sería la prensa, que reconocidamente nunca torturó.

Un año después del caso más ruidoso de su vida, el juez Moacir Rodrigues publicó un libro de crónicas, *Ainda há flores no meu caminho* – (*Aún hay flores en mi camino*). En una de ellas, *A última cabalgada* (*La última cabalgata*) el muchacho que pescaba peces en el río Botucaraí resumió así su vida de horizontes amplios como la pampa gaúcha, limpia como el agua cristalina de la fuente donde vio reflejados los primeros pelos de su cara de gurí:

> En el gran rodeo de la vida fui lazado por las boleadoras certeras del destino y llevado por el sendero de la *saudade*[44] para lugares que no tienen el encanto de mi rincón. Pero todavía soy libre para soñar. Y, aún en la ciudad grande, puedo volver a los verdes pagos.

Veinticuatro días después de la palabra final del juez, el Ejército dejó claro que la Revolución del 31 de Marzo que no debía cuentas a nadie tampoco abandonaba sus cruzados de la represión.

El 14 de agosto de 1980, el general Antônio Bandeira, el comandante que había mostrado su cara compungida en el velorio de la escribana del DOPS Faustina Elenira, comunicó que había sido concedida la Orden del Mérito Militar en el grado de caballero, al abogado Oswaldo de Lia Pires, el defensor de los secuestradores. Era la mayor condecoración que los militares brasileños atribuían a un civil.

La misma insignia fue conferida al delegado Pedro Seelig, el jefe brasileño del secuestro, que ya ostentaba en el pecho la Medalla del Pacificador, conferida a los que combatían la subversión comunista. El abogado y su cliente recibieron la distinción en la fiesta mayor del Ejército, el Día del Soldado, el 25 de agosto.

El 16 de diciembre de 1980, Pedro Seelig tuvo confirmada su absolución por falta de pruebas en el Tribunal de Alzada, instancia superior a que había recurrido el desconforme promotor Dirceu Pinto.

Una semana más tarde, el gobernador Amaral de Souza promovió a Seelig a delegado de cuarta clase, el punto más alto en la jerarquía policial.

El delegado del DOPS alcanzó, por fin, el tope de su carrera. Gracias al secuestro, también, cayó en el fondo del pozo de su premiada y atribulada biografía en la represión brasileña.

---

[44] *Saudade* – Expresión de nostalgia.

Con el pecho henchido por las distincionesy la incómoda notoriedad de su retumbante fracaso, Seelig se sumergió en el ocaso melancólico de la dictadura, rumbo al silencio de la jubilación y al sosiego de la vejez.

En el 2008, a los 76 años, Pedro Seelig estaba olvidado –y eternamente impune.

Como tantos otros en el Cono Sur.

* * *

Treinta años después del secuestro de Porto Alegre este era el saldo de vida y muerte de otros de sus principales personajes:

João Baptista Scalco, fotógrafo. No vio la final de la Copa del Mundo de España, en 1982, que cubría como crack principal de la revista *Placar.* Una extraña hinchazón en los pies lo llevó para el hospital, la víspera del juego final en Madrid, Italia 3, Alemania 1. Regresó a Brasil en camilla. Pasó el año con dolor en el pecho, hasta que fue internado para un examen cardiológico. Resultado del diagnóstico: pericarditis, una inf amación de la membrana doble que envuelve y protege el corazón. La infección intensa hizo aumentar el líquido que existe entre las membranas y provoca el derrame pericardíaco, perjudicando los latidos. La hinchazón en los pies fue el primer aviso del cuerpo. Scalco fue sometido a una cirugía, tuvo complicaciones postoperatorias y entró en coma. Sobrevivió una semana. El testigo del secuestro murió en mayo de 1983, en São Paulo, a los 32 años. Dejó dos hijos, Mariano y Juliana.

Dirceu Pinto, fiscal. Nunca superó la inexplicable exoneración del puesto, sólo cinco meses antes de la sentencia final que reconoció su trabajo de investigación del secuestro. Ejerció tres puestos más de fiscal y dos de procurador, siempre en la capital gaúcha. Se suicidó en Porto Alegre, una semana después de cumplir 38 años, en abril de 1987.

Jorge Escosteguy, periodista. El "editor de secuestro" en *Veja* tuvo, después de la revista, una pasantía por la televisión, en la Rede Globo y en la TV Cultura, donde presentó por cinco años el principal programa de entrevistas del país, *Roda Viva.* Fue fulminado por un infarto en casa, en 1996. Murió un domingo, como aquel en que Lilián era detenida en la Rodoviaria de Porto Alegre, el 17 de noviembre, como aquel viernes en que yo y Scalco golpeamos en la puerta del apartamento 110 de la calle Botafogo. Dejó tres hijos, João Pedro, Guilherme y Ana Luisa. Tenía 49 años.

Moacir Danilo Rodrigues, juez. Después de la sentencia del secuestro, fue juez de menores durante cinco años y se jubiló como juez de alzadas. Se enfermó gravemente por el mal de la mielodisplasia, una deficiencia fatal de la médula en la producción de glóbulos rojos, lo que debilita el organismo. Buscó en vano un donador compatible para un trasplante salvador. Se retiró enfermo a su sitio en Lami,

localidad rural a 30 kilómetros de Porto Alegre, llevado por el sendero de la *saudade* para lugares que no tenían el encanto y la riqueza de los bancos de su río de infancia, el Botucaraí. Murió en Lami en agosto de 1998. Faltaban seis días para festejar 56 años de una vida cristalina como el agua de la fuente de su juventud.

João Baptista Figueiredo, general. Sucesor indicado por Geisel cuando el secuestro fue ejecutado y presidente de la República cuando el secuestro fue desenmascarado, Figueiredo mandó al Sur su sucesor en el SNI, general Octávio Medeiros, para sofocar la crisis. A la incomodidad del secuestro de 1978 se sumó el estruendo del atentado terrorista del DOI-CODI en un festival de música en el pabellón del Riocentro en 1981, en Rio de Janeiro. El corazón ahumado por el cigarrillo y por las bombas terroristas de derecha f aqueó – y Figueiredo tuvo que pasar por delicada operación cardíaca en Cleveland, Estados Unidos. Nunca más fue el mismo. Figueiredo estaba enfermo en el poder y empeoró fuera de él. Fue operado de un aneurisma de la aorta en 1995, pasó a vivir de hemodiálisis para aliviar los riñones, sufría de una crónica hernia de disco, tenía incontinencia urinaria y perdió 70% de la visión. Murió en la Navidad de 1999, a los 81 años. Olvidado, como había pedido poco antes de dejar el Palacio de Planalto por la puerta de los fondos, en 1985, para no transferir la banda al primer presidente civil después de 21 años de dictadura – el senador José Sarney, el vice de Tancredo Neves.

Didi Pedalada, policía. La represión dio al escribano Orandir Portassi Lucas en una única semana la fama repentina que Didi Pedalada nunca tuvo corriendo atrás de la pelota en los campos de fútbol en diez años de carrera. Identificado, denunciado en la prensa y en la Justicia, acabó condenado por cumplir órdenes del jefe absuelto por falta de pruebas, el delegado Pedro Seelig. Se transformó en burócrata en la Policía. Se sintió mal en la Navidad de 2004 en el entierro del medio campo Pio, un viejo compañero de los tiempos dorados del Cruzeiro, un club gaucho, que llegó en tercer lugar en el campeonato de 1969, atrás de la pareja Gremio e Internacional. Una semana después del entierro del amigo, Didi, que esperaba un trasplante de riñón, fue internado en la Santa Casa. Murió la mañana del primer día de 2005, con falencia múltiple de los órganos. Fue cremado la mañana de aquel domingo.

Octavio Aguiar de Medeiros, general.El jefe del SNI fue enviado por el general Figueiredo al Sur, dos meses después del secuestro, para armar el embuste de Bagé. Una operación que aumentó el desgaste de la policía, reforzó la idea de secuestro y amplió las denuncias en la Justicia por falso testimonio. Perdió la condición de presidenciable, en la sucesión de Figueiredo, con el fin de la dictadura, en 1985, y cambió el uniforme por el pijama. Tuvo un derrame y murió en Brasilia, en septiembre de 2005, a los 82 años.

Eduardo Ferro, capitán del Ejército, Uruguay. Era jefe de la Sección de Operación de la Compañía de Contrainformaciones en el secuestro de Porto Alegre en 1978. Dos años después, estaba en el Servicio de Inteligencia de Defensa (SID). Perdió utilidad con la caída de la dictadura. Reapareció como guardaespaldas de su ex jefe en el SID, general Iván Paulós, en testimonio a la Justicia. En una entrevista para la TV, reconoció haber participado del "traslado" de Lilián y Universindo de la capital gaúcha, pero olvidó el nombre de quien le dio la orden: "Fueron mis superiores, pero ahora no me acuerdo...". Había sido denunciado por el secuestro en la Justicia, en diciembre de 1986, cuando la Ley de Caducidad le garantizó la impunidad. En 2004, en un curso de karate, conoció al dueño de uno de los hoteles más caros del país, Las Dunas, a quince kilómetros del balneario de Punta del Este. Ganó el cargo de jefe de vigilancia del hotel cinco estrellas de la playa de Manantiales. El recreo acabó al ser descubierto por la prensa, en el verano de 2006. Fue dimitido. Circula ahora sólo en clubes militares y, más discreto, trabaja en una empresa de seguridad. En febrero de 2012, la Justicia uruguaya decidió reabrir el caso el secuestro, haciendo posible la condena de Ferro y sus compinches.

Glauco Yannone, capitán del Ejército, Uruguay. Militar que torturó a Lilián y Universindo en el DOPS de Porto Alegre. Era el jefe de la Sección Administrativa de la Compañía al cruzar la frontera para secuestrar a los uruguayos. Después de pasar por la dirección de la penintenciaría femenina de Punta de Rieles, integró en 1980, la Escuela de Inteligencia. Mayor en 1982, torturador destacado en 'La Tablada', el centro clandestino de tortura conocido como Base Roberto, una instalación militar a 10 kilómetros de la Casa del Gobierno, el palacio presidencial en el centro de la capital. Representó al Uruguay en la delegación de los "capacetes azules" de la ONU, que recibió el Premio Nobel de la Paz, en 1988. Con toda esa experiencia, se volvió profesor. Yannone ahora da clases de Historia Militar en la escuela del Ejército uruguayo.

Hugo Cores, político y refugiado uruguayo. Autor del llamado teléfonico para la sucursal de *Veja* que salvó la vida a los uruguayos. En entrevista de 1993, que me concedió, entonces editor jefe de *Zero Hora* en Brasilia, observó: "Todos los uruguayos secuestrados en el exterior, que son alrededor de 180, están desaparecidos hasta hoy. Los únicos que están vivos son Lilián, los niños y Universindo. El secuestro de Porto Alegre fue el único realizado en Brasil y el último practicado por Uruguay. Después de él, nunca más hubo otro." Cores entonces regresaba a su lugar en la democracia uruguaya, ocupando una de las 99 sillas del Parlamento por el ahora legalizado PVP, integrante del Frente Amplio, que llevaría a Tabaré Vázquez a la presidencia de la República en 2004. Hugo Cores escribía artículos en la prensa

engrosando el movimiento popular que pedía el fin de la ley de impunidad. Poco después, la Justicia metía en la cárcel al ex dictador Gregorio "Goyo" Álvarez, el general que comandaba el Ejército cuando fue cometido el secuestro de Porto Alegre. Cores tuvo un infarto cuando dirigía su auto por las calles de Montevideo. Pese a ser socorrido, fue traicionado por el corazón, en diciembre de 2006. Tenía 68 años.

Olivio Lamas, fotógrafo. El dueño del alarido que trajo el rostro de la escribana del DOPS Faustina para el centro del secuestro. Era reportero de las fotos radicales: la yegua 33 que salió del rodeo en Vacaria con la fractura expuesta en una de las patas, el perro bebiendo la sangre del dueño recién apuñalado. Y la más punzante: la de un paciente f aco, rostro cadavérico, aire triste, mirada sin brillo en el cuarto piso del hospital Emilio Ribas, en São Paulo. Era el retrato de la muerte, el primer paciente de la SIDA fotografiado en Brasil. Una foto tan chocante que ningún editor de la gran prensa quiso publicar. Sólo Paulo Markun, editor de la revista *Imprensa*, asumió el desafío. Ella colocó al país delante de la imagen cruel de una enfermedad que Brasil se recusaba a encarar. La osadía le garantizó el Premio Esso de Fotografía de 1988. "En el periodismo, el hombre tiene que tener dignidad, sólo dignidad", enseñaba el viejo Lamas. Cambió la agitación de São Paulo por la paz de la laguna de Ibiraquera, al lado de la playa de Garopaba, donde abrió un bar al final de los años ´80. Sólo salió de allá como fotógrafo oficial de la campaña victoriosa de Lula en 2002. Después volvió a su paraíso. Murió al lado de la mujer, de los seis hijos – Luciane, Santiago, Laura, Aurora, Maria Maria y Vitória – y del mar, corroído por un cáncer despiadado, en junio de 2007. Tenía 58 años.

Lilia Rosas de Casariego, madre de Lilián. Una anónima dueña de casa en Montevideo que la dictadura transformó en símbolo de lucha por los derechos humanos. Armada sólo de sus cabellos grises y de su justa indignación de madre y abuela, vino sola, a los 57 años, a Porto Alegre a denunciar el secuestro de la hija, Lilián, y de los nietos, Camilo y Francesca. Soportó con firmeza la presión de los militares y nunca cerró las puertas a los periodistas y abogados brasileños, que veía como aliados para garantizar la vida de los secuestrados. Sin un grito, demolió las mentiras de los generales, sosteniendo siempre la versión del secuestro. Murió en 1999. Tenía 78 años.

Homero Celiberti, padre de Lilián.El pacato dueño de farmacia en el centro de Montevideo fue compañero firme de doña Lilia en la lucha por la vida y por la libertad de la hija y de sus nietos. Estimuló siempre el delicado contacto de los reporteros brasileños con Camilo, el nieto asustado y fuente fundamental para descubrir la responsabilidad brasileña en la operación uruguaya en Porto Alegre. Mientras doña

Lilia viajaba para denunciar el secuestro en Uruguay, él protegía los nietos en casa y mantenía el contacto con la hija en la prisión. Murió en 2006, a los 87 años.

Camilo Celiberti, hijo de Lilián. El niño de ocho años en 1978 identificó el DOPS, Seelig, Didi, Faustina y marcó, definitivamente, la huella brasileña en un secuestro binacional. Nadie como él garantizó la sobrevivencia de la madre y de Universindo en la prisión y la permanencia del asunto en los titulares de la prensa, amarrando las manos de la represión uruguaya. Camilo se casó y hoy, a los 42 años, tiene dos hijos, Anahí y Mauricio. Trabaja como cocinero en Barcelona, España.

Francesca Celiberti, hija de Lilián. La niña de tres años en 1978 era la figura más frágil del secuestro, un dato perturbador en la operación clandestina del DOPS, un elemento incómodo que desconcertó un delegado de experiencia como Pedro Seelig. Habituada a hacer desaparecer niños en casos de este tipo, la dictadura uruguaya tuvo que mantanerla viva, junto con el hermano y la madre, para no transformar el fiasco del secuestro en un f agrante asesinato testimoniado por la prensa brasileña. A los 37 años, Francesca vive hoy en Montevideo, donde trabaja en diseño gráfico. Se casó y tiene un hijo, Luan.

Lilián Celiberti Rosas de Casariego, editora. Tenía 29 años cuando fue secuestrada y torturada en 1978 en la capital gaúcha. Llevada clandestinamente para su país fue condenada a cinco años de prisión por la dictadura uruguaya. Perdió la infancia de dos hijos, de ocho y tres años. El raciocinio político, el coraje personal y la resistencia física hicieron a esta mujer frágil resistir la fuerza bruta y eludir profesionales experimentados de la represión en Brasil y en Uruguay. Vio y previó en el escenario de la apertura brasileña lo que militares y policías de un lado y otro de la frontera no percibieron: Brasil no era Uruguay. Aquí ya había espacio para una presencia más actuante de la prensa, de los abogados y de la oposición, ref ejo de una opinión pública que clamaba por libertad, amnistía y el fin de la dictadura. Trabaja hoy en una ONG de Montevideo dedicada a la defensa de los derechos de las mujeres. Edita la primera y única revista feminista de Uruguay, *Cotidiano Mujer*, fundada en 1985, dos años después de ser liberada de la penintenciaría de Punta de Rieles.

Universindo Rodríguez Díaz, historiador. El estudiante de medicina tenía 27 años en 1978. Sufrió en el apartamento de la calle Botafogo, sangró durante horas en el pau de arara del DOPS de la avenida Ipiranga, padeció ahogo, fusilamiento simulado y palizas en el fuerte uruguayo de Santa Teresa y los cuarteles de la represión en Montevideo. Policías brasileños y militares uruguayos lo golpearon duro en los dos lados de la frontera, en el límite de lo insoportable. Advirtió al director del DOPS: “Esto tendrá un costo político *muy, muy* grande para Brasil”. Lo tuvo. Al salir de Libertad, el presidio donde cumplió cinco años de pena por “invasión” del

territorio uruguayo, retornó a la universidad. En vez de Medicina, se formó en Historia. Hoy, a los 60 años[45], integra el Departamento de Investigadores de la Biblioteca Nacional, en Montevideo. Guionista, realizó documentales como *A las cinco en punto* (2004), sobre la huelga general contra el golpe cívico–militar de junio de 1973, y la serie de 12 programas para TV sobre *Memorias de Luchas: de Trabajo y de Trabajadores* (2006–2008). Tiene un hijo, Carlos

Ivan, 21 años, estudiante de filosofía.

El secuestro de los uruguayos en Porto Alegre es el único fracaso internacional de la Operación Cóndor – su primer sobrevuelo con testigos.

Primero y único. Nadie quedó vivo en el extremo sur del continente para contar, con testimonio de la prensa, la historia del Cóndor en acción. Sólo escaparon los cuatro uruguayos secuestrados en Porto Alegre.

Con Universindo, Lilián y los dos niños sobrevivió la verdad.

Como ellos, íntegra y fuerte.

La verdad viva. Como ellos.

¡*Zei!*

---

45 Universindo Rodríguez Díaz (1951-2012). Falleció de un raro tipo de cáncer el 2 de setiembre de 2012 cuando tenía 61 años y muchos proyectos en marcha. La Policlínica Odontológica, situada en el barrio obrero del Cerro de Montevideo, lleva su nombre por su activa participación en este proyecto.

En democracia se convirtió en investigador e historiador del movimiento obrero del Uruguay. Egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universindo puso el foco de sus investigaciones en los sectores populares. Sus primeros libros se titulan justamente *Los sectores populares en el Uruguay del 900* (dos tomos). Integraba el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional.

Participó en numerosos proyectos de recuperación de la memoria sindical y política de las décadas de 1960 y 1970. Publicó, entre otros, *El sindicalismo uruguayo. A 40 años del congreso de unificación sindical*, junto a Silvia Visconti, Jorge Chagas y Gustavo Trullen (Santillana, 2006). En coautoría con Visconti escribió *Jose D'Elia Constructor de unidad, forjador de esperanzas*, una edición conjunta del PIT–CNT y el Consejo de Educación Técnico Profesional y *Albañiles. Esos obreros del andamio* (2008).

Coordinó el proyecto de desclasificación y recuperación de más de 7500 documentos procedentes de requisas realizadas a militantes y grupos políticos antes de la dictadura, e integró el equipo del proyecto de investigación *Hacia la recuperación de la memoria oral y los archivos históricos del movimiento sindical en Uruguay*, junto a Rodolfo Porrini e Isabel Wschebor financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Udelar.

En coautoría con José Pedro Charlo realizó los documentales *Memorias de Luchas. De Trabajo y de Trabajadores* (12 documentales, co producción de Cooperativa Memoria y Sociedad con PIT–CNT, Biblioteca Nacional y TV Ciudad, 2006 y 2008), *Héctor el tejedor* (2000), *A las 5 en punto* (2005), *Textiles y papeleros de Juan Lacaze* (2006), y *Mujeres: trabajadoras y sindicalistas* (2006).

Con María Eugenia Young escribió *Juan Carlos Mechoso. Anarquista* (Trilce, 2006). Y fue coautor, con Ivonne Trías, de la biografía *Gerardo Gatti. Revolucionario* (Trilce, 2012).

ANEXO
La sombra del Cóndor

1978. Noviembre. El año todavía no terminó.

Abrió con el requiebro sin gracia del Príncipe Charles, todavía soltero, intentando acompañar el balanceo insinuante de la bella y calva Pinah, el destacado negro de la escuela de zamba Beija–Flor en el carnaval carioca. En las discotecas de moda la fiebre de sábado en la noche recuerda la danza frenética de John Travolta.

En la fiebre de la guerrilla, las Brigadas Rojas secuestran y matan en marzo al líder de la democracia cristiana de Italia, Aldo Moro. El mundo católico se agita cinco meses después. La Iglesia que vio sólo dos papas en las últimas cuatro décadas del siglo XX es comandada por tres papas en apenas cien días. Paulo VI, pontífice desde 1963, murió el 6 de agosto. El sucesor Juan Pablo I duró breves 34 días, fulminado por un infarto nada católico. El polaco Karol Wojtyla, el primero no italiano en 455 años de papado, fue elegido el 16 de octubre para el largo pontificado de 26 años que consagraría el estilo *pop* del papa Juan Pablo II.

La censura comienza a perder el hilo, después de una década de AI-5. La *Ópera do Malandro* de Chico Buarque se estrena con el corte de un verso, pero sobrevive a la tijera la expresión "joga pedra na Geni" (tira piedra en la Geni), que se vuelve famosa. *La naranja mecánica* de Stanley Kubrick es liberado después de siete años en los estantes, aún así con el recurso de las bolitas negras cubriendo los genitales de los personajes. El teatro de vanguardia se renueva con *Macunaíma*, de Antunes Filho, que trae de la selva los indios y los hermanos sertanistas Villas–Boas para dejar los ensayos más enraizados en la cultura popular.

En la mitad del año, el gobierno cesa el control de los tres últimos diarios censurados del país – *O Estado de S. Paulo, Tribuna da Imprensa* y *O São Paulo*, órgano de la Arquidiócesis liderada por el cardenal Don Evaristo Arns. Renacen las huelgas en el ABC paulista, donde despunta un sindicalista barbudo en las campañas obreras de San Bernardo, llamado Luís Inácio Lula da Silva.

Todo Brasil censura al técnico de la selección de fútbol, Cláudio Coutinho, que lleva para la Copa del Mundo en Argentina al "bruto" medio campista Chicão, del São Paulo, en lugar del elegante crack Falcão, del Internacional. El equipo sale invicto del campeonato, con el tercer lugar después de cuatro victorias y tres empates. "Campeones morales", festeja Coutinho, solo.

Setiembre oscila entre la paz y la guerra. Casi paz en Camp David, en el encuentro que Jimmy Carter promovió entre el presidente egipcio Anwar El–Sadat y el primer ministro Menachem Begin para una tregua más en el Oriente Medio. Casi guerra entre los generales de Argentina y de Chile por la posesión de las islas heladas en el Canal de Beagle, en el extremo sur del continente. La intervención del papa Juan Pablo II enfría la crisis.

Mueren el pintor americano Norman Rockwell, el compositor armenio Aram Khachaturian, los ex presidentes Raúl Lastiri (argentino) e Houari Boumédiène (argelino), el

campeón sueco de Fórmula 1 Ronnie Peterson y la ex premier israelí Golda Meir. El líder fanático de una secta en Guyana, el americano Jim Jones, lleva más de 900 seguidores al suicidio. Nace en Inglaterra el primer bebé de probeta, Louise Brown.

Los libros más vendidos entre los brasileños hablan castellano: *Las venas abiertas de América Latina*, del uruguayo Eduardo Galeano, y *Conversación en la Catedral*, del peruano Mario Vargas Llosa. La inflación anual alcanza el 40,84%.

1978. Noviembre. El mes comenzó mal, cuando el teléfono suena en el Comando General del Ejército en Montevideo.

El pase libre

La voz anónima informa la dirección de un militante clandestino del PVP.

Allí, dice el delator, vive una persona "requerida" por las Fuerzas Conjuntas, un integrante del eliminado Partido por la Victoria del Pueblo. La información fue pasada al Departamento II del Estado Mayor, responsable por las acciones represivas ejecutadas por su brazo operacional – la secreta Compañía de Contrainformaciones. El general Manuel J. Núñez, jefe del Estado Mayor, había colocado en el puesto un amigo personal, el coronel Calixto de Armas, conocido en el código de radio como 'Rojo Maíz', nombre clave usado por quien comanda el área de información.

A los 47 años, Calixto César de Armas González es el hombre más poderoso de la represión uruguaya. Habían pasado cinco meses desde que dejó el puesto de jefe del Departamento II del Estado Mayor del Ejército por un cargo de nombre parecido, pero mucho más influyente: ahora como jefe de otro Departamento II, el del Comando General del Ejército, el coronel comandaba las cuatro Divisiones del Ejército que reinan sobre el país y hasta el OCOA, el Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas.

Ambos – el general y el coronel – reciben órdenes directamente del comandante general del Ejército, el general Gregorio 'Goyo' Álvarez. Y de nadie más.

Es el coronel De Armas quien coloca las armas de la Compañía en la calle. Todavía esa noche, tres autos estacionan de repente delante de la casa denunciada, en una calle de la Villa Colón, barrio de la parte noroeste de la capital, a unos 12 kilómetros de la sede de la Compañía. Una decena de hombres armados comandados por dos oficiales irrumpe, la noche del miércoles, 1º de noviembre, en la casa de Carlos Amado Castro Acosta. Sólo encuentran a los padres de la persona "requerida". La casa es revisada y el grupo arma una 'ratonera', a la espera de su presa.

Un suboficial y cuatro hombres permanecen allí, esperando noche adentro. Uno de los soldados, talvez el más inexperto de ellos, acabó de cumplir 21 años. Hugo Walter García Rivas, recién casado, todavía tiene cara de muchacho, con su rostro fino y la palidez acentuada por un bigote aún ralo. Los guardias se turnan en la vigilancia de la madrugada. Nada sucede.

Castro sólo apareció al final de la mañana del jueves, día 2. Desconfiado, rondó la casa y percibió la trampa. La madre había dejado la cortina de la ventana suspendida hasta una cierta altura, la seña para avisar del peligro. Cuando aceleró el paso para huir, Castro

fue apresado en la acera y llevado para la sede de la Compañía, en la esquina del bulevar Artigas con la calle Colorado. Una tortura eficaz y rápida luego reveló lo que ellos querían: la militancia de Castro en el PVP y el paradero de otros diez militantes del partido. Entre ellos, Ana Salvo, Marlene Chauquelt, German Stef en Artigue y su hijo Roni, Luis Alonso y Rosario Pequito Machado.

En la celda de la Compañía, quien dirigía los interrogatorios era el capitán Eduardo Ramos, jefe de la Sección Técnica, un hombre de frialdad matemática. Había sido jefe del Departamento de Ingenieros del Comando general del Ejército. Ahora acumulaba su función en la Compañía con el puesto de profesor en el curso de Interrogatorio de la Escuela de Inteligencia, abierta en 1975 en la sede militar situada en la esquina de las calles Dante y República. Daba cursos para 20, 25 alumnos mezclando sargentos y oficiales. La clase integrada acabó cuando un sargento, más inteligente, osó sacar el primer lugar dejando atrás la oficialidad joven. Los militares más graduados no quisieron pasar por otra humillación y dividieron el grupo.

El curso se basaba en la cartilla de 1968 llamada MOAS, Manual de Operaciones Antisubversivas, preparada por el OCOA. Las clases de interrogatorio, administradas por el capitán Ramos, eran prácticas: traían un preso de la Compañía, cualquiera, y delante de los alumnos le aplicaban torturas, golpes, choques eléctricos y sesiones de ahogo, con el debido cuidado para no matar a nadie. Ocurrían desmayos frecuentes y sólo entonces era llamado el médico, Dr. Scaravino. No eran clases para interrogar, en verdad, sino para acostumbrar el curso con el violento visual de la tortura.

El soldado García Rivas percibió que el caso de Rosario Pequito no era una simple clase. El capitán Ramos ese día no quería sólo enseñar su equipo, sino interrogar y extraer informaciones de la joven, lo más rápido posible. La tortura comenzó en el *tacho*, un tonel cortado por la mitad y lleno de agua. Rosario fue extendida en una tabla y su cabeza sumergida en el tacho varias veces para perder el aliento y la resistencia. Rosario resistió un día entero.

El segundo día ella fue desvestida, esposada con las manos en la espalda y colgada por los puños en un gancho clavado en el techo. Y así quedaba, con los brazos erguidos para atrás, sosteniendo en las muñecas retorcidas el peso del cuerpo y de los golpes. Ella se desmayaba de dolor. Era retirada del gancho, reanimada y, media hora después, vuelta a colocar en el lugar. Rosario resistió el segundo, el tercer, el cuarto día. El quinto día no resistió más. Contó que en Porto Alegre había una pareja del PVP que hacía la conexión entre el partido y su líder máximo, Hugo Cores, escondido en algún lugar de Brasil. Y reveló el nombre de la pareja:

–Lilián Celiberti y Universindo Rodríguez Díaz.

La primera reacción del equipo de operaciones de la Compañía fue hacer en Porto Alegre lo que se hacía, habitualmente, en Buenos Aires: cruzar simplemente la frontera y buscar los "requeridos". Sin burocracia, sin demoras, sin formalidades. Fue el comandante del Departamento II quien cortó el devaneo del curso:

–¡Brasil todavía no es Argentina! Tenemos que hablar con alguien antes – recordó el coronel Calixto de Armas, que antes de asumir el Departamento había sido agregado militar en Paraguay.

El soldado García Rivas acabó oyendo del sargento Miguel Rodríguez más de lo que debería saber: el camino recorrido por el coronel De Armas para garantizar el pase libre de los militares uruguayos en Brasil. El sargento había servido dos años en la embajada uruguaya en Brasilia y ahora era el brazo derecho del capitán Eduardo Ferro, el jefe de la Sección de Operaciones de la Compañía. El soldado supo por el sargento que el coronel De Armas había llamado para un amigo del Ejército brasileño, también coronel en Porto Alegre.

García Rivas sabría, después, que no era Porto Alegre. Era una ciudad próxima, a unos 30 kilómetros de la capital gaúcha: São Leopoldo, la sede del 16º Grupo de Artillería de Campaña, el 16º GAC. En el comando del cuartel desde el 26 de enero de 1978, el coronel uruguayo reencontró un viejo colega, un coronel de 46 años, gaúcho de la ciudad de Santa María y descendiente de emigrantes napolitanos, llamado Carlos Alberto Brilhante Ustra.

El nombre justo para apuntar a los amigos que la Compañía precisaba en Porto Alegre. El coronel de Montevideo marcó una línea segura para el coronel de São Leopoldo.

La Operación Cóndor comenzaba a batir alas en dirección a Brasil.

El estómago revuelto

Ocho años antes, el entonces mayor Ustra parecía haber recibido un castigo.

A partir del 29 de setiembre de 1970, él asumiría el comando de un montón de salas estrechas y divididas por tabiques de madera en los fondos mal arreglados de una mugrienta delegación de policía. Quedaba en el barrio Vila Mariana, a cinco cuadras del gimnasio de Ibirapuera, a cuatro kilómetros de la esquina más famosa de São Paulo – la de las avenidas Ipiranga y São João –, eternizada en los versos de la música *Sampa* del compositor y cantante Caetano Veloso.

El 36º Distrito Policial, en el cruce de la calle Tutóia con Tomás Carvalhal, no tenía encanto para inspirar ningún poeta. Ustra asumía el arriesgado encargo de colocar en el mapa y en el imaginario nacional la dirección macabra del DOI-CODI de São Paulo, la base del Destacamento de Operaciones de Informaciones (DOI) del Centro de Operaciones de Defensa Interna (CODI) del II Ejército. La esquina de tortura y terror de la calle Tutóia que quedaría marcada, sin poesía, con letra y música de su autor principal.

Brilhante Ustra pondría el nombre en la historia de la dictadura, adoptaría el nombre clave de 'mayor Tibiriçá' y conquistaría el justo renombre como el profesional más temido de la represión militar brasileña. Para eso comenzó arreglando aquel revoltijo prestado a la delegación. Rediseñó el lugar, arregló los espacios para acomodar las salas de interrogatorio y el encarcelamiento y acomodó de la mejor manera la centena de hombres que seleccionó para iniciar la epopeya de la Tutóia. En poco tiempo el efectivo se había duplicado. Llegó a 250 hombres, el mayor DOI del país, juntando gente "barra brava" de la Policía Militar (PM) paulista, de la policía civil y del Ejército, destacó para allá diez oficiales, 25 sargentos y cinco cabos. La gestión eficiente de Ustra, entre setiembre de 1970 y enero de 1974, haría

justicia a su esfuerzo, haciendo de esa dirección y de ese equipo el símbolo más fuerte de los años de plomo del gobierno Médici: el DOI-CODI de la calle Tutóia.

Nunca, en el campo del conf icto ideológico, tantos del Ejército brasileño debieron tanto daño en la imagen institucional de una corporación tan grande (150 mil hombres en 1970) a tan pocos (250 'carcarás' del DOI paulista).

Sólo el DOI de São Paulo, en el período de enero de 1969 a mayo de 1977, detuvo 2541 'subversivos' y 51 'terroristas' murieron en combate con los equipos — se vanagloriaba el propio Ustra en una declaración de 17 páginas divulgado el 2000 en la colección de testimonios militares sobre el golpe de 1964, organizado por el Comando del Ejército y publicado por la editora de la Biblioteca del Ejército.

La inspiración para la violencia venía de lo alto, del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas: el general Emilio Garrastazu Médici, el Presidente de la República. En el inicio de su gobierno, él mismo estaba contra la paliza, que podría manchar el nombre de la tropa. Cuando los ministros militares pidieron licencia para usar sus hombres en el combate al terrorismo, Médici resistió:

–¡Eso es trabajo para la policía!

La resistencia acabó tiempo después, cuando un mayor de la PM murió al intentar salvar un sargento herido en una confrontación armada con guerrilleros atrapados en su escondite. Irritado, el presidente llamó al comandante del Ejército, general Orlando Geisel.

–Ministro, ¿sólo los nuestros mueren? Cuando invadan un aparato, tendrán que invadir ametrallando. Estamos en guerra y no podemos sacrificar los nuestros – ordenó Médici.

Animados por la directriz presidencial, los "nuestros" apretaron el dedo en el gatillo y aceleraron el ritmo en la batida. El año 1970, el primero del general Médici en el Planalto y del mayor Ustra en la calle Tutóia, señala 1.206 denuncias de tortura sólo en los procesos que llegaron al Superior Tribunal Militar, en Brasilia. En los tres años siguientes, sucedieron otros 2.300 casos, con la inevitable colaboración del mayor y más eficiente DOI del país.

En la gestión de 40 meses del mayor en el DOI paulista, según el proyecto Brasil Nunca Más de la Arquidiócesis de São Paulo, resonaron 502 denuncias de torturas (una cada sesenta horas) y se contaron 40 muertes (una por mes). Ustra recordó con orgullo en su libro de memorias que 90 hombres de su equipo ganaron en ese corto período de tiempo la Medalla del Pacificador con palma – atribuida a militares que corrieron riesgo de vida y asociada directamente a los integrantes de la represión más feroz. El DOI registra en esa fase el impresionante promedio de una condecoración por cada trece días. Sólo diez de los 522 mayores de Artillería habían merecido la distinción y, en la decena, cuatro habían pasado por los sótanos del combate a la corrupción. Uno por el Centro de Informaciones del Ejército (CIE) y tres por el DOI-CODI – Ustra era uno de ellos. En 38 años de servicio en la tropa, Ustra acabaría dando más atención a los 59 elogios clavados en su Hoja de Alteraciones, donde se traza la biografía funcional de los militares. Algunos se deben a su ejemplar paso por el DOI, que registró el bautismo de sangre de Ustra con sólo 67 días de comando.

A inicios de noviembre de 1970, llegó a São Paulo una información crítica: el delegado Pedro Seelig, el hombre más importante del DOPS gaúcho, había capturado en Rio Grande

do Sul uno de los comandantes regionales de la organización guerrillera Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR), de nombre clave André. Bajo la tortura del *pau de arara*, confesó un "punto" a las cinco de la tarde del día 20 en la avenida Santo Amaro, en el Anel Rodoviario de São Paulo, para un encuentro con Joel, del comando nacional de la VPR. Más que un nombre clave, Joel era uno de los blancos de la izquierda más odiados por la represión: su nombre verdadero era Yoshitane Fujimori, un técnico en electrónica de 26 años, el brazo derecho del ex capitán Carlos Lamarca, líder de la organización. Fujimori concentraba una ira especial por ser acusado de la muerte a culatazos del teniente de la PM paulista Alberto Mendes Jr. El episodio sucedió cuando Lamarca y su grupo rompieron el cerco militar a la frustrada guerrilla de la VPR en el Vale da Ribeira, una amplia región de matas al sur de São Paulo.

Seelig llevó a André a São Paulo, donde Ustra pidió ayuda en el cerco policial al experimentado delegado Sergio Paranhos Fleury. Así, en operación única, se juntaron los tres íconos de la represión del régimen a la lucha armada. Era la primera acción de calle de Ustra, y él se esmeró. Comprometió todos los Equipos de Búsqueda y Aprehensión en la plaza bajo un viaducto de la zona sur de la ciudad. Los hombres se disfrazaron de barrenderos, heladeros, funcionarios de la telefónica y de camioneros de mudanzas. El propio Ustra entró en el clima, fingiendo pilotear un carrito de palomitas de maíz en lo alto del viaducto, donde comandaba el espectáculo por radio. Cuatro minutos antes de la hora, vigilado por cuatro agentes infiltrados en la multitud, André fue liberado en la avenida por el equipo de Ustra. Pero Joel no apareció. La misma decepción sucedió en las dos fechas alternativas del punto, cinco y diez días después.

En la última de ellas un agente del DOI desconfió de un japonés que miraba con insistencia para la plaza. Él anotó la placa del Volks rojo que el sospechoso dirigía. Fujimori acabaría cometiendo un descuido fatal: no cambió el auto ni la placa. Al final de la mañana del 5 de diciembre, un equipo del DOI se cruzó con el auto rojo en la plaza Santa Rita de Cássia, frente a una iglesia del barrio de la Saúde, a tres cuadras de la avenida Jabaquara. El Volks era dirigido por un hombre de color negro, al lado del sospechoso japonés. Al ser interceptado por la camioneta Veraneo C–14, Fujimori bajó del auto disparando su ametralladora. El conductor, el ex marinero Edson Neves Quaresma, el Plácido de la VPR, recién llegado de un entrenamiento de guerrilla en Cuba, corrió para una calle lateral disparando un revolver. Los dos guerrilleros cayeron. Quaresma fue cargado para el medio de la plaza, donde murió. El laudo del legista muestra que fue ejecutado allí mismo: llevó un tiro en la espalda y otros cuatro en la cabeza, uno de ellos en el oído derecho. Fujimori llegó vivo al DOI, pero duró poco. La pericia concluyó que tres de las cuatro balas que recibió en el lado derecho de la cara fueron disparadas cuando estaba tendido, caído en el suelo. Las bajas del DOI fueron un sargento de la PM, alcanzado con gravedad, y un cabo de la PM con un tiro en la pierna. La visión de los muertos y heridos revolvió el estómago de Ustra.

–Comencé a sentirme mal. Nunca había visto un hombre perdiendo sangre y gimiendo por causa de tres heridas a bala. Nunca había tocado personas muertas a tiros –escribió el mayor en su libro de memorias, *Rompiendo el Silencio*.

El duro enfrentamiento en las calles haría habituarse en poco tiempo al sensible Ustra a la sangre perdida, a los gemidos de dolor y a los cadáveres tocantes que dominaban el diario ajetreo de violencia del DOI. Más que hábito, ganó reconocimiento en el gobierno de Médici y notoriedad en el futuro gobierno Geisel. A mediados de 1972 los generales Ernesto Geisel y Golbery do Couto e Silva sabían lo que ocurría en el inframundo de la represión y comprendían que el mayor Ustra no se impresionaba más con las escenas fuertes de su oficio.

Golbery, el futuro ministro de la Casa Civil, pasó entonces al secretario Heitor Ferreira una lista que había recibido con los nombres de cinco oficiales del DOI paulista acusados de torturar presos políticos. Identificaba a tres capitanes – Homero César Machado, Dalmo Lúcio Cirilo y Benoni de Arruda Albernaz – y dos mayores – Inocêncio Fabricio de Mattos Beltrão y Carlos Alberto Brilhante Ustra, el comandante de la calle Tutóia. "La fuente afirma que son torturadores", anotó el futuro secretario particular de Geisel. Después Golbery identificó la fuente de la lista para Heitor: era Gilberto Azevedo, un ex diputado federal paranaense. El periodista Elio Gaspari relata, en el libro *A ditadura derrotada*, que el general se encontraba casi todos los lunes con un hombre que conocía bien el asunto: el coronel Francisco Homem de Carvalho, el 'Carvalhinho', que estaba con Golbery en la fundación del SNI y ahora comandaba el batallón de la Policía del Ejército de la calle Barão de Mesquita, sede del DOI-CODI carioca.[46] Sólo perdía en violencia y denuncias de torturas para el DOI paulista.

En enero de 1976, dos años después de la transferencia de Ustra para Brasilia, apareció muerto en la cárcel de la Tutóia el obrero Manoel Fiel Filho. Era el 39º 'suicidio' que enlutó el régimen, el 19º preso político en ahorcarse, el 9º cadáver sofocado sin el espacio libre indispensable para dejar el 'suicida' con los pies lejos del suelo. El obrero repetía las extrañas circunstancias de la muerte del periodista Vladimir Herzog allí mismo, tres meses antes. Hechos que no hicieron que se sintiesen mal comandantes más experimentados que Ustra.

El general Confucio Danton de Paula, jefe del CIE, el servicio secreto del Ejército, supo inmediatamente de la muerte de Fiel Filho, pero no avisó al ministro Sylvio Frota, de quien era subordinado directamente. El general João Baptista Figueiredo, jefe del SIN, un servicio creado para dejar el presidente siempre bien informado, no informó nada al general Ernesto Geisel. Los DOIs en los grandes comandos del Ejército tenían vínculo directo con el CIE a través de la 2ª Sección del Estado Mayor, creando una conexión sin intermediarios entre mayores y coroneles cada vez más desenvueltos en la guerra a la subversión, amparados en la cómplice tolerancia o en la cómoda indiferencia de los generales que debían controlar sus desmanes.

La fraternal convivencia de la Comunidad de Informaciones establecía una nueva jerarquía, más f exible y directa, que dispensaba formalidades en nombre de la agilidad invocada para combatir el comunismo. Concedía autonomía operacional, no independencia. Parecía una divertida subversión en la disciplina, pero no pasaba de una calculada, consciente con-

46 Gaspari, 2003, p.235.

cesión de los principales comandantes – complacencia que garantizaba la eficacia de la guerra antisubversiva sin ensuciar las manos de los generales más estrellados en el juego bruto de la represión. Un acuerdo táctico de caballeros en el plano estratégico de la dictadura para justificar el terrorismo de Estado como reacción necesaria al terrorismo de la izquierda.

El hermano de la represión

El mayor se convirtió en teniente coronel en 1974 y cambió São Paulo por Brasilia.

La familia aumentó en la parrillada de despedida que los compañeros de la calle Tutóia ofrecieron al comandante, en un sitio en la carretera para São Carlos. Patricia, la hija de Ustra, ganó un cachorro de raza Pinscher del subcomandante del DOI-CODI. La fiesta acabó en llantos, todos emocionados por la separación. La perrita Cherie formaría parte del clan Ustra por los próximos diez años. Al día siguiente Ustra cargó la mujer, Joseíta, la hija, la empleada, las maletas, la cachorra y la jaula de 'Pinguinho' (el pajarito de Patricia) en su congestionado Sedan Volks y se lanzó a la carretera. En otro auto, con parte de la mudanza, venían dos agentes del DOI, 'Fazendeiro' y 'Velho', en el esquema de seguridad que hallaron necesario para el viaje del ex jefe del DOI más temido del país.

Ustra ahora pasaría su experiencia a los más nuevos, como instructor jefe del Curso de Operaciones de la Escuela Nacional de Informaciones (ESNI)del SNI. Cuatro días antes de la Navidad de 1974, él volvió a la actividad como jefe del Sector de Operaciones del CIE, el servicio secreto del Ejército. En el edificio del Ejército en la Esplanada de los Ministerios, donde los ascensores sólo subían hasta el octavo piso, Ustra tenía una sala inaccesible en el noveno, con conexión directa al gabinete del ministro. El general Sylvio Frota despachaba a siete kilómetros de allí, refugiado en el 'Fuerte Apache', el QG del Ejército en el Sector Militar Urbano de la capital. En el CIE, Ustra retornaba a las calles y al fragor de la batalla. El estómago ya no se le revolvía delante de muertos y heridos.

Al final de la mañana del 16 de diciembre de 1976, el general João Baptista Figueiredo mandó una información del SNI al presidente Geisel resumiendo una acción estruendosa, horas antes, en una calle del barrio Alto dela Lapa paulistana. Agentes del DOI irrumpieron tirando en la casa. Murieron dos históricos dirigentes del Partido Comunista do Brasil (PCdoB), Pedro Pomar y Ángelo Arroyo, sobreviviente de la guerrilla que el partido alentó cuatro años en las selvas del río Araguaia, en el extremo norte de la provincia de Tocantins. El tercer cadáver, el del economista João Batista Franco Drummond, fue colocado allí para disfrazar su muerte bajo tortura un poco antes en el DOI. Había sido detenido la noche anterior junto con media docena de camaradas y, por la versión que Figueiredo pasó a Geisel, murió de una forma más creativa que la de los suicidios por ahorcamiento. Decía el informe del SNI: "El tercer elemento intentó huir por la caja de agua, habiendo caído a la calle, se fracturó el cráneo y fue atropellado por un automóvil, falleciendo como consecuencia". Extraño sería que hubiese sobrevivido.

Figueiredo le contaba otra mentira al presidente sobre el episodio que pasó a la Historia como la 'Masacre de la Lapa'. Atribuía la operación al DOI-CODI del II Ejército, pero era todo ingenio y arte del CIE. El jefe de operaciones del CIE montó el ataque a partir

de Brasilia y, en la hora de la acción, Ustra y cuatro hombres de su equipo viajaron a São Paulo para el salto final. Cuando la pólvora se disipó, llegó al lugar Sérgio Fleury, esta vez en condición de simple curioso. El teniente coronel ya no precisaba pedir ayuda al delegado del DOPS para el éxito de sus embestidas. El discípulo ya no dependía del maestro.

Ustra practicaba cada vez más la virtud de la discreción. En el libro de memorias lanzado en 1987, resume sus tres años como jefe del sector más animado del CIE en tres enjutas, frustrantes líneas: "Al año siguiente [1974] fui invitado para trabajar en el Centro de Informaciones del Ejército (CIE), un órgano del gabinete del ministro". Así, desnudo y crudo, sin revelar ni su importante puesto de jefatura. Dos páginas adelante, un poco más osado, Ustra aclara: "Yo, en el CIE, estaba muy satisfecho. El trabajo era bueno y a veces viajaba".[47]

El viaje más corto fue un fracaso. El general Antônio da Silva Campos, jefe del CIE, mandó viajar a Ustra 15 kilómetros hasta el aeropuerto de Brasilia la mañana del miércoles, 12 de octubre de 1977, feriado de Nuestra Señora Aparecida y Día del Niño. Minutos antes, en la más grave crisis uniformada del régimen militar, el presidente Geisel había despedido al ministro Frota, candidato línea dura de Campos y Ustra contra el favorito del Planalto, Figueiredo. En la tentativa de resistir como ministro y candidato, Frota convocó los generales de cuatro estrellas para una reunión de emergencia. La misión de Ustra era interceptar los comandantes, aún en la pista del aeropuerto, y convencerlos a ir hasta el QG, donde los esperaba el ministro despedido e inconformado. Ustra no consiguió convencer a nadie. Todos los generales fueron directamente al Palacio de Planalto – y Frota, directo para la reserva.

El ministro del Ejército y el jefe del CIE cayeron – pero Ustra sobrevivió. El sucesor de Frota, general Fernando Bethlem, lo mantuvo en la jefatura del Sector de Operaciones del CIE, donde permaneció hasta fin del año. Ustra fue entonces promovido a coronel y transferido en enero de 1978 para São Leopoldo, en el sur de Brasil. El viaje reunió la familia, ahora ampliada, en el mismo auto apretado: Joseíta, las hijas Patricia y Renata (ésta nacida en Brasilia), la empleada y la perrita Cherie. Pero ahora sin 'Pinguinho', el pajarito que no resistió los aires del Planalto central.

La larga jornada al Sur se hizo con tres escalas. La primera en Ribeirão Preto, en el interior paulista, la segunda en São Paulo. Ustra alojó las mujeres en un hotel de la capital y, en una recaída nostálgica, prefirió dormir con Cherie en su antiguo alojamiento del DOI-CODI, en la Tutóia. Hicieron una última parada en un hotel a la orilla de la carretera, próximo a Caxias do Sul, en la sierra gaúcha. Al día siguiente llegaron a São Leopoldo. Ustra asumió el comando del 16º GAC el día 26 de enero.

Fue allí, a inicio de noviembre de 1978, que el coronel brasileño recibió el llamado del coronel uruguayo. El enlace de Ustra y De Armas, viejos aliados de la Comunidad de Informaciones, era cada vez más intenso en la represión sin fronteras, sin límites. Mientras encabezaba el sector de operaciones en el CIE en Brasilia, entre 1974 y 1977, Ustra tenía en Montevideoun interlocutor frecuente en Calixto de Armas, que había asumido la dirección

47 Ustra, 1987, p. 232.

del Servicio de Inteligencia de Defensa (SID) en marzo de 1974, casi en el mismo momento en que el coronel brasileño cambiaba São Paulo por Brasilia. Ustra aún era el jefe operacional del servicio secreto, en agosto de 1977, cuando Calixto de Armas cambió el SID por la jefatura del Departamento II del Estado Mayor, ganando más envergadura en la represión. El amigo uruguayo de Ustra ganaba altura.

Era la comunidad volando alto.

Como un cóndor.

* * *

El código no escrito de la Comunidad de Informaciones tiene canales propios.

Ellos se apoyan más en la confianza que en la jerarquía, la convivencia pesa más que la burocracia. Un apartado coronel y compañero de viejas batallas es más importante que un general de designación reciente instalado en la sala de al lado. La lealtad y la complicidad resisten a las remociones de la carrera y a las emociones de la distancia. Nada de eso hiere el principio de la jerarquía, porque en el mundo secreto de las informaciones es siempre mejor no saber. La compartimentación ysus ventajas: garantiza la seguridad y evita compromisos embarazosos.

Ustra recomendó a De Armas que nada se hiciese sin el formal conocimiento del área responsable por el intercambio de informaciones de seguridad en la frontera –en el caso, el servicio secreto militar, el Centro de Informaciones del Ejército, el CIE. *Brasil todavía no es Argentina*, concordaron los dos coroneles. Era por lo tanto recomendable dejar el CIE al par de la operación. Ustra explicó a De Armas que, en el caso de Rio Grande do Sul, no era necesario accionar el DOI-CODI del III Ejército. El brasileño resumió rápidamente para el uruguayo el modelo gaúcho de represión, anticipando en líneas generales lo que él describiría con más detalles una década después en su libro de memorias:

> Más o menos en la misma época, en 1969, cuando fue creada en São Paulo la Operação Bandeirante (OBAN), era creada en Porto Alegre la División Central de Informaciones (DCI).
>
> La misión de los dos órganos era semejante, es decir, el combate centralizado al terrorismo. Mientras la OBAN estaba subordinada al comandante del II Ejército, la DCI lo era al secretario de Seguridad Pública. El comandante de la OBAN era un oficial del Ejército en actividad. El director de la DCI, también.
>
> En cuanto al personal: en la OBAN, el Ejército, a través de sus oficiales, ejercía las funciones de jefatura; en la DCI, esas funciones era ejercidas por delegados de policía y policías militares. El resto del personal, en la OBAN, era distribuido entre militares del Ejército y de las Policías Civil y Militar. En la DCI no existían militares del Ejército para las funciones subalternas.
>
> La OBAN era un órgano de análisis, de informaciones, de interrogatorio y de combate. La DCI sólo hacía análisis e informaciones. Los interrogatorios y las acciones de combate eran ejecutados por el DOPS.
>
> Con la implantación de la nueva estructura nacional para el combate al terrorismo, fueron creados los DOI y la OBAN fue extinguida pero, en Porto Alegre, la DCI continuó su trabajo y el DOI-CODI del III Ejército recién sería creado en 1974.

> El primer director de la DCI fue el entonces mayor Atila Rohrsetzer, mi amigo y compañero de promoción, desde los tiempos de la Escuela Preparatoria de Cadetes de Porto Alegre. El trabajo en Rio Grande do Sul fue facilitado por una gran armonía entre el III Ejército, los secretarios de Seguridad, el director del DCI y el director del DOPS.
>
> Todo lo que pasaba llegaba, inmediatamente, al conocimiento del III Ejército. En el Sector de Operaciones, el delegado Pedro Carlos Seelig, responsable por las prisiones y por los interrogatorios, comandaba un equipo que trabajaba con gran eficiencia, siempre en consonancia con las directrices del III Ejército. Por lo tanto, a pesar de que la DCI y el DOPS fuesen, oficialmente subordinados al secretario de Seguridad, en la práctica ellos lo eran al comandante militar del área.
>
> Fue así, basado en esta estructura de la Secretaría de Seguridad, una estructura cimentada en el trabajo eficiente del equipo de la DCI, teniendo a la cabeza el entonces mayor Atilla, y de la actuación del delegado Seelig y de su equipo, que el III Ejército combatió, con pleno éxito, el terrorismo en Rio Grande do Sul. (...)
>
> Después de São Paulo, Rio de Janeiro y Minas Gerais, fue en Rio Grande do Sul que el terrorismo estuvo más activo, principalmente por la existencia de la frontera con Argentina y Uruguay, que facilitaba el movimiento de militantes que iban y venían, transportando dólares, armamento, munición y documentos para las organizaciones terroristas.
>
> La estructura de Rio Grande do Sul sólo se mantuvo frente a las características del área y a la relación entre las autoridades del Ejército y los miembros de la Secretaría de Seguridad Pública.[48]

El jefe del DOI-CODI paulista no se inhibía al hablar de su amistad por el delegado del DOPS gaúcho. Ustra cuenta en su libro:

> Fue por una extrema necesidad del servicio, ligada a una infiltración en el Comando Regional de una organización terrorista, con sede en Porto Alegre, que llegué a conocer al delegado Pedro Carlos Seelig. Después de ese encuentro pasamos a realizar un trabajo conjunto, participando juntos el DOI-CODI-II Ex y el DOPS-RS. Ese trabajo nos volvió grandes amigos. Una amistad basada en la franqueza, en la sinceridad y en el "juego limpio" que siempre mantuvimos. Hoy soy un gran amigo de este competente y honesto delegado de Policía de RS. Lo considero como un verdadero hermano.[49]

El coronel uruguayo captó el mensaje. Pedro Seelig, el "hermano" de Ustra, era el hombre. Pero era necesario seguir el protocolo fraternal de la Comunidad, obteniendo la previa señal verde oliva militarde las autoridades de seguridad sugeridas en el contacto con el coronel brasileño. Aquel mismo día, una comunicación secreta, vía telex, fue enviada por el Departamento II del Estado Mayor del Ejército (EME) en Montevideo a la jefatura del Estado Mayor del III Ejército en Porto Alegre. Calixto de Armas daba los detalles de las prisiones del PVP en la capital uruguaya y solicitaba pase libre para que los agentes de la Compañía de Contrainformaciones actuaran en la capital gaúcha, en busca de Lilián, Universindo y del líder supremo del PVP, Hugo Cores. El puesto gaúcho del CIE, que actuaba en línea directa con la 2ª Sección del Estado Mayor, pasó la requisición uruguaya inmediata-

48 Ustra, 1987, p. 128-129.
49 Idem, p.163.

mente al comando del Centro de Informaciones del Ejército. El nuevo jefe del CIE, general de brigada Edison Boscacci Guedes, era producto de la crisis militar que derribó Frota.

Geisel sabía de la importancia del jefe del servicio secreto. En 1976, cuando exoneró el comandante del II Ejército delante de la muerte del obrero Manuel Fiel Filho en el DOI-CODI paulista, el presidente exigió inmediatamente de Frota la cabeza del jefe del CIE, general Confucio Danton de Paula Avelino, que no tuvo la hidalguía de informar a su ministro sobre el más reciente caso de la plaga de suicidios que infestaba los sótanos. En 1977, en la dimisión del propio Frota, Geisel tuvo idéntico cuidado con el grupo del CIE. Desde los primeros días de octubre, incomodado con la desenvoltura de Frota como autocandidato, el presidente preparó los pormenores de la escena de la decapitación. El domingo, 9 de octubre, caminando alrededor de la piscina de la Granja de Riacho Fundo, su casa en Brasilia, Geisel abrió el juego para un militar fiel, Gustavo Moraes Rego, que había sido su asistente en el Gabinete Militar del gobierno Castello Branco. Ahora general, Moraes Rego comandaba los tanques de la estratégica 11ª Brigada de Infantería Blindada de Campinas, ciudad cerca de São Paulo.

–Voy a sacar a Frota el miércoles, día 12, feriado. Usted va a volver a São Paulo mañana para avisar a Dilermando [*Gomes Monteiro, comandante del II Ejército*]. Le va a decir también que no será ministro. Va a ser Bethlem – avisó Geisel, pasando las instrucciones finales a Moraes Rego.

El comandante del III Ejército, Fernando Belforet Bethlem, estaba en la libreta de Frota como un aliado firme en la hora decisiva de la confrontación que debería arrinconar al presidente. Bethlem era ideológicamente más afinado con Frota, pero en aquellos días estaba físicamente más próximo aGeisel. Casualmente, había cambiado Porto Alegre por Río de Janeiro, donde pasaba una corta temporada de descanso. Un jato (avión a chorro) HS fue colocado a su disposición por el Palácio do Planalto en la pista de la base aérea del Galeão, en Rio, para traer al nuevo ministro rápidamente para Brasilia. Una cortesía tan secreta que ni Frota sabía.

El presidente había decidido sacar al ministro del Ejército y, junto con él, su jefe del CIE. Ya hasta había escogido los sucesores de ambos. El general Antonio da Silva Campos era un ostensivo cabo electoral de Frota y, por lo tanto, promesa de problemas. El general Ênio dos Santos Pinheiro, organizador de la Agencia Central del SNI en el gobierno Costa e Silva y creador de la Escuela Nacional de Informaciones en el gobierno Médici, había avisado al Planalto que un núcleo radical del CIE había acumulado cerca de trescientos cócteles Molotov en un depósito del QG, decidido a hacer barullo por el candidato de la línea dura y de los sótanos de la represión. Geisel disolvió el cóctel del servicio secreto pinzando personalmente un nombre de las tropas sureñas de Bethlem.

Buscó en la 3ª Brigada de Caballería Mecanizada de la ciudad de Bagé, tierra natal de Médici, al general Edison Boscacci Guedes, un ex agregado militar en la embajada brasileña en México. Era conocido como un profesional seco, duro, pero leal. Ganaría el afecto dela tropa al realizar, en 1993, el último deseo del viejo mariscal Manuel Luis Osorio: sepultar el héroe de la Guerra del Paraguay (1864-1870, el mayor conf icto armado de Latino América)

y patrono del arma de Caballería en su tierra natal, Tramandaí, en el litoral gaúcho, donde fuera construido un parque histórico con su nombre.

Boscacci asumió el CIE la primera semana de noviembre de 1977, un año antes de recibir el telex secreto del III Ejército con el pedido uruguayo para actuar en Porto Alegre. En la víspera del secuestro, el teniente coronel de Artillería José Antonio Nogueira Belham, sucesor de Ustra en la jefatura del Sector de Operaciones del CIE, había sido informalmente alertado para el asunto por un llamado de São Leopoldo.Si el antecedente tiene algún valor, Belham no debe haber dado mucha importancia a lo que oyó. Seis años antes, había pasado por él el cadáver del ex diputado federal Rubens Paiva sin despertar mucha atención. Belham era mayor, en enero de 1971, y comandaba el DOI de Río de Janeiro en la misma época en que el mayor Ustra mandaba en el de São Paulo.

Paiva, un hombre saludable de 41 años y de casi cien kilos de peso, fue preso al inicio de la tarde del 20 de enero de 1971, pasó por el comando de la III Base Aérea, al lado del aeropuerto Santos Dumont, y acabó siendo llevado en la noche para el cuartel de la PE en la calle Barão de Mesquita, donde funcionaba el DOI de Belham. Pasó el día siguiente siendo interrogado. Al comenzar la madrugada llamaron el médico del DOI, el Dr. Amílcar Lobo. Encontró a Paiva desnudo, tendido, con el cuerpo lleno de hematomas y señales de hemorragia interna. El médico aconsejó atención en un hospital, pero el mayor a su lado halló mejor retener al preso. De mañana alguien del DOI informó al médico que Paiva había muerto. En aquellos tiempos trabajaba allá el 'Dr. Magno', sobrenombre de una de las figuras más macabras de aquel antro de sadismo: el cabo Félix Freire Dias. Era un hombre que cortaba y recortaba los cadáveres producidos por el DOI carioca. Para hacer su trabajo de carnicero con más discreción, cambiaba el cuartel de la calle Barão de Mesquita, en el barrio de Andaraí, a pocas cuadras del Maracanã, y subía la sierra de Petrópolis, para la paz de la 'Casa de la Muerte', el centro clandestino del DOI. Fue allá que él descuartizó a Rubens Paiva, como reveló al sargento del DOI Marival Chaves, con la frialdad de un profesional. Las manos eran lo primeroen ser cortado, para descartar las impresiones digitales. "Félix me dijo que los pedazos de los cuerpos, cortados en las articulaciones, debían ser colocados en bolsas plásticas y enterrados en lugares diferentes para hacer imposible su localización", contó Chaves en 2004 al reportero Amaury Ribeiro Jr., de la revista *IstoÉ*.

El cadáver del ex diputado oficialmente nunca apareció porque, al día siguiente, 22, el DOI descubrió una versión fantástica para el desaparición de su preso: Paiva habría escapado en medio de un tiroteo en la carretera del Alto de la Boa Vista, escapando su gran cuerpo del banco de atrás de un Sedan Volks cuando era vigilado por un capitán y dos sargentos. Rubens Paiva desapareció para siempre. Desapareció además en la época en la que cualquier explicación del mayor Belham era "razonable" para el extraño caso ocurrido en su DOI. El coronel Belham del CIE tampoco debe haber hallado extraño el suceso anunciado por São Leopoldo y previsto para suceder en Porto Alegre.

Cosas extrañas y misteriosas sucedían en aquellos tiempos. El general del CIE y jefe de Belham autorizó la operación uruguaya, atribuyendo la coordinación y ejecución brasileñas al duo Rohrsetzer–Seelig.

Attila, “el amigo y compañero”, y Pedro, “el verdadero hermano” del coronel Brilhante Ustra.

El coronel Calixto de Armas consiguió al fin los nombres que precisaba para ayudarlo en la incursión a Porto Alegre en busca de Lilián y Universindo.

El Cóndor uruguayo ya sabía donde posar.

La compañía del fraude

El telex del DOPS en Porto Alegre parecía loco aquella mañana de noviembre. Una sopa de letras se derramaba por el papel, con bloques incompresibles de palabras en caracteres minúsculos. Dos líneas se destacaban:

MXMXDJZCMXQCTWX
LJXNCTFXJYVTVYTXULCOYXDO

El mayor uruguayo Carlos Alberto Rossel parecía divertirse al ver la expresión un tanto confusa del agente del DOPS que le entregó el mensaje cifrado del telex enviado de Montevideo. Era un test de conexión del Condortel 3, base del Sistema Cóndor en Uruguay, entrando en línea con el Condortel 6, seña del Brasil en la red codificada que incluía Chile como central (condortel 1), Argentina (2), Paraguay (4) y Bolivia (5). El simple sistema del código fue creado por el ingeniero y general chileno Manuel Contreras, jefe de la Dirección Nacional de Inteligencia, la temida DINA. No pasaba de un arreglo elemental de cambio de letras, en que el mensaje era convertido en letras mayúsculas agrupadas en secuencias de cinco caracteres.[50] Más tarde, sería sustituida por el sistema aleatorio de una máquina criptográfica desarrollada por la CIA estadounidense.

Aquel enmarañado de letras en el test de transmisión traía justamente los nombres de los dos uruguayos capturados en Porto Alegre. Lilián Celiberti y Universindo Rodríguez Díaz eran graficados en bloques secuenciales de cinco letras mayúsculas, según el código Cóndor que sólo los jefes de la Compañía conocían. La traducción de la sopa era ésta:

1 2 3 4 5 1 2 3 4 5 1 2 3 4 5
M X M X D J Z C M X Q C T W X
L i l i a n C e l i b e r t i

1 2 3 4 5 1 2 3 4 5 1 2 3 4 5 1 2 3 4 5 1 2 3 4 5
L J X N C T F X J Y V T V Y T X U L C O Y X D O
U n i v e r s i n d o R o d r i g u e z D i a z

El mayor Rossel, comandante de la Compañía llegó a Porto Alegre la primera semana de noviembre de 1978 con la misión específica de implantar el código especial y provisorio

[50] El sistema original de conversión del Condortel, aplicado al alfabeto entero, era el siguiente: aD, bQ, cZ, dY, eC, fA, gU, hI, iX, jB, kP, IM, mA, nJ, oV, pG, qK, rT, sF, tW, uL, vN, wE, xS, yH, zO.

para las comunicaciones vía telex, punto a punto, entre la sede del DOPS en la avenida Ipiranga y la sala de radio de la base del Departamento II en la calle Colorado. Dos días antes, habían llegado el mayor José Walter Bassani, subcomandante, y el capitán Eduardo Ramos, jefe de la Sección Técnica, para una barrida preliminar en la ciudad. La segunda semana, ellos se encontraron con el capitán Glauco Yannone, jefe de la Sección Administrativa de la Compañía. La mañana del domingo 12, finalmente, el capitán uruguayo rendía Liliánen la Rodoviária, la terminal de ómnibus, al lado del delegado Seelig.

El soldado García Rivas, uno de los integrantes de la 'ratonera'de Villa Colón que desbarató el PVP, estaba en el equipo de búsqueda que viajó hasta la frontera del Chuí en tres vehículos. Uno de ellos era un camión de tres toneladas prestado por el interventor de una empresa de matanza de animales, el capitán Armando Méndez, también integrante de la Compañía. En la carrocería cerrada del furgón viajaban cuatro presos de Montevideo – Alonso, Stef en, Chauquelt y Rosario –, encapuchados, esposados y vigilados por soldados. García Rivas y otro soldado acompañaban en una Kombi amarilla, que esperaban llenar con los presos que serían capturados en el sur de Brasil. Los dos oficiales que comandaban el grupo, los capitanes Glauco Yannone y Eduardo Ferro, abrían el convoy en un Fiat 128.

Ferro, García Rivas y algunos soldados permanecieron con el preso Stef en en una posada junto al fuerte de San Miguel, en el lado uruguayo de la frontera, mientras Yannone y los otros seguían la ruta del Cóndor hasta Porto Alegre. En Porto Alegre, el trío de presos del furgón ayudó a identificar aLilián Celiberti el domingo en la Rodoviaria, facilitando el abordaje certero del delegado Seelig y del capitán Yannone. La mañana del lunes 13 de noviembre, la comitiva regresó, ampliada en cuatro personas – Universindo, Lilián y los dos niños. García Rivas recuerda que había también policías brasileños, unos cuatro o cinco. El sargento Rodríguez, que había vivido dos años en Brasil, llamó la atención de García Rivas a uno de ellos, un hombre negro y fuerte:

–Este es 'Didi Pedalada'. Fue jugador de fútbol.

Ferro entendió que San Miguel era muy próximo a la frontera y se separó en la dirección sur, a 35 kilómetros de Chuy, procurando el refugio del parque militar de Santa Teresa, con acceso liberado por su comandante, mayor Nery Castellanos. Al caer la noche del lunes, mientras Ferro volvía con Lilián a Porto Alegre para el frustrado encuentro del viernes en el apartamento de la calle Botafogo, Yannone comandaba el convoy de regreso a Montevideo. Los cuatro presos de Montevideo volvieron sentados, esposados y encapuchados dentro del mismo furgón. Al frente seguía la Kombi amarilla. Además de García Rivas y dos soldados, cargaba sólo dos niños – Camilo y Francesca, que se mantuvieron callados durante todo el viaje. Avanzando la fila, seguía el Fiat 128 con el capitán Yannone y Universindo esposado a su lado en el banco trasero. El convoy paró una única vez para reabastecer en la mitad del camino, en un puesto de gasolina de la Ruta 9 próximo a la ciudad de Rocha, a 200 kilómetros de la capital. La comitiva se deshizo en la entrada de Montevideo. El furgón de presos siguió para la sede de la Compañía en la calle Colorado. La Kombi amarilla dejó los niños en el apartamento de un edificio residencial en el centro de la capital, en la esquina de Río Negro y Canelones, donde la unidad alojaba secretamente su equipo de mujeres telefonistas.

El aparato de radio que había en el taller mecánico de la Compañía comenzó a tocar música en volumen alto luego que Lilián y Universindo llegaron allá. El sonido era siempre aumentado cuando comenzaba la tortura, recuerda García Rivas, porque había una residencia a cerca de cincuenta metros del local. Todo el mundo en servicio sabía, al oír la música estridente, que la paliza estaba cantando. Cuatro o cinco días después de la llegada, García Rivas vio a Lilián, con la mirada perdida en la pared y la puerta de la celda abierta. Se extrañó y preguntó al guardia el motivo de aquella situación.

–Es para evitar que ella se corte las muñecas como hizo en Porto Alegre – explicó el carcelero.

De repente, el sábado 25 de noviembre, una semana después del apresurado abandono del apartamento de la calle Botafogo, el capitán Ferro ordenó que García Rivas, el fotógrafo de la Compañía, providenciara con urgencia fotos de Lilián y Universindo para cédulas de identidad. El capitán forjó la versión de la invasión en la frontera para sostener el comunicado de las Fuerzas Conjuntas de ese día que intentaba desmentir la ola de denuncias en la prensa brasileña. García Rivas tiró la foto de una valija con fondo falso al lado de una sub ametralladora MK–33 de fabricación argentina, tres revólveres calibre 38 y una pistola 45 de uso exclusivo del Ejército. Debía simular el material sedicioso supuestamente encontrado con la pareja en la frontera, pero era todo armamento de la propia Compañía.

Las fotos ayudaron a confeccionar nuevos pasaportes, una especialidad de las estafas ejecutadas por la guarnición. La Compañía poseía ejemplares en blanco de pasaportes de varios países, principalmente argentinos. Los timbres falsos de visa eran confeccionados en una casa especializada de Montevideo. García Rivas recuerda que el fraude más difícil fue la fabricación, en 1979, de una cédula de identidad del comandante del Ejército, Luís Queirolo, el general que sucedió a Gregorio Álvarez. Dio un tremendo trabajo, porque el general no quería ensuciarse los dedos para poner las huellas, no quería posar para fotos y no quería perder tiempo firmando – pero exigía la cédula. A pesar de las dificultades, la Compañía hizo la cédula. Y nadie reclamó.

–¿Al final, quién va a decir alguna cosa al comandante en jefe sóloporque él tiene un documento falso con su propio nombre? – recordaba García Rivas.

Después de la fase de torturas en la sede de la Compañía, Lilián y Universindo fueron transferidos para 'El Infierno'. En un camión del Ejército guardado por soldados con ametralladoras y perros feroces, la pareja fue llevada la noche del 6 de diciembre para el 13º Batallón de Infantería, en la avenida de las Instrucciones con Bulevar Batlle y Ordónez, donde estaban los otros diez presos del PVP. Fueron colocados en pequeños calabozos individuales. No se veían, pero podían escucharse. En enero de 1979, descubrieron que Lilián, con ayuda de un guardia, envió detalles del secuestro fuera de la prisión. Ella había diseñado su mensaje de letras minúsculas con un alfiler apuntillando el papel laminado de un mazo de cigarros. El descubrimiento llevó a Lilián y Universindo a una inédita sesión de torturas delante de la cual desfilaron todos los hombres de la guarnición, como advertencia colectiva de lo que sucedería a los cómplices de la subversión. El castigo comenzó un martes de mañana y sólo

cesó la tarde del viernes. Fue acompañado por los capitanes Ferro y Yannone y practicado en presencia del comandante del batallón, teniente coronel Luis Abraham.

Allí mismo, cediendo a la presión internacional, la dictadura uruguaya permitió que una delegación de la Cruz Roja visitara a Lilián y Universindo en mayo de 1980. En esas circunstancias no pudieron contar mucha cosa. Luego, Universindo fue llevado al centro clandestino de 'La Tablada' para una nueva sesión de torturas. Permaneció allá hasta el inicio de junio, cuando volvió a 'El Infierno'. Aquel mes Universindo dejó de ser un preso clandestino para asumir la condición formal de detenido, al ser transferido para el presidio de Libertad. Lo mismo ocurrió con Lilián, conducida al presidio femenino de Punta de Rieles. Comenzaría la larga pena de cinco años de prisión por invasión de Uruguay.

La 'Operación Zapato Roto', nombre en código del secuestro de Porto Alegre, se volvió un harapo con el descubrimiento de los periodistas en la calle Botafogo y con el escándalo internacional del caso. Preocupado, el mayor Rossel reunió al equipo de la Compañía en diciembre de 1978 y exigió absoluto silencio. Los diarios brasileños, especialmente los de la capital gaúcha, llegaban todos los días al departamento II, elevando la tensión de los militares. Al contrario de lo que esperaban ellos, la prensa brasileña continuaba abriendo espacios para el secuestro, avanzando en relación a los nombres de los envueltos del lado brasileño: Pedro Seelig, Didi Pedalada... El soldado García Rivas recordaba que el Departamento del coronel De Armas comenzó a montar un fichero completo con los datos personales de más de una decena de periodistas brasileños involucrados en la cobertura del secuestro. Los datos estaban transcritos en español, pero eran remitidos de Porto Alegre por el DOPS.[51]

El soldado García Rivas recordaba una cosa más.

Después del fiasco de Porto Alegre, la Compañía nunca más secuestró.

A mediados de junio de 1980, a los 23 años, el soldado Hugo Walter García Rivas abandonó la Compañía, desertó del Ejército y huyó de Uruguay. Vino para Brasil junto con su mujer y su hijo de catorce meses. Prestó un largo y detallado testimonio a la OAB en São Paulo, habló con la prensa, proporcionó nombres y patentes militares y apuntó los locales de tortura esparcidos en cuarteles y centros clandestinos de Montevideo. Fue el único secuestrador, de un lado y otro de la frontera, en asumir abiertamente su participación en el secuestro. Más que eso: por primera vez, alguien del aparato represivo uruguayo describía, por dentro, lo que antes era sólo un lamento de las víctimas de la tortura. Días después, en la condición de refugiado de la ONU, él y la familia recibieron asilo en Noruega.

Con la lista de direcciones clandestinas proporcionada por el soldado, la colonia de exiliados uruguayos en Brasil designó uno de sus miembros de "ficha limpia", aún no "requerido" por la dictadura uruguaya, y lo mandó a Montevideo para retratar los centros de tortura del Ejército. Exiliado en la capital paulista desde los años 70, el uruguayo César Charlone todavía no era el fotógrafo que el cine haría famoso dos décadas después con filmes premiados como *Ciudad de Dios, El jardinero fiel, El baño del Papa* y *Ensayo sobre la ceguera*. Charlone salió de S. Paulo y circuló de incógnito con una cámara escondida por las calles todavía

51 García Rivas, declaración al autor, São Paulo, junio de 1980.

peligrosas de Montevideo de 1980, siguiendo el guión del terror denunciado por el soldado. Apretaba el obturador de la cámara, disimulado, por la ventana del taxi que desfilaba sin prisa delante del cuartel. Charlone volvió de allá con un inédito acervo de fotos, estampadas sin el crédito de su nombre en la prensa internacional, exhibiendo la fachada nunca vista de la tortura en Uruguay. En la revista *IstoÉ*, edición del 25 de junio de 1980, siete imágenes de su autoría fueron publicadas con el siguiente crédito: "Fotos PVP – Montevideo".

Una bala de regalo

El viento negro del Cóndor comenzó a soplar con fuerza en 1976 en Managua.

Acariciado por el vaho solidario de Anastasio Somoza y su dictadura en Nicaragua, el jefe de la delegación de Argentina en la XII Conferencia de los Ejércitos Americanos (CEA) proclamó abiertamente:

–La guerra ideológica no respeta fronteras – avisó el general Roberto Viola, que cargaba en el apellido el lema de quien no reconoce límites en el combate a la subversión.

La primera conferencia militar fue organizada por los Estados Unidos en 1960, bajo el impacto de la erupción de un movimiento comunista a 140 kilómetros de la Florida – en la isla de Cuba, arrebatada por los barbudos revolucionarios de Fidel Castro. Los especialistas en inteligencia del continente, convidados por el general T eodore F. Bogart, del Comando Sur del Ejército, basado en territorio estadounidense de la Zona del Canal de Panamá, comenzaron a afinar el discurso en torno de "métodos no convencionales" en el combate a los movimientos de izquierda, que incluían secuestros y asesinatos como recursos considerados legítimos en la guerra anti subversiva. El simpático edificio de cuatro pisos en formato de T, ladrillos anaranjados, ventanas blancas y salones decorados con muebles coloniales en las márgenes del lago Gatún, en Panamá, pasó a concentrar la estrategia americana de contra insurgencia: allí, en sus 285 apartamentos, la School of Americas (SOA) del Ejército americano pasó a hospedar y a adoctrinar sucesivas legiones de la elite militar que, en la década de 70, iría a espantar los civiles del poder y aplastar la democracia en América Latina, con dosis distintas de sangre, violencia y cinismo – especialmente en el Cono Sur del continente.

Protegida por el santuario de la faja de 82 kilómetros cortada por la Zona del Canal, la Escuela de las Américas comenzó a incubar el Cóndor que nacería a mediados de la década de los 70.

El argentino Alejandro Paredes, doctor en Historia por la Universidad de La Plata, identificó perfiles diferentes entre los regímenes militares en la región. El más antiguo de ellos, el de Paraguay (1954-1989), tenía el trazo de una "dictadura personal", impuesta por la presencia del general y *el supremo* Alfredo Stroessner. La alternancia reglamentada de generales y el tono institucional de la rotación en el poder dio a las dictaduras de Brasil (1964-1985) – de los generales Castello Branco, Costa e Silva, Médici, Geisel y Figueiredo – y de Argentina (1966-1973) – de los generales Onganía, Levingston y Lanusse – el perfume de "dictaduras burocráticas y desarrollistas".

Bolivia (1969-1982) asumió la cara de una "dictadura terrorista y neoliberal" como legítima discípula de la Escuela de las Américas, exprimiendo el breve gobierno izquierdista

del general Torres (1970-1971) en una turbulenta fase de trece años en que se turnaron ocho generales y cinco juntas militares, algunos de ellos fugaces, casi todos corruptos. El general Bánzer (1971-1978) dominó el país siete años, y el general Luís García Meza (1980-81), sólo trece meses, éste gracias al llamado 'Golpe de la Cocaína', ejecutado con la ayuda del Batallón de Inteligencia 601, la unidad de represión del Ejército argentino. Él gobernó con el apoyo explícito del ex oficial nazi Klaus Barbie, que se había refugiado en Bolivia, y fue derribado por otro general en la polvareda del involucramiento con el tráfico de cocaína. García Meza cumple ahora pena de treinta años de prisión en Bolivia, para donde fue extraditado en 1995. El cuarteto "terrorista y neoliberal" se completaba con Argentina (1976-1983), de los generales Videla, Viola, Galtieri y Bignone, Chile (1973-1990) del general Pinochet y el Uruguay (1973-1985) de Bordaberry y sus muchos generales.

Para alcanzar esa práctica uniforme de poder, durante tanto tiempo y por tantas naciones diferentes, algunas de ellas históricamente hostiles entre sí, fue preciso encontrar una teoría general y un enemigo común más fuerte que el de las tontas rivalidades de frontera. La Escuela de las Américas proporcionó la cartilla, el comunismo internacional dio el tema, y los Ejércitos del continente providenciaron la plataforma. El cónclave uniformado del continente se volvió bienal a partir de la reunión de 1965 en West Point, Estados Unidos. En la X CEA, realizada en Caracas, el 3 de setiembre de 1973, ocho días antes del golpe de Pinochet, el general brasileño Breno Borges Fortes, jefe del Estado Mayor del Ejército, propuso "ampliar el intercambio de experiencias o de informaciones y la ayuda técnica" entre los camaradas de armas en la guerra al comunismo.

El Cóndor comenzaba a ganar plumas y peso.

El bulto de la operación, todavía sin nombre y sin forma, comenzó a surgir aquel año.

Horas después del bombardeo de La Moneda el 11 de septiembre de 1973, el boliviano Jorge Río Dalenz desapareció de las calles de Santiago, secuestrado por un comando armado. Era uno de los líderes del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria de Bolivia, un MIR diferente de la organización chilena que apoyaba a Allende. Tuvo que asilarse en Chile debido al golpe de 1971, comandado por el general Hugo Bánzer, un aplicado alumno de la Escuela de las Américas. Dos meses después, otro exiliado boliviano, Jorge Gallardo Losada, ex ministro del Interior del gobierno del general Torres, fue secuestrado en su casa en la capital chilena por cuatro hombres armados –dos de ellos uniformados. Gallardo era el autor de un libro donde daba detalles sobre una conspiración multinacional para derribar al izquierdista Torres del poder. Fue llevado para Bolivia y después a Argentina, volando sin trastornos en tiempos de estricto control aéreo de la nueva Junta Militar chilena.

El brasileño Joaquim Pires Cerveira tenía 21 años cuando se afilió al Partido Comunista en 1945, después de la caída de la dictadura de Vargas. Tenía 40 años cuando fue transferido para la reserva, como mayor del Ejército, por el primer Acto Institucional del golpe de 1964, por vínculos políticos con el exiliado Leonel Brizola. Fue preso por subversión al año siguiente y, en abril de 1970, detenido por el DOI-CODI de Río de Janeiro, acabó duramente castigado como líder de una pequeña organización llamada Frente de Liberación

Nacional. La FLN actuaba junto con la VPR en los preparativos del secuestro del embajador alemán en Brasil. A pesar de la violencia de las torturas, Cerveira nada reveló sobre el secuestro que sucedería tres meses después. En julio de 1970, como uno de los 40 presos políticos cambiados por el diplomático, Cerveira fue expatriado y voló para Argelia.

Su historia de vida y muerte, a partir de ahí, muestra la garra, el pico y el ojo del Cóndor que no tenía nombre, pero ya volaba.

El 12 de febrero de 1971, el DOPS gaúcho del delegado Seelig distribuía la Info 2/ DGI/SSP/RS/71 mostrando que tenía Cerveira en la mira: "Se encuentra en Chile manteniendo conexiones (...) para posible entrada en el país". Un oficio confidencial del 6 de julio de 1971 de la Secretaría de Seguridad de Paraná detallaba el itinerario de su viaje de Argelia a Chile, informando que él haría escalas en Brasil, en Uruguay y en Argentina antes de aterrizar en Santiago. Seis meses más tarde, la prueba de que la represión brasileña lo seguía de cerca:el 31 de enero de 1972, el DOPS distribuía a las delegaciones de São Paulo y Curitiba y al Ministerio del Ejército una orden de búsqueda, la OB Nº106/72, que describía un Cerveira bien diferente de su foto tradicional de los tiempos de mayor, con la chaqueta militar, los cabellos cortos bajo la gorra y el bigotito fino y bien recortado:

> El mayor y prohibido brasileño presenta en el momento (18/11/71) los siguientes datos de identificación operacional visual: físicamente delgado, bigote espeso, cabellos rojizos y largos a la moda *hippie*, está muy diferente de las fotografías publicadas en los diarios brasileños.[52]

Al mes siguiente, 25 de febrero de 1972, la represión conseguía leer hasta los pensamientos de Cerveira, como se ve en la Info nº 058-E2/72, con sello de confidencial, que la base de la Fuerza Aérea en Canoas (RS), de la 5ª Zona Aérea, envió a la 2ª Sección de la 3ª Región Militar del III Ejército: "perdura la intención de viajar, pero no será utilizado el trasporte aéreo". Él acabó viajando de apuro por causa del golpe de Pinochet. Buscó refugio en Buenos Aires, en el mismo rastro del amigo João Batista Rita, el 'Catarina' del M3G, sigla liderada por Edmur Pericles Camargo, el 'Gauchão', que intentó secuestrar al cónsul americano en Porto Alegre. Como Cerveira, Rita estaba expatriado hacía dos años, después de ser cambiado con otros 69 presos políticos por el embajador de Suiza secuestrado en diciembre de 1970.

Al final de la tarde del 5 de diciembre de 1973, dos semanas después de asistir como padrino al casamiento de Rita con Amalia, Cerveira encontró el ahijado en el centro de la capital argentina para obtener los documentos de residencia en el país. Fueron cercados de repente, en una esquina de la agitada calle Corrientes, por varios hombres armados que simularon un atropellamiento de la dupla brasileña y los llevaron de allí, bajo protestas de los transeúntes. Entre los secuestradores habría un militar brasileño, que sería identificado después como un cierto 'capitán Diniz Reis'. La casa de Cerveira, en la calle Horacio Quiroga, es invadida a las once de la noche por agentes argentinos acompañados de policías brasileños. Revisan todo y dicen a su mujer que Cerveira está siendo requerido por Brasil. Salen y vuelven a las cuatro de la madrugada, esta vez comandados por un brasileño con una

[52] Bauer, 2006, p. 248.

cicatriz en el rostro, más tarde reconocido como el delegado Sérgio Fleury. El policía muestra una foto de Cerveira y avisa que será llevado de vuelta al Brasil. Al salir, tras golpear y amenazar los familiares del mayor, Fleury deja un regalo para la hija más joven de Cerveira: una bala de revolver.[53]

Un diputado peronista denuncia la participación de la Triple A, la clandestina Alianza Anticomunista Argentina, en la operación comandada por Fleury. Desaparecidos en Buenos Aires, Cerveira y Rita reaparecen en Río de Janeiro 38 días después. Son vistos por algunos presos en la madrugada del 12 de enero de 1974 en el DOI-CODI carioca. Llegan en una ambulancia, amarrados en posición fetal, con el rostro hinchado y mucha sangre en la cabeza. El mayor y su ahijado desaparecieron para siempre. El nombre de Cerveira sólo reapareció en la ficha de una gaveta del DOPS gaúcho, con una observación: 'fallecido'. Cuando el gobierno Geisel precisó dar explicaciones, en 1975, sobre la desaparición de 27 presos, el ministro de Justicia Armando Falcão produjo una nota de seis páginas y ninguna veracidad. Sostuvo que "el gobierno había perdido el rastro de Joaquim Pires Cerveira en 1970, cuando fue exiliado para Argelia". El diario deHeitor Ferreira, secretario personal del general Geisel, muestra que el ministro mentía.[54] Él anotó, el día 3 de febrero de 1975, la conversación del jefe de la Agencia Central del SNI, general Sebastião José Ramos de Castro, con el presidente Ernesto Geisel: "Castro contó a EG el caso de Cerveira, trece muertos". El secretario particular del presidente registró, el mismo día, el desahogo del ministro Golbery al saber de los detalles de la muerte del mayor:

–Si ellos quieren continuar la Revolución, van a tener que partir para la dictadura!... ¡Ese asunto de Cerveira fue una barbaridad!

* * *

En el código no escrito de la represión y no descrito por el ministro Falcão, los exiliados tenían sobre sí una irrevocable sentencia de muerte. Los militares del sótano decidieron que ningún preso cambiado por embajador secuestrado retornaría vivo al país. Entre 1971 y 1973, según información del periodista Elio Gaspari, fueron capturados diez exiliados. Confirmando el destino, ninguno sobrevivió. Los más recientes de la lista eran Cerveira y Rita, secuestrados en Buenos Aires y desaparecidos en Río de Janeiro.

Ernesto Geisel asumió en un día, David Capistrano desapareció en el otro.

El viernes 15 de marzo de 1974, Geisel tomó posesión en Brasilia como el cuarto presidente del ciclo de generales inaugurado una década atrás. El sábado, 16, Capistrano desapareció en Uruguaiana, ciudad de la frontera de Río Grande do Sul con Argentina, junto con José Román, el conductor del Sedan Volks que debería llevarlos a São Paulo. Nunca llegaron allá. Ambos eran comunistas. A los 61 años de vida, Capistrano era un dirigente histórico del PCB, ex diputado federal por Pernambuco. Sargento de la Aeronáutica, participó del levantamiento comunista de 1935, fue preso y huyó del presidio de la Isla Grande a nado. En Europa, luchó en la Brigada Internacional contra los franquistas en la Guerra

53 Brasil, Secretaría Especial de los Derechos Humanos, 2007, p. 371.
54 Gaspari, 2004, p. 39.

Civil Española, integró los *maquis* de la Resistencia francesa a las tropas de Hitler, fue preso y confinado ocho meses en el campo de concentración nazi de Gurs. Escapó por no ser francés, fue libertado en 1941 pesando sólo 35 kilos. Volvió para la prisión en Brasil: preso en la dictadura de Vargas en 1942, preso en la renuncia de Jânio Quadros en 1961 y preso en la dictadura militar en 1974.

El documento 203/187 del DOPS de Río de Janeiro confirmaba: "Según anotaciones en este Departamento el 16 de setiembre de 1974, David Capistrano da Costa se encuentra preso hace cuatro meses, siendo motivo de la Campaña de la Comisión Nacional Pro Amnistía de los Presos Políticos". A pesar de la campaña, desapareció. Su desaparición se volvió causa internacional: pidieron por él, junto al gobierno Geisel, el presidente francés Giscard d'Estaing, el líder socialista François Mitterrand y el Papa Pablo VI, que envió dos emisarios al Palacio de Planalto. El 14 de marzo de 1978 el almirante Hélio Leite, presidente del Superior Tribunal Militar (STM), afirmó para el representante de Amnistía Internacional Patricia Deerey que "David Capistrano fue preso, pero liberado una semana después".

Un médico del Ejército, Amílcar Lobo, admitiría en 1987 haber atendido a Capistrano en el DOI-CODI. En 1992 un ex sargento del DOI-CODI del II Ejército, Marival Chaves Dias do Canto, le contó al reportero Expedito Filho, de la revista *Veja*, el destino final de Capistrano y Roman: ambos fueron llevados a la 'Casa de la Muerte', una dirección clandestina montada por el DOI-CODI en una zona tranquila de Petrópolis, en la sierra fluminense, donde fueron torturados, muertos, descuartizados y descartados en un río próximo.

* * *

La tortura era un gran problema para el Ejército.

Tan grande que llevó al Ejército brasileño a la clandestinidad dentro de la propia corporación. Para evitar la execración pública y resguardar la imagen de los cuarteles, fueron montados por lo menos siete lugares secretos para la ejecución segura y discreta de los métodos truculentos que hacían del Estado un terrorista más despiadado que aquellos que juraba combatir. Los órganos de seguridad estaban inseguros en relación a la moralidad y a la legalidad de lo que practicaban – y por eso hacían todo aquello escondidos, avergonzados.

La represión tenía 'aparatos' de terror en cinco Estados diferentes: un sitio en Sergipe usado por la represión de Salvador, un apartamento en Goiania, una casa en Recife y tres lugares en São Paulo – una casa en la avenida 23 de Maio, un sitio en la región de Atibaia y el más temido de ellos, la Hacienda 31 de Marzo. Era una dirección oculta en Parelheiros, una bucólica localidad rural a 30 kilómetros al sur de la calle Tutóia. Allí, en una construcción primitiva, cercada de árboles y en una región despoblada, el delegado Fleury podía trabajar más libremente, a la luz de las velas. No había electricidad en la casa modesta del sitio, con dos piezas, sala, cocina y baño. Era necesario girar la manivela manual para hacer funcionar la máquina de choque eléctrico.

Fleury llevó al lugar uno de los mayores triunfos de la represión, el líder de la Alianza Libertadora Nacional (ALN), Joaquim Câmara Ferreira, 57 años, el 'Toledo' o 'Velho', sucesor de Marighella y jefe del secuestro del embajador americano Burke Elbrick. Fue detenido poco después de las siete de la noche del 23 de octubre de 1970 en el barrio Indianápolis,

en la capital paulista. Llegó al sitio jadeante, con falta de aire y síntomas de ataque cardíaco. La escena fue atestiguada por un hombre apresado horas antes, Mauricio Klabin Segall, que recordó allí mismo los males del corazón que mataron a su padre, el renombrado pintor Lasar Segall. Como el del sensible artista plástico, el corazón del veterano guerrillero no resistió. Antes de la medianoche el 'Velho' estaba muerto. La 'Comunidad de Informaciones' nunca perdonaría a Fleury por la precipitación, que despedazó uno de los más importantes archivos de la guerrilla en menos de cinco horas de tortura.

La séptima dirección clandestina, la 'Casa de la Muerte', de Petrópolis, nació como una reacción calculada de los escalafones más radicales de la represión para subvertir la jerarquía e ignorar la cadena del comando militar. La casa comenzó a ser diseñada a partir de un inesperado enfrentamiento entre el comandante del I Ejército, con sede en Río de Janeiro, y el DOI-CODI carioca. A pesar de la fama de línea dura y del fuerte ideario anticomunista, el general Sylvio Frota decía no tener aprecio por la tortura – y no le gustaba la autonomía que el sótano exhibía en el límite intolerable de la indisciplina.[55] La impaciencia del general fue mayor al saber que el DOI-CODI había prendido al pariente de uno de sus oficiales de gabinete. El subordinado pidió la intervención de Frota delante de la evidencia de que el preso estaba siendo torturado. Frota llamó al comandante del DOI, mayor Adyr Fiúza de Castro, uno de los exponentes del radicalismo en el Ejército. El general reclamó y ordenó que el mayor permitiera el ingreso de su asesor en el calabozo del DOI para verificar el estado de salud del preso. El llamado no funcionó: al llegar al portón del cuartel de la Policía del Ejército (PE), en la calle Barão de Mesquita, el oficial fue bloqueado.

El desborde de la tortura producía esta impensable desmoralización jerárquica: un simple mayor de destacamento enfrentaba al poderoso general comandante ¡del segundo mayor Ejército del país!

Irritado con la insubordinación, Frota llamó al general Hugo Abreu, comandante de la Brigada de Paracaidistas, y determinó que colocara la tropa en alerta. En la secuencia, volvió a llamar para el mayor Fiúza de Castro para decir que su oficial intentaría otra vez visitar el pariente torturado.

–¡Yo quiero avisarle, mayor, que si él no entra voy ahí para prender personalmente a usted y su guarnición!

El oficial entró y el general no necesitó prender a nadie. Pero al DOI no le gustó la ingerencia del QG en sus dominios. Decidió desde ese momento trabajar al margen de la corporación, montando un aparato inmune a llamados telefónicos: nació la casa de Petrópolis, la residencia con baranda en la fachada y chimenea en la sala en el nº 668 de la calle Arthur Barbosa, prestada a los militares para su centro clandestino. Para no dejar dudas a ningún general, adoptó un nombre clave superlativo que remitía al CODI: 'Codão' (apodo para 'el gran CODI'). La militante de la organización guerrilleraVPR Inês Etienne, apresada por el

---

55 Sylvio Frota comandó el I Ejército de julio de 1972 a marzo de 1974. En esos 21 meses murieron 29 presos en el DOI-CODI de la calle Barão de Mesquita, área de responsabilidad suprema del general. In *O Globo*, 2 de marzo de 1980, p. 16.

delegado Fleury por estar involucrada en el secuestro del embajador suizo Giovanni Bücher en 1970, padeció en el 'Codão' 96 días infernales entre mayo y agosto de 1971.

Fue torturada y estuprada, recibió inyección con pentotal sódico (el suero de la verdad), intentó el suicidio dos veces, fue medicada, recuperada y nuevamente torturada.[56]

En aquel antro, Inês conoció un lobo con piel de carnero. El 'Dr. Carneiro' que la atendió varias veces en la casa, haciendo inclusive una cirugía en la pierna y aplicando el pentotal, era el psicoanalista Amílcar Lobo, un médico con puesto de teniente que servía al Batallón de la Policía del Ejército, el cuartel de la calle Barão de Mesquita que alojaba el DOI insubordinado del mayor Fiúza de Castro. El mismo Lobo que cinco meses antes había visto el moribundo Rubens Paiva en el DOI del mayor Belham. Para no reconocer su localización, el médico era conducido hasta la casa encapuchado. A pesar de esos cuidados, el 'Dr. Carneiro' del DOI sabía que en la casa se torturaba y que de allí desaparecían personas. El doctor Lobo del Batallón de la PE subía la sierra de Petrópolis y bajaba a las profundidades de la ética médica por orden del comandante del batallón, coronel Francisco Homem de Carvalho, el 'Carvalhinho'. El mismo coronel que tenía por hábito encontrar los lunes un viejo compañero del SNI, el general Golbery do Couto e Silva, para abrir la semana conversando amenidades.

El 'Codão', con certeza, no era una de ellas.

La conexión represiva internacional no era conversada, sólo practicada. Una de las primeras acciones de colaboración a través de la frontera sucedió en diciembre de 1970 en Buenos Aires. El ex coronel de Caballería Jef erson Cardim de Alentar Osório, exiliado en Montevideo después del golpe del 64, había regresado clandestino en marzo de 1965, bajando de un taxi en Santana do Livramento, en la frontera gaúcha. Subió en un camión en la localidad de Três Passos con dos docenas de camaradas cercanos al líder exiliado Leonel Brizolay comenzó una quijotesca tentativa de contrarrevolución. Intercambió algunos tiros con tropas del Ejército, y murió un sargento legalista. La columna se dispersó, y él fue hecho prisionero en el sudoeste de Paraná.

La guerrilla de Três Passos del coronel y sus 23 revolucionarios duró 36 horas. Jef erson fue bárbaramente torturado en el 1º Batallón de Frontera, en Foz de Iguaçu, y en otros dos cuarteles. Huyó de la prisión años después en Curitiba y se exilió en Argentina. El 11 de diciembre de 1970 él, su hijo y un sobrino, Eduardo Lepetigui, fueron secuestrados en la capital argentina y reaparecieron, días después, en el DOI-CODI de Río. Las fronteras se diluían delante de una represión transnacional cada vez más desinhibida.

Sólo faltaba una articulación para hacerla todavía más eficaz.

El chicote del general

El Chile de Pinochet tanteaba el horizonte procurando amigos por afinidad.

En 1974, meses después del golpe, agentes de la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA) vagaban por Miami intentando establecer operaciones clandestinas con los grupos

56 Romeu, 2005, p. 249-269.

anticomunistas radicales de la comunidad cubana exiliada en Florida. Cabezas más sensibles del Departamento de Estado quisieron protestar formalmente en Santiago, pero el secretario Henry Kissinger no lo permitió. Por los canales de seguridad, la CIA mandó un mensaje secreto a la DINA, rechazando la idea, pero sin hacer nada para detenerla. Quien no se detuvo fue Argentina, que, todavía en 1974, hizo la misma cosa, esta vez con ayuda de la CIA. Un grupo de trabajo extraterritorial de Buenos Aires instaló un centro de inteligencia y operaciones en Florida que daría apoyo a las operaciones de la Cóndor, incluyendo lavado de dinero, transporte de armamentos y transferencia de fondos para efectivos de la lucha antisubversiva.

La derecha todavía no sabía, pero estaba haciendo una articulación supranacional que la izquierda armada ya ensayaba desde hacía tiempo. En agosto de 1973, un mes antes del sangriento golpe de Pinochet, cuatro siglas emblemáticas de la guerrilla continental se encontraron en Chile. El ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) argentino, el MLN–Tupamaro uruguayo, el ELN (Ejército de Liberación Nacional) boliviano y el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) chileno acertaron la creación de la JCR (Junta Coordinadora Revolucionaria), el fantasma izquierdista que dos años después haría alzar vuelo a su opuesto, la Cóndor. El 17 de mayo de 1975, la Junta sufrió un golpe mortal, que marca el primer graznido del Cóndor.

El sociólogo chileno Jorge Fuentes Alarcón, uno de los hombres fuertes del MIR, tomó un autobús en Buenos Aires para Asunción, en compañía del argentino Amílcar Santucho, hermano de Roberto, el líder mayor del ERP. En la capital paraguaya, ellos comenzarían a discutir acciones futuras de la JCR, en una jornada que después los llevaría a Lima y Caracas. El chileno, en un procedimiento inusitado para los rígidos parámetros de la lucha armada, cargaba dinero, notas, agenda de direcciones, nombres, claves y el diseño del esquema financiero montado por la izquierda. Todo eso cayó en las manos del Pastor Coronel, el feroz jefe de la policía política del general Alfredo Stroessner, cuando Fuentes fue detenido en un hotel de Asunción, un día después de su llegada. Este impresionante archivo vivo de la incipiente Junta Revolucionaria era el primer resultado práctico de una inédita articulación represiva entre países y órganos de inteligencia que antes se veían con desconfianza, casi hostilidad.

La prisión marcaba una clara colaboración entre Argentina y Paraguay. El agregado jurídico de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, Robert Scherrer, en verdad el hombre infiltrado por el FBI en el país, hacía ya seis años realizaba la conexión entre las policías del Cono Sur, donde lapidara su f uente español. Él y Pastor Coronel eran amigos íntimos, se trataban por el primer nombre. Scherrer fue llamado y quedó impresionado al constatar personalmente la riqueza de las informaciones que los documentos y la tortura revelaronen Fuentes. Trató de contar todo en una carta el día 6 de junio al director general de investigaciones de Chile, general Ernesto Baeza Michaelsen. Informó también que el FBI estaba investigando tres direcciones en los Estados Unidos encontradas en la agenda de Fuentes – entre ellas la de su hermana, Sonia, que vivía en Dallas, Texas.

Horas después, agentes chilenos de la DINA se sumaron a la tropa en Asunción que torturaba a Fuentes en busca de más informaciones. El suplicio en Paraguay duró tres meses. El preso fue después llevado clandestinamente a Santiago, donde vagó otros cuatro meses. Fue visto muy deteriorado en Villa Grimaldi, el principal centro de torturas de la DINA. Después Fuentes desapareció. La conexión Argentina–Paraguay–Chile, con la intermediación del FBI, marca en este caso el escenario que desembocaría en noviembre en el nacimiento formal de la Cóndor. La intervención directa de los Estados Unidos quedaría comprobada en un telegrama secreto de 1978 del embajador americano en Asunción, Robert White, al Departamento de Estado. El documento fue descubierto en 2001, entre millares de otros desclasificados por el Gobierno Clinton y por la científica política J. Patrice McSherry, profesora de la Universidad de Long Island (Nueva York) que vivió en Argentina y en Uruguay y pasó una década investigando la Cóndor en siete países. El mensaje revelaba que las instalaciones estadounidenses de la Zona del Canal de Panamá, vecina de la Escuela de las Américas, fueron usadas en la coordinación y en el secreto de las comunicaciones de la Cóndor.

El comandante de las Fuerzas Armadas paraguayas, general Alejandro Fretes Dávalos, contó al embajador White que los jefes de los órganos de informaciones de Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay utilizaban "un sistema codificado dentro de la red de telecomunicaciones de los Estados Unidos". Eso significaba que el sistema de inteligencia de Washington había colocado los canales de comunicación del país a disposición de la Cóndor, un ref ejo del nivel de aprobación de los altos escalafones norteamericanos a la organización clandestina.

El sistema Condortel, unificando las transmisiones entre unidades de inteligencia de los Ejércitos de las seis dictaduras del Cono Sur, estaba activo y operativo en 1976. Aquel año, una fuente militar argentina confirmó a un contacto de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires que la CIA estaba "profundamente envuelta" en la instalación de sistemas computadorizados para la comunicación segura entre las unidades operacionales de la Cóndor. Un ex agente del sistema en Bolivia dijo que su jefe había explicado así la máquina que codificaba los mensajes:

–Ella fue especialmente fabricada para el Sistema Cóndor por el Departamento de Logística de la CIA – reveló el boliviano Juan Carlos Fortín al periodista Gerardo Irusta en los años 90.

El aparato de telex de la Condortel 5 estaba instalado en una sala secreta del Ministerio del Interior en La Paz, conectado a otros cinco países del sistema. La base, Condortel 1, estaba en Chile. La máquina del telex codificado de la Cóndor en Brasil, la Condortel 6, estaba en una sala de clasificación "ultra secreta" en el noveno piso del edificio del Ministerio del Ejército, en la "Esplanada de los Ministerios". Un ex oficial de informaciones que circuló allí recuerda que la terminal quedaba al lado del gabinete del jefe del Centro de Informaciones del Ejército (CIE), un general de brigada con subordinación directa al ministro del Ejército, a quien se reportaba sin intermediarios. Los elevadores del edificio paraban en el octavo piso y era necesario vencer un lance de escaleras y el rígido control de un sargento y

dos centinelas con ametralladora en la puerta del último piso para invadir el santuario del servicio secreto militar del régimen.

La mejoría de la comunicación era consecuencia de un entendimiento cada vez mayor.

El pionero encuentro multilateral para discutir una represión coordinada sucedió en Buenos Aires en febrero de 1974. El I Seminario de Policía sobre la Lucha Anti Subversiva en el Cono Sur reunió secretamente los jefes de policías federales de Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay, Chile y Bolivia – algunas jefaturascomandadas por oficiales del Ejército, como en los casos paraguayo, argentino y brasileño. El anfitrión argentino, general Miguel Ángel Iñiguez, jefe de la Policía Federal, instó "nuevas formas de colaboración transnacional para confrontar la amenaza subversiva". La Cóndor llegó a graznar, dos años antes de salir del huevo, cuando los jefes policiales concordaron en operaciones conjuntas "contra sus enemigos políticos en cualquiera de los países asociados". Los policías debatieron medios de establecer un sistema coordinado de operaciones cruzadas de frontera para captura y asesinato de subversivos.

Dos años antes, la embajada americana en Buenos Aires tenía otras preocupaciones. En telegrama enviado el 27 de agosto de 1972 al Departamento de Estado, la misión acentuaba los esfuerzos de Argentina "para reforzar la capacidad anti subversiva del gobierno de Uruguay a través del entrenamiento y consejos". Siempre bien informados, los americanos contaron a Washington que "un equipo de interrogatorio de Argentina [*fue*] despachado para Montevideo cuando el [*líder*] Tupamaro Raúl Sendic fue capturado". Eran procedimientos que serían adoptados como rutina en la Operación Cóndor, como el uso de grupos multinacionales en las fases críticas de interrogatorio y tortura y en el intercambio de técnicas de combate a la guerrilla. Del otro lado del río de la Plata, el embajador americano en Montevideo, Charles Wallace Adair Jr., percibía la creciente presión antiterrorista de los dos grandes vecinos entre los cuales se exprimía al pequeño Uruguay, que acababa desbordando para los escuadrones de la muerte. El 12 de diciembre de 1972, faltando poco más de seis meses para el golpe cívico militar de Bordaberry y su corte de generales, Adair mandó al Departamento de Estado un secreto "Informe sobre la situación de seguridad interna de Uruguay". Los militares de Argentina y de Brasil, evalúa el embajador,

> están proporcionando algún apoyo para grupos uruguayos antiterroristas y clandestinos. Este apoyo no viene a través de los canales militares regulares, sino por los respectivos órganos de seguridad... Servicio de Información del Estado (SIDE)... y Servicio Nacional de Informaciones (SNI)... Los brasileños reconocidamente aconsejaron y entrenaron oficiales militares y policiales uruguayos que participan en grupos contra terroristas que se responsabilizaron por atentados con bomba, secuestros y hasta inclusive asesinatos de sospechosos de pertenecer a la izquierda radical... oficiales de alta jerarquía militar del Uruguay fueron entrenados al final de 1971 en las fuertes medidas que el gobierno de Brasil ha adoptado contra la amenaza de insurgencia.

La participación de efectivos regulares de la seguridad con las prácticas bandoleras de grupos asesinos explica, de alguna forma, la indulgencia y después la connivencia con el crimen por parte de corporaciones históricamente fundadas en la ley y en el orden. El Escua-

drón de la Muerte contaminó el Ejército. El Ejército perdió los límites con la obsesión de la guerra antisubversiva. La lucha contra la guerrilla traspasó las fronteras de la ley y exacerbó la violencia. La virulencia clandestina y sin control del escuadrón entusiasmó al Ejército. El Ejército se pudrió con el Escuadrón de la Muerte. El escuadrón se confundió con el Ejército, el Ejército se trasformó en escuadrón.

Traducción de esta lógica macabra: Cóndor.

Los personajes, los responsables y los simpatizantes del proceso en Uruguay tenían plena conciencia de esa necrosis que, poco a poco, desbordaría con metástasis por las fronteras de la región. Luego al desembarcar en Montevideo, en 1969, el embajador Charles Adair determinó que las armas y equipamentos antisubversivos proporcionados por Estados Unidos deberían ser canalizados al Uruguay a través de terceros países, en la intención de minimizar las críticas a Washington por el endurecimiento de la represión. Los mecanismos legales estaban comprometidos por las soluciones extralegales, la transparencia velada por el cinismo.

El 24 de febrero de 1972, los Tupamaros secuestraron un fotógrafo en Montevideo. Nelson Bardessio era más que eso: era también policía, guardaespaldas y conductor del americano William Cantrell, el hombre de la CIA en Uruguay. En un interrogatorio sin violencia, como el propio Bardessio reconoció al ser liberado, el policía confirmó ser miembro del Escuadrón de la Muerte, que actuaba dentro de la policía. Apuntó dos nombres en especial: Víctor Castiglioni, director, y Hugo Campos Hermida, jefe del Departamento 5 (investigaciones) de la DNII, Dirección Nacional de Información e Inteligencia, la central de policía abastecida por la CIA de Cantrell con equipos de tortura.

Las órdenes del ministro del Interior, Santiago de Brum Carvajal, eran pasadas al escuadrón por el viceministro Armando Acosta y Lara. Bardessio reveló que el propio secretario personal del presidente Pacheco Areco, Carlos Pirán, consiguió junto a la SIDE (la Secretaría de Inteligencia del Estado argentino) la gelinitaexplosiva con que el Escuadrón de la Muerte practicó cuatro atentados en Montevideo – contra las residencias de dos líderes de izquierda, de una periodista y de un abogado. El conductor de la CIA contó que él había hecho parte de un equipo de cinco policías entrenados por la SIDE en Buenos Aires en "actividades antiterroristas" y "técnicas de vigilancia". Otros dos agentes, dijo Bardessio, fueron enviados a Brasil para ejercitar "operaciones del Escuadrón de la Muerte". No dijo dónde ni quién aplicó los ejercicios.

Los futuros cuadros de la Cóndor comenzaron a formarse en esta gelatina general que mezclaba gelinita con militares, policías, agentes secretos, torturadores y terroristas paramilitares. La central militar del OCOA y el SID del general Amaury Prantl coordinaban a los policías más villanos del Escuadrón de la Muerte, como Campos Hermida, caracterizando un aparato paralelo de represión sin límites. En las operaciones en Argentina, ellos actuaban en línea con el general Otto Paladino, jefe del SIDE porteño, que proporcionaba instalaciones militares para la acción de sus camaradas uruguayos. El trabajo aumentó tanto que, en 1976, el OCOA precisó montar su propia base de tortura en Buenos Aires, ocupando el galpón de un taller abandonado que después ganaría fama – la Automotores Orletti. Era un

pedazo sangriento de la capital porteña de predominante fruición uruguaya, bajo el control operacional del I Cuerpo de Ejército y de la SIDE argentinos. En la madrugada del 21 de febrero de 1974, finalmente, Buenos Aires vio suceder un fenómeno decisivo en el Cono Sur: la conversión del Escuadrón de la Muerte en Cóndor.

Alrededor de las 4:30 de la madrugada, una fuerza desproporcionada de casi doscientos policías y militares de Argentina y de Uruguay se juntó para capturar un único hombre en la casa en que vivía con la mujer y el hijo, en el barrio del Once, en la capital argentina. El uruguayo Antonio Viana Acosta, 25 años, ya había sido preso y torturado en Uruguay dos años antes, como asesor del senador Zelmar Michellini, uno de los líderes del izquierdista Frente Amplio. Viana era militante político de los Tupamaros, no guerrillero, pero halló prudente mudarse con la familia en 1973 para Buenos Aires, donde continuó trabajando como periodista para el senador ahora exiliado. La segunda prisión, en esa madrugada, juntaba militares del OCOA y policías de la DNII. Viana fue llevado para la sede de la Policía Federal argentina, donde fue torturado por la nata de la represión uruguaya: los policías Castiglioni y Campos Hermida de la DNII y los mayores Gavazzo del OCOA y Carlos Calcagno, del 1º Batallón de Infantería, más tarde jefe de la Compañía de Contrainformaciones. El bando argentino también estaba bien representado en la sesión de torturas: el general Miguel Ángel Iñiguez, director de la Policía Federal, y el delegado jefe Alberto Villar.

Todavía estando en el gobierno Isabel Perón, dos años antes del golpe militar, Villar había fundado el Escuadrón de la Muerte local, la clandestina AAA o Triple A – la Alianza Anticomunista Argentina. Entrenado en guerra contrarrevolucionaria en Francia y uno de los primeros policías del país en recibir clases de técnica de interrogatorio en la Escuela de las Américas, Villar vio su criatura crecer en la dictadura. El primer año, 1973, la Triple A hizo desaparecer 19 personas, todas acusadas de izquierdismo. En 1974 el número subió a 60 muertes y 20 secuestros. Sólo entre los meses de julio y septiembre fueron 220 ataques diferentes, que dejaron otros 44 heridos. La cuenta de muertos subió a 359 en 1975. Cuando la AAA desapareció del alfabeto argentino con la caída de la dictadura, en 1983, el escuadrón paramilitar de Villar era acusado de casi dos mil muertes.

El secuestro de Viana, en febrero de 1974, es el momento en que el Escuadrón de la Muerte cruza sus integrantes con las unidades de captura de la inteligencia militar, mezclando el bandidaje de la policía con la represión de las Fuerzas Armadas – la materia primordial de la Cóndor.

Durante dos meses, Antonio Viana fue duramente torturado en varios centros clandestinos de Argentina, hasta ser transferido en vuelo comercial para Montevideo, donde recomenzó su infierno, pasando por las torturas en el 12º Batallón de Infantería, en el departamento de Rocha, y después en el 11º Batallón, en Minas. Recibió choques en todas partes del cuerpo, inclusive en los ojos. Fue colgado por los brazos, ahogado varias veces en el tacho, apaleado con una porra de madera, colgado desnudo durante días en la barra de hierro y zurrado constantemente. Hasta que, un día de mayo de 1974, la paliza cesó en la celda. Los tres oficiales le sacaron el capuchón y otro militar entró en su lugar. El visitante

comenzó a golpearlo con un chicote y a preguntarle por una persona que no conocía. El hombre se cansó de chicotear y, antes de salir, dijo a los torturadores:

–¡Continúen con él!... ¡Tiene que hablar!

Viana miró por una brecha del capuchón y vio que el hombre del chicote era el propio comandante de la División IV del Ejército: el general Gregorio 'Goyo' Álvarez, futuro comandante supremo, el militar que ejercía la presidencia en la caída de la dictadura en 1985. Algún tiempo después, Viana fue llevado para el presidio Libertad, de donde salió en 1981 rumbo al exilio en Suecia. Viana sobrevivió a siete años de chicote de la dictadura, volvió a su país con el retorno de la democracia y hoy vive en Chuy, a poca distancia del fuerte donde Lilián y Universindo fueron torturados por las tropas del comandante Álvarez en 1978.

Viana, en setiembre de 2008, era un hombre libre en un país democrático.

Álvarez, desde setiembre de 2011, está preso en Montevideo, condenado por la Suprema Corte de Justicia a 25 años de cárcel por 37 homicidios 'muy especialmente agravados' durante el régimen militar.

El vientre rasgado

El huevo de la Cóndor comenzó de hecho a romperse en 1975, en Montevideo.

Los organizadores de la XI Conferencia de los Ejércitos Americanos (CEA) hicieron allí, en agosto, una reunión preliminar para el encuentro formal que sería abierto en la capital uruguaya en octubre. El encuentro del CEA fue dividido en dos partes. En la semana del 6 al 12 se reunieron, en los salones del hotel Carrasco, los hombres del servicio secreto del continente. El general uruguayoAmaury Prantl, comandante del SID, el Servicio de Inteligencia de Defensa, fue anfitrión en la Conferencia de Jefes de Inteligencia. Chile estaba representado por el coronel Manuel Contreras, el jefe de la DINA, que tiró su carta en la mesa proponiendo a sus camaradas del Cono Sur un "programa represivo transnacional". Propuso una teoría que ya estaba siendo ejercida en la práctica. Sólo no tenía método ni clave. El general argentino Ibérico Saint Jean, gobernador de la Provincia de Buenos Aires, definiría con precisión, en mayo de 1976, el impulso letal que impelía los bolsones radicales de la región a convertirse en despiadado pelotón de fusilamiento:

–Primero mataremos todos los subversivos. Después, sus colaboradores. Más tarde, sus simpatizantes. Entonces, mataremos los que permanezcan indiferentes. Y finalmente vamos a matar los indecisos – alertó el general Saint Jean.

Nadie quedó indiferente a la propuesta chilena, que debía ser formalizada en un encuentro más restringido al mes siguiente en Santiago. Gentil, Contreras destacó que acciones combinadas de los diferentes servicios de inteligencia debían ser adoptadas en la base de un "acuerdo de caballeros", ya que "estructuras más sofisticadas eran necesarias para hacer frente a la guerra psicopolítica contra la subversión". Animados, los jefes de inteligencia del Cono Sur aprobaron su sugerencia.

La XI CEA fue abierta dos semanas más tarde, el día 29 de octubre. El general Luís Queirolo, comandante de las Fuerzas Conjuntas uruguayas, saludó los "amigos y camaradas en armas" y centró fuego en la lucha contra el comunismo. Queirolo destacó:

–La única cosa que nos separa, a los hombres de los ejércitos de América, son nuestros uniformes. Creo que nunca antes nos comprendimos los unos a los otros como en este momento...Existe una coordinación entre los ejércitos del continente para combatir e impedir la infiltración marxista o cualquier otra forma de subversión.

Mal terminó el encuentro de los ejércitos, Contreras despachó al vice director de la DINA, el coronel de la Fuerza Aérea Mario Jahn, directo de Montevideo para Asunción. Fue a entregar la propuesta chilena en las manos del jefe de la Policía paraguaya y principal nombre de la represión, general Francisco Britez. Entregó en sus manos la invitación para una reunión "absolutamente secreta" a ser realizada en Santiago durante una semana, a partir del 25 de noviembre. Además de la invitación dejó una agenda de diez páginas con el programa de la Primera Reunión de Trabajo de Inteligencia Nacional. El nº 2 de la DINA aprovechó el impulso y, antes de volver para casa, hizo otra escala, un poco más arriba en el mapa.

En Brasilia.

El destinatario de la invitación entregada por Jahn era un fraterno amigo de Contreras: el general João Baptista Figueiredo, jefe del SNI. Los generales tenían un fuerte lazo. Los regímenes de los generales de Brasil y de Chile, también.

–¡Ganamos! ¡Ganamos!...–exultaba al teléfono el embajador brasileño en Chile, Antônio Cândido da Câmara Canto, en la ruidosa tarde del 11 de septiembre de 1973. Exhibía un entusiasmo de golpista militante que no se percibía ni en la fría expresión germánica del secretario de Estado Henry Kissinger, aliado sin impedimentos de todos los que conspiraban para derribar el gobierno socialista de Salvador Allende. El palacio La Moneda humeaba con las bombas de siete ataques de la Fuerza Aérea cuando Câmara Canto entró en la Escuela Militar de Santiago en el instante en que la Junta Militar prestaba juramento como nuevo centro de poder.

–Todavía estábamos disparando cuando llegó el embajador y nos comunicó el reconocimiento – registró el propio Pinochet, asombrado con la ligereza que transformó Brasil en el primer gobierno del planeta que estableció vínculos formales con la nueva orden.

La sangre de Allende mal se había enfriado en el sofá de terciopelo rojo donde explotó la propia cabeza con un tiro de metralleta. Disimulados, los Estados Unidos esperaban que bajara la polvareda de las bombas y sólo reconocieron el nuevo orden trece días después de Brasil. Câmara Canto, el gatillo más rápido de la diplomacia brasileña, fue identificado por el diario chileno *La Tercera* como "el quinto miembro de la Junta Militar", reconocido por los objetos de arte y por la amistad de generales que coleccionaba con esmero cultural y cálculo político, no necesariamente en este orden. Hasta al embajador estadounidense en la época del golpe, Nathanael Davis, le extrañó la desenvoltura del colegabrasileño, que abrió el verbo en encuentro privado en marzo de 1973, seis meses antes de la explosión militar:

–Durante la comida, el embajador brasileño me hizo una serie de sugerencias, que no acepté, para una coordinación y una planificación cooperativa entre las embajadas, uniendo esfuerzos para provocar la caída de Allende – reveló Davis en su libro *Los últimos días de Salvador Allende*.

La violenta represión de las primeras horas, que llenó de presos las tribunas del Estadio Nacional y tiñó de rojo el río Mapocho, transformó el exiguo espacio de las embajadas en esperanza de vida para la enorme colonia de desterrados del continente que respiraba la breve experiencia del socialismo democrático en Chile. El periodista Fernando Gabeira recuerda que había 120 brasileños entre los setecientos exiliados que procuraron abrigo en la representación de Argentina. Otro periodista y también guerrillero, Alfredo Sirkis, contó 364 refugiados en el pequeño apartamento de la embajada de Panamá. Nadie, ningún brasileño buscó la protección del entusiasta embajador Câmara Canto.

Uno de los primeros presos de aquel 11 de septiembre fue el general de la Fuerza Aérea Alberto Bachelet, detenido en la Academia de Guerra Aérea. Seis meses después continuaba preso en la Cárcel Pública de Santiago. El corazón no resistió a tantos relatos de tortura de los viejos compañeros. Murió de infarto el día 12 de marzo de 1974. Fue privado de una fuerte emoción de la historia, 32 años después, cuando el mismo Partido Socialista, derribado a bala por Pinochet, volvió al poder por el voto eligiendo como presidente en 2006 una médica pediatra y socialista de 56 años – su hija, Michelle Bachelet.

El espacio aéreo chileno todavía estaba cerrado, horas después del golpe, cuando cuatro aviones militares brasileños aterrizaron en la base de Santiago, oficialmente llevando remedios y mantenimientos. Había una conexión financiera entre los golpistas chilenos y el empresariado brasileño, como revelaría después al Congreso americano un agente de la CIA, Frederick Davis. Enfermo, el embajador Câmara Canto dejó, en setiembre de 1975, el puesto que ocupaba desde hacía siete años. Tuvo en el cóctel de despedida la presencia del brigadier Gustavo Leigh, uno de los cuatro integrantes de la Junta Militar. Fue llevado solemnemente al aeropuerto por una delegación de generales, uno de ellos el notorio Sergio Arellano Stark, que comandaría la llamada 'Caravana de la Muerte', dejando 73 cadáveres en el rastro de su paso por la región norte chilena, días después del golpe.

Nuevas rutas de poder y fuego cruzaban y dañaban ahora el país.

"Hay tres fuentes de poder en Chile: Pinochet, Dios y la DINA", informaba al Pentágono el agregado aeronáutico de la Embajada americana en Buenos Aires, en febrero de 1974, cinco meses después de la caída de Allende.

Nadie todavía conocía la tercera punta de la Santísima Trinidad chilena, un secreto diluido dentro del insípido Decreto 517 publicado en el *Diario Oficial* del último día del año, 31 de diciembre de 1973 – más de cien días después del golpe. La Junta Militar inventaba una nueva sigla en la burocracia federal: SENDET, el Servicio Nacional de Detenidos, aparentemente una inofensiva entidad pública para administrar los campos de prisioneros que el régimen militar hacía f orecer en todo el país. Como un desenfreno calculado, el nuevo órgano fue instalado en las salas ahora desiertas del Congreso Nacional, cerrado por los generales. Un trecho de aquel aburrido enmarañado legal aclaraba que un cierto Departamento de Inteligencia Nacional iría a "determinar el grado de peligrosidad de los prisioneros y mantener permanentemente coordinación con los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas, Carabineros e Investigaciones".

Nadie percibió que, en la inocente sigla de aquel nuevo departamento, surgía sutilmente el acrónimo de la DINA. Nacía con ella el Estado de terror que haría de Pinochet un ser omnipotente, omnisciente. El dios de la DINA. Un dios del terror.

–En Chile no se mueve una hoja sin que yo sepa –diría el todopoderoso Pinochet, meses después.

Sin que nadie supiera dentro o fuera de Chile, Pinochet movió una hoja del Decreto 521, en junio de 1974, transformando el Departamento en Dirección. Una leve alteración que creaba la Dirección de Inteligencia Nacional, sin hacer público el nombre de su director, Manuel Contreras. Tres artículos secretos del texto –los de número 9, 10 y 11– subordinaban los cinco servicios de inteligencia del país a la nueva DINA y concedía a sus agentes el poder ilimitado de invadir y rastrear casas y prender personas sin acusación. Técnicamente, era subordinada a los cuatro miembros de la Junta Militar. En la práctica, sólo Contreras mandaba en ella.

Y un único hombre mandaba en él: Pinochet.

Quien advirtió la novedad sobre la DINA y su director fue el americano Ray Warren, el jefe de la estación de la CIA en Chile, amigo de Contreras desde antes del golpe. El único órgano de información eficaz en el país hasta entonces era el SIFA, Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea, el más temido por los métodos violentos que usaba. Hasta que surgió la DINA. La CIA apostaría sus fichas en ella. Especialmente porque, como Pinochet, la agencia americana confiaba en el hombre escogido para transformar la DINA en la suprema divinidad de la represión.

El Mamo tenía apenas 15años, en 1944, cuando conoció al instructor de la Escuela Militar que cambiaría su vida: el capitán Augusto Pinochet. El profesor simpatizó con el cadete Manuel Contreras Sepúlveda. Se hicieron amigos. El alumno tenía habla mansa y gentil e, incapaz de controlar su gula en la carrera y en la mesa, ya daba señales en la papada ostentosa y en la barriga prominente de que tendría un futuro cada vez más rechoncho. A pesar de la gorda timidez, Contreras era siempre el primero de la clase. Escogió el arma de Ingeniería, con inclinación especial en historia y estrategia. Comenzó a dar clases de Inteligencia en la Academia de Guerra y, en 1967, se graduó en el curso de lucha antiguerrilla administrado en el Fort Benning, en Estados Unidos. En los dos años siguientes, como mayor, fue alumno de la Escuela de Oficiales del Ejército en Fort Belvoir, en Virginia. Tenía 42 años cuando asumió el cuartel y la Escuela de Ingeniería del Ejército en el puerto de San Antonio, donde el río Maipo desemboca en el Pacífico. Era el más joven coronel del Ejército chileno. Estaba en el lugar adecuado para su ascenso al poder y al terror. Dentro de un año, el amigo y profesor Augusto, ahora general Pinochet, daría el golpe contra Allende.

En la década del 50, el ocio en la playa se destacaba más que el trabajo del puerto en San Antonio. El horizonte bucólico del mar sin fin dominaba la vista de los ventanales del elegante hotel frente al mar que recibía los veraneantes acaudalados de la capital. El tejado de colores fuertes le otorgó el nombre: Tejas Verdes. Un salón de música, con el aislamiento debido para proteger las cuerdas del piano y evitar el ruido del mar, era el local preferido para los "saraos" de fin de tarde. La agitación del puerto creció con el tiempo y apagó la ele-

gancia de la estación de descanso. Los turistas desaparecieron, el hotel entró en decadencia y llegaron los militares. El lugar fue transformado en la escuela de ingenieros acoplada a un cuartel.

* * *

La localización daba importancia al lugar y peso estratégico a la base militar, la más importante de la región. Sólo a 100 kilómetros al este de Santiago, San Antonio era el puerto más próximo de la capital. A él llegaba, entre otros productos esenciales, el trigo que abastecía de pan los cuatro millones de habitantes de la mayor ciudad del país. Allí comenzó la huelga de los camioneros que desestabilizó el gobierno de Allende. Semanas antes del golpe, el puerto fue colocado bajo estado de emergencia, y Contreras puso mano de hierro sobre la ciudad, un fiel reducto de la Unidad Popular, de izquierda. Dos días después del suicidio del presidente, Contreras vio brotar una paralización del sindicato local de los estibadores, que protestaban por restricciones laborales impuestas horas antes por la Junta Militar. Contreras invitó los cuatro líderes sindicalistas para una reunión al inicio de la tarde del día 13 de septiembre en su gabinete de Tejas Verdes. A la mañana siguiente, los cuerpos acribillados a balas de los cuatro sindicalistas fueron entregados a sus familias en cajones lacrados. No hubo más huelgas en la región.

El mar ya no daba sólo pescados en San Antonio. Las olas del Pacífico comenzaron a tirar cadáveres en las playas cenicientas y heladas de la ciudad. Eran los cuerpos de heridos que habían sido medicados en el hospital local en las primeras horas del golpe y que fueron retirados de la cama en la noche por patrullas militares no identificadas. Las enfermeras que vieron los cuerpos no tenían dudas: eran sus pacientes. Centenas de simpatizantes de Allende fueron detenidos y luego se instalaron dos decenas de tiendas de campaña sobre un campo de escombros al lado del puente sobre el río Maipo, próximo al cuartel. Prisioneros de Santiago comenzaron a llegar todos los días en camiones repletos. No había lista de presos ni respuestas de los carceleros. Oficialmente no existía, pero Tejas Verdes fue uno de los primeros campos de concentración del país.

Contreras tenía el poder de vida o muerte. Era la ley encima de la ley. Dos periodistas americanos, Saul Landau y John Dinges, describieron en el libro *Assassination on Embassy Row* (1980) una escena que resume el carácter del hombre que encarnaría como nadie el terrorismo de Estado. Contreras había despedido un juez de tendencia izquierdista en la ciudad y lo prendió en el cuartel, contrariando una promesa de la Junta y de Pinochet de que el Judicial no sería afectado. La Suprema Corte envió dos altos funcionarios a San Antonio para exigir que Contreras respetase la autonomía de los tribunales en la remoción de sus jueces. Como hacía en las sesiones de interrogatorio a que asistía personalmente en el antiguo salón de música transformado en centro de torturas en Tejas Verdes, Contreras recibió de pie a los visitantes. Sentados, los dos emisarios de la capital recordaban al coronel las garantías de la ley que protegía los magistrados.

–¡Señores, yo soy la ley! – respondió Contreras, ilustrando la sentencia con la mano derecha acariciando la corona de la pistola en la cintura. – ¡Y este es el sistema judicial!

Aconsejado por la CIA, Pinochet miraba una policía secreta de amplitud nacional bajo su comando personal. Tenía como modelo tres siglas: la KCIA de Corea del Sur, la SAVAK del Irán y el SNI de Brasil. Transferido del puerto para la capital, Contreras amoldó la DINA sacando con pinzas tenientes y capitanes de la Academia de Guerra y reclutando interrogadores de la sala de música de Tejas Verdes. Recibió manuales de entrenamiento de la sede de la CIA en Langley y mandó oficiales para entrenar en la escuela de informaciones del SNI de Brasilia.

Sin identificación, sin uniforme, sin ceremonia, la DINA comenzó en 1974 colocando en las calles sus hombres sin cara. El número de prisiones semanales en el país subió a 250. Presos encapuchados y cubiertos por lonas pasaron a circular en la caja de camionetas sin placa y siempre veloces. Los grupos de búsqueda eran formados por cinco o seis hombres, a veces incluyendo una mujer. La DINA de Contreras y el Chile de Pinochet introducían otra novedad en el mundo de la represión. Además de los presos y muertos, ahora surgía la figura intermediaria y angustiante del desaparecido – que casi siempre era una cosa y otra, secuencia y consecuencia una de la otra, y que tenía sobre ellas la ventaja de evitar al Estado explicaciones y justificaciones. Un desaparecido era una duda, quien sabe si un equívoco, tal vez una fatalidad, siempre un misterio que no incriminaba a nadie. Sólo levantaba sospechas y más preguntas, sin la garantía de certezas o posibles respuestas. El desaparecido diseminaba el miedo. Del miedo brotaba el terror. Era el nido de la Cóndor.

La sospecha era un arma que intimidaba y controlaba. Además del cuadro efectivo, la DINA tenía colaboradores, simpatizantes, delatores. Los *soplones*, o informantes, hacían la DINA omnipresente, sofocante, omnisciente, para que ninguna hoja se moviese en Chile sin que Pinochet supiese. Cerca de 30 mil *soplones* cuchicheaban en los gabinetes del gobierno, en los bares de la periferia, en las calles de las ciudades, cruzando el aire frío de la sospecha como las corrientes de viento helado soplan en los Andes. Las personas con nombres desaparecían separadamente y, de repente, aparecían fosas colectivas de personas sin nombre.

A rigor, era servicio ejecutado por los Carabineros y otros órganos de la represión. No era cosa de la DINA, ella no dejaba rastros. Sus desaparecidos generalmente eran tragados por la tierra o desaparecían en el mar, tirados de helicópteros después de tener el estómago rasgado para evitar acumulación de gases y la escena embarazosa de cadáveres f otando en la superficie – una técnica que la CIA trajo del combate a la guerrilla en Vietnam. La DINA sabía cuando ladesaparición debía suceder en la tierra o en el mar. El preso – muerto o vivo – cargaba una tarjeta con una señal colgada en el cuello. Puerto Montt, nombre de una ciudad del sur, indicaba que él debía desaparecer en tierra. La Moneda, el palacio incendiado de Allende, ordenaba la desaparición en las aguas distantes del mar. Este procedimiento fue revelado en audiencia de la Justicia en Bonn, Alemania, por Samuel Fuenzalida, un ex oficial de la DINA exiliado.

Ni Dios ni ningún general se entrometían entre Pinochet y Contreras. La DINA comenzó desgarrando: en su primer año de vida, pasaron por sus calabozos cerca de cuatro mil personas. De esas, 421 murieron. En marzo de 1974, Contreras peregrinó a la Tierra Santa:

fue a la sede de la CIA en Langley, Virginia, para una conversación con el vice sacerdote de la Agencia Central de Inteligencia, general Vernon Walters, que, en el pasado marzo de 1964, como agregado militar en Rio de Janeiro, había ayudado al embajador Lincoln Gordon en las brujerías con los generales brasileños para derribar el Gobierno Goulart.

Meses después de la conversación con Contreras, ocho especialistas de la CIA desembarcaron en Santiago para un curso, concluído a mediados de agosto de 1974, que entrenó los agentes de la DINA, reclutados entre los mejores oficiales de las Fuerzas Armadas chilenas. La revelación fue hecha por el propio Contreras en 2002 al periodista chileno Amaro Gómez-Pablo y publicada por el ex corresponsal del *The Washington Post* en Chile, John Dinges, en el libro *Los años del Cóndor.*

No se sabe bien donde el propio Contreras afiló las garras, pero el FBI desconfiaba. Un interlocutor del coronel y sus amigos, el americano Robert Scherrer, que cuidaba de la oficina del Bureau en Buenos Aires, decía que Contreras fue entrenado en Brasil. Un informe de la CIA del 6 de setiembre de 1974 reforzaba la información:

Se sabe que los servicios de seguridad han enviado oficiales a Brasil para recibir entrenamiento de Inteligencia y que algunos oficiales brasileños estaban en Chile como consejeros durante los primeros meses del gobierno de la Junta (de Pinochet).

El mal menor

En octubre, un mes después del golpe, un economista brasileño de la CEPAL fue preso y trasladado junto a diez mil prisioneros reunidos en el Estadio Nacional. El economista José Serra, ex presidente de la Unión Nacional de Estudiantes, llegó a oír gente haciendo interrogatorios en portugués. Los agentes del SNI fueron a Chile después del golpe para obtener informaciones de izquierdistas brasileños, mientras oficiales chilenos venían a Brasil para entrenamiento en la Escuela Nacional de Informaciones – que sirvió de inspiración a Contreras en la formatación de su DINA. Comandaba el SNI un fraternal amigo del chileno: el general João Baptista Figueiredo, que cinco años después realizaría en Brasilia el sueño que el ambicioso Contreras nunca alcanzó en Santiago – arrebatar la presidencia de la República.

En el lote de 24 mil documentos secretos de la Inteligencia americana sobre Chile, desclasificados del secreto en el Gobierno Clinton, se destacó un memorando secreto que el general Walters, el segundo hombre de la CIA, mandó el 25 de julio de 1975 al asesor de Seguridad Nacional del presidente Ford, Brent Scowcroft. Él retransmitía la apelación que Pinochet, inusitadamente af igido por el riesgo de aislamiento internacional, mandaba para la Casa Blanca.

Básicamente, Pinochet quería:

1. Comprensión para la decisión chilena de no recibir la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, que consideraba altamente prejuiciosa.

2. Certeza del apoyo de los Estados Unidos contra cualquier esfuerzo en las Naciones Unidas para expulsar a Chile y, si fuera necesario, un veto.

3. Los chilenos saben que no consiguen obtener ayuda directa por causa de la oposición del Congreso [americano]. Quieren saber si hay algún modo de conseguir esa ayuda indirectamente, via España, Taiwán, Brasil o República de Corea.

(firmado) Vernon A. Walters

General del Ejército, EUA, vice director CIA[57]

Los cuatro, por coincidencia, eran países bajo dictaduras anticomunistas.

Dos meses después, en setiembre de 1975, Pinochet y el vice director de la DINA, el coronel de la Fuerza Aérea Mario Jahn, discutieron la expansión internacional de la represión chilena. El coronel era el hombre encargado por Contreras de pilotear las incursiones más allá de las fronteras de la Cóndor, desafío que siempre demandaba gastos mayores. Durante la conversación en el comedor del general, presenciada por un civil amigo de Pinochet, Jahn usaba el cuchillo con el debido cuidado para no irritar al jefe.

–Los americanos están ayudando por medio de Brasil. Este es el momento de moverse, avanzar y llevar la lucha a nivel mundial – propuso el coronel a Pinochet, según la fuente civil, que estaba informada por otras fuentes de la DINA de que el entrenamiento de la CIA era proporcionado mediante Brasil. Brasilia era definida, por el testimonio del encuentro Pinochet-Jahn, como el "canal de entrenamiento" de técnicas de interrogatorio y tortura por los agentes de la DINA. Contreras estaba volviendo de Washington, donde tuvo, a fines de agosto, una recepción efusiva en el QG de Langley. Le brindaron en el salón del directorio de la CIA un almuerzo formal en la presencia de los principales ejecutivos de la más notoria agencia de inteligencia del país. Después del cafecito, Vernon Walters lo llamó para una conversación privada de más de 45 minutos. Un memorando confidencial de la CIA, desclasificado años después, dice poco sobre la conversación, lo suficiente para dejar el general Walters bien en la cinta: "aprovechó la oportunidad para expresar su preocupación con la situación de los derechos humanos en Chile".

En su retorno a Santiago, Contreras aprovechó la oportunidad para expresar su preocupación con la situación de la caja sin fondos de la DINA. El memorando que mandó el 16 de setiembre de 1975 a Pinochet decía:

De acuerdo con lo que fue combinado con Su Excelencia, detallo las razones por las cuales considero indispensable solicitar un aumento de 600 mil dólares para el presupuesto de este Directorio en el presente año.

1. Aumento del personal de la DINA ligado a las misiones diplomáticas de Chile. Un total de diez personas: 2 en Perú, 2 en Brasil, 2 en Argentina, 1 en Venezuela, 1 en Costa Rica, 1 en Bélgica y 1 en Italia.

2. Gastos adicionales para la neutralización de los principales adversarios del gobierno de la Junta en el exterior, en particular en México, Argentina, Costa Rica, EUA, Francia e Italia.[58]

Estaba diseñada la transnacional del terror, con la digital brasileña.

[57] Dinges, 2005, p.162.

[58] Dinges, 2005, p. 166.

Brasil tomó rápido el espíritu de la cosa. En sólo un año, hacía un intercambio sólido que llamó la atención de la DIA, sigla en inglés de la Agencia de Inteligencia de Defensa, de Estados Unidos. El 22 de setiembre de 1976, agentes de la DIA mandaron a Washington un informe de inteligencia sobre la participación de Brasil, de Uruguay y Argentina en la Operación Cóndor.

> El 15 de setiembre de 1976... Roberto Viola, jefe del Estado Mayor del Ejército, el general brigadier Suárez Mason, comandante del I Cuerpo del Ejército, y el coronel Juan Saa, G-2 Asistente del Ejército [*estaban*] en camino de Montevideo... Un veterano coronel del Ejército responsable por la Inteligencia interna argentina... está viajando a Brasilia el 17 de setiembre de 1976 para discutir asuntos de inteligencia con las Fuerza Armadas brasileñas... [*una fuente no identificada informa*] que la misión era secreta y que el Ejército argentino estaba intercambiando informaciones sobre subversión... pero no estableció cual era la extensión de esa coordinación, además del intercambio de informaciones de inteligencia. La visita del oficial del Ejército a Brasil proporcionó una sólida información de que los argentinos están coordinando activamente con sus vecinos en temas de contra insurgencia. No obstante el propósito del viaje del BG de Vila [*general brigadier Mason*] no sea claro, lo debe haber sido para coordinar actividades de contra subversión.

En 1999, los reporteros José Meirelles Passos, Florência Costa y Sandra Boccia daban otra pista segura sobre la presencia de la DINA en suelo brasileño. Ellos revelaron al diario *O Globo* un destino adicional al pedido de presupuesto hecho por Contreras a Pinochet en 1975: el costo de los oficiales de la DINA que, cada dos meses, hacían un curso de seis semanas en el Centro de Instrucción de Guerra en la Selva (CIGS) del Ejército brasileño, en Manaus, en el corazón de la mayor selva tropical del mundo. Creado por decreto 29 días antes del golpe militar del 31 de marzo de 1964, el CIGS sólo salió del papel en junio de 1965. En esa fecha, desembarcó en el Amazonas el mayor de Artillería Jorge Teixeira de Oliveira, nacido en 1921, con la misión de fundar el centro de Instrucción de Guerra en la Selva.

El primer grupo fue integrado por la Brigada de Infantería Paracaidista de Rio de Janeiro. Antes de enseñar, el mayor resolvió aprender. Él y un grupo de oficiales viajaron aún en 1965 a Panamá para convertirse en los primeros *jungle experts* del Ejército brasileño, estudiando en el Jungla Operations Training Center (USAJOTC) de Fort Sherman. Queda en la costa del Atlántico, entre la selva y la bella bahía azulada en frente al puerto de Colón, en la antigua zona estadounidense del Canal de Panamá – a diez kilómetros en línea recta de la Escuela de las Américas. Valió el empeño de Teixeira. Hoy considerado el mejor centro de entrenamiento militar del mundo en esta área, el CIGS aplica cursos de seis a once semanas en la selva que atraen especialistas respetados como los *green berets* (boinas verdes) y los comandos de operaciones especiales de los Estados Unidos y la Legión Extranjera de Francia.

En la década de 70, sin embargo, la DINA estaba más preocupada con la selva de la subversión. En la época, la escuela de Manaus atendía mejor a esos objetivos. Ref ejando las preocupaciones más graves en aquella fase de guerra antirrevolucionaria, el CIGS había cambiado de nombre: se volvió COSAC (Centro de Operaciones en la Selva y Acciones de Comando) entre 1970 y 1978, la época más sangrienta de la represión en el Cono Sur. Durante algún tiempo, uno de sus principales instructores fue el agregado militar de la Embajada de Francia en Brasilia entre 1973 y 1975.

El general Paul Aussaresses, nacido en 1918, tenía una ficha militar tortuosa como la floresta de eses de su apellido. Especialista en inteligencia, era veterano de dos épicas derrotas francesas en guerras coloniales: la de Indochina (1946-1954) y la de Argelia (1954-1962). Fue héroe en la Segunda Guerra Mundial, saltando de paracaídas en la retaguardia de la Normandía para hacer el enlace entre la Resistencia francesa y las tropas aliadas del Día D. Fue villano en el frente argelino, como maestro de la tortura aplicada por las tropas paracaidistas del general Jacques Massu. Gracias a Aussaresses, Francia introdujo en su vocabulario una deformación para-estatal que sólo condenaba en los otros pueblos: los macabros *escadrons de la mort.*

Casi dos décadas antes de Vladimir Herzog aparecer 'suicidado' en el sótano del DOI-CODI en São Paulo, Aussaresses mandó 'suicidar' en Argelia a uno de los líderes del Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino, Larbi Ben M'Hidi, que apareció ahorcado en la prisión después de un interrogatorio pesado, en 1957. En secuencia, otro suicidio: el influyente abogado Ali Boumendjet 'se tiró' del sexto piso del edificio donde estaba preso. En el 2000, en un libro de memorias y también en confesión sin dolor al diario *Le Monde*, de Paris, el general reconoció que ninguno se había suicidado. Ambos murieron por la tortura ejecutada bajo sus órdenes. Pero continuaba creyendo que era el medio "más fácil" de obtener informaciones:

–La tortura es un mal menor, pero necesario, que debe ser usado para evitar el mal mayor del terrorismo.

El mismo argumento consolador del mal menor fue usadouna década antes, sin acento, por el general Ernesto Geisel en declaración que prestó a los historiadores Maria Celina D'Araújo y Célio Castro, del CPDOC de la Fundación Getúlio Vargas, al decir:

> Creo que la tortura en ciertos casos se vuelve necesaria, para obtener confesiones. (...). No justifico la tortura, pero reconozco que hay circunstancias en que el individuo es impelido a practicar la tortura, para obtener determinadas confesiones y, así, evitar un mal mayor.

Geisel recordó que, en el gobierno de Juscelino Kubitschek (1956–1960), oficiales del Ejército fueron enviados a Inglaterra para conocer las técnicas del servicio de información y contra información inglés. "Entre lo que aprendieron había varios procedimientos sobre tortura. El inglés, en su servicio secreto, realiza con discreción. Y nuestro personal, inexperto y extrovertido, lo hace abiertamente", reconoció el ex presidente, en uno de los trechos de 33 horas de conversaciones grabadas por el CPDOC entre 1993 y 1994.

El general Aussaresses y las dos editoras de su libro fueron multadas, él fue denunciado por organizaciones de derechos humanos, el presidente Jacques Chirac lo destituyó de su puesto de general brigadier, le prohibió usar uniforme y prohibió su *Legión de Honor*, la mayor condecoración francesa. Aussaresses clasificó todo aquello de "hipocresía". En los sótanos de la represión de la década de 70, sin embargo, él continuaba siendo el supremo. Fue en ese período que la DINA anduvo por el CIGS de Manaus, perfeccionando su menú con el *maître* francés.

Aussaresses debe haber quedado orgulloso de Contreras y sus aprendices.

La profecía del salón

El 16 de setiembre de 1975, la elite de la aristocracia chilena – algunas centenas de hombres de aire serio y grave como los ternos y corbatas que llevaban – estaba reunida a rigor en el Salón Arturo Prat. Era el espacio noble del tradicional Club de la Unión, institución conservadora de Santiago que no admitía mujeres en su elegante recinto desde la fundación, en 1864. Ojos y oídos de la platea, electrizada, estaban concentrados en la voz chillona, aguda, casi femenina de aquel hombre de uniforme gris y bigotes bien recortados. Y la mudez se hizo estruendo bajo las palmas viriles y el frenesí del público encorbatado al oír la frase inmortal de aquella figura tan convencida de las cosas definitivas:

–Yo voy a morir, y morirá mi sucesor, que también será militar, pero las urnas continuarán cerradas y no habrá elecciones – juró el general Augusto Pinochet, haciendo temblar de vibración el edificio neoclásico francés de tres pisos triangulares en el centro de la capital chilena, a una cuadra del bombardeado palacio La Moneda.

A pesar del juramento y de los aplausos, era una licencia poética del general, que sólo acertó la primera previsión. Pinochet, confirmando sus propias expectativas, murió a los 91 años, tres décadas después, en 2006. Su sucesor continuaba, no obstante, saludable y fuerte en 2008. Patricio Aylwin no era militar, sino un respetable senador demócrata cristiano que hizo la difícil transición de la dictadura para la democracia. Las urnas guardadas en los cuarteles durante quince años se abrieron para el histórico plebiscito de 1988 que rechazó la eternidad de Pinochet en el poder con el 55% de los votos. Y, por fin, hubo elecciones regularmente a partir de ahí en Chile, como en toda democracia.

El banquete de las palmas estruendosas de aquel 16 de setiembre marcaba los festejos por el segundo aniversario de la tomada del poder por los militares, conmemorado cinco días antes. La elite chilena estaba impresionada con la determinación del orador. Quedaría asustada si aprovechara el silencio y aguzase el oído para intentar escuchar lo que sucedía al otro lado de la calle. Literalmente. El exclusivo Club de la Unión estaba cercado por la represión. Cuatro direcciones clandestinas de la DINA, el centro de tortura del régimen, eran vecinas de puerta de esa fina sociedad a la que eso no importaba. Al lado derecho del club, en el número 47 de la calle New York, estaba el edificio donde la DINA mantenía dos apartamentos en el octavo piso – el 81 y el 83 – como lugar de tránsito para presos políticos. En la calle de enfrente, la Moneda, a cincuenta metros de distancia, existía otro aparato secreto de la DINA, en el número 1061. Al lado izquierdo del club, en la calle Bandera, 121, la DINA había montado un centropara coordinar prisiones en la ciudad. En la cuadra al lado, en la calle Morandé, el edificio de la Intendencia de Santiago reservaba algunas salas para interrogatorio por la DINA. Pero el público del Club de la Unión no tenía oídos ni estómago para eso.

Dos meses después, el general Pinochet habló para una platea mucho más restringida.

Eran sólo quince hombres de terno y corbata, ninguno de uniforme, que sólo pensaban en aquello: represión, tortura y combate al comunismo. La elite represiva de las seis dictaduras del Cono Sur se juntaba, al fin, para la I Reunión de Trabajo de Inteligencia Nacional. El periodista John Dinges definió la dimensión del acontecimiento en el libro *Los años del*

Cóndor: "En el mundo clandestino de la competencia y sospecha mutua, el encuentro de Santiago fue un evento único y sin precedentes, una cúpula de importancia histórica".[59]

* * *

El martes 26 de noviembre de 1975, rayó en la capital chilena con el sol brillante de la primavera rebatiendo con fuerza en el espejo eternamente blanco de los picos nevados de los Andes, la majestuosa cordillera que domina el horizonte.

Aquella mañana amena, la voz aguda de Pinochet dominaba, imperial, la planicie de coroneles, mayores y capitanes que se le abría adelante en el gran salón de la Academia de Guerra del Ejército. La escuela ocupaba una elegante y decadente mansión de la alameda Bernardo O'Higgins, la avenida más ancha de la ciudad, en la parte oeste de la capital. Pinochet habló poco, un pedazo de la hora y media de la sesión de apertura reservada por Contreras a las formalidades protocolares. El general entonó la cantinela de siempre sobre el comunismo y sus peligros, destacó la importancia de la coordinación de informaciones, agradeció la presencia, deseó suerte al grupo, se despidió y salió.

Contreras se encargó del espectáculo, con la frase que justificaría todo lo que sería decidido en aquel salón:

–La subversión (...) no reconoce fronteras ni países, y su infiltración está penetrando en todos los niveles de la vida nacional.

El hombre de la DINA explicó que la nueva fase de "guerra psicopolítica" ya no podía ser combatida con la cooperación informal e ineficaz del pasado. Era necesario obtener, comunicar e intercambiar informaciones sobre el mundo de la subversión, relacionando nombres y organizaciones en una especie de base central.

–Algo similar a lo que la INTERPOL tiene en París, pero dedicado a la subversión –ejemplificó Contreras, proponiendo el establecimiento de un centro coordinador en Chile.

Con la cabeza organizada de ingeniero, el coronel sugirió un salto de calidad en los órganos de información que todavía intercambiaban informes penosamente dactilografiados en máquina de escribir con las inevitables copias en papel carbónico. Contreras propuso subvertir todo eso con tecnología de punta, acelerando contactos y agilizando el intercambio de datos sensibles a través de telex, microfilme, computadores y criptografía. Él veía lejos, bien lejos al imaginar el tamaño de esos tentáculos, abriendo espacio para la interacción con la CIA y con el FBI en este trecho del documento final: "Recomendamos el empleo de conexiones fuera de los países del sistema, especialmente de aquellos que están fuera del continente, para obtener informaciones sobre la subversión".

Todo eso hacía parte de lo que Contreras llamaba Fase Uno, que ya se hacía de manera informal, casi natural.

La Fase Dos se constituía una novedad. Perseguía una acción más incisiva contra los enemigos comunes, actuando con equipos propios más allá de las propias fronteras, pisando el suelo de los otros países del sistema, siempre en conjunto con los comandos de la represión local. Era un modelo más sofisticado y agresivo, que Uruguay ya practicaba con muy

---

59 Dinges, 2005, p. 179.

buenos resultados en la vecina Argentina, donde llegó a abrir la primera sucursal extranjera de esta naciente multinacional represiva – la célebre Automotores Orletti.

Contreras tenía un bello y reciente ejemplo para sostener la propuesta: la prisión en Asunción en mayo de 1975 del dúo del MIR y del ERP, el chileno Fuentes y el argentino Santucho. Seis meses antes del encuentro inaugural de la Cóndor, una eficaz coordinación entre Argentina, Paraguay y Chile acabó desencadenando un golpe mortal en la JCR, la junta continental que la guerrilla de izquierda intentaba articular en la región. La participación directa del FBI de Scherrer, compartiendo las informaciones recogidas bajo tortura y comprobando la condescendencia norteamericana, mostraba a Contreras y a los presentes que aquel era el camino correcto – e iluminado por Washington. Meses después, en un cablegrama enviado al Departamento de Estado, el 20 de julio de 1976, el embajador Ernest Siracusa, que sucediera a Charles Adair en la misión americana en Montevideo, observó:

> Que esas naciones enfrentan una amenaza terrorista regional y coordinada, es un hecho, no es ficción. (...) El abordaje más racional para lidiar con un enemigo regional coordinado es organizarse según líneas semejantes. Estados Unidos ha recomendado desde hace mucho tiempo que esos países aumenten la cooperación para su seguridad. Ahora que actúan de ese modo, nuestra reacción no debe ser de oprobio.

Contreras quería ver el modelo de colaboración del caso Fuentes perfeccionado, ampliado para acomodar Brasil, Uruguay y Bolivia. Él imaginaba un servicio permanente de intercambio de informaciones, casi *on-line*, para que cada órgano de inteligencia acompañase el movimiento de sus blancos en otro país. Uno de ellos o ambos tendrían el encargo de vigilar, seguir, capturar e interrogar al sospechoso. Más importante en esa fraternal acción entre amigos: todos los países del sistema, dependiendo de su interés en el blanco, podrían participar del interrogatorio. Los sistemas represivos de las dictaduras de derecha del Cono Sur, por ironía de la historia, estarían socializando la tortura y sus resultados. Los informes producidos por la paliza serían compartidos entre los miembros de la sociedad secreta. Habiendo interés, el preso podría ser devuelto a su país natal para nuevos interrogatorios – o para destinos todavía más drásticos.

Había evidentes ventajas en la amplia conexión. En una guerra clandestina donde el tiempo es crucial para obtener informaciones en pocas horas y desbaratar aparatos, un interrogatorio binacional, con chequeos inmediatos de informaciones y el rápido abastecimiento de nuevas preguntas, podía apretar el cerco de la represión y desmontar el mecanismo de defensa de los presos más resistentes y experimentados. Un ejemplo sería la acción combinada, en noviembre de 1978, de los dos capitanes uruguayos Glauco Yannone y Eduardo Ferro y el delegado brasileño Pedro Seelig en el DOPS de Porto Alegre, intentando doblar – con mucha tortura – las defensas de los refugiados uruguayos Universindo Rodríguez Díaz y Lilián Celiberti. A pesar de la violencia, militares y policías no tuvieron éxito con la pareja, que no abrió ni una sola información y no generó ninguna nueva caída del PVP, su organización clandestina. Prueba de que la teoría de Contreras no siempre funcionaba en la práctica. Pero valía la pena insistir, concordaron los jefes de la represión.

El mismo día en que fue abierto el encuentro de la Cóndor en Santiago, 26 de noviembre, la CIA mandaba a su Directiva de Operaciones, en Washington, un informe sobre la melancólica situación del MIR, la mayor organización de la guerrilla chilena. Trecho:

> [*El*] MIR estima que cerca del 10% al 15% de su total de militantes del núcleo duro continúa intacto en Chile. El MIR calcula que cerca de 900 militantes de todos los niveles están muertos, presos o desaparecieron. (...)
>
> [Trecho editado] opinó que el MIR había sido efectivamente eliminado dentro de Chile. Ellos sostienen que, a pesar de la valiente gente del MIR y de su discurso de retroceder a fin de reorganizarse y formar un comando de resistencia nacional (CNR) en Chile, el hecho es que el MIR ya no tiene un grupo de liderazgo con credenciales suficientes para mantener y atraer el apoyo necesario para una actividad continuada.

Todos los hombres de la represión, en aquel encuentro, concordaban que –con excepción de Argentina– la lucha guerrillera en sus países estaba confinada, controlada, si no diezmada. Hacía un año que Brasil había destrozado una articulada tentativa guerrillera en las selvas del rio Araguaia, región nordeste de Amazônia, un terreno más complejo que el combate a la guerrilla urbana, casi moribunda en las grandes ciudades. El Centro de Informaciones del Ejército (CIE), de actuación destacada en el área de Xambioá, en el sur de Pará, donde el PC de Brasil había instalado su foco guerrillero, continuaba alerta en las ciudades. Bajo el comando del coronel Brilhante Ustra, el CIE consiguió infiltrar un agente dentro de la oficina del Alto Comisariado de las Naciones Unidas para Refugiados, en Rio de Janeiro. El ACNUR era el centro donde gravitaban más de cuatro mil personas que huían en la segunda mitad de la década de 1970 de los regímenes más violentos del Cono Sur, el santuario del Cóndor.

Otras tres direcciones daban apoyo a la misión humanitaria de la ONU en Río: la sede de la CNBB en la Vila Venturoza, la oficina de la Plaza XV donde actuaba el presidente de la Comisión de Justicia y Paz, profesor Cândido Mendes, y el número 446 de la calle de la Gloria. El Palacio São Joaquim allí instalado, era un lugar improbable en esa corriente: alojaba el cardenal Don Eugênio Salles, arzobispo de Río de Janeiro. El sertanejo ƒ aco, de habla seca como el paisaje agreste del interior nordestino de Acari, Rio Grande do Norte, donde nació en 1920, era temido como el más importante cardenal del ala conservadora de la Iglesia Católica. El reportero José Casado mostró, en el diario *O Globo* de marzo de 2008, una fase inesperada de Don Eugênio, que se reveló un pastor clandestino de refugiados, a quien amparó con la solidez de su devoto anticomunismo. Fugitivos de los generales de allá comenzaron a protegerse bajo la sotana del amigo de los generales de aquí. El cardenal de Río fue el único de la cúpula de la Iglesia que llamó a Geisel, a inicios de enero de 1976, para bendecir el presidente por el exorcismo realizado en el DOI-CODI de São Paulo, con la excomunión del general Ednardo D'Ávila Melo del comando del II Ejército. Años antes, sin alarde, había despachado con su sequedad rústica al comandante del Ejército en Salvador, Bahia, general Abdón Sena, que le pedía una misa por el aniversario del AI-5, símbolo mayor de la dictadura:

–Ustedes, que están satisfechos con el AI-5, pueden agradecer a Dios. Pero no por mi intermedio – rebatió, secamente, el cardenal.

Cuando el primer refugiado, un joven argentino que escapó de lo peor en Argentina y en Chile, le apareció delante pidiendo ayuda en el otoño de 1976, el desconcertado Don Eugênio pidió tiempo para meditar. Le confesó al reportero José casado:

> Fui a rezar. Había un cuadro y un crucifijo grande en la pared. Fue un drama. Yo pensaba: "Como ciudadano brasileño no puedo recibir Montonero, Tupamaro, aquellos refugiados que venían... Entraban en el país, se pasaban para el territorio brasileño." Y repensaba: "Ahora, yo, como pastor, tengo el deber de recibir"... Ahí está todo el drama: yo tenía el deber de recibir.[60]

La fama del buen samaritano se expandió por la región. En poco tiempo Río de Janeiro registraba 15 desembarcos semanales de refugiados. Don Eugênio tuvo que abrir los cofres de la arquidiócesis para arrendar 80 inmuebles en 14 barrios de la ciudad donde pudiese acoger tanta gente. Antes que los radicales envenenaran su amistad con el comandante del I Ejército, Sylvio Frota, el cardenal dio un llamado al general:

–Frota, si usted recibe la comunicación de que comunistas están abrigados en el Palacio São Joaquim, de que estoy protegiendo comunistas, sepa que es verdad. Yo soy el responsable y punto final.

El general no dijo ni jota.

Aquella multitud de extraviados circulaba por los jardines y por el patio interno del palacio arquidiocesano, en la Gloria, mientras esperaban la visa y el pasaje de la ONU para el viaje a los países donde pedían asilo. Ningún agente del DOI de Sylvio Frota osó pisar en aquel santo espacio de Don Eugênio. En agosto de 1979, la situación era tan tensa que el cardenal se sentó al lado del chofer, en el auto de la diócesis, y llevó personalmente al aeropuerto del Galeón dos parejas con hijos que irían a embarcar para Dinamarca. Don Eugênio protegió la fuga con su propio cuerpo:

–Yo no me incomodaba mucho con la policía brasileña. Yo tenía miedo de la policía argentina. Sabía que estaban aquí.

Estaban. El 16 de agosto, diez días antes del embarque de las parejas para Copenhague, un grupo de diez refugiados – integrado por dos argentinos, una uruguaya y siete chilenos – invadió el consulado de Suecia en Río. Quien se presentó como líder de un cierto 'Frente de Refugiados Latinoamericanos' era el argentino Roberto Marenco, un hombre invocado, radical, de cabellos negros alisados con gomina y un vasto bigote cubriendo la boca. Se descubrió después que era un espía infiltrado por la represión argentina.

El episodio de Río daba una medida del tema que más preocupaba a aquellos especialistas de la represión reunidos en Santiago: la movilidad internacional de la izquierda, que huía a su control por la libertad de circulación. Ninguna frontera podría ser obstáculo en aquella guerra, concordaban todos los militares congregados por Contreras. El supuesto advenimiento de la JCR, la Junta Coordinadora Revolucionaria, justificaba esos temores o respaldaba la fantasía de los órganos que precisaban de un enemigo interno o de una amenaza

---

60 *O Globo*, 2 de marzo de 1980, p. 16.

externa para justificar la manutención de sus aparatos represivos, el sueldo de sus legionarios embrutecidos y sus fondos secretos. Si los enemigos tradicionales estaban presos, muertos o desaparecidos, era necesario crear otros. La JCR era un buen fantasma.

Sin mayores peligros dentro, era preciso inventar amenazas fuera del país. Donde estuvieran. Contreras dio una pista a un colega de la CIA, conforme un informe de 1979 de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano:

–Iremos hasta Australia, si es necesario, para capturar nuestros enemigos – avisó el director de la DINA.

En el impulso de su cruzada justiciera en el combate mundial al comunismo, Contreras avanzó el último y más atrevido paso de su propuesta. La Fase Uno, a cambio de archivos y de informaciones, era una obviedad. La Fase Dos, la cacería y la tortura y operaciones conjuntas con los países vecinos, una osadía. La Fase Tres pensada por Contreras era una explosión.

La tercera etapa preveía la vigilancia de los enemigos y hasta el asesinato más allá de las fronteras de los países. Incluía operaciones de ejecución fuera del Cono Sur y más allá de los límites de América latina. El mundo era pequeño para las ambiciones guerreras del coronel Contreras. Hasta los veteranos más duros de la represión, allí reunidos, extrañaron el atrevimiento. Dos décadas después, el jefe de la comitiva uruguaya, coronel de Ejército José Fons, recordó al periodista John Dinges el contenido de la sugerencia chilena, personalizada en el odiado ex canciller del gobierno Allende, Orlando Letelier, que vivía exiliado en Washington:

> Chile propuso operaciones para eliminar enemigos en todo el mundo, para eliminar las personas que estaban causando daño a nuestros países, personas como Letelier. Esa operación exigía mucha preparación, una operación muy bien hecha. Chile tenía los recursos y la voluntad de operar.[61]

Las emociones fuertes del primer día del encuentro recomendaban un momento de relajación. En la noche, Contreras ofreció una comida en una instalación secreta de la DINA conocida como Cuartel Malloco, localizada en las cercanías de la ciudad de Melipilla, a medio camino entre Santiago y el puerto de San Antonio. El buen vino chileno y el honesto whisky escocés corrían sueltos, mientras una agente de la DINA sacaba fotos de los alegres invitados. Tan alegres que otra agente de Contreras recibió la misión secreta de relajar más aún la fiesta agrupando algunas bellas jóvenes chilenas para intercambiar informaciones secretas el resto de la noche. Al final, al contrario del rígido y machista Club de la Unión, no había entre los hombres allí reunidos ninguna restricción a la presencia femenina.

El miércoles y el jueves, de regreso al trabajo, las delegaciones hicieron relatos sobre las amenazas de subversión en sus países y describieron la estructura de cada uno para combatirlas. Intercambiaron sugerencias para mejorar el desempeño y el cerco final a los opositores. Hasta que, en la noche del viernes, 28 de noviembre, dos días antes de lo previsto, se llegó al consenso final sobre la acción coordinada. No habiendo nada más a tratar se

---

[61] Dinges, 2005, p.185.

providenció el acta de cierre. Alguien recordó que la nueva organización debía ser bautizada con un nombre, un código, algo que pudiese identificarla entre los órganos de la región. El anónimo subjefe de la delegación de Uruguay, un coronel de la Fuerza Aérea, procuró ser gentil con los anfitriones y dio una sugerencia familiar: *Vultur gryphus*.

No era la identificación científica de la familia de los catartídeos, sino el nombre popular de la mayor ave voladora del mundo: el cóndor, un buitre típico de Chile, el gran carnicero de los Andes, el ave saprófaga que se alimenta de carne podrida, que tiene ojo y faro para cadáveres. Un nombre perfecto para hacer decolar el sueño alado de Contreras. El acta final de la reunión de fundación registra:

> La presente organización será llamada CÓNDOR, por unanimidad, de acuerdo con la propuesta presentada por la delegación uruguaya en homenaje al país que es su sede.

El cóndor de los Andes tiene una envergadura en las alas de hasta tres metros.

El cóndor del Cono Sur hacía una sombra quinientas mil veces mayor en el eje Santiago-Montevideo, una tiniebla ochocientas mil veces más extensa en el sentido Buenos Aires-Brasilia. Cubría los 1.500 kilómetros entre las capitales de Argentina y de Brasil.

La oscuridad de la más vasta y duradera acción represiva de la historia del continente movilizó secretamente militares y policías de seis países durante los últimos cinco años de la década de 1970, produciendo una contabilidad macabra que jamás podrá ser medida con precisión y nunca será expurgada de emoción.[62]

El 'Archivo del Terror' –un tesoro de cuatro toneladas de papeles descubierto en Paraguay en 1992, con 60 mil documentos totalizando 593 mil páginas microfilmadas con la burocracia de la represión– preservó intactos diarios, archivos, fotos, fichas, informes, la correspondencia y la rutina de terror y muerte de la Operación Cóndor y sus seis socios fundadores. El cálculo total de víctimas, a partir del registro de ese archivo, ofrece un resultado tan perturbador que parece tener baja credibilidad: 30 mil desaparecidos, 50 mil muertos, 400 mil encarcelados.

Los números del Movimiento de Justicia y derechos Humanos (MJDH), de Porto Alegre, ofrecen un cuadro mucho más preciso[63], a partir de investigaciones oficiales realizadas por comisiones independientes bajo gobiernos civiles reinstalados en la región con

---

[62] La última acción binacional con la marca de la Cóndor sucedió en julio de 1980. Comenzó con una cacería del Batallón 601 a Montoneros en Perú y acabó con la muerte en España de la militante argentina Noemí Gianetti de Molfino, una de las fundadoras de las Madres de Plaza de Mayo. En abril de 1995, un cadáver fue encontrado con dos tiros en la playa uruguaya de El Pinar. Eugenio Berríos era el químico chileno que recreó el gas sarín en el laboratorio secreto de la Colonia Dignidad, al servicio de la DINA. Fue llevado por militares de inteligencia al Uruguay en 1991, cuando la Justicia chilena comenzó a investigar crímenes de Pinochet. Huyó de su escondrijo y dijo haber sido secuestrado. Apresado nuevamente, desapareció, en una operación combinada que sugiere una supervivencia de la Cóndor.

[63] Datos del Movimiento de Justicia y Derechos Humanos de Porto Alegre sobre muertos y desaparecidos: Argentina, 8.961 casos, según la Comisión Ernesto Sábato, o 30 mil víctimas, conforme entidades de derechos humanos; Chile, 2.011 muertos y 1.185 desaparecidos entre 1973 y 1990;

el retorno de la democracia. En esta contabilidad, los muertos y desaparecidos en el Cono Sur llegarían a 13.960 personas. La discrepancia de los valores revela, sólo, que nunca será posible medir con precisión la marca de la Cóndor en la historia del Cono Sur.[64]

Muertos y desaparecidos, con frecuencia, tienen el mismo destino macabro. No todas las víctimas son responsabilidad de la Cóndor. Muchos murieron o desaparecieron por la violencia interna en la frontera de sus propias dictaduras. Muertes y desapariciones ocurrían antes del despegue de la Cóndor y continuaron sucediendo después que la Cóndor fue desplumada, en 1980. Aún así, entre la frialdad de los números y la indignación de las víctimas, restará siempre el saldo de muerte y sufrimiento que vuelve la Operación Cóndor la más articulada y más amplia manifestación de terrorismo de Estado en la historia mundial. Nunca hubo, ni siquiera en períodos de guerras o conflictos internos, una coordinación tan extensa entre tantos países para un combate tan despiadado y sangriento a grupos de disidencia política o de lucha armada, confrontados al margen de las leyes por técnicas consagradas en el submundo del crimen. La Operación Cóndor trajo para dentro del Estado ilegítimo de las dictaduras las prácticas ilegales de la violencia de bandos paramilitares, transformando agentes de la ley en ejecutores o cómplices encapuchados de una línea política oficial de exterminio.

La Cóndor criminalizó los regímenes militares del Cono Sur.

En 1991, las democracias renacidas de la región construyeron un celebrado pacto de integración política y económica bautizado como MERCOSUR. Dieciséis años antes, los generales de las dictaduras de la región habían conseguido realizar, a hierro y fuego, una proeza todavía más improbable: un secreto entendimiento por la desintegración física, política y psicológica de millares de personas.

La represión chocó la Cóndor, la Cóndor chocaría el mundo.

El tío observador

Seis países participaron de la reunión de la Cóndor en Chile – pero sólo cinco firmaron el acta de fundación. Brasil no mostró la cara, pero estaba allá. Los jefes de las seis comitivas nacionales llegaron al final del encuentro sin esconder niveles diferenciados de adhesión, con dos grupos claramente definidos: mitad muy animada, otra no tanto. O, dicho de una manera diferente, una parte plenamente convencida por la idea, y la otra más conforme – para no decir desconfiada.

Quien llevaba el pandero de la animación, como sería previsible, era Chile, en la condición de anfitrión. El coronel Contreras estaba feliz con el resultado del encuentro y con

---

Paraguay, aproximadamente mil casos, setenta de ellos identificados, entre 1954 y 1989; Brasil, 408 casos; Uruguay, 295 desaparecidos; y Bolivia, cien casos entre 1971 y 1978.

64 Un informe de inteligencia del Batallón 601 apunta, en menos de tres años (octubre de 1975 a julio de 1978), un número de víctimas casi tres veces mayor que el informe de Sábato: 22 mil muertos. El dato fue encontrado en poder de un agente chileno, Enrique Arancibia Clavel, que hacía en Buenos Aires la conexión entre la DINA y el Batallón 601. Dinges, 2005, p.210.

la formalización de su propuesta. Luego a continuación venía Argentina, que vivía la inestabilidad política del gobierno de Isabelita Perón, y que desembocaría en cuatro meses en el golpe de la junta militar liderada por el general Videla. La comitiva argentinaera comandada por el capitán de Marina (equivalente a coronel de Ejército) Jorge Demetrio Casas, director de operaciones internacionales del SIDE (Servicio de Inteligencia del Estado) y subjefe del principal órgano de informaciones del país. Dos años después, promovido a contra almirante, acabaría jefe de la Inteligencia Naval argentina. Uruguay completaba el trío de hierro del entusiasmo, comandado por el coronel de Ejército José Fons, subdirector del Servicio de Inteligencia de Defensa (SID). Con él estaba otro subdirector, el coronel de la Fuerza Aérea que dio el nombre de Cóndor a la nueva criatura.

El grupo desanimado dio sus primeras señales de incomodidad en el momento del embarque a sus países de origen. Paraguay, contrariando la voluntad de Contreras, no mandó su poderoso jefe de policía de Asunción, Francisco Britez, que había recibidola invitación de manos del jefe de la DINA. El propio Britez se extraño que él, un policía, fuese invitado para un evento de inteligencia militar. Pero era esa la idea de Contreras: juntar los principales nombres de la represión continental, fuesen o no militares, con tal que tuviesen fuerza en el área de inteligencia. Aún así el invitado prefirió pasar el encargo a alguien uniformado, y quien dirigía la comitiva paraguaya era el coronel Benito Guanes Serrano, jefe del G–2, el Departamento de Inteligencia del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. Bolivia mostró en los hombros de su representante la desconfianza del presidente, general Hugo Banzer, que mandó el jefe de misión menos graduado: el mayor Carlos Mena Burgos, del Servicio de Inteligencia de del Estado (SIE).

Brasil, por fin, era el más desconfiado de todos. Como en el caso paraguayo, el brasileño invitado personalmente por Contreras no fue a Santiago. El general Figueiredo, su amigo personal, no viajó bloqueado por una razón que ni el servicio secreto chileno identificó: el propio presidente Ernesto Geisel. A él no le gustaba la idea de relacionar el área de inteligencia brasileña a un organismo todavía sin perfil definido y localizado en Santiago, a tres mil kilómetros de Brasilia.

Con menos de un año de vida, la DINA ya hacía y deshacía. En septiembre de 1974 explotó en Buenos Aires el auto del ex comandante del Ejército chileno, Carlos Prats, matando en el momento al general legalista y su mujer. Un año después, en octubre de 1975, el agente Michael Townley armó una emboscada en Roma para un líder de la Democracia Cristiana chilena, pero Bernardo Leighton y su mujer escaparon, sin embargo baleados gravemente en la cabeza. Un año después, en Washington, Townley cambió las balas por bombas para explotar el auto de un ex canciller de Allende, matando a Orlando Letelier y su secretaria americana, en la más estruendosa acción de la Fase Tres de la Cóndor.

El prontuario de la DINA ya impresionaba a inicios de 1975. En la segunda semana de enero, ante una sugerencia para aproximar el área de inteligencia brasileña a la chilena, Geisel vetó la idea, diciendo que los chilenos tendrían que aprender en la Escuela Nacional de Informaciones del SNI:

–Ellos que vengan aquí a ver la ESNI – respondió el presidente.

Ellos ya venían, desde los primeros meses de existencia de la DINA, en 1974. El FBI sabía que Contreras había entrenado en Brasil, la CIA sabía que agentes chilenos hacían el curso en Brasilia. Si la agencia americana decía eso en un informe a Washington fechado el 6 de setiembre de 1974, el presidente brasileño también debía saber el día 10 de enero de 1975, fecha que el secretario Heitor Ferreira anotó el comentario. Lo que Geisel no quería, realmente, era mezclar sus tropas de represión con las de Pinochet. Además de eso, había un error de origen en la invitación de Contreras para la participación de Figueiredo en el cónclave del Cono Sur. Eso no era atribución del SNI, por definición un órgano de información del presidente de la República, no un organismo de inteligencia con brazo operacional en el combate a la lucha armada. El CIE guerreaba lo que el SNI informaba. Esta era la lógica – y la misión en Santiago, por deber de oficio, cabría al Centro de Informaciones del Ejército, el CIE.

Figueiredo repasó el encargo a alguien de derecho, el general Confucio Danton de Paula Avelino, el jefe del CIE, con una recomendación especial del Palácio do Planalto: reducir la presencia brasileña en Santiago. En vez de tres, como pedía Contreras, mandar sólo dos militares – un coronel y un mayor, con órdenes estrictas para escuchar más que para hablar. Brasil no tenía muchas ideas para una acción colectiva, pero quería preservar el método de acciones bilaterales, caso a caso, cuando acciones represivas fuesen necesarias. Una última recomendación de Figueiredo, que debe haberse acordado de la poca simpatía de Geisel: reducir su participación en el encuentro a la condición de observador, sin autorización para firmar ningún documento.

A inicios de noviembre de 1975, tres semanas antes del encuentro de Santiago, un mayor procuró el Sector Militar Urbano en Brasilia, a ocho kilómetros del Planalto. Golpeó la puerta del BGP, el Batallón de la Guardia Presidencial, y pidió hablar a solas con su comandante, el coronel Danilo Venturini. (Tres años después, promovido a general, Venturini sería el director de la ESNI, frecuentada por los muchachos de la DINA, y, durante todo el gobierno Figueiredo, ocuparía el cargo de ministro jefe del Gabinete Militar).

–Coronel, fui designado para una reunión en Santiago de Chile y no quería viajar sin que el señor supiera – contó el mayor T aumaturgo Sotero Vaz. El antiguo cadete buscaba el consejo informal, fuera de la cadena de comando, de su viejo instructor en la Academia Militar de las Agulhas Negras (AMAN) al inicio de la década de los 50.

El mayor contó lo poco que sabía.

–Es una reunión de países del Cono Sur, convocada por el coronel Contreras para discutir un intercambio en la lucha contra la subversión. ¿El señor está sabiendo, coronel?

Venturini oía mucho más de lo que sabía. Despertó su curiosidad.

–No, T aumaturgo, nunca oí hablar de eso. Ve a Santiago y, al regreso, me cuenta lo que sucedió – dijo el comandante del BGP, en un tono afirmativo de orden, más que un pedido gentil.

A inicio de diciembre, disciplinado, el mayor volvió al BGP para contar lo mucho que oyera en Santiago. Y resumió el resultado del encuentro para Venturini:

–Coronel, fue fundada una organización – la Cóndor – para integrar los ejércitos de la región en el combate al terrorismo y a la subversión. Al final del encuentro nos pidieron que firmáramos el acta de clausura, pero explicamos que nuestras instrucciones eran de no firmar. Brasil estaba allá sólo como observador y dispuesto a colaborar solamente en el área de informaciones y contrainformaciones en la insurgencia. Brasil se recusaba a participar de operaciones – informó el mayor.

En relación a las fases Uno y Dos, que envolvían el intercambio de fichas y hasta la captura de subversivos en operaciones combinadas, todo bien. Brasil estaba dentro, conforme el relato de Thaumaturgo a Venturini. En relación a la Fase Tres, todo mal: Brasil estaba fuera. En la jerga de la represión, operaciones significaban operación de combate o, en el lenguaje más franco del coronel Contreras, "eliminación" pura y simplemente.

Thaumaturgo tenía un compañero en el viaje, un oficial más graduado, de hecho el jefe de la pequeña comitiva brasileña: el coronel Flavio de Marco, el hombre que viajó a Chile con órdenes expresas para no firmar el acta de la Cóndor. Oficiales del CIE, el coronel De Marco y el mayor Thaumaturgo eran compañeros de otros viajes, combatientes de algunos enfrentamientos, veteranos de una operación contra la insurgencia que abarcaba sola las tres fases de la Cóndor: el combate a la guerrilla del Araguaia.

En el espacio de tres años (1972–1974), el Araguaia movilizó la mayor concentración de tropas de combate del país desde la Segunda Guerra Mundial, en el cual lucharon 25 mil soldados de la Fuerza Expedicionaria Brasileña (FEB), en comparación hecha por el general y escritor Viana Moog. La lucha en la región amazónica del sur de Pará, según la Comisión Especial Sobre Muertos y Desaparecidos Políticos de la Secretaría Especial de Derechos Humanos de la Presidencia de la República, movilizó en tres campañas militares un número variable de seis mil a ocho mil hombres, de soldados a oficiales de inteligencia, incluyendo tropas de elite de la Brigada de Paracaidistas. Un contingente comparable a las cuatro expediciones enviadas por el gobierno central para aplastar los fanáticos de Antonio Consejero en la Guerra de Canudos, en el agreste de Bahia, a fines del siglo XIX.

Toda esa fuerza fue movilizada para cazar 70 guerrilleros del Partido Comunista do Brasil (el PCdoB, de línea maoísta), dispersos en una región de siete mil kilómetros cuadrados en la confluencia de los ríos Araguaia y Tocantins, en el sur paraense, parcamente habitado por 20 mil personas – dos tercios de la población miserable de Canudos masacrada un siglo antes. Allí en la selva, los comunistas pretendían encender el fuego de una guerra popular prolongada que, según el libro rojo de Mao Tse–tung, nacería como un foco de insurrección en los campos que se extendería hasta el cerco final de las ciudades y el derrumbe del orden capitalista. No resultó.

El primer guerrillero desembarcó en el área en 1966. Eran 15 combatientes dos años después, 70 en 1972 – y ahí apareció el Ejército. Los militares eran forasteros en la región, al contrario de los guerrilleros, ya ambientados como nativos después de tantos años. El mundo de la selva asustaba la soldadesca recién llegada por la dimensión casi impenetrable. El Araguaia, que corre más de dos mil kilómetros a pesar de ser un río interior, tenía un

kilómetro y medio de anchura en las márgenes que separan São Geraldo del Araguaia de Xambioá.

El Ejército comenzó sufriendo. En el primer enfrentamiento armado, el 8 de mayo de 1972, tuvo dos heridos y su primera baja fatal: el cabo Odilio Rosa, de un cuartel de Belén. El líder de los guerrilleros, 'Osvaldão', difundió en la selva el aviso de que si alguien fuese a rescatar el cuerpo sería diezmado por otros cien guerrilleros. Osvaldo Orlando da Costa es un mito en la selva. Fuerte y simpático, un hombre negro imponente de un metro noventa y ocho, Osvaldão tenía veinte años cuando fue campeón carioca de box por el club Botafogo, de Rio, tenía 28 cuando desembarcó en 1966 en Xambioá como el primer guerrillero en el área. Para desafiar la fanfarronada de 'Osvaldão', el Ejército llamó a T aumaturgo.

Oficial de infantería, el mayor T aumaturgo Sotero Vaz, nacido en 1933, era paracaidista con curso de guerra en la selva en la Escuela de las Américas y comandaba los 'boinas negras' del Destacamento de las Fuerzas Especiales, en Rio de Janeiro. Llegó al Araguaia en abril de 1972 bajo el sobrenombre de 'Dr. Sabino' y, liderando un pelotón de 36 hombres, entró en la selva, destruyó algunos campos de entrenamiento guerrillero, localizó pistas de combate y puestos de suministro y rescató el cadáver del cabo Rosa. 'Osvaldão' no apareció.

T aumaturgo apareció años después en la lista de la sección f uminense del grupo de derechos humanos Tortura Nunca Más, apuntado como uno de los torturadores de Danilo Carneiro, el 'Nilo', un guerrillero preso en las márgenes de la carretera Transamazónica cuando, según los militares, intentaba desertar. Bajo tortura, él reveló el nombre de cinco compañeros y la localización de la base guerrillera de Metade, en la región del Araguaia. En 1984, una década después de su aventura en la selva, el coronel Taumaturgo asumió en Manaus el comando del CIGS, la escuela de guerra en la selva donde aprendieron los profesionales del coronel Contreras, el anfitrión de T aumaturgo en Santiago una década antes.

El jefe del 'Dr. Sabino' en la reunión de la Cóndor era el 'Tío Caco', sobrenombre del teniente coronel Flavio de Marco, un veterano compañero del Araguaia. 'Tío Caco' fue uno de los comandantes más importantes y crueles de la lucha antiguerrillera, reconocido de lejos por la tropa gracias a dos atributos inconfundibles: el vasto bigote de dimensiones amazónicas que cruzaba el rostro moreno y le caía por las comisuras de la boca y por los lentes ray–ban que, dice la leyenda, no se los sacaba ni para dormir. Los lentes verdosos escondían un par de ojos fríos y atemorizantes, exprimidos entre las anchas fosas nasales y las cejas gruesas y rebeldes que parecían querer compensar la falta de cabellos en lo alto de la frente. A pesar de la fama, el nombre De Marco pasa en blanco por las quinientas páginas del minucioso, contundente informe que lista los verdugos de 506 muertos y desaparecidos en la época de la dictadura, publicado en 2008por la Secretaría Especial de Derechos Humanos del Palácio do Planalto bajo el título de *Derecho a la Memoria y a la Verdad*. Sólo el tema de la guerrilla del Araguaia ocupa allí 76 páginas del levantamiento oficial lanzado en el Gobierno Lula.

Pero 'Tío Caco' no escapó de la mira del periodista Hugo Studart, magíster en Historia por la Universidad de Brasilia (UnB), autor del libro *La Ley de la Selva*– un trabajo de rescate histórico que da voz al gran mudo del Araguaia: el Ejército brasileño. Bajo la condición

del anonimato, 27 veteranos del combate a la guerrilla, desde soldados hasta generales, montaron, entre 1998 y 2001, un inédito 'Informe Araguaia' con la versión de un episodio que se conocía antes sólo por el lado de los derrotados– y 'Tío Caco' ahora hacía parte de la historia.

El mayor de caballería Flavio de Marco servía en Rio de Janeiro, a fines del los años 60, cuando el coronel João Baptista Figueiredo comandaba el Regimiento de Caballería de Guarda, el histórico Dragones de la Independencia. Enel Gobierno Médici, estaba en Brasilia, actuando en el Servicio Secreto bajo las bendiciones del hombre más temido del Ejército brasileño – el general Milton Tavares de Souza, el 'Miltinho', que conseguía acumular en su cuerpo menudo y delgado el puesto de jefe de gabinete del Ministro del Ejército y todavía el del jefe del Centro de Informaciones de Ejército (CIE). Miltinho y 'Tío Caco' eran uña y carne, una amistad decisiva después de las sucesivas derrotas del Ejército en las dos primeras campañas del Araguaia. En la tregua que siguió durante once meses, a partir del período lluvioso de noviembre de 1972, el Ejército usó la inteligencia para combatir la guerrilla.

Cambió el combate por la infiltración: 53 agentes penetraron en la selva, disfrazados de técnicos del Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agrária (INCRA), dueños de bodegas, funcionarios de la campaña contra la malaria, representantes de empresas falsas (Agropecuaria Araguaia y DDP Mineradora). Usaron azada para crear callos en las manos, no llevaban documentos, adoptaron sobrenombres, no usaban uniforme. Se dejaron crecer la barba y el cabello. La Operación Sucurí levantó la ficha de 400 simpatizantes de los guerrilleros en el área. Cuando el teniente coronel De Marco entró en la selva, en octubre de 1973, el Ejército ya sabía qué hacer para alcanzar la victoria. Cuando 'Tío Caco' salió de la selva, en octubre de 1974, la guerrilla ni pudo explicar la derrota. Estaba diezmada.

En ese período, 46 de los 56 guerrilleros restantes desaparecieron. La orden de Brasilia mandaba no perdonar a nadie en la tercera y última campaña militar, la Operación Marajoara. El jefe de operaciones del CIE, teniente coronel Carlos Sergio Torres, comandaba a distancia, desde la capital federal. 'Tío Caco' era quien mandaba y desmandaba en la selva, a partir de la sede del INCRA en un área aislada de Marabá, en las márgenes del río Tacaúnas. La casa de madera pintada en azul y solicitada por los militares tenía una gran sala de reuniones y tres dormitorios. Allí operaba el Estado Mayor del CIE, bajo las órdenes de De Marco. En la Casa Azul se reunían al final de la tarde para la evaluación del día. La tropa bautizó el grupo de 'KGB' y nadie entraba en la casa sin órdenes del 'Tío Caco'. Como teniente coronel, De Marco se reportaba directamente en Brasilia al general Milton y al general Orlando Geisel, ministro del Ejército. Jerarquía, allí, sólo la suya. Un día, el coronel Alair de Almeida Pitta, jefe del Estado Mayor de la 8ª Región Militar en Belém, capital de la provincia del Pará, quiso entrar en el lugar uniformado. De Marco había clasificado la casa como "zona de operación de inteligencia", que sólo admitía militar vestido de civil. El coronel insistió, el teniente coronel resistió y mandó expulsar su superior inmediato. A pesar del choque de jerarquía, prevalecía la ley de la guerra.

Y continuó todo azul – en la casa y en la carrera de De Marco.

Era la 'KGB', al final del día, quien decidía cuáles prisioneros todavía tenían utilidad – o, dicho de otra forma, cuáles merecían vivir un poco más. La palabra final era del 'Tío Caco'. Para la solución final, De Marco disponía de dos equipos de matadores – Zebra, situada próxima a la Casa Azul, y Jibóia, instalada en las márgenes del río en Xambioá. Eran formadas por seis hombres – un capitán, un suboficial, dos sargentos y dos cabos. En la cuenta final de los propios militares, Zebra mató doce y Jibóia, siete guerrilleros, ninguno de ellos en combate. La técnica de ejecución o "hacer", en la jerga revelada por los veteranos del Araguaia, fue descrita así en *La ley de la selva* de Studart:

> después que la KGB decidía en las reuniones de la puesta de sol que era hora de mandar "hacerlo", los prisioneros eran colocados en un helicóptero y llevados para algún punto de la selva. Siempre puntos diferentes. Entraba, sólo uno cada vez, encapuchado para que no fuese reconocido por los pilotos. Junto, haciéndose cargo del prisionero, entre tres y cinco integrantes de los equipos Zebra o Jibóia. En la selva, después que el helicóptero partía, los militares caminaban con el prisionero por cerca de 15 minutos – promedio – hasta algún punto remoto, de acceso difícil. Entonces el guerrillero desaparecía. O, en ese nuevo lenguaje creado por aquellos equipos, el servicio era "hecho". Más tarde otro helicóptero, siempre con una tripulación diferente de la primera, buscaba al equipo en un claro en la selva lejos de donde el cuerpo era dejado. Sólo los militares embarcaban; jamás un prisionero hizo el viaje de regreso. De esa forma, cuando los guerrilleros eran "hechos", solamente Tío Caco, su KGB y los propios miembros del equipo sabían. En algunas ejecuciones, sólo Tío Caco y un único miembro del equipo.[65]

La fuerza de la naturaleza amenazó deshacer lo que "hacían" los hombres de 'Tío Caco'. La lluvia de diciembre de 1974 lavó la tierra y, al revolver el suelo húmedo, un perro descubrió el pedazo de un guerrillero "hecho" por el CIE. En una reunión de emergencia en la Casa Azul, De Marco mandó para allá un oficial y cinco hombres premunidos de pala y ácido para hacer desaparecer los restos. Al cavar descubrieron no uno, sino cinco cuerpos apilados en la misma fosa. Una grave falla operacional que, después de un contacto urgente de 'Tío Caco' con 'Miltinho' en Brasilia, definió la Operación Limpieza. En enero de 1975, los cuerpos localizados por los equipos Zebra y Jibóia fueron desenterrados – algunos diluidos allí mismo en ácido y otros transportados en helicóptero. Uno de los pilotos, el coronel aviador Pedro Corrêa Cabral, contó en 1993 al reportero Rinaldo Gama, de la revista *Veja*, que pasó diez días transportando cadáveres en uno de los helicópteros de la FAB con las insignias cubiertas por tinta negra. Despejaban su carga macabra en un punto al sur de la Sierra de las Andorinhas, a 100 kilómetros de Xambioá. Lo que más incomodaba a los pilotos era el olor de carne podrida en la cabina. Cabral usaba una máscara contra gases y, debajo de ella, un paño encharcado de perfume para disfrazar el olor. Él nunca más consiguió comer un asado con el placer de antes.

En lo alto de la sierra, 'Tío Caco' coordinó la quema de los restos mortales, incinerados con gasolina dentro de neumáticos viejos, en una hoguera que levantó una humareda negra y espesa que podía ser vista a decenas de kilómetros. Casi tres décadas antes, las zebras y jibóias del teniente coronel De Marco habían inventado el "microondas", la técnica de eli-

[65] Studart, 2006, p.260.

minación con neumáticos y fuego usada en 2002 por los traficantes de los morros y favelas de Rio de Janeiro para la tortura y muerte del periodista Tim Lopes, un conocido reportero de la Rede Globo, la más importante televisión de Brasil. Los guardaespaldas del 'Comando Rojo' del traficante 'Elias Maluco' en el morro carioca recordaban, en el humo y el olor, los camaradas de la KGB de 'Tío Caco' en la f oresta amazónica.

Cuando acabó la guerra en el Araguaia el teniente coronel De Marco fue premiado en 1975 con el Comando de Frontera Acre–Rondonia (CFAR), ubicado en Porto Velho, capital de Rondônia, provincia amazónica que hace frontera con Bolívia.[66] Salió de la selva para el asfalto, en 1977, para servir con un viejo amigo en Brasilia. Encontró su antiguo comandante de los Dragones de la Independencia en la jefatura del SNI del Gobierno Geisel: fue a trabajar en el servicio de información del amigo Figueiredo. Cuando el general sevolvió presidente, en 1979, De Marco ganó un comando menos violento de la burocracia del poder, como director administrativo del Palacio de Planalto. El corazón sensible de 'Tío Caco' no resistió el esfuerzo de un inocente juego de voleibol en la cuadra de deportes del palacio en 1984. Murió de infarto en el cemento de la capital después de sobrevivir a las emociones de la selva.

El coronel De Marco y el mayor T aumaturgo constituían la misión meramente observadora presente en la reunión de cuatro días que fundó la Cóndor en Santiago.

Con el 'Tío Caco' y el 'Dr. Sabino', Brasil no podía estar mejor representado.

Cianureto del lado de allá

El paso brasileño por Santiago tuvo una frialdad medida, pero Contreras no acusó recibo.

Mandó uno de sus cuadros más importantes en 1975 para Brasilia: el teniente coronel Pedro Espinoza, futuro jefe de operaciones de la DINA, para ser el eslabón con el SNI y el CIE. Un año después, un sábado de junio de 1976, Espinoza tendría un encuentro en una carretera desierta de la periferia de Santiago con el agente Michael Townley, el chileno norteamericano que el 21 de setiembre, en las barbas de la CIA, colocó una bomba de plástico bajo el asiento del auto dirigido por Orlando Letelier en las calles de Washington. La explosión que mató al ex canciller de Allende y su secretaria americana fue la más atrevida operación de la Fase 3 de la Cóndor.

La osadía de la Cóndor en suelo americano ya estaba siendo rastreada por el gobierno estadounidense – y la connivencia brasileña, también. Casi siete semanas antes de la explosión en Washington, el secretario de América Latina del Departamento de Estado, Harry Shlaudeman, mandó un informe perturbador al secretario Henry Kissinger, el 3 de agosto.

---

[66] De Marco fue el último coronel en comandar el CFAR. La unidad creció, se volvió Grupo de Frontera en 1977 y, a partir de 1980, la 17ª Brigada de Infantería de Selva (BIS), donde pasaron 24 generales de brigada hasta 2008. El tercero de ellos fue el general Oswaldo Muniz Oliva (1979-80), padre del senador Aloísio Mercadante (PT–SP), ministro de Educación del Gobierno Dilma Roussef en 2012.

Con base en la evaluación de sus embajadores en el área, Shlaudeman alertaba que los gobiernos militares estaban coordinándose para operar mutuamente en el territorio de sus países. Y escribía: "Establecieron la Operación Cóndor para descubrir y matar los terroristas de la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR) en sus propios países y en Europa. A excepción de las operaciones de asesinato, Brasil está cooperando".

El americano aclaraba que el enemigo era tan vagamente definido que podría incluir "casi todo el mundo que se opone a la política del gobierno". Shlaudeman alertaba en agosto de 1976: "Están planeando las propias operaciones antiterroristas en Europa. Argentina, Chile y Uruguay son los líderes; Brasil es cauteloso, pero está proporcionando algún apoyo técnico".

En la segunda semana de agosto, tres nuevos informes de la CIA mostraron que la Cóndor comenzaba a levantar vuelo. Los americanos descubren que Argentina, Chile y Uruguay entrenaban en Buenos Aires un equipo de asesinos para operar en Europa, a partir de Francia, santuario de los exiliados. El SNI tomó conocimiento de los planes, pero decidió no tomar parte en la aventura europea. Brasil salió a la francesa de la confusión en el Viejo Mundo.

Aquí cerca no había mucha restricción. Un documento de la CIA del 19 de julio de 1976 obtenido por el periodista John Dinges denuncia una operación conjunta entre el Brasil de Geisel y la Argentina de Videla: "Una fuente confiable brasileña describió un acuerdo Brasil–Argentina a través del cual los dos países cazan y eliminan terroristas que intentan huir de Argentina para Brasil." La alianza Brasil–Chile funcionaba también. En el 'Archivo del Terror' de Paraguay brotó una correspondencia fraterna entre los amigos Figueiredo y Contreras. El brasileño escribió el día 21 de agosto de 1975, y el chileno respondió una semana después. Agradece las informaciones recibidas y se muestra preocupado con la inminente victoria de Jimmy Carter en las elecciones presidenciales, recordando que dos enemigos comunes se beneficiarían de la victoria demócrata: el chileno Orlando Letelier y el brasileño Juscelino Kubitschek. Un año después, JK muere en el choque de su auto con un autobús en la Vía Dutra, entre Rio y São Paulo.[67] Un mes más tarde, Letelier muere en la explosión de su automóvil en Washington. Eran tiempos peligrosos aquellos.

La carta del coronel chileno al general brasileño acabó engrosando el papeleo del juez español Baltazar Garzón, que investigaba la Operación Cóndor y un bando de generales del Cono Sur – los argentinos Videla y Galtieri, el uruguayo Gregorio Álvarez, el boliviano Hugo Bánzer –, incluyendo Figueiredo. El emisario de la carta fue el propio agregado militar chileno en Brasilia en la época: el coronel Sergio Arredondo González había sido el brazo derecho de Contreras y jefe de la sección de operaciones externas de la DINA. Cuando Figueiredo asumió la presidencia, en 1979, Arredondo se cambió para São Paulo, como representante de la estatal chilena de cobre Codelco. Volvió a Chile, denunciado por entida-

[67] El 2000, el diputado Paulo Octavio (PFL-DF), casado con una nieta de JK, propuso investigar las sospechas que involucraban la Cóndor en el caso. Una comisión especial de 22 parlamentarios de la Cámara de Diputados oyó cuarenta personas, inclusive en Chile, y pidió nuevas pericias. Conclusión de Octavio: "Ya no quedan dudas sobre la muerte de JK. Fue una fatalidad".

des de derechos humanos por participar en la 'Caravana de la Muerte' del general Arellano Stark, que mató 73 personas en Chile días después del golpe. Acabó en prisión domiciliaria, mientras aguardaba proceso en la Justicia.

Brasil no participaba de la Fase Tres, pero se hartaba en las Fases Uno y Dos, con intercambio de informaciones y de prisioneros en suelo ajeno. Un mes después la fundación de la Cóndor, en diciembre de 1975, agentes sin uniforme del CIE, actuando a pedido de la dictadura Stroessner, secuestraron, del otro lado de la frontera, cuatro paraguayos que vivían en Foz de Iguazú . Allí mismo, en el Parque Nacional de Iguazú, fueron detenidos, interrogados y muertos seis integrantes de la guerrillera VPR (Vanguarda Popular Revolucionaria), que vinieron de Argentina y entraron en Brasil en julio de 1974 bajo el liderazgo de Onofre Pinto, el hombre que había reclutado el capitán del Ejército Carlos Lamarca para la guerrilla. El grupo fue atraído para una emboscada del Ejército a partir de las informaciones del ex sargento de la Brigada Militargaúcha Alberi Vieira dos Santos, un ex brizolista exiliado que se dio vuelta la chaquetay se hizo agente del CIE. Con la logística de la Cóndor, Alberi fue a Buenos Aires a atraer el grupo para un sitio en el sudoeste del Paraná que estaría siendo preparado para el entrenamiento de guerrilla. Al llegar al local, el equipo de Onofre fue apresado y ejecutado. En un primer momento la Operación Juriti sólo se salvó el jefe, Onofre Pinto, que un capitán del Ejército en Foz de Iguazú estaba tentando convertir en agente infiltrado en la izquierda. El coronel Paulo Malhães, el 'Dr. Pablo' del CIE, llegó a concordar con la negociación, pero una orden de Brasilia deshizo el trato:

–Tenemos que acabar con Onofre para dar el ejemplo – ordenó el general Milton Tavares de Souza, el jefe del CIE.

Allí mismo, en la casa del sitio, Onofre murió con una bala en la cabeza. Un cuchillo rasgó su vientre y le injertaron entre las tripas la caja de cambio de la carcasa de un jeep abandonado. Los militares llevaron el cadáver en una camioneta Rural Willys hasta las márgenes del São Francisco Falso y lo tiraron al río con su sobrepeso metálico. Seis años después, los restos de Onofre Pinto fueron cubiertos para siempre por las aguas del lago en formación del embalse de Itaipú, la mayor hidroeléctrica del mundo. Ese guión macabro fue descrito por el periodista Aluízio Palmar en su libro *Onde foi que vocês enterraram nossos mortos?* Ex militante del MR-8 y de la VPR, preso y torturado en la dictadura, Palmar fue desterrado en el secuestro del embajador suizo en 1971. Acabó siendo un sobreviviente de la *ratonera* armada por el sargento a servicio de la Cóndor. Él desconfió del convite de Alberi para volver, recusó la propuesta y escapó de la muerte en las manos del CIE.

Cuando volvió a Brasil, decidió investigar la muerte de los antiguos compañeros. Confirmó que la Operación Juriti comenzó antes en Chile, comandada por el 'Dr. Pablo' y por el 'Dr. César', el coronel José Brandt Teixeira, también del CIE. A partir de Buenos Aires, el viaje del grupo hasta la frontera fue monitoreada por los agentes del servicio secreto brasileño, uno de ellos el ex sargento Marival Chaves. Al reconstruir ese trayecto, Palmar descubrió otra historia dramática de la Cóndor. Una pareja de guerrilleros Montoneros, Liliána Inés Goldenberg y Eduardo Gonzalo Escaboza, volvía de España para ingresar clandestinamente en Argentina, vía Foz de Iguazú, cuando fue capturado en una armadilla de la Cóndor sobre

las aguas del río Paraná, luego de desatracar de Porto Meira, en la margen brasileña, poco antes de bajar en el muelle argentino de Puerto Iguazú. Cuanta Palmar:

> Un sábado, 2 de agosto de 1980, Lilián, de 27 años, rubia y delgada, y su compañero Eduardo, de 30 años, embarcaron en la lancha *Caja IV*, piloteada por Antonio Alves Feitosa, conocido en la región como Tatu. Antes de atracar en el lado argentino, dos policías brasileños que estaban a bordo mandaron el piloto a la lancha y apuntaron sus armas para la pareja. Cercados, Lilián y Eduardo pudieron ver que más policías bajaban en el atracadero, venidos de la aduana argentina. Así que percibieron haber caído en una celada, Lilián y Eduardo se arrodillaron delante del grupo de religiosos que estaba a bordo y gritaron que eran perseguidos políticos y preferían morir allí a ser torturados. En seguida abrieron un saco plástico, sacaron unos comprimidos y los engulleron bebiendo el agua barrosa del Río Paraná.
>
> Murieron en treinta segundos, envenenados por una dosis fortísima de cianurito. Los religiosos italianos desaparecieron. Tatu fue convocado a la Capitanía de los Portos de Foz de Iguazú y a la Prefectura Naval de Puerto Iguazú y aconsejado a olvidar la muerte de los jóvenes argentinos ocurrida en su lancha.[68]

Al cubrir ese caso como reportero para el diario *O Globo*, Palmar procuró la Capitanía de los Portos brasileña para saber qué providencias irían a tomar las autoridades navales de Foz de Iguazú. Ninguna, respondió el oficial que lo atendió.

–El incidente sucedió del lado de allá –dijo, sin ambages, ordenando que un marinero acompañara al periodista hasta la puerta de salida.

El oficial de la Marina no quiso ni discutir un grave detalle: el doble suicidio había sucedido a bordo de una embarcación con la bandera brasileña. Ese 'incidente' en la triple frontera de Brasil, Argentina y Paraguay fue relatado días después en Brasilia al presidente de la República. João Figueiredo oyó en silencio el relato de su informante, mientras torcía el dedo pulgar de la mano izquierda, un tic nervioso que exhibía en los momentos de aflicción. Cuando la historia acabó, Figueiredo continuó callado, no hizo ningún comentario. Y pasó a otro asunto.

En el gobierno de Geisel, la Cóndor ya volaba con la energía de la mayor hidroeléctrica del mundo. El 15 de diciembre de 1976, un informe de la Asesoría Especial de Seguridad e Informaciones (AESI) de Itaipú enviado al Paraguay relataba que, a pedido de la dictadura Stroessner, había colocado sus agentes en el rastreo de un líder oposicionista que vivía exiliado en Argentina desde 1959. El médico ortopédico Agustín Goiburú Jiménez, dirigente del Movimiento Popular Colorado (MOPO-CO), acostumbraba ir a Foz de Iguazú, sede de la usina, para visitar amigos. Dos meses después del mensaje enviado por los agentes del general José Costa Cavalcanti, director brasileño de Itaipú, Goiburú desapareció, luego de ser secuestrado al mediodía por hombres armados delante de la clínica donde trabajaba, en la ciudad argentina de Paraná, en la provincia de Entre Ríos . El teniente coronel Juan Ibarra, del QG del 2º Cuerpo de Caballería, fue sucinto al recibir a Elba, la mujer de Goiburú:

–A Agustín lo llevaron a Paraguay.

---

68 Palmar, 2005, p. 48.

Él no contó que, antes de eso, el médico quedó detenido una semana en cuarteles argentinos, hasta ser entregado en la frontera. Años después, el profesor paraguayo Martín Almada supo, al escudriñar el 'Archivo del Terror', que Goiburú fue torturado hasta la muerte en el Regimiento de Escolta Presidencial, en Asunción. Su cuerpo nunca apareció.

El olvidado fichero de la Policía Federal brasileña en Foz de Iguazú, descubierto por Palmar, revela el papel de Itaipú en el movimiento de la Cóndor. Era una participación previsible, ya que órganos de represión de la región – Argentina, Paraguay, Uruguay y Chile – tenían especial interés en la obra gigantesca que atraía desarraigados y exiliados del Cono Sur. En el período entre 1974 y 1982, el tiempo en que nació y murió la Cóndor, Itaipú movilizó cerca de 100 mil trabajadores, no sólo paraguayos y brasileños. En el ápice de la obra, ella llegó a emplear 40 mil personas, cinco mil nuevos contratos por mes en el período de 1978 a 1981. Para atender a la represión argentina, especialmente preocupada con el movimiento de militantes de la guerrilla peronista de los Montoneros y de los trotskistas del ERP, el servicio secreto de Itaipú elaboró la Operación Mesopotamia, que rastreó la ficha de todos los empleados no brasileños de la obra. La determinación del general Costa Cavalcanti fue ejecutada por el coronel Bruno Castro de Graça y por el capitán Roberto Enrique Helbling, de la 2ª Sección del 1º Batallón de Fronteras localizado en Foz de Iguazú. Con base en este control, archivado en la delegación local de la PF, cuenta Palmar, sospechosos subversivos fueron entregados por Itaipú a los militares argentinos.

En 1976, el CIE brasileño distribuyó a los órganos de información el pedido de búsqueda 036/76 involucrando dos argentinos – el Montonero Ricardo Garrochateguy y el político Tito Livio Vidal. Ellos estarían envueltos en una supuesta operación de la JCR en Tucumán, y Vidal sería el proveedor de armas. El servicio secreto en Brasilia decía que él estuvo en Brasil para buscar armamento junto al Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR). La alerta del CIE decía que un ataque al cuartel del Regimiento de Infantería del Monte 29, en la provincia de Santa Fe, había sido planeado en Brasil. Doce militares y 16 guerrilleros argentinos habrían muerto en la acción del 5 de octubre de 1975. "Los detalles finales de la operación fueron discutidos en Brasil, en Foz de Iguazú, donde días antes había llegado el líder máximo de los Montoneros, Mario Firmenich", decía el boletín del CIE. En esa época, el jefe del Sector de Operaciones del CIE era el coronel Carlos Alberto Brilhante Ustra.

Un año después, el ojo del CIE de Ustra parecía más aguzado. Un documento confidencial del 5 de octubre de 1976, el pedido de búsqueda nº 771/76 – II, distribuía en la comunidad de informaciones una lista de 149 personas que estaban en la mira de la Cóndor argentina. Decía:

> Los argentinos citados a seguir están siendo procurados por las autoridades policiales y militares de la República Argentina por haber participado en acciones subversivas: [*Sigue la relación de 149 nombres*]
>
> 2. Datos solicitados.

a) Inmediata detención y comunicación UU [urgencia urgentísima] a esta AI [agencia de informaciones] de los que sean encontrados en territorio nacional en situación irregular en relación a su entrada en el país.

b) Localización, manutención bajo vigilancia cerrada e inmediata comunicación de los que estuviesen en situación irregular.[69]

En la lista de 149 nombres, se contaba el ex ministro del Interior del gobiernode Carlos Menen, Julio Mera Figueroa, el ex diputado por Salta, Ricardo Falú, el ex gobernador de Santiago del Estero, Carlos Juárez, y la ex dirigente del Partido Socialista de los Trabajadores, Nora Sciapone. De la relación, 22 continúan desaparecidos.

El DOPS gaúcho, del delegado Pedro Seelig, el "verdadero hermano" del coronel Ustra, del CIE, exhibía una preocupación burocrática rara en el mundo de la represión: daba confirmación del secuestro. El día 6 de enero de 1976, envió a todos los órganos de información, dentro y fuera del Estado, un pedido de búsqueda confidencial – PB 016/76/DCBI/DOPS/RS – de su División de Búsqueda y Colecta de Informaciones con un alerta general sobre un uruguayo llamado Oscar Pérez: "Informar si el nominado está en el área; informar rápido; otros datos considerados útiles". Dos semanas después, vino la respuesta, con sello de "reservado", despachado por la delegación del DOPS en el puerto de Río Grande. Decía:

DOPS/RS / 7ª Delegación Regional de Policía

21/01/76

Asunto: Oscar Pérez

Reservado

Información 03/76

En atención al PB [*pedido de búsqueda*] de la referencia, transcribimos el Radiograma nº 50/76, recibido de la D.P. de Santa Vitória do Palmar, como sigue:

> "INFORMAMOS QUE OSCAR PÉREZ FUE PRESO POR EL EJÉRCITO HACE CERCA DE DOS MESES ATRÁS VG Y ENTREGADO MEDIANTE RECIBO LUEGO ENSEGUIDA A LA POLICÍA URUGUAYA.
>
> PT SDS –BEL. ALAMYR U.G.MADRUGA – DEL. POLICÍA"[70]

El murciélago del Galeão

Una pareja embarcó la tarde del martes 11 de marzo de 1980, en un avión de la compañía venezolana Viasa, en el aeropuerto de ciudad de México. Hicieron conexión en Caracas y, en la mañana siguiente, llegaron al aeropuerto de Galeão, en Río de Janeiro.

Bajaron del avión, pero no aparecieron. Nunca más.

[69] Boccia et al, 2002, p. 216.

[70] Padrós, 2005, p.730.

El estudiante de medicina Horacio Campiglia, 30 años, y Mónica Susana Pinus de Binstock, 27 años, eran argentinos y usaban pasaportes falsos. Militaban en el movimiento Montonero y hacían parte de las llamadas TEI, Tropas Especiales de Infantería, entrenadas en Libia. El marido de Mónica, Edgardo, de quien tuvo dos hijos, la esperaba en el aeropuerto. Él no sabía, pero no era el único argentino que esperaba por su mujer. Agentes del Batallón 601 de Inteligencia, el comando de operaciones secretas del Ejército, armaron una recepción previa para la pareja. Días antes, un Montonero había sido apresado en Buenos Aires y, durante el interrogatorio, él reveló una reunión secreta que la organización haría en Río de Janeiro. Campiglia era uno de los cinco líderes más importantes del grupo, como coordinador de operaciones de las TEI.

El comando del Batallón 601 entró en contacto con el CIE en Brasilia y pidió autorización para un vuelo de emergencia de la Cóndor. Un equipo de búsqueda comandada por el teniente coronel Román embarcó en Buenos Aires en un Hércules C–130 de la Fuerza Aérea Argentina y bajó en la base aérea del Galeão. Los detalles sólo aparecieron más tarde, cuando documentos desclasificados del Departamento de Estado norteamericano revelaron un memorando del 7 de abril de 1980 – 26 días después del secuestro en el Galeão – enviado al embajador de los Estados Unidos en Buenos Aires por el RSO (*Regional Security Official*) James J. Blystone, el encargado de seguridad de la embajada en Argentina. En una reunión con un amigo de la represión local, Blystone preguntó, bromeando, lo que había sucedido con los dos argentinos desaparecidos en el vuelo entre Ciudad de México y Río. La fuente se hizo el interesante, dijo que el asunto era ultra secreto, pero acabó contando lo que hubo. Reveló que ambos estaban presos en el cuartel de Campo de Mayo, en la capital argentina, detalle transmitido al embajador y después desclasificado para conocimiento general. La pareja nunca más fue vista.

La Cóndor ganó la compañía de otro volador, a mediados de 1978. La Operación Murciélago, montada por el Batallón 601 de Inteligencia, era la reacción a una ofensiva de los Montoneros, que retornaban del exterior para nuevas acciones militares en suelo argentino. La orden de los militares argentinos era todavía más atrevida que el fracasado plan militar de los guerrilleros: interceptar los Montoneros aún en el exterior. La represión accionó las bases que poseía en Uruguay, en Chile, en Paraguay, en Bolivia, en Perú – y en Brasil, donde mantenía dos centros fijos en las mayores ciudades brasileñas, São Paulo y Río de Janeiro. Y otra base en Paso de Los Libres, ciudad argentina separada por un puente de la gaúcha Uruguaiana. Cada base del Batallón 601 operaba con cuatro oficiales y dos civiles subordinados al área de inteligencia, todos actuando bajo seudónimos. El apoyo logístico era dado por los consulados, coordinados por el agregado militar de la embajada en Brasilia, una norma que la Cóndor diseminó por todos los países, a partir de lo que llamaba de Agremil – agregado militar.

El 17 de diciembre de 1978, exactamente un mes después de la aparición de los reporteros de *Veja* en el apartamento de los uruguayos secuestrados en Porto Alegre, el coronel Jorge Ezequiel Suárez Nelson cambió Buenos Aires por Brasilia, donde asumió como Agremil de la embajada argentina. Era el hombre adecuado en el lugar adecuado: él dejaba atrás,

en la capital porteña, el puesto de coordinación de inteligencia en la misión diplomática de un país estratégico para la represión argentina. El coronel Suárez se quedó en Brasilia hasta el 20 de enero de 1981. Sólo en el año 1980 murieron 20 Montoneros que intentaban retornar a Argentina. Cuatro de ellos, incluyendo la pareja Campligia y Mónica presos en el Galeão, fueron entregados clandestinamente por los brasileños a los argentinos – y desaparecieron. Otros dos, la pareja sorprendida por policías brasileños en la lancha del río Paraná, se suicidaron con cianurito. La Murciélago seguía el rastro de éxito de la Cóndor.

El desempeño de Suárez fue tan bueno en Brasil que volvió a Argentina en febrero de 1981 para asumir el puesto de subsecretario de la Secretaría de Inteligencia del Estado. Al final del año, el coronel fue promovido a general, destacado como jefe de personal del Estado Mayor Conjunto. Además de los diplomáticos, en el caso brasileño había también el soporte de una empresa estatal de navegación que la Marina argentina supervisaba en las sucursales de São Paulo y en los puertos de Río de Janeiro y Santos. La Empresa Líneas Marítimas Argentinas (ELMA), creada en 1960 y desaparecida tres décadas después, administró, en su fase más esplendorosa, 60 navíos con un total de 700 mil toneladas. Dio el camuf aje que la represión argentina precisaba para operar en Brasil. En los puntos de frontera, como Paso de los Libres, la represión argentina tenía la adhesión de los *marcadores*, presos quebrados por la tortura o colaboradores arrepentidos que controlaban, en la aduana, el pasaje de ex compañeros de la guerrilla.

Estos detalles fueron proporcionados en 1984 al 4º Juzgado Nacional Criminal y Correccional de Buenos Aires por la declaración de Néstor Norberto Cendón, un civil que trabajó como carcelero en el Batallón 601. Él contó al juez Ariel Lijo que la obsesión de los militares era la captura de las TEIs (tropas especiales de infantería) adiestradas en Libia, como Campliglia, y las TEAs (tropas especiales de agitación) entrenadas en Cuba. Después del carcelero, depuso el coronel del Ejército Antonio Herminio Simón, que fue jefe del Destacamento de Inteligencia 123, subordinado al II Cuerpo del Ejército, asentado en Rosario, en la provincia de Santa Fé, al norte de Buenos Aires. El comandante del II Cuerpo en los años más duros de la represión era el general Leopoldo Galtieri. El coronel Simón reconoció tener una "vinculación técnica" con la Jefatura II, el área de inteligencia del Estado Mayor del Comando del Ejército. Dio una explicación intrigante sobre su misión: "Proporcionar inteligencia militar al II Cuerpo de Ejército y a la Jefatura II con 'centro de gravedad en la Orden de Batalla del entonces III Ejército brasileño', que abarcaba los Estados de Rio Grande do Sul, Santa Catarina y Paraná". El magistrado, aparentemente, entendió el significado de la expresión, ya que no hizo preguntas adicionales.

Las respuestas de los militares, por lo visto, no lo resolvieron. En diciembre de 2007, la Justicia argentina condenó seis militares y un policía federal, el 'Turco Julio', por violencia contra los Montoneros. Golpeó con más fuerza el jefe de todos ellos, el general Cristino Nicolaides, ex comandante del Ejército y miembro de la cuarta y última Junta Militar en gobernar el país, de 1982 a 1983, desmoralizada por la derrota en la Guerra de las Malvinas. En la sentencia de 303 páginas, el juez observa que los militares integraban una asociación ilícita destinada a "cometer delitos cuya acción contribuyó para poner en peligro la vigencia

de la Constitución", definidos como crímenes de "lesa humanidad". Y tenía conexiones externas, juzgó el magistrado: "Era evidente, según dijo el declarante [*Cendon*], la colaboración prestada por los servicios de informaciones y de inteligencia de los países en que ellos establecieron las bases". A pesar de sus 83 años, el general Nicolaides fue condenado a 25 años de prisión, que podrá cumplir en su domicilio.

El caso Campiglia, el Montonero secuestrado por la Cóndor en el Galeão, acabó teniendo desdoblamientos inesperados. En la Navidad de 2007, la jueza italiana Luisanna Figliolia, del Tribunal Penal de Roma, expidió una orden internacional de prisión contra 146 ex gobernantes de las dictaduras del Cono Sur durante los años de la Operación Cóndor, en las décadas de 70 y 80. Son oficiales militares de alto rango, en su mayoría, además de policías y algunos civiles, acusados por las familias de 25 italianos o descendientes muertos por la represión. Los mayores contingentes denunciados son de argentinos (61), uruguayos (32), chilenos (22) y brasileños (13) – de los cuales seis generales, cuatro coroneles, dos policías federales y un civil.

De los brasileños, ocho ya murieron, incluyendo los cuatro más graduados: los generales João Baptista Figueiredo (último presidente de la dictadura), Walter Pires (ministro del Ejército de Figueiredo), Octavio Medeiros (ex jefe del SNI) y Antônio Bandeira (veterano del Araguaia y ex comandante del III Ejército). De los trece brasileños denunciados, por lo menos diez tuvieron algún tipo de envolvimiento en alguna etapa del secuestro de los uruguayos Lilián y Universindo en Porto Alegre – o en la realización, o en el encubrimiento o en la cobertura político–militar para minimizar el desgaste internacional del caso.

La jueza Figliolia atendía al pedido del procurador de la República italiana Giancarlo Capaldo, que justificó: "Este proceso nació en Italia porque los países unidos en torno de la Operación Cóndor decidieron no abrir investigaciones sobre el asunto. Queremos evitar la impunidad, para que operaciones como esa no vuelvan a suceder". La mascarada servía para Brasil, no para los otros países del Cono Sur, que tratan de juzgar sus criminales antes que el calendario ejecute las penas por la sentencia inapelable del tiempo. Augusto Pinochet murió un año antes de la denuncia italiana, pero el patrón de la Cóndor, el coronel Manuel Contreras, cumple pena de prisión.

En Uruguay, dos ex presidentes acabaron en la cárcel. El último presidente civil, Juan María Bordaberry, fue condenado en 2010 a 30 años de prisión por violación de la Constitución y su papel en el golpe cívico–militar de 1973, además de su responsabilidad directa por la muerte de 14 personas y desapariciones forzadas. Cumplió tres meses en la cárcel y fue transferido por razones de salud para su casa, donde murió en julio de 2011, a los 83 años, por complicaciones cardio–respiratorias. Fue sepultado sin velorio y sin honores de Estado. El último presidente de la dictadura, general Gregorio Goyo Álvarez, fue condenado en setiembre de 2011, a 25 años de prisión. Cumplió cinco años de condena, murió el 28 de diciembre de 2016 en el Hospital Militar.

Un agente del servicio secreto de la Marina uruguaya, Néstor Jorge Fernández Troccoli, involucrado en la desaparición y muerte de cuatro italianos (entre tantos otros), no fue condenado en por el juicio del Plan Cóndor, está libre en Italia. En Argentina, el general

Jorge Videla volvió a la prisión perpetua, después de una amnistía del gobierno Carlos Menen (1989-1999) que el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007) revocó. Un batallón de generales, coroneles y policías de la represión pagan también sus penas.

Brasil y su dictadura de 21 años es el único del Cono Sur que pasa incólume por las barras de los tribunales y por el cedazo de la Historia. Ningún general, ningún torturador fue condenado. Un trío ilustre de la represión brasileña en la fase de la dictadura – los delegados del DOPS Sérgio Fleury y Pedro Seelig y el coronel Carlos Alberto Brilhante Ustra, comandante del DOI-CODI de São Paulo – pasó intacto por el advenimiento de la democracia. El trío continúa impune, enrollado en la bandera de la amnistía y del olvido, símbolos de un pasado que el país no quiere encarar bajo el temor de atizar una supuesta onda revanchista.

El único agente del aparato represivo de 1964 condenado por la Justicia brasileña, hasta hoy, continúa siendo un modesto escribano del DOPS gaúcho, Orandir Portassi Lucas, el 'Didi Pedalada', castigado con la pena de seis meses –con derecho a libertad condicional– por abuso de autoridad en el secuestro de los uruguayos Universindo, Liliány sus dos niños.

Originalmente, el proceso contra la Cóndor era aún mayor, alcanzaba cerca de 200 autoridades. La lista fue reducida al constatarse que la pena de muerte natural ya había ejecutado algunos de los futuros denunciados. Los trece brasileños sólo están allá gracias a un brasileño – el activista de derechos humanos Jair Krischke. El procurador Capaldo comenzó, en 1999, a investigar la denuncia de la Cóndor oyendo los familiares de los 25 casos de víctimas involucrando ítalo–argentinos e ítalo–uruguayos. Llamado a declarar, Krischke recordó el caso de los argentinos Horacio Campiglia, secuestrado en el Galeão, y de Lorenzo Viñas, 25 años, desaparecido en la ciudad brasileña de Uruguaiana, en junio de 1980, cuando salía de Argentina para viajar a Italia, donde vivían sus padres. Después de oír al activista brasileño, que proporcionó nombres, puestos, fechas y conexiones, el procurador italiano decidió ampliar la denuncia, incluyendo los 13 brasileños. No sería la primera ni la última contribución de Jair Krischke a la cuestión de los derechos humanos en el Cono Sur.

La Virgen de las Ollas

A los 23 años, Jair Lima Krischke ya era un luchador.

En la plaza de la Matriz, en el corazón de Porto Alegre, su ciudad natal, él ayudaba a distribuir armas y municiones a los civiles que se concentraban delante del Palacio Piratini, el centro de la resistencia legalista contra el golpe de los ministros militares, en agosto de 1961, delante de la renuncia inesperada del presidente Jânio Quadros. Con la gente, Krischke oía entusiasmado los discursos del gobernador gaúcho Leonel Brizola, líder de la resistencia, hablando del balcón del palacio para el pueblo concentrado en la plaza. "Todo aquello era mayor que los partidos políticos. La resistencia por la democracia es la que sacó al pueblo a la calle. Todos nosotros estábamos entusiasmados, viviendo un momento rico de ciudadanía, luchando por la legalidad, hermanados por la democracia", recuerda todavía hoy.

Tres años después, el golpe de 1964 sacó los tanques a la calle, en vez del pueblo. La democracia y la legalidad, en breve, se transformaron en una nostalgia loca para Krischke y sus compañeros de plaza. El AI-5 de 1968, “el golpe dentro del golpe”, como él dijo, comenzó a vaciar las calles y a llenar las prisiones. Las personas sintieron el aire irrespirable de la dictadura en Brasil y pasaron a buscar la atmósfera limpia de la democracia en Uruguay. Políticos, sindicalistas, intelectuales, gente simple, estudiantes comenzaron a procurar la salida uruguaya. Krischke y algunos amigos ayudaron a pavimentar esta ruta de libertad, cada vez más vital.

Cuando los caminos obvios dela terminal de ómnibus y de las carreteras principales quedaron vigilados por la policía él comenzó a rescatar antiguos caminos de manadas, viejos senderos de contrabandistas en la larga frontera seca que une la pampa comúnde Rio Grande y de la patria uruguaya. Por allí comenzaron a drenar la indignación de quien prefería el exilio y la clandestinidad a someterse al nuevo orden. A Krischke no le gustaba ni una cosa ni otra. Prefería permanecer en la resistencia y recusaba el tono de las cosas ocultas: “Yo no era clandestino. Clandestinos eran ellos, los que estaban en el poder, violando la Constitución. Nosotros éramos solamente discretos...”

De repente, el infierno cambió de lado. La dictadura en Uruguay, en junio de 1973, invirtió la ruta de fuga, sofocó la esperanza de libertad. El pueblo de allá comenzó a huir para acá. Brasil no había mejorado, Uruguay había empeorado. En la balanza de las dictaduras, atravesar la frontera a veces era lo único que se podía hacer. Todavía no existía la Cóndor, y la seguridad parecía un poco más demarcada por la línea de separación entre los dos países. Pero casi nada más separaba los dos regímenes.

Con aquel mismo sentimiento natural de quien de repente se reúne en la plaza, las personas comenzaron a encontrarse atrás de las ollas, vasijas, teteras y baratijas domésticas colgadas en una tienda de menudeo en el número 34 de la calle Voluntarios de la Patria, zona de comercio popular durante el día y comercio de la zona de bajaprostitución en la noche. El bazar Carioca de su Jorge, padre de Krischke, comenzó a ser procurado por gente que no quería ollas ni menudencias. Intentaban escapar de la olla tapada de la dictadura, de las cosas menudas y groseras que hacen a las personas cansarse de la patria.

–¡Con los saludos de la Virgen de Guadalupe! – susurraban, con aire asustado, las personas que llegaban al bazar del viejo Krischke. Era la señal para el habla más reservada en una sala apretada en el primer piso, al fondo de la tienda, donde se llegaba con la avidez de los af igidos. Allí se comenzaba a evaluar el papeleo para conseguir la protección de refugiado de la ONU y el pasaje futuro para un lugar más distante y seguro. Krischke continuó su vida casi oculta, medio clandestina, contrabandeando gente y esperanza de días mejores. Cuando ocurrió el secuestro de Porto Alegre, en noviembre de 1978, el miedo fue mayor aún, el movimiento en el bazar creció.

Krischke vio que ya no sería posible transitar en las picadas de los vaqueros y de los contrabandistas. Era necesario andar en el camino principal, abiertamente, a la luz del día. En 1979, mientras el mundo discutía los males de las dictaduras del Cono Sur, él y un grupo de amigos y voluntarios, algunos aún del tiempo de la plaza de la legalidad, fundaron el Mo-

vimiento de Justicia y Derechos Humanos (MJDH) de Porto Alegre. La primera reunión fue en una sala prestada, en el centro de la ciudad, con tres decenas de sillas de bar. Sobraron sillas. La mayoría no conocía el lugar, quien lo conocía tenía miedo.

La primera foto de una reunión, que el fotógrafo Daniel Andrade registró con sensibilidad en 1980, es un retrato en blanco y negro de aquellos tiempos. Más negro que blanco. No existen jóvenes en el cuadro, sólo gente mayor. Mujeres de cabellos blancos, hombres de calvicie avanzada como la edad. Nadie sonríe en la foto, la tristeza está estampada en el rostro de cada uno de los 27 presentes. Ellos tenían toda la razón del mundo para exhibir aquella melancolía infinita. Eran padres y abuelos de uruguayos que no tuvieron permiso de la dictadura para encontrarse con la misión de la ONU que visitaba el Uruguay para investigar el caos de los derechos humanos en el país, sumergido hacía siete años en el miedo.

Bloqueados en casa, los familiares de presos y desaparecidos precisaron tomar un autobús en Montevideo y venir a Porto Alegre, bajo el estímulo de Krischke, para una reunión en la sala prestada por el Sindicato de Periodistas, en la sede apretada de la calle de la Praia. La mayoría ni se conocía. Krischke presentó los unos a los otros. Se descubrieron como una gran familia de dolor, de tragedias personales, que desconocían pero presentían. La hija de aquella señora era la enamorada del hijo de aquel señor al lado, ambos desaparecidos. Madre y padre lloraron el doble descubrimiento. Krischke también. Uno a uno, contaron sus historias mal contadas, que fueron transcritas en declaración formal y entregada por Krischke a la Ordem de Advogados do Brasil (OAB), que las pasó a la comisión de la ONU.

La verdad del Uruguay brotaba en Porto Alegre, en aquella sala, en aquella foto, embebida en sufrimiento, sumergida en consternación. El hombre de la primera fila mira para el suelo, la señora de cabellos blancos al lado parece enjugar una lágrima. Algunos de ellos usan lentes oscuros, a pesar de la sala cerrada. Parece un recurso para esconder las ojeras, el sueño mal dormido, la af icción que deja los ojos enrojecidos. Es la imagen de un pueblo entristecido, asustado, constreñido por estar allí.

Pero alguien precisaba estar allí. Y allí estaba Jair Krischke.

En la foto de 1980, él aparece en primer plano. Todavía delgado y elegante, a los 41 años, los cabellos ondulados y negros como la barba que se proyectaba, contundente, sobre el saco sin corbata. Krischke tiene la expresión grabe de un profeta, preparado para reunir su pueblo y conducirlo en medio del desierto. Fue lo que hizo su improbable Movimiento de Justicia y Derechos Humanos, que prosperó en el terreno inhóspito de la dictadura, sin justicia y sin derechos humanos. Pero el Movimiento de Krischke sobrevivió, prevaleció y condujo para lugar seguro y santo cerca de dos mil desarraigados de las dictaduras del Cono Sur. Acogió, a lo largo de aquellos duros tiempos, los refugiados de duros regímenes, providenciando papeles, rutas y sellos salvadores que los libraran de las legiones punitivas de Montevideo, Buenos Aires, Asunción, Santiago.

Se volvió un ciudadano del mundo, una voz ronca clamando por justicia, reclamando contra la injusticia. Es oído por el procurador en Roma, es festejado por doctores en Montevideo, es oído con atención en Buenos Aires, en Asunción, en Santiago, en lugares donde antes no se oía a nadie. El muchacho entusiasmado de la plaza de la legalidad continúa

un señor entusiasmado de las libertades. El cabello se mantiene ondulado y rebelde, ahora impecablemente blanco como la barba recortada y el bigote más ralo, una expresión más imponente y respetable.

Completa setenta años en 2008. Recuerda hoy menos un profeta de los viejos tiempos y más un jefe vikingo de los nuevos caminos, los caminos de siempre.

Caminos que Jair Krischke supo descubrir como nadie.

Los caminos de la libertad.

¡Con los saludos de la Virgen de Guadalupe!

La marca del Cóndor

Treinta años después, todavía puede restar la última sospecha de que el secuestro de Porto Alegre no pasó de una exageración, un episodio casual, una acción descontrolada de algunos radicales, una simple incursión de un grupo militar uruguayo operando por cuenta y riesgo en suelo de Rio Grande do Sul bajo la protección de algunos amigos de la policía local. Esta hipótesis aparta la idea de una acción coordinada en alto nivel, en el eje Montevideo–Brasilia, bajo el sello de escalafones más graduados, siguiendo el método de aquellos tiempos, la locura de aquel método infalible – la Operación Cóndor. Que acabaría fallando en la capital gaúcha.

Cuatro especialistas en el tema, de cuatro países diferentes y tres continentes distintos, no creen en esa hipótesis casual y minimalista. Ellos identifican – con la voz de la experiencia y las digitales de la historia – el ojo, el pico, el ala y la garra de la Cóndor en el secuestro de los uruguayos en Porto Alegre.

El periodista norteamericano John Dinges fue corresponsal especial del *The Washington Post* en Chile en el período entre 1976 y 1983, que marca la ascensión y la caída de la represión transnacional. Escribió una obra fundamental sobre el tema, *Os Anos do Condor – Uma Década de Terrorismo Internacional no Cone Sul* (editorial Companhia das Letras, 2004), y un libro revelador, en coautoría con Saul Landau, sobre la conspiración para el atentado de la Cóndor que mató el ex canciller de Allende, Orlando Letelier, titulado *Asesinato en Washington* (editorial Planeta, 1990). Es profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, en Nueva York, Estados Unidos. Con la periodista Mónica González divide, en Santiago de Chile, la dirección del centro de Investigación e Información Periodística (CIPER), una institución independiente que estimula reportajes de investigación y cultiva las virtudes básicas del reportaje. El sitio de acceso irrestricto del CIPER (http://ciperchile.cl) es una prueba de que la Internet puede abrigar periodismo de calidad y relevancia.

La periodista inglesa Jan Rocha, corresponsal en Brasil de la red BBC y del diario *The Guardian*, vive desde la década de 60 en São Paulo, donde ayudó a fundar el Comité de Defensa de los Derechos Humanos en el Cono Sur. El Clamor nació en junio de 1978, cinco meses antes del secuestro de Porto Alegre. Durante años acogió y protegió los refugiados de las dictaduras de la región, actuando bajo la inspiración de Don Paulo Evaristo Arns, arzobispo de São Paulo, la mayor arquidiócesis católica del mundo.

El periodista uruguayo Roger Rodríguez, del diario *La República*, en Montevideo, es el más premiado nombre de la prensa en el área de derechos humanos en Uruguay, por su persistente cobertura de los hechos y de los hombres que llevaron el país al terror de Estado entre 1973 y 1985. Fue el último preso político del país, y el más temido de ellos, por las verdades que cuenta. El 2001, descubrió el "segundo vuelo", el traslado clandestino de uruguayos secuestrados en Buenos Aires y llevados en aviones militares para Montevideo. El 2002 localizó en la capital argentina al joven Simón Riquelo, que, 26 años antes, todavía bebé de veinte días, fue tirado de los brazos de su madre, Sara Méndez, secuestrada por la Cóndor. El 2008, fue denunciado por un mayor del Ejército, a quien acusó de participar en la muerte de un estudiante en 1972. Él desdeñó la hipótesis de una prisión: "Si llega a suceder, continuaré escribiendo, aunque sea en las paredes de la celda", avisó Rodríguez.

El jurista francés Jean-Louis Weil vino a Brasil dos semanas después del secuestro de noviembre de 1978, representando tres entidades internacionales ligadas a la defensa de los derechos humanos: el Movimiento Internacional de Juristas Católicos, la Federación Internacional de los Derechos del Hombre y el Secretariado Internacional de Juristas por la Amnistía en Uruguay (SIJAU). Fue bien recibido en Brasil por abogados y periodistas, salió hostilizado por autoridades civiles y militares. Antes de regresar a París, aún en el aeropuerto del Galeão, en Rio de Janeiro, reveló los primeros nombres de la acción de la Cóndor en Porto Alegre – eran militares uruguayos y policiales brasileños actuando de forma coordinada en el secuestro. Es el autor del informe de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA que detalla y condena el secuestro, confirmado en junio de 1980 por la sentencia de la Justicia brasileña.

El secuestro de Porto Alegre y la Cóndor, según Dinges, Rocha, Rodríguez y Weil[71]:

• John Dinges, periodista, Nueva York, ESTADOS UNIDOS:

–Un clásico caso Cóndor significa que las personas detenidas en un país son naturales de otro país y que fueron detenidas a pedido de su país de origen. Creo que es el caso de Lilián y Universindo.

–De la forma como el incidente es descrito [*por el periodista Luiz Cláudio Cunha*] es un caso de la Operación Cóndor. El Partido por la Victoria del Pueblo (PVP) era uno de los blancos más importantes de la Cóndor. Parte de la metodología de la Cóndor era permitir que militares de un país actuasen en otro país miembro. Como hicieron, por ejemplo, los militares uruguayos contra el PVP en Argentina.

• Jan Rocha, periodista, São Paulo, BRASIL:

–Por la colaboración estrecha, al margen de la ley, entre los órganos de seguridad de Uruguay y de Brasil, el secuestro de Porto Alegre es una típica Operación Cóndor. Parece haber habido en la capital gaúcha una acción articulada entre organismos de represión de

71 Declaraciones al autor de Dinges, Rocha y Rodríguez, por correo electrónico, y Weil, en entrevista grabada, a lo largo de 2008.

Estado actuando de común acuerdo para la vigilancia, captura y traslado clandestino de disidentes políticos, de un lado y otro de la frontera.

–Pero había algunas diferencias. En Buenos Aires, los secuestradores generalmente eran llevados para centros de detención clandestina, la mayoría de ellos para Automotores Orletti. En Porto Alegre, ellos fueron llevados para el DOPS, un departamento legal de la policía política. En Buenos Aires, era práctica común saquear y robar los apartamentos y casas de las personas capturadas, algo que parece no haber ocurrido en la capital gaúcha.

–No tengo mayores informaciones sobre la cadena de comando entre Montevideo y Brasilia que llevó al secuestro de Porto Alegre, pero creo que una operación así tendría que ser autorizada en el más alto nivel del servicio de inteligencia y del Ejército. Si no fuera así, estaríamos admitiendo que los policías gaúchos actuaron por su propia cuenta. No creo en eso.

• Roger Rodríguez, periodista, Montevideo, URUGUAY:

–El secuestro de Lilián y Universindo fue una clara Operación Cóndor, en la medida en que implicó una coordinación represiva de las dictaduras, a pesar de que existan investigadores que consideren que la Cóndor fue un único operativo de 1976 para eliminar líderes políticos de la región. Lo cierto es que la acción en Porto Alegre, conocida como 'Operación Zapato Roto', tenía como principal objetivo el profesor Hugo Cores, entonces el principal líder del PVP.

–El secuestro fue realizado por efectivos brasileños con inmediata comunicación al Ejército uruguayo, que envió un comando para recibir los detenidos en Porto Alegre. El capitán Eduardo Ferro volvió a Porto Alegre para un mejor resultado y regresó al Uruguay con Lilián Celiberti por la ciudad de Rivera. Nada de eso podría haber sido hecho sin el conocimiento de la dictadura brasileña. El secuestro de personas por parte de autoridades locales y su entrega a los represores de sus países de origen ocurre en la región desde 1974.

–En Uruguay, el primer traslado ilegal de un preso fue el de Antonio Viana Acosta, secuestrado el 24 de febrero de 1974 y trasladado primero a Montevideo y después a la IV División de Ejército, en el departamento de Minas. Allí el propio general Gregorio 'Goyo' Álvarez comandó la tortura para obtener datos sobre otro uruguayo –Washington Barrios – que, meses más tarde, desapareció en Argentina (aunque se pueda sospechar que también haya sido trasladado a Uruguay). En noviembre de 1974, también fueron secuestrados en Argentina y llevados a Uruguay otros cinco Tupamaros que después, el 20 de diciembre, aparecieron fusilados en las proximidades de la ciudad de Soca –una supuesta represalia por el asesinato en París del coronel Ramón Trabal, agregado militar uruguayo ante los gobiernos de Francia y de Inglaterra.

–Existe una extensa lista de traslados ilegales de uruguayos, entre los cuales se destacan dos vuelos con las víctimas de tortura sufridas en Automotores Orletti de Buenos Aires. Los 23 presos del "primer vuelo" fueron ejecutados y están desaparecidos. Algo semejante ocurrió en 1978, poco antes del secuestro de Porto Alegre, con cuarenta uruguayos pertenecientes al PCR (Partido Comunista Revolucionario), al GAU (Grupos de Acción Unificadora)

y a otras agrupaciones menores, que fueron trasladados en febrero por lancha, en mayo por avión y en junio en un avión de pequeño porte.

–Lo que sucedió en el secuestro de Porto Alegre fue esa acción articulada entre órganos de represión de Estado. En mis investigaciones sobre la Operación Cóndor, localicé un represor argentino que me proporcionó los datos en 2002 que me permitieron encontrar a Simón Riquelo, el hijo de Sara Méndez, secuestrado en Buenos Aires el 13 de junio de 1976. Ese informante también me dio los datos que denunciaron el segundo vuelo de Orletti, crimen por el cual acaban de pedir 25 años de prisión para ocho militares y policías uruguayos.

–Ese informante me explicó que una de las reglas de la Cóndor era que "cada uno se encarga de su propia basura". Quiere decir, las ejecuciones y desapariciones corrían por cuenta de los represores del país de los secuestrados. Sólo en el caso de un enfrentamiento armado era permitido matar un extranjero.

–En el caso de traslados, era diferente: las detenciones eran hechas por el grupo local y luego los entregaban al país de origen para la tortura en un centro clandestino, para su traslado o para su desaparición. Quiere decir, la regla de la Operación Cóndor era el traslado del extranjero, la devolución a su país de origen para que se hiciera cargo del preso. Con una excepción: si el extranjero se integraba a un grupo local, era tomado como tal y tratado como tal.

–Hay diferencias y semejanzas entre el secuestro de Porto Alegre y otras acciones de la Cóndor. Semejante es el hecho de que la detención de un supuesto subversivo uruguayo sea informada a los represores de su país. Eso ocurrió en junio de 1976 con Gerardo Gatti en Buenos Aires. A partir de entonces, los uruguayos comenzaron a operar contra el PVP en Orletti. Diferente es el hecho de que en Argentina los uruguayos se instalaron para realizar operaciones masivas en julio y en setiembre de aquel año, mientras que en Porto Alegre la detención de Lilián y Universindo sólo podía ampliarse con la captura de Hugo Cores, el principal objetivo. Uruguay, a diferencia de lo que se hizo en Argentina, no se instaló en Brasil para operar.

–No se hicieron públicos hasta hoy los documentos sobre el caso Lilián–Universindo, que en Uruguay. Es evidente que, por el lado uruguayo, operó el Servicio de Inteligencia de Defensa (SID) y el OCOA, por lo tanto, con el conocimiento de los comandos militares de la época. Es claro también que operaron los comandos militares brasileños, que no irían a permitir que un militar como el capitán Eduardo Ferro entrara y saliera de Brasil con un preso sin su conocimiento y aprobación.

–No creo que la dictadura brasileña y sus jefes militares hayan sido ajenos o inocentes en el secuestro de Porto Alegre.

• Jean-Louis Weil, jurista, París, FRANCIA:

–Me parece absolutamente verdad que el secuestro de Porto Alegre siguió el padrón de la Operación Cóndor. Cuando cumplimos aquella misión por el Secretariado Internacional de Juristas por la Amnistía en Uruguay (SIJAU), tuvimos el contacto habitual con diferentes

medios políticos, diplomáticos, iglesias, militantes, partidos políticos de oposición e incluso autoridades oficiales. En el caso de Lilián y Universindo quedó en evidencia un método fundado en colaboración entre policías y ejércitos de dos países. Existen países, como en el caso del Brasil de la dictadura militar, donde era la policía la que actuaba bajo la autoridad de un comando militar. En otros países, los propios militares realizaban este tipo de operación. Era el caso de Uruguay, que tenía una célula militar que colaboraba y actuaba en conjunto con la policía –sobretodo la argentina, pero también la brasileña. La prueba es el caso de Lilián y Universindo. Eso está bien claro.

–El general uruguayo delegaba responsabilidades, en Argentina o en Brasil, a miembros de esas organizaciones militares especializadas en la caza de militantes políticos que ellos querían secuestrar y, la mayoría de las veces, hacer desaparecer. Son esos especialistas que, con delegación militar, cumplían esas misiones.

–Cuando ejecutaban las operaciones, ellos actuaban en colaboración con los militares y policías locales. Eso era indispensable. Eran ellos – los argentinos o brasileños o chilenos – que conocían bien las circunstancias locales que envolvían los militantes buscados y que sabían cuál era el mejor camino a seguir. En este caso de Porto Alegre es claro: estamos delante de una legítima Operación Cóndor.

–Si los dos periodistas brasileños no hubiesen aparecido en el apartamento de la calle Botafogo, podemos imaginar que habría sucedido con los refugiados uruguayos lo mismo que acostumbraba suceder en Buenos Aires.

No lo sabemos con certeza, pero no nos engañamos si decimos que los militares uruguayos en el apartamento eran al menos dos. Por razones evidentes: estos grupos de acción nunca operaban solos. Era necesario que existieran al menos dos, por su propia seguridad y para evitar que uno traicionara al otro.

–Yo me encontré con varias autoridades brasileñas, notablemente el gobernador de la época en Rio Grande do Sul, *monsieur* [*Synval*] Guazzelli, que me dijo considerar que había sido violado el territorio brasileño.

–En la entrevista colectiva que concedí en el aeropuerto del Galeão, hablé basado en varias fuentes que poseía. Como una organización internacional, el SIJAU tenía como misión trabajar con distintas fuentes y verificar y cruzar varios tipos de información. Uruguay no es China ni Rusia. Es un país pequeño y es más fácil obtener informaciones, porque todo el mundo se conoce. Principalmente en Montevideo. Es un territorio donde, aún en una época terrible, las informaciones circulaban internamente por el país y llegaban hasta nosotros.

–La política de Estado de Uruguay era la de la desaparición. Los uruguayos de oposición no podían figurar en una lista de prisioneros políticos ni ser conducidos a la prisión de Libertad – ellos debían realmente desaparecer. Y no sólo militantes de organizaciones de izquierda como el PVP, sino también nombres de la política formal, como el caso de senador Zelmar Michelini y del diputado Gutiérrez Ruiz, ex presidente de la Asamblea Nacional, secuestrados y muertos por la Cóndor uruguaya en Buenos Aires. La política del régimen era la de la desaparición y de la eliminación.

–Didi Pedalada [*policía del DOPS gaúcho*] fue sólo un ejecutor. Es necesario que haya siempre un ejecutor. Eran simples soldados o policías. Pero ellos precisan siempre un jefe.

–Obligatoriamente, en el caso de una dictadura militar, es preciso que haya, en el seno del Ejército, lo que yo llamaría de un alto comisariado para el combate a las oposiciones políticas. Y él es prácticamente siempre comandado por un general. Los otros oficiales envueltos – capitanes, coroneles, delegados – tienen un papel importante, pero no siempre comandados por generales. Pienso que había por lo menos un alto responsable brasileño para dar aprobación al secuestro.

–Resulta difícil imaginar que un Pedro Seelig haya asumido solo la responsabilidad de ejecutar una acción de ese tipo. Comparo la acción de Seelig al trabajo que efectuaba el comisario Fleury en el peor momento de la dictadura militar en São Paulo y en Rio. No puedo creer que ellos asuman la responsabilidad de ese tipo de operación sin tener al menos un general que comande una unidad particular, especial, bajo su autoridad directa. Es difícil para mí imaginar que Pedro Seelig cometa una operación de secuestro sin tomar la precaución de tener el aval de sus superiores militares.

–No quiero decir que no sea posible que el delegado Seelig haya tenido cierto margen de responsabilidad e iniciativa personal, aún más para un solo secuestro. Lilián era una joven militante, no tan conocida. Pero Seelig tiene siempre que rendir cuentas, *bien entendu*.

–La Doctrina de la Seguridad Nacional es el fundamento ideológico de esas dictaduras militares, junto con la enseñanza de la Escuela de las Américas para técnicas de tortura y desaparición.

–¿Por qué el gobierno uruguayo estaba obcecado con los exiliados uruguayos comprometidos políticamente, especialmente en el caso del PVP? Es preciso comprender que eran esos militantes que, en el extranjero y en el exilio, movilizaban la opinión pública internacional. Los que estaban exiliados en Brasil no eran muchos, pero la actuación de Hugo Cores es la prueba de esta movilización, interviniendo junto a periodistas y a organizaciones internacionales. El gobierno uruguayo perseguía particularmente a los militantes en el extranjero, porque ellos sabían ser activos, dinámicos, imaginativos, y supieron, de modo sobresaliente, movilizar la opinión pública internacional sobre la situación del Uruguay. Esa, creo, es la explicación de esa caza muy particular.

–Ese período permitió que se tomara conciencia de la verdadera dimensión de los derechos humanos. Las prácticas de tortura y desaparición eran consideradas como una violación grave, un trato "inhumano y degradante". Estábamos contra esta definición limitada. Nos decíamos que la tortura y la desaparición, aunque no constituyan un genocidio y sean practicados sólo contra determinados individuos, aún así son un crimen contra la humanidad. Ellos destruyen la humanidad en sí misma, la propia esencia de la vida y del ser humano. Hoy la tortura y la desaparición son considerados un crimen contra la humanidad. Y no era así durante la década de los 70.

La subversión de las palabras

La Operación Cóndor demarcó la distancia entre dignidad y libertad.

Ella medía exactos 1.366 kilómetros.

El espacio en línea recta entre Dignidad y Libertad.

Dignidad en Chile, Libertad en Uruguay.

Dignidad era una extraña colonia agrícola de 140 kilómetros cuadrados y 200 habitantes, 335 kilómetros al sur de Santiago, al margen norte del río Perquilauquén. Fue fundada a inicios de los años 60 por un ex enfermero de la Luftwaf e, Paul Schäfer, que dejó los escombros de la Alemania nazi cargando acusaciones de abuso sexual contra dos niños. En 1979, él huyó a Argentina, intentando escapar de un proceso en la justicia por molestar sexualmente otros 26 niños en su colonia chilena. La secta dirigida cuatro décadas por Schäfer era cercada por alambre de púas, torres de vigilancia y reglas estrictas. Los hombres no podían contactar las mujeres, televisión y teléfono estaban prohibidos. Sexo estaba prohibido – menos para el jefe, claro. La rígida disciplina del lugar encantó al nuevo orden instituido en el país en 1973. Pinochet y el jefe de la DINA, coronel Contreras, se hicieron amigos del ex nazi y frecuentaban la colonia con regularidad. Agentes de la represión chilena, establecieron allí un centro de torturas y de entrenamiento en interrogatorios además de un campo de concentración.

El grupo de extrema derecha Patria y Libertad hacía ejercicios de tiro y sabotaje en la colonia. Michael Townley, el hombre que detonó la bomba bajo el auto de Letelier en Washington, contó a la Justicia que Colonia Dignidad era una extensión del Laboratorio de Guerra Bacteriológica del Ejército. Allá se fabricó el gas sarin, un arma química conveniente que armó agentes de la DINA dentro y fuera de Chile. Mataba los enemigos del régimen con inocentes síntomas de ataque cardíaco. Así murió en París, en junio de 1975, el periodista exiliado Eugenio Lira Massi, según revelaciones del agente del FBI en Buenos Aires, Robert Scherrer. La producción secreta del gas, camuf ada bajo el nombre de Proyecto Andrea, era una determinación del propio Pinochet, que imaginaba usar aquella arma letal envenenando ríos y represas en un eventual conf icto con Argentina y Perú. Schäfer trajo de Alemania un viejo compañero de guerra, el ex piloto de caza Hans Ulrich Rudel, para acelerar la producción.

La colonia era un centro de convivencia internacional de torturadores. Había hasta brasileños. El médico chileno Luis Peebles, que pasó una semana preso allá, torturado personalmente por Schäfer, sobrevivió y contó su experiencia en el tribunal:

> Un día me retiraron de la celda. Amarraron mis manos, me vistieron un pantalón y una camisa. Cuando me agaché para calzar los zapatos oí por primera vez la voz con un acento extraño, que me pareció venir de un hombre corpulento, grande. No sé si era realmente corpulento, pero era más alto que yo. Cuando me prohibió, con aquel acento raro, que me pusiera los zapatos, me torció los brazos por la espalda y me agarró como un bebé en el aire.
>
> Ahí dijo dos o tres palabras en portugués a otra persona y después algunas palabras en castellano. Era evidentemente portugués o brasileño. Un cierto momento la venda escapó durante el interrogatorio y pude verlo por unos minutos. Barbeado, sin bigote, piel oscura, entre cuarenta o cincuenta años, ojos caídos, labios finos, daba la impresión de ser un tipo duro. Caminamos por un corredor y después de más de unos veinte pasos entramos en una pieza. Ahí me amarraron en la *parrilla* y comenzó un interrogatorio de unas seis horas.

El interrogatorio en la *parrilla* opera de la siguiente manera: amarran los pies con anillos de metal al catre. Amarran con cinta adhesiva o alambre muy fino en los puños, en los tobillos, en los brazos, en los genitales, en el pecho y en la garganta. Estos alambres reciben descargas de corriente alternadamente. Se siente el golpe eléctrico en el pecho, enseguida en un tobillo, que duele más que el del otro. Mientras eso sucedía me golpeaban con una especie de barra de goma que me daba más golpes de choques eléctricos. También usan una especie de aguja que también pasaba los choques.

Otro instrumento terminaba en una especie de pinza que me daba la impresión que picaba. Otro contacto terminaba en una especie de masa pegajosa que se colocaba en los dientes, en los ojos, en la boca y debajo de la lengua. A veces, cuando yo gritaba, la introducían en mi garganta. También tenía contactos en el ano, muy profundamente en canal urinario y bajo las uñas. El interrogatorio comenzó con golpes de corriente eléctrica para aterrorizar, y el jefe, Corona, un coronel de la DINA –me dijo:

–Te daremos 20 preguntas. – Recuerdo que después del primer interrogatorio me llevaron a una pieza en la cual hacían copias a máquina de mis declaraciones, que estaban grabadas en tres cintas. Marcia Merino (la 'Flaca Alejandra', ex guerrillera del MIR que se convirtió en agente de la DINA) dactilografiaba en una máquina. Hasta que llegó el último interrogatorio. El lugar y el método cambiaron.

Me desnudaron y me metieron en un cajón. Tenía más o menos un metro cúbico de tamaño. Tuve que doblarme completamente. Golpearon el cajón con palos mientras lo hacían girar colgado en un cabo. Lo lanzaban de un lado para otro. Dos o tres veces me retiraron del cajón y siempre en muy mal estado. Perdí la conciencia varias veces y ahí me tiraban agua caliente o fría, o ambas, alternadamente. Por fin, me pusieron un saco plástico en la cabeza y me metieron en el cajón cabeza abajo. Los hombres dijeron que se iban y que yo tenía que resolver se iba a decir la verdad.[72]

Luís Peebles vivía el auge de Dignidad.

Al otro lado del continente, a casi 1.400 kilómetros de allí, a diez kilómetros de las aguas frías y barrosas del Río de la Plata, se erguía Libertad, el mayor presidio masculino de Uruguay, el depósito de gente donde languidecían 600 presos políticos de la dictadura. Era un edificio largo de ocho pisos, con ladrillos rojizos y dos columnas blancas en las extremidades, con escaleras externas. Quedaba a dos kilómetros de la localidad que le daba aquel curioso nombre, en aquel extraño lugar –Libertad, 50 kilómetros al oeste de Montevideo, al margen izquierdo de la Ruta 1.

Desde junio de 1980, aquel edificio abrigaba un preso famoso, disperso en la multitud encarcelada bajo en nº 2.723. El preso respondía al nombre de Universindo.

Universindo Rodríguez Díaz vivía la plenitud de Libertad.

La Operación Cóndor fue engendrada bajo el lema del combate a la subversión.

De las costas del Pacífico al Atlántico, a las costas de millares de personas, al costo de mucho dolor y lágrimas, la Cóndor acabó subvirtiendo el significado de las palabras.

Invirtió el sentido moral de las cosas, convirtió el nexo de las ideas en su opuesto.

Dignidad se volvió sinónimo de tortura en el Chile de la Cóndor.

---

[72] Memoria Viva, 2003.

Libertad se volvió seña de presidio en el Uruguay de la Cóndor.

* * *

Todo aquello sucedió en tiempos pasados, en el sur del continente.
Tiempos en que Dignidad y Libertad magullaban la carne, sangraban el alma.
Es importante no olvidar.
Es necesario recordar para rescatar el sentido correcto de las acciones.
Es preciso contar para recuperar el significado exacto de las palabras.
Recordar y contar.
En nombre de la dignidad.
Por causa de la libertad.

PORTFOLIO

Libro *Operación Cóndor: el secuestro de los uruguayos*

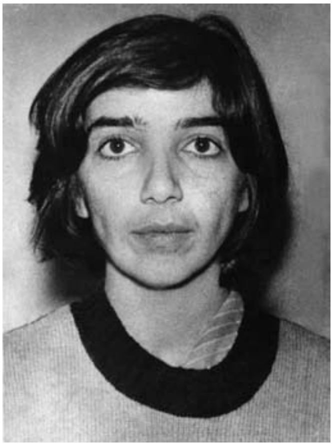
Foto/RICARDO CHAVES

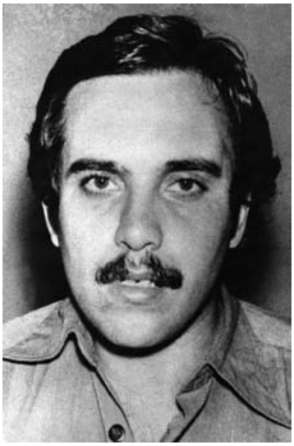


LOS TESTIGOS

El reportero Luiz Cláudio Cunha y el fotógrafo J. B. Scalco, noviembre de 1978.

Foto/Reproducción POLÍCIA FEDERAL–BRASIL





LOS SECUESTRADOS:

Lilián Celiberti y Universindo Rodríguez Díaz

[Fotos sacadas en noviembre de 1978 por el soldado Hugo Walter García Rivas, de la Compañía de Contrainformaciones, cuando los uruguayos ya estaban detenidos clandestinamente en Montevideo.]

Foto/RICARDO CHAVES



EL LOCAL DEL SECUESTRO

El edificio de la calle Botafogo, 621, donde vivían los uruguayos en Porto Alegre.

Foto/RICARDO CHAVES



EL SALVADOR

El uruguayo Hugo Cores, líder del PVP, autor del llamado telefónico anónimo que denunció el secuestro y salvó la vida de los cuatro secuestrados (foto de 1993).

Foto/RICARDO CHAVES



LA DENUNCIA

Doña Lilia (madre de Lilián) y el abogado Omar Ferri denuncian el secuestro en Porto Alegre, el 22 de noviembre de 1978, cuando los uruguayos estaban aun desaparecidos.

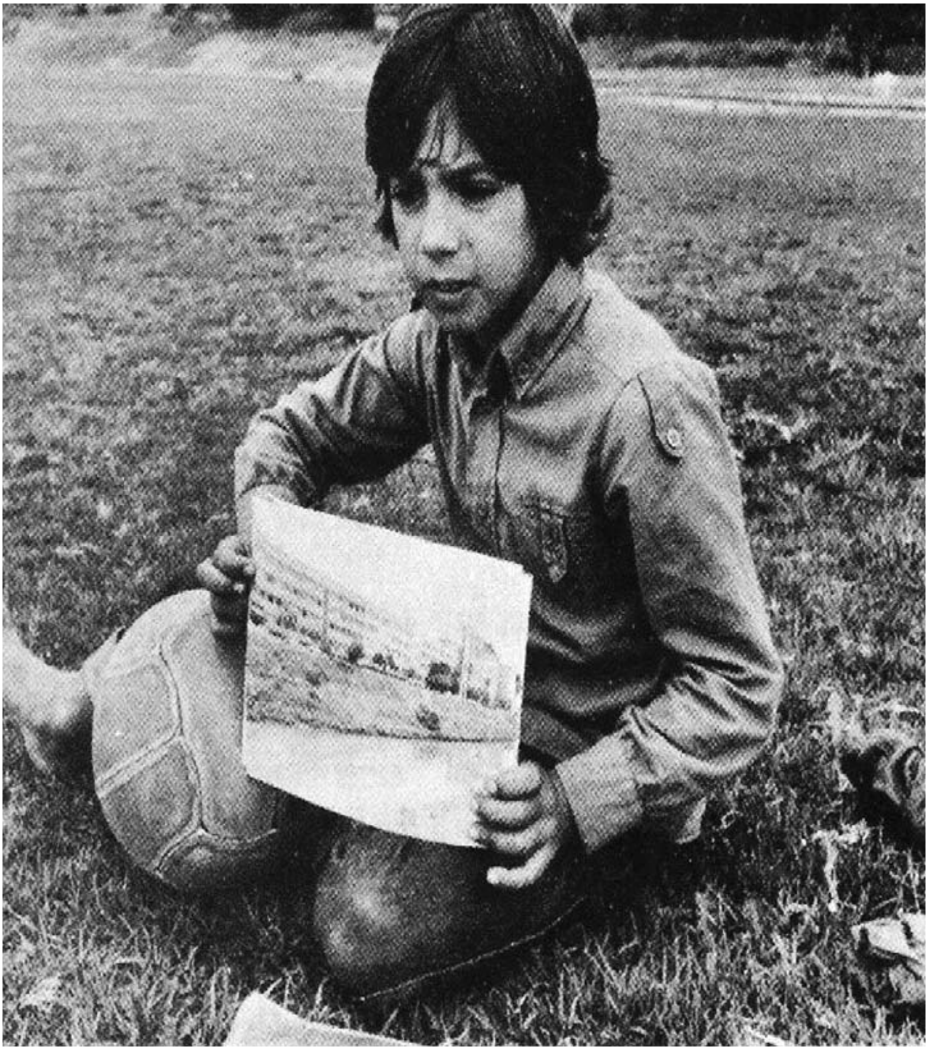
Foto/RICARDO CHAVES



LA INTERPELACIÓN

El canciller uruguayo Folle Martínez es interpelado de sorpresa sobre el secuestro por los reporteros Carlos Marchi, del *Jornal do Brasil*, y Luiz Cláudio Cunha, de la revista *Veja* (*de derecha a izquierda*), en la reunión de la Cuenca del Plata, en Punta del Este (diciembre de 1978).

Foto/RICARDO CHAVES



LA PRUEBA

Camilo, 8 años, con la foto su lugar de cautiverio en el DOPS de Porto Alegre (noviembre de 1978).

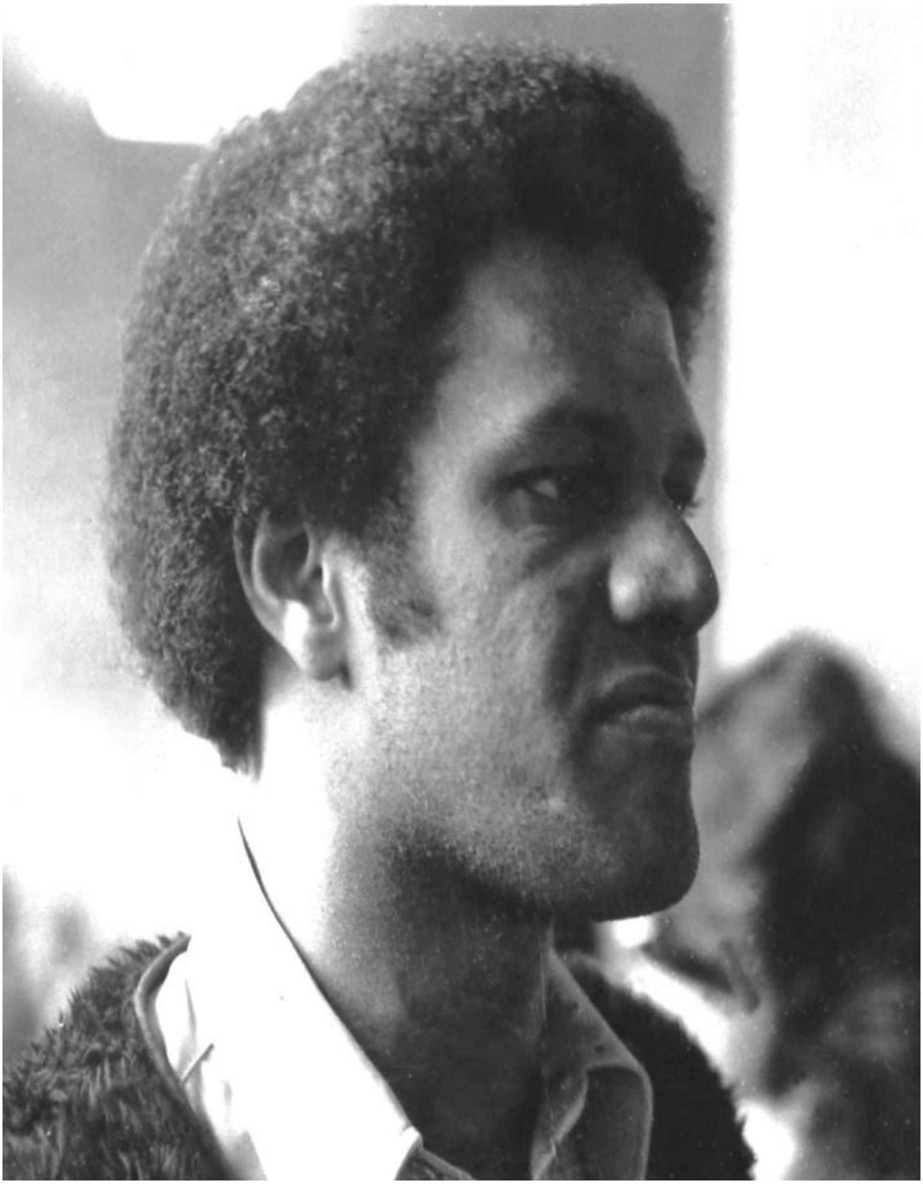
Foto/ASSIS HOFFMANN



EL ARROYITO

En esta foto, Camilo reconoció el arroyo Diluvio, que él veía del segundo piso del edificio de la Secretaría de Seguridad Pública, donde funcionaba el DOPS que torturó a Lilián y Universindo.

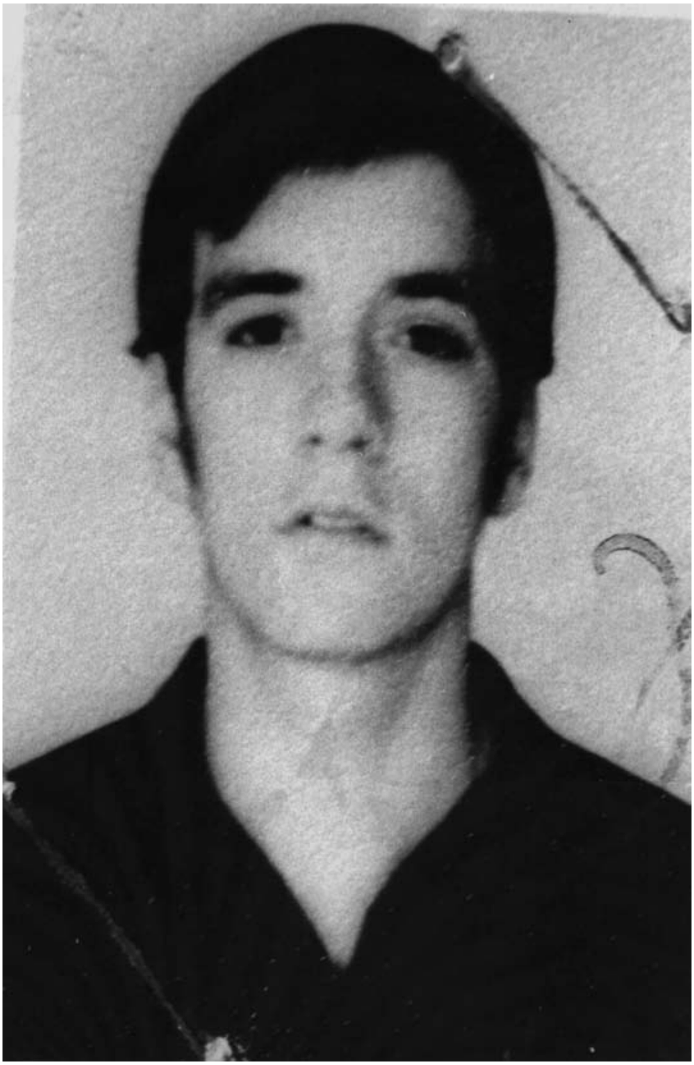
Foto/Archivo *ZERO HORA*



EL PRIMER SECUESTRADOR

El jugador *Didi Pedalada* embarca para México en julio de 1974. Esta foto del archivo del diario *Zero Hora* llevó a la identificación, en 1978, del primer secuestrador del DOPS.

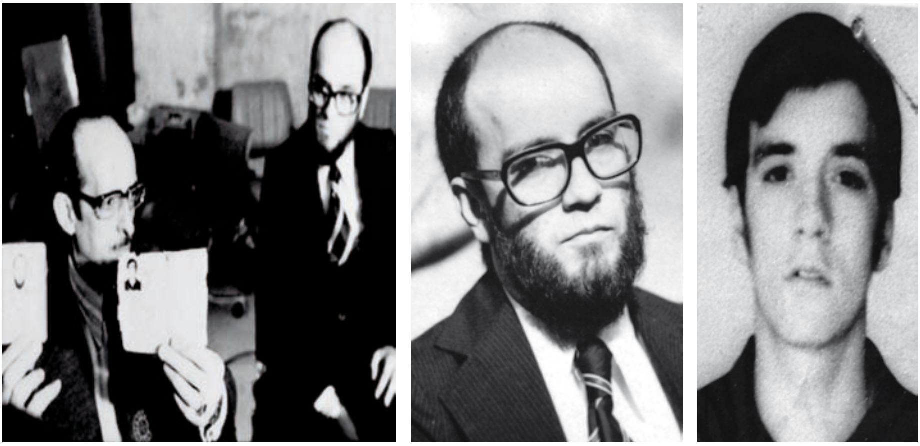
Foto/Archivo JUSTICIA ELECTORAL



EL SEGUNDO SECUESTRADOR

El inspector del DOPS João Augusto da Rosa, el *Irno*, en la foto de su credencial en 1969, que llevó a su identificación, al lado de *Didi Pedalada*, como secuestrador de la calle Botafogo en 1978.

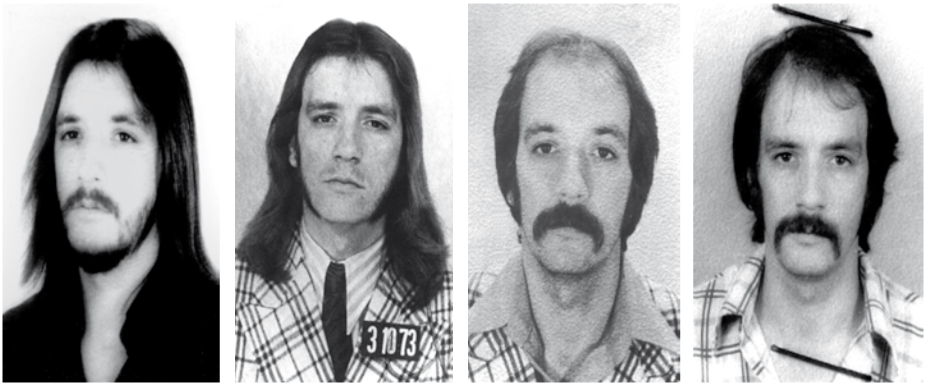
Fotos/RICARDO CHAVES



LA MAQUILLAJE DE *IRNO*

El abogado Godoy Becerra dice, en rueda de prensa, que el *Irno* de 1978 siempre fue pelado, siempre usó lentes, tenía siempre barba y nunca usó bigote, pese a la foto electoral de 1969.

Fotos/REPRODUCCIÓN DE ARCHIVOS



LA METAMORFOSIS DE *IRNO*

Las distintas caras: melenudo, sin barba, con bigote y, finalmente, con la apariencia que tenía en el exacto día del secuestro, 17 de noviembre de 1978, cuando apuntó con su revólver al periodista Cunha.

Fotos/RICARDO CHAVES



LOS GOBERNADORES DEL SECUESTRO

El gobernador Synval Guazzelli transmite el cargo al sucesor, Amaral de Souza (marzo de 1979).



LA PRESIÓN MILITAR

El gobernador Guazzelli recibe en el Palacio Piratini la visita inesperada del general Samuel Alves Correa, comandante del III Ejército, tres días después de la identificación de *Didi Pedalada*.

Foto/RICARDO CHAVES – OLÍVIO LAMAS



LA NIÑERA DE LOS NIÑOS SECUESTRADOS

Faustina, la escribana que custodió los niños de Lilián en el DOPS, muestra la cara en la foto que Camilo después vio para identificarla como integrante del secuestro.

Foto/RICARDO CHAVES

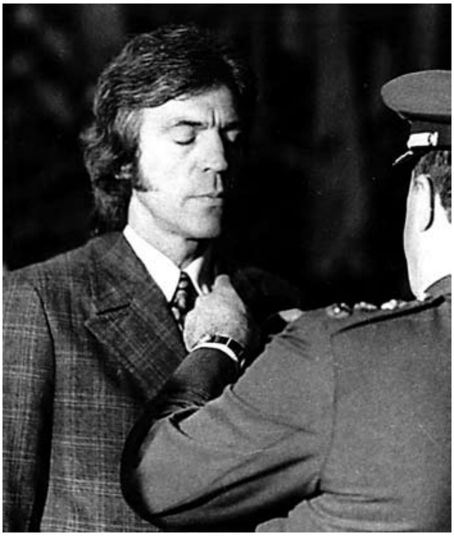


LA REPRESIÓN EN EL BANCO DE LOS REOS

El jefe del secuestro de Porto Alegre, el comisario Pedro Seelig, y sus dos subordinados en el DOPS, el inspector *Irno* y el escribano *Didi Pedalada*. Por primera vez, desde 1964, la represión de la dictadura es encausada por la Justicia (junio de 1980).

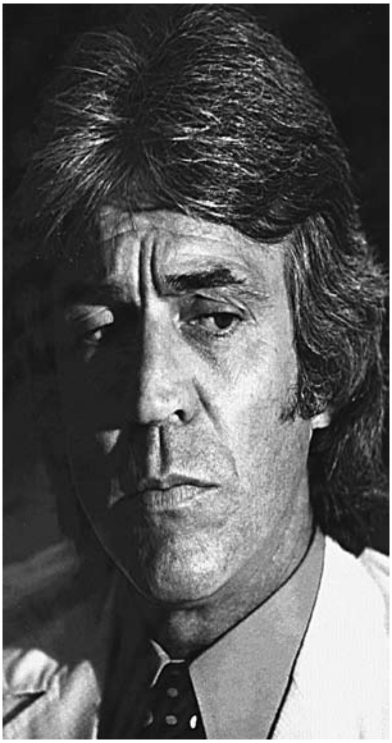
La Cóndor de Brasil

Fotos/RICARDO CHAVES



BRAZO FUERTE, MANO AMIGA

El comisario Pedro Seelig recibe del Ejército, en 1973, la Medalla del Pacificador, condecoración a quien se destacó en la represión a la lucha armada.



EL JEFE DEL SECUESTRO

Pedro Seelig, comisario del DOPS, que comandó el operativo del Cóndor contra los uruguayos en Porto Alegre, noviembre de 1978.

Foto/ ARCHIVO VEJA



EL 'HERMANO' DE SEELIG

Coronel Brilhante Ustra, ex–comandante del DOI-CODI del II Ejército (São Paulo), que encaminó el comando militar uruguayo al comisario Pedro Seelig.

Fotos/RICARDO CHAVES

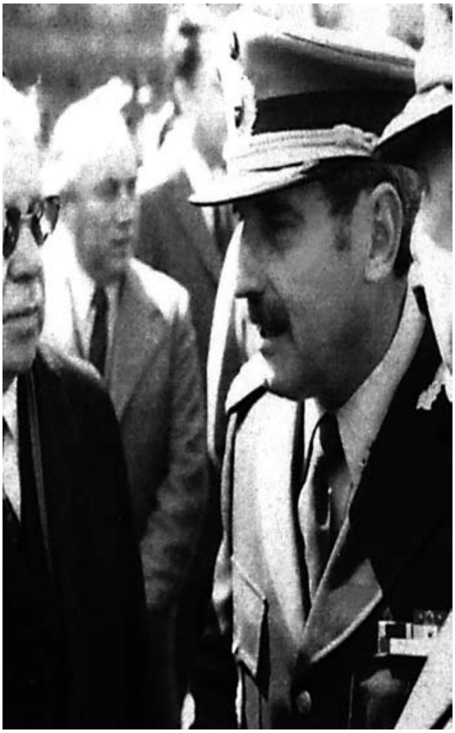


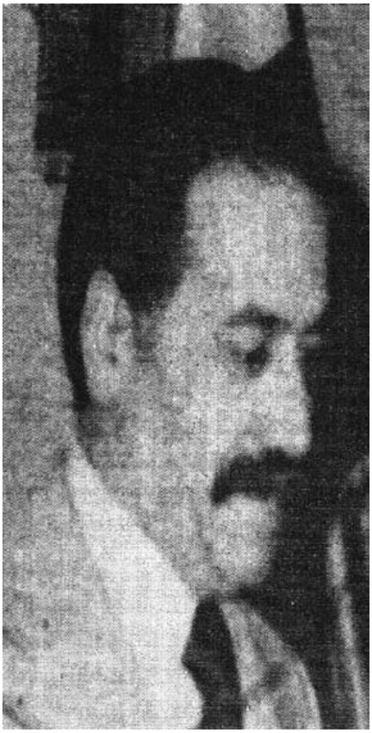
LOS GENERALES DE LA FARSA

João Baptista Figueiredo y Octávio Medeiros, el jefe del SNI y su sucesor, que montaron la 'farsa de Bagé', la falsa 'salida voluntaria' de Lilián y Universindo desde Brasil.

La Cóndor de Uruguay

Foto/RICARDO CHAVES Foto/REPRODUCCIÓN



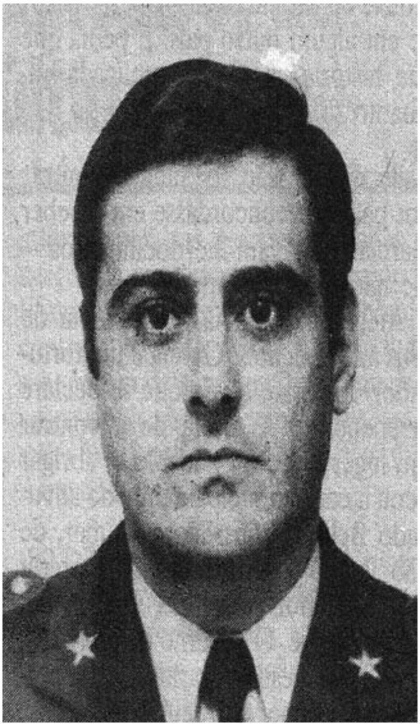


LOS JEFES DEL SECUESTRO DE LOS URUGUAYOS

Aparicio Méndez y el general Gregorio Álvarez Calixto de Armas

El presidente y el comandante del Ejército El coronel jefe del Departamento II

Foto/REPRODUCCIONES

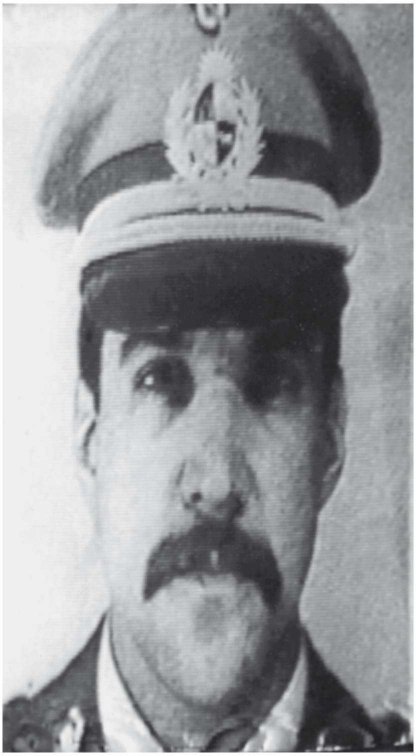



LOS JEFES DE LA COMPAÑÍA DE SECUESTRADORES

Mayor Carlos Alberto Rossel
Comandante de la Compañía

Mayor José Walter Bassani
Subcomandante de la Compañía





LOS URUGUAYOS QUE SECUESTRARON Y TORTURARON EN PORTO ALEGRE

Capitán Eduardo Ferro

Jefe de la Sección de Operaciones de la Compañía de Contrainformaciones

Capitán Glauco Yannone

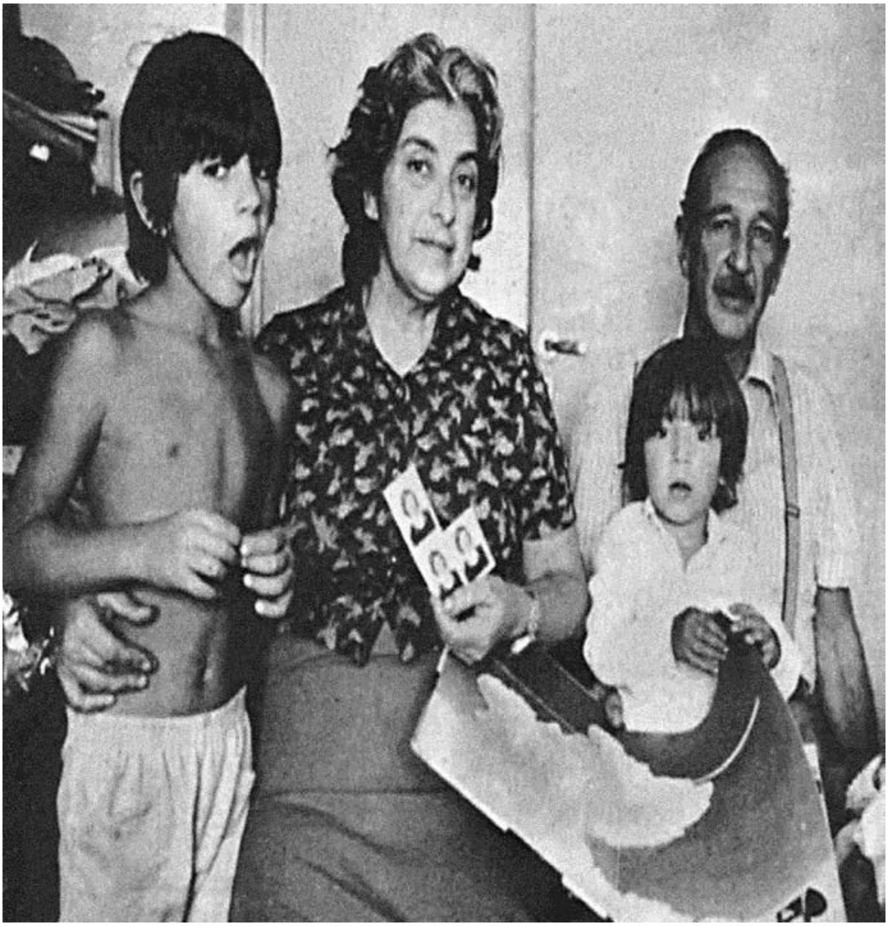
Jefe de la Sección Administrativa de la Compañía de Contrainformaciones



Para revisión Luiz Claudio

Fotógrafo de la Cía. de Contrainformaciones, sacó las fotos de Lilián y Universindo ya detenidos, desertó del Ejército, denunció los secuestradores y se exilió en Noruega. Hoy fallecido.

Fotos/RICARDO CHAVES



LA DESAPARICIÓN ABORTADA DE CAMILO Y FRANCESCA

Dos semanas después de la *blitz* de la Cóndor en Porto Alegre,
los niños son devueltos a los abuelos, doña Lilia y don Homero.



QUINCE AÑOS DESPUÉS DEL SECUESTRO DE 1978

La familia reunida en el apartamento de Montevideo, en 1993.
Don Homero y doña Lilia entre el nieto, Camilo, y la hija, Lilián Celiberti.

Foto/ANTÔNIO CARLOS MAFALDA, *ZERO HORA*



EL REENCUENTRO CON LA LIBERTAD

Anochecer del sábado, 21 de noviembre de 1983: Lilián Celiberti, la presa nº 590 de Punta de Rieles, sale de la cárcel después de cinco años y abraza a Francesca, ahora con 8 años.

Índice

El libro del periodista Luiz Cláudio Cunha, al abordar el caso del secuestro de los uruguayos, acaba por dilucidar aspectos aún poco conocidos de la história reciente de los países del Cono Sur y la actuación de los aparatos represivos de las dictaduras vigentes en la época, especialmente sus acuerdos secretos, que en la práctica, resultaron ser la llamada "Operación Cóndor".

La lectura de este libro, bien como su debate, colabora para que el pacto secreto de cooperación clandestina entre los aparatos de represión de las dictaduras existentes en la época, especialmente la denominada "Operación Cóndor", sea develada en sus detalles y matices, provocando por supuesto, nuevas investigaciones sobre este negro período de nuestra historia reciente.

Aquí el lector encontrará el relato fiel del único flagrante existente de una clásica "Operación Cóndor", llevada a cabo por militares uruguayos de la Compañía de Contra – Informaciones y policiales del Departamento de Orden Política y Social de Rio Grande del Sur. El autor no solo salvó la vida de las víctimas, también se dedicó a una profunda investigación sobre los meandros de esta nefasta práctica.

Un fuerte abrazo, Jair Krischke



serpaj

ISBN: 978-9974-564-44-2
9 789974 564442